



EL ÚLTIMO PACIENTE DEL DOCTOR WILSON

REYES CALDERÓN

Vuelve la autora de *LOS CRÍMENES DEL NÚMERO PRIMO*



PRÓLOGO

Había algo extraño en aquel atardecer, algo fuera de lo común, completamente extraordinario. Lo notaba en el color de la brisa y en los gritos de la luna. Y en la brusca forma en que el sol penetraba el horizonte y se derramaba naranja sobre el mar. Pero la advertencia más aguda venía de sus propias carnes: tenía frío. Un frío intruso, insólito. La jornada, tórrida, típicamente agostiza, moría dejando por herencia un calor sofocante. Sin embargo, los treinta y ocho grados, lejos de cortarle el aliento, le hacían temblar y estremecerse.

No le hicieron falta más pistas. No había margen para la duda: volvía a estar en la encrucijada. Sin dudarle, volcó su cuerpo sobre el mapamundi desplegado. Tensó los músculos y cerró los ojos.

La voz de Maria Callas brotaba de los cuatro costados de la habitación. *Madame Butterfly*, segundo acto. Las notas, dolientes, pasionales comenzaron a cercarle. Trató de concentrarse en ellas. Resultaban fascinantes. Sus agudos parecían estertores de muerte; sus pausas, desgarros del alma. *Madame Butterfly*: el humus perfecto para la tragedia. ¿Y qué mayor tragedia que la suya? Tenía que volver a matar. No deseaba hacerlo. Su espíritu se resistía. Sus manos se revelaban. Sentía náuseas. Pero sabía que había llegado el momento. Era su deber, un deber inexcusable. Debía arrebatarse al mundo una nueva vida, crear un nuevo mártir.

—De acuerdo, lo haré —susurró.

Un chorro de pena procedente del altavoz cortó el aire y llenó la estancia: «¡Butterfly! ¡Butterfly! ¡Butterfly!» Al sentirlo, le atacó un nuevo estremecimiento. Resultó tan potente que le obligó a abrir los ojos. En ese preciso instante, la pátina naranja del mar elevó su intensidad; luego, como

por ensalmo, murió. Permaneció extasiado contemplando aquella brusca despedida, la tristeza de Puccini hecha vida. Fue entonces cuando sintió la reconversión de su conciencia: «No es tiempo de escrúpulos: necesitas tomar prestada una nueva vida.»

Era cierto. Debía ser fuerte. Apretó los párpados, colocó el índice sobre el mapa y permitió que el azar lo gobernara. Como una prolongación del destino, el dedo reptó entre aquel sembrado de ciudades, pueblos, países y océanos, unidos por líneas de colores. Se desplazaba deprisa, caóticamente; izquierda-derecha, norte-sur, arriba-abajo, y cruzando. Finalmente, se detuvo. El hombre se apresuró a abrir los ojos y a clavarlos en el mapa. «Mar Mediterráneo», rezaba el cuadro inferior, en letra bastardilla. Buscó con la vista el puerto más cercano. «Barcelona», leyó. Conocía el lugar: era simplemente perfecto. Sonrió pletórico: el azar acababa de elegir el escenario que habría de auparle hasta la cima de la historia.

—Barcelona..., escogida para deleitar a los dioses. ¡Si supieras lo que me has hecho sufrir! —dijo. Un punto de amargura adornaba su voz.

¡Cuánto le había costado aquella última vez! Llevaba semanas intentando, sin éxito, decidirse. Largas jornadas interrumpidas con los ojos cosidos a la carta geopolítica, atento al maremágnun de ciudades, ajeno a cualquier actividad que no fuera la elección del lugar. Luchando contra el reloj, porque el tiempo apremiaba.

Tiempo.

El reloj es un elemento esencial en cualquier proyecto complejo, que nunca puede dejarse al azar. En el suyo, además, era una condición. Porque habían pactado un periodo máximo entre crímenes, y se estaba agotando. Los minutos se le escapaban como agua en una cesta de mimbre agujereada. Si no se daba prisa y volvía a matar, estropearía la misión. Era consciente de ello. Pero no acertaba a decidirse. Le fallaban las fuerzas. Necesitaba valor. Concentración. Convencerse de que aquella nueva sangre —joven y roja, como las anteriores— era un tributo a la humanidad. Cuando lograba creérselo, se sabía capaz de lo más sublime.

Liberado por fin de la pesada carga decisoria, se incorporó. Se acercó al botellero, un diseño exclusivo del arquitecto español Ignacio Vicens, y eligió una botella. Vino tinto. Se sirvió una copa, pero no bebió. Aquel caldo

necesitaba airearse. Lo giró varias veces. Observó su lágrima y su color. Luego, se lo acercó a la nariz. Sin duda, era extraordinario. Como la situación que vivía.

Con la copa en la mano, se volvió y observó el bellissimo Egeo, ya oscuro.

—¡Y, por fin, Barcelona! —repitió, al tiempo que pasaba lentamente la lengua por los labios.

Bebió mientras echaba la vista atrás. Despacio, saboreando. Pensando.

Le separaban ya once meses de su primer crimen. Once largos meses. Sin embargo, ocupado en la planificación de la secuencia, el cronómetro había volado. Los vientos habían sido favorables. En realidad, mucho más que eso: había cosechado un éxito sin precedentes. Ningún periódico o revista, ni siquiera los más sensacionalistas, se había hecho eco de los luctuosos sucesos. Todas las muertes habían pasado por accidentes, por ajustes de cuentas o por incógnitas que no merecía la pena resolver. Saber que, al inicio del experimento, era virgen en la práctica de la muerte realzaba aún más su triunfo. Y nadie tenía noticia de su existencia, ni de su nueva ocupación. Quizás debería referirse a ella como su vocación tardía. Sí, una vocación en la que se había convertido en un maestro. Aunque nadie le conociera. A excepción del doctor Wilson, su psiquiatra, naturalmente.

Recordaba bien su primer crimen, novato y nervioso. Recordaba la temperatura, el olor, el calor de aquella tarde septembrina en la pequeña ciudad de la Provenza francesa. Pero sobre todo recordaba el rostro de la mujer rendida a sus pies, suplicando clemencia, y el crujido de su cráneo al fracturarse. Con el tiempo, con la acumulación de experiencias de muerte, había ido ganando en maestría. En la última ocasión había llegado a discernir el momento exacto, ese en que el cuerpo humano deja de tener apellido y se convierte en carne, simple desecho.

Lo había hecho bien. Pero no le había salido gratis. Desde el primer instante, y llevaba ya cinco muertes a la espalda, había soportado una terrible angustia: la elección de las víctimas y del método homicida; la ejecución de la sentencia de muerte; el miedo a haber cometido un error; la espera, insoportable casi siempre; la ansiosa lectura de la sección de sucesos de los diarios de la zona, y, sobre todo, la cada vez más estresante cita con el doctor Wilson. Vértigo, quizás ésa fuera la palabra adecuada para su estado de

ánimo y, sin embargo, cada una de las veces, el goce de cumplir con la misión había compensado con creces el sabor a mirra. ¡Ah, qué extraordinario placer! ¡Qué incomparable sabor, el del riesgo caliente sobre la sangre fría! ¡Era algo soberbio, fascinante! Nada que ver con ese cóctel de arrebatos químicos del que había hablado el doctor Wilson. Arrancar una vida por amor a la humanidad devenía un acto espiritual, místico, la avanzadilla de un estado superior.

Pero aún había riesgo. Restaba el azar... En cualquier momento podía aparecer un policía terco o un periodista entrometido. O una nefasta casualidad. La casualidad le inquietaba especialmente. Los sistemas parecen infalibles sobre el papel, pero incluyen siempre alguna mácula. Un plan humano es, por definición, imperfecto. Quizás en la fase terminal le atraparan y se viera obligado a abandonar el experimento y a dejar inconclusa su hazaña. Entonces, los esfuerzos y los dolores, el trabajo duro, la angustia se habrían desperdiciado. Los inmolados —hombres y mujeres llenos de vida, de futuro y de presente— habrían muerto en vano. Y él, la mayor de las víctimas, sometido a un riesgo atroz, habría pagado un altísimo precio.

Y el doctor Wilson era el elemento más perturbador de aquella azarosa realidad. Lo que le ocurría con su psiquiatra llegaba a obsesionarle. Ese juramento singular, que la ley venía a llamar secreto profesional, le cobijaba. El médico tenía los labios sellados, so pena de perder su profesión. Meses antes, aquella garantía habría sido suficiente, pero ya no le bastaba. Desconfiaba de él, y mucho más de sus promesas. Era un hombre débil e inestable. Y la sangre derramada le quemaba en las manos.

Había tomado precauciones. En el diario que le enviaba había cercenado las escenas y segado los detalles precisos, pero, aunque había domado el relato hasta reducirlo a la mínima expresión, esas páginas incluían muchas pistas. Demasiadas. Siguiéndolas, el doctor Wilson podría llegar hasta él. Reconocía su torpeza. En algunos momentos, sobre todo en los preludios del experimento, cuando pensaba que el médico compartía su fe en la misión, se había dejado llevar por el corazón. Pero se había equivocado: estaba solo.

Respiró hondamente y recordó el gesto despectivo del psiquiatra en su última cita. Su profecía en tono sardónico le había dolido en lo más profundo: «No necesita usted mirar a ninguna parte, Rodrigo, ni siquiera debe esperar

mi parecer. A solas, uno no se engaña. Usted sabe quién es, salvo que se haya vuelto loco. Cierre un instante los ojos y mire en su interior. Mire bien. Tómese su tiempo, observe... Luego, dígame, ¿qué ve?, ¿a un loco o a un demonio?»

No se tenía por loco ni por demonio y, sin embargo, habría dado la mitad de su fortuna por encontrar el espejo que le permitiera mirarse el alma y ver si la tenía podrida, como el doctor Wilson aventuraba. Pero era una quimera. Nunca podría contemplar su reflejo.

Desde el asesinato de julio, no había mantenido ningún contacto con él. Entre ellos se había abierto una extraña brecha, un silencio como de cementerio, como de venganza. Desechó de un mordisco aquellos pensamientos. Estaba decidido: iba a demostrarle al doctor Wilson y, a través de él, al mundo entero que no era un loco ni un demonio, sino un héroe. Prueba de ello era que, tras completar las seis ejecuciones, no volvería a matar. No era un asesino en serie, ni un psicópata enfangado en sangre. Únicamente era un hombre valiente, sacrificado, con sentido de misión.

Tras llevar a cabo el asalto de Barcelona, la fuerza peculiar que le embargaba, y que le había mantenido en pie todos aquellos meses, se extinguiría. Ese orden meticuloso, exacto, excitante, terminaría. Su vida se tornaría mediocre, pura rutina, pero tenía por cierto que nunca consumiría sus días como se engulle el arroz soso, sin ganas. Envejecería sabiendo que aquellos instantes, amargos pero exquisitos, habían probado su hipótesis sobre la maldad humana. Aunque no era psiquiatra, sería llamado el Freud del siglo XXI. Todos los libros de texto mencionarían su nombre, las más prestigiosas universidades del mundo estudiarían su hazaña, abrirían páginas y páginas en la red para contar su hazaña, su seudónimo sería protagonista en los blogs, escribirían una novela sobre su vida, rodarían una película... Viviría feliz. Sí, cuando la misión estuviera cumplida, sería feliz. Disfrutaría de cuanto tenía, que era mucho. Comería del pasado y se embriagaría con su cosecha de exquisitos recuerdos. Pasara el tiempo que pasara, ese sabor seguiría pegado a su piel, como la densa sal de aquella agua de tan perturbador azul.

Se olvidó de la hermosa vista, dejó la copa, ya vacía, sobre la mesa y tomó de nuevo asiento. Allí, junto al mapa, estaba la carpeta que contenía sus

notas y la crónica de sus crímenes. El texto estaba completo, a falta del último capítulo, que narraría el asesinato de Barcelona. Respiró profundamente. Madame Butterfly, humillada y temblorosa, acaba de levantar contra sí la espada de su padre y se arrastra moribunda hacia la puerta. De lejos, llega la voz de su amado infiel.

Tomó un folio en blanco y se dispuso a detallar la elección del sitio. Pero, tras escuchar el final del tercer acto, no pudo menos que encabezar la escritura con lo que sentía: «Soy un ser privilegiado. Un hombre con misión. Nadie podrá jamás arrebatarme eso», escribió.

PRIMERA PARTE

Dos rayas rojas, dos, sobre una tira blanca. Dos insignificantes manchas sobre un océano monocromo. Sólo eso, nada más. Una minucia que, arrojada al vacío de mi memoria, no paraba de taladrarme la mente de la mañana a la noche. Una y otra vez, y otra, como los anuncios de colonia en Navidad, como los coleccionables de los quioscos.

El reactivo las había pintado en menos de tres minutos. Desde aquel fatídico momento, y de eso hacía ya cuatro semanas, veía aquellas rayas chillonas en los códigos de barras, en los anuncios, en los vestidos de la gente, aún veraniegos; en las cajas de fruta; en los expedientes del juzgado; en los cuadernos de mi hijo pequeño, recién forrados, recién marcados.

Cuatro semanas. Veintiocho interminables jornadas. Seiscientos setenta y dos horas, tantas que perdí la esperanza de que desaparecieran y retornaran a la nada de donde habían salido. Con el paso de los días, su tono grana fue extraviando su intensidad, y viró hacia el granate oscuro, como de sangre coagulada. El blanco de la tira, originalmente vivo, brillante, mutó hacia el color de la nieve sucia. Pero ellas, las dichas rayas, perseveraron; firmes, perfectamente perfiladas, altivas, inamovibles, incrustadas en la tira blanca a modo de lapas de roca playera.

Las mantuve en secreto. A los ojos del mundo, todo seguía en su sitio, como siempre.

El mío es el perfecto ejemplo de una vida ordenada y plena, una existencia lograda. Ocupo la presidencia de la Sala Penal de la Audiencia Nacional, un trabajo reputado que, además, me gusta. Tengo una pequeña colección de amistades, más o menos verdaderas; unos hijos estupendos, y una hipoteca a punto de saldarse. Y, sobre todo, tengo a Jaime. Sólo a Jaime.

Nada de matrimonios fracasados ni divorcios celebrados. Un único amor, con pocos peros. Aunque no me había atrevido a contarle la inesperada anomalía.

Es difícil saber el porqué. Supongo que, de compartir el secreto, me vería obligada a reconocerlo, a darle carta de naturaleza y partida de nacimiento, y no estaba preparada para eso. Estoy más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Mis hijos ya no llevan pañales: se afeitan. Y el que aún tiene libros que forrar —plástico adherente y celofán— no me necesita para hacerlo. Sigo siendo pelirroja, como cuando tenía quince años, pero ahora es una tintura vegetal la que mantiene el color. Mi cara pecosa disimula aceptablemente las arrugas, pero su número es suficiente para saber que aquel camino, el de las dos rayas, podía terminar en el abismo. Y, no obstante, no podía dejar de recorrerlo. O quizás sí.

En éstas estaba cuando el doctor Ernest Wilson, psiquiatra, entró en mi vida. En realidad, lo que cambió mi perspectiva no fue este médico, por el que siento verdadera lástima, sino su último paciente, pero por aquel entonces yo era incapaz de calibrar ese pequeño detalle.

Si no recuerdo mal, cuando recibí aquella llamada, la que prendió la mecha de esta historia, comenzaba mi quinta semana de calvario. Había empezado a sentir pinchazos en el pecho y una incómoda hinchazón en el vientre. Con cada ráfaga de síntomas, las rayas se fortalecían y sorbían mi ánimo hasta hacerme desfallecer. Me había tomado la tarde libre: nada de juzgados, nada de hijos, maquillaje ni tacones: vaqueros, camiseta blanca y una coleta, como cualquier persona del montón. Y vagaba por Madrid sin rumbo fijo. Creí que al quedarme a solas conmigo misma (¡qué difícil me resulta!) no tendría más remedio que pensar algo para evitar la catástrofe. No funcionó. Lo que de verdad hice fue pasear y consolarme imaginando que cada persona con la que me topaba escondía su par de manchas, restos de algún naufragio viejo y, seguro, estúpido. Mirándolo así, aquellas dos pizcas escarlatas no parecían tan amenazadoras. Mal de muchos, consuelo de tontos... El pensamiento es obtuso, lo reconozco, porque no alberga la capacidad de borrar manchas como las mías. Pero verlo en perspectiva me servía de desahogo, que era lo que yo buscaba aquella tarde.

Cuando sonó el móvil, terminaba de patearme el paseo de Recoletos e iba a cruzar la plaza de Cibeles, dispuesta a sentarme en alguna terraza para

tomarme una bebida fría. El sol llevaba todo el día luciendo y del asfalto reblandecido emanaba un desagradable calor. Ya no era el de agosto, pero septiembre también puede ser cruel. Era mi oficial del juzgado. (En realidad, los oficiales ya no existen. A algún avisado se le ha ocurrido cambiar el nombre al oficio, como si eso solucionase algo. Ahora los llaman gestores, denominación que ellos aceptan con una sonrisa complaciente. El mismo trabajo, el mismo sueldo, pero mejor nombre. Y todos contentos. He mirado en el diccionario y dice que la labor de un gestor es promover y activar los asuntos en las oficinas públicas. Creo que mi oficial —gestora, perdón— no lo sabe. Pero yo me cuidaré mucho de hacérselo saber. Quiero vivir feliz, añorando a mi gestora de Pamplona, que valía por dos.)

En fin, decía que mi oficial-gestora me avisaba de que el presidente del Tribunal Superior de Justicia de Cataluña estaba en mi despacho y me esperaba desde hacía unos minutos. Nos conocíamos de un par de reuniones y de algún acto social. Poca cosa. Por descontado, no recordaba haberle citado. La oficial mencionó el envío de un *e-mail*. Quise pensar que no había llegado o no lo había leído. A la alternativa, haberlo olvidado, no le di entrada.

Me quedé pensativa. Tardé milésimas de segundo en concluir que estaba ante un embolado. Lo más prudente sería escurrir el bulto. Sin embargo, no lo hice. Entre una historia engorrosa que me distrajera y un dolor rojo pintado con óleo en mis neuronas, opté por lo primero.

Hablamos por teléfono. Me disculpé por el despiste. Él se apresuró a quitarle importancia. Tenía una preciosa voz de barítono. Sin demasiadas florituras, me explicó que su tribunal había organizado unas jornadas de reflexión y unos talleres para estudiantes universitarios con ocasión del treinta aniversario de la Constitución española. ¿Había oído yo hablar de esa iniciativa? ¿Tenía noticia acerca de las jornadas? Confesé que no. Con un punto de desilusión en la voz, me explicó que al acto acudiría algún padre constituyente, además de ponentes de todos los puntos de la geografía española y de diversas disciplinas. Como no sabía qué decir, le felicité por ello. ¿Querría yo colaborar con esa iniciativa? Me proponía moderar una mesa redonda sobre delito y globalización (¡cómo no!, esas trece letras se han colado en nuestro léxico al mismo ritmo que los teléfonos móviles y están tan incrustadas como garrapatas). Fui contundente.

—Te agradezco mucho el ofrecimiento, Josep Maria —así es como se llama—, pero no aportaría gran cosa. Mis relaciones con el mundo global son nulas.

—Pero ¿no fuiste tú la que acudió a un país de Asia, no recuerdo cuál, a hablar de corrupción?

—Admito que fui yo. Pero ha pasado tiempo, y ya no estoy al día. Lo más que sé es que, si miro la etiqueta de la ropa que llevo, al menos el 70 por ciento está fabricada en China o la India...

—Es evidente, querida Lola, que estás más al día que la mayoría de nosotros —dijo con satisfacción.

Contraataqué:

—De acuerdo, algo de globalización sé, pero moderar una mesa redonda con especialistas en el tema es harina de otro costal.

—No seas modesta. Además, ya contamos con notables *speakers*.

Josep Maria acababa de cometer un error. Aquélla era mi oportunidad.

—Entonces, querido colega, no me necesitáis.

—¡Todo lo contrario! Precisamos de tu experiencia, de tu buen hacer...

Por un momento, se le agotó la cuerda. Un silencio incómodo se apoderó del teléfono. Me hice cargo de la situación enseguida.

—Comprendo, Josep Maria: lo que quieres decir es que necesitas una mujer.

Se sinceró.

—Tienes razón, Lola, son las malditas cuotas de los políticos. Pero quiero que sepas que te habríamos invitado aunque llevaras un bigote imponente.

Me quedé callada, dubitativa. Debí de ver cómo tejía una excusa, porque enseguida añadió:

—Antes de que contestes, quiero darte un dato: te ocupará muy poco tiempo. Hemos preparado un buen dossier para los ponentes. Sólo tendrás que leerlo y aportar tu punto de vista. No es excesivamente largo. Además, está financiado por empresarios y políticos. Ya sabes lo que significa.

Lo sabía: succulentas dietas, magníficos hoteles y mejores restaurantes.

Debería haberme mostrado halagada e inmediatamente proceder a declinar la oferta. ¿Qué hacía una juez acosada por una miríada de expedientes de diez centímetros de grosor disertando sobre la globalización

del delito? Sin embargo, reconozco que me picó la curiosidad. El mundo de la judicatura catalana despierta en mí una cierta fascinación. Tiene algo de Gaudí, algo de Dalí y una gran base visigoda. Por otro lado, la perspectiva del viaje —tres días en Barcelona, sin horarios, agendas ni secretarios, sin gestores ni expedientes— me daba margen para asimilar mis dos rayas. (Era consciente a esas alturas de que morir matando el tiempo no iba a llevarme a ningún sitio.)

Y acepté. Mi interlocutor no disimuló su alegría (estaba claro que debería haber presentado más resistencia). Prometió enviarme por *e-mail* todos los detalles, y, tras avisarme de otra llamada de su segundo, colgó. Las jornadas tendrían lugar unos días después.

Continué el paseo, sabiendo que ya no llegaría a ninguna conclusión. En cuanto volviera a la Audiencia, haría lo mismo que el día anterior: nada.

Seguir resultó relativamente fácil. Mi vida deja poco margen. Estoy sometida a la tiranía de una agenda con alarma sonora y al horario de las actividades extraescolares, cuando no al amable tono de voz de mis eficientes secretario y oficial (gestor, perdón) judiciales, que me recuerdan sin piedad los actos protocolarios, la montaña de expedientes que guardan cola y el sinfín de líos internos. Mis pasos resultan tan predecibles que me limité a seguir el horario marcado; a pasar largos ratos bajo la ducha caliente, por si servía de algo, y a abusar de la cafeína. Ni siquiera hube de esforzarme demasiado en disimular la consternación. El trabajo —el de la Audiencia y el de casa— tiraba por igual de mí y de mis dos manchas. Jaime, siempre tan poco observador, ni siquiera notó el cambio. La única variante fue que, por las noches, leía artículos sobre globalización.

Quién sabe por qué, recibir los billetes electrónicos fue como el revulsivo que necesitaba. Nada más verlos, sin pensarlo dos veces, busqué el teléfono de la clínica en mi agenda y llamé pidiendo una cita. Iría sola. Empleé una cabina, hasta ese punto llegaba mi paranoia. Pretendía impedir que Jaime, que repasaba meticulosamente la factura del teléfono, siguiera el rastro, y que algún colega de la Audiencia me escuchara. Al día siguiente, mi singular historia estaría en Internet.

—¿Se trata de una revisión rutinaria, señora MacHor?

Lo pensé poco más o menos un segundo. Luego, mentí descaradamente:

—Sí, una revisión rutinaria.

—Muy bien. Reservaré también una ecografía. Así no le haremos volver.
Hasta pasado mañana.

Mi nombre no importa.

Algunos psiquiatras y psicólogos insisten en que el hecho de asignar un nombre comporta importantes implicaciones psicológicas. Yo no lo creo. El nombre se parece a ese sobre barato que se abre y se tira, al papel de plata que recubre la ansiada porción de chocolate. Lo que contiene, lo que se oculta bajo su pomposo envoltorio, es lo que llena de significado a una persona.

Sin embargo, ya que es costumbre llevarlo, voy a regalarte un nombre. Uno cualquiera. ¿Qué más da uno que otro? Lo hago porque te resultará más fácil ponerte en mi lugar si puedes asignarme un nombre y, a mí, dártelo no me afecta.

Pongamos que la gente me llama Rodrigo. Digamos que ése es el nombre por el que me conocen los que me tienen por un *broker*. Lo soy. Lo he sido hasta hace un par de años: un año, diez meses y catorce días, para ser exactos.

He ganado cinco millones de dólares anuales durante los últimos cinco años; tres y medio los anteriores. Más que suficiente. Pero no quiero engañar a nadie: si tiré la toalla, no fue por tener la panza llena, o por estar harto de que el teléfono, el fax y los mensajeros marcaran el ritmo de mi vida. Fue por notar que empezaba a perder esa agilidad felina que siempre me había caracterizado. Tenía cuarenta años entonces. Era el momento: la nuestra resulta una profesión fugaz.

Cuando mi tiempo se acabó, cerré la cartera, saldé las cuentas de todos mis clientes y me dispuse a vivir. Con la última liquidación de posiciones, ofrecí un postrero festín a mis más asiduos y, de paso, gané otro tanto. Fue una bonita despedida.

Poseo un apartamento en cada una de las plazas fuertes del mercado mundial —Nueva York, Londres, París, Tokio y Madrid—, además de sendas mansiones en la playa y en la montaña. En mi amarre de la isla (no revelaré el lugar, basta con señalar que es una de las más bellas del mundo) descansa un barco de veinte metros de eslora; en el hangar, un pequeño avión para mi uso exclusivo. Y, por primera vez en la vida, disponía de tiempo para aprovecharlos.

En los recién estrenados meses de inactividad laboral, todo discurrió como la seda, a pedir de boca. Viajé por distintas partes del mundo, lugares en los que compré la compañía de las más hermosas mujeres y la conversación de la media

docena de hombres que, considero, tienen en el mundo algún interés. Cacé animales salvajes en África, comí manjares exquisitos en Asia; en Australia, me bañé en una jaula rodeado de tiburones, practiqué varios deportes de riesgo... Mi nivel de adrenalina se mantuvo prácticamente constante en cada uno de esos momentos. Ni siquiera un vuelco destacable. Todo estaba previsto, bajo control. Incluso aquel tigre... Si yo hubiera errado el tiro, cualquiera de los siete rifles que permanecían ocultos tras la maleza, atentos al más mínimo estímulo, habría terminado el trabajo antes de que yo notase el apestoso aliento del animal sobre mi rostro. ¿Y qué decir de las damas? Nada nuevo. Incluida aquella niña camboyana que me vendió uno de los alemanes que manejan por allí el negocio infantil, y que se hacía pasar por una pequeña asustada. Me ofreció también un varón, pero yo no comparto esos gustos.

Ninguno de aquellos placeres se hallaba a la altura de un buen mercado en crisis: días llenos de posibilidades, adobadas en el pimentón picante del riesgo, de la incertidumbre más absoluta, el lugar donde yo mejor me movía. Pero los lunes negros ya no volverían. Y, sin ellos, ¿qué quedaba de mí?

Empezaba a aburrirme y a añorar el sonido del fax cuando conocí a León. Se me acercó tras una cacería furtiva en Minkebe, al norte de Gabón, un edén donde los haya. León era el guía de la expedición, un tipo silencioso, alto y fornido, de nacionalidad indefinida, con la piel cuarteada por tantas horas a la intemperie y una extraña mezcla de acentos en su dicción.

Me encontraba solo, a unos metros del grupo, rodeado de selva y silencio. El silencio de África no es como el resto de los silencios. Nada es igual allí. Ingentes bandadas de aves surcaban el cielo sin romper la paz del momento, más bien todo lo contrario. Atardecía. Los atardeceres en África son inexplicables, mágicos, sobrecogedores con esa luz indescriptible. Hacía calor y estaba cansado, pero me sentía fascinado con el momento y el lugar. Y con las circunstancias.

Los ojos abiertos de un corpulento gorila de cara aplastada, extremadamente oscura, me observaban desde el interior de las cuencas muertas. Yo estaba absorto en la escena, agachado, inclinado sobre el cuerpo que acababa de derribar. De forma inconsciente, supongo, calibraba sus semejanzas conmigo. Nunca había visto a un gorila de cerca. Toqué su piel, áspera y fría, sus poderosos miembros y sus dedos acortados, inexplicablemente familiares.

Sin que existiera ninguna razón meditada para ello, extendí la mano y le bajé los párpados. Algo debió de percibir León en mi comportamiento con el gorila que le animó a acercarse. Quizás hacía lo propio con todos los que compartíamos rifle e ilegalidad, aunque lo dudo. Creo que vio en mí una faceta que le atrajo. Descubrió algo que, creyó, nos unía.

Se agachó hasta colocarse a mi lado e iniciamos una curiosa conversación. Me trató de usted, como hacía con todos nosotros, que, por el contrario, le tuteábamos.

—¿Es su primera vez, Rodrigo?

Arranqué la mirada de aquel escenario que tanto me interpelaba y levanté los ojos para contestarle.

—Lo es, sí.

—¿Y qué le ha parecido?

Permanecí unos segundos en silencio, pensando qué palabras describirían mejor la experiencia que acababa de vivir, pero, aunque me esforcé, no las encontré. Finalmente, sin saber qué decir, pronuncié unas frases de compromiso.

—En el peligro siempre hay algo fascinante, ¿no? Desde luego, ha sido interesante —añadí.

—¿Interesante? —preguntó confuso, como si desconociera el significado de aquella palabra.

No le respondí. Volví a concentrarme en el cadáver del gorila. Tenía unos brazos poderosos y una gran cabeza. Mediría cerca de metro setenta, y calculo que su peso rondaría los doscientos kilos. Su pelaje negro, abundante, estaba sucio de polvo y sudor. De él empezaron a salir varios tipos de bichos. Aquella casa se quedaba sin inquilinos.

León buscó una posición más cómoda y, sonriendo, mirándome fijamente, continuó su charla.

—Podría pasar por un hombre negro y forzado, ¿no cree? Estos grandes simios... —Se detuvo unos instantes, dudoso—. En fin, lo que quiero decir es que no es como cazar osos, o tigres o leones. Esos dedos, cinco como nosotros..., y cuando se sientan a despiojar a sus crías... No sé, me recuerdan a mi madre, que en paz descansa. ¿Sabe que poseen huellas dactilares únicas? Y tienen grupo sanguíneo. Son del tipo B, como yo.

—No lo sabía.

—Pues es cierto. Pero, por encima de todo eso, a mí me llama la atención su mirada. Cuando uno de estos bichos te clava la mirada, parece que esté escrutándote, que te comprenda. En una ocasión, incluso llegué a creer que podría contestar a mis preguntas... Pero eso, desde luego, es una tontería.

—Es posible, sí. —Respondía escuetamente a cada una de sus ráfagas. Creo que él no esperaba más que una señal de que le escuchaba.

—He visto que le ha cerrado los ojos...

—Sí, lo he hecho.

—¿Por qué?

No tenía razones, de modo que le contesté con toda humildad.

—No lo sé. Me molestaba.

Sonrió ampliamente y, satisfecho, casi henchido, afirmó:

—Creo poder explicárselo. Lo que ocurre es que usted, como yo, ha captado esa pizca de humanidad en su mirada y no ha podido soportarlo. Parece que este animal tuviera un toque humano. ¿No es así?

Me mantuve callado. La respuesta era obvia.

Volvió a cambiar de posición. Finalmente, se puso de pie, pero continuó junto a mí. Supuse que quería decirme algo, pero que no se atrevía. Quizás iba a proponerme otra cacería, aún más ilegal que aquélla, si eso era posible. De modo que me incorporé y, sin dejar de mirar al animal, me situé a su lado. Por fin, se

decidió.

—¿Ha matado a un hombre alguna vez? Quizás en una guerra, en defensa propia o en un accidente...

—No, nunca —respondí extrañado, al tiempo que intentaba anticipar el motivo por el cual aquel guía desconocido me formulaba esa extraña pregunta.

—¿Le gustaría? —añadió, sin dejarme siquiera madurar mi duda.

—¿Cómo dices?

—Pregunto si le gustaría cazar a un hombre.

Me di cuenta enseguida de que hablaba en serio. Se trataba de una proposición en toda regla. Me decidí, casi con la misma celeridad con la que él me había preguntado.

—No.

De entre aquella profusión de bolsillos que le rodeaba el amplio abdomen, León escogió uno, lo abrió y extrajo un paquete de cigarrillos.

—¿Quiere? —me ofreció, enseñándome la boquilla de uno de ellos.

—Gracias, no fumo.

Traté de volver a concentrarme en mi trofeo de caza, pero no me lo permitió.

—Es muy distinto de cazar animales, ¿sabe?

—¿Ah, sí?

—Lo es. En este tipo de caza, a uno le sale la moral.

Me extrañó el exabrupto y seguí la conversación.

—No sé qué quieres decir.

—Pasa lo mismo con las mujeres. Cuanto más prohibido, más placentero. El placer no está en ellas, sino en la prohibición. La misma mujer, las mismas piernas, el mismo... En fin, usted ya me entiende. El polvo es muy distinto. Si es lícito, si está a tu alcance, no vale lo mismo. No, señor. Violar la norma es lo que te hace sentirte vivo. Es por la moral —repitió—. Saber que estás colaborando con el mal, saber que lo haces a conciencia... Eso hace que la manzana de Eva sepa a gloria.

—Bueno, es una curiosa manera de verlo —musité, entre incómodo y curioso.

—Con los hombres pasa... Me refiero a las cacerías y a la prohibición. Es una experiencia que nunca olvidas. Da igual el tiempo que haya transcurrido, siempre permanece en tu memoria. No digo que sea un aprendizaje gustoso, porque resulta amargo como la hiel. Y escuece durante semanas. Pero es inolvidable.

Se quedó callado de improviso. No sé si esperaba que yo dijera algo, pero no repliqué. Entonces siguió hablando.

—Comer, beber, joder... Todos esos placeres acaban provocándote sueño. De lo que yo hablo, no. Le aseguro que no. Tras saborearlo, no podrá cerrar los ojos durante días, así de fuerte es. Parece como si se te cayesen las legañas y fueras capaz de observar luces que estaban cuidadosamente escondidas, veladas por la civilización. Al quitar el velo que las cubre, se revela la auténtica realidad, la vida sin afeites.

—Comprendo —dije, aún incómodo.

—Cuando la muerte de otro se convierte en triunfo, cuando la vida deviene

ritual, se vuelve sagrada, ancestral. Y, por el castigo, no se preocupe. Son negros muertos de hambre a quien nadie echará en falta... O, al menos, nadie vengará. Sería usted el sexto miembro de la expedición, aparte de mí. Ya conoce al resto.

—Creo que paso —repliqué convencido, aunque empezaba a sentir un cierto nerviosismo que me reconcomía por dentro.

León dio una última chupada al cigarro y lo tiró al suelo. Pisó la colilla hasta aplastarla y convertirla en una tira de papel. La recogió casi con mimo y la guardó en otro de sus bolsillos. Su rostro expresaba desilusión, o así quise interpretar el gesto.

—A la gente le falta educación. He nacido cazador; vivo de la caza, pero soy consciente de que no todo vale. Si no cuidamos esos pequeños detalles, lo estropearemos para siempre. Ya sabe mi teléfono, Rodrigo, por si cambia de opinión.

Estuve toda la noche rumiando la conversación que había mantenido con León. Con la linterna encendida, dentro de aquella incómoda tienda en medio de la nada, bajo la mosquitera blanca donde el mal y el bien parecían no haber surgido aún, repasé una y otra vez sus palabras. Y también sus silencios.

No trato de engañar a nadie ni de hacerme pasar por lo que no soy: no estaba debatiéndome en el filo de la duda. En ningún momento me planteé aceptar su propuesta. Pegar un par de tiros a un negro asustado, acorralado tras una batida, no me apetecía lo más mínimo. Se trataba de un asunto muy diferente, íntimo. Lo que me quemaba las entrañas era su argumento, la base del mismo, para ser más preciso.

León había hablado de matar por puro placer, por el goce de vivir una nueva experiencia, un ensayo terminal; algo así como suplantar el dedo divino: decidir cómo, decidir dónde y, sobre todo, decidir cuándo alguien abandona esta vida.

Había oído hablar de esas cacerías. Incluso creo recordar haber visto sobre ello algún reportaje en televisión. Sin embargo, nunca me había tomado en serio aquellas actuaciones, o quizás sí, y no había tenido tiempo de reflexionar. En mi desconocimiento absoluto del funcionamiento de la mente humana, pensaba que un asesino a sangre fría debía de ser un enfermo, un tarado, un ser marcado por alguna de las muchas lacras con las que la mente humana puede estar aquejada. O por varias a un tiempo.

Comprendía que la ira descontrolada, el ansia de venganza, el estrés de una situación de peligro mortal pudieran conducir a un sujeto a levantar su mano contra un semejante. Pero León no se refería a quien, fuera de sí, pierde las riendas de su voluntad. Él hablaba de quitar la vida racionalmente, hablaba de una actuación en frío. Hablaba de una cacería en toda regla.

Y no hablaba por hablar. Por lo que había dicho, por la misma forma de su ofrecimiento, podía intuirse que poseía cierto conocimiento sobre el tema y que, de acuerdo con su experiencia, aseguraba que aquello era posible. Sus palabras y, al parecer, también sus hechos, y los de otros cazadores, hablaban de hombres normales y corrientes, hombres como yo o como él, dispuestos a apuntarse al lado

oscuro del alma, tranquilamente, con una lógica mental intachable, a prueba de cualquier psiquiatra. Mentes en las que ningún juez cabal encontraría la más mínima eximente.

«Lo maté, señorita, porque así lo dispuse; voluntaria y conscientemente, ¿algo que alegar?»

¿Era eso posible, era real? Esa duda fue la que, durante la noche, colonizó mi mente, como un virus letal, casi como una obsesión. Al rayar el alba, estaba levantado, vestido y dispuesto a encontrar respuestas para aquellas preguntas.

Informé a León de que abandonaba el safari. El guía no protestó. Se limitó a encender otro cigarrillo y a fumarlo a grandes bocanadas, mientras veía cómo recogía a toda prisa mis rifles. Cuando hube terminado, me ofreció la mano. Apretaba con fuerza, como siempre, pero en su gesto se adivinaba cierta prevención. No diré que estuviera asustado, parecía un hombre incapaz de destemplarse, pero sí incómodo.

—Espero que no se molestara conmigo. Lo digo por nuestra conversación de ayer por la tarde. —Se encogió de hombros y añadió con una sonrisa forzada—: No eran más que palabras, simples frases...

Comprendí inmediatamente que, tras aquella fachada llena de cuajo, se escondía una cierta aversión al riesgo.

—En absoluto, León, puedes estar tranquilo. No es mi guerra, eso es todo. Pero gracias de todas maneras.

No era mi guerra. ¿O sí? Debía averiguarlo.

El fatídico día se acercaba. Le pedí a mi oficial que anulara todas las actuaciones previstas para aquella mañana. Salvo aguantar su mala cara, ninguna dificultad. Quitando los días fijados para las reuniones de sala, y las periódicas que mantengo con los presidentes de sección, los jueces tenemos bastante margen. Como cabeza de la Sala Penal, tengo algunas responsabilidades añadidas, pero no resulta difícil robar algunos minutos al reloj.

La cita con el médico era tarde, a las diez y media, pero decidí no pisar antes la Audiencia. Estaba segura de que, si pasaba siquiera cerca del despacho, me quedaría. Para evitar dar explicaciones incómodas (otra vuelta de tuerca a mi paranoia), salí de casa a la hora acostumbrada e hice lo que tengo por costumbre hacer a esa hora. El coche me esperaba, como siempre, en la puerta que da al jardín. Llevamos al pequeño al colegio, nos coge de camino, y acercamos a los dos universitarios a la parada del metro. Cuando me quedé sola, les informé del cambio de planes. Con bastante exactitud, dadas las circunstancias: sólo cambié la especialidad del médico.

—Agapito, hoy tengo cita con el dentista.

Le di la dirección (la calle correcta, pero diez números antes). Puse voz de desagrado, la propia de quien va a enfrentarse con un tipo con mascarilla cuya vocación es hurgarte en los dientes con un aparato que vibra. Creo que lo hice bastante bien, a tenor de lo que me contestó.

—Mi más sentido pésame, señoría.

Agapito es uno de mis guardaespaldas. Un tipo serio, castizo, de pocas palabras, a quien tengo gran aprecio. Lleva tanto tiempo conmigo que hasta los Reyes Magos le traen un regalo por Navidad. Suelo bromear con él y

amenazarle con pedirle un título de abogado, por el cuarto turno. «¡Antes político que picapleitos!», me contesta invariablemente, con una media sonrisa. Tiene más cara de Paco o de Pepe que de Agapito, que suena enclenque y amanerado, cuando es un tipo corpulento y amante del gimnasio, pero así es como le llamó su madre, en honor de no sé qué torero. O quizás fuera un cantante. Ya no lo recuerdo.

Me dejaron donde pedí. Y, tras verme entrar en el portal, se marcharon. Salí de nuevo a la calle y me dirigí a una cafetería cercana. A las nueve, ya me había tomado un café con leche y hojeado dos periódicos. Cuando llevaba media hora sentada y, por segunda vez, el camarero se había acercado a limpiar la mesa, me marché en busca de otro local. Permanecí allí, más o menos, el mismo tiempo. Me tomé otro café (descafeinado esta vez) y leí otro periódico: deportivo. Finalmente, con el estómago pesado, cansada de deambular y de releer los mismos titulares, decidí subir.

Llegué a la consulta con cerca de veinte minutos de adelanto. Estaba nerviosa, más que una primeriza. Llevaba gafas de sol e iba sin maquillar. Me había puesto unos pantalones ceñidos —unos cuya cremallera debo subir sin respirar y tumbada en la cama— con el ingenuo pensamiento de que aquella coraza me libraría de las frías manos del médico.

La sala de espera —pizarra en el suelo, paredes de cristal al ácido— olía a limón, algún ambientador potente. Mucho vidrio, demasiado. Quizás sólo fuera mi estado de ánimo. Es posible que en otras circunstancias me hubiera gustado, pero, en aquéllas, tanta pared sin cuerpo me hizo sentir frío. Había sillones de diseño y mucho cuadro modernista en la estancia, pero ni los unos ni los otros conseguían calentar el ambiente.

El aislamiento de la habitación era nefasto. El hilo musical resultaba reiteradamente interrumpido por el sonar de los teléfonos y la modulada voz de la secretaria.

—Consulta del doctor San Sebastián, ¿dígame?... Una cita, sí, desde luego. ¿Se trata de una revisión? ¡Ah, un embarazo! Un momento, no se retire... ¿Le viene bien el martes a las doce? Tomo nota. ¿Es usted paciente habitual? Muy bien, le cogeré los datos. Sí, los personales y también los bancarios... No, no hace falta que venga con ganas de hacer pis. Eso ya no es necesario... Sí, desde luego, la técnica avanza... Hasta el martes. Gracias por

su confianza.

Cuatro personas ocupaban la sala de espera cuando llegué. La más próxima a la puerta era una chica joven, delgada y bien parecida. No pasaría de los dieciséis, diecisiete a lo sumo. A su lado estaba una señora oronda, de edad indefinida, que sudaba abundantemente y que, a intervalos regulares, se refrescaba con un abanico de propaganda. Llevaba un extraño corte de pelo, que más parecía hecho por un enemigo vengativo que por un peluquero. La cresta de gallo, a dos tonos, se movía al ritmo del baile del abanico, dando la nota colorida a la sala. Finalmente, enfrente, se sentaba una pareja de mediana edad.

Pronuncié las consabidas frases de cortesía y fui a ocupar el sillón más alejado de la puerta. Pese a su extraña forma de guante extendido, resultaba cómodo. Tras escarbar en mi bolso, inmenso, unos segundos, conseguí extraer la agenda electrónica y me dispuse a releer el proyecto de ley sobre el menor que se estaba debatiendo en el Congreso de los Diputados. Lo cierto es que me interesaba especialmente el asunto, uno de los más escabrosos de las democracias modernas: saber armonizar los derechos de quien necesita tiempo y oportunidades para forjar carácter y voluntad, y los derechos de quien sufre su violencia, sus robos, agresiones, violaciones o asesinatos. Sin embargo, abandoné pronto la lectura. El tema requería concentración, y era incapaz de prestar la debida atención en aquel entorno. Me recliné y me dediqué a observar a mis compañeros de destierro.

En un par de ocasiones, la señora gruesa intentó cruzar las piernas, sin éxito: demasiada grasa acumulada. No le dio importancia; tomó otra de las revistas diseminadas sobre la mesa y continuó mirando fotografías de famosos en alza mientras explotaba a su abanico. La jovencita, hermética, leía una novela. Debía de ser muy interesante porque no despegó los ojos de ella mientras permaneció allí. No fue mucho tiempo, ya que le tocó turno en primer lugar.

La pareja resultaba, sin duda, lo más interesante de aquella jungla. Con las manos entrelazadas, intercambiaban miradas de ternura, cuchicheos y pequeñas sonrisas. El hombre parecía a punto de estallar. Intuí que aquellos minutos de espera serían el último escollo para confirmar que su deseo iba a cumplirse.

He experimentado sentimientos similares. Momentos en los que, extrañamente, el olor a centro sanitario resulta gozoso. Citas con premio, ecografía bajo el brazo. Sombras que, a duras penas, y tras reiteradas explicaciones del médico, identificas como dedos liliputienses, una nariz respingona (igual que tú, igualita), o con dos pequeños bultos en la entrepierna: vuelven los camiones y las pelotas de fútbol.

Sí, sabía cómo se sentían. Y sabía cómo se sentiría ella después. En esos momentos de nula intimidad, con tus vergüenzas al aire, como en el mercado, y gentes trajinando a tu alrededor, embozados bajo telas verdes. Unos miran, otros tocan, y tú, indefensa, te dueles agarrada a unas frías barras mientras levantas la espalda. Abdominales sin gimnasio para hacer más fuerza porque no sale, pero ha de hacerlo, porque entró, y todo lo que entra debe salir. Porque es obligado y porque le esperas. Y empujas y empujas, sin respirar, agarrada a las barras, atada (dicen que por seguridad), con el gesto contraído, y abierta, medio en canal. Y escuchas la deliciosa frase (que no es cierta, pero anima): «Lo veo, Lola. ¡Ya casi está!» E insistes, con el ánimo renovado, mientras el reloj de agujas enormes que llena la pared verde del quirófano avanza minuto a minuto, a pequeños saltitos. Y vuelves a agarrarte, y empujas, porque el médico te dice que ve su coronilla. Y tú le crees, porque tú no ves nada, a excepción de la tribu de boca verde y vestido verde, sobre pared verde. Y entonces, el empujón se escurre. Y el atasco desaparece. Y llega el río. De líquido y de sensaciones y de llanto. Y con voz de ultratumba, sólo te salen dos palabras: «¿Está bien?» «Preciosa, precioso, lo lavamos y se lo damos.» Sí, mejor limpio. Nada de sangre, nada verde. Y sí, es precioso, precioso y pequeño, minúsculo. Sobre todo minúsculo, porque con ese gorro de gnomo que le han puesto, en realidad no le ves, aunque poco importa. Es frágil; si se me cae, se rompe. Pero oyéndole respirar, apoyado sobre tu pecho, te das cuenta de que existe, de que, en realidad, siempre ha sido algo distinto de ti, aunque tú lo escondieras. Y está vivo, y busca entre tu camisón sudado, también verde, qué chupar. Tiene hambre, hambre que es promesa de lo que vendrá. Porque luego quieren huevos fritos, y filetes, y clases de inglés. Sí, hablará mucho mejor inglés que yo. Y conocerá Estocolmo, cuando el día y la noche se funden. Y será paciente, y simpático, y bueno, y todo lo que yo no soy.

Sí, comprendía por qué a aquella pareja parecía que iba a reventarles el alma.

¡Qué diferencia con mi situación! Sabía que no tenía culpa, pero me embargaba una terrible sensación de fracaso. Me sentía como una casa ruinoso, donde el deterioro no hubiera hecho más que comenzar. Estaba segura de que el hundimiento sería estrepitoso. De improviso, se me empañaron los ojos. Azorada, retiré la mirada y traté de volver a concentrarme en la agenda. Pero a mi mente sólo venía una palabra: «fracaso». De ese tipo que no sale con Valium o Prozac; de ese que llora sueños y sábanas. Estaba a punto de levantarme y marcharme cuando me di cuenta de que la señora de la voz melódica pronunciaba mi nombre.

—Señora MacHor, ¿quiere seguirme, por favor?

No opuse resistencia. La seguí hasta una salita, pequeña y sin ventanas. No había cristal, ni pizarra gris, ni sillones de diseño. Sólo aparatos metálicos y paredes blancas, todos ellos igual de amenazadores.

—¿Es que no va a venir el doctor San Sebastián? —pregunté.

—Sí, por supuesto. Pero, como se trata de una revisión rutinaria, y conocemos su historial, es preferible que le hagamos primero una exploración y una ecografía. Luego, con los resultados, le haremos pasar a la consulta del doctor. Quítese la ropa, por favor. Toda, también la interior, y póngase este camisón. Abrochado hacia delante. Luego, tumbese en la camilla. El doctor Hernández, colaborador del doctor San Sebastián, vendrá enseguida.

La enfermera salió y cerró la puerta. El camisón no era verde, un consuelo.

Me percaté de mi estupidez en cuanto intenté quitarme el estrecho pantalón (hube de sentarme en el suelo para hacerlo), pero de todos modos cumplir con la primera parte de las instrucciones no me resultó difícil. En poco más de dos minutos, tenía aquella antiestética prenda colocada. Abertura hacia delante, como un salto de cama, pero sin salto y sin cama.

No ocurrió lo mismo con la segunda orden.

Aquella camilla... Los hierros enhiestos, fríos y brillantes, destinados a sujetar las piernas en alto, separadas, abiertas, como si yo fuera un pavo al que hubiera que rellenar de ciruelas y manzanas. O al que hubiera que vaciar... Fue demasiado para mí. Aquello no era una camilla, sino un potro

de tortura, del que, una vez sentada, no podría escapar.

Al entrar, el joven doctor Hernández me encontró en tal estado de excitación, que decidió dejar la exploración para más tarde.

—Dígame una cosa, señora MacHor, ¿le ocurre esto habitualmente?

No respondí. ¿Qué podía decir en mi descargo?

—Si lo prefiere, le diré al doctor San Sebastián que venga personalmente, aunque ha de saber que tengo mucha experiencia. Acabo de llegar de la Clínica Mayo, en Rochester...

—No es por usted, doctor, no. Lo siento... Seguro que es un médico muy competente, pero...

El facultativo se hizo cargo, por fin, de la situación.

—No es una revisión rutinaria, ¿verdad?

Con la mirada fija en el suelo, negué dos veces con la cabeza.

—Está usted preocupada, me hago cargo, ¿me puede decir por qué? ¿Se ha notado algún bulto, alguna otra... anomalía?

Volví a negar del mismo modo.

—Señora MacHor...

Finalmente, levanté la vista, y con los ojos vidriosos, confesé:

—Estoy embarazada.

—¿Está segura?

Las palabras se me amontonaron en la boca. Todas querían salir a la vez. Pero sólo pude hablarle de ellas.

—Salieron dos rayas, doctor. Rojas las dos. Ahora son más oscuras, pero no se borran. ¿Me entiende? Dos rayas rojas. Las miro cada día, pero no se van. El prospecto decía que si eran dos...

Se me quebró la voz.

—Muy bien, no se preocupe. Vístase. La enfermera le extraerá un poco de sangre. Será sólo un pinchazo. La prueba en sangre es más fiable que en orina, cuando la gestación es incipiente. Cuando tengamos los resultados, la pasaremos al despacho del doctor San Sebastián. No tardaremos mucho.

Tras el pinchazo, volvieron a enviarme a la sala de diseño. A esperar. A rumiar mi estupidez y mi fracaso. Y el numerito, aunque eso no me importaba demasiado.

Apenas media hora después, me llamaron. Esta vez, me condujeron a un

despacho con muebles de madera y luz natural, que carecía de camilla.

—¡Lola, adelante! Siéntese, por favor.

Era mi médico, el doctor San Sebastián. No nos conocíamos demasiado, a mí no me gustan los de su gremio (a excepción de Jaime, mi marido, al que quiero a pesar de serlo), pero, al menos, su rostro me resultaba familiar.

—Siéntese, por favor.

Lo hice, mientras trataba de esbozar una sonrisa. No lo conseguí. Por el contrario, la garganta se me anudó aún más.

—Creo que ha pasado usted un mal rato.

—Sí —alcancé a responder.

—No se preocupe, tenemos tiempo de sobra. Dígame, ¿desde cuándo le falta la regla?

—Siete semanas, puede que ocho; quizás diez. No soy buena con los números...

Anotó algo en un papel que tenía sobre la mesa.

—Una ecografía habría sido útil, pero no se preocupe, podemos hacerla más adelante. En todo caso, sus niveles de HCG lo confirman: está usted embarazada de aproximadamente once semanas.

—¿Seguro?

—Nada hay seguro en esta profesión pero, desde luego, es lo más probable. ¿Nota tensión en las mamas, náuseas, mareos, algún otro síntoma?

—Sí.

—¿Cuál de esos síntomas?

—Digamos que todos.

El médico se echó a reír.

—¡Tranquila, Lola, pronto pasarán!

Torcí el gesto. Sabía que no era verdad, aunque era lo que menos me importaba. San Sebastián observó mi rictus y me habló con voz extremadamente amable.

—Lola, a sus años es posible que este embarazo no llegue a término. En todo caso, es recomendable tomar medidas. Con esa edad gestacional, no habrá problemas. No se preocupe, lo prepararemos todo para la semana que viene. Es muy sencillo. No le dolerá. Sin embargo, dadas las circunstancias y los antecedentes, necesito que, previamente, se someta a una revisión general.

Le pediré una placa de tórax, un electrocardiograma y...

—¿Una radiografía? —pregunté extrañada—. Pensaba que los rayos X estaban contraindicados en un embarazo...

—Y lo están, desde luego. De hecho, pueden producir anomalías en el feto. Pero, en este caso, eso no nos importa, ¿verdad?

—¿Cómo que no importa? ¡Pues claro que importa, al menos a mí!

—Lola, tras el aborto...

Me quedé mirando al médico con expresión preocupada.

—¿Aborto? ¿Es que algo va mal? ¿Qué más dice ese análisis?

—El análisis no dice nada, salvo que está usted embarazada.

—Sí, eso ya lo sé.

Ya no pude contener más las lágrimas.

San Sebastián, parapetado tras su enorme mesa, se levantó y acercó una silla a mi vera. Me cogió la mano con cariño y me explicó.

—No se alarme; que se sienta así es completamente normal. Se trata de situaciones difíciles, muy difíciles.

—¡Imposible! —respondí entre jadeos.

San Sebastián no me conocía mucho. Sólo había acudido a su consulta un par de veces, pero se sintió en la obligación de decirme cómo estaba la situación.

—Es increíble lo fácil que olvidamos que el tiempo pasa, querida Lola. Pero es exactamente lo que ocurre. Tiene usted una gran familia, cuarenta y siete años cumplidos (si mis datos son correctos), y una pequeña patología cardíaca de base. Está a un paso, a un centímetro diría yo, de la menopausia... En fin, lo más sensato es que no esperemos y que le hagamos un legrado enseguida. Cualquier otra decisión sería una imprudencia.

Recordé aquel matrimonio de la sala de espera, y el gorrito de gnomo, y el olor a vida rebuscando en mi pecho. Y estallé.

—¡Se trata de..., en fin, es mi hijo! No lo puedo matar como si fuera una cosa sin vida.

—No se trata de matar, Lola. A estas alturas de la gestación, no es más que una colección de células.

Me solté de su mano y me puse de pie. Busqué un pañuelo en el bolso y me sequé las lágrimas.

—De acuerdo, doctor, soy vieja; hace años me colocaron un par de stent... Además, por si quiere saberlo, no me hace ninguna gracia volver a los pañales, pero creo que no puedo hacerlo. ¡Nunca me lo perdonaría! Para usted será una colección de células, pero para mí es otra cosa.

El médico volvió a su posición de origen tras el enorme escritorio, manteniendo el tono afable.

—En este momento está usted en estado de *shock*. Es normal. Váyase a casa, tómese un Valium, piénselo sensatamente y háblelo con su marido. Luego, vuelva. Mi consejo es que no tarde demasiado, porque el paso del tiempo incrementa los peligros de la intervención. Y, no obstante, los riesgos que corre como paciente añosa no son ahora los que más me preocupan. Es obvio que usted no se hace cargo de los demás peligros. —En ese momento, clavé en él la mirada. No se dio por aludido y continuó hablando muy despacio—: La probabilidad de que el feto padezca alguna anomalía, una malformación, un síndrome de Down, por poner un ejemplo que le resulte común, es mucho más elevada a su edad. A los veinticinco años, una mujer tiene una probabilidad entre mil doscientas cincuenta de tener un Down; a los cuarenta y cinco, la probabilidad es de una entre treinta. ¿Quiere ofrecerle una vida llena de sufrimiento, quiere estropear su vida y la de su marido para siempre? Usted no puede calibrar eso ahora pero, si sigue adelante con este embarazo, probará en sus propias carnes lo que es la amargura. Le aseguro que es una cosa terrible...

Yo no le escuchaba. Estaba intentando hacer mis propios cálculos.

—Ha dicho una probabilidad entre treinta... Eso, ¿a qué porcentaje equivale? No soy muy hábil con las matemáticas.

—Cerca de un tres y pico por ciento.

—Un tres y pico por ciento... Lo que quiere decir que hay un noventa y tantos por ciento de probabilidades de que vaya bien. ¿Y por un tres y pico quiere que aborte?

Nada en la expresión del médico cambió, salvo el ligero tono cortante de su voz.

—Yo no quiero nada, Lola, sólo pienso en su bienestar. Trato de ponerme en su posición. Al menos, déjeme que le haga unos análisis más extensos para desechar riesgos de trisomía. Dentro de pocas semanas podremos hacer una

amniocentesis para descartar daños. Si se confirma que...

—¿Ponerse en mi posición? ¿Cómo va a ponerse en mi posición si no me conoce? Antes de entrar en su consulta, pensaba que saldría de aquí animada. Que usted me convencería de que todo iba a ir como la seda, que diría que muchas mujeres añosas han tenido niños preciosos y listísimos, que mentiría si era preciso. ¿Y sólo me dice que aborte y me asusta con no sé qué anormalidades cromosómicas? No estoy preparada para esto...

Recogí el bolso y me encaminé a la puerta.

—Lola, escúcheme... Si usted lo prefiere, esperamos a que...

—Lo siento, tengo que pensarlo.

No hablé con nadie de aquello. Fui directamente a la Audiencia, andando. Me encerré en el despacho y me quedé allí hasta muy avanzada la tarde, revisando papeles. En previsión, dejé el paquete de pañuelos de papel sobre la mesa. No lo toqué. Cuando tengo una preocupación que verdaderamente merece ese nombre, siempre hago lo mismo: cierro los ojos y dejo de pensar en ello.

Al llegar a casa, me entretuve haciendo la maleta. Preparé con la ayuda de mis hijos una cena ligera y, con la excusa de que tenía que madrugar, los dejé viendo una serie de médicos forenses y me fui a la cama.

Jaime estaba de viaje. De nuevo. En un año, había conseguido tarjeta oro de Iberia Plus.

Terminé de leer dos artículos sobre globalización antes de dormirme.

Pedí a mi piloto que me recogiera lo antes posible en una pista forestal cercana al campamento y le ordené que pusiera rumbo a Londres. No dije ni una palabra durante el viaje. La nueva azafata, una jovencita de aspecto exuberante a la que no conocía, se mostró extremadamente amable conmigo, pero yo tenía la cabeza en otro sitio.

En cuanto sobrevolamos la ciudad, consideré la posibilidad de ponerme en contacto con alguno de mis colegas para hacerles partícipes de mis inquietudes. Estaba seguro de que mis dudas interesarían a más de uno, y de que esas conversaciones me permitirían abrir la tapa de una olla que empezaba a bullir. Pero, ya en tierra, y con el teléfono en la mano, desistí. Aquélla debía ser mi búsqueda, la exploración de un lobo solitario que caza sin valerse del arrimo de la manada.

Pero ¿dónde buscar? Encontré yo mismo la respuesta: sólo quien está al otro lado es capaz de revelarte quién y por qué, y de explicarte el sentido de la realidad. Necesitaba un médico. Y no uno cualquiera. Precisaba de alguien capaz de desbrozar la frondosa complejidad de la mente humana. Alguien que hubiera tratado con mentes criminales, tantas que su experiencia le permitiera contestar a mi pregunta.

Gracias a la eficiencia de mi secretaria, pronto obtuve las coordenadas de aquel que era tenido por el más competente médico (al menos, el de mayor caché) en el gremio de la psiquiatría criminal.

Yo me he dado un nombre. Él también merece uno. Digamos que se llama Wilson, Ernest Wilson. Cincuenta y tantos años, nacionalizado norteamericano, con consulta abierta, no podía ser de otra manera, en la ciudad de Nueva York.

Mis fuentes me informaron puntualmente sobre su currículum.

Había sido interno en el Hospital Presbiteriano de Nueva York, y trabajado algunos años en Neuropsiquiatría en la Oficina de Salud Mental de ese estado. Teniendo en cuenta las características de aquella fascinante población (Nueva York es el psiquiátrico sin rejas más grande del mundo), era lógico que el doctor Wilson tuviera una dilatada y variada experiencia. Posteriormente, se había doctorado en la Universidad de Pittsburgh. Su tesis versaba sobre los comportamientos

primarios de los asesinos múltiples, un tema interesante, pero mucho más si se tenía en cuenta la muestra empleada: se había nutrido de los convictos recluidos en cárceles norteamericanas que habían sido condenados a muerte por sus delitos.

Publicó sus conclusiones en una editorial de prestigio y tuvo cierta repercusión en el seno de la academia, pero eso no se tradujo en un aumento de pacientes. Por aquel entonces, su consulta privada resistía lánguidamente el pago del alquiler, el sueldo de la enfermera y la máquina de café. Al parecer, su nombre empezó a pujar (y su cotización a elevarse) al ser reclutado por la policía neoyorquina para elaborar perfiles psicológicos de ciertos delincuentes.

Esa técnica, según creo, estudia las escenas del crimen, las pistas, el entorno y demás factores, buscando descubrir las características demográficas, la edad, el género, la ocupación o la psicología de la persona que está cometiendo esos delitos. El motivo de la extraña alianza entre el doctor Wilson y la policía neoyorquina (poco dada a la ciencia, psiquiátrica o de cualquier otra naturaleza) había sido un pirómano, empeñado en reducir a cenizas las mansiones de los potentados del lugar. Sus andanzas tenían sobrecogida a la población en general y particularmente al gobernador, que veía peligrar las más generosas aportaciones económicas para su reelección.

Tras cuatro mansiones abrasadas, Wilson fue contratado para bosquejar el carácter criminal del autor. Debió de hacer su trabajo con maestría y éxito, pues, tras la detención del buscado ciudadano (un profesor de golf de uno de los clubes más elitistas de la ciudad), su nombre ocupó espacio de portada en varios diarios de la zona. Fue entonces cuando su consulta comenzó a funcionar. Es sabido que el dinero llama dinero, y la fama, más fama.

Pocos meses después, aunque no era militar de carrera, volvió a ser requerido por las autoridades, esta vez por el Departamento de Defensa. Se le pidió ayuda para tratar a algunos veteranos de guerra, acusados de cometer horribles atrocidades, y para desatascar la enorme lista de espera que se nutría con los combatientes de la segunda guerra del Golfo, que volvían a casa con mil y una patologías. Debían de ser legión. A raíz de aquello, su fama subió como la espuma. Lograr hora de consulta requería meses y hasta enchufes.

Mi secretaria se puso en contacto con él y consiguió que me citara para el día siguiente. Concertar el encuentro fue relativamente sencillo, habida cuenta de que mi empleada habla a la perfección el lenguaje universal. El acuerdo económico fue, a todas luces, desorbitado, pero a mí, en aquellos momentos, ese detalle no me interesaba lo más mínimo. Tenía prisa. El dinero sólo importa cuando falta. Ése no es mi caso. Aquella cantidad —exigió que le fuera pagada en libras e ingresada en una cuenta numerada en un paraíso fiscal británico— incluía el derecho a disfrutar de una comida tranquila y a extender la conversación durante el resto de la tarde. Quizás yo pudiera aventar el asunto con brevedad y no fuera necesario tanto tiempo, pero quería sosiego, evitar que me metiera prisa o que mirara el reloj y dijera con voz melodiosa pero profesional: «Estimado Rodrigo, la sesión ha terminado.»

También por medio de mi secretaria, le hice saber que no deseaba diván, ni físico ni psicológico. Sólo respuestas a curiosidades. Ése y no otro era el motivo por el que le citaba en un lugar público para una comida informal. Yo propuse la ciudad del encuentro (Washington —no quería un sitio frenético, como Nueva York); él eligió el restaurante: Clyde, en el corazón de Chinatown, en la revitalizada zona de Penn Quarter, a dos pasos de la National Portrait Gallery. De inmediato, ordené al piloto poner rumbo a los Estados Unidos de América, la patria de la ciencia criminalística moderna.

El local elegido me resultaba desconocido, de modo que consulté detalles en la red. Curiosamente, Clyde no resultó ser un establecimiento de lujo, más bien un local de precios moderados, frecuentado por turistas, artistas del teatro y fans de los mismos. Me extrañó su elección, pero no me inquieté. Supuse que el psiquiatra tendría sus motivos. ¿No los tenemos todos?

Aterrizamos en el aeropuerto de Dulles con bastante retraso. Miré el reloj: tenía el tiempo justo. Me subí al Lincoln que me aguardaba y fui directamente al restaurante. En Washington, diluviaba.

Washington es una ciudad de orden. Calles rectas, limpias, costumbres diplomáticas. Calor en verano, mucho; frío en invierno, más. Pero las tormentas no saben de buenos modos ni de educación. Hacen lo que quieren y cuando quieren. Estábamos en julio. Tocaba calor asfixiante, polvo, moscas y un sol que liquida flores y te marca a fuego, como al ganado. Sin embargo, me encontré con un día plomizo, veinticinco grados, chaparrón y un viento del norte que incrementaba la sensación de malestar. Veinte horas antes, sudaba atacado por los bárbaros rayos del sol africano, por los enormes mosquitos y por las bestias salvajes. Allí, no había elefantes, sino enormes autobuses turísticos, llenos de especies variadas, y no eran gorilas, sino viandantes, los que corrían despavoridos. El apremio no procedía de un cazador oculto, observando a su pieza a través de la mira de 2 ½ aumentos de su rifle .470, sino de una manada de coches que esperaban la aquiescencia de un esbelto semáforo. Y eran éstos, los coches, y no los pájaros, los que graznaban. Por lo demás, todo resultaba similar: cazadores y presas, vencedores y cadáveres.

Reconozco que estaba algo nervioso cuando entré en el restaurante —un amplio local distribuido en dos alturas, unidas por una empinada escalera de madera— y que observé todo lo que me rodeaba como si todavía me encontrara en la selva. Muebles, cuadros, porcelanas, lámparas, todo recreaba las antiguas glorias del imperio de Hong Kong. Pregunté por mi anfitrión. Me indicaron que subiera a la primera planta, salón victoriano. Lo hice despacio, con el propósito de grabar en mi mente cada detalle. Presentía que aquella reunión iba a marcar para siempre mi vida.

El gran salón victoriano de Clyde se encontraba semivacío. Ernest Wilson me esperaba en una mesita redonda, pequeña, con dos servicios. Anduve hacia él observando la curiosa decoración de la sala: una colección nada despreciable de bronce y óleos que plasmaban diversos motivos deportivos: hockey sobre hierba, carreras de caballos, golf...

Clyde tiene, según averigüé más tarde, varios reservados que podrían habernos proporcionado la intimidad que yo deseaba. No obstante, Wilson había escogido una mesa en una de las esquinas del restaurante del piso superior, mirando a la calle. El emplazamiento, que permitía cierta reserva, nos unía, sin embargo, al resto de los comensales. Supongo que, como no me conocía en absoluto, decidió tomar precauciones. No dejaba de ser razonable: quizás yo fuera un antropófago o un demente obsesionado con los psiquiatras neoyorquinos de mediana edad.

Le observé curioso, intentando llegar a alguna conclusión sobre él. Confieso que me sorprendió profundamente. El físico de Ernest Wilson se distanciaba de lo que mi imaginación se había forjado de él. Había supuesto que me encontraría con un hombre alto, atlético, elegante, con rasgos muy marcados, angulosos; alguien próximo a mí, en una palabra. Y, en cambio, era prácticamente mi opuesto: de talla pequeña, presentaba un aspecto rudo, sobre todo por su corpachón de campesino. Su pelo crespo, pajizo, escaso y ligeramente canoso, tampoco le facilitaba un aire cosmopolita. Ni sus gafas de montura dorada, pasadas de moda. De todos modos, resultó ser un tipo afable que vestía correctamente, aunque pareciera desaliñado, cuyo semblante aparentaba una inocencia y un despiste casi infantiles, pese a que atendía a todos los detalles con precisión felina.

No obstante, emanaba de él una fuerza especial. No residía en su desarrollada musculatura, desde luego. De haberme obligado a apostar, lo habría hecho, a partes iguales, por sus ojos, brillantes como diamantes azulados, y por su voz cautivadora. Finalmente conseguí identificar a quién me recordaba: Woody Allen. Tenía un aire al actor y director. Era como si a aquél le hubieran sometido a un entrenamiento físico feroz durante meses hasta lograr grandes bíceps, pero manteniendo el rostro inocente y de alfeñique.

En aquella primera cita, Wilson vestía traje oscuro, camisa blanca y pajarita azul marino con lunares rojos. En cuanto se fijó en que yo llevaba atuendo sport, se quitó la americana y el lazo.

—Nos entenderemos mejor si somos del mismo barrio —alegó.

Confieso que su acción me desconcertó. Aquel alienista no debía de estar tan al corriente de la naturaleza humana si pensaba que a mí me importaba su vestimenta, o la relación entre su vestimenta y la mía. Concluí que se trataba de alguna suerte de manía profesional, como los tirantes en los años noventa, y dejé de pensar en ello. Al menos, durante un tiempo.

Se levantó y, con una sonrisa solícita, me estrechó la mano. Pese a su aparente fuerza, lo hizo con languidez, como si no quisiera contaminarse.

Nos sentamos uno frente al otro. El mantel, blanco e impoluto, olía a suavizante. Sobre la mesa descansaba un florero con dos margaritas amarillas naturales y una rama verde que le dificultaban la visión. Lo apartó.

—Bueno, aquí me tiene, a su disposición. ¿Cómo quiere que le llame?

—Puede llamarme Rodrigo.

—El que usa un alias quiere ser otro —sentenció.

—No es el caso —le expliqué—; será mejor para los dos que permanezca en el

anonimato.

—Como quiera, ¿cómo ha dicho que desea que le llame?

—Rodrigo.

Se le iluminó la mirada.

—¡Ah, Rodrigo! Un curioso nombre, lleno de significado.

—Yo creo que los nombres no implican absolutamente nada para el que los lleva —protesté—. De hecho, el que acabo de ofrecerle lo he escogido al azar.

—En eso tiene razón, no implican nada para el que lo lleva, pero mucho para el que lo escoge. Indica la visión que tienes del prójimo. O, en este caso, la que tiene usted de sí mismo. ¿Sabe qué significa Rodrigo?

—Lo desconozco por completo —admití.

—Rodrigo es un vocablo de origen germánico. Significa «Rico en gloria». Glorioso, susceptible de ser glorificado.

Sonreí. Quizás se tratara de una mala jugada de mi subconsciente, aunque yo desconocía poseer aquella información. De todos modos, cambié enseguida de argumento. Tenía muchas cosas en las que pensar.

—Y usted, ¿cómo quiere que le llame?

—Llámemme como quiera... Doctor, o doctor Wilson estaría bien —señaló. Parecía querer marcar distancias desde el principio, pero matizando la carga con la suavidad de su voz.

—De acuerdo, doctor.

—¡Estupendo! Nos hemos presentado, estamos dispuestos..., ahora podemos empezar. Antes de nada, acláreme algo: ¿quiere que hablemos de un asunto en concreto o prefiere que permitamos al destino guiarnos?

—No creo en el destino —aseveré—. Tampoco creo en la suerte, ni en la providencia —añadí en un arranque de sinceridad.

Se limitó a sonreír y a pronunciar un escueto «interesante». Calculé que aquella palabra me había costado, al menos, mil euros.

—Muy bien, Rodrigo, dígame entonces qué le ha traído hasta aquí.

—Tengo una pregunta que formularle, doctor —le espeté directamente—. Y me gustaría obtener una respuesta precisa. Si la desconoce, si tiene que pensarlo, si necesita consultar algún libro o hacer lo que sea que ustedes hagan cuando ignoran la solución, no se preocupe. Sólo dígamelo. Lo entenderé. Nos citaremos más adelante, cuando disponga de los datos necesarios.

—Formule su pregunta, Rodrigo, pero le advierto que no he comido nada desde esta mañana temprano, y mis neuronas no trabajan adecuadamente cuando están mal alimentadas.

El tono de su voz me molestó. Parecía sentirse ofendido por lo que le había dicho, aunque no tenía por qué. Aun así, me mordí la lengua. Llamé al camarero, saqué un billete de cien dólares americanos y le pregunté qué platos podrían servirnos en el acto.

—El cocinero puede preparar una hamburguesa de cangrejo del Potomac en un par de minutos; en tres más, un entrecot con gambas. Ambos son platos estrella en

nuestra carta —dijo.

Sin consultar con Wilson, pedí que nos sirviera la hamburguesa; el entrecot, en cuanto estuviera listo. Ordené también que trajeran una botella de vino, un tinto de California, y que retiraran el jarrón con las margaritas. No deseaba distracciones ni tontas esperas.

Los dos nos mantuvimos callados mientras nos servían la bebida y colocaban sobre la mesa una bandeja con una corta variedad de panes y una tarrina de mantequilla. En breve, llegó el cangrejo. Observé que, durante la espera, el doctor no perdía la compostura, ni se ponía nervioso. Cogió un pedazo de pan y lo fue diseccionando en pequeños trozos de similar tamaño, que fue colocando en fila en el lado izquierdo de su tenedor. Cuando acabó, comenzó a comérselos siguiendo un riguroso orden: primero, las posiciones impares; luego, las pares. Estuve tentado de preguntar el porqué de tan extraña actitud, pero me contuve. La curiosidad puede distraerte hasta hacerte perder el norte. Debía concentrarme en mis asuntos. Por otro lado, el tipo era psiquiatra; tratar habitualmente con locos y perversos debía de dejar alguna secuela.

Esperé a que el médico se llevara un par de veces el tenedor a la boca y, luego, le solté a bocajarro:

—Doctor, ésta es mi pregunta: necesito saber si alguien cuerdo (con ello quiero decir un hombre o una mujer libre de cualquier tipo de patología mental) puede matar a otro ser humano. Excluyamos los accidentes y la defensa propia. Me refiero a matar como un acto deliberado, consciente y voluntario.

—Un crimen... —susurró, al tiempo que me devolvía la mirada.

—Exactamente, un crimen a sangre fría; un asesinato planeado y ejecutado racionalmente.

Mientras me clavaba los ojos, una media sonrisa se dibujó en su boca.

—¿Cuál es el motivo de ese crimen?

—¡No, no, nada de motivos! —respondí—. ¡Ésa es la cuestión!

La expresión le cambió al instante y su mirada se volvió paternal, como si yo fuera un ignorante y él tuviera que adiestrarme.

—Cualquier acción humana ha de verse como respuesta a un estímulo previo. Toda iniciativa cuenta con un motivo, Rodrigo. Acción, reacción... ¿Me comprende? Siempre funciona el mismo procedimiento: pulsión, orientación, meta.

Un cúmulo de ideas contradictorias me invadió. ¿Me habría equivocado con aquel hombre? No había ido buscando a un psicoanalista, ni mucho menos un expendedor de baratijas de revista, palabras manoseadas difíciles de pronunciar. Quizás sólo fuera su lenguaje habitual y no hubiera reparado en que aquella forma resultaba impropia.

Se produjo un incómodo silencio que duró unos segundos. Finalmente decidí hablarle con claridad. Al fin y al cabo, yo era el que pagaba.

—Verá, doctor, desconozco todo lo referente a pulsiones, orientaciones o reacciones y, si le soy sincero, no me interesan lo más mínimo. Sólo deseo que

comprenda mi perspectiva y responda a mi pregunta.

—De acuerdo, expóngamela.

Respiré profundamente, cerré los ojos y traté de ser preciso.

—Sólo me preocupan los crímenes provocados por los móviles no habituales: nada de celos, ni de dinero. Crímenes ausentes de venganza o de orgullo... Yo hablo de matar por matar.

Sonrió de nuevo, esta vez con picardía, y adoptó una expresión misteriosa, cómplice. Se me acercó y susurró:

—¿Me pregunta por los asesinos profesionales?

Rápido de reflejos, negué con un gesto. Y añadí:

—El dinero también queda excluido.

Asintió varias veces con la cabeza.

—¿Entiendo, entiendo! Usted se refiere al asesinato motivado por la búsqueda de poder.

—No, tampoco.

—¿Cómo que no?

—No niego que el poder sea otro motivo para matar, pero no es el que a mí me interesa. Quien mata por ese móvil busca la fuerza, el dominio. No es ésa mi duda.

—¿Ah, no? ¿Qué poder supera al de decidir sobre la vida y la muerte, al de poseer un ascendiente pleno sobre otros seres humanos? Matar por poder y poder matar viene a ser lo mismo. Ése es el monopolio supremo. Supera cualquier otra emoción, cualquier fracaso, destaca sobre el mayor de los amores, sobre el más grande de los apetitos.

Lo pensé durante unos instantes. Finalmente, acepté su argumento.

—Si usted lo define en esos términos, de acuerdo. Hablemos de matar como manifestación de dominio. Dígame, ¿alguien cuerdo puede obrar de esa manera?

Buscó la botella de vino y se sirvió otra copa, vaciándola de inmediato. A excepción del líquido que terciaba la mía, y que no había probado, él se había bebido el resto. Pidió que nos trajeran otra botella. Le brillaban los ojos, pero su dicción seguía siendo correcta e inteligente.

—Curiosa pregunta, Rodrigo —me dijo, y apuró el vino—. Y más curioso aún que usted se la formule.

—¿Por qué dice que es curioso?

—Este mundo nuestro muestra cierta apatía ante todo lo que no entiende, ante lo que le queda lejos, como el asesinato. La gente normal (interprete esa expresión desde una perspectiva estadística) no anda pensando en situaciones extraordinarias. Se preocupa de cosas comunes, poco tortuosas: el coche que va a comprar, el puesto de trabajo que puede alcanzar o perder, el hijo que espera... Y hablando de hijos, Rodrigo, ¿está usted casado?

Esa pregunta despertó en mí un inmediato sentimiento de rechazo. ¿Casado? ¿Qué tenía el estado civil que ver con mi duda? Por ahí no iba a pasar. No estaba dispuesto a que Wilson me enredara en sus telarañas de psiquiatra freudiano. De inmediato le espeté:

—No, doctor, estoy soltero, pero lo que ahora importa es mi pregunta: ¿es posible?, ¿cree que un hombre cuerdo puede matar?

Cogió un palillo y comenzó a hurgarse en la boca. La «operación limpieza» consumió algunos segundos. No supe si lo que pretendía era hacer aflorar algún resto de comida especialmente incrustado en sus dientes o trataba de ganar tiempo para incubar algún pensamiento sublime. Yo, que no había tocado aún mi almuerzo, esperé pacientemente. Al fin, levantó la cabeza y me respondió.

—Un hombre, en su sano juicio, es un ser libre, Rodrigo. Dentro de unos límites, puede hacer lo que le venga en gana. Y, por supuesto, puede ejercer violencia sobre otro hombre e incluso matarle. Debo contestar afirmativamente a su pregunta: sí, es posible.

Esperaba esa respuesta y, no obstante, ¡qué sensación me produjo escucharla! Aquel psiquiatra famoso, sabio en experiencia y conocimientos, venía a confirmarme la hipótesis de León, un tipo inculto, de campo: los cazadores de hombres podían estar cuerdos, matar como depredadores, pero seguir siendo hombres.

Debió de sorprenderle la expresión perpleja de mi rostro porque, tras observarme durante unos instantes, dijo al fin:

—De acuerdo, dispere.

—¿Cómo dice, doctor?

—Tiene usted algo ahí —canturreó al tiempo que dirigía su dedo hacia mi frente—. Entre ceja y ceja; algo que le preocupa y que no se atreve a preguntar.

—Simplemente estaba reflexionando sobre lo que usted ha dicho. De ser cierto, permitiría hablar de la maldad absoluta.

Negó contundentemente con la cabeza.

—Negativo, la maldad absoluta es un imposible metafísico.

—¿Cómo que es imposible? ¿Por qué? Acaba de decir que el corazón humano puede ser completamente negro.

—En alguien absolutamente malo no cabe ni una pizca de bondad. Un ser así no puede existir porque terminaría destruyéndose a sí mismo, ya que la misma vida es, en sí misma, un bien.

—Vale, retiremos el adjetivo. Hablemos de la maldad a secas.

—En ese caso, lo admito. Puede existir, lo he comprobado multitud de veces, un nivel de maldad bastante notable.

Un camarero se acercó para retirarnos los platos. Wilson no se lo permitió. Con un manotazo despectivo, le obligó a marcharse, no sin antes pedir que nos trajeran ron añejo. El joven volvió de inmediato con una botella de Montecristo y lo vertió en sendas copas panzudas. Wilson tomó la suya entre los dedos e hizo girar el líquido color ámbar. Me llegó un aroma intenso, con puntas de vainilla y de roble. Siguió así unos instantes, pero no se lo acercó a los labios. Yo tampoco.

Durante un tiempo se interpuso entre nosotros una extraña barrera de silencio, que yo aproveché para pensar. Según decían, Wilson era el mejor, de modo que debía de estar en lo cierto. No obstante, necesitaba convencerme por mí mismo.

Tenía la sensación de que aquella respuesta estaba inconclusa, como si el psiquiatra me hubiera ofrecido un aperitivo mientras yo maduraba la pregunta definitiva. Por eso, rompí el momento y le pregunté:

—¿Y sus colegas? Me refiero a otros psiquiatras criminales. ¿Qué opinan?, ¿coinciden con usted?

Barrió mi prisa de un plumazo. Con una actitud realista y humilde, me contestó:

—En estos temas, no decidimos democráticamente. Poco importa si estamos o no de acuerdo: el asesino se manchó de sangre y la víctima está muerta, huele mal y le atacan las moscas. De todas formas, Rodrigo, permítame que le recuerde algo importante: pretende hacer usted simple algo que no lo es. La mente humana es un universo complejísimo. Desde la época de los griegos, se discuten esos extremos. Sería una imprudencia por mi parte tratar de explicárselo a pelo, por lo breve, delante de un entrecot con gambas.

Me mordí la lengua ante la suficiencia de sus palabras y respondí con suavidad:

—Se exige usted demasiado, doctor. No he venido hasta aquí para escuchar una clase magistral ni un cúmulo de frases altisonantes. Olvídese del último *paper* publicado en el último *journal* de impacto. Le pido algo muy simple: aspiro a saber si alguien equilibrado, serio, juicioso, puede matar y mantenerse cuerdo. Ahí radica mi duda.

De pronto se sintió ofendido, airado. Adoptó una mirada dura y levantó las manos en un gesto grandilocuente.

—¿Intenta usted burlarse de mí, Rodrigo?

—¿Cómo dice?

—Eso que acaba de hacer no es justo. Me ha ofrecido una Coca-Cola pero se ha reservado el abrebotellas. Si verdaderamente quiere mi opinión, si quiere una respuesta, no debería guardar información ni hacerme jugar al gato y al ratón.

Le interrumpí. No entendía lo que estaba ocurriendo ni por qué se enfadaba tanto. Con cara de extrañeza, le dije:

—¿Ocultando información, doctor? ¿Qué información? No sé qué quiere decir.

—Acaba de añadir un nuevo factor, un factor esencial. Verá, Rodrigo, hace un rato, usted me formuló una pregunta muy concreta: «¿Una persona en su sano juicio puede matar sin motivo a otro ser humano?» Mi respuesta fue categórica: «Sí, es posible.» Sin embargo, ahora acaba de decir: «Yo aspiro a saber si alguien equilibrado, serio y juicioso puede matar y seguir estando cuerdo.» ¿Lo entiende?

—Lo cierto es que no.

—«Matar y seguir estando cuerdo», ¿lo ve? Una cosa es matar y otra muy distinta lo que puede ocurrir después de hacerlo. Usted ha añadido a su inquietud inicial una nueva pregunta: cómo puede afectar a un hombre cuerdo su acción asesina. ¿Mantendrá su cordura o la perderá? Si quiere mi opinión, esta segunda cuestión es mucho más interesante que la primera. Pero, en todo caso, es distinta.

Comprendí. Esperaba ansioso una respuesta cuando agachó la cabeza, cerró los

ojos y permaneció quieto, inmóvil. Por un momento pensé que se había dormido. Me equivocaba; tras unos segundos de ensimismamiento, volvió en sí. Pero en vez de contestarme, me espetó:

—¿Qué opina usted?, ¿el asesino mantendrá la cordura?

Noté que a floraba en él cierto nerviosismo. Yo, por mi parte, comenzaba a enfadarme y a acusar el cansancio de tantas horas de vuelo, de permanecer sin dormir, sin lograr descansar, obsesionado con mi pregunta. Se agotaba la tarde y el psiquiatra daba vueltas y más vueltas que no me conducían a ningún sitio.

—No he venido aquí a opinar, doctor, sino a obtener respuestas. Dígame, ¿se ha encontrado usted con algún ejemplo?

Se echó a reír. Vació su copa de licor, retiró el plato con los restos de su entrecot y lo cambió por el mío, intacto. Más que comer, aquel hombre devoraba. Imaginé que era emoción, y no hambre, lo que estaba contemplando.

Cuando había dado cuenta de la mitad de la generosa ración, echó mano de mi copa de ron y sorbió un largo trago. Y como si me estuviera narrando la última entrada del partido de los Lakers contra los Nets, me dijo:

—Hace unos meses me visitó un hombre joven. Un tipo guapo, atlético, de buena posición. En cierta forma, me recuerda a usted, aunque él se hallaba totalmente atribulado. Argumentó que necesitaba ayuda y que la necesitaba pronto, o moriría. Inmediatamente pensé en una depresión sobrevenida, causada por algún proceso cancerígeno, aunque ni su comportamiento ni su aspecto indicaban ese tipo de patología. Me equivoqué completamente. En cuanto empezó a hablar, palpé su angustia. Había estado participando en algún foro de Internet en el que se hablaba de la maldad. «¿Es que la maldad existe?», escribió en el foro. «Si verdaderamente te interesa, conéctate a esta web», recibió por respuesta desde una dirección anónima. Lo hizo. La página conducía al dominio del diablo...

—Pero ¿qué dice? Ese ser no existe: es una invención de curas y frailes.

—Prefiero no pronunciarme sobre ese extremo. Sólo le estoy contando lo que le ocurrió a mi paciente.

—De acuerdo, perdone.

—En la web figuraba un modelo de contrato con el diablo, un acuerdo ordinario de prestación de servicios. Me refiero a un documento con condiciones, cláusulas y cosas de ese tipo. Inicialmente, se tomó el hecho a broma: otro juego tonto, de los muchos que hay. Suscribió el contrato, esperando recibir alguna chacota por correo electrónico. No fue así. A los tres días, llegó a su domicilio un paquete. Contenía una dirección (calle, ciudad y estado) y un anillo de metal: un material brillante, una aleación parecida a la plata pero mucho más dura. Era un sello grande, ancho, con una cruz invertida en el centro. Incluía también una nota, que decía más o menos esto: «En cuanto te pongas este anillo, me venderás tu alma. Y yo cumpliré tus deseos.» Estuvo pensándolo unos días. Hasta que una madrugada, desvelado, se levantó, cogió el coche y acudió al lugar que la nota indicaba. Resultó ser un prostíbulo en las afueras de la ciudad. Allí, en medio de una extraña orgía, el anillo le fue colocado en el dedo anular.

»Todo fue bien al principio. Las chicas caían a sus pies, sus contrincantes padecían accidentes, sus negocios florecían... Pero él cada vez se sentía más triste, nervioso, desasosegado. En realidad, no quería aquello. Echaba de menos ser él mismo, ser normal; bueno, incluso. Trató de quitarse el anillo pero le resultó imposible. Acudió a una joyería, donde intentaron cortarlo. No pudieron. Empezó a perder peso. El pelo se le caía a mechones. Cuando las ojeras se tiñeron de oscuro, empezó a hacer cosas que no deseaba: destrozó a puñetazos la cara de una de las chicas con las que se acostaba; ante la visión de una anciana, que cruzaba un paso de cebra, aceleró y la dejó malherida para darse inmediatamente a la fuga; ahogó a su gato con sus propias manos...

Wilson hizo una pausa cuando volvieron a tomarnos nota del postre. Nuevos comensales llegaban a la sala, esta vez, para la cena. Los dos nos conformamos con una taza de café. Yo empezaba a cansarme de diablos y de estúpidos anillos, por eso le interrumpí.

—Lo que quiere usted decirme, si es que le he entendido bien, es que ese paciente suyo, estando cuerdo, se apuntó, voluntariamente y sin motivo, al lado oscuro, a la maldad... Eso, desde luego, daría consistencia a la hipótesis.

—Ése es uno de los prismas del suceso, sin duda, pero si se lo he contado es para intentar responder a su segunda cuestión...

Dejó la frase en el aire. Me quedé mirándolo fijamente y, extrañado, le pregunté:

—¿Qué quiere decirme, doctor? No acierto a entender qué puede haber más destacado que validar la hipótesis.

—Pues el hecho de que mi paciente no pudiera soportarlo. Casi se muere. Si está todavía entre nosotros es porque localizamos a un cura que se atrevió a hacerle un exorcismo. Ayudado por dos tipos inmensos, consiguió arrancarle el anillo.

—¿Un cura? No creo en ninguna de esas patrañas religiosas, doctor, pero no importa. Así es como lo interpreto yo: su paciente apostó voluntariamente por el mal, pero no pudo soportarlo y empezó a volverse loco. Sin embargo, no es más que un caso aislado, que no hace teoría.

—En cuestiones como la que nos ocupa, no es fácil conformar una muestra estadísticamente significativa, Rodrigo. Por eso, cada caso resulta válido en sí mismo.

—Muy bien, se lo concedo. Pero usted tendrá que reconocer que ese resultado depende en gran medida del aguante de cada sujeto. Y, por lo que cuenta, su paciente era un tipo bastante enclenque...

Entonces fue él quien me miró, escondiendo con torpeza su disgusto detrás de una voz suave y calmada.

—Está completamente equivocado, Rodrigo —señaló.

—¿Acaso su paciente no es un hombre débil, doctor?

—En absoluto. Es un tipo de complexión normal y de nervios templados, de esos que dan suficiente juego en sociedad. En todo caso, no estaba pensando en él,

sino en su forma de ver las cosas. Hay algo que está pasando por alto.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—Que todas las acciones, hasta las más nimias, tienen consecuencias. En ocasiones, son positivas; otras veces, negativas. Hay que asumir tanto las unas como las otras.

—Eso lo entiendo, pero no sé qué tiene que ver con nuestro tema.

—Tiene mucho que ver. Verá, el mal produce un efecto similar al de este magnífico ron que nos han servido, aunque mucho más rápido. Si lo toma a menudo, se volverá un alcohólico. Del mismo modo, si alguien derrama la sangre de otro, y saborea su hazaña, se convertirá en un enfermo, en un psicópata...

Estiré la espalda, interesado.

—¿Quiere decir que, si alguien cuerdo optara reiteradamente por el mal, perdería la cabeza?

—Exactamente. El mal es como un virus que, una vez inoculado, contamina inexorablemente al organismo receptor.

El puente aéreo hacia Barcelona salió a su hora.

Iba medio vacío. Había comprado por Internet plaza de ventanilla, junto a una de las salidas de emergencia, con el fin de ganar unos centímetros de profundidad. Además, tuve suerte: el asiento contiguo estaba vacío. Aproveché la soledad para deshacerme discretamente de los zapatos (demasiado tacón, demasiado estrechos). Estiré las piernas y cerré los ojos.

Mis intentos por dormir resultaron infructuosos. Ni siquiera me sobrevino esa modorra tan característica del despegue. Resulta difícil desengancharte cuando te obsesionas con una idea. Y a mí, aquel embarazo empezaba a ofuscarme.

Finalmente me rendí a la evidencia. Levanté la persiana, me incliné sobre la ventanilla y contemplé el paisaje. Sobre nosotros, el cielo aparecía extremadamente azul, límpido, como si acabaran de terminarlo y estuviéramos estrenándolo. Sobrevolábamos una gruesa capa de nubes, una inmensidad blanca y rugosa. Parecía un colchón de lana infinito, ligero, sin causa, sin fin, sin problemas. Sólo ondulaciones suaves y blancas; ni rayas, ni hierros, ni cromosomas de más. Y, por supuesto, nada de rojo carmesí. Semejante color habría mancillado indefectiblemente un espacio tan hermoso.

Siempre me ha fascinado ese color intenso, Valentino. Rojo de labios, de pasión, de fuerza tozuda. Querer por querer, desear por encima de todo y luchar para conseguirlo. Rojo candente, tenaz, que depura toda imperfección; eso me sugiere el color. Sin embargo, pese a la atracción, en las últimas semanas había llegado a odiarlo.

Tenía hambre. Eso aumentaba mi mal humor. Se me habían pegado las

sábanas. No mucho, apenas quince minutos, lo suficiente para que las incertidumbres del tráfico y la lejanía de la T4 me hubieran hecho embarcar sin desayunar. Añoraba el sabor del café en la boca y el calor del líquido corriendo por mi garganta y amansándose en el estómago.

«Déjalo ya», me dije. Pero no pude dejarlo. Mi mente volvía una y otra vez al embarazo. Cómo había podido ocurrir. ¡Cuándo! Por qué demonios la naturaleza me había dotado con genes de coneja. Cómo iba a organizarme, y qué iba a hacer con la casa: todos los cuartos estaban ocupados. Cuántos cromosomas tendría... Finalmente, cansada de luchar contra mí misma, decidí cambiar de tercio y seguir con la lectura. Como creo haber dicho, la organización convocante me había enviado un dossier con material referente al fenómeno de la globalización. Había leído más o menos dos terceras partes de su contenido. Contenía artículos brillantes y otros mediocres, y una amalgama de comentarios que querían ser filosóficos pero que, en el mejor de los casos, no pasaban de moralina barata. Como en todas las temáticas novedosas, en materia de globalización hay mucho cantamañanas, una especie con una habilidad excepcional para navegar en mares recién descubiertos sin saber distinguir babor de estribor y sin ser capaces de aproar siquiera el barco. Y todo a base de poner cara de enteradillos y repetir con convicción lo indicado por algún periodista radical en alguna web poco frecuentada.

Sin embargo, soy una persona cumplidora. Lo había empezado y lo terminaría. No me quedaba mucho (cerca de setenta páginas) y, al estar fuera de la Audiencia, con el móvil desconectado, podría terminarlo aquella misma noche. La mesa redonda no sería hasta el día siguiente, por la tarde.

Llevaba el dossier dentro de mi inseparable cartera de piel. Nunca la facturo: contiene la mitad de mi vida y le tengo mucho cariño. La había colocado en el asiento contiguo, tras un pequeño forcejeo con una azafata entrometida, que insistía en que las salidas de emergencia debían estar expeditas.

¡Mi querida cartera, mi fiel compañera! Corriente, aburrida y muy gastada. Demasiado vieja y demasiado sencilla para mi cargo, pero valiosa para mí. Como esos pantalones desgastados, rotos, pasados de moda y hasta feos que tienen la virtud de conocer al dedillo tus piernas, envolviéndote con

el dulce aroma de lo dominado. Mientras el cierre funcione, no me separaré de ella. Debería estar en un museo. Ha guardado informes que han tejido nuestra historia: no todos los días se mete entre rejas a un director general de la policía, ni todos los meses te ves obligada a sobreeser un caso que sabes fehacientemente que debería estar abierto. A veces se gana, y otras se pierde.

En la fiesta de despedida del Tribunal Superior de Justicia de Navarra, mis colegas me regalaron una cartera nueva: Cartier. Me emocionó. Dejé allí buena gente. Agradecí de todo corazón el detalle, pero el regalo sigue en su vistosa caja, envuelta en su elegante papel de celofán sembrado hasta la bandera con el conocido emblema. Es fácil explicar el porqué: el tacto, el diseño o la exclusividad de la marca no pueden competir con lo que aquella piel, cuarteada y pasada de moda, ha visto y oído. Cuando pase algo de tiempo, regalaré la lujosa cartera a alguien que lo merezca, probablemente a uno de mis hijos, para evitar sorpresas. Desde que recibí de vuelta el regalo que hice a una amiga, procedente de otra amiga común, comprendí que regalar lo regalado entraña algunos riesgos.

Saqué el tocho, las gafas, y comencé a pasar páginas, pero de pronto me asaltó un pensamiento: ¿y si, desde que las había perdido de vista, mis rayas hubieran cambiado de color, fusionándose con el blanco? Era posible que el médico se equivocara y todo se debiera a un error. Al fin y al cabo, no eran más que una tira de papel de celulosa y unas gotas de un extraño compuesto, extraído de alguna rana despistada; nada importante, cosas insignificantes, incapaces de cambiar definitivamente una vida. Por otro lado, el médico en persona lo había certificado: estoy casi menopáusica. Eso implica que mis hormonas deben de estar terriblemente alteradas. Era lógico que hicieran alguna tontería.

Envalentonada, me lancé de nuevo hacia la cartera y busqué en uno de los bolsillos interiores el sobre donde mantenía encerrada la prueba. Saqué la tira con cuidado, manteniendo los ojos cerrados. Conté hasta tres y los abrí. Al verlas tan orgullosas, tan rectas, tan oscuras ya, se me empañaron los ojos.

—¡Por Dios! —susurré al notar de nuevo el desgarrón en el alma.

Las lágrimas amenazaron con desbordarse. No las dejé; llorar es completamente improductivo. Me limpié los ojos con el puño y meforcé a trabajar, pero no antes de tomar la determinación de llamar a Jaime nada más

bajar del avión. Tenía que saberlo.

Debí de quedarme profundamente dormida, porque el sobrecargo tuvo que zarandearme.

—Perdone, señora, pero todo el mundo ha desembarcado ya.

Moví el cuello a un lado y a otro, extrañada. Tenía razón.

—Lo siento, no me he dado cuenta.

—Debe de estar usted muy cansada para dormir tan profundamente... No es bueno trabajar tanto, con la cantidad de maravillas que le esperan fuera — dijo. Era un joven alto, con cierto *sex-appeal*. Su acento sonaba a argentino y, por sus modales, parecía un gigoló de tres al cuarto que intentara imitar a Richard Gere.

—¿Cómo dice?

—Digo que ningún trabajo es digno de agotar tanto a una mujer hermosa. Debería salir corriendo a comerse el mundo o a buscar un hombre.

Observé con cierto desprecio su sonrisa estudiada, burlona y arrogante, pero no dije nada. ¿Para qué gastar saliva? Me limité a recolocarme el fular, buscar los zapatos por el suelo, recoger mi vieja cartera y bajar del avión.

—Que pase un buen día, señora. Gracias por volar con nosotros.

En cuanto crucé la puerta me olvidé de aquel desagradable ejemplar de animal hispano. Recogí el equipaje en la cinta, tomé un taxi y le di el nombre del hotel.

Entrar en un hotel de cinco estrellas que merezca tal distinción teniendo habitación reservada produce un agradable efecto en el ego. Parece que la espalda se te yerga y te haga crecer unos centímetros, al tiempo que se te levanta la autoestima hasta tocarte como un sombrero. Sin embargo, el efecto es efímero. Empiezas con las propinas: la del hombre de uniforme, sombrero incluido, que te abre la puerta del taxi y la de su compañero, que se hace con tus maletas. Amables individuos que esperan algo de ti. Tú sabes qué pero no cuánto. Les das lo que te parece prudente y te quedas con la duda y el mal sabor de boca. Y con ella te diriges a recepción, contenta porque con ellos no hay que calcular propina (yo odio los números). Y cuando confías encontrar una cursi cortesía, descubres que hay media docena de personas, todas con

habitación y, por descontado, más importantes que tú, que hacen cola. Y te toca esperar. Tu ego va perdiendo fuelle conforme ves aparecer Visas platino, aplazar la llegada de la limusina o contactar con un helipuerto. Y luego, cuando por fin llegas a la habitación, entregas tu tercera propina y cierras la puerta, te dices que quizás fuera mejor tu hotel de cuatro estrellas. Total, sólo vas a dormir. Y el impresionante bufet no vas a tocarlo porque estás a régimen. Como siempre.

Cuando aquel día me presenté en recepción, hube de esperar turno por espacio de quince minutos. Media docena de personas se agolpaban en el mostrador: dos de ellas, inglés y francesa, respectivamente, especialmente pesadas. Mostré mi carné de identidad. Me entregaron una tarjeta magnética que abría la habitación 283 y un sobre. Incluía una nota de mi colega Josep Maria, en la que volvía a agradecerme mi disponibilidad; anotaba el número de su móvil, por si necesitaba algo, y me recordaba que todos los ponentes estábamos convocados a una rueda de prensa a las once y media. Tendría lugar en el mismo vestíbulo del hotel, un lugar suficientemente grande para celebrar un concierto.

Miré el reloj. Quedaba una hora para la cita. Necesitaba un café. Mi estómago protestaba implacable. Subí, dejé la maleta en la entrada, eché un vistazo a la habitación, magnífica, y con la cartera en la mano me fui en busca de un local donde poder desayunar. El hotel disponía de una cafetería amplia y moderna, pero no estaba dispuesta a dejar propina a camareros y camareras antipáticas, de caras hostiles y modales de erizo, cuya máxima aspiración es que el local se vacíe y los clientes dejen de molestarlos. Era probable que aquello no ocurriera en el hotel donde me hospedaba, pero ya he visto bastantes empleados eructando a pavo para volver a intentarlo. No. Los hoteles están pensados para dormir.

Desde la recepción, llamé a casa —todo bien—, y al de la fruta, que suele olvidarse de enviar el pedido. Y a Jaime: no podía esperar más. Quería contarle —tenía que hacerlo— mi llegada sin retraso e intentar ponerle al día. Mi visita al cuarto de baño había confirmado que las rayas se mantenían firmes. No estaba. Maldije cada una de sus células antes de oír el pitido. Después le dejé un escueto recado en su buzón de voz: «No estás, para variar. Volveré a intentarlo. He llegado bien», y me marché a la cafetería de

enfrente.

El local era pequeño y acogedor. Permitía fumar. La nube de humo gris que se veía al entrar resultaba especiosa: estaba irreprochablemente limpio. Me coloqué en una de las esquinas, junto a la ventana, muy cerca del extractor de humos. El hombre de la bandeja redonda y el paño blanco colgado en el brazo derecho se acercó antes de que hubiera tomado asiento. Pedí un café con leche en taza grande, un trozo de pan tostado, aceite y sal.

—¿No quiere tomate para la tostada, señora? Lo he rallado esta misma mañana.

—No, gracias. Con el aceite basta. ¡Ah, y no olvide la sal!

Insistió:

—Por su acento, deduzco que no es de por aquí. Por eso se lo digo. Si no lo ha probado con tomate, se lo aconsejo. Le aseguro que no hay color. Un buen aceite de oliva con un poco de tomate natural: manjar de dioses... ¡Y no le digo si le añade una loncha fina de jamón serrano! ¿Se anima?

El hombre, bajito y cabezón, era sin duda el dueño del local. Mientras me ofrecía sus delicias, sus ojos parecían los de un postulante del Domund en sus buenos tiempos. Hablaba con la pasión de un chef que ansiara mostrar su arte. Por un instante me recordó a mi madre, empeñada en que todo el mundo probara sus famosas torrijas, que, según ella, eran tan naturales que resultaba impensable que engordaran. Finalmente, accedí, aunque las prefiero sin tomate.

«¡Por Dios, soy tonta! —me dije al ver cómo se alejaba con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Lo voy a tomar por compromiso, y encima pagaré un sobreprecio! Lo dicho, tonta de remate.»

El hombre trajo el pan, recién tostado, una jarrita de aceite de color intenso y un pequeño cuenco blanco con tomate rallado. Olvidó la sal.

—¿Seguro que no quiere jamón?

—Seguro, gracias. Pero tráigame un salero, por favor.

—Ahora mismo, perdone.

Lo trajo sobre un platito blanco, que me entregó ceremoniosamente.

—¡Que le aproveche, señora! Llámeme si cambia de opinión.

Devoré los dos trozos de pan, el primero con tomate, el segundo sólo con aceite y sal. Me tomé el café, que se había quedado templado, y pedí otro,

muy caliente.

—Con sacarina, por favor —dije como tengo por costumbre. Luego, ante el gesto del hombre, me eché a reír—. ¡Es para compensar!

Mientras esperaba, saqué las gafas y abrí la cartera, dispuesta a tragarme otra media docena de artículos a favor y en contra del fenómeno de la globalización. Estaba a un tris de la saturación. Discutir sobre la globalización resulta tan inútil como votar si queremos tener diez o doce dedos. Hagamos lo que hagamos, la globalización seguirá globalizándose.

Apoyé las gafas en la punta de la nariz y empecé a leer. Mi móvil sonó de improviso. Jaime. En cuanto vi su nombre en la pantalla, la visión de aquellas dos manchas rojas reapareció.

—¡Lolilla!, ¿qué tal el viaje? ¿Estás ya en el hotel? Un cuatro estrellas sin pretensiones, supongo.

—Supones mal; hoy pagan los empresarios: es un hotelazo. Y el colchón tiene buena pinta...

—¡Qué pena no haberte acompañado! ¿Cuándo empieza tu agenda?

—Dentro de un rato tenemos una rueda de prensa.

—¿Tú en una rueda de prensa? Me gustaría verte. ¿Qué vas a decir?

—No lo sé... Supongo que diré que la globalización es global y que yo estoy aquí por la cuota. Oye, Jaime, quería contarte algo...

A mi oído llegó un pitido sordo, reincidente. Casi en el mismo momento, sonó la alarma de mi agenda: media hora para la rueda de prensa. Los dos nos quedamos callados.

—Es mi busca, Lolilla. Y por lo que oigo, a ti también te reclaman. En fin, ¿qué querías contarme?

Me retiré de inmediato. No era un tema para tratar con prisa, en una cafetería llena de humo. Además, no estaba segura de querer hacerlo todavía.

—No te preocupes. Podemos hablar después de cenar. Con más calma. Me encanta hablar contigo a esa hora, sin buscas ni agendas.

—¡Eso me parece estupendo! Llámame cuando llegues al hotel. Pásalo bien, y relájate: por una vez, no tienes hijos, ni expedientes, ni preocupaciones...

—Gracias —respondí mientras intentaba evitar que la voz evidenciara mis lágrimas.

Mi agenda volvió a emitir su desagradable música: debía marcharme. Pagué, dejando una generosa propina, y regresé al hotel. Subí a la habitación, deshice la maleta a toda prisa, me cambié de ropa y me acerqué al espejo. Estaba pálida, más de lo que en mí es habitual. La colección de pecas que rodea mi nariz destacaba sobre el blanco, otorgándome ese aspecto desenfadado que tanto me desagrada. Rebusqué en el neceser hasta dar con el bote, lo abrí y extendí una generosa capa de maquillaje. No lograría anular el efecto de los genes, pero los disimularía. Sabía que no estaba allí para lucir palmito, pero me molesta que me tomen por lo que no soy, por lo que parezco: una pelirroja simple, entrada en años y en kilos.

Miré el reloj. De tanto correr, me sobran unos minutos. Me despojé de los zapatos (los mismos: demasiado tacón, demasiado estrechos) y me senté en la cama.

De repente, otra estúpida idea atravesó mi cabeza. ¿Y si fuera algo tan simple como eso? Me levanté a toda prisa, abrí mi vieja cartera y busqué el sobre. Saqué la dichosa tira y la metí bajo el grifo del agua fría, abierto a toda potencia. Tras unos segundos, levanté la banda y la contemplé, al trasluz. Con cara de decepción, concluí que, en realidad, era tan tonta como señalaba su imagen, o más: la realidad no iba a cambiar por muchas argucias que empleara. Volví a encerrar las rayas en su sobre, lo guardé en la cartera y bajé, pensando cómo se lo iba a decir a Jaime.

Jaime. Metro ochenta y siete; complexión delgada (come pero no engorda, al contrario que yo, que me ensancha hasta lo que no como); pelo negro, abundante, que se le riza en la nuca; ojos azules, preciosos; humor inglés; cumplidor, trabajador, responsable, fiel... La envidia de cualquier mujer, el tipo de hombre del que una se enamora sin que te importe dejar de lado al resto de los millones de varones del planeta.

Jaime. El único que me llama Lolilla. En cualesquiera otros labios, esa expresión sonaría ridícula. Susurrada por los suyos, simplemente suena bien. Sin embargo, la vida cambia. Y nos cambia. El trabajo, las ridículas preocupaciones, la búsqueda de cosas innecesarias, la prisa, la ambición, Madrid, incluso, nos habían distanciado. Y «Lolilla» no implicaba lo mismo

que cuando empezábamos. Yo me había ido acostumbrando a escucharlo; él, a pronunciarlo mecánicamente. Nuestro lenguaje secreto se había convertido en una rutina más o menos íntima. Y yo echaba de menos aquellos ratos. Lolilla bajo las sábanas. Lolilla con exclamaciones. Lolilla y un guiño, o dos. Lolilla... Y yo, que continuaba queriéndole, esperaba que algún día cercano la vida volviera a dar un vuelco y todo retornara a aquellos momentos. Aunque el vuelco que había previsto no incluía comprar pañales de tres a seis kilos.

En la asignatura del amor sólo caben dos notas: sobresaliente y suspenso. Leí esto en un libro, no recuerdo cuál, y me sentí completamente identificada. Era buena estudiante de joven, no porque poseyera una enorme capacidad intelectual, sino por tozudez. Quería hacerlo y, como conocía mis limitaciones, empezaba enseguida y era constante. Pan del día cada día. No llegué casi nunca a la máxima nota, pero sí obtuve notables. Jaime y yo hacía tiempo que nos alimentábamos de pan congelado. «Simplemente idiota. Si sigo así, suspenderé.»

De pronto, se me despertó el orgullo.

¿Por qué cavilaba aquellas cosas? ¿Por qué me devanaba los sesos pensando cómo decirle a mi marido lo que era evidente? ¿Debería estar rabiando porque él no se hubiera dado cuenta! Había vomitado tres o cuatro veces por la mañana, sin recibir más que una recomendación de cenar más ligero.

—¡Te fastidias! ¡Menos Lolilla y más observación! —susurré, sin darme cuenta de lo absurdo que es reñir con alguien que está a seiscientos kilómetros.

—Un virus... ¿Lo que está insinuando, doctor Wilson, es que el mal es como una droga dura, que te engancha hasta hacerte perder la cabeza?

—Yo no lo habría expresado mejor.

Medité su respuesta unos segundos. De reojo, observaba cómo hacía girar ensimismado la copa para acercársela luego a la boca. Había pedido que nos las llenaran nuevamente. Sus tragos, largos, reducían rápidamente el volumen del denso líquido ambarino. Aquel psiquiatra bebía demasiado.

Sacándole de su ensimismamiento, le pregunté sin rodeos:

—¿Cuántas veces, doctor?

—¿Cuántas veces, qué? No comprendo la pregunta.

—Acaba de decir que el mal es adictivo. Bien, supongamos que tiene razón. La pregunta, entonces, es a cuánto asciende la dosis letal. Con la cocaína, los efectos dañinos pueden tardar en verse. La atracción de la heroína varía con la persona pero, en gente predispuesta, una sola dosis puede ser suficiente. Lo que quiero saber es cuánta sangre ha de verter un hombre para pasar de ser un tipo sano a un enfermo mental. Cuántas muertes soporta la cordura humana; cuánta culpa, cuánto cargo de conciencia... Me gustaría conocer la cifra.

Dejó la copa sobre la mesa y recolocó la americana en el respaldo de la silla. Grandes manchas de sudor rodeaban sus axilas. Yo, por el contrario, sentía algo de frío. Me ocurre cuando crece el estrés. Wilson volvió a coger el licor y, viéndolo girar, señaló:

—He prometido ser sincero con usted, Rodrigo, y voy a cumplir mi promesa. Me exige un número. Tengo que responder que no puedo dárselo. Lo desconozco. Sólo sé que quien mata una vez y reincide se ha sentado en un plano inclinado que no conduce más que al abismo y, naturalmente, a mi consulta.

—¿Quiere decir que basta con un par de crímenes? En ese caso, todo asesino múltiple es un enfermo que debe ser tratado en un hospital.

—¡No, no! Ser tan categóricos resulta improcedente —protestó—. Éste no es un estudio cuantitativo. Los números son incapaces de mostrar el estado del alma.

Insistí:

—Tiene razón, pero estamos hablando de casos generales, de hipótesis. Desde

esa perspectiva, los números pueden ayudarnos. Pongamos tres. ¿Estaría usted más conforme con ese número, con un triple asesinato?

—Le repito que no lo sé y, sin embargo... —Se detuvo unos instantes, para añadir enseguida—: No puedo probarlo, pero estoy convencido de que quien ha segado voluntariamente tres vidas, en tres episodios distintos, ha perdido completamente su humanidad, para convertirse en un monstruo.

—¿Me está diciendo que ese criminal ya no es una persona libre, sino una víctima de ese virus, un yonqui del crimen?

Clavé en él la mirada: en su respuesta estaba la clave de lo que había ido a buscar. Wilson estaba muy serio. De hecho, tardó bastante en contestar.

—Es posible, sí. En realidad, estoy casi seguro de que eso sería lo que ocurriría.

—No me basta con un sí, temblón y lleno de dudas. Necesito que lo justifique, doctor. He recorrido miles de kilómetros para escuchar esa respuesta.

Se quitó las gafas, las dejó sobre la mesa y, con ambas manos, empezó a frotarse la cara con fuerza. Cuando acabó, estaba colorado. El tono enfatizaba su aspecto de hombre insignificante, dedicado al campo, al ganado.

—Déjeme que saque de su tumba a mi amigo Freud...

Por ahí no estaba dispuesto a pasar. Me puse serio.

—Espero que no trate de liarme con esa cantinela de la pulsión sexual: nada tiene que ver con lo que estamos tratando.

—En absoluto, Rodrigo. Aunque la opinión pública, y también desgraciadamente muchos de mis colegas, hayan achicado sus teorías hasta identificarle con pulsiones sexuales, Sigmund Freud trató muchos otros temas, tanto o más interesantes que ése. Explicaba, por ejemplo, que entre lo consciente y lo inconsciente existía una etapa intermedia, que llamaba preconscious. Las acciones de un individuo (el *ello*) son movidas por un motor que se alimenta de todos los deseos de gratificación que buscamos: todos, hasta los más primitivos, que, desde luego, incluyen la manzana de Eva. Sin embargo, ese motor tiene un filtro (el *superyó*) que contrarresta los deseos y los matiza a la luz de los principios morales y éticos, culturales, incluso. Las acciones que finalmente observamos (las del *yo*) son el resultado tanto del motor como del filtro. En ocasiones, el impulso primitivo es tan fuerte que no hay filtro que lo pare. En otras, el filtro es débil o demasiado permisivo... ¿Me sigue?

—Perfectamente. Continúe.

—De acuerdo, avancemos. Supongamos que un individuo siente una cierta pulsión que le dirige hacia la violencia, como método de resolución de problemas. Su esposa acaba de dejarle en ridículo ante un cliente de su carpintería y, en un ataque de ira, levanta contra ella el hacha con la que estaba trabajando. Cuando va a descargarla sobre su cabeza, su *superyó* le alerta. Le advierte que no puede dejarse dominar por la ira, que hay otras formas de resolverlo, que herirla no va a solucionar, sino a empeorar, las cosas. Tras escuchar sus razonamientos, nuestro carpintero baja el arma. Así es como funciona.

—Su carpintero tenía un motivo; mi hombre, no.

—Muy bien, apliquémoslo a nuestro caso. Tomemos un individuo cuerdo que desea probar nuevos placeres. Surge una ocasión para experimentar el sabor de la sangre. Ante ese estímulo, la decisión de su *ello* es tan grande que el *superyó* no puede contenerla y comete un asesinato. Veamos qué puede ocurrir después. Es posible que, a la vista del resultado de su acción, el individuo llegue a ser plenamente consciente de lo que ha hecho y, ante tal horror, su *superyó* se fortalezca hasta el punto de impedir cualquier acción similar. Llorará su crimen, penará su culpa y se alejará definitivamente de la sangre. No obstante, puede ocurrir lo opuesto: a resultas de la intensidad del placer obtenido, las recriminaciones morales se aminoran. Están ahí, chillando, pero el individuo, que no quiere oírlos, se coloca unos tapones de cera. Y vuelve a matar. Es posible que, en esta segunda ocasión, haya un detalle, surja una complicación, o intervenga cualquier otro factor que haga que el *superyó* salga vencedor. Si es así, volvemos a la situación inicial. En otro caso... En fin, de no ser así, el *ello* se hará soberano absoluto de su vida. Con el *superyó* encadenado, famélico, no habrá patrones de represión del impulso primitivo. Entonces, ese hombre irá poco a poco transformándose en un animal ávido de sangre.

Escuchaba atento, medía sus palabras, calibraba sus argumentos. Pero mi mente no estaba allí. Había vuelto a aquella cacería y a León. Me habría gustado tenerle delante para preguntarle cuántas veces había organizado y participado en aquellas cacerías humanas de las que lateralmente me habló. Por la soltura que mostraban sus palabras y sus gestos, debían de haber sido varias. Si Wilson estaba en lo cierto, León era un monstruo. Y, sin embargo, parecía un hombre normal, cuerdo, con preocupaciones ecológicas incluso. Era un gran profesional y, probablemente, fuera un gran marido o un gran padre. ¿Podía decirse de él que era un animal? ¿Podía decirse que, tras acumular asesinatos sin motivo, había perdido definitivamente su cordura?

Barajé la idea pero, finalmente, decidí no mencionarle al médico mi charla con el cazador. Aun así, le expuse con claridad mi convicción.

—Me parece, doctor Wilson, que exagera. ¿Tiene experiencias suficientes para afirmar eso?

—He tratado a muchos soldados, Rodrigo, a muchos. Desgraciadamente, ambas guerras del Golfo, sobre todo la segunda, han llenado de pacientes mi consulta. Hasta mí llegan dos tipos de personas: en primer lugar, los que no han podido soportarlo y se han roto. Personas que han matado a algún civil inocente o a un compañero por fuego amigo, soldados que han visto morir a sus amigos, heridos graves, tipos que, sin haber empuñado siquiera un arma o estar manchados de sangre, se sienten terriblemente culpables, partícipes activos. Cuando vuelven a Estados Unidos, a la paz del hogar, son incapaces de olvidar. Se sienten permanentemente angustiados, no pueden conciliar el sueño ni rehacer su vida anterior, y piensan que ya no existe ningún motivo para vivir, que su futuro ha terminado. Me los envían por depresiones profundas, adicciones peligrosas o intentos autolíticos.

—He comprendido. Hábleme del segundo perfil. Creo que será más interesante.

—De acuerdo. Hay un segundo grupo, mucho menos numeroso, pero con mayor peligro. Lo forman los que se adaptan rápidamente a la situación y disfrutan. El patrón es nítido: prueban la sangre, la violencia, el poder de la fuerza y se tornan vampiros, ávidos de combate, de nueva adrenalina, de muerte. Y en esa búsqueda de nuevas emociones, terminan por saltarse todas las barreras. Como los ejércitos poseen reglas y mandos que persiguen a los que las incumplen, muchos son detenidos y acaban en mi consulta. Los que logran esquivar los controles se pasan al bando de los mercenarios, donde casi todo está permitido, y es posible y hasta loable comportarse como un depredador. Llegué a tratar a una pareja de soldados —un hombre y una mujer— que cortaban, fileteaban, asaban y se comían los testículos de sus víctimas. Decían que les daba fuerza para la lucha... En fin, Rodrigo, insisto: mi experiencia me indica que quien siega voluntariamente varias vidas o bien se hunde en la culpabilidad o bien reniega completamente de su humanidad y se transforma en un monstruo.

—Me habla usted de una guerra, de circunstancias extremas.

—Es posible que usted tenga razón y yo esté equivocado. Sea como sea, ni usted ni yo podemos comprobarlo. De ser capaces de hacerlo, creo que nuestro hallazgo desplazaría al mismo Freud de los libros de psiquiatría...

Había muchos periodistas en el vestíbulo, un verdadero enjambre. A la rueda de prensa habían acudido también varias televisiones, nacionales y autonómicas. Me extrañó que en Cataluña el aniversario de la Constitución o la globalización levantaran tantas pasiones. Me agazapé en una esquina. Las muchedumbres —más si portan cámaras— me intimidan. Pese a todo, Josep Maria me localizó.

—Bienvenida, Lola, te estábamos esperando. ¿Qué tal tu viaje? ¿Algún problema con el hotel?

—Todo en orden, gracias. Veo que aquí seguís haciéndolo todo a lo grande. ¡Menuda capacidad de convocatoria! —comenté.

—¡Ya me gustaría tenerla! Pero no he sido yo: esta mañana el presidente de la Generalitat ha realizado unas declaraciones explosivas...

En ese momento, todo cuadró.

—Sobre la Constitución, imagino.

—Imaginas bien.

—A mí no me metas en esto, Josep Maria, por favor. Sabes que vivo en Madrid, provengo de la Audiencia Nacional y soy natural de Bilbao. Y, por si la mezcla fuera floja, estoy entre los que creen en la independencia de la justicia.

—Por supuesto que no, estate tranquila. Los políticos, a lo suyo; nosotros, a lo nuestro. Sin embargo, vengo fundamentalmente a disculparme: no voy a poder acompañarte durante la rueda de prensa. A mi pesar, me he visto obligado a cambiar de planes. Un desafortunado incidente...

—No sabes cómo lo siento. Espero que no sea grave —argumenté, interesada.

Dudó unos segundos. Finalmente, me lo contó.

—Nada que no pueda solucionar el tiempo y la paciencia. La semana pasada, mi hijo pequeño, el de dieciocho años, atropelló con el coche a una mujer de cierta edad que paseaba a su perro. Ocurrió muy cerca de aquí, en el paseo de Gracia. Se subió a la acera... En fin, del golpe, la mujer se rompió la cadera. Está fuera de peligro, pero... el juez le ha citado a declarar esta mañana, a las nueve. De momento sigue esperando, sentado en un incómodo banco en un pasillo. Nuestro abogado calcula que entrará a las doce, o doce y media. Me da muchísima rabia no estar con vosotros, pero no me parece bien dejarle solo en estas circunstancias.

—Te comprendo perfectamente. Es más, estoy segura de que haces lo correcto: ser padre precede a cualquier otra obligación. Espero que la cosa no pase a mayores. Y por mí no te preocupes. Tengo trabajo pendiente; me quedaré en el hotel. ¿Mantenemos el almuerzo o prefieres que nos reunamos después?

—Nuestro abogado piensa que será capaz de agilizar los trámites; aun así, no creo que salga de allí a una hora decente. ¡No sabes cuánto lo siento! — repitió—. He pensado en llamar a alguien del Tribunal para que te lleve a almorzar a algún sitio bonito. Nosotros podemos vernos por la tarde y charlar un rato: me gustaría explicarte cómo está previsto que se desarrolle la mesa redonda. En otro caso, podrías sorprenderte.

—No llames a nadie. Tomaré algo por aquí. El retraso me viene muy bien: me gustaría repasar los artículos que me habéis enviado.

—¿Seguro, Lola?

—¡Por supuesto! Llevo el móvil encendido, llámame cuando acabes. ¡Y ánimo, no será nada! A los diecisiete, a todos nos faltaba un hervor...

—Pasaré a buscarte por el hotel. Calculo que a eso de las seis. He convocado una cena a las ocho y media, en Can Costa, un restaurante típico, en la zona de la Barceloneta. Estoy seguro de que el sitio te gustará. Mira, nos están haciendo señas. Ven, te presento a los demás.

Estreché la mano del resto de los convocados a la rueda de prensa, cuatro en total, todos varones, que esperaban ante el improvisado estrado. Sonreí abiertamente y departí con ellos. Si bien no conseguí retener ningún nombre, sí retuve sus respectivas especialidades: había dos sociólogos, un politólogo y

un economista.

Josep Maria se excusó de nuevo y se marchó. Nosotros tomamos posiciones.

La sesión fue larga. Los periodistas preguntaron durante cuarenta minutos. Dejaban los temas en el aire, sin preocuparse mucho por si tenían o no que ver con los que allí estábamos: Constitución, pobreza, medio ambiente, energía nuclear, corrupción..., salió un poco de todo. Mis colegas entraban al trapo con facilidad, casi con gusto, de modo que yo me mantuve en un discreto segundo plano. Me dediqué a escuchar al resto y a hacerme una idea de sus respectivos planteamientos ideológicos. Sin embargo, la última pregunta era nominativa.

—Señora MacHor, ejerce usted como juez penal. —Asentí con la cabeza—. Supongo que su trabajo se estará viendo afectado por este fenómeno. —Volví a asentir, cada vez más inquieta—. ¿Cree usted que los delitos y los delincuentes se están globalizando?

—En lo que se refiere a algunos delitos, desde luego. No hay más que analizar los circuitos por los que discurre el tráfico de drogas o el blanqueo de dinero. Cada país tiene sus propias formas de delincuencia; su estilo, incluso... Hay un «*made in*» en el delito, desde luego, pero la inmigración, desgraciadamente, está igualando culturas en algunos aspectos.

Se levantó otra mano. De nuevo, yo era su blanco.

—Señoría, ha llevado usted sonados casos de asesinato, de delitos de sangre...

No era una pregunta, pero me sentí obligada a contestar.

—Sí, desgraciadamente.

—Si no me falla la memoria, uno de ellos lo cometió un asesino múltiple...

—Es cierto —respondí con cautela. Aquella cuestión estaba completamente fuera del guión.

—Ése es el tipo de personas al que todo el mundo teme: criminales, violadores compulsivos, ladrones violentísimos, mafias. La gente de la calle piensa que, en esta era de globalización social y económica, con inmigración masiva, los países como España (que gozan de buen clima, corruptelas y legislación blanda) atraerán a todo tipo de indeseables...

Dejó la afirmación en el aire y guardó silencio. Cualquier cosa que contestara podría malinterpretarse, así que no entré al trapo.

—Disculpe, ¿cuál es la pregunta?

—Lo siento, sólo pensaba en voz alta. Lo que quería decir es que si en un mundo global la delincuencia también se globaliza, podemos echarnos a temblar...

Le interrumpí. Terminaría por poner las palabras en mi boca.

—Creo que con esas afirmaciones lo único que usted consigue es sembrar el temor en la gente, un temor irracional. Nuestra democracia es sólida. Nuestros sistemas judicial, policial y político funcionan correctamente. ¿Será preciso retocar algunos procedimientos? Por descontado: el delincuente va siempre por delante de la ley. Sin embargo, no debemos ir más allá.

—¡Por supuesto, señorita! Celebramos el aniversario de nuestra Constitución, un documento sólido. —Detrás se oyó un murmullo. Cesó enseguida. Todo el mundo quería oír la pregunta—. Pero los ciudadanos leen los periódicos. Y ven cómo algunos extranjeros campan a sus anchas por nuestras ciudades. Y temen que las cosas empeoren. Por ejemplo, hace un momento le preguntaba por los asesinos múltiples. ¿Cree usted que ellos también se globalizarán? ¿Piensa que se desplazarán por el mundo y buscarán territorios más amplios o más propicios para la caza? ¿Cree que uno de ellos podría ser España?

Tardé un segundo en contestar. Las preguntas, en el fondo y en la forma, me habían pillado descolocada. Pero, si el periodista quería que picara, se había equivocado con el cebo.

—No lo creo. No, estoy segura de que no ocurrirá nada de lo que apunta. La policía y los expertos en elaboración de perfiles criminales afirman que los asesinos múltiples son territoriales. Circunscriben sus atrocidades a lugares que controlan. Eso nos da una ventaja.

El hombre cejó. Sin embargo, quedaba —siempre hay uno de esa especie— un periodista morboso, que se encoló con el tema.

—Dicen que no es fácil cazar a un asesino en serie. Algunos son particularmente listos, racionales, buenos previsores... En esa lucha contra reloj, ¿apuesta usted por la intuición o por los medios técnicos de investigación? He oído que la policía trabaja incluso con médiums.

Aunque la memoria trajo de inmediato a colación al padre Chocarro, y sus inquietantes sueños, que solían hacerse realidad, contesté con voz tranquila:

—No sé nada de médiums. Por lo demás, apuesto por los dos. Los medios técnicos son esenciales, condición necesaria, pero la intuición puede ser clave en algunos casos. Todos sabemos que hay médicos que tienen un ojo clínico excepcional. Si lo complementan con una buena base científica, el éxito en el diagnóstico está garantizado. Conozco a algunos miembros de la policía científica de los que podríamos decir algo similar.

—Y usted, señorita, ¿cuenta con ese don? ¿Diría de sí misma que tiene ojo clínico para el crimen?

No quise mentir, pero tampoco quería decir la verdad. Salí por la tangente.

—Todos tenemos ese don, aunque no en la misma proporción.

El doctor Wilson habló largo rato; sobre Freud y su peso en la historia. Esta vez, la tomó con la libido y con su definición de los individuos polimórficamente perversos. Pero yo no le escuchaba. Una idea se iba perfilando, abriéndose paso poco a poco en mi mente. Finalmente, estallé:

—¡Naturalmente que podemos comprobarlo, doctor Wilson!

—¿Probar, qué?

—Probar los efectos de la adicción a la sangre en circunstancias neutrales, si se puede hablar así. Usted sostiene que el camino de la muerte conduce a la locura o a la monstruosidad, aunque no puede probarlo. Eso puede solucionarse: yo voy a ayudarlo a hacerlo.

Sonrió con cierta socarronería. Empezaba a notar en sus gestos un aura extraña; vapores etílicos, probablemente.

—¡Eso sería verdaderamente interesante, Rodrigo! Dígame cómo.

Negué vivamente con la cabeza.

—Se equivoca, doctor. No debe preguntar cómo, sino quién. Yo lo haré.

—¿Hará?, ¿qué hará?

—Me estoy ofreciendo voluntario.

Volvió a quitarse las gafas y a frotarse los párpados. Con ellas en la mano, sus ojos parecían pequeñas chispas de lapislázu.

—Perdone, Rodrigo, no le entiendo. Voluntario, ¿para qué?

—¡Para el experimento! ¿Qué otra cosa podría ser? Debería prestar más atención: ya se lo he repetido tres veces.

—Me he perdido —confesó.

—Pues es fácil, doctor. Verá, yo soy un hombre cuerdo, es decir, un sujeto hábil para hacer una prueba. Empezaré a matar y veremos qué me ocurre. Usted será el juez: podrá comprobar si pierdo la razón y, si es así, cuándo.

Se echó a reír; esta vez, a pleno pulmón.

—¿Se va usted a tomar el ron? —me preguntó. Como he dicho, nos habían servido por segunda vez. Mi bebida estaba intacta.

—No, no, adelante.

Empujé suavemente la copa hacia él. Tomó un largo trago. Volvieron a

llegarme los aromas dulzones.

—Bueno, como ejercicio intelectual, el experimento resulta divertido —apuntilló.

No me moví, pero se me pasó por la cabeza que debía quitarle el vaso. En otro caso, aquella conversación perdería su utilidad. El psiquiatra empezaba a perder la razón.

—Se empeña usted en no comprender, doctor. No estoy hablando de teorías, de especulaciones filosóficas, sino de realidades. Yo lo haré: me presto a matar. Mataré por la causa, por el avance de la psiquiatría.

—Matará...

—Sí, lo haré. Además, voy a ser justo con usted, y con su ciencia. Hace un momento ha fijado grosso modo la dosis letal: tres episodios. Pero hemos de admitir que soy un hombre poco común: fuerte, racional, impasible, inteligente... Por ello, alguien podría alegar que tres no es cantidad suficiente. Me comprometo a doblar la apuesta: cambiemos el tres por el seis.

—Me está hablando de seis asesinatos...

—Exactamente.

Sonrió interesado.

—¿Cometerá un crimen por semana?

Su voz cada vez emergía más gangosa, pero mantenía la coherencia en el discurso. Medité lo que decía. Claramente, esa cadencia era una locura.

—No, doctor. No lo he pensado, pero entiendo que llevar a cabo un asesinato requiere una buena dosis de preparación, de planificación; estudios previos, reflexión. Concedámonos un plazo prudente... —Pensé unos instantes y finalmente propuse una fecha—: ¿Qué le parece si nos damos un año y medio? Eso equivaldría a un episodio cada trimestre.

—¿Tres meses? Imposible, es demasiado tiempo. Necesito que nuestro trato sea más fluido. Si le veo cuatro veces al año, seré incapaz de captar la evolución de su mente. Propongo que nos veamos cada dos semanas...

—No insista, doctor, es poco tiempo. Dejémoslo en un intermedio: ¿qué tal cada dos meses? Es mi última oferta.

Calibró la situación. Finalmente, aceptó.

—¡De acuerdo, brindemos por eso! —añadió.

Levantó la copa, casi vacía, y me hizo un gesto. Cogí mi vaso de agua y le imité.

—Acepto el experimento, doctor Wilson, el plazo y la cifra...

Clavó los codos en la mesa y se sujetó la mandíbula. Parecía un adolescente al que hubieran contado un plan verdaderamente apetecible.

—¿Sabe, Rodrigo, que el número seis es mi preferido? Muchos otros escogen números primos, con más personalidad. A mí me gusta el seis... Alberga todas las direcciones del espacio: arriba, abajo, norte, sur, este y oeste. Entre los judíos, es un número importante, representa el espacio de tiempo en que todas las cosas se crearon... Tengo ascendientes de esa raza —me explicó.

—Me alegro de que le guste. Dígame cómo lo organizamos... —Estaba cansado

y quería terminar ya.

—Antes de eso, tiene que oír mis condiciones.

—¿Condiciones?, ¿qué quiere decir con condiciones? Necesito tener control absoluto sobre mis actos o me pillarán y el ensayo resultará fallido.

Wilson movió reiteradamente la cabeza hacia los lados. Su pelo parecía haberse electrizado en la última media hora.

—No me ha escuchado, Rodrigo. No he hablado de restricciones, sino de condiciones. Dos, para ser precisos. Lo que exijo, en primer lugar, es poder evaluarle después de cada uno de sus... logros. En otro caso, no sabré cómo está siendo afectado por sus pensamientos. Si se diera el desgraciado caso de que la acumulación de efectos le transformara en un enfermo, debe prometerme que cejará en su empeño. Necesito tener su palabra. A cambio, yo me comprometo a tratarle para intentar curarle. Y sin suplemento económico...

—Entiendo lo que desea y, debido a la naturaleza del experimento, me parece razonable... Accedo. La teoría debería llevar nuestros nombres: Rodrigo & Wilson, ¿no le parece?

Se echó a reír. Entonces, no llegué a captar el significado de aquella risa.

—Rodrigo & Wilson... ¡Suena bien!

—Me congratulo, pero ahora debemos volver a lo concreto. Citémonos en este mismo restaurante, a la hora del almuerzo, el día quince de los meses impares...

—Digamos entre el veinte y el treinta del mes. Necesitaré un plazo para arreglar mi agenda.

—De acuerdo. Entre el veinte y el treinta, le llamaré para fijar el día. Estamos en julio. Nuestra primera cita será en septiembre. Durante la comida, usted podrá preguntarme lo que desee sobre mi acción. Todo lo que quiera, por íntimo que le parezca. Y yo me comprometo a traer los deberes hechos. ¿Le parece bien?

—Estoy dispuesto a hablar de la acción, de los detalles, de sus sentimientos y de todo lo que usted quiera ante un plato de marisco de la bahía de Chesapeake. Pero eso no es suficiente para mí.

—¿Ah, no? ¿Es que se convierte en un eunuco cuando se aleja de su diván? — respondí, enfadado.

—Por supuesto que no, Rodrigo. A decir verdad, el diván que tanto le inquieta pasó a la historia. Al menos, en mi consulta no hay ninguno.

—Entonces, ¿qué es lo que pretende?

—Lo que quiero, lo que exijo para ayudarle en esta macabra elucubración, es que ponga por escrito cada una de sus... vivencias. Quiero un relato pormenorizado de los pensamientos, de los miedos, de los triunfos que cada episodio conlleve; palpar sus sentimientos, en última instancia. Y lo quiero en primera persona... No me basta con que describa la escena como si fuera un fotógrafo, ni que me adjunte detalles de patólogo forense. Le quiero a usted en esas páginas. Leyéndolas, sabré valorar su cordura... ¿Le gusta a usted escribir?

—Bueno, no soy Cervantes, pero estoy seguro de poder hacerlo con suficiente corrección.

—De acuerdo, entonces. Piense que está usted escribiendo una novela... o sus memorias. Le aseguro que no las leeré más que yo y, también, que espero que tengan un final feliz. En fin, comeremos cangrejo a finales de septiembre.

El silencio volvió a interponerse entre nosotros. Wilson jugaba nuevamente con la copa, se le veía cansado. Pasado un tiempo prudencial, hice ademán de levantarme pero, en cuanto notó que me incorporaba, me detuvo.

—Hay una segunda condición...

—Es cierto —concedí al recordar su frase original—. Dos condiciones.

—Quiero que, cuando busque a sus conejillos de Indias, justifique sus elecciones.

—No le comprendo.

—Lo que quiero es que piense en personas que merezcan morir.

—¿Cómo dice? ¿Alguien que merezca morir?

—Exactamente.

Me miró con los ojos de quien cree haberlo visto todo. Me molestó. Sería una eminencia, pero lo que exigía me pareció absurdo, y me sublevé.

—Dígame, doctor, ¿de verdad cree que hay alguien que merezca morir?

—Bueno, ésa es la cuestión: si existe alguien que de verdad sea reo de muerte.

—Una víctima es una víctima. ¿Qué más nos da una que otra?

—No quiero discutir sobre eso. Es una condición, y como tal debe tomársela. Necesito que me exponga por qué las víctimas que pasan por su mente merecen lo que les pase.

Yo seguí insistiendo, no eran ésos los planes que yo me había forjado.

—Déjeme, doctor, que le formule la misma cuestión desde el prisma contrario: ¿cree usted que existe alguien en el mundo que no merezca morir? Todos tenemos vergüenzas que ocultar, lados oscuros, secretos inconfesables...

Hincó en mí su mirada con una fuerza de la que no le creía capaz. Comprendí de inmediato que no iba a convencerle. Él no era yo. A él, la muerte parecía producirle desazón, cargo de conciencia. Necesitaba justificarse para ayudarme. Colaboraría conmigo en el experimento, pero sólo lograría dormir si pensaba que la sociedad mejoraría sin aquellas seis personas.

—Muy bien, como usted quiera. Justificaré mis elecciones...

Wilson había apurado hasta la última gota de mi copa de ron. Al parecer, habíamos sellado nuestro acuerdo. Sin más prolegómenos, me levanté, recogí mi móvil y mi chaqueta y le tendí la mano para despedirme.

—Adiós, doctor. Hasta septiembre.

Sin moverse de su silla, levantó el cuello y me espetó:

—Aún tengo otra cuestión para usted, querido amigo. Y no menor, dicho sea de paso. Algo sobre lo que usted tendrá que pensar tarde o temprano.

—Adelante, pregunte lo que quiera —respondí, todavía de pie.

—¿Cómo va a impedir que le atrapen? Debe pensar en ello, es un sano ejercicio mental: la lucha entre el perro y el gato. —Soltó una risita cáustica y agregó—: La policía científica dista mucho de ser eficiente, pero si les ofrece seis asesinatos,

conseguirán localizarle. Lo digo con conocimiento de causa: los he ayudado, en varias ocasiones, en la localización de asesinos en serie aquí, en Estados Unidos...

Sonreí satisfecho.

—No debe preocuparse por mí, doctor. Podré con ellos: soy un hombre sagaz.

—Sagaz... —repitió, tratando de llevarme a su eterno diván. Pero yo no estaba dispuesto a aceptarlo.

—Así es, les daré exactamente lo que ellos buscan.

—Perdone mi torpeza, pero no alcanzo a entenderle.

—De momento, no le hace falta disponer de todos los detalles. Será más divertido si usted mismo trata de adivinarlos. Además, yo también quiero poner una condición.

—¿Usted?, ¿una condición? ¿Por qué?

—Es lo justo, ¿no? Usted ha impuesto las suyas; yo pondré la mía.

—Oigámosla.

—Cuando esto acabe, quiero que me devuelva mi expediente. Las notas que haya tomado sobre mí. Todas. Y le advierto que quiero las de verdad. Me daré cuenta enseguida de si me miente. No deseo rastros desagradables.

—Puedo entregarle mis notas cuando acabemos, si lo desea, pero le advierto que no las entenderá. No sólo tengo letra de médico, terriblemente enrevesada, sino que empleo un lenguaje ininteligible para un lego.

Me quedé pensativo. Era posible que tuviera razón; en todo caso, repliqué:

—No creo que sea tan difícil interpretar lo que escribe...

—Lo es. Sin ir más lejos, durante esta conversación usted se ha descrito como un hombre racional, cuerdo, imparable, soltero, mucho más inteligente que la media, amante del riesgo, planificador y sagaz.

—Tiene usted una memoria excelente —confesé, sorprendido.

—Es cierto, sí —contestó sin afectación, y volvió inmediatamente a su lección —: Qué entiende usted por racional o por cuerdo, qué implica estar soltero, qué denota su tendencia a comparar su inteligencia con la del resto, qué refleja su falta de aversión al riesgo... Ésas son las cosas que yo veo y usted no ve. Cosas que aparecerán en esas páginas.

Empezaba a enfadarme. Que Wilson dudara de que yo estuviera cuerdo era similar a un abogado que creyese a priori que su defendido era culpable. Se lo hice notar.

—¿Acaso duda usted de mi cordura?

—Todavía no puedo tomar partido sobre ese punto. No le conozco lo bastante.

—Pero me ve, ha hablado conmigo las últimas cuatro horas... ¿No es suficiente?

Se rascó la cabeza varias veces. Su pelo crespo, de por sí desordenado, perdió completamente su compostura, confiriéndole un aspecto de chiflado.

—Hay hermosas cáscaras que contienen huevos podridos.

—Le aseguro que no es el caso.

—Intente ver esta situación de manera objetiva, Rodrigo: usted me arranca de

mi consulta, pagándome unos honorarios desmedidos, fijados precisamente para que nadie me moleste, y me convoca a toda prisa a una intempestiva reunión en un restaurante de Washington. El motivo es que usted quiere saber si el mal existe y si puede contagiarse. Le digo que soy incapaz de contestar. Y, entonces, usted propone hacer un experimento: convertirse en un asesino y comprobar si en contacto con la sangre pierde la cordura. Comprenda usted que la conversación suene extraña...

—No me ha respondido, doctor. Lo que le propongo puede parecer extraño, pero se trata de una cuestión consustancial al ser humano: qué es la maldad. Sin embargo, la pregunta esencial ahora es qué es para usted la cordura. De no estar de acuerdo en este punto, dudo que podamos emprender el experimento. Le recuerdo que ha de llevarlo a cabo una persona con probada salud mental.

Respondió tras meditarlo unos segundos.

—No lo sé con exactitud, Rodrigo. El hombre es un ser imperfecto, ni totalmente bueno ni totalmente malo. Ni plenamente cuerdo ni loco de atar. Por ello, únicamente necesitamos comprobar que posee un determinado grado de cordura.

—¿Y cuánto grado de cordura necesito certificar para que usted me considere cuerdo?

—Le diré, con Freud, que en los hombres cuerdos se encuentran siempre dos elementos: pueden trabajar y pueden amar. Se ha presentado usted mismo como un experto *broker*: de acuerdo, pasa usted la primera prueba. Ahora bien, ¿es capaz de cumplir con la segunda condición? Ha esquivado hablar de ello, lo cual puede esconder varios motivos... En fin, no me conteste ahora. Hablaremos en septiembre, tras su primer... crimen. ¿De acuerdo?

Asentí.

Hurgó en el bolsillo de su camisa y me tendió una tarjeta arrugada. Estaba en blanco, salvo por una dirección de correo electrónico. «Mejor este medio — argumentó—. Así podrá localizarme día y noche.» Luego volvió a sumirse en el estudio de los minúsculos restos que quedaban en su copa.

Me sujetó del brazo y me obligó a agacharme. Con los labios en mi oído, me susurró:

—Escríbalo todo, Rodrigo; todo.

Abandoné Clyde y luego Washington. Estaba satisfecho. El juego comenzaba, y la pelota estaba en mi tejado.

Acabada la rueda de prensa, cada uno volvió a sus asuntos. Yo subí a la habitación.

Mientras cogía el ascensor, caí en la cuenta de que no tenía nada que hacer (además de concluir la lectura de los dichosos escritos sobre globalización). Nada urgente, nada importante, ¡nada! ¿Desde hacía cuántos meses no me encontraba en una situación como aquélla? Meditando por el largo pasillo, decidí que me tumbaría en la inmensa cama mullida, encargaría algo de comida y leería una estupenda novela que llevaba tiempo esperando turno en la mesilla.

No hice nada de eso. Al entrar, recibí una agradable sorpresa: alguien — no llegué nunca a saber si se trataba del propio hotel, de la organización o de alguna de las empresas que patrocinaba la conferencia— había tenido la gentileza de invitarnos a disfrutar de una sesión en el *spa*, situado a pocos metros del edificio. Me había llevado el bañador porque días antes, navegando por la web del hotel, descubrí que contaba con piscina cubierta. Sin embargo, in situ comprobé que estaba dentro de la zona de *spa* y que ésta tenía un precio astronómico.

Sin pensarlo dos veces, me embuté en el bañador, me tapé con uno de esos esponjosos albornoces que cuelgan en los armarios de los hoteles de lujo, junto a un cartelito que te informa de que puedes adquirirlos en recepción (es decir, que te abstengas de meterlo en tu maleta), y puse rumbo al cielo de espuma y burbujas.

Me salté el almuerzo, el café y los artículos sobre globalización. Me olvidé de la peluquería y del embarazo. Puse el contador a cero y me dediqué al puro deleite entre chorros de agua caliente, pediluvios a dos tonos y

sillones de relajación, a oscuras y envuelta en música de pájaros exóticos. Lo probé todo y lo toqué todo. A excepción de la sauna: con dos rayas de por medio, no me atreví.

Cerca de las cinco, completamente relajada y muerta de hambre, cogí el ascensor, oprimí el botón de la segunda planta y enfilé de nuevo hacia la habitación. Iba distraída. Cavilaba cómo arreglarme el pelo, sin cepillo redondo ni secador decente. Aún no había introducido la llave magnética en la ranura cuando la puerta se abrió. Me di un susto de muerte, casi el mismo que el empleado que salía.

—Señora MacHor, ¿la he asustado?

—Pues no se lo voy a negar. Pero no se preocupe. Me alegra saber que no es usted un ladrón globalizado, o algo peor...

Obviamente, no me entendió, pero dijo con amabilidad:

—Lo siento, he venido a traerle un paquete. Lo han dejado esta mañana para usted en recepción. Como no ha pasado por allí, hemos decidido subírselo, por si se tratara de algo urgente. He llamado al timbre. Al no recibir respuesta, he entrado. Está sobre el escritorio.

No me sorprendí. Di por hecho que los colegas catalanes habían acumulado nuevas pruebas sobre la existencia de la globalización y se apresuraban a enviármelas.

El paquete esperó un rato. Antes, pedí un sándwich al servicio de habitaciones: jamón de York y queso, y un zumo de naranja. Tras mirarme al espejo y comprobar el estado de mi pelo, rizado como una escarola, decidí que mi única solución era llamar a la peluquería del hotel. Amablemente, me informaron, ¡cómo no!, de que la tarde la tenían completa pero lo intentarían. Quedaron en avisarme si les quedaba un hueco.

Tras comerme el bocadillo, recogí el paquete. Era un sobre blanco, sin acolchar, tamaño folio, abultado aunque no demasiado. La cubierta rezaba: «Dra. MacHor.» Esta vez sí que me extrañé. Poseo un doctorado en Derecho, recuerdo de mi época de profesora universitaria, pero ya nadie me llama doctora; de hecho, nadie llama doctora a una juez. Rasgué el precinto y lo extraje. Era un manuscrito encuadernado con un gusanillo sencillo, color negro. En el primer folio aparecía un título: *El último paciente del doctor Wilson*. Le eché una ojeada. Parecía una novela, aunque no incluía

dedicatoria, ni índice, ni prólogo. Tampoco estaba firmado: únicamente una página en blanco, con el título.

El último paciente del doctor Wilson, releí. Un extraño título; de hecho, tan extraño como que yo lo tuviera en mis manos. Sentí un repentino escalofrío. Me arrojé con el albornoz. Miré de nuevo dentro del sobre. Había una nota manuscrita. Empleaba letra capital, temblona y fea, como de zurdo: «DÉJESE LLEVAR POR SU INSTINTO Y AYÚDEME. TEMO SER EL SIGUIENTE. LE RUEGO QUE SE DÉ PRISA. LA VEDA SE ABRE DENTRO DE UNA SEMANA.»

Tampoco estaba firmada. Aquello debía de ser una broma. Seguro que lo enviaba alguna organización opuesta al movimiento de globalización, con el fin de influir en mi discurso. No tenía otra cosa que hacer y el título me resultó sugerente. De modo que busqué las gafas en mi vieja cartera, me las calé y lo hojeé.

Mi nombre no importa.

Algunos psiquiatras y psicólogos insisten en que el hecho de asignar un nombre comporta importantes implicaciones psicológicas. Yo no lo creo. El nombre se parece a ese sobre barato que se abre y se tira, al papel de plata que recubre la ansiada porción de chocolate. Lo que contiene, lo que oculta bajo su pomposo envoltorio es lo único que llena de significado a una persona. Sin embargo, ya que es costumbre llevarlo, voy a regalarte un nombre. Uno cualquiera. ¿Qué más da uno que otro? Lo hago porque te resultará más fácil ponerte en mi lugar si puedes asignarme un nombre y, a mí, dártelo no me afecta.

Pongamos que la gente me llama Rodrigo...

El teléfono sonó de improviso. Me sobresaltó. Estaba tan metida en la lectura de las historias del tal Rodrigo que había perdido la noción del tiempo y del espacio. Contesté. Llamaban de la peluquería: tenían una cancelación y podían peinarme al cabo de tres cuartos de hora. Llamé a Josep Maria para preguntarle si le importaba que nos viéramos directamente en la cena. Creo que lo agradeció. Aseguró que enviaría a alguien a buscarme, cerca de las ocho. Con delicadeza, me interesé por la situación de su hijo. Respondió con evasivas, en un tono de voz incapaz de contener su tristeza. No pregunté más. Sé que hay pocas cosas que duelan tanto como ver torcerse el futuro de un hijo y no poder hacer nada para enderezarlo.

Colgué, e inmediatamente volví a la lectura.

De mi larguísima conversación con el doctor Wilson, salí con la cabeza llena de ideas y de dudas. Y con trabajo pendiente. Tenía que pensar, concretar todos los detalles relativos a la primera fase del experimento. Para ello, necesitaba definir un procedimiento. No se puede andar por la vida sin un procedimiento y suponer que vas a tener éxito. El éxito no sobreviene: se busca, se cultiva, se madura. Precisaba de una estrategia clara, exacta, que me permitiera decidir cómo elegir a la persona, decantarme por un lugar y un modo; escoger el momento y los pormenores del escenario.

Sólo contaba con un puñado de días, pocos para lo que me esperaba. Debía darme prisa, empezar inmediatamente. Pese a todo, no logré aprovechar las horas del largo viaje transoceánico. Un ascua quemaba mi mente. No tenía que ver con los detalles del crimen, sino con la estúpida definición de cordura que había empleado el psiquiatra: «Todo hombre cuerdo puede trabajar y puede amar.» Con ese cóctel de palabras circulando por mi mente, fui incapaz de descansar lo más mínimo durante el viaje, de modo que me alegré enormemente al llegar a casa.

He vivido en muchas partes a lo largo y ancho del globo. De hecho, tengo propiedades inmobiliarias diseminadas por el mundo. Sin embargo, no tengo más que una casa, un refugio; sólo en un sitio soy capaz de encarnarme en el mundo y ser yo; sólo ante esa belleza hallo la paz. No desvelaré el emplazamiento exacto de mi hogar, pero diré que desde todas las habitaciones de la casa se ve el mar.

El mar es mi Valium. Eso fue lo que le hice saber al arquitecto seleccionado para ejecutar el proyecto, un reputado profesional cuyo nombre omito, pero que elegí precisamente por su concepción de la incorruptibilidad. Diseñó una obra de arte: líneas puras, sólidas, sin fisuras. Como debe ser un carácter.

Insistí en la privacidad. Reconozco que superó todas mis expectativas. Empleó una técnica de oxidación —creo que habló de sulfato de hierro— que permite que el cemento adquiera un tono rojizo, como el de la montaña en la que se alza y con la que se funde como uña y carne. El resultado es que, desde el puerto, la villa pasa completamente inadvertida. Parece un prisma voladizo que da un bocado a la montaña. Por tierra, se accede a través de una estrecha y serpenteante carretera que desemboca en un muro ciego. Esa pared, bellamente insulsa, esconde una

entrada laberíntica y guarda celosamente las sorpresas interiores: un vestíbulo esbelto, inmenso, con una bellísima vista del mar; un juego de planos, hormigón y cristal que deja pasar el aire por todas partes; una gran sensación de libertad dentro de una majestuosa pirámide. Y sólo para mis ojos.

Aunque lo mejor de la villa es, sin duda, la biblioteca, a doble altura, literalmente colgada sobre el vacío. Vertical al mar, cuando el viento sopla con intensidad y arremete contra sus paredes, puedo sentirme en un castillo de popa, al timón del inmenso océano, del cielo, y hasta del mundo, en sus peores días del diluvio. Esa sensación de dominio contenido, de poder supremo pero silente, me fascina.

Poder. Los que se llenan la boca con el término lo interpretan siempre como alguna forma de sometimiento, de dominio, de control. Ven una jerarquía, y sin pensar en cómo o en por qué se apresuran a ascender por ella, a distanciarse todo lo posible de sus perseguidores. Creen que dominan porque son más fuertes o más listos. ¡Estúpidos! No se dan cuenta de que entrar en esa dinámica los convierte en esclavos. Subirse a esa escalera, poner un pie en la jerarquía sólo evidencia su vulnerabilidad. O estás en la cima —y en ese puesto sólo cabe una persona— o no eres nadie. Hablarán de la erótica del poder, pero no es más que un espejismo, una permanente insatisfacción: muchos están por encima de ti.

Yo soy yo. Estoy solo. En mí no hay jerarquía ni escalera ni cúspide ni esclavitud. En mi universo, el poder es una fuerza interna que, como un volcán en erupción, expande mi energía creativa. Una fuerza pura, nívea. Por eso, decoré mi biblioteca, mi trono, yo mismo. Por eso, en esa estancia todo es blanco. Blancas las tapicerías, blanco el suelo, blancas las estanterías del segundo nivel, repletas de libros de viajes y de historia; y la *chaise longue* LC4, y la mesita baja, blancas también. Únicamente la mesa de despacho, con su silla a juego, colocada sobre una enorme alfombra negra, mancha el níveo lienzo. Estar cargada de pasado y de extraños sortilegios la ha eximido del imperio blanco.

Es una pieza estilo Jorge II, fabricada en caoba y datada en 1740. Procedía de la mansión del embajador Robert M. MacKenzie de Virginia, uno de los muchos héroes silenciosos de la segunda guerra mundial. Se rumorea que sirvió de apoyo al mismo Diderot para firmar su enciclopedia. La compré en una subasta en Christie's por veinticinco mil libras y la hice traer hasta la isla. La pieza cuenta con unas bonitas patas curvas, terminadas en sendas garras de león, y también con un faldón de notable factura. No obstante su pedigrí, el precio que pagué fue, a todas luces, excesivo.

Ni Diderot ni MacKenzie tuvieron influencia alguna en tan desatinada inversión. La culpa la tuvo su especialísima tapa de mármol, dotada de unas vetas, en tonos rojizos y grises, tan particularmente dispuestas que recuerdan un paisaje cósmico. Eso fue lo que vi al toparme con ella por primera vez: una lejana galaxia con una extraña espiral, profunda y oscura, en el mismo centro. Nada más observar aquella estampa, me encontré plenamente identificado con aquel paisaje, sobre todo con el agujero negro, rodeado de un mundo tan fascinante como inerte.

Yo me siento a veces como un gran agujero negro. Espero que, gracias a mi fuerza y a mi decisión, atraiga todo hacia mí y pueda cumplir con mi sagrado deber. Así es como yo veo mi futuro: prometedor, con misión.

Sin embargo, Wilson se empeña en hablar del amor... Ningún amor humano anida en mi corazón: ¿significa eso que no estoy cuerdo? ¿Debo echar todo por la borda porque no deseo amar a nadie?

Ciertamente, vivo algo alejado del ruido del mundo, sobre todo de ese mundo vacío, plagado de estúpidas costumbres de masas. Odio los rebaños, aborrezco hacer cosas sin saber por qué, desconociendo quién se tomó un día la molestia de proponerlo y cuántos estúpidos le siguieron. Detesto la polución, los atascos, los gritos y la suciedad... Por eso siempre vuelvo a mi soleada y pacífica villa, en la más bella cresta del mundo.

Nunca he sentido la necesidad de tener a otros seres cerca. Ni la compañía humana, ni la animal. No tengo gato, ni perro, ni pájaros. No crío animales exóticos, ni tampoco vulgares. En una ocasión, consideré la posibilidad de instalar en mi despacho uno de esos llamativos acuarios marinos, pintados de vivos colores. Incluso, recuerdo que llegué a hacerme con un libro que explicaba los muchos cuidados requeridos por las anémonas, los peces luna o los peces cirujano. Hasta recuerdo sus nombres en latín: *Actiniaria*, *Amphiprion ocellaris*, *Paracanthurus hepatus*... Sin embargo, cuando fui consciente de que no pararían de moverse mientras yo intentaba concentrarme, desistí. Adoro la quietud.

Sé que hay personas que encienden la televisión cuando notan el zarpazo de la soledad, y que incluso la sintonizan para dormir. Esa coctelera de voces, esa jaula de grillos, les hace sentirse parte de algo, aunque no sepan exactamente de qué. Yo no necesito que risas y conversaciones rompan la afonía de las noches frías. Me gusta el silencio, profundo y mantenido. Me gusta en todas sus muchas vertientes.

Lo cultivo. Siempre lo he hecho; ahora, que me resulta sencillo, y antes, cuando no era tan fácil. Mientras ejercía como *broker* estaba rodeado de cantinelas, de ecos incómodos, de bullicio. No lo digo por mi trabajo; las voces de mis clientes o las múltiples conexiones con las Bolsas de valores eran para mí otra variedad de silencio, una fina melodía, un oasis de paz. Lo digo por la gente con la que me topaba: la azafata, empeñada en ser amable; el guardia del aparcamiento, siempre tan curioso; el botones del ascensor, compadreado; la mujer de éste y la de aquél, empeñadas en saber cosas sobre mi vida, o en buscarme pareja, como si yo fuera un pajarillo caído de un árbol tras una tormenta, mojado, abandonado, necesitado de calor. Todo ese ruido resultaba una tortura. Por eso, una de las condiciones que impongo a la servidumbre es que, si no son mudos, lo parezcan. Prefiero una nota escrita reposando discretamente sobre la cómoda que una voz.

No cultivo amistades particulares ni pertenezco a círculos culturales o deportivos. A lo sumo, dispongo de una colección de conocidos en Londres, París y Nueva York con los que me une el Dow Jones o el amor al silencio. Hay a quien esto pueda extrañar, aunque no debería. No me integro, simplemente, porque vivo feliz como soy. Eso no significa que sea arisco. Sonrío si hace falta, aunque procuro

no tener que hacerlo. De hecho, casi siempre gozo de esa fortuna. Y, por el mismo motivo por el que no dejo que la gente visite mi vida, no soy curioso. Lo que les ocurra a los demás me importa un comino.

Una simple observación empírica permite adivinar que no soy como los demás, o que los demás no son como yo. Entre mi ser y el resto de la humanidad se abre un abismo lleno de sonidos huecos. No estoy orgulloso de mi diferencia, ni tampoco dejo de estarlo. Sólo soy yo. Un universo infinito formado por un solo planeta. ¿Qué importancia tiene eso? ¿Acaso mi amor por el silencio me convierte en un perturbado? Yo no lo creo.

Puede que no ame a nadie, pero tampoco odio. ¿Se odia a una hormiga o a un jabalí? No. Sólo se odia lo que puede reemplazarte, aquello con lo que te puedes comparar y salir perdiendo. Por razones obvias, no odio a esos animales, ni tampoco a los demás hombres. No los odio, sólo los desprecio. Son simples esbozos de algo que nunca será. En realidad, los compadezco. Yo soy, y cuando complete esta misión lo seré aún más. Cuando culmine esta ascensión seré divino, eterno, inmortal. Ellos... ellos seguirán donde estaban, donde siempre han estado.

Siempre me he sentido así, pero, tras mi reunión con Wilson, he tomado conciencia de un aspecto nuevo de mi vida. Pasaré a la historia a través de los anales de la psiquiatría criminal. Soy mi propio experimento: un hombre sano, fuerte y templado, ajeno al dominio del mal, libre de enfermedades mentales, que se ofrece en holocausto para probar en sí mismo la más arriesgada de las conjeturas: la hipótesis de que se puede matar con serenidad, con determinación, estando cuerdo.

A la deriva; así iba la ciencia psiquiátrica hasta que llegué en su auxilio. ¿Enfermedad social, ADN, mapa genético? ¡Sandeces! Las viejas creencias caerán hechas añicos. No son más que zafias muecas, proyectos sin norte, llenos de nada. Desaparecerán.

Acabaría con ellas. Sin embargo, para convertirme en un héroe, debía mantener la sangre fría y contener la emoción. «Necesito concentrarme, alejar de mí esos pensamientos, que no son sino un escollo —me dije—. Estoy cuerdo, lo sé. Punto y aparte. Debo empezar con la planificación.»

Y así lo hice.

No sé cuánto tiempo dediqué a la lectura de aquellas páginas, cada vez más impactantes. Sólo recuerdo que, de nuevo, el maldito invento patentado por Graham Bell me sacó del ensimismamiento de un plumazo.

—¡Maldita sea, qué susto me has dado! —le chillé al teléfono.

Todavía sobresaltada, comprobé la procedencia de la llamada. Era un número de móvil no incluido en mi agenda. Un desconocido. En Madrid, no habría contestado. Allí, lo hice: lo más probable era que alguien relacionado con el congreso me buscara. Contesté.

—Señora MacHor, soy el doctor San Sebastián. Llamo para saber cómo se encuentra.

Entorné los ojos y me recosté en la cama. Lo último que esperaba en ese momento era aquella llamada. El clima de desconfianza mutuo se percibía en los silencios entre frases y, también, en la extrema amabilidad y la larga distancia con que ambos nos comportábamos.

—Gracias, doctor. Me encuentro bien —contesté tras meditarlo unos instantes.

—Me alegro, Lola, estaba preocupado. Dígame, ¿han remitido las náuseas?

—Pues no, doctor, siguen aquí, pero no se preocupe: son soportables.

—Puedo darle algo para eso, si le siguen fastidiando.

—No es necesario. Como le digo, nos llevamos bastante bien ellas y yo.

Tras algunas preguntas de cumplido, finalmente, el médico agregó:

—Me gustaría que volviese a la consulta y se hiciese una ecografía. Tiene usted experiencia suficiente: sabe que la prueba es simple e indolora y, por supuesto, completamente segura. Tome la decisión final que tome, creo que

tanto usted como yo nos quedaríamos más tranquilos.

—Es cierto, debería hacerlo. Pero tendrá que ser más adelante. En este momento estoy fuera de Madrid, en un viaje de trabajo.

San Sebastián insistió:

—No corre prisa, tenemos tiempo. Sin embargo, mi recomendación es que no lo deje. Llámeme cuando vuelva, le haremos un hueco enseguida.

—Lo haré, gracias.

Sin más preámbulo, el doctor añadió:

—No se preocupe más de lo necesario, Lola. Al final, de una manera u otra, todo se soluciona.

—Tiene toda la razón. Sólo tenemos que acertar con la manera más idónea, ¿verdad? De todos modos, le agradezco la llamada, doctor; ha sido todo un detalle.

Al colgar, la atmósfera de la habitación había cambiado. Las historias de Rodrigo y el doctor Wilson me habían hecho olvidar mis dos rayas, pero eran como la mala hierba: sólo parece que muere cuando, en realidad, coge fuerza.

Necesitaba desesperadamente abrazar a alguien, pero no era posible. Estaba completamente sola. Me levanté de la cama y me dirigí al armario. Saqué la cartera del bolso y, de ella, las fotografías de mis hijos. Hacía tiempo que no las miraba.

No soy excesivamente sentimental. En realidad, casi no lo soy. Voy tan deprisa que no me da tiempo. Quizás por ello en mi cartera sólo había tarjetas de crédito y documentos oficiales. Y así siguió hasta que un buen día, sin preguntar, una de mis hijas las puso allí. Recuerdo que protesté.

—Os veo todos los días, María; mañana, tarde y noche. ¿Para qué necesito llevar fotografías vuestras junto al carné de identidad?

—Nunca se sabe, mamá. Podrías querer presumir de nosotros ante otros jueces. O, quizás, te podamos alegrar un día especialmente triste. Además, casi no ocupan. Y no pitan en los aeropuertos.

Ese día se demostró cuánta razón tenía.

A excepción de una, el resto de las fotografías estaban tomadas cuando mis hijos eran pequeños. Los dos medianos aparecían sonrientes en medio de un prado perdido en algún monte, vestidos con aquellos jerséis amarillo chillón comprados en Portugal, demasiado grandes incluso para ser

crecederos. Les habían durado cuatro años, y luego los habían heredado los siguientes. A María se la veía feliz, con el pelo sujeto por aquel enorme lazo rosa con flores malvas, cursi hasta para Barbie.

—¿Cómo pudiste comprarme algo así? —me preguntó aquella tarde lluviosa en que, sin otra ocupación, decidimos sacar las fotografías de la caja y archivarlas.

No contesté: el júbilo que se percibía en su mirada compensaba cualquier concesión a la cursilería. Al principio, de recién casada, me preocupaba mucho el juicio que el resto de la humanidad pudiera hacer de mis hijos, a los que vestía como figurines y enseñaba modales de perchero estirado. Gracias a Dios, me di cuenta a tiempo de que era yo quien me exponía. Entonces, empecé a crear un nuevo universo en el que sólo estábamos ellos y yo, y donde las únicas normas vigentes eran la bondad y la eficiencia.

Javier posaba en pijama. Todavía llevaba pañal, aunque eso no le impidió trepar hasta la mesa y apurar los restos de cava de las copas de los mayores. Miraba a la cámara con los ojos achispados. Quizás viera dos madres. Le habría venido bien tener una para él solo. Los pequeños de las casas son queridos por todos, y atendidos por nadie.

Mi marido únicamente salía en una de las fotografías. En una de las esquinas, como si aquello no fuera con él. Lucía el mismo atractivo que hoy, pero parecía más joven. En aquellas dos décadas, algo en su semblante había cambiado, aunque no era fácil precisar dónde estaban sus cincuenta. No ha engordado, ni perdido pelo, y las canas no le han tomado la cabeza al asalto. Pero allí estaba más suelto, menos cansado. Con el espíritu musculoso.

Yo llevo mal el rodillo del tiempo. Las arrugas en la frente son lo de menos. Lo peor es que las fechas marchan tan deprisa que estoy convencida de que cualquier día, pronto, me harán una fiesta de jubilación. Y me regalarán un reloj dorado con fechas grabadas, cosa que temo tanto o más que el alzhéimer.

Remiré aquellas sonrisas, la cursilería y el amarillo canario, y el pompis, redondo por el pañal. Casi podía oler la colonia Nenuco y el amargor de los primeros vómitos, con el que no puede ni una lavadora automática. No tenía que esforzarme por hacer memoria: los recuerdos estaban allí mismo, tejiendo una aventura real, más verdadera que los árboles y la primavera, más

privada que la propiedad. Me daba perfecta cuenta de que era vieja para empezar de nuevo. Cuando aquellas dos rayas se licenciaran, Jaime y yo estaríamos amortizados y sin futuro, si no bajo tierra. A pesar de todo, no podía dejar de hacerlo. Cansada, dudosa, arrugada, vieja... Pero debía correr el riesgo. En aquella novela, el hombre apodado Rodrigo decía tener una misión. Aquellas rayas eran la mía. Podía ser sustituida en cualquiera de las muchas cosas que hago; en todas, menos en ésta.

¿Y si las cosas salían mal? ¿Y si dentro de unos meses tenía que lamentarlo?

La repulsa volvió, cubierta de miedo: resistencia a aceptar una criatura sin rostro, un proyecto desconocido, velado, sólo dos rayas. Miedo frente a esperanza. Diez minutos de anestesia o toda una vida para lamentarlo... O para gozarlo.

—¡Por todos los santos! ¿Qué me está pasando? ¿Qué hago pensando estupideces? ¡Esas dos rayas son mi historia!

Cogí el teléfono y llamé a Jaime. Él ejerce sobre mí un singular efecto placebo, como de Valium en vena. Pese a los muchos años que hemos pasado juntos, consigue archivar el miedo, encerrar al monstruo, con sólo aparecer. No sé cuál es la razón, pero así es. Cuando los niños soñaban con fantasmas, acudían a mí, se metían en mi cama y se acurrucaban a mi vera, temblando. Pero han crecido y los fantasmas se han vuelto reales. Y al que acuden es a su padre, que controla el verdadero azar.

—¡Mierda, mierda, mierda! —chillé, lanzando el móvil a la cama. De nuevo, el contestador.

Me acerqué al minibar y busqué una cerveza. Todas tenían alcohol. Estaban frías y apetecibles, rebozadas en pequeñas gotas de agua. Abrí una. A los cuarenta y siete, una cerveza más o menos no podía afectar mucho. Me la tomé (en vaso; de la botella sólo bebo Coca-Cola, y cuando mis hijos no me ven), y volví a la cama. El manuscrito, abierto, me esperaba.

—De acuerdo, Rodrigo, vamos a ver cómo acaba tu historia. De la mía nos ocuparemos más tarde.

Bajo un horizonte pulcramente exento, dediqué los siguientes días a reflexionar sobre los detalles del experimento. Debía ir con cuidado. El doctor Wilson tenía razón en eso. El cuerpo de policía, no importa la procedencia, ni la filiación, ni siquiera las circunstancias, está irremisiblemente aquejado por el virus de la lentitud y la parsimonia. Con frecuencia, esta flema deriva de una galopante escasez de medios y de la necesidad de cumplir escrupulosamente hasta la última tilde de la ley, so pena de beneficiar al criminal en el futuro juicio. En otros, es la indolencia, la pereza, las que los hace tardos, de vuelta de todo, y los transforma en los donuts que comen.

Pero yo sabía que la lentitud no es una característica del grupo, sino de cada uno de sus miembros. Tras décadas en el puesto, muchos llegan a tener el alma tan gruesa como el cuerpo. Pero siempre quedan buenos agentes capaces de compensar los factores negativos con un exceso de celo. Ese afán esconde, casi siempre, un impulso irracional: y lo irracional, lo impredecible, es extremadamente peligroso. No hay nada más amenazador que un policía obcecado, implicado personalmente en un caso. Debía tenerlo en cuenta y andar con cuidado.

¿Qué porcentaje de esa especie podría contener el conjunto de los agentes criminales de un país? ¿Un 5 por ciento? Estaba seguro de que no llegaría hasta esa cifra. Sería ínfimo. Por no hablar de los aspectos procesales. En ellos debía localizar mi piedra angular.

Estoy convencido: todo hombre es capaz de vencer a una máquina, si conoce su funcionamiento. Y la policía trabajaba con una completa colección de procedimientos, protocolos y reglas escritas. Yo iba a descubrirlas, a estudiarlas y a vencerlas.

Llené mi biblioteca de libros; textos sobre patología criminal, estudios sobre perfiles psicológicos, análisis sobre las andanzas de los más importantes asesinos en serie. Me hice con las normas escritas de la policía científica de varios países, con los protocolos de la Interpol, con los informes de la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI... Esta unidad me interesó especialmente. También adquirí todas las novelas de crímenes que encontré en el mercado; en muchas ocasiones, los escritores se basan en hechos reales.

Fue tras culminar la lectura del trigésimo noveno volumen cuando caí en la cuenta de que todas aquellas páginas compartían una misma base. Existía, en efecto, un sustrato común que las aunaba. Todas bebían de una misma fuente: un pequeño puñado de elementos simples.

Por supuesto, las relaciones entre esos elementos resultaban complejas. Además, había que añadir el factor azar pero, como yo no trataba de solucionar crímenes pasados, sino de cometerlos, teniendo en mente los elementos que ellos buscarían, mis incógnitas resultaban sencillas, y mis acciones discurrirían, con poco esfuerzo, con mucha suavidad. Mi estrategia consistiría en ir siempre un paso por delante; anticiparme, prepararlo de modo que ellos vieran únicamente lo que yo deseaba que vieran, y no otra cosa.

Aun así, y tratando de reducir al mínimo mi margen de error, continué leyendo más y más libros. Acumulé mucha información sobre casuística, detalles y más detalles, pero mi actitud no se modificó: había únicamente cuatro variables que debía tener en cuenta. Cuatro y sólo cuatro, pero siempre cuatro: el escenario, el *modus operandi*, la víctima y la firma.

Comencé por planificar las escenas de los crímenes, buscar un método que me permitiera escoger bien el emplazamiento; especialmente, el relativo a la escena principal. El sitio en el que el cadáver sería descubierto era el más arriesgado. Naturalmente, debía tener extremo cuidado con los escenarios secundarios —los emplazamientos donde contactaría con la víctima, los sitios a los que la conduciría, etc.—, pero en ellos no iban a encontrar grandes cosas. Los investigadores se centrarían en el lugar del crimen, porque es allí, en el fragor de la batalla, donde el asesino se descuida. Debía preparar con mucho cuidado el proscenio y ser meticuloso; evitar dejar algo que pudiera, no ya incriminarme, sino siquiera situarme allí.

No he cometido delitos que hayan provocado la inclusión de mis huellas en las potentes bases policiales, conectadas ya a un nivel casi mundial. Sin embargo, mis datos completos están registrados. Soy, he sido, un *broker* de prestigio. Como todos los de mi gremio, antes de permitirme poner un solo dedo en un fondo de pensiones, he sido meticulosamente investigado.

Por ello, decidí actuar guardando las mayores cautelas. Guantes de látex, pese a su incomodidad, revisión meticulosa del escenario y camuflaje. Ya que hoy en día las autoridades instalan cámaras de seguridad en los lugares más inverosímiles, resolví trabajar bajo el paraguas de un disfraz que me unificara con el ambiente.

Tomadas estas resoluciones, me centré en el punto más peliagudo del escenario: la geografía. Según rezan, unánimemente, los dictámenes de los expertos, los asesinos en serie se pueden equiparar con los depredadores. Matan, pero no de cualquier manera ni en cualquier sitio. Tienen sus zonas, territorios donde creen que pueden atacar con impunidad; lugares que conocen, en los que las posibilidades de la huida planeada se incrementan. En todo caso, la escapatoria en una situación de riesgo no es la única, ni la más importante razón. Matar es una acción que incluye un tinte obscuro y que requiere, por ello, de cierta intimidad.

La posibilidad de ser observado por alguien no deseado, la contingencia de ser interrumpido antes de culminar el acto supremo suponen un gran estrés para el criminal, que busca lugares conocidos, que le resulten fiables.

Los leones marcan con su orina los límites del territorio que les pertenece. Otras especies (caninas, fundamentalmente) emplean heces para este fin. Los gatos arañan las paredes y frotan su cuerpo en ellas; aves y peces producen coloraciones extremas para mostrar su dominio del lugar. No importa la forma: siguiendo sus huellas puede dibujarse un preciso mapa de dónde van a cazar, a procrear o a comer.

Los asesinos en serie generalmente no miccionan en ellas, pero tienen sus zonas y su organización. Comienzan a buscar a sus víctimas en un radio próximo; luego, cuando van teniendo éxito y aumenta su nivel de confianza, se animan a alejarse y extienden el radio de sus capturas. Pero, en todo caso, la probabilidad de que se los encuentre en lugares cercanos a sus víctimas es alta. De manera que si se traza una línea (los psiquiatras lo llaman «círculo de Canter», nombre del sujeto que lo describió) entre los puntos más alejados en los que hayan actuado, se le atraparán dentro. Sólo hay que estrechar el círculo. Es cierto que, en ocasiones, despunta algún asesino viajero que prefiere alejarse muchas millas para encontrar una presa, pero ese perfil es poco común.

En ese momento, tomé mi primera decisión estratégica.

Navaja de Ockham: «En igualdad de condiciones, la solución más sencilla es probablemente la correcta.» Un investigador criminal, un policía experimentado, pensaría en primer lugar en un depredador, y buscaría su olor por la zona. Se centraría en localizar a un varón blanco (varones y blancos son los más frecuentes exponentes de asesinos en serie) que trabajase o viviese en alguna zona próxima al escenario principal del crimen primigenio. Por ese motivo, yo actuaría como un viajero. Me alejaría siempre lo suficiente de mi casa. Escogería lugares distantes entre sí, como para que no se pudiera encontrar un patrón.

Enunciar el principio fue fácil. Lo difícil era llevarlo a la práctica, siendo quien soy. Soy un hombre metódico, esencialmente ordenado. Tengo la cabeza plagada de hormas, de plantillas, de estructuras. Ése era mi problema. Podría ocurrir que, inconscientemente, esa tendencia natural me hiciera cometer algún error, una repetición que atrajera a la policía hacia mí (o hacia la base de datos en la que, desgraciadamente, figuren mis huellas). Tras mucho pensarlo, decidí que era arriesgado dejarlo de mi mano y tomé la determinación de introducir el azar. Él, y no yo, escogería el lugar.

Debía dar paso al azar. Pero ¿cómo? Podía emplear un dado, abrir aleatoriamente las páginas de un diario y adoptar el primer lugar que encontrara, pero ninguno de esos sistemas me convencía. En el fondo, escondían una estructura, y detrás estaba yo. Le di varias vueltas, hasta que una imagen se abrió paso en mi mente. Me vi ante un mapamundi desplegado, escogiendo la *zona cero* con los ojos cerrados. Me pareció genial. ¡Sí, cerrar los ojos y me dejaría llevar! Una vez elegida la zona, optar por la ciudad más próxima y me pasearía por ella

hasta localizar a mi víctima. Este modo caótico, aleatorio, de funcionar despistaría hasta al investigador más hábil.

Tras tomar estas decisiones, me tomé un pequeño descanso. Estaba extenuado. Demasiadas emociones desconocidas en poco tiempo. Hice ejercicio, mucho ejercicio, y aumenté la ingesta de proteínas. Necesitaba estar en plena forma para enfrentarme a la variable que más temía, la que me producía un agujero en el estómago: el *modus operandi*, el modo de matar, el arma...

Matar nunca es fácil, aunque el grado de dificultad depende mucho del modo. Estrangular, degollar, disparar, pegar, morder, arrojar al abismo, ahorcar, desangrar... Cada loco tiene sus preferencias. Cuando adquiere pericia, incluso maestría, va modificándolo levemente pero permanece una base común que lo identifica: el estrangulador; el destripador... El problema es que yo no estoy loco. No tengo más preferencia que la eficiencia. Todos los métodos me son posibles, pero no quiero asumir más riesgo ni presión psicológica de los que sean precisos. A priori, parece mucho más sencillo pegar un tiro con una escopeta de larga distancia a un negro indefenso en una de las cacerías organizadas por León que acercarme por la espalda a una mujer y degollarla. Sin embargo, en el primer caso, quedaría una bala como prueba. Si empleaba ese método, debería cambiar de arma en cada ocasión, o aparecería un patrón. Y adquirir tantas pistolas podía levantar sospechas...

Inicialmente pensé en emplear la imitación. Si buscaba un lugar donde se hubieran cometido varios crímenes, y descubría el *modus operandi* del asesino, podría copiarlo. Y si existían pequeñas variaciones respecto al original, los policías pensarían que aquel tipo se estaba perfeccionando. Lo malo era que la mayor parte de los asesinos en serie de los que yo había tenido noticia, y de los que podría obtener los datos precisos, ya habían sido detenidos.

Entonces, ¿cómo hacerlo? No había supuesto que matar incluyera tantas decisiones complejas. Estuve dudando todo el día. Finalmente, sin saber por cuál decidirme, opté por seguir la técnica empleada con el lugar: la variación. Cometería los seis asesinatos con seis armas distintas. Sólo necesitaba elaborar la lista y la secuencia. Pero, de nuevo, emergía la misma duda: cómo. Eso me tuvo en vela dos días completos, repletos de meditación y ejercicio. Hasta que di con un método. Otra idea maestra: emplearía la cronología, seguiría un método histórico.

La primera víctima recibiría la muerte del primer asesinato relatado de la historia. Sólo son teorías, pero tienen visos de realismo. Lo aprendí visitando los magníficos yacimientos de la sierra de Atapuerca, un lugar situado en el norte de España donde se halla la cuna del que llaman *Homo antecessor*. Nuestros antepasados tenían un esqueleto grácil, débil, muy parecido al nuestro, y eso los dejaba en manos de la violencia bruta; el lugar más vulnerable: la cabeza. Así pues, comenzaría como mis ancestros, con un golpe en el cráneo, un traumatismo mortal.

Fue difícil saber cuán largo debía ser mi salto en la historia. Me decanté, finalmente, por el gran Imperio romano. Opté por el veneno. El miedo a morir por su ingesta estaba tan presente en las élites dominantes, que contaban con un criado encargado de probar los alimentos de su amo, el *praegustator*. Ácido prúsico, con su perfume de almendras amargas; cicuta; sardonio; cardenillo, cinabrio... Ésos eran los venenos de la Antigüedad, pero hoy tenemos nuestras propias pócimas asesinas; la heroína, a la cabeza. Mientras pensaba en la respiración enlentecida y cortada, el azulado de labios y de uñas, las pupilas del tamaño de cabezas de alfileres y el coma, no pude por menos que imaginar a Británico, a Claudio, bañado en jugo de setas, a Napoleón, a tantos papas romanos, a tantos reyezuelos... Sí, la segunda arma sería el veneno.

Continuaría por el fuego, como los tribunales de la Inquisición, como la caza de brujas... En ese caso, buscaría una mujer. La acusación no sería la hechicería: moriría por el bien de la ciencia. (Respecto a lo de la mujer, he de decir que, desde el principio, opté por alternar género y mezclar razas: no tengo ni tenía ninguna preferencia.)

A diferencia de los dos primeros métodos, la muerte en la hoguera solía realizarse en forma de espectáculo, aunque el fallecimiento solía ser rápido, por asfixia. Se despojaba al reo de sus vestiduras y se le ataba a un poste, rodeado de sarmientos. Se prendían y toda la comunidad observaba rugiente cómo ardía. Naturalmente, yo pretendía huir de cualquier tipo de publicidad. Tendría que superar el escollo del humo y del fuego.

Andaba cavilando qué método escogería para el cuarto episodio (calibraba el estrangulamiento y la horca), cuando una inquietud me puso en guardia. Primero fue una ligera desazón; luego, un fuerte dolor de estómago. Algo no iba bien. Mi subconsciente me alertaba, como solía hacerlo cuando apostaba al alza y la Bolsa daba pequeños síntomas, nimios, de desear recoger frutos. Soy un profesional. Sé captar esos signos y conozco la importancia de la autocrítica. Debía detenerme y reflexionar.

Dos días de ejercicio intenso, seguidos de largos periodos de sueño, me abrieron los ojos. Traumatismo severo, veneno, fuego... Los tres métodos, aunque eran muy distintos, compartían un factor: mi propio miedo. Estaba escogiendo sesgadamente. ¡Elegía siempre métodos incruentos! Reconozco que odio la sangre. Ese líquido me molesta. Me marea su olor, su textura, su sola visión... Estaba intentando sortearlo y, sin embargo, la sangre es el elemento vital por excelencia. Sin su concurrencia, mi obra carecía de sustrato. Sería llamado el asesino cobarde.

«No puedo fallar ahí. Debo sobreponerme. Los siguientes episodios serán sangrientos», me dije.

Con decisión, sin pensarlo mucho, escribí en mi agenda: «Cuarto, puñal; quinto, degüello; sexto, pistola.»

Ya tenía el escenario y el modus operandi. Elegiría la víctima en cuanto pusiera los pies en el territorio que el azar escogiera.

Sólo quedaba definir mi firma.

Esta vez, el ruido que me sacó del recogimiento procedía de una de las mesillas. Volví a sobresaltarme. Miré el reloj. Era muy tarde; las ocho y cuarto. Había acudido a la peluquería del hotel y vuelto a toda prisa a la habitación. Quería seguir leyendo. Aquella historia me tenía completamente encandilada.

—¿Hablo con la jueza MacHor?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Raúl Velilla, me envía don Josep Maria. Vengo a buscarla, para llevarle a la cena. Estoy abajo, en el vestíbulo.

Josep Maria. Cena. Vestíbulo. Me situé enseguida.

—Sí, claro, para la cena... Deme diez minutos, ¿de acuerdo?

—Lo que necesite. Por mí, no se preocupe. Estaré aquí, esperándola.

Me vestí a toda prisa, me retoqué el maquillaje y me lavé dos veces los dientes: mi aliento olía a cerveza. Mientras lo hacía, pensé en el doctor Wilson. El manuscrito le describía como un hombre próximo al alcoholismo. Sabía que, en Norteamérica, entre las clases pudientes, se había ido extendiendo la moda del ron añejo, tanto que estaba logrando desplazar al mismísimo whisky de malta. Sin embargo, desconocía cuál era su contenido alcohólico. Debía averiguarlo, al menos, por curiosidad.

Quince minutos después, ya emperifollada, bajé. Durante unos instantes miré alrededor, buscando a mi chófer, o, más bien, exponiéndome a la vista pública para que el tal Velilla me reconociera. Nadie se movió. Quizás había tardado demasiado. Finalmente, sin saber qué hacer, acudí a recepción, me identifiqué y pregunté quién me había llamado a la habitación. Me señalaron un conjunto de sofás, y a un chico joven sentado en medio de uno de ellos,

leyendo el periódico. Me acerqué.

—¿Raúl?

Levantó la vista y se topó conmigo. Soy una mujer de mediana edad — ¿cómo de mediana es la edad de cuarenta y siete años?—, con una melena pelirroja y la cara pecosa, es decir, la antítesis del impertérrito e imperturbable rostro de la ley. Recuerdo que vestía un traje de chaqueta beige, blusa negra y sandalias de tacón del mismo color. Recuerdo también que no me sentaba mal, pese a que no soy muy delgada ni muy alta, y no paso el examen de las faldas rectas. Fuera por lo que fuera, mi aspecto le despistó. Sin levantarse ni dejar el periódico, contestó:

—¿Decía algo, señora?

—¿Es usted Raúl Velilla?

—El mismo... Y usted, ¿quién es?

—Soy María Dolores MacHor.

Saltó como si alguien hubiera soltado los muelles del sillón y se lanzó a sacudir la mano que le tendía, con ademanes cargados de nerviosismo.

—¡Maldita sea mi estampa! Perdóneme, no sabe cuánto lo siento... Esperaba a... En fin, me habían dicho que era usted una jueza penal de la Audiencia Nacional y... Disculpe, no la he reconocido.

Sonreí abiertamente. Tengo una bonita sonrisa, franca y conciliadora, que me saca con facilidad de ese tipo de líos.

—No te preocupes —respondí, pasando al tuteo—. Me suele ocurrir: no doy el perfil.

—¡Por supuesto que lo da! El problema es mío, soy mal fisonomista. ¡Fíjese que he estado a punto de contestarle en inglés!

—Tengo genes irlandeses, no andas muy descaminado.

Cada vez más azorado, el joven seguía vomitando disculpas y, con cada una de ellas, metía un poco más el dedo en la llaga.

—Lo que ocurre es que pensaba que sería usted muy mayor. Quiero decir, mucho más de lo que es... ¡No, no!... Lo que quiero decir es que es usted muy joven para ser juez, para ser mujer, vamos... Bueno, no es por ser mujer, yo no soy machista...

Finalmente, sentí compasión por aquel pobre chico, y le atajé con picardía:

—Lo sé, no tengo cara de juez penal: soy demasiado joven y demasiado guapa. Debería ser actriz de cine, pero, ya ves, dedico mi valioso tiempo al Estado, juzgando a narcotraficantes, blanqueadores de dinero y terroristas. En fin, es lo que hay. ¿Nos vamos?

De nuevo corriendo, se adelantó para abrirme la puerta.

—Perdóneme —repitió.

—No debes pedirme perdón, no has hecho nada que lo merezca.

De hecho, sus palabras no me habían molestado lo más mínimo. Soy consciente de que, en la mente de los jóvenes —¿cómo de joven se es a los veintitantos?—, acostumbrados a ídolos de cine y de papel cuché, cargo y físico van unidos. Se supone que un actor, un cantante, un escritor que se precie debe ser especial, alejado de la norma, rarillo, al menos en algo. Ha de haber un coste de la genialidad para saber que la genialidad existe. Lo mismo ocurre con el mundo judicial. Es de recibo que un buen juez sea serio, prudente, soso y hombre. Y, preferiblemente, que tenga una cara de noble y añejo estreñimiento. Una señora de mediana edad, pelirroja clara y con tacones de diez centímetros no da la talla.

Sin embargo, decidí aprovechar la ocasión. A poco que el chaval se comportara, tendría un buen perfil del resto de los integrantes de la mesa redonda. No me vendría mal. Me desagrada compartir mantel con gente que no conozco. Soy mala en los prontos.

Tenía un coche en la puerta, aparcado en un reservado, con las luces de emergencia encendidas. Me senté junto a él, en el asiento delantero. Me despojé de la americana, hacía calor, y empecé la conversación nada más subirme.

—¿Sabes cuántos grados tiene el ron, Raúl?

—¿El blanco?

—El añejo.

—Pues no con exactitud. Lo que sí puedo decirle es que el ron Cacique, que es el que toma mi novia, pega cantidad. ¡No me irá a decir que le gusta!

—No lo he probado. Simple curiosidad, lo menciona un libro que estoy leyendo. Y hablando de curiosidad, ¿conoces al resto de los asistentes a la cena?

—¡La cena! Me temo que va a ser un completo fiasco.

—¡Ah! ¿Puedo saber por qué?

—Hoy hay *Champions League*, señoría. Barcelona contra Liverpool, un partidazo. De modo que sólo asistirán aquellos a los que no les guste el fútbol. Y, naturalmente, don Josep Maria, que, aunque es del Espanyol, no le queda más remedio que ir.

«Este chico va a durar tres días si no aprende a cerrar la boca», pensé antes de añadir más carne al asador. Divertida, insistí.

—¿Y puedo saber quiénes no veremos el fútbol?

—Desde luego. Aparte de usted, el periodista y uno de los sociólogos.

—¿Los conoces? —pregunté.

Si se alargaba un poco el atasco que acababa de engullirnos, saldría del coche con una radiografía de ellos bajo el brazo. ¿Radiografía? ¡Aquel chico era un escáner de última generación! Asintió vivamente con la cabeza, antes incluso de que hubiera terminado de hablar.

—Naturalmente, señoría. El primero se llama Justino Sandoval, periodista de investigación. Con él debe andarse con cuidado, es un capullo integral..., con perdón. Bueno, con perdón o sin él. Un tipo sin modales que se las da de sabio pero no pasa de enteradillo.

—¿Edad? —Seguí. Ya metidos en harina...

—Cerca de cuarenta, calculo yo. No se deje engañar por su buena planta, sus andares elegantes, su porte distinguido... Es un adonis inaguantable, un *self-gay*, en una palabra.

—¿Cómo has dicho?

Se rió con picardía.

—Es una broma que mi novia y yo hacemos. A Justino Sandoval no es que le gusten los hombres, es que sólo es feliz junto a un hombre: Justino Sandoval. Sólo se divierte escuchando a Justino Sandoval, leyendo a Justino Sandoval, amando a Justino Sandoval: un *self-gay*, ¿me comprende?

—Comprendo, sí. Aunque el juicio me parece excesivo para cualquiera.

—Espere a conocerle y luego me dice si la mejor definición de Justino Sandoval no es «soberbia y autoestima en metro noventa».

—Al menos será un buen periodista, ¿no?

—Eso dicen. A mí me parece que está pirado, obsesionado por todo lo morboso. Sangre, crímenes, demonios, conspiraciones... Deberían volver a

editar *El Caso* y nombrarle director. En fin, el segundo invitado es un sociólogo llamado Pablo Tasso.

—Y supongo que sabrás dónde ha nacido... —dije.

No captó mi ironía.

—A decir verdad, ese dato no lo tengo. Pero puedo contarle que es un tipo consagrado, con cátedra universitaria y columna en *La Vanguardia*. Preside no sé qué fundación, y dicen que es muy bueno en lo suyo... En fin, un intocable. Además, tiene al menos ochenta años, nadie le tose a estas alturas.

—De acuerdo, Tasso es un anciano y pacífico sociólogo, ya consagrado. Y Justino Sandoval es un periodista reputado, pero especial. ¿He acertado con el resumen?

—En la misma diana, señorita. Usted límitese a sonreír.

Por un instante, por mi mente cruzó una idea fugaz. Quizás demasiado malvada. Pero ¡qué demonios! Me dejé llevar y le pregunté:

—Oye, Raúl, ¿sabes por qué estoy yo aquí? Llevo tiempo preguntándomelo. Estoy segura de que un chico tan avisado como tú debe de tener una idea...

Entró al trapo sin siquiera citarles dos veces. ¡Pobrecillo, terminaría trabajando en el 1004, eructando frases aprendidas!

—Es fácil, señorita. Hay dos razones importantes.

—¿Dos? —repetí. Empezaba a aprender del doctor Wilson.

—Dos, sí. La primera es que usted ha salido en los periódicos; eso cuenta para la publicidad. La segunda, y mucho más importante, que es usted mujer. Hacía falta una mujer para que nadie se ofendiese.

—¿Y no había una socióloga o una periodista disponible?

—Por supuesto que las hay; varias, y buenas. Pero Justino Sandoval está reñido con todas ellas. A la que no ha llamado gorda mentirosa, ha calificado de bazofia su obra o la ha acusado de plagio. En fin, por la paz del momento, pensaron que era mejor que viniera alguien ajeno al mundillo.

—Necesitaban una mujer nueva en este fregado, de acuerdo, pero ¿por qué yo? —pregunté, aunque no estaba segura de querer oír su respuesta.

—Alguien aseguró que usted no causaría problemas. Es blanda y bastante educadita, incapaz de lanzarse a la yugular de alguno de los inseparables que

van a venir. Sin embargo, había otra razón más importante... —Se detuvo unos instantes. Yo me llevé la uña a la boca, otra de mis manías (¿qué magistrado serio se muerde las uñas?). No tenía ni idea de por dónde saldría. Sentía verdadera curiosidad. Pero me defraudó—: ¡Vaya, ahora no me acuerdo! Lo siento. Puede que fuera algo sobre el orgullo, o sobre el dinero... Algo así.

Me encogí de hombros.

—Bueno, mejor eso que el género, ¿no?

Tampoco captó la ironía.

—¿Cómo dice?

—Nada importante.

—Ya llegamos. Es ese restaurante. Me temo que no voy a poder aparcar para acompañarla. ¿Le parece bien que la deje en la puerta? No tiene pérdida. Si sigue andando unos metros, encontrará la playa. No deje de visitarla...

—Por supuesto, Raúl. Ha sido un placer conocerte.

—Todo mío, señorita... ¿Me permite un consejo final?

—¡Adelante, por supuesto!

—Si no sabe de qué hablar y la situación se vuelve incómoda, mencione el incremento de la violencia, la proliferación de las guerras, las sectas, los asesinatos masivos o cosas por el estilo. El conflicto es la especialidad de Tasso, el sociólogo, y Justino Sandoval está escribiendo un ensayo sobre la naturaleza criminal. Sólo deles cancha y dedíquese a escuchar.

Bajé del automóvil, cabizbaja. La cena, desde luego, no se presentaba divertida: un catedrático y un adonis... La playa estaba al fondo. Casi podía oler el mar. Estuve tentada de pasar de largo e ir un poco más tarde. Al fin y al cabo, soy mujer, y las mujeres solemos llegar tarde. Pero no lo hice. Volví a ponerme la americana, me estiré la falda, abrí la puerta del restaurante y entré, decidida a seguir al pie de la letra los consejos de Raúl.

Yo no lo sabía entonces, pero, contrariamente a lo que pensaba, aquella velada sería provechosa para mí o, más bien, para mi instinto. Y ni que decir tiene que lo fue sobremanera para el doctor Ernest Wilson.

Por fin, llegó el día acordado: 18 de septiembre. Cogí el avión y ordené al piloto que pusiera rumbo a Washington. Teníamos la autorización confirmada.

Me encontraría con Wilson en Clyde, como la vez anterior. Tenía ganas de verle. Él aún no lo sabía (no había querido ofrecerle la primicia por *e-mail*), pero yo acababa de perpetrar el primero de los asesinatos previstos. Me encontraba nervioso, feliz, como un niño con zapatos nuevos. Aunque me rozaban, y las ampollas, imponentes, me escocían, no quería desprenderme de ellos ni para dormir.

Durante el vuelo, intenté poner por escrito la experiencia vivida. Sabía que, nada más verme, el doctor Wilson me exigiría esas páginas. Ésa había sido su primera condición. Sin embargo, en cuanto cogí la pluma, me embargaron las dudas. No le conocía lo suficiente. Quizás debería tomar precauciones, evitar referirme a hechos que pudieran comprometerme en el futuro. Incluso teniendo en cuenta el noble motivo que nos animaba, un acto ilegal pesaba sobre mí. Él no podía denunciarme, ya que yo pagaba sus servicios. La delación supondría una violación de su código ético, que le haría perder su licencia. Pero era mejor no arriesgarse. Por eso, escribí escuetamente y procuré en todo momento no dejar pistas.

En cerca de dos páginas —mi lenguaje padecía de cierta asepsia, lo reconozco— relaté el sistema de elección de víctima y escenario, y enfatiqué en cómo había dado entrada al azar. Luego narré las muchas dificultades creadas por mi *superyó*, que me tuvo días enteros ante el mapamundi, lleno de dudas y vacilaciones. Acepté por escrito mi debilidad, el haberme sentido incapaz de señalar un punto en el mapa. De hecho, así había sido. Cada vez que lo intentaba, se me ocurrían razones para no hacerlo. A veces era la cautela, que me hacía temer por mi seguridad. En otras ocasiones dudaba de mi potencial para asestar el golpe mortal. Concluí el escrito afirmando que la experiencia había sido, en cierto modo, salvaje. Lo describí de manera tal que alguien que no estuviera al corriente pensara que estábamos hablando de cualquier otra cosa.

Sin embargo, en cuanto llegué a Clyde y observé los pequeños ojos del doctor Wilson y su aspecto inocente y desvalido, todos mis miedos se deshicieron. Le

entregué las páginas antes de que me las pidiera. Él dejó los folios a un lado, sin prestarles atención.

—Buenos días, Rodrigo. Me alegro de verle. Tiene buen aspecto.

—Yo también me alegro de verle, doctor, aunque no puedo decir lo mismo. — Wilson tenía un ojo amoratado. Un esparadrapo acolchado de considerable tamaño le tapaba la frente.

—Me atracaron, pero no es grave.

—¿Cogieron a su asaltante? —me interesé.

—No, pero podría haber sido peor. Olvidemos eso ahora. Dígame, ¿a qué ha dedicado estos dos meses? Tiene un color envidiable, ¿ha estado de vacaciones?

—Allí donde vivo, doctor, el sol no falta... Por lo demás, he estado ocupado. Esta misión nuestra me llena todas las horas del día y de la noche. Desarrollar un plan no ha sido fácil.

—Pero lo ha conseguido, ¿no es así?

Exploré su tono. Buscaba un punto de ironía, pero no lo hallé.

—Así es —respondí.

—Me alegro. Cuéntemelo, soy todo oídos.

—Lo he puesto por escrito, como pidió.

Cogió los folios y los leyó.

—El sistema de elección es original, desde luego. Le felicito.

Agradecí el cumplido con un gesto.

—¿Le parece que pidamos lo mismo que comimos la otra vez? —sugirió.

—Desde luego.

Llamé al camarero y ordené el menú: hamburguesa de cangrejo y entrecot con gambas. Para beber, tinto de California.

—Muy bien, Rodrigo. Ahora quiero que me lo cuente. —Al ver mi cara de extrañeza, sacudió los folios y replicó—: Usted no está en estas páginas. Prefiero ir directamente a la fuente... Dígame, ¿cuánto tiempo se ha resistido?

Sonreí, recordando las muchas noches de insomnio, alimentado únicamente por mi cóctel de indecisiones, el duro entrenamiento físico y el dolor.

—Digamos que me costó enterrar al Rodrigo timorato y hacer emerger a un nuevo Rodrigo capaz de consagrarse en cuerpo y alma a la misión. Pero finalmente la transformación ocurrió, y me enfrenté al mapamundi. —Cerré los ojos. Podía ver cómo mi dedo serpenteaba por entre aquel paisaje de colores, subía y bajaba a su antojo, se movía a derecha e izquierda, husmeando—. Cuando mi dedo se detuvo, con un punto de ansia, entreabrí los ojos y acerqué la cabeza al mapa para conocer el emplazamiento. Cuando leí el nombre escrito en letra bastardilla (permítame, doctor, que lo omita), sentí un ligero mareo...

—¿Mareo?, ¿por qué? —preguntó.

Nos quedamos callados mientras nos servían el cangrejo. En cuanto el camarero se retiró, continué.

—Conocía de antemano el sitio, doctor: una pequeña localidad del sudeste francés, a pocos kilómetros de la costa. Como comprenderá, me sentí aturdido,

enfadado. No era como lo había previsto.

—¿No aprecia Francia? A mí me encanta su magnífica decadencia.

—No se trata de eso, doctor. Francia es un país espléndido. Me gusta, claro, pero el sitio era muy pequeño; a lo sumo, doscientos mil habitantes. Una minucia. Había supuesto que el azar elegiría una ciudad grande, con una enorme masa de población, donde todo, incluido un asesinato, pasara desapercibido. Sin embargo, aquel lugar..., tan pequeño, tan pueblerino... Conocía sus plazas y sus fuentes, sus ruinas, sus alrededores. Incluso uno de los antiguos clientes de mi agencia pasaba allí sus vacaciones.

—Comprendo. ¿Qué fue lo que hizo?

—Reconozco que, en medio de la desolación, la idea de claudicar se me pasó por la cabeza. Pensé que quizás fuera preferible olvidar nuestra gesta, archivarla, como otro sueño informe de una tórrida noche de verano. Dejarlo y seguir cazando gorilas, o tigres de Bengala, o dulces señoritas de ojos achinados... Pero de sobra sabía que eso no era posible. Le he dado mi palabra, doctor. ¿Qué valor tendría si soy incapaz de asumir mis propios compromisos? ¿Quién podría respetarme? Lo había jurado por mi honor, y a pesar de que sabía que el lugar no era un buen sitio, me convencí de que debía seguir el plan inicial.

—¡Bravo por su determinación! —dijo. Levantó la copa de vino y la vació de un trago.

—Tras tomar la decisión, me sentí mejor. Y, aunque sabía que mis fuerzas estaban prendidas con alfileres, jugué conmigo mismo y aposté al pleno. Abrí el ordenador y le envié el escueto *e-mail*, que supongo recibiría: «El experimento ha comenzado, doctor.»

—Lo recibí, desde luego. Continúe.

Traté de ofrecerle un resumen de la experiencia. Me cortó antes de cinco segundos.

—No, Rodrigo, no siga. Quiero saberlo todo. Necesito que usted me haga sentir lo que sintió; ver lo que vio; oler lo que olió. Dígame, las cartas están ya sobre la mesa, ¿cómo lo planificó?

Continué hablando. Las palabras emergían por sus propios medios. Libres, con fluidez, sin miedo. Era la primera vez en mi vida que disfrutaba con la compañía de otro ser humano. No le mentí. No maquillé ni maticé nada de lo que ocurrió en aquella granja abandonada. Le hablé del miedo y de cómo me habían dominado las dudas. Le expuse mi debilidad y confesé que la vista de la mujer rendida a mis pies casi me había perdido para la causa.

Dejó que hablara sin interrumpirme. Pensé que le estaba impresionando. De hecho, esa mirada me resultaba familiar. La conocía porque la había observado en mis colegas de la agencia al verme salir airoso de los días de horror donde los demás, si acaso, cosechaban tablas. Y la había percibido en mis clientes, admirados de mi valía. No había día anodino, ni siquiera con Wall Street de vacaciones, ni siquiera con pequeños volúmenes en el parque, que me impidiera pescar en su favor.

—... Buceé durante varias horas por Internet hasta hacerme con la última información disponible sobre ese lugar. No me pareció suficiente, y compré una guía turística de la zona, donde descubrí que, en menos de una semana, los habitantes de la localidad celebraban la tradicional fiesta de los *calissons*, el dulce local. Ese día, visitantes procedentes de todas las localidades cercanas, e incluso de algunas alejadas, acudían a la villa. Pensé, no sin razón, que sería un buen momento para pasar desapercibido. Aunque, para llegar a tiempo, debía darme prisa, y las prisas son peligrosas.

—Lo son. Sobre todo porque entontecen los sentidos. Los vuelven tardos, miopes —añadió. Estuvimos de acuerdo.

—Es cierto: quien corre no capta los detalles, que son la esencia de un buen crimen. Pero no pude evitarlo: la apuesta me urgía. Por eso no hubo ensayos, ni pruebas, ni dilaciones. Como quedamos, una muerte debía pesar sobre mi conciencia antes de que culminara el mes. Decidí perpetrar el crimen el día de la fiesta.

»Compré por Internet un pasaje de avión. Dejé abierta la vuelta; no sabía cómo iban a desarrollarse los acontecimientos, y quizás necesitara algo de tiempo. También vía electrónica (no quería que mi secretaria conociera los detalles) encontré un alojamiento apropiado. A poco más de tres kilómetros de la villa, hay un *château*, recuerdo de la Francia borbónica, que una firma inglesa ha convertido en un hotel de lujo. Dispone de piscina, gimnasio, y de suites acogedoras con precios suficientemente desmedidos para permitir la paz, y hasta el aislamiento, del visitante. Exactamente lo que yo pretendía.

»Llegué a la ciudad dos días antes de la fiesta y permanecí en el *château* hasta el día de autos, momento en el que solicité que un coche me acercara al pueblo. El chófer del hotel me dejó en el centro de la ciudad a las doce menos cuarto de la mañana. Había imaginado que estaría a rebosar. Sin embargo, no se veía a nadie por la calle. Pregunté al empleado.

»—Perdóneme, ¿dónde se ha metido la gente?

»—¡No se apure, *monsieur*, vendrán! La misa de hoy será larga. Se celebra con la pompa y el boato que corresponde a un día tan señalado y, además, el padre Sorrer, el cura, es nuevo: es lógico que quiera lucirse.

»—¿Y cree que tardará mucho aún? Me refiero a la misa.

»Miró el reloj. Y luego levantó la vista.

»—Un cuarto de hora, a lo sumo. Mire, los mendigos, que se las saben todas, ya están tomando posiciones... Quédense por aquí. No saldrá nadie hasta que acabe y el cura bendiga los alimentos y la artesanía. Luego, los feligreses (sobre todo los que están ansiosos por abrir sus negocios) partirán en estampida. Los puestos están instalados por toda la ciudad: vegetales en la plaza central; cachivaches ante el Palacio de Justicia; salchichón, quesos y flores en la plaza de la fuente; muebles y antigüedades... Y, por todas partes, los famosos *calissons*. No deje de probarlos.

»Me despedí de él con una generosa propina y me dispuse a buscar a nuestra primera víctima. Estaba tranquilo. Parecía un turista cualquiera. Llevaba un

programa de la fiesta, una cámara de fotos colgada al hombro, vestimenta informal, una visera y zapatos cómodos; en la mano, un antiguo bastón de paseo, con empuñadura de bronce, que representa una bola del mundo...

—¡Una bola del mundo, curioso adorno!

—No era un adorno, doctor... Pronto lo entenderá.

—De acuerdo, no le interrumpo más. Iba usted a acercarse al templo...

—¿Acercarme? ¡No! Ni siquiera al pórtico. Me desagradan esos sitios, llenos de espíritus de frailes muertos y huesos de vírgenes degolladas. El destino juega en ellos malas pasadas. Me quedé por los alrededores, esperando, contemplando los pequeños puestos que se distribuían por todas las esquinas. Estaban cubiertos por hules de plástico y telas, atados por cuerdas y cintas, pero podían distinguirse *calissons*, jabones de flores, lienzos de finos estampados, figuras de barro o la famosa lavanda. —Metí la mano en el bolsillo y saqué un saquito de tela lleno de lavanda—. Tenga, es para usted. Un recuerdo.

Sonrió. Comenzaba a tener los ojos vidriosos. Pidió otra botella.

—¡Adelante, no se detenga, siga!

—La quietud acabó pronto. Como si se tratara de una carrera y hubieran dado el pistoletazo de salida, de pronto el silencio se quebró y fue suplantado por la algarabía festiva. La misa había terminado. En poco menos de media hora, las calles se llenaron de compradores y de olor a lavanda.

»Recorrí varias veces la zona del comercio. Deambulé despreocupadamente por entre las callejuelas, sin rumbo, como cualquier turista, aunque, en realidad, con la escrutadora mirada del cazador, iba observando los detalles de todo lo que me rodeaba. De vez en cuando me acercaba a un puesto y compraba algún pequeño detalle, o cogía la máquina que llevaba colgada al hombro y hacía una foto. Fue en una de esas ocasiones, a través del objetivo de mi Canon, cuando volví a verla. Y, esta vez, la miré.

—¡Ah, una mujer! —dijo Wilson.

No le presté atención. El detalle resultaba irrelevante, opinase lo que opinase el doctor Sigmund Freud.

—Las otras dos veces la había visto de soslayo, sin detener la mirada: la primera, al acabar la misa mayor, cuando, sentada junto a la entrada de la catedral, suplicaba caridad. Luego, me había topado con ella mientras pedía limosna a los curiosos que se detenían en los puestos de antigüedades. Esta vez, abrí el zoom y me concentré en ella.

»Era joven, cerca de la treintena, pero el descuido y, probablemente, las duras condiciones de la vida en la calle le habían hecho envejecer prematuramente. Aparentaba cincuenta. Llevaba puesto un vestido largo de lunares, morado y blanco. Sobre él, una falda negra, algo más corta, y una chaqueta de camuflaje de corte masculino, que le quedaba muy grande. Todo en ella estaba sucio, a excepción de su calzado: unas zapatillas de deporte, impecablemente blancas. El pelo estaba tan lleno de trasquilones que parecía tiñosa; quizás lo fuera. En la mano derecha llevaba una bolsa voluminosa, una especie de saco del que

asomaban varios trapos negruzcos.

»La seguí durante el resto de la jornada, sin haber terminado de decidir si sería la escogida. Enseguida me percaté de que, para una ladronzuela diestra como ella, aquél era un momento excepcional. La gente, alegre y desinhibida por la charanga y la bebida, se mostraba generosa. Y, con el calor y el cansancio, se volvía descuidada. Pude observar de cerca su habilidad: apañaba carteras, prendas de ropa, comida, licores de los puestos y otros objetos de valor con una facilidad casi pasmosa. Durante un instante los rozaba con los dedos; al siguiente, estaban dentro de su saco, tapados por los paños sucios.

»La pordiosera había medido bien sus fuerzas durante toda la mañana y parte de la tarde; sin embargo, cuando el cansancio y el característico sopor comenzaron a atacar a los confiados turistas, que acudían a cobijarse bajo los plataneros, junto a los frescos cantos de las fuentes, o en las atiborradas terrazas, se retiró. «¿Por qué se va?», me pregunté.

»Miré a uno y otro lado pero no vi a ningún policía, ni tampoco a otro mendigo que pudiera considerar un enemigo. Nadie la perturbaba, y era un momento excelente para el negocio. Decidí mantener la vigilancia y seguirla allá donde fuera. Quizás, aquélla fuera una señal.

»Mientras seguía su estela, me di cuenta de que, al principio de la jornada, andaba erguida y parecía llena de energía. En ese momento, marchaba encogida, despaciosamente, y con cara de dolor. «Deben de haber sido los *calissons*», pensé. Había oído que el pequeño dulce —confeccionado a base de almendras, almíbares y frutas escarchadas— resulta indigesto si se come en grandes cantidades. Ella se había zampado, al menos, tres docenas. «No, ha sido el melón —concluí—. No cabe duda.»

—¿El melón? ¿Cómo el melón?

—Verá, por la mañana, su rastro me había conducido a una antiquísima iglesia, en la que unos estafalarios monjes ofrecían gratuitamente dulces a los viandantes. La mujer se las había ingeniado para colarse en el espléndido patio interior y, una vez allí, se había hecho con una lata completa. Aquellos dulces estaban fabricados con melón. Yo mismo acepté uno. Su sabor me resultó extraño, agrio. Rechacé el siguiente. Una señora entrometida que tenía al lado me explicó que los hermanos solían tener la fruta sumergida en almíbar tibio durante un par de meses hasta lograr escarcharla correctamente. Luego lo mezclaban con un poco de miel y almendra molida hasta formar una masa homogénea, que cocían y dejaban reposar. Por lo que fuera, la mezcla se había estropeado. A mí no me había hecho daño, pero, claro, sólo había comido uno, mientras que la mujer se había atiborrado.

»Encorvada, quejosa, eructando, empezó a alejarse del centro, lanzando sonoras ventosidades. La seguí a cierta distancia, la suficiente para ver sus actuaciones sin ser percibido. Un par de kilómetros después, las aceras limpias y pavimentadas dieron paso a un camino de tierra, maleza y suciedad. Los campos de cereal, los olivos y cipreses, esparcidos descuidadamente por la campiña,

fueron sustituyendo a los edificios de época.

»En aquel preciso instante, una fuerza desconocida se adueñó de mí y me hizo ver a la mujer como un regalo. A medida que avanzaba por aquel sendero, cada vez más inhóspito y solitario, me sentía más fascinado con ella. Aunque, no lo había planificado suficientemente...

»Miré hacia atrás. Nadie nos seguía. Estábamos en un descampado. Ocupada en sus retortijones, ella no había detectado mi presencia. Comencé a acelerar, dispuesto a pillarla enseguida. Sin embargo, tuve una premonición: aquella andrajosa mujer se dirigía hacia su guarida. Sería el mejor sitio para darle muerte.

»Diez minutos después, se confirmaron mis sospechas. Una antigua alquería abandonada manchaba el paisaje, una colección de edificaciones destartadas, cuyos tejados, en su mayoría hundidos, cobijaban chinches, ratas y muebles viejos, desechados incluso por los pobres. La mujer atravesó la finca hasta llegar a un desvencijado granero. Escondida tras una colección de tablas medio quemadas, se ocultaba la entrada a su palacio. Bajo una inestable zona de techumbre, tenía su hogar: una buena propiedad a las afueras, rodeada de hermosa vegetación y los ecos del agua que llegaban del río cercano. Lástima de los peligrosos vecinos, las ratas y el frío...

»Un viejo colchón, dos mantas apolilladas y un carro de supermercado lleno de artículos de distinta utilidad formaban su ajuar. La mujer arrojó la cosecha del día sobre el colchón sin prestarle atención. Se envolvió en una de las mantas, reclinó la cabeza sobre la pared llena de mugre y, en posición fetal, trató de controlar el dolor y los retortijones. Se sujetó fuertemente el vientre. Pese a la manta, empezó a tiritar. Inmediatamente llegó el vómito.

»Maldiciendo, sin hacer ademán de limpiarse, se levantó y se acercó al carrito. Tras retirar varias capas de objetos, localizó la botella. Quedaba menos de la mitad de su contenido, pero la visión del líquido transparente le hizo sonreír. Apuró el aguardiente de un tirón. Y de una arcada lo dejó caer sobre la tierra.

»—¡Condenados monjes de mierda, ojalá os queméis en el infierno! —chilló, mirando al techo.

»Se acurrucó de nuevo y se quedó medio dormida.

»Yo contemplaba la escena desde detrás de unas tablas. Al desplazar una de ellas para entrar, el último sol penetró en la pobre estancia. Mi sombra alargada cayó sobre la mujer, que entreabrió los ojos. Se asustó. Supongo que me vio como una extraña aparición. Con el miedo metido en el cuerpo, gritó:

»—¿Quién coño eres tú? ¡Lárgate de mi casa, joder, que me estás estropeando el parterre! ¡Gilipollas de mierda!, ¿qué buscas aquí? ¡Vuélvete al mercado, aquí no vendemos *calissons*!

»Continuó vociferando y vomitando improprios. Yo me mantuve inmóvil, mirando su cara, sucia y triste. Estuve así, sin decir palabra ni mover un músculo, unos instantes. Luego, con calma, dejé los paquetes y la cámara de fotos en el suelo y di un paso hacia adelante. Retenía el bastón en la mano.

»Había reconocido la zona antes de decidirme a entrar. No había el menor

indicio de vida inteligente por aquellos parajes. Nadie lo sabría. Sin embargo, durante un largo minuto, dudé. Un nuevo exabrupto de la mujer rompió mis cavilaciones y, sin pensarlo más, continué mi marcha, lenta pero decididamente. Mis pisadas hacían crujir rítmicamente las tablas apolilladas, como si el suelo entonara un cántico fúnebre. A medida que me acercaba, la mujer fue cambiando de expresión.

»—Oye, tú, ¿qué haces? —Sacó de su refajo un pequeño cuchillo con la hoja roma y, mostrándomelo, me amenazó—: ¡O te vas o te rajo! Y no sería la primera vez... ¡Ésta es mi casa, largo de aquí! —insistió, más segura de sí.

»Impasible ante sus bravatas y el brillo de su arma blanca, mantuve la ruta. La pordiosera comenzó a asustarse. Se frotó los ojos, indecisa. Supongo que se preguntaba si lo que estaba viviendo ocurría de verdad o se trataba de una alucinación.

»Se convenció de que no deliraba al ver el bastón. Trató de incorporarse, pero sólo lo consiguió a medias. A cuatro patas, levantó la cabeza y me vio los ojos, brillantes. Eso la turbó.

»—¿Qué es lo que quieres? —dijo, más conciliadora.

»Seguí mudo. Levanté el bastón y le di la vuelta, sujetando el extremo con la mano derecha. Lo hice con cuidado; en la base, lleva un punzón. Había pensado emplearlo, pero deseché inmediatamente la idea: era débil. No ocurre lo mismo con la empuñadura, ni con el palo, fabricado en ébano, una de las maderas más duras del mundo, y tallado artesanalmente. Se lo compré por Internet a un anticuario londinense. La pieza no es muy gruesa, pero ha sido diseñada para que su peso y su dureza permitan, sin perder la elegancia, su empleo como defensa. El puño redondo, de bronce, está trabajado a mano, en una pieza y sin soldaduras.

—Una bola del mundo...

—Exactamente, doctor. Veo que está atento.

—¿Cómo no? Es fascinante. Siga.

—La indigente observaba absorta mis movimientos. Cuando vio mis intenciones, decidió mostrarse sumisa.

»—¡Por Dios santo!, ¿qué es lo que quieres? Si quieres violarme, vale, no me opondré. Pero deja eso. Te juro que no te va a hacer falta.

»Con la frialdad propia de un témpano de hielo, acaricié el bastón y rodeé meticulosamente la empuñadura con los dedos, como si de un palo de golf se tratara. El gesto provocó que la mujer prorrumpiera en un llanto histérico. Con las lágrimas, la mugre que le cubría el rostro fue bajando por las mejillas, hasta caer en su pecho.

»—¡Por favor, tío, déjame en paz! —suplicó, levantando el brazo y cubriéndose el rostro.

»Entonces, doctor, se produjo un largo silencio. No dejé ni un instante de mirarla. Un cúmulo de pensamientos dispersos inundó mi mente. La razón me avisaba de que estaba a tiempo, aún existía la oportunidad de volver atrás. Era mi decisión. Podía darme la vuelta y olvidarlo todo. O podía seguir con la misión y

culminarla. Lo único que tenía por cierto era que, si decidía levantar aquel bastón, no habría vuelta atrás. El telón habría sido izado y el experimento estaría en marcha.

»Traté de borrar los escrúpulos de mi mente pero, lo reconozco, no fui capaz. Bajé descorazonado el bastón. A mi lado, la indigente lloraba desconsoladamente pero no se movía. Sin embargo, al ver que no descargaba en ella mi furia, bajó los brazos.

»Sentí el pulso acelerado. Debía controlarme, pero resultaba difícil. Los reproches que destilaba mi interior caían sobre mí como aceite hirviendo. Recordé la explicación de León, rigurosamente cierta: me estaba atacando la moral. Sin embargo, mi corazón seguía bombeando con fuerza, recordándome cuál era mi deber. Me lo reproché: ¿es que no me daba cuenta de lo importante que era lo que hacía? ¿Qué era una vida, malograda e inútil como aquella, en comparación con el avance de la ciencia? Debía convencerme de que, en beneficio de la humanidad, aquella muerte era necesaria.

»«La ciencia, el progreso, eso es lo único que importa», pensé.

»Ese pensamiento me sosegó y el sentido de misión volvió a poseerme. Esta vez no dudé, doctor... Mi resolución pilló desprevenida a la mujer, dedicada a implorar clemencia, con ambas manos unidas en gesto suplicante. Empuñé el bastón con toda la fuerza de la que fui capaz y le asesté un potente golpe en la cabeza. El puño de bronce transmitió mi fuerza, y su cráneo se hundió inmediatamente.

»Al ver acercarse la muerte, la pordiosera abrió mucho los ojos y me miró llena de extrañeza. «¿Por qué? —preguntaba—. ¿Por qué yo? No poseo nada que pueda interesarte, nada que no tengas ya, ¿por qué me destruyes, por qué me matas?»

»Ella nunca acertó a comprender que disfrutaba de algo muy valioso, algo que yo buscaba: su vida. Fueron sólo unos instantes, medio segundo a lo sumo, en los que toda su perra existencia pasó ante sus ojos. Ante el extraño crujido que desgarró el silencio, sus preguntas cesaron. Se desplomó. Cayó como un fardo. La que minutos antes apañaba ágilmente carteras, y comía *calissons* a dos carrillos, se derrumbó como una bala de paja, como un peso muerto.

»Yo observaba la escena con extrema atención, sin perder detalle. Curiosidad, sorpresa. Era mi primera vez, pero...

Me quedé callado, pensativo. Enseguida, Wilson me azuzó:

—Pero ¿qué?

—Me había hecho otra composición de lugar, que... En fin, no cuadraba con lo que veía.

—¿Qué no cuadraba, Rodrigo? No logro seguirle.

—A decir verdad, esperaba que hubiera sangre. Sangre por su rostro, por su cuello, y también corriendo por su sucio vestido de lunares y por sus zapatillas, blancas como la nieve.

—Y no la hubo.

—No; el rojo ni siquiera asomó. En vez de eso, junto al cuerpo de la mujer,

apareció un charco de orines...

—Supongo que, con el traumatismo, se le relajarían los esfínteres. Es normal.

—Dejé el bastón en el suelo y avancé hacia ella. Pese a haber caído desplomada, no estaba muerta. Tenía convulsiones, como si le estuviera dando un ataque epiléptico.

—Es posible que el golpe le rompiera el hueso parietal; quizás una de las astillas se le incrustara en el cerebro, provocándole un daño severo. Eso explicaría los movimientos espasmódicos.

Lo escuché impertérrito. No podía opinar. No entiendo nada de medicina. Como él volvió a instalarse en el silencio, continué:

—De pronto, las convulsiones cesaron y la mujer se quedó quieta, rígida, con la mirada perdida. Saqué un par de guantes de látex del bolsillo y me los puse. Me agaché a su lado, extendí la mano y la acerqué a su cuello. No tenía pulso. La zona del impacto había empezado a hincharse y a amoratarse. Bueno, eso poco importaba ya. Me levanté. Todo había concluido.

—Dígame, Rodrigo, ¿cómo se sintió?

Tardé unos segundos en responder.

—No lo sé, doctor. La cabeza me daba vueltas. ¡Lo había hecho! Fríamente, sin motivo, sin conocer siquiera su nombre. Por nuestra misión. Pensar en ella me producía un extraño e inesperado placer. Un torbellino de sensaciones: excitación, curiosidad; una pizca de miedo, quizás. Y, sin embargo, seguía nervioso. Volví a agacharme para comprobar que estaba muerta. Lo estaba. A mi memoria acudió la imagen del gorila de ojos acuosos que había iniciado aquella historia. Como entonces, le cerré también los ojos a ella.

—¿Por qué hizo eso?

—No lo sé. Me ocurrió lo mismo que con el gorila. Esas cuencas vacías... En fin, eso es todo. Repasé despacio la escena. Comprobé que llevaba los paquetes con las compras, la visera, la cámara de fotos y el bastón. Me conté los botones de la camisa, comprobé la hebilla del cinturón y el resto de la ropa. Todo parecía correcto. Miré alrededor. No había nadie. Desanduve a toda prisa el camino. Ya en la ciudad, me dirigí a la catedral. Cuando llegué, el coche enviado por el hotel me esperaba.

»—¿Se ha divertido, señor? —preguntó el chófer mientras me abría la puerta.

»—La visita ha sido muy provechosa, desde luego —respondí.

»Ya soy un asesino, doctor. Y sigo cuerdo.

Guardé silencio. Wilson acababa de llamar al camarero. Pidió ron añejo.

No continué. Guardé para mí el resto de los detalles. No quería compartirlos con él. Eran demasiado... personales, privados. En realidad, después de matarla, saqué el móvil, enfoqué y disparé dos veces. Comprobé que las imágenes fueran nítidas y las almacené en la memoria. Podría haber empleado mi Canon, pero quería tener la prueba cerca, justo en mi bolsillo.

Me marchaba, pero antes dediqué una última mirada a la mujer. Me sentí en la necesidad de susurrarle con ternura: «¡Gracias! No llegarás a saberlo, pero tu

muerte ha sido más valiosa que tu vida. Eres la primera, la número uno.»

Al oírme, la idea de la firma retornó. Por arriesgada, había desechado la opción durante la planificación pero, en aquel momento, pensar en dejar mi sello en el cadáver me excitó. Sin pensarlo mucho, rebusqué en mis bolsillos hasta dar con mi pluma. Luego observé detenidamente el cadáver, preguntándome cuál sería el sitio adecuado. Le levanté la falda. El olor hizo que me echara para atrás y desistiera. Opté por el gemelo izquierdo, justo encima de las zapatillas, que ya no estaban immaculadas. Con cuidado, dibujé un uno en números romanos.

—Muy bien, Rodrigo. Ya me lo ha contado. Dígame, de todo lo que me ha narrado, ¿qué es lo que más le ha impresionado?

No lo dudé lo más mínimo. Mencione la evolución del gesto de la mujer, desde la primigenia altivez, arropada por su pequeño cuchillo, hasta la rendición final, con los ojos húmedos por las lágrimas y el miedo. Y, sobre todo, la súplica de última hora, su «por favor». También le narré las horas grises de la espera tras el asesinato, y las rojas, pringadas de angustia, mientras con avidez devoraba los periódicos cada mañana, preguntándome si habría cometido un error.

Estaba concluyendo cuando, de sopetón, me interrogó:

—¿Cuál es el escenario del crimen? Me refiero al emplazamiento exacto donde esa muerte tuvo lugar.

Me ofendió.

—Como le digo, doctor, ocurrió en un lugar del sur de Francia, en una de esas pequeñas localidades provincianas que parecen haberse quedado atascadas en el tiempo. Poco importa cuál de ellas sea: todas tienen un coqueto casco antiguo, una catedral católica, fuentes, mercadillos, ferias en septiembre y alguna clase de dulce típico.

Mientras terminaba la frase, me percaté de que, en mi relato, había mencionado los vómitos de la pordiosera, y también su causa. Si Wilson quería averiguar el lugar exacto y comprobar por sí mismo la veracidad de mis palabras, sólo tenía que seguir las pistas y atar cabos: había dejado suficientes.

—Me ha gustado mucho cómo ha reaccionado ante las respuestas de los medios esta mañana. Su aportación ha sido muy valiosa, jueza MacHor...

Me encontraba dando buena cuenta de un sabroso arroz a banda, que nunca ha de comerse frío, en un idílico lugar en el barrio de la Barceloneta, junto al puerto, en una magnífica noche de luna llena, cuando fui consciente de que Justino Sandoval hablaba conmigo. Di un respingo, dejé la cuchara sobre el plato y traté de engullir lo que tenía en la boca. Con ella vacía, respondí tajante.

—No recuerdo haber dicho nada interesante —respondí. Era verdad. Además, me disgusta que me halaguen el oído. Suele salir caro. Una de las mejores lecciones que me enseñaron mis maestros es la de no aceptar regalos. Nunca, bajo ninguna condición. Ni materiales ni, como en aquella ocasión, psicológicos. De rechazarlos, rara vez te arrepientes. De aceptarlos, muchas: el que te obsequia cree haber adquirido algún ascendiente sobre ti. Sin embargo, añadí con suavidad—: Y, por favor, llamadme Lola.

Sólo tres personas compartíamos finalmente mesa y mantel. Me encontraba junto al sociólogo Tasso y tenía enfrente al periodista Sandoval, que era el que acababa de interpelarme, y quien, hasta ese momento, había monopolizado la conversación.

Como anfitrión, Josep Maria debería haber estado presente. Sin embargo, tras departir con nosotros unos minutos, se excusó y se marchó. Los tres sabíamos que su ausencia no podía achacarse al partido del Barça ni a la presencia de las estrellas del equipo de fútbol de Liverpool. Tenía mala cara. Me enteré por Sandoval de que el *affaire* de su hijo había resultado más desagradable de lo que inicialmente sospechaba. Radio macuto afirmaba que

los análisis que le fueron practicados inmediatamente después del atropello mostraron altos niveles de alcohol en sangre y la presencia de alguna sustancia psicotrópica.

Ante tan extraña situación, Justino Sandoval se encontró en su salsa. Cuando me interpeló, llevaba ya un buen rato hablando, divagando, cociéndose a fuego lento en su propia sabiduría. Tasso y yo nos limitábamos a degustar el guiso.

Como había dicho el joven Raúl, Justino era un moreno interesante, de unos cuarenta y tantos años, con un rostro atractivo, una cuidada melena que le rozaba los hombros y que no paraba de atusarse, y un sugestivo cuerpo, atlético, de cerca de metro noventa. Iba bien vestido, a diferencia de otros de su gremio, a quienes arropar su progresismo los conducía gradualmente hacia el mal gusto. Al saludarle, tuve por precipitados los comentarios de mi joven chófer. Sin embargo, al contemplar su actitud autosuficiente, sus modos cargantes y la forma en que despellejaba a sus colegas y a todo el que asomara en su discurso, comprendí que, en efecto, no se puede juzgar por las apariencias. Sinceramente, su actitud me pareció tan rastrera que decidí desconectar y concentrarme en el arroz.

—... Pues, como decía, si tenemos en cuenta que la violencia ha presidido desde sus inicios la vida del hombre sobre la tierra, hablar sobre la brutalidad, el crimen y el horror nunca llena el cupo. Es una evidencia: ínsito en nuestra naturaleza, hay un germen incoercible que nos inclina hacia la violencia y la destrucción. Nos esforzamos, incluso con denuedo, por lograr la paz, la tranquilidad y el orden, pero somos seres transgresores, incapaces de domeñar nuestra esencia. El índice de cualquier libro de historia es prueba suficiente: se trata de un listado de guerras, con las subsiguientes claudicaciones —sentenció.

Pablo Tasso, que había permanecido ensimismado, volcado sobre el arroz, terminó su ración. Cogió el último trozo de pan que le quedaba y rebañó los restos de caldo que habían logrado escapar de su hábil cuchara. Cuando el plato quedó como una patena, lo empujó hacia adelante, dando por concluida la sesión.

—Muy bueno —aseveró. Su voz asomó casi desde la espalda, completamente encorvada.

A diferencia de Justino, Tasso carecía de cualquier atractivo, aunque era bastante correcto en el trato. Su nariz, gruesa, estaba plagada de puntos negros. Sus orejas se separaban en exceso de su cráneo, confiriéndole un cierto porte aldeano, basto. Llevaba barba de dos días. Blanca. Y unas gafas de culo de vaso pasadas de años..., o más bien de décadas. El joven Raúl le asignó ochenta años. Yo calculé que andaría por los setenta, si es que los había alcanzado ya. Vestía un pantalón de traje color gris, que había combinado con una americana procedente de otro traje, esta vez de espiguilla marrón. Su camisa azul pálido parecía nueva, pero lucía una gran mancha de grasa a la altura del abdomen. Y no era reciente. Me pregunté si el descuido podría ser atribuido a su genio (un tipo así no tiene por qué dar cuenta de su indumentaria) o a su soledad.

—Muy bueno, sí, señor —repitió.

Sandoval creyó que se refería a su discurso.

—Gracias, Pablo. Me alegro de que lo reconozcas tan abiertamente. Siendo, como eres, uno de nuestros mayores especialistas en conflictos, es de agradecer. La verdad es que juego con ventaja: elaboré un largo reportaje para mi periódico hace unos meses. Analicé con cierto detalle el papel de la violencia en la vida de nuestros ancestros. Por cierto, pasado mañana disertó sobre este tema en el mitin anual de la World Psychiatric Association, que se celebra aquí, en Barcelona. «La criminalidad vista por la prensa», se titula mi sesión. Te he visto también a ti en el programa, Tasso...

El sociólogo contestó de inmediato. Su tono era conciliador, pero dijo sin ambages:

—Me estaba refiriendo al arroz. También a la sepia, por supuesto. Cocinan bien en este sitio. Aunque yo prefiero la terraza. El olor a mar, especialmente si está crispado como es el caso, resulta el mejor ambientador de un local de comidas. ¿Te gusta el mar, Lola?

—Sí, desde luego. Mejor si está impaciente. No digamos cuando embiste.

Sandoval se revolvió en su asiento, aunque no protestó. Saltaba a la vista que Tasso no había pretendido provocarle. Su voz no sonó a reproche cuando añadió:

—Eso es: embistiendo, como los hombres. *Homo homini lupus*.

Estaba claro que Justino no estaba dispuesto a que nadie le apeara de la

conversación. Pero esta vez Tasso no le dejó continuar.

—Estás en otro plano, querido Justino. La epopeya de la especie humana por dominar una naturaleza inhóspita y cruel (que incluye a los pueblos enemigos), poco tiene que ver con la violencia ejercida por un asesino en serie en el siglo XXI. Los hechos responden a patrones muy distintos. En la rueda de prensa, MacHor, corrígeme si me equivoco, se estaba refiriendo a ese individuo aislado que carece de compasión, de sentido moral o de pertenencia a un grupo social. Hablaba de un ser concreto, único, que no es capaz de ver en el otro a un semejante...

Sandoval contraatacó:

—Un individuo aislado y culto, ¿eh? Dime, Tasso, ¿cómo explicas que el pueblo romano, fuente de tantas innovaciones e instituciones excelsas, empezando por el *Ius gentium*, llegara a convertir en cultura la crueldad? Pan y circo: fieras devorando seres humanos, emoción enlazada a la lucha a muerte entre gladiadores... Durante siglos, existieron sacrificios rituales que ahora nos parecen una atrocidad. Nuestros antecesores más remotos eran antropófagos: se comían a los hijos de sus enemigos. Hechos que se consideraron terribles en el pasado hoy se entienden como un derecho..., y viceversa. ¡Intentemos reimplantar el derecho de pernada, veremos lo que nos hacen las feministas! —dijo, prorrumpiendo en risas, que yo no secundé—. Hitler provocó una coyuntura social, política e ideológica en la que muchas atrocidades fueron entendidas por su gente como criterios de justicia, o de búsqueda de un servicio público...

—De acuerdo, en muchas ocasiones, la civilización se convierte en fuente de violencia. Pero, en la rueda de prensa, no preguntaban a la jueza por una patología social, sino por un asesino individual.

Yo movía la cabeza de un lado a otro, sin contestar, fascinada. Aquel periodista nos había estropeado el magnífico arroz, estilo catalán, que nos acababan de servir. Y, sin embargo, la conversación me interesaba sobremanera. Con cada palabra que Tasso y Sandoval pronunciaban, mi memoria volvía a Rodrigo y a su extraño escrito.

—¿Patología individual? —replicó Sandoval—. ¡No me digas que eres de los que opinan que la maldad se lleva en los genes, que no es una apuesta libre del individuo! Yo nunca he dado crédito a esa teoría —continuó, sin

esperar respuesta—. El animal está básicamente determinado por sus instintos; si mata y se alimenta de otro, aunque sea de su misma especie, incluso sus propias crías, no comete maldad, del mismo modo que tampoco ninguno de sus actos resulta meritorio. Moralmente, los animales tienen un electroencefalograma plano. Por el contrario, el ser humano posee libre albedrío: decide, actúa, no se comporta siguiendo un patrón preestablecido. En esa libertad de actuar, se incrusta el bien y, por defecto, también el mal. Sé que existe toda una doctrina que ve en la criminalidad una cierta animalidad patológica del hombre, un volver a nuestros orígenes, una respuesta de nuestro lado animal. Pero ¿sabes lo que pienso de ella? Que es una tontería. Lo que ocurre es que nos resulta tan monstruoso pensar que un ser humano mate a un semejante, o se lo coma, o lo torture, que los investigadores veis tras ello la concurrencia de una enfermedad, de una patología. Sin embargo, no es más que una explicación estúpida para nuestra estúpida ignorancia.

Tasso lo negó varias veces, moviendo la cabeza.

—Es cierto, Justino, que el hombre genérico es libre para decidir entre hacer el mal o practicar el bien, y que la sociedad, a veces, le muestra con miopía el buen camino. Sin embargo, en realidad, nuestra libertad no es tan fuerte como tú la pintas, ni goza siempre de buena salud. Tiene sus patologías...

—Sí, patologías sociales.

—Algunas, sociales; otras, genéticas. Incluso somáticas. Acabo de leer las conclusiones de un trabajo publicado en *The American Sociological Review*: unos colegas de Palo Alto, en Stanford, han llevado a cabo un estudio sobre la inclinación a la violencia en gemelos monocigóticos (que, al proceder de un único óvulo y de un único espermatozoide, comparten el ciento por ciento de los genes) y dicigóticos (que no son más parecidos que dos hermanos procedentes de diversos nacimientos) educados separadamente. En el primer tipo, parece existir una herencia del 41 por ciento, que se reduce al 28 por ciento en los dicigóticos. De modo que sí, lo creo: los genes resultan esenciales, a veces decisivos.

En cuanto oí la palabra «gemelo» me dio un vuelco al corazón. Rogué para que no hablaran de cromosomas de más, o pasaría la noche en blanco,

pensando en mis dos rayas. Tasso vio mi expresión e interpretó, equivocadamente, que no estaba de acuerdo con lo que decía. Añadió conciliador:

—En todo caso, no debemos enfadarnos. Nada es blanco o negro. Digamos que la maldad tiene una base moderadamente hereditaria, moderadamente social y moderadamente voluntaria.

Justino Sandoval se volvió hacia mí con el ánimo de hacerme entrar en el debate.

—Espero, querida Lola, que cuando tu tribunal decida meter entre rejas a un asesino, sepa calibrar esos factores. Porque si no se puede castigar a alguien por ser blanco o negro, tampoco se le puede culpar por poseer tales o cuales genes criminales.

Intervine, por alusiones, esta vez menos nerviosa. Jaime me había explicado muchas veces la posición de la ciencia en esos extremos.

—Desgraciadamente, no soy especialista en el tema. Sólo puedo hablar de mi experiencia y de los libros que he leído sobre estos temas, que, desde luego, son muchos menos de los que habéis leído vosotros... Lo he comentado con muchos colegas y todos coincidimos en que el ambiente influye muchísimo: la delincuencia resulta superior en determinados grupos sociales, por ejemplo, en inmigrantes con sistemas de valores que entran en desacuerdo con las normas del país de acogida. Por descontado, las situaciones de marginalidad o pobreza son decisivas. En fin, si me permitís que lo resuma de modo vulgar, creo que a los delincuentes la calle se les mete dentro. Si vives entre antropófagos, tienes muchas papeletas para convertirte en un antropófago... Si recibes palizas, descargarás tu brazo en otro con mucha más facilidad que si vives en un ambiente tranquilo y feliz.

Tasso clavó su mirada en mí sólo durante un instante, pero fue tan intenso que guardé silencio. Entonces, añadió:

—Muy cierto, pero muy parcial, señoría... Permíteme que te cuente algo. Tengo un viejo amigo, lo somos desde la infancia... Una noche me llamó su esposa pidiéndome ayuda. Quería llevarlo a la consulta de un psiquiatra y necesitaba el nombre de uno competente (en este sector hay mucho cantamañanas). Alegaba que, desde que había cumplido cincuenta años, se había transformado, pasando de ser un amante esposo a un obseso sexual. Es

un alto directivo en una compañía de seguros; uno de esos tipos de buena apariencia y esmerada educación que, hasta ese momento, presentaba un extraordinario don de gentes y un trato exquisito. Religioso hasta la intolerancia, enamorado de su esposa, con la que llevaba casado más de veinte años, en pocos meses, había empezado a perseguir a sus secretarias, a las que metía mano descaradamente, hacía proposiciones deshonestas o prorrumpía en obscenidades a plena voz. Su esposa lo achacaba a la edad o una reacción a su puritanismo extremo. Sin embargo, en gente sana, los cambios en las reacciones emocionales no ocurren de una manera tan drástica, de modo que, antes de enviarle al psiquiatra, los convencí para que le pidiéramos unas pruebas. Buscaba una causa orgánica. La resonancia magnética descubrió un pequeño tumor cerebral. Extirparlo y retornar a su personalidad habitual fue todo uno, para agradecimiento de su esposa (y de sus secretarias, por supuesto). Lo mismo se puede decir de algunas enfermedades, como la depresión. Tras torturar a miles de pacientes en divanes o con electrochoque, se ha descubierto que, en bastantes casos, la depresión en su faceta severa está causada por una inadecuada proporción de determinadas sustancias químicas a nivel cerebral. Es así de sencillo: norepinefrina, serotonina y dopamina; si hay muy poca cantidad de estas sustancias, que son necesarias para el cerebro, se podría presentar una depresión clínica. En esos casos, basta con medicamentos que permitan mejores índices de reabsorción, inhibidores selectivos, etc. Endocrinología, factores hormonales, genética... Una libertad dañada que, prácticamente, no sabe que hace mal.

—No me has dejado terminar, profesor —dije. Mi voz era tenue, como si hablar suavemente de esos factores minimizara mi ignorancia—. Iba a añadir que, si bien los factores anteriores resultan evidentes en la pequeña delincuencia, en el caso de los asesinos en serie, el ambiente no parece ser el elemento esencial. En los pocos asuntos de esta clase en los que me he visto obligada a intervenir, los informes forenses señalaban influencias hereditarias y factores somáticos como coadyuvantes en la conversión del individuo en un psicópata. Si es así, esas personas deberían ser tratadas en hospitales, no ingresadas en cárceles del Estado, del mismo modo que no condenamos a un león por cazar a una gacela... En suma, respondiendo a tu pregunta, Justino,

por lo que respecta a la ley, un individuo será castigado cuando, tras haber realizado una acción punible, sea declarado capaz de ser juzgado por parte de los especialistas. En otro caso, se pedirá su ingreso en un centro psiquiátrico. La cuestión esencial, sin lugar a dudas, es cómo medir esa capacidad.

—Acepto que existe un nexo causal entre criminalidad y patología orgánica. De acuerdo; en términos generales, no puede negarse. Lo que afirmo es que sólo se verifica en un porcentaje del total de los casos. En el resto, los genes están al margen —matizó Sandoval.

Tasso asintió con la cabeza.

—¿Qué porcentaje? —pregunté.

—Digamos que dos de cada tres casos, con una patología muy variada.

Mientras Tasso detallaba las ensoñaciones, el sadismo, el narcisismo, los graves trastornos sexuales y afectivos o la asociabilidad, yo trataba de buscar alguno de esos rasgos en Rodrigo. Al no hallar la mayor parte de ellos, les pregunté:

—Dos de cada tres me parece mucho, la verdad. De todos modos, queda otro tercio... ¿Podemos decir que ellos son asesinos voluntarios? ¿Mala gente?...

—No —respondió Tasso—. Insisto en que el tema no es trivial. La criminalidad es el resultado de la interacción de muchos factores físicos y sociales o culturales. Algunos hombres habrían sido normales de haber vivido en otros ambientes, pero alguien los maltrató en tal grado que los hizo unos criminales vengativos. En otros casos, los factores genéticos interaccionan con el ambiente, o con otros elementos, como el consumo de drogas, haciendo que salte la chispa y se declare el incendio.

—Degenerados atávicos, depravados sociales. Por Dios, Tasso, ¿es que para ti nadie es responsable de sus actos? —se quejó Sandoval.

Le interrumpí. No quería discusiones bizantinas, sino respuestas.

—¿Puedo hacer una pregunta comprometida sobre algo que tengo entre manos? —dije. Quería tener otra opinión, además de la del doctor Wilson.

Intercambiaron una mirada de extrañeza. Finalmente, Tasso tomó la palabra para decir:

—Adelante, Lola.

—Me gustaría saber si os parece posible que una persona socialmente

ordenada, genéticamente correcta y en su sano juicio puede convertirse en un asesino en serie y mantener la cordura.

Por una vez, estuvieron de acuerdo.

Terminamos de cenar temprano, un poco antes de las once. Justino, como todo buen periodista, tenía prisa. Nos contó que esperaba una llamada procedente de un programa de radio de ámbito nacional y quería llegar pronto al hotel: hablar desde un teléfono fijo mejora notablemente la calidad del sonido. Tasso y yo nos apresuramos a cederle el primer taxi que llegara. Mientras subía al coche, nos contó, palabra por palabra, lo que pensaba decir sobre —no podía ser de otra manera— la violencia atávica: una primicia del reportaje que preparaba.

El sociólogo no parecía tener ninguna prisa, pero se le veía cansado. Un día repleto de trabajo, la edad, el calor, la humedad... Quizás... Pero desde que trabajo con médicos forenses, me fijo en cosas que antes no percibía. Tenía los pies inflamados, el tórax muy desarrollado y un tono azulado en la piel: «Problema respiratorio», especulé. Vaya usted a saber. Me quedé junto a él, hablando de banalidades, hasta que vimos aparecer el morro del segundo taxi. Me dio un beso en la mejilla y un buen apretón de manos.

—Un placer, querida Lola. Espero que la vida nos reúna muy pronto. Por si acaso, toma mi tarjeta. Debes saber que no se la doy a cualquiera.

Se lo agradecí con una sonrisa franca y le despedí moviendo la mano.

No busqué otro taxi. No me apetecía encerrarme en una habitación extraña. Aunque poseyera un montón de estrellas, y una larga lista de candidatos a propina, era un hotel: un sitio frío, empapado de soledad.

Me encontraba cerca del puerto olímpico. El viento soplaba con cierta fuerza pero no era frío, y arrastraba un delicioso olor a mar. No lo pensé dos veces: la perspectiva de descalzarme y pisar la arena era suficientemente atractiva. ¡Qué pena no haberme llevado el manuscrito! Estaba a punto de terminarlo. Podría haber buscado una terraza y concluir la lectura mirando las olas, con una café en la mano. Debía de quedar alguna abierta, aún había muchos turistas por allí y hacía bueno.

Me despojé de la americana, me la colgué al hombro y enfilé hacia el

puerto. No había salido del paseo donde estaba el restaurante cuando me pareció oír mi nombre a la espalda. Seguí andando. Nadie me conocía, a excepción de Tasso y Sandoval, y a ellos los había visto subir a sendos taxis. «Debe de tratarse de otra Lola», concluí. Por si acaso, aceleré la marcha todo lo que los tacones me permitieron.

—¡Lola!

Otra vez. Era una voz masculina, y parecía más cercana. Quizás volver al hotel no fuera tan mala idea. Pero ¿dónde localizaba un taxi? Los otros dos los habíamos pedido desde el restaurante. Lo pensé dos veces y me detuve. El lugar estaba bien iluminado y había gente por la calle. Lo mejor era enfrentarse a lo que viniera.

Al darme la vuelta, me topé con Josep Maria. Jadeaba. Es un hombre grande y obeso. Suda con facilidad y acusa cualquier esfuerzo. Pero aquella noche tenía un aspecto especialmente malo. Iba descamisado, y el poco pelo que tiene en la cabeza —la barba, canosa, se libra de la quema— parecía aún más raro.

—¡Por Dios, Lola, pareces Fitipaldi!

—Lo siento, no sabía que eras tú, y al oír mi nombre me he puesto nerviosa.

—He venido a ver si todo iba bien. En el restaurante me han dicho que ya os habíais marchado. Te he visto de lejos y te he seguido. Espero que no hayáis reñi... En fin, que haya sido una cena... normal.

—¡Desde luego! Todo muy agradable. Todo: la comida y la compañía. Te agradezco mucho que me los hayas presentado. He aprendido muchísimo de los dos...

Me miró con cara de extrañeza.

—¿Lo dices en serio? ¿De los dos?

—Naturalmente. Cada uno a su manera, es un pozo de sabiduría. Y tú, ¿qué tal estás? No soy padre, no me puedo poner en tu piel, pero soy madre, que es lo más parecido. Sé lo que hacen sufrir los hijos, a veces.

No le miré fijamente, y la luz era tenue, pero me pareció que se le empañaban los ojos. Guardé silencio. Si quería contarme algo, ésa era su oportunidad. Pero no iba a ser yo quien iniciara la conversación. «Entre padres, hijos y hermanos, no metas la mano», dice el refrán. Y tiene razón.

—¿Ibas hacia el puerto, Lola?

—Pues sí. Me apetecía ver el mar. Tocar la arena, si es posible. Aunque quizás no sea una buena idea. No he preguntado por la seguridad de esta zona...

—No hay grandes problemas por aquí. Aun así, será mejor que te acompañe. A mí también me vendrá bien pasear. Me he pasado el día encerrado, saltando de despacho en despacho.

Anduvimos en silencio durante unos minutos. Al fondo se veía la silueta del famoso y controvertido *Peix* de Frank Gehry.

—¿Te gusta Barcelona? —dijo, mirando al infinito y a ninguna parte. Me pareció que no esperaba mi respuesta, y le dejé hablar—. A mí me parece magnífica en septiembre. Con esta brisa nerviosa, el mar se riza, las banderolas del puerto pierden su flacidez y se activan, como si estuvieran vivas y pudieran atrapar los olores del verano... No es como Madrid. Me gusta la capital, no creas. Madrid es potente, fuerte, castiza. Barcelona, sin embargo, resulta sugerente, con un punto de magia, de oráculo. Madrid cuenta con el sabor de las callejuelas, con el encanto de los palacios. Esto es otra cosa. Humedad abierta. Goya frente a Gaudí. Matices de jazz frente a solos de violín. ¿Me comprendes? —Asentí con la cabeza varias veces. Tenía razón. Y sin más preámbulos, añadió—: ¿Tienes algún hijo problemático, Lola?

En realidad, mis hijos son magníficos, pero, viendo cómo estaba el patio, guardé para otra ocasión el autobombo.

—Una cosa aquí, otra allí. Nada de importancia. Con sus cosas, pero son buenos chicos.

Entonces, empezó a hablar. Y siguió haciéndolo durante casi una hora, el tiempo que permanecimos de pie ante la escultura dorada de Gehry.

—Yo tengo tres hijos, Lola. El mayor prepara judicaturas. Encabeza la lista en el primer ejercicio; siempre ha sido buen estudiante. Sigue la tradición familiar. Mi padre fue magistrado y también mi abuelo. La segunda de mis hijas es letrada en Banesto. Pero, tal como la veo, acabará montando su propio despacho aquí, en Cataluña. Es tozuda y emprendedora, como su madre. Y mucho más lista que su hermano, aunque no lo muestre. Y luego está el pequeño...

—El del accidente.

—El mismo. Quiero pensar que, al ser el pequeño, hemos descuidado su educación. «Le hemos mimado demasiado y ahora pagamos las consecuencias», me digo a menudo. Pero sé que no es verdad. Ese chico es así desde que nació. Cuando no levantaba dos palmos del suelo, ya le gustaba torturar a las pobres lagartijas. En el colegio, pegaba a los chavales más pequeños, como un matón de pacotilla... Un día entré en su ordenador; lo tenía lleno de pornografía. Y de vídeos extremadamente violentos. Es listo, su coeficiente intelectual es notable. Saca buenas notas, no tengo nada que decir en ese sentido. Ha entrado en la Facultad de Ciencias Políticas. Pensé que la universidad le cambiaría. Ha sido todo lo contrario...

Tratando de quitar hierro al asunto, detuve su letanía.

—Me dijiste que tiene..., ¿cuántos? ¿Diecisiete, dieciocho años?

—Dieciocho.

—¿Qué quieres? Es una mala edad. Una personalidad a medio formar, hormonas descontroladas, primer año de universidad, una sociedad compleja... Bebió un poco y tuvo un descuido. Hoy, con un par de cervezas, das positivo en un control de alcoholemia... Eso es lo que hay, no le des más vueltas. Si de ésta aprende para el futuro, casi es de agradecer que haya pasado. Además, según me contaste, las heridas de la mujer no revisten importancia.

Se echó a llorar desconsoladamente. Cuando no pudo aguantarlo, se agachó y se quedó en cuclillas. Los turistas que pasaban se le quedaban mirando, extrañados. Hasta unos orientales le dedicaron sendas fotos. Ya podía ver el pie que acuñaría Internet: «Tristeza a los pies del Peix. Los jueces también lloran.» Lo sujeté por el brazo y le obligué a levantarse.

—Vamos a pasear, Josep Maria. —Le llevé a una zona tranquila, unos metros hacia el interior. Y le presté mi pañuelo—. Venga, hombre, no será para tanto.

—Lo es, Lola.

—¿Qué ha dicho el juez?

—El juez ha dicho lo que esperábamos. No se trata de eso... Es algo mucho peor, tremendo...

Volvió a sollozar. Yo no sabía qué hacer. Me quedé callada, esperando.

Como no reaccionaba, le dije:

—No hace falta que me lo cuentes, si no quieres. Pero te ofrezco mi ayuda en todo lo que pueda serte útil. Sé que lo tuyo es el derecho civil. Yo estoy acostumbrada a este tipo de cosas...

—No te he contado toda la verdad, Lola. No es que haya querido mentirte, es que no me he enterado hasta esta misma tarde...

—¿De qué?

—¿Has leído el periódico hoy?

—No. Pero de globalización puedes preguntarme lo que quieras.

—Pues compra mañana *La Vanguardia*. Volverán a comentarlo. Sacarán el vídeo en televisión y lo repetirán en Internet... Lo ha grabado la cámara del banco. Íntegramente.

Me estaba empezando a poner nerviosa.

—¿Qué es lo que veré?

—A tres chicos y a una chica entrando en un cajero automático a medianoche, rociando con gasolina a una yonqui indigente y prendiéndole fuego.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes.

—¿Qué le ocurrió a la mujer?

—Falleció. Quemaduras en el 87 por ciento de su cuerpo. Tenía cincuenta años.

—No estarás insinuando que...

—No insinúo nada. Lo afirmo. Conozco a dos de los chicos y a sus familias. Sus padres pertenecen a la alta sociedad barcelonesa: un empresario y un político, un senador. Apellidos de toda la vida.

—Y tu hijo es el... ¡No puede ser! —Enseguida me salió la vena jurídica—. Necesitas un buen abogado penalista, Josep Maria. Has dicho que era mayor de edad, ¿no?...

Negó varias veces con la cabeza.

—Mi chico no sale en ese vídeo. Estaba aparcando el coche. Sus colegas no le esperaron. De haberlo hecho, también estaría entre rejas. ¿Te lo imaginas? ¿Puedes hacerte una idea de lo que te cuento? ¡Estamos hablando de un asesinato a sangre fría! ¡Se quedaron mirando cómo ardía! Es más, lo

grabaron con el móvil. ¡Airearon la llama con ginebra!... Y se reían. ¿Tú lo entiendes? ¡Se reían!... ¡Por todos los santos, es mi hijo pequeño! Aún moja las sábanas algunas noches... Pero es capaz de...

Rompió de nuevo a llorar. No sabía cómo consolarle. Aquello no tenía consuelo. Recordé mis estudios de criminalística y la «tríada del homicida» que había definido la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI. Según ella, la inmensa mayoría de los asesinos en serie presentan al menos dos de estos tres elementos: enuresis, piromanía y crueldad con los animales en la infancia. El chaval de Josep Maria los tenía todos.

Se mantuvo unos segundos postrado, sujetándose la cabeza entre las manos. No era de mi incumbencia, pero me pareció que callándome no le ayudaba. A los toros, por los cuernos.

—Josep Maria, ¿cómo te has enterado?

—Me lo ha contado él.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—Me refiero a si los otros chicos le han delatado o amenazado con hacerlo y se ha asustado. O lo ha hecho voluntariamente.

—No está implicado, gracias a Dios. Tardó en aparcar. Cuando volvió, la mujer ya ardía. Se asustó. Volvió a coger el coche y salió de allí corriendo. En el camino, atropelló a esa mujer. Cuando ha visto el vídeo y ha identificado a los autores, ha venido a contármelo.

—¿Y cómo estaba?

—¿Cómo va a estar? Destrozado. Le hemos tenido que dar un Valium. No paraba de llorar. Nunca hasta esta tarde le había visto llorar así.

«*Superyó en crecimiento intenta frenar al ello*», habría dicho Wilson.

—Pues es el momento de aprovecharlo, Josep Maria. Un episodio como éste puede hacer girar totalmente su vida. ¿Estás dispuesto a ayudarlo?

—¡Es mi hijo, claro que estoy dispuesto! Sin embargo, tendremos que tener cuidado. Barcelona tiene muchos habitantes, pero es un pueblo. Somos una familia conocida. Mi suegro es... Y yo...

—No es momento para eso, querido amigo. Tendrás que hacer lo que haya que hacer, aunque manche tu expediente o el nombre de tu familia. No hay implicación penal, eso te da un margen. Puedes tomar otras medidas...

—¡Tienes razón, Lola! Estoy... horrorizado. No sé cómo enfrentarme a esto. Aunque es la primera vez en mi vida que veo en él síntomas de arrepentimiento. De humanidad, ¿me entiendes?... —Asentí con la cabeza. Como juez de instrucción, he visto esa mirada. Y la contraria. Seguía hablando—. Quizás, en el fondo de su alma, se esconda una buena persona. En alguna ocasión he llegado a pensar que era un psicópata...

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿se droga?

—No lo sé. Supongo que algo tomará. Pastillas, coca o algo así. No creo que haya empezado con la heroína. Es demasiado listo... ¿Qué puedo hacer?

—Conozco un tipo, un psiquiatra. Cuando acaba su consulta se ocupa de chicos problemáticos. Tiene su sede en una parroquia de Vallecas. Sus métodos no son muy ortodoxos. Más bien, no lo son en absoluto, pero funcionan. Quiere a los chicos, se preocupa por ellos. Es duro, los trata como adultos. Si no cumplen, los larga. Pero su porcentaje de éxito es alto: ocho de cada diez. A mí me ha ayudado muchas veces... Puedo poneros en contacto con él.

—Te lo agradecería mucho. Iré a verle. Le pagaré lo que me pida.

—No cobra. Y te aviso que no te recibirá sin el chico y sin tu mujer. Luego, tendréis que dejarle allí, y él deberá ganarse el pan. Si no trabaja, no come. No podrás enviarle ni un céntimo.

—¿Y qué es lo que hace?

—Reeducarlos. Hacerles ver el lado bueno de la vida; de las personas, sobre todo. Y los obliga a ponerse en la posición contraria, vivir sus propias experiencias. Me temo que tu hijo pasará muchas horas en una unidad de quemados...

De nuevo se le saltaron las lágrimas.

—Lola...

—Josep Maria, creo que debes irte a casa. Con tu mujer. Y con tu hijo. Quédate con él esta noche, no vaya a hacer una tontería... Y, si me permites un consejo, quítale el móvil. Las malas compañías son mucho más persistentes que las buenas.

A finales de noviembre acudí puntualmente a Clyde para nuestra tercera cita. En Washington hacía frío; un día bronco, de truenos y relámpagos. Nevaba moderadamente. La temperatura había bajado la noche anterior y había dado lugar a placas de hielo que hacían difícil el tránsito. Empleamos bastante tiempo en recorrer la carretera que une Dulles con la ciudad, y más en atravesar el distrito centro. Llegué con algo de retraso, cosa de media hora.

Pago a precio de oro cada uno de los minutos que Wilson me dedica, incluidas las esperas, de modo que no tenía motivo para estar tenso o azorado. Sin embargo, lo estaba. Como *broker*, he llegado a apreciar en su justa medida el valor del tiempo, el único factor que no puede acumularse o reponerse. Pero al psiquiatra, que había sido puntual, mi tardanza no pareció molestarle. Le encontré calmado, sentado a nuestra mesa habitual, abstraído, jugando con las migas de pan. No se levantó, pero me tendió la mano y sonrió benevolente al ver cómo ensayaba una disculpa atropellada. Tiró de mi mano y me obligó a acercarme. Luego, me susurró con voz cariñosa:

—Cuando Washington se empeña, es mejor no contradecirle.

Dejé los folios que contenían mi crónica sobre la mesa. Me quité la cazadora y la colgué del respaldo de la silla. Mientras, le observé. Había dejado la pajarita y vestía de manera informal: jersey de cuello alto marrón, una americana de cuadros en los mismos tonos y pantalón de pana beige. El suéter marcaba levemente sus pectorales: desde luego, era un hombre fuerte. Noté que los moratones que lucía en septiembre habían desaparecido. Los puntos de sutura de la frente habían dado paso a una ligera cicatriz blanquecina.

Una botella de vino tinto descansaba sobre la mesa. Estaba terciada. Wilson continuó partiendo pequeños trozos de pan y colocándolos en fila, como en nuestro primer encuentro, sin prestarme atención. Yo me mantuve callado, a la espera. De pronto pareció despertar. Levantó la vista y me miró.

—Veo que la vida le trata bien, Rodrigo... Mantiene ese tono bronceado que lucía en nuestra cita veraniega. La envidia de cualquier neoyorquino... Pero se ha cortado el pelo, ¿no?

—Muy observador, doctor.

Se encogió de hombros.

—Voy a serle sincero, Rodrigo: me gustaba más su imagen anterior, sobre todo el tono. El negro es un color espléndido.

Sonreí con pesadumbre. Me gustan los caracoles que brotan en mi nuca. Rizos tupidos, fuertes, como yo. Negros, obviamente: tengo un carácter enérgico. Todas las mujeres se refieren a ellos cuando me describen. «Un tipo alto, atlético, bien parecido, de pelo rizado y muy negro», suelen decir. Eso mismo dirían las personas que me vieran en los escenarios de los crímenes. Si algo salía mal, me recordarían así. De modo que, como parte de mi disfraz, había decidido cambiarlo en cada actuación. En ese momento, llevaba el cabello corto, al estilo militar, y lo había teñido de castaño claro.

—Comparto su opinión, doctor, pero, a veces, las misiones exigen sacrificios. Éste ha sido uno de ellos... No importa: crecerá de nuevo y volverá a adquirir su color original.

Se quitó las gafas, se frotó los ojos y se las volvió a poner.

—¿Me está diciendo que el corte de pelo forma parte de un disfraz?

—Así es.

Aplaudió con gran estruendo. Los clientes de las mesas vecinas nos observaron entre extrañados y divertidos. Wilson se disculpó juntando las manos en el pecho e inclinándose ostensiblemente. Luego, volvió a dirigirse a mí.

—Se ha tomado la gesta a conciencia. Es de admirar. ¿Siempre se ocupa con esta intensidad de las cosas?

—Creo en las cosas bien hechas, doctor —respondí—. Odio las chapuzas, odio la mediocridad.

—¡Un perfeccionista! Interesante... Dígame, ¿qué le molesta de la mediocridad? No siempre es sinónimo de chapuza, como ha dado a entender. Ya lo explicaron los clásicos: «*In medio virtus.*»

Estuve a punto de guardarlo para mí; sin embargo, pensé que en Wilson encontraría un buen frontón para mis ideas.

—No hablo de gente virtuosa, doctor, sino de tipos gris marengo. Ni feos ni guapos; torpes para comprender la verdadera ciencia pero no lo suficiente, pues continúan ambicionando vanidades: un coche más potente, un piso mayor, un ascenso... Aborrezco a quienes creen que lo que distingue al hombre del animal es el fútbol o la televisión de plasma. La misma gente que da vueltas y vueltas a la misma rueda, a brazo partido con la inutilidad. Fútiles inaguantables que no dejan nada tras de sí, salvo un saco de basura. Sí, siento profunda repugnancia por la gente que se mide y calibra según el tamaño de sus propios excrementos. Para el mundo, no son más que robots que andan y consumen, esclavos de lo cotidiano, castas que viven por semanas, o por días, o por meses: polvo los sábados, polvo y fútbol; playa en agosto y, durante el año, noria. Gente que vive a golpe de destino... Mediocres; conozco bien el tipo: ¡son como pistolas sin balas!

—Supongo que muchos de sus antiguos clientes, pequeños ahorradores provincianos, por ejemplo, podrían incluirse en el paquete de los mediocres... Esa

gente, Rodrigo, permite que usted y yo comamos cangrejo, vistamos traje y conduzcamos coches deportivos —replicó, ofendido.

—Lo sé. Antaño, eran los esclavos los que trabajaban... En realidad, son como ellos. Mantel de hule, hamburguesas congeladas. Durante algún tiempo sentí una curiosidad morbosa por esa gente. Creí que eran felices en su propia estupidez; les faltaba todo pero no lo echaban de menos, porque no eran prisioneros de ninguna necesidad. «Bueno —pensé—, es una forma eficiente de ser feliz.» Sin embargo, pronto me di cuenta de mi equivocación. Hasta la pordiosera de la que le hablé en nuestra cita de septiembre tenía un carro lleno de propiedades estúpidas... Esa gente... son como los demás, doctor, pero inútiles.

—Todos tenemos nuestras perturbaciones, cada uno a la medida de nuestra alma. A usted le preocupa la misión que debe llevar a cabo; para ellos, alimentar y educar a sus hijos es una tarea de mucha envergadura.

—No se lo niego, tiene razón... Pero hay una diferencia, y no es pequeña: yo dejaré algo tras de mí, una huella. La historia me recordará porque habré aportado algo al progreso. Ellos se marcharán sin más acciones que su propio consumo, sin legar nada al mundo. ¿Ha visto esas águilas disecadas, con las alas abiertas, que suelen colgar del techo con hilos transparentes? Da la impresión de que vuelan, pero basta acercarse unos metros para darse cuenta de su patetismo.

—Yo creo que todos nosotros somos esclavos; hay una servidumbre inherente a nuestra condición humana, aunque estoy de acuerdo con usted en que se trata de una cuestión de grado. En fin, vayamos a lo nuestro, ¿qué tal le han ido este par de meses?

El ruido de fondo se había incrementado paulatinamente. Voces, risas, palabras sueltas en varios idiomas. En aquel momento, la bulla era notable. Aun así, le respondí en voz queda, casi veladamente:

—No ha sido como la primera vez.

Wilson se echó a reír.

—¡Nada puede compararse con la primera vez, querido Rodrigo! El nacimiento de una experiencia (poco importa que sea el primer cigarrillo, el beso de estreno o el delirio del crimen inaugural) deja una huella tan perentoria que los recuerdos (olores y colores, corte y textura, hechura toda) se tornan imborrables. Las repeticiones, más cuanto mayor es la frecuencia, suelen acabar en la papelera de la memoria o ni siquiera entran en ella, pero el ensayo que inicia la serie es inmune al tiempo. La edad y su cascada de demencias son capaces de demoler los sucesos cotidianos y borrar los logros más plenos o los fracasos más sonados, pero poco pueden contra aquella primera vez. —Levantó las manos y gesticuló grandilocuentemente—: El avance incierto hacia ella, con el corazón desbocado y la disculpa preparada, por si acaso. Un paso largo, decidido; dos cortos, indecisos, y, finalmente, los centímetros críticos, con el color subido y los ojos alertas. Luego, la rozadura electrizante, enganchada a un perfume que, al cabo de los años, sigue transportándote hasta aquel lugar, que recuerdas de primavera, aunque lloviera... ¡Ay, esa primera experiencia, sublime!... ¿Recuerda usted su primer beso,

Rodrigo?

No respondí. Creo recordar que incluso bajé los ojos y me azoré.

Muy a mi pesar, conservo límpidamente en la memoria mi primera experiencia amorosa. Escogí a la chica equivocada, una desvergonzada que no supo apreciar mi valía. Fue incapaz de entender mi personalidad, mi delicadeza, mi fina inteligencia. Se rió de mí. ¡Estúpida!... Por mucho que lo intentara, no podría aniquilar ese recuerdo. Sin embargo, esperaba, como así ha acontecido, que mi bautismo de sangre, la más terrible experiencia de toda mi vida, lo enmascarara para siempre. En Aix-en-Provence, me mostré tosco, rudo, con la ignorancia y el nerviosismo del principiante. Y, sin embargo, ¡qué experiencia alucinante! Nunca la olvidaré: por primera vez en mi vida, alguien me había estimado en lo que verdaderamente valía. En los ojos de la pordiosera descubrí enseguida que ella había comprendido.

«Por favor», eso fue lo que dijo. Rogó por su vida con las únicas palabras que podría haber empleado. Apeló a mi magnanimidad porque sabía que no tenía estatuto que la protegiera. En aquel momento, yo era el señor de la historia, el pulgar que decidía sobre la vida y la muerte. Y, al señor, se le ruega.

—Veo que no quiere hablar del amor, Rodrigo. De acuerdo, vayamos a lo que le interesa... —Señaló con el dedo las páginas que había dejado sobre la mesa y dijo—: Esos folios, ¿son el relato que le pedí? —Asentí con un gesto—. Perfecto; léamelos, por favor.

Miré alrededor. Era tarde. El local se había ido vaciando. Los camareros cambiaban los manteles y colocaban en las mesas vajilla y cubiertos para la cena. En nuestra zona, junto al balcón, no quedaba nadie. Estábamos solos. Tras el cristal, al resplandor de las farolas, relucía el brillo de la nieve que caía ahora copiosamente. Recité en voz baja, como si se tratara de una lección bien aprendida:

—Mi segunda víctima ha sido un hombre blanco, de unos treinta años. Un drogadicto, residente en San Petersburgo...

—¡San Petersburgo, qué gran ciudad, pese a la desidia de sus gobernantes! Estuve allí hace poco. Pero, siga, por favor.

Comencé a hablar mecánicamente, estaba acogotado. No obstante, al ir evocando los hechos, me tranquilicé. El relato brotó de forma espontánea.

—Llegué a la ciudad a media tarde, en un vuelo de línea regular. No quería llamar la atención con un vuelo privado. Estaba oscureciendo y hacía frío. Curiosamente, no había estrellas en el cielo, ni luna a la vista, pese a que no se apreciaban nubarrones. Pasé los controles en tiempo récord; apenas necesité media hora y enseñar un par de billetes (dólares) aquí y allá. El coche que había contratado previamente por Internet, con una compañía de pomposo nombre, me esperaba.

»Entre el aeropuerto de Pulkovo y la ciudad hay dieciséis o diecisiete kilómetros. Sin embargo, por dos veces, la policía detuvo nuestro coche, hizo descender al chófer y le pidió la documentación. En ambas ocasiones, tras unos minutos de discusión, que yo observaba atento a través de la ventanilla del

vehículo, varios billetes cambiaron de manos.

»Eran cerca de las siete cuando llegué a mi hotel, un elegante edificio de la época del zar Nicolás I, situado en lo que llaman el Triángulo de Oro, una de las mejores zonas de la ciudad. Me registré; des hice mi equipaje, lo esencial para el fin de semana y, bien abrigado, salí y tomé un taxi. Había reservado, también por Internet, una mesa en Taleon, un restaurante situado en otro hotel cercano, considerado por muchos como uno de los más suntuosos de San Petersburgo. Molduras doradas, cubertería de plata, porcelana fina, manteles impolutos sobre un aire nostálgico, con un punto de decadencia. Añoranza quizás de la gran Rusia, la de los zares, la del lujo rutilante, copiando a Luis XVI.

»Una recua de camareros de gesto servil permanecía atenta a todas nuestras necesidades. Pedí caviar rojo (de salmón; el negro es de esturión) con blinis, langosta y vodka. Luego, me decanté ostensiblemente por algunos de los platos más caros del menú. No los recuerdo todos. Sólo los filetes de halibut, que me sirvieron con una salsa a base de alcaparras, azafrán y curry. Pese a que me limité a probarlo, estuvo revoloteando en mi estómago toda la noche.

»Mientras hacía exhibición de la capacidad de mi bolsillo, recorrí con la mirada el comedor. Agucé la vista, buscando una pista, aunque fuera pequeña. Enseguida percibí que el camarero alto y delgado, un tipo moreno de apenas veinte años, se llevaba la mano a la nariz en varias ocasiones: moqueaba. Me fijé más. Le temblaban levemente las manos y sudaba. No eran signos suficientes para llegar a una conclusión, pero no contaba con mucho más.

»He tenido dos colegas que cayeron en las redes de la cocaína. Una verdadera lástima. Parecían tipos inteligentes y capaces, a los que les esperaba un destino brillante. En realidad, demostraron que no eran listos ni capaces, sino patéticos. Aquel tipo se les parecía. Carraspeé cuando pasó a mi lado. Se volvió y clavó sus ojos en mí, calibrándome. Luego, se acercó. Me habló en un aceptable inglés.

»—¿Necesita algo, señor?

»—En realidad, sí. No conozco bien la ciudad y me gustaría comprar algo...

»—No hay problema. Si me dice qué desea, intentaré proporcionárselo.

»—Se trata de algo... especial, que sabré recompensarle generosamente.

»Esbozó una sarcástica sonrisa, como si yo acabara de dejar al descubierto mis más negros pecados.

»—Soy especialista en cosas difíciles. ¿Puede decirme el número de su habitación? Pasaré en cuanto acabe mi turno, a eso de las nueve.

»—Me instalo en otro hotel. —No le di el nombre—. Pero no tengo prisa. Esperaré aquí.

»—Es posible que tarde un poco. Quizás el señor quiera tomarse una taza de té negro o un white russian en el Lobby Bar.

»—De acuerdo, allí estaré.

»Según las indicaciones de Jaroslav (así dijo que se llamaba), me senté en el Lobby Bar, un local espacioso, íntegramente forrado de madera clara, con una barra redonda en el centro y mesas alrededor. Una enorme pantalla de plasma

colgaba del techo. Al parecer, la gente se reunía allí a beber y a disfrutar de los deportes retransmitidos por cable. Aquella noche había un combate de boxeo entre dos púgiles norteamericanos.

»Cambié el white russian por un B 52, un cóctel a base de Kahlúa, Bailey's y Cointreau, demasiado empalagoso para mi gusto, y esperé. El camarero se presentó unos minutos después de las nueve. Ya no vestía su ropa de trabajo, sino vaqueros muy apretados, jersey negro y cazadora del mismo color, con los cuellos levantados. Llevaba un libro en la mano. Me pareció un álbum. Se sentó a mi lado y sin un leve disimulo siquiera, me lo tendió. Lo abrí. Mi primera impresión había sido acertada. Era un álbum. Incluía fotografías de mujeres, niñas apenas, de extraordinaria belleza, y de chicos jóvenes, imberbes muchos de ellos. Se lo devolví al tiempo que negaba con la cabeza.

»—No, no, no... —Mi voz sonó imperiosa. Él agachó la cabeza, nervioso. Ensayando un gesto conciliador, le pregunté si quería tomar algo. Negó con una seña—. Gracias, Jaroslav; eres muy amable, pero no quiero nada de esto. Lo que necesito es heroína, la más pura que puedas conseguir. Al menos, tres gramos. Mejor cuatro. Es para una fiesta... —Saqué disimuladamente la cartera y, de ella, un billete de cien dólares. Le brillaron los ojos. El salario medio mensual de un camarero puede rondar esa cifra—. ¿Lograrás conseguírmelo esta misma noche?

»Oí cómo sonaba mi propia voz y me sentí incómodo. Por un instante, me temblaron las piernas. ¿Qué hacía yo en Rusia intentando comprar heroína en el bar de un hotel de lujo, a la vista de una docena de personas? Sin embargo, la tentación duró un instante. Me repuse enseguida, casi al mismo tiempo que él respondía:

»—Puede que salga más caro, señor, sobre todo si la quiere pura...

»—Naturalmente, Jaroslav. Ese dinero es para ti, por tus servicios. Habrá otro billete igual esperándote si lo consigues en poco tiempo. —Saqué otros dos de la cartera y se los tendí—. Con esto, compra el material, ¿de acuerdo?

»—Ningún problema. Antes de una hora, estoy aquí. ¿No le interesa también una mujer? Sé de una muy hermosa. Muy profesional. Y limpia, se lo garantizo. —Comprendí que se refería al VIH. Estaba seguro de que tanto ella como todos los que con él compartían destino lo padecían—. Si prefiere otra cosa, hay un chaval nuevo; rubio, de ojos oscuros, delgado pero fuerte...

»Le atajé, dando por terminada la negociación.

»—Sólo lo que te he pedido, Jaroslav, gracias. Aunque, ahora que lo pienso, me vendría bien un abrigo... Largo. Del tipo que vista la gente de por aquí.

»A las doce de la noche, cuatro gramos de heroína sin cortar descansaban en mi mesilla, junto a un abrigo negro de piel. Aunque estaba cansado del viaje, no dormí mucho. Estaba inquieto. El camarero no sabía en qué hotel me hospedaba. No tenía ningún dato acerca de mi persona con el que pudiera chantajearme. Aun así, me desagradaba haberme expuesto de esa manera.

»Me desperté a las siete. De un salto, me puse en pie y corrí las cortinas. El día estaba claro, despejado, casi apacible, aunque en lontananza se veía alguna nube

amenazante. Hasta mi ventana llegaba el eco de coches lejanos; viejos, diesel. Los lujosos saldrían más tarde, y Rusia está lejos de alcanzar su desarrollo. Me tumbé en el suelo y empecé mis ejercicios matutinos: flexiones y abdominales para tonificar el cuerpo y relajar la tensión. Cuando concluí, estaba sudando. Me di una larga ducha. Luego me vestí para la ocasión: un suéter grueso y unos pantalones oscuros. Ya relajado, bajé a desayunar. Desayuno continental. Evité el café. Y comí proteínas. Me hacen falta cuando vivo momentos de estrés. Y aquella mañana iba a ser especialmente estresante.

»Tomé la precaución de dejar todos los documentos en el hotel. Podían robármelos o identificarme si algo salía mal. A cambio, cogí dinero, que repartí por las faltriqueras del abrigo que Jaroslav me había proporcionado. En sitios así, unos cuantos billetes te sacan de cualquier apuro. Cerca de las diez, abrigado y con la heroína en el bolsillo interior derecho, salí a la calle. Aunque el termómetro no alcanzaba los dos grados, y una fina capa de nieve cubría las calles, el día seguía claro y un precioso sol del color del azafrán incitaba al paseo. Con los cuellos levantados y una bufanda tapándome la garganta, me dispuse a recorrer la ciudad.

»En realidad, no me separé mucho del hotel. Estaba bien situado, cerca de los más famosos monumentos de la ciudad; prácticamente, frente al Hermitage. Pero ésa no fue la razón. Aunque llevaba un mapa, la mayoría de los letreros estaban escritos en alfabeto cirílico, incomprensible, y la posibilidad de perderse era grande. Me quedé por los alrededores, que recorrí sin rumbo fijo. Me detenía de cuando en cuando para disfrutar de la fachada de un palacio o de una iglesia, del trazado de un pequeño puente sobre los sucios canales, o de los muchos rincones, que parecían sacados de algún escrito de Alexander Serguéievich. Anduve en círculos durante un rato. Me topé con ancianos de barbas blancas, grupos de mujeres y niños que asaltaban a los turistas y matronas de moños altos, pero no di con mi víctima. Finalmente, volví al Hermitage y tomé la avenida Nevsky, una de las arterias principales de la ciudad, inmensa en sus cuatro kilómetros de largo. Allí fue donde empezaron a congelárseme las orejas. Entré en unos grandes almacenes y compré un gorro de astracán negro, con orejeras. A la salida, lo vi. La elección fue a primera vista: nada más posar mis ojos sobre él, supe que el paseo había terminado.

»Fue su aspecto lo que llamó mi atención. Era un tipo alto, enclenque, cubierto con un abrigo raído y unas botas muy viejas. Pese al aspecto, contaba con un porte señorial. Se cubría la cabeza con una ushanka muy usada, con la estrella roja en el centro y la hoz y el martillo en el interior, de la que se escapaban mechones de pelo rubio, casi blanco. Lo seguí. Se dirigía hacia el Jardín de Catalina, situado frente a los almacenes. Iba encorvado, deprisa, ajeno a lo que le rodeaba, envuelto en su viejo gabán. En el parque, el sol había hecho proliferar una colección de artistas improvisados que ofrecían sus servicios al turista. Uno de ellos me interpeló en un idioma extraño, mezcla de inglés, francés y lo que identifiqué como ruso. Comprendí que se ofrecía a hacerme una caricatura. «*Monsieur*, tres euros, cinco dólares», dijo, esta vez en claro inglés. Me dio pena el joven, parecía famélico y

aterido. Me dejé convencer. Estar allí unos minutos me permitiría seguir los movimientos de mi víctima.

»Me senté pacientemente en una silla de plástico para posar, el teatro Alexandrinsky como fondo. Mientras, seguí al milímetro los movimientos de mi presa. El hombre de la ushanka se iba acercando a tipos de mala pinta que rondaban la zona. La escena se desarrollaba siempre de la misma manera: él susurraba algo, con la cabeza gacha; intercambiaban unas frases; luego, su interlocutor le despedía con cajas destempladas: recibió varios empujones y alguna que otra patada. Deduje que solicitaba droga a cuenta, cosa que resultaba de todo punto inviable. Finalmente, desesperado, se dirigió hacia el río y fue a sentarse en un banco alejado. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Se inclinó hacia adelante. Desde mi posición, veía salir el humo blanco. Del tabaco, aunque bien podría haber sido de desesperación.

»En cuanto el pintor me entregó la caricatura, obra de un artista sin duda, me levanté. Sin quitar los ojos de encima de aquel banco, saqué dinero de un bolsillo y le pagué un poco más de lo que me había pedido. Me estiré el abrigo, me agazapé tras la bufanda y fui caminando lentamente hacia mi segunda víctima. En el cielo, una nube ocultó el sol. Miré hacia arriba. El tiempo se estropeaba. Quizás un presagio. Debía darme prisa.

»Los latidos del corazón se me aceleraron cuando, estando ya muy próximo, le oí llorar. Al sentarme a su lado, ya lo tenía completamente desbocado. Hacía cada vez más frío, pero yo sólo sentía el intenso rubor que me cubría las mejillas. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba a su lado. Tosí varias veces. Por fin notó mi presencia. Levantó la vista y me observó. Se limpió la cara con el puño del abrigo, se tragó los sollozos y sonrió. Me tendió la mano y me dirigió varias frases en una jerga que, de nuevo, no entendí.

»—Lo siento, no hablo su idioma —dije en inglés.

»Me respondió con acento británico.

»—¿Puedes darme algo, amigo?

»—¡Hablas inglés!

»—Inglés, francés, alemán, checo, húngaro... Hasta diez. En otra vida fui traductor. Y filólogo, y profesor. Pero de poco me sirve ahora. Ya no soy nada... ¿Puedes darme algo, por favor? —repitió—. Te juro que necesito un pico... Hace tres días que no pillo nada, y me encuentro fatal. Francamente mal. Si quieres puedo enseñarte la ciudad, para que no te pierdas. Leerte los carteles, contarte la historia, pero antes necesito meterme algo.

»Desde luego, a todas luces presentaba un aspecto lamentable. Me hice de rogar unos segundos, luego, extendí el brazo y le di unos golpecitos en el hombro.

»—De acuerdo. Te daré algo... Algo que te quite la angustia. —Estaba metiendo la mano en el abrigo cuando noté el cambio que sufrió. Casi una mutación. En cuanto cayó en la cuenta de que iba a ayudarlo, se vio invadido por un repentino frenesí. Me abrazó y volvió a sollozar—. Deja que saque esto del bolsillo —le dije, apartándole. Cogí la bolsita que contenía la heroína y se la

enseñé. No puedo explicar cómo se le iluminó el rostro. Si hubiera visto el cielo abierto y los espíritus de los muertos subiendo y bajando, no habría alcanzado aquella expresión. Alargó la mano para cogerla, pero le esquivé—. Tengo una condición —dije.

»Balbuceó. Sus ojos mostraron una punzada de temor.

»—Lo que quieras, tío. Pero dámelo ya... ¿Cuál es tu condición? Pillaré unos billetes en cuanto me encuentre bien. ¡Te juro que te lo pagaré!

»—No quiero tu dinero. Sólo quiero hacerte compañía. Disfrutaremos juntos. Tú a lo tuyo, yo a lo mío. Pero ha de ser aquí. Y ahora. Y mientras puedas, quiero que me cuentes tu historia.

»Soltó una risita histérica.

»—Por esa bolsa, te cuento la historia oficial de Stalin en seis idiomas... Pero dámelo ya. No hace falta buscar ningún otro sitio, éste es perfecto.

»Se la tendí. Revolvió en sus bolsillos. Sacó otro cigarrillo y le arrancó el filtro. Luego, un mechero de plástico, una cuchara con el mango partido y una jeringuilla usada. Depositó una buena dosis de heroína en la cuchara. Cogió un poco de nieve y la agregó, junto con el filtro. Con la llama del mechero calentó la cuchara hasta que la heroína se disolvió en el líquido. Yo seguía sus movimientos con ojos atentos, fascinado. Aquel profesor frustrado estaba cavando su propia tumba. Yo podía evitarlo, pero no iba a hacerlo. Cargó la jeringuilla, se levantó el pantalón, apartó varias capas de calcetines y se la inyectó. Luego, inclinó la cabeza hacia atrás y suspiró con los ojos cerrados.

»—Gracias, amigo. Eres un tipo estupendo —dijo.

»La gente había ido abandonando el parque. La nevada arreciaba. Pero nosotros nos quedamos sentados en el banco. Se había metido una buena dosis. Heroína pura. Aun así, estuve más de quince minutos esperando. Naturalmente, no le saqué ni una palabra. Con el paso del tiempo, sus pupilas se fueron reduciendo hasta parecer lentejas; los labios se le azularon. Una respiración entrecortada precedió al coma. Esperé unos minutos más. Estábamos solos. Le tomé el pulso: ya no tenía. Aunque los tenía prácticamente cerrados, le bajé los párpados y me marché. Lo dejé sentado y seguí andando sin mirar atrás. Estaba seguro de que no tardaría en pasar alguien junto al banco. En cuanto se dieran cuenta de lo que ocurría, le birlarían el resto de la droga...

Me detuve.

—Eso es todo, doctor.

Como en la reunión anterior, omití contarle que, antes de abandonarle, saqué el rotulador, le levanté el pantalón (tenía la pierna llena de pinchazos) y dibujé dos listas paralelas en su pierna: el número dos. Luego, disparé tres veces el flash y comprobé el resultado: las fotografías tenían suficiente calidad.

—¿Cómo se sintió, Rodrigo? —me interrogó el psiquiatra—. ¿Fue como la vez pasada, en aquel lugar de Francia cuyo nombre no quiso compartir conmigo?

Cerré los ojos y recordé el momento. El cóctel de adrenalina y miedo no había sido tan intenso como la primera vez. Caviar negro en vez de rojo pero, aun así,

caviar. Sí, la experiencia de San Petersburgo había sido menos intensa. Quizás por ello había notado más el regusto final. Ese punto de frustración... Lo había hecho, de eso no había duda. Las fotografías no mentían: mi móvil contenía las pruebas irrefutables de que había tenido lugar. Incluso mi firma, oculta entre otros muchos tatuajes y señales de los pinchazos, adornaba la escuálida pantorrilla del ruso. Y sin embargo...

Wilson interrumpió mis pensamientos.

—Le preguntaba cómo se había sentido.

—Inexperto, doctor, ajeno, como si fuera incapaz de captar la esencia de la muerte.

—No le entiendo, Rodrigo, ¿qué quiere decir?

—No sabría explicarlo... Me siento muy lejos de lo que ocurre. Como si se tratara de una obra de teatro, y aquella alma negra no hubiera abandonado realmente aquel cuerpo lleno de marcas de picos. Estuve presente y, sin embargo, parecía un sueño...

Wilson sonrió.

—No se preocupe. Resulta difícil captar esos lapsos estelares. Por eso filmamos los acontecimientos, para retenerlos un poco más. Además, en este caso, fue el profesor y no usted quien firmó su propia sentencia. Él se inyectó. Él se mató.

Le miré fijamente. Me había hecho esa pregunta cuando decidí el modus operandi. Sabía que era bueno, pero no que iba a ser tan extraordinariamente agudo.

—En realidad, no, doctor. En otro de los bolsillos de mi abrigo guardaba una ampolla de naloxona, que, como supongo sabrá...

—Es un potente antagonista opiáceo. De modo que podría haber evitado su muerte...

—Sí, es muy posible...

—Pero no lo hizo.

—No.

—Un pensamiento interesante y una meticulosa preparación. Es usted un ser excepcional —dijo, al tiempo que se inclinaba sobre la mesa y cogía la pluma.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de que Wilson estaba tomando notas en un cuaderno cuadriculado, pequeño, que tenía escrito mi nombre en su tapa de cartón. «Rodrigo», decía. Y una fecha: «17 de noviembre.»

Sin quererlo, la precipitación con la que había hablado me había hecho vulnerable. Le interrogué con cautela:

—Doctor Wilson, ¿qué escribe en ese cuaderno?

—Tomo notas sobre lo que usted me cuenta. Si lo dejara todo al cuidado de mi memoria, podría olvidar cosas importantes...

—Como me exigió, se lo he puesto todo por escrito. Aquí tiene los folios, puede repasarlos cuando quiera...

—Es cierto, pero esos papeles que acaba de leerme no reflejan el brillo de sus ojos, ni los muchos matices de su voz, cuando relata su experiencia. Esas cosas

pueden hacer cambiar hasta el sentido de una frase, poniendo de manifiesto su verdadero ser... Además, es muy frecuente que, al escribir, dejemos lo más importante en el tintero.

Como le miré con extrañeza, se explicó:

—Se lo aseguro, Rodrigo, a veces es por pereza; otras, por no encontrar las palabras adecuadas o por ser incapaces de expresarnos... En la mayoría, se debe a que no nos atrevemos a enfrentarnos a nosotros mismos... Un papel en blanco puede llegar a ser una cruel tortura.

Tenía razón, de modo que no insistí en ese aspecto. Aun así, necesitaba ciertas seguridades.

—Forma parte del experimento, ¿no? Me refiero a que ese material, el cuaderno y mis escritos, son confidenciales...

—Lo son, desde luego, como cualquier otra conversación entre médico y paciente —soltó, como de pasada.

Su frase salió envasada, de fórmula precisa, como los eslóganes de los grandes almacenes: voz sin aristas, con perfumes difuminados, sin vida. Me quedé callado, y él se sintió obligado a levantar la vista y a dejar de mover frenéticamente el bolígrafo que sostenía.

—¿Le preocupa algo, Rodrigo? —me interrogó.

Por un instante, vislumbré un perfil distinto en su semblante. Apareció de repente, como si hubiera olvidado encerrarlo. Me fijé bien: desde aquel ángulo, Wilson tenía cara de loco, aunque estaba claro que un loco no podía ejercer como psiquiatra.

—A decir verdad, doctor, sí.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—Me preocupa ese cuaderno.

—Pues no debería. Como le digo, todo lo que se recoja en estas páginas es material confidencial. Usted y yo tenemos un pacto, como tengo con el resto de mis pacientes.

—Salvo por el hecho de que yo no soy uno de sus pacientes —reiteré.

Me congracié con él en cuanto volvió a sonreír, y aquel prisma, que reflejaba alguna suerte de locura, desapareció.

—No, Rodrigo, usted nunca podrá ser como el resto de mis pacientes. Usted es único, y me consta que lo sabe... —Capté de una manera definitiva que no hablaba por hablar. Como aquella pordiosera, que también fue capaz de leer en mi interior—. Además —continuó, volviendo a su cuaderno—, usted y yo tenemos un acuerdo económico... Muy suculento para mí, dicho sea de paso. Ese extremo ya incluye suficiente garantía de confidencialidad.

—¿Desde cuándo lo sabe usted, doctor? —le pregunté. Me salió una voz extraña, que rezumaba esa pasión que a veces me invade.

—¿Saber qué?, ¿su genio? —Asentí con la cabeza. No podía expresar con palabras lo que sentía en ese momento—. Desde que le vi. En otros casos, uno recorre el camino a tientas, dando bandazos, chocándose con las paredes o los

muebles hasta toparse con una ventana. Con usted no fue así: su pregunta... Con su extraña pregunta me ofreció enseguida una medida de sí mismo. Por algo lleva el sobrenombre de Rodrigo, ¿no?

Aunque estuviera años escribiendo una letra tras otra, probando distintas combinaciones sublimes, no lograría manifestar jamás los sentimientos que me embargaron. Fue como si la sangre que corría por mis venas saliera de mí para introducirse en las tuyas, y llegar hasta su corazón. Verdaderamente, aquel médico había captado mi esencia, me conocía a la perfección, aunque yo poco sabía de él. Todo el dinero que le pagaba estaba bien empleado; valía su peso en oro.

—En fin, Rodrigo... Debo marcharme —dijo, cerrando su cuaderno—. No deje de anotar todo lo que se le pase por la mente, ¿de acuerdo? Cómo, dónde, por qué, cuándo... Sentimientos, frustraciones, anhelos...

Se levantó.

—Nos vemos dentro de dos meses —concluyó, tendiéndome la mano.

Lo hicimos. En aquella tercera ocasión, la prostituta vietnamita centró nuestra atención. También llegó provisto de un cuaderno. Pero, lejos de escribir con frenesí como la vez anterior, no anotó nada, ni una sílaba. Ni siquiera lo abrió. Yo, que cada vez sentía más curiosidad por su contenido, le pregunté el motivo.

—Esta vez no ha dicho nada nuevo, Rodrigo. Eso es todo —contestó.

Aquello me hizo pensar. Tenía razón. Sin embargo, estaba seguro de que en nuestro cónclave de marzo las cosas cambiarían.

Pero el destino es caprichoso. Y, en marzo, no pudimos reunirnos. Al doctor Wilson le ingresaron en un hospital. «Una temporadita —escribió en su *e-mail*—. Retrasémoslo hasta mayo.»

Me contó que había pillado una neumonía, no había seguido el tratamiento adecuado y había recaído, de modo que los médicos le habían obligado a ingresar para recibir tratamiento endovenoso, y a tomarse unas semanas de descanso. «He decidido seguir su consejo», concluía.

Estoy seguro de que esa historia es falsa de principio a fin. Esas heridas en la cara, la mano rota en mayo... «Un accidente de esquí», explicó. Creo que Wilson tiene un serio problema con el alcohol. Tan serio que cuando alcanza un límite se cae y se hiere. Y creo que lo que hizo entre marzo y mayo fue una cura de desintoxicación. De hecho, en la siguiente cita pidió agua con gas. No bebió vino tinto, ni ron a los postres.

La temperatura había descendido algunos grados, pero se mantenía agradable para la estación. Sin embargo, a mis ojos, supongo que por efecto de la conversación mantenida durante la cena y de las confesiones de Josep Maria, Barcelona se había convertido en una ciudad gélida e inhóspita. Regresé al hotel sin pisar la arena ni disfrutar de la vista del Mediterráneo. Nada más llegar, me deshice del traje y de los tacones, me enfundé un gorro de plástico y me metí en la ducha.

Dejé que el agua corriera a sus anchas. Por la espalda, por mis pechos hinchados, por el abdomen que empezaba a abultarse. Sin embargo, el calor no me quitó el extraño escalofrío. Me acaricié la tripa mientras me enjabonaba, como queriendo decirle a aquella pobre criatura a la que tanto temía que no tenía nada que ver con ello. No era ella. El culpable era el olor que desprendía el extraño manuscrito que había recibido. Aún me quedaban quince o veinte páginas por leer, pero no me hacía falta terminarlo para contar con la certeza. Esas memorias eran patrimonio del diablo. Poseían un tufo nauseabundo; un poderoso aroma a verdad.

Es difícil de explicar, y más aún de creer, pero así suele ser la verdad. Porque yo sé que todo lo que digo es cierto.

En las raras ocasiones en que estoy sola y dispongo de tiempo para pensar, me planteo lo que soy. En crudo, sin anestesia. Invariablemente, poco importan ahora las sendas mentales recorridas, llego a la misma conclusión: una aficionada, eso es lo que soy. Pasen los años que pasen, aunque me ampliaran a siete el número de vidas, como a los gatos, nunca pasaría de aprendiz. Sí, una principiante: aspirante a tantas cosas que bien puede decirse que soy una aprendiz de nada.

Siento seria envidia de aquellos afortunados que pueden decir, con verdad, que dominan alguna suerte de arte o de saber; alguna ciencia o una parte de ella. Envidio al zapatero a quien no se le resiste una sandalia, el asa de un bolso viejo o la costura de unos náuticos. Se me van los ojos tras aquel que lo sabe todo sobre las amebas o sobre el cultivo del champiñón o sobre los australopitecos.

Puede que ellos no sean más felices que yo, que es lo que, en suma, importa. Puede que nunca triunfen, ni conozcan el aplauso o la fortuna, pero siempre les quedarán sus amebas o sus champiñones o su cráneo de australopiteco; sobre eso, nadie les toserá. Nunca notarán esa nube de inquietud que emerge cuando dudas sobre la exactitud de tu respuesta, la misma que invadía mi rostro cuando era niña y el profesor de matemáticas me sacaba a la pizarra a resolver una ecuación (sencilla, yo no pasé de las dos incógnitas). Recuerdo que, torciendo el gesto, me hacía volver al pupitre y me decía: «Las matemáticas son una ciencia exacta, señorita MacHor. Exacta, precisa, elegante y pulcra... Se puede dudar de todo menos de las matemáticas.»

Desconozco si hay ciencias como ésa. Pero sé que el derecho que cultivo no es exacto, ni pulcro, ni probablemente elegante. Y todo eso me impide decir que lo domino. La ley no es un champiñón, ni una ameba, ni un cráneo de australopiteco que datar con carbono 14. La ley es la ley, y yo, Lola MacHor, sólo una aprendiz.

¿Y qué decir de mi otra profesión? Mis hijos hablan casi siempre lenguaje de australopiteco y me miran con cara de ameba. Debí de perderme algún cursillo sobre cómo educar sin estar educado. Ahora, muchos años después, sigo siendo incapaz de discernir qué cosas son propias de una buena madre y cuáles no. Sé poner —y quitar— pañales. Cocino albóndigas y todo tipo de pasta. Puedo velar noches enteras y consolar a los que lloran... Todo eso es fácil, simples ecuaciones de única respuesta: $x=2$, ¿cuánto vale x ? Pero ¿qué decir de todo lo demás? Sólo que aprendo mientras decido, como un profesor de pacotilla. Sin ensayos clínicos, ni pruebas de laboratorio. Sin memoria ni experiencia.

Y si me salvo más que el resto, no es por lo que estudio los asuntos (que lo hago, largamente), ni tampoco por lo que me trabajo a mis colegas o a mis

hijos (eso lo hago poco, debería insistir, o al menos proponérmelo); si algo me salva es mi instinto. Cuando aquel periodista me preguntó, debería haberle respondido que sí, que tengo ese don. He nacido con él y crece conmigo.

Hay gente que sabe dibujar, y personas a las que nunca se les mueren las plantas. A otros, los poemas les brotan directamente de la pluma. Los hay que corren como gacelas o cazan como leonas. Yo huelo mentiras, cosas ocultas, dobleces; vacíos, artificialmente llenos. Los huelo, los percibo. Es como un sexto sentido que se despierta sin yo incitarlo, sin advertirlo. No lo domino, ni lo controlo y, por descontado, no me obedece. Pero está ahí, y con el tiempo he aprendido a hacer caso de ese extraño escalofrío que me sube por la espalda hasta morir en la nuca. Aun siendo una simple meritoria, sé fehacientemente cuándo uno de mis hijos me miente. Y, naturalmente, sé cuándo lo hace un abogado defensor, o un acusado, aunque tengan costra.

«No, no y no. ¡Otra vez, no!», me dije y, como siempre que me ocurre algo así, ensayé inyectar algo de racionalidad científica a la oscura noche. No pude. El olor saltaba desde cada escena. Ese tal Rodrigo, fuera cual fuese su nombre real, era un asesino. Y buscaba a su sexta víctima. Naturalmente, saqué la única conclusión posible: debía evitarlo. La pregunta siguiente, la del millón, era cómo. Porque, para lograrlo, tendría que convencer a la policía. Y no lo tenía nada fácil.

Como corresponde a quien trata con gente que miente más que habla, habitualmente esos funcionarios son susceptibles y desconfiados. Cualquier policía sabe que la ficción supera con creces a la realidad. De hecho, si yo tuviera que escribir una novela negra, jamás me retiraría al sosiego de una isla desierta donde pudiera imaginar situaciones dantescas. Invitaría a un café con bollo (lo del bollo es esencial: estoy convencida de que el azúcar desata la lengua) a un policía o a un fiscal de cualquier ciudad mediana española y le dejaría hablar. Sería más que suficiente.

Los miembros del cuerpo de policía han investigado y presenciado situaciones insólitas, inverosímiles, esperpénticas (yo, sin ir más lejos, recuerdo siempre a un hombre de ochenta y cinco años de edad, con un temblor que podría catalogarse en la escala Richter, quien, en un arrebato, trató de matar a su mujer, de ochenta y tres e impedida, con un tenedor de

postre. Acabó muriendo porque ella, más o menos al quinto puyazo, se levantó milagrosamente de la silla de ruedas en la que llevaba diez años postrada y a él le dio un infarto). Sin embargo, vean lo que vean, los policías siguen aferrándose a la lógica. Supongo que por instinto de supervivencia necesitan considerar que la sociedad está gobernada por un cierto orden racional. Por eso, cuando escuchan relatar una locura dicen, simplemente, que es una locura... Hasta que las pruebas digan lo contrario.

Conociendo el percal, sabía que en cuanto contase que mis datos procedían de un extravagante relato, que bien podría haber salido de la pluma de Stephen King, y que mi fuente era un ciudadano anónimo que me había hecho llegar un manuscrito dejándomelo en la recepción de un hotel donde nadie sabía que me hospedaba, pondrían esa cara de póquer que tan bien conozco. Pese a lo que la gente pueda pensar, no me mandarían a paseo. No lo digo por la toga, sino porque rara vez lo hacen: suelen ser educados y están obligados a escuchar todos los relatos, por muy estrambóticos que parezcan. No me despedirían por las bravas, pero tengo por seguro que dejarían de escucharme. Salvo que aportara alguna prueba. Y tenía que reconocer que pruebas, lo que se dice pruebas, no tenía ninguna. Únicamente mi olfato. Éste me decía que las evidencias estaban allí, en el relato; cerca, pero ocultas a la vista. Aunque no sabía reconocerlas.

Pruebas. Necesitaba pruebas, evidencias, indicios al menos, que los convencieran y, de paso, reafirmaran mis intuiciones de meiga de Bilbao. Y eso no resultaba sencillo. Rodrigo era un nombre ficticio. Y lo más probable era que su psiquiatra tampoco se llamara Ernest Wilson ni tuviera consulta abierta en la Quinta Avenida. Debía de haber mucho de verdad en ese relato, y también muchas cosas fingidas, inventadas. ¿Cómo separar el trigo de la paja, cómo aventar aquellas páginas? No tenía ni idea, pero por algún sitio tenía que empezar.

Si fuera Sherlock Holmes... ¿Qué haría si estuviera en sus pantalones? Él jugaba con ventaja: no necesitaba sabueso, tenía al buen doctor Watson. Yo no contaba con nadie, ni siquiera con un perro rastreador.

En un instante, uno de esos infinitesimales en los que la mente se vuelve lúcida, caí en la cuenta de que poseía uno de los mejores, uno que hubiera sido la envidia del inglés. A toda prisa, abrí Internet y me lancé en brazos de

Google, el mejor de los sabuesos. Mejor que un otterhound, un poitevin o un artesiano. Éstos rastrean piezas entre la maleza, olfatean, buscan, pero en una sola dirección, guiados por el olfato y la vista. Google tiene ojos y oídos en cada uno de sus chips.

Google. No deja de sorprenderme lo que contienen sus tripas de metal. Conectarte es como zarandear una colmena. Inmediatamente, miles de entradas se abalanzan sobre ti hasta lograr hincharte la cabeza y obligarte a vomitar datos. Basta con saber la palabra mágica. Pero yo no la sabía. Tenía un psiquiatra desconocido, un asesino con apodo y cinco supuestos crímenes... Pero ninguna pista.

Sin embargo, estaba convencida de que la clave estaba allí, ante mis narices. Nadie es capaz de ocultar completamente su rastro tras las letras de molde. Escribir es una acción y las acciones siempre arrastran al actor; como las almejas, la arenilla; como los dedos, la huella. Poco importa lo que se escriba o cómo se escriba. Toda letra está firmada. Tiene ADN.

El papel funciona como una red. El aparejo recoge los peces gordos pero deja escapar los chicos. Al escribir, se te cuelan los pensamientos íntimos, se transparentan tus manías, tus dejes (¡cuántas veces escribo «grosso modo»!) y, por encima de todo, asoman tus defectos. Bien si humildemente los pones de manifiesto, bien si, soberbio, tratas de enterrarlos y de hacerte pasar por lo que no eres, el papel es poroso y te traiciona. Parte de la identidad de tipo estaba allí. Debía de haber algo —quizás mucho— de verdad en aquel relato, algún hilo del que yo pudiera tirar.

Pero ¿cuál? El Rodrigo al que yo buscaba, antes de realizar indagación alguna, habría descrito un procedimiento, con cronograma y fases, y, por supuesto, sin perífrasis. Pero yo carezco de ese magnífico don llamado orden y, para más datos, desconozco el valor de la paciencia. Por eso, me puse de inmediato a apretar teclas y a analizar qué salía de la colmena.

Por si acaso, empecé por buscar al doctor Wilson entre el listado de psiquiatras con consulta abierta en la ciudad de Nueva York. Sin comentarios. Se te quitan las ganas de visitar la Gran Manzana al contemplar la longitud de la lista, ingente. Parece un asunto de salud pública, una epidemia. Como si el ambiente fuera tan peligroso, tan nocivo, tan tóxico que cada neoyorquino necesitara uno o varios vigilantes mentales de cabecera.

Pese a la inmensidad del océano de psiquiatras, psicólogos, alienistas, neurólogos y demás especialistas (incluí en la búsqueda los términos «mago», «médiu», «adivino», «vidente» y «quiromántico», por si acaso), no encontré a ningún Ernest Wilson. Había varios Ernest, que no se apellidaban Wilson. Y el único Wilson que encontré era una mujer.

Finalmente, me rendí a la evidencia: debía restringir la pauta, so pena de perderme.

¿Qué sabía yo de aquel médico? Según Rodrigo, su consulta era prometedora, asesoraba a la policía criminal de la ciudad, realizaba perfiles criminales y colaboraba con el ejército de Estados Unidos. El ejército yanqui es, para los propios, una institución totalmente velada: cuestión de Estado, donde no se puede hurgar. ¿Y qué decir de alguien que se ocupa de sus cloacas, de los soldados que vienen mentalmente tarados del combate? Su opacidad sería completa. No merecía la pena intentarlo siquiera. Pero quizás con la policía científica tuviera más suerte. Podía llamar a algún colega de la Audiencia y pedirle que se pusiera en contacto con algún juez o político de Nueva York y le dijera... ¿Qué podía decirle? En realidad, lo único que podía hacer era mentir. Algo así como: «Estoy buscando un experto en perfiles criminales, ¿contáis con alguno bueno? Tenemos un asesino suelto», o quizás: «Estoy organizando una conferencia internacional sobre la criminalidad, necesito un psiquiatra con mucha experiencia, ¿podéis darme una lista de los que colaboran con vosotros?».

Si me la facilitaban, cosa que dudaba, podría comprobar en qué universidades habían estudiado, dónde habían trabajado y cuándo se habían doctorado. Era probable que Rodrigo mintiera, pero podría no haberlo hecho.

La idea me tentó durante unos segundos, pero la deseché enseguida. En los Estados Unidos de América, la mentira se cataloga entre los peores pecados sociales. Si la policía anda por el medio, mucho más. Mejor no arriesgarse. Necesitaba algo más concreto. Todo eran meras suposiciones. Muchas ideas y ningún criterio para discernir, entre las cosechas, aquella de la imaginación. Nada concreto, nada consistente. Mi investigación parecía un problema aparentemente insuperable, pero estaba dispuesta a buscar su punto débil. Porque, seguro, lo tenía. Probé con Rodrigo. ¿Ante qué tipo de persona estaba? ¿En qué entorno se movería? ¿Habría ejercido de verdad como

broker? ¿De qué agencia? No lo sabía, no sabía nada de aquel hombre. Salvo que era un varón (ninguna mujer habría escrito aquello en esos términos).

Estuve meditando largo rato, dando vueltas por la habitación, sin llegar a ninguna conclusión. No se me ocurría nada. La cerveza fría del minibar volvió a tentarme. Pero no cedí. En una de esas vueltas, me fijé en que había un libro sobre la mesilla de noche. Me acerqué. Era una Biblia. Curioso, en España esa costumbre no está generalizada. Estaba bien encuadernada. La abrí para comprobar qué grupo religioso se había tomado la molestia de costearla y convencer a los dueños del hotel de que permitieran dejarla allí. Presbiterianos. Abrí el volumen por la mitad. Evangelio según Mateo: «Por sus frutos los conoceréis», leí. En ese mismo momento, se me encendió la luz. Agradecí infinitamente a aquellos anónimos ciudadanos su contribución a la causa. Me dieron la clave: estaba yendo en dirección contraria. Me había propuesto buscar al hombre, obtener un perfil del asesino, cuando debía comprobar sus frutos: confirmar que aquellos crímenes habían tenido lugar.

Parecía un tipo orgulloso, soberbio incluso, de los que no se esconden. Esos especímenes disfrutaban narrando sus hazañas. Rodrigo ocultaría o falsearía los detalles si estimaba que podían perjudicarle. Estaba claro que no quería que le pillaran. Había manejado bien la realidad y había salido impune. Luego, había intentado hacer lo mismo con la escritura. Sólo daba datos reales de aquello que no pudiera comprometerle; en lo demás, se callaba.

¿Qué datos concretos ofrecía?

Hasta donde había leído, hablaba de cinco asesinatos: tres mujeres y dos varones. De los cinco, dos eran de raza blanca, otros dos negros y la última asiática. Los escenarios estaban dispersos por el mundo: África, América, Asia, Europa Occidental y la antigua URSS... Repensé el tema. Todos los emplazamientos eran suficientemente grandes, y las víctimas suficientemente anónimas, para que un asesinato pasara desapercibido. Por ejemplo, el drogata de San Petersburgo... ¿Cuántas personas debían de morir en esa ciudad en una semana cualquiera? Si no por un ajuste de cuentas, como consecuencia de un robo o de una sobredosis. Habría dado lo mismo decir San Petersburgo que Moscú, Kiev o que muchas otras ciudades. No tenía por qué haber mentado. Los demás casos eran similares: un capo de poca monta en Johannesburgo; una camello en San Francisco; una prostituta en

Vietnam... Quedaba la indigente francesa. De ese asesinato, Rodrigo había proporcionado pocos datos. De hecho, recordé que cuando el doctor Wilson le preguntó por el emplazamiento exacto, su reacción fue de enfado. Sólo había afirmado que era una pequeña ciudad del sudeste de Francia.

Una típica ciudad. «Habrán miles», pensé.

Me equivocaba. Google aseguró que no pasaban de cien. Aun así, debía encontrar un hilo suelto o me volvería loca. ¿Qué más tenía?... En realidad, nada. Nada, salvo que Rodrigo mencionaba que había aprovechado el barullo de la ciudad en fiestas para perpetrar su crimen. Si se reunía con el psiquiatra en la segunda quincena de cada mes, debía buscar una localidad que celebrase las fiestas patronales antes del día 15 de septiembre. Nueva búsqueda. Con esa restricción, las referencias se redujeron a treinta y dos. Demasiadas todavía. Me llevaría días comprobarlas todas. Necesitaba añadir algún discriminador.

Volví a repasar el texto. Sabía que algo se me escapaba. Algo que, tras llamar mi atención, había olvidado. Hube de leerlo tres veces para encontrarlo, pero lo hice. «*Calissons*.» El relato decía que la mendiga se había indigestado con el dulce local: *calissons*, elaborados con melón.

Me volví a conectar a Internet. Lo más preciso habría sido decir que me lancé a la red con el ansia con que el yonqui de San Petersburgo se precipitó hacia la bolsita con la heroína que Rodrigo le ofrecía. Para mi desgracia, el dulce era típico en varias localidades, pero sólo una de ellas tenía un volumen de población que casara con el indicado en el texto: Aix-en-Provence.

Busqué datos del lugar. Nada más contemplar imágenes de sus callejuelas, el encanto de sus plazas y la belleza de sus iglesias, supe que lo había encontrado. Sin duda era el sitio. Cerré los ojos y me imaginé a Rodrigo recorriendo el barrio antiguo, mirando a diestro y siniestro, a la caza de su víctima número uno. Le vi en las puertas de la antiquísima iglesia de Saint-Jean-de-Malte, en el barrio de Mazarin, con los monjes en la calle, ofreciendo gratuitamente sus dulces. Le imaginé mientras se paseaba por Cours Mirabeau, husmeando entre los muebles y antigüedades, y por la plaza de la Madeleine, comprando un poco de salchichón y de queso y lavanda para regalársela a su psiquiatra. Ante cualquiera que no supiera de sus intenciones, pasaría por un turista más, disfrutando del arte y la fiesta.

Localicé los diarios de la zona; había dos principales. Entré en la web del primero de ellos y comprobé en su hemeroteca el número correspondiente al día posterior a la fiesta. Los dulces preparados por los hermanos de la Orden de Malta ocupaban la portada. Al parecer, había hecho mucho calor, y la temperatura había estropeado los *calissons* que gratuitamente repartían los monjes. Los vómitos y diarreas habían colapsado los servicios de urgencia de los hospitales de la zona y levantado la ira de los comerciantes, que nunca habían visto con buenos ojos la intrusión de los monjes, que calificaban de competencia desleal. Aunque todos los pacientes habían sido dados de alta en pocas horas, la noticia siguió ocupando portada los dos días posteriores. Durante el resto de la semana, se redoblaron las críticas, pero no hubo referencia alguna a una mendiga muerta.

Empezaba a aburrirme de los *calissons*, los comerciantes y los monjes, cuando lo vi. Era una noticia escueta, de apenas veinte líneas, en el fondo de la página de sucesos.

Hallan el cadáver de una indigente en el interior de una granja en ruinas situada al sur de la ciudad. Llevaba muerta al menos tres días. La mujer, identificada como Carlota Firenne, de treinta y seis años y natural de Calais, era conocida en la ciudad: además de mendigar, había sido detenida en dos ocasiones acusada de pequeños hurtos. El cuerpo presentaba un considerable hematoma en la cabeza. Practicada la autopsia preceptiva, los equipos forenses afirman que recibió un golpe con un objeto contundente que le provocó la rotura de las arterias meníngeas, con la consiguiente hemorragia interna. Las autoridades no disponen de pistas, pero aseguran que las luchas entre indigentes por el control del territorio son conocidas desde antiguo.

Consulté la otra cabecera. Recogía la noticia, más o menos en los mismos términos.

La leí tres veces. ¡Dios mío, lo que contaba era verdad, mi intuición no fallaba! Empecé a pasear por la habitación. Idas y venidas, cada vez más nerviosa. Tenía que hacer algo. O hablaba pronto con alguien o me estallaría el corazón. Sin embargo, era tarde: pasaban unos minutos de la una de la madrugada. Entonces, me acordé de mi marido. Es de los que reviven por las noches, como los vampiros. Estaría despierto. Jaime. Me di cuenta, con un punto de remordimiento, de que había quedado en llamarle al volver de la cena, y no lo había hecho.

Marqué su número. Respondió enseguida.

—¡Lolilla, vaya perdona estás hecha! No me digas que acabas de llegar.

—No, llevo ya un rato en el hotel.

—Ya veo cómo me echas de menos: has tardado una eternidad en llamarme.

—Lo sé, perdona, es que ha ocurrido algo.

Le expliqué la llegada del extraño manuscrito y, grosso modo, su contenido. Cuando iba a contarle mis hallazgos en Internet, me atajó:

—Alto. No quiero oír ni una sola palabra más, ¿me oyes?

—Pero Jaime...

—Nada de peros. Ya tenemos bastantes líos en la vida corriente para que tú te tomes en serio todas las tonterías con las que te tropiezas.

—No digas eso...

—Mira, Lolilla, hay tipos muy raros por el mundo; tíos que pueden hacerte daño, pirados. Dime, ¿quién envía un texto así a una habitación de un hotel barcelonés a una jueza que vive en Madrid?

—Te entiendo, yo también lo he pensado, y creo saber por qué ha sido: te dije que tenía que asistir a una rueda de prensa, ¿recuerdas?

—Recuerdo.

—Pues en ella un periodista me preguntó por los asesinos globales y por la intuición de la policía. Parte de lo que contesté está recogido en la nota... Lo que creo es que ese tipo vio la televisión y me envió el material con un mensaje.

—Más a mi favor: se trata de un pirado. Por cierto, ¿cómo sabía dónde encontrarte?

—Estoy alojada en el mismo hotel donde se celebra la conferencia, y donde tuvo lugar la rueda de prensa. Es la práctica habitual.

—Y ahora mismo está en la puerta de tu habitación, esperando a que te duermas para entrar y cortarte en pedacitos... ¿No te das cuenta de que te metes tú misma en la boca del lobo?

—Yo no he hecho nada...

—¡Leerlo y crértelo! Eso es lo que has hecho. Quedarte hasta la una de la madrugada leyendo tonterías en vez de llamarme. Porque todas esas cosas no son más que patrañas...

—No es cierto. He consultado Internet. Me ha llevado un rato, por eso he tardado en llamarte, pero he comprobado que uno de los asesinatos descritos es real. Se trata de su primera víctima, una mendiga que vivía en el sur de Francia. Ocurrió de verdad, y tal como él lo narra, ¿lo entiendes?

—¡Por Dios, Lola, eres inteligente para algunas cosas y tonta del bote para otras! ¿No te das cuenta de que todo el mundo tiene acceso a Internet? Ese tío se ha atribuido lo que leyó en un periódico. Estoy seguro de que podrás encontrar allí el resto de los supuestos crímenes... Es un chalado, Lolilla, nada más que eso.

Me quedé petrificada. No había pensado en esa opción; muy lógica, por cierto.

—Lolilla, ¿sigues ahí?

—Sí, estoy pensando en lo que dices...

—Tengo razón, es un loco que busca fama. Olvídalo.

—Pero hay algo en esas páginas... Algo real. No sé cómo explicarlo...

—No empieces con tus brujerías, Lola. Ya has fastidiado bastante con ellas en el pasado... Olvídalo. Por cierto, esta mañana dijiste que tenías algo que contarme. ¿Era esto u otra cosa?

¡Las rayas! Con el jaleo, las había olvidado. Tragué saliva. Tenía las palabras en la boca pero no fui capaz de hacerlo.

—No tiene importancia.

—Cuéntamelo de todos modos.

—Lo cierto es que estoy cansada. Hablamos mañana, ¿vale? Tenemos que dormir.

—¿Te has enfadado porque te he llamado bruja?

—No... No demasiado.

—Entonces, ¿qué te ocurre? Estás muy rara.

—Cansancio, eso es todo. Mañana hablamos.

Me habría gustado poder llorar. «Llorar, llorar y llorar», como la canción. Ni siquiera conseguí derramar una lágrima. Con un punto de amargura, volví a atacar el minibar: esa vez, tomé cacahuetes con la cerveza. Finalmente, previa visita al cuarto de baño (sin novedad), regresé a la cama.

«Premenopáusica embarazada y cobarde persigue a asesino de ficción en la red.» Creo que ése fue el último pensamiento que fui capaz de hilvanar

antes de quedarme dormida.

Pero el sueño no duró mucho. El remordimiento es peor que el dolor de estómago, e igualmente te impide dormir. Tenía que decírselo, pero no sabía por dónde empezar. Me sentía como una traidora, mercadeando con información confidencial. No podía esperar, pero era muy tarde. Encendí la luz de la mesilla. La primera imagen que recibí fue la de la pantalla del ordenador, abierta sobre la mesa. Era una posibilidad. Un método frío, aunque también lo es el teléfono. Y resulta eficaz. Me decidí enseguida, pero me costó expresar lo que quería decir. Acabé cuando el hotel se desperezaba, justo a tiempo de inaugurar un magnífico bufet que, sin embargo, no probé.

Mi muy querido Jaime:

Son las cinco y media, y no puedo dormir. Estoy levantada, contemplando la pantalla del ordenador. El cursor parpadea en rojo. Lo veo. De hecho, tengo los dedos sobre las teclas, pero no acabo de pulsarlas. Antes he estado un rato mirando por la ventana que da al jardín, esperando a que saliera el sol, aunque aún es temprano. La ciudad parece un sembrado de luces cubierta por un velo de niebla. Desde aquí, el mundo parece pacífico. Como si la palabra «problema» no se hubiera descrito. Pero alguien lo hizo, hace tiempo.

No te escribo para hablarte del día ni de Barcelona. Lo hago porque debo pedirte perdón. Enseguida. Te mentí hace un rato, cuando hablamos por teléfono: sí que tengo algo que contarte. De hecho, he intentado hacerlo varias veces pero, por distintos motivos, no ha podido ser o no me he atrevido. Ni siquiera sé si voy a conseguir acabar este e-mail.

A estas alturas, creía estar suficientemente curtida para enfrentarme a circunstancias adversas, pero compruebo que no. Estoy asustada. Ha sido tan inesperado que no he conseguido asimilarlo. Me he esforzado, lo prometo, pero no he sido capaz de tragarme el miedo y estar a la altura de esas dos rayas. Y he hecho lo que hago siempre, estrategia del avestruz: meter la cabeza en el trabajo y en las rutinas (ya sabes lo cuadrículada que soy). Ojos que no ven...

No sé cómo lo conseguí. Sería falso decir que reuní el valor suficiente. No reuní nada de nada, pero sin saber por qué fui al médico. La consulta

olía a limón, pero sus aparatos eran como los de esos sitios, metálicos y amenazadores. Todo lo que podría haber pensado ya estaba pensado. El médico se limitó a confirmarlo.

Quisiera salir corriendo. Incluso el doctor San Sebastián me lo ofreció, pero no puedo. Confieso que una extraña inquietud que nada alivia se ha apoderado de mí. Sé que hago lo correcto, pero tengo el alma descompuesta, como si, tras un golpe seco, se hubiera hecho añicos. Ahora ya lo sabes. Me alegro. Pero te pediría que no hablásemos de ello todavía. Los hombres veis estas cosas de forma distinta. Dame un poco más de tiempo. Necesito pegar los trozos.

Te quiero.

LOLILLA

No quise releerlo. Es mejor no tocar las cartas, dejarlas como salen: san Antón o la Purísima Concepción. Apreté la tecla de enviar. Miré el reloj. Había tardado una hora en escribir una veintena de líneas. Decidí darme otra ducha bien caliente.

Bajo el potente chorro, involuntariamente volvía a lo escrito. Al contenido y, curiosamente, a la última palabra: Lolilla. Había escrito mi nombre al final del *e-mail*. ¿Por qué? Jaime ya sabía quién firmaba. Tampoco era tan grave, pero seguí obcecada con el detalle. Visualizaba mi firma sin parar. Algo se abría paso en mi cerebro.

Salí casi sin quitarme el jabón: acababa de descubrir qué ocurría. Corrí a por el manuscrito y pasé hoja tras hoja hasta dar con lo que buscaba. Allí estaba; mi subconsciente no lo había echado en saco roto: Rodrigo había firmado su obra. No había leído ese dato en los periódicos consultados. Necesitaba contactar con la policía y que me confirmaran ese extremo. Si esa firma existía, tendría una prueba irrefutable de que mi intuición era sólida. Inmediatamente, el nombre de Juan Iturri acudió a mi mente.

Iturri es un viejo amigo, antiguo policía español. Actualmente trabaja para la Interpol. Hemos llevado varios casos juntos, nos conocemos bien y nos apreciamos mucho. Pensé que, para un inspector de la Interpol, aquella averiguación sería un trámite sencillo. Dudé unos instantes, pocos, lo reconozco, y le llamé.

—¡Lola MacHor, qué alegría! Supongo que tendrás un cadáver para mí, si llamas a estas horas.

Su voz sonaba extraña. Supuse que le había despertado.

—Uno no, cinco —respondí.

No me escuchó.

—¿Te das cuenta, Lola, de cómo utilizas a la gente? Lo haces con extrema amabilidad, e incluso pidiéndolo por favor, pero tratas a la gente como si fueran clínex.

Sin saber cómo responder a aquel exabrupto, sólo pude decir:

—Lo siento, Juan; no quería molestarte. Llamaré en otro momento.

—¿Sabes por qué tienes tan pocos amigos? Porque sólo los buscas cuando los necesitas. Siempre corriendo detrás del tiempo...

—No sé qué decir, Juan, no esperaba que mi llamada te importunara...

—¿Cuándo hablamos por última vez? ¿Hace seis meses? Me preguntaste por un narco colombiano asentado en Marbella, creo recordar. ¿Y la anterior? Unos meses antes, por algún asunto que preocupaba a otro colega...

Aquella bronca no era propia de Juan Iturri. Comenté:

—¿Estás bien, Juan? ¿Te ocurre algo? Tu tono de voz... En fin, no suena bien.

—Regular, Lola. Estoy ingresado en un hospital de Barcelona. Ayer me quitaron unas piedras de la vesícula. Dijeron que era una operación menor. Laparoscopia, un día y a casa. Pero ha pasado algo con la anestesia. Y estoy hecho unos zorros...

—¿Quién te acompaña?

—Al habla el lobo solitario... Te tengo que dejar, otra vez estas ganas de vomitar.

—¿Cómo se llama el hospital? También estoy en Barcelona; iré a verte.

Salí del hotel con la cara lavada y perdiéndome el impresionante desayuno bufet que anunciaba la propaganda. En realidad, Juan tenía razón. Cuando necesitaba algo o me sentía sola, su nombre venía a mi cabeza. Y eso no era de recibo.

Le encontré bien, aunque presentaba un aspecto descuidado, restos de

cansancio y un color macilento. Sus preciosos ojos verdes carecían de brillo. Estaba en un hospital privado, habitación individual. La estancia era amplia y estaba decorada con gusto: paneles de madera clara y metal. Sin embargo, el olor dejaba mucho que desear. Lo primero que hice fue abrir la ventana, todo lo que las medidas de seguridad me permitieron. Luego rebusqué en el bolso hasta dar con una de las muestras de colonia que suelo llevar. Le rocié con ella el pelo y le peiné con los dedos. La habitación se llenó del perfume dulzón.

—Gracias por venir, Lola. Estás estupenda...

—No puedo decir lo mismo, inspector. Tienes que trabajar menos y dejar que te cuiden...

Siguió mirándome fijamente. Lo hace a menudo, aunque sabe que me pone nerviosa.

—Te noto distinta.

—La edad, que no perdona —respondí sin pensar.

—No, al contrario; te veo más joven... Se trata de otra cosa. —Me sorprendí. Jaime llevaba semanas viéndome mañana, tarde y noche y no lo había notado. Juan lo captaba al primer gesto—. Dime, ¿qué te ocurre?

—Tú eres el convaleciente. No me mires a mí —respondí, evasiva.

—Déjate de tonterías, que nos conocemos.

No lo dudé un segundo más. Las palabras se me habían enroscado en la garganta al hablar con mi marido. Sin embargo, con Iturri salieron sin ayuda.

—Estoy embarazada.

—¿Embarazada? No sabía que se podían tener hijos a los cincuenta.

—Todavía no llego a cincuenta y, por lo que se ve, se puede.

Me contempló unos segundos, muy serio. Luego formuló la misma estúpida pregunta que todo el mundo:

—¿Lo vas a tener?

Le miré con rencor y me mantuve en silencio. ¿Cómo era posible que toda la gente con la que hablaba me recomendase salir corriendo? Se incorporó.

—¡Lo vas a tener! ¡Lola, la brava! ¿Te has parado a pensar en los riesgos?

—El médico me ha informado de algunos, sí. Pero ¿qué no hay

arriesgado en esta vida? Mira cómo estás tú y no eran más que unas piedrecillas en la vesícula, que, según mis noticias, es un órgano minúsculo.

—¿Qué opina Jaime?

La pregunta me pilló descolocada. No le pude mentir. Inconscientemente, busqué el bolso con la mirada. El móvil no había sonado, pero a aquella hora mi marido debía de haber leído el *e-mail*. «Quizás Internet esté colapsada. Lo verá en el CSIC», pensé.

—No lo sabe... aún.

—¿No le has dicho a tu marido que estás embarazada? No lo entiendo, ¿por qué? ¿Algo no va bien entre vosotros?

Me encogí de hombros. Era incapaz de pronunciar una sola palabra.

—Lola...

En sus labios, mi nombre sonó dulce, su voz era tan acogedora que no pude resistir y me eché a llorar. Lloré hasta agotar las lágrimas y luego volví a llorar. Lloré todo lo que habría querido llorar antes y no había podido. Si me contuve fue porque noté en su gesto que le atacaban de nuevo las náuseas. A toda prisa, me limpié los mocos con la manga del jersey y le acerqué la palangana: su color se aproximaba al verde musgo.

Ya no le quedaba nada en el estómago. Vomitaba bilis, lo más desagradable. Yo no podía hacer nada productivo. Me limité a permanecer a su lado, a sujetar la palangana y a colocarle la mano en la frente. Luego humedecí una toalla y se la tendí. Tenía la barba manchada.

—¿Te apetece un poco de agua? Puedo avisar a la enfermera, si lo prefieres.

—No, nada de enfermeras. Son sólo los efectos de la anestesia. Se me pasará enseguida.

Se echó hacia atrás. Llevé la palangana al baño y me lavé las manos.

—¡Pues vaya pareja de dos estamos hechos! Uno vomitando bilis; la otra, lágrimas... —exclamé en un intento por quitar hierro a una situación que, suponía, le estaría resultando desagradable.

No contestó. Cerró los ojos y permaneció en silencio. Me senté en el sillón de la habitación, imitación de cuero pero bastante cómodo, y le secundé.

Estuvo algún tiempo traspuesto, ignoro cuánto, pero no creo que pasara

de la media hora. Contemplándole en aquel estado de frágil letargo, exhausto, no pude dejar de recordar nuestros primeros encuentros.

Cuando conocí a Juan Iturri, de eso hace más de diez años, era yo la que me hallaba en un hospital. Con la salvedad de que había sido formalmente acusada de un crimen (asesinato en primer grado) y estaba esposada a la cama, custodiada por la policía. Premeditación y alevosía. Una criminal peligrosa. A Iturri, entonces inspector de la policía judicial en Pamplona, le asignaron mi caso. Pese al calor, se presentó arropado por una vieja gabardina, demasiado grande, y unas antiestéticas gafas de pasta marrón cuyos cristales carecían de graduación. Por aquel entonces no llevaba barba y su aspecto resultaba vulgar, descuidado, rozando lo miserable.

Nunca he hablado con él de esos detalles, pero tuve la sensación de que con ese atuendo pretendía pasar por uno de tantos, alguien con el que te topas pero nunca recuerdas. Supongo que la vida de un policía en una zona de terrorismo activo es complicada, y puede incluso llevarte a la paranoia.

Pese a su disfraz, ya entonces su porte exudaba una pizca de extraña elegancia, un no sé qué que me atrapó. Sus facciones eran bonitas, como perfiladas y retocadas por un artista clásico, pero siempre he creído que el quid de su personalidad reside en sus ojos. Recuerdo cómo me fascinó la viveza de su iris, verde fulgurante, y su altanería contenida.

Se comportó conmigo con escaso aplomo. Sus maneras fueron bruscas, torpes incluso y, en muchos casos, rozaron la mala educación. Sin embargo, supe desde que le vi que me sacaría de aquel embrollo, como así fue.

No recuerdo con exactitud cómo comenzó nuestra amistad. Ya por entonces, Iturri disfrutaba atrincherado en su soledad. Creo que por eso espantaba a todo el que apareciera a su lado, barriéndole con su frialdad sepulcral. Yo, que por familia y profesión estoy siempre rodeada de gente, no necesitaba nueva compañía, y mucho menos si se trataba de la de un policía con la delicadeza bajo mínimos. No sé lo que ocurrió, pero lo cierto es que terminé dependiendo de aquel extraño tipo que me sacó de la celda que no merecía. Y, por alguna extraña jugada del destino, el aprecio que comencé a profesarle se volvió mutuo y se fortaleció con el tiempo.

Su disfraz de mal gusto desapareció cuando se incorporó a la Interpol. De la antigua crisálida emergió el nuevo Iturri: abandonó los lentes y se dejó una

discreta barba, que resaltaba más sus preciosos ojos; empezó a vestirse con elegancia, y a adoptar una actitud algo menos distante.

Para entonces, Iturri y yo ya habíamos creado nuestro cosmos particular, un lugar en el que nos sentíamos extrañamente dichosos, en paz, como si en aquel entorno el tiempo se detuviera. Hay quien tiene un compañero de *paddle*, al que sólo ve una vez por semana, pero con el que se siente estrechamente unido. ¿Qué decir de los viejos compañeros de aulas? Una cena al año, en día fijo, pero, llegado el caso, darías la vida por ellos. A Juan Iturri y a mí no nos une el deporte ni los estudios universitarios; nos unen los crímenes.

Soy una pelirroja de mediana edad, educada en las más finas y selectas costumbres, que calza tacones de aguja, viste serios trajes de chaqueta y frecuente cócteles benéficos. Sin embargo, ejerzo de jueza en una sala penal, y me veo obligada a enfrentarme a gentes sin alma, vampiros que viven de los demás, monstruos que vomitan maldades. En ese mundo, Iturri es mi caballero blanco. Y cuando no puedo con mis contrincantes, le llamo. Llega siempre con el yelmo bajado, dispuesto a empuñar su espada y defenderme. Nunca he permitido que nadie me defendiera, soy demasiado orgullosa, demasiado feminista; nunca, hasta que llegó Juan.

Pero un cosmos así resulta de por sí inestable. Me halagaban sus cuidados, su forma de mirarme, la manera de compartir juntos la caza, la batida y el éxito. Y en aquel estado de semiconfusión, hubo un tiempo en que cerré los ojos a lo obvio: que la amistad entre un hombre solitario y una mujer llena de ruidos resulta, al menos, complicada. Sin el efecto de aquella droga en el caso del asesino del número primo, Juan nunca habría confesado lo que sentía. Y yo habría seguido negando lo palmario. Pero él habló y yo escuché. Y todo aquel equilibrio inestable saltó por los aires.

Ahora, sostenemos a duras penas el cosmos, y mantenemos a raya a los fantasmas que tratan de tentarnos. Yo quiero a mi marido y a mis hijos. Y procuro que mi cariño por Iturri se mantenga en una vía paralela, lejos del corazón. No tengo modo de saber qué pasa por su cabeza. Pensé que, tras dejar al descubierto sus sentimientos, y verse rechazado, desaparecería de mi vida. No fue así. Sigue junto a mí, pero en un cariño distante, extraño. Espero, pese a todo, que perviva. Que logremos mantener lo que nos une sin

que ello rompa el lazo que me ata a los demás, especialmente a Jaime.

Finalmente, Juan despertó.

—Lola, ¡sigues aquí!... Perdona, debo de haberme quedado dormido.

Tenía mejor color, y sus ojos habían recuperado parte de su brillo.

—Te hacía falta descansar. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Las arcadas han desaparecido.

Se instaló de nuevo el silencio en la habitación. Noté que me miraba fijamente, y me concentré en el suelo.

—¡Embarazada! ¿Cómo ha podido ocurrir? —me interpeló.

—Eso no importa. Es lo que hay. Y no quiero hablar de ello. Sé lo que me vas a decir...

—Estoy segura de que tú también lo has pensado. En otro caso, se lo habrías contado a Jaime. Dudas, ¿no? ¿Te has planteado abortar?

Tardé en contestar.

—Es mi hijo...

—¡Lola, soy yo! No tienes por qué mentirme.

—De acuerdo, lo admito: se me pasó por la cabeza. Fugazmente, no llegó a un segundo. El médico lo dijo: unos minutos en el quirófano y asunto arreglado. Unos minutos, ¡qué fácil!... Sin embargo, se equivocaba; no son unos minutos ni es tan fácil. Estoy segura de que lo llevaría conmigo toda la vida... Lo noto dentro, ¿sabes?, como al resto de mis hijos. Descubro su presencia, como una sombra. Está ahí, y no soy yo. Está vivo... No puedo hacer daño a otro ser humano, sea quien sea, o sea cual sea su número de cromosomas. Si pudiera escoger, preferiría no tenerlo, pero no puedo, ¿me entiendes?

—Te entiendo, Lola. No te preocupes; si ésa es tu decisión, todos te ayudaremos.

—A veces me pregunto si nacerá bien porque, si no es así, debo buscar a alguien que se ocupe de él cuando yo no esté. Y si está bien... En fin, entonces pienso quién será su madrina de boda. Yo ya me habré muerto o estaré arrugada como una uva pasa...

—Aunque llegaras a tener las arrugas de una pasa, seguirías estando preciosa.

Me sonrojó su comentario. Intenté recuperar la compostura cambiando de

tercio.

—En fin, es mejor dejar de pensar y ver venir al destino.

—Quizás tengas razón. Reitero mi ofrecimiento, Lola: si puedo ayudarte en algo... —Se detuvo un instante. Luego, dijo con voz seria—: De hecho, sí puedo: voy a darte un consejo. Díselo a Jaime. Enseguida. Tiene derecho a saberlo y a ti te ayudará compartirlo con él.

—Gracias por el consejo —susurré, al tiempo que calculaba cuándo leería Jaime el *e-mail*.

De nuevo volvió el incómodo silencio. Finalmente, sonriendo, me dijo:

—¡Mi pequeña Lola, siempre metida en líos! Dime, ¿cómo va el resto de tu vida? ¿Qué estás haciendo en Barcelona?

Respondí con presteza, agradecida por poder velar, siquiera temporalmente, la visión de aquellas dos rayas.

—Asisto a una reunión que organizan los colegas de Cataluña. Sólo un par de días.

—Fuiste tú la que me llamaste, ¿verdad? Tengo la cabeza revuelta. ¿Ocurría algo?

—¡Por Dios, me había olvidado por completo de eso! Sí, te llamé. Necesitaba consultarte algo.

—Espero que no estés enredada en otra conspiración —se burló. Esta vez, el verde de sus ojos brilló con su opulencia habitual.

—No se trata de una conspiración, Juan, pero hay un cierto pastel... Por extrañas circunstancias, ha llegado a mi mano un curioso manuscrito. Parecería una novela, de no ser tan real. —Le resumí lo mejor que supe la situación, sin omitir mis búsquedas en Internet y la respuesta de Jaime—. Por eso te llamaba, para pedirte ayuda.

Me atajó:

—Permíteme que te diga algo, sin que te enfades: los argumentos de tu marido son pura lógica. Un poco de imaginación e información correcta, eso es una novela negra. Es muy posible que el escritor haya leído los datos en algún periódico y luego haya replicado los asesinatos sobre el papel. Por lo que sea, quiere ganar publicidad a tu costa.

—Me conoces, sabes que mi intuición es certera.

—Lo sé, pero no es más que intuición. Se requieren más cosas...

—¡Sabía que ibas a decir eso! La razón frente a mi intuición. Yo también necesitaba convencerme de que primaba la lógica y repasé el escrito. En la letra gruesa, la descripción del primer asesinato está contenida en las noticias de los diarios. Pero el texto ofrece nuevos datos que no figuran allí.

—¿Nuevos datos? ¿A qué te refieres?

—Verás, Juan, el tío ese, Rodrigo, o como se llame en realidad, firma sus obras. Marca con un rotulador los cadáveres; los cataloga empleando números romanos. El de Aix-en-Provence era su primer crimen. Si estoy en lo cierto, ese cadáver debe de tener un número uno pintado en algún sitio. Y el resto de los cadáveres, también. Si la mendiga tiene la pierna intacta, soy una estúpida influenciable a la que un listillo con buena pluma ha tomado el pelo. Si ha sido tatuada, estamos ante un asesino que busca su sexta víctima... Y deberíamos hacer algo para detenerlo. Deprisa: ha de matar antes de que acabe este mes. Hoy es día tres.

Lo pensó unos segundos, que me parecieron horas. El tiempo avanzaba con una lentitud pasmosa. Finalmente, levantó la vista y me dijo:

—De acuerdo, haré unas llamadas. Pásame el móvil.

—¡De modo que me crees! —respondí satisfecha.

Negó varias veces con la cabeza.

—Tú misma lo has dicho: eres una mujer influenciable. Perdona que sea tan sincero, pero es fácil tomarte el pelo. Sin embargo, el detalle que cuentas es interesante. Muchos asesinos en serie se sienten artistas y firman sus obras. Forma parte de sus delirios de grandeza: guardan los recortes de los periódicos en los que se ofrece la noticia de sus acciones, graban los telediarios, hacen fotografías de los escenarios, retocan la colocación de los cadáveres, reivindicán los crímenes, dejan algún objeto que los identifica... En fin, lo investigaré.

Le costó una hora y una docena de llamadas conseguir el informe de la mendiga muerta en Aix-en-Provence. No mencionaba ningún tatuaje casero, pero la exposición era tan escueta que Juan decidió hablar directamente con el médico forense. Le pilló evaluando los daños corporales de una víctima de malos tratos. Tardó poco en recordar el caso; no hacía demasiadas autopsias al año. Un poco más le llevó evocar el minúsculo tatuaje.

—Sí, lo recuerdo. Estaba en la zona gemelar izquierda. Tomé unas fotos

de esa marca, antes de lavar el cuerpo, porque supuse que con el agua desaparecería, como así fue. Busco el informe extenso y se lo envió por *e-mail*. Incluidas las fotografías —dijo.

A aquellas alturas, yo estaba ya fuera de mí. Y, sin esperar a que colgase, empecé a preguntarle detalles al oído.

—Espera, mujer. Déjame trabajar... Perdona, doctor, una cosa más: ¿se le ofreció ese dato a la prensa?

—La prensa no se interesó por el caso. Andábamos entonces medio en guerra civil por causa de los dulces locales. Nada importante, una intoxicación alimentaria, pero éste es un sitio pequeño y el conflicto levantó algunas ampollas. Respecto a la mendiga, ni siquiera se ha reclamado el cadáver. En fin, creo poder asegurarle que no: nadie, aparte de mí, vio ese garabato. No tenía noticia de que pudiera ser importante. ¿Saben ustedes algo que yo desconozca? —preguntó.

—Nada de momento, doctor, pero le informaré si tenemos novedades. Gracias por su ayuda.

En cuanto colgó, estallé:

—¡Qué te había dicho, Juan! Mi intuición es de ley. Y si hay uno, es muy posible que haya más.

Me pidió que le explicara los demás asesinatos. Yo no recordaba todos los detalles, pero sí la mayor parte. Tras escucharme, volvió a llamar a la central de Interpol. Esta vez esperamos más. De hecho, le respondieron cuando la enfermera entró con la comida. Había salido del hotel sin desayunar: hube de esforzarme para no lanzarme sobre la bandeja, al notar el olor a caldo de pollo. Dijo que no tenía hambre, pero la enfermera insistió: «Un caldito y una tortilla francesa no pueden hacerle daño a nadie.» Sin protestar, Juan se incorporó. Le acerqué la bandeja y me quedé allí, salivando. Se lo comió todo, muy a mi pesar. Sólo dejó un currusco de pan y el postre: un yogur. Me los tomé como si estuviera haciendo un sacrificio. «Me molesta que se tire la comida», dije. O algo por el estilo. Nunca he tomado un yogur tan exquisito como aquél. Ni un pan tan sabroso.

La Interpol no había podido obtener datos acerca del crimen de San Petersburgo, tampoco del de Vietnam. De este último país, llegó noticia de una mujer, una prostituta, que había muerto calcinada. La habían rociado de

gasolina y prendido fuego. Pero el cadáver estaba irreconocible. Si hubo algo escrito en su pierna, desapareció en el incendio. Hubo más suerte con las policías de Johannesburgo y San Francisco. Las dos confirmaron que sus víctimas llevaban sendos números romanos grabados en su piel con tinta negra: un cuatro y un cinco respectivamente. Ambos en la zona gemelar izquierda.

Nada más colgar, le dominó ese rictus que yo conocía tan bien. Calibraba la situación.

—Tenemos que hacer algo, Juan.

Contestó con un sonido gutural. Estaba procesando la información recibida. Miré el reloj: se me estaba haciendo tarde.

—Debo participar en una mesa redonda a las cinco... Tengo que marcharme. ¿Estarás bien?

Ni siquiera me escuchó. Mi amigo había muerto definitivamente. El inspector le había suplantado.

—¿Puedes traerme esas páginas? Me gustaría leerlas personalmente. Cuatro ojos ven más que dos. Cuando acabe el congreso, puedes volver y comentamos las posibilidades.

Así lo hice. Cogí un taxi y le pedí que me esperara. Subí a la habitación, recogí el manuscrito e hice el viaje contrario. Volví a pedirle al chófer que aguardara un momento. Dejé el manuscrito en manos de Juan y volví al hotel. Me arreglé a toda prisa y bajé. Me quedaban quince minutos, y sólo pensaba en comer algo.

La tarde en la que recibí el *e-mail* en el que Wilson disculpaba su ausencia en Clyde, me hallaba completamente rendido. Hacía semanas que los malos presagios me maltrataban. Impactaban sobre mi cerebro como rompen las olas sobre la costa en día de marejada. Los borregos de espuma lo llenaban todo y me impedían dormir y hasta comer.

Por la mañana, había pasado un par de horas en el gimnasio, esperando vencer el entumecimiento que me provocaba la misión. Angustia. Quizás el término tensión sea más preciso. Digamos mejor que mi flojera era debida tanto a la tensión como al miedo. Llegaba al cuarto asesinato y, con él, la sangre...

No me preocupaba tanto volver a matar, lo había hecho ya tres veces, como la concurrencia de ese líquido denso y traicionero, el semen del alma. Tenía una corazonada: la sangre me buscaría la ruina; podía dar al traste con un plan impecable. Porque la sangre, ahora lo sé, tiene su propia tarjeta de crédito. Sin límite. Cuando la tocas, pierdes el control. Temía mi comportamiento ante ese tipo de muerte. Temía mi propio fracaso. Sentía, lo reconozco, un irracional pero cerval miedo a mí mismo.

La enfermedad de Wilson y el consiguiente retraso de la misión (disponía de cuatro meses, en lugar de dos) me proporcionaron el respiro que precisaba. Recibí la noticia en casa. Me hallaba tumbado en una de las hamacas de fibra natural situadas alrededor de la enorme piscina de agua salada del jardín. Hay varios grupos de tumbonas allí. Aunque nunca invito a nadie a casa, el arquitecto colocó tres conjuntos; también diseñó un cuarto de invitados, enormes mesas de comedor, y hasta un vestuario femenino. La inutilidad carece de alcance: el ambiente resulta armonioso, y agradable a la vista. Y eso es lo que importa.

Vivo solo. Salvo el matrimonio contratado que se ocupa de tener las cosas a punto (ella limpia y cocina, él arregla el jardín y se encarga de que todo en la casa esté a punto) y que poseen la virtud de hacerse prácticamente invisibles, ninguna persona visita mi refugio. Y tengo la firme intención de que todo siga así.

Según el calendario, el invierno se había despedido. Pero la primavera se hacía de rogar. El termómetro no había subido de los veinte grados. El viento era fresco, del norte. Y la humedad, según rezaba la estación meteorológica colocada en el

solárium, llegaba al 78 por ciento.

Me encontraba cubierto con un grueso albornoz, cuyo cuello cerraba con las manos. Me levanté de un salto, me despojé del albornoz y me lancé al agua. Estaba fría. «Mejor —pensé—. El cambio de temperatura me relajará.» Soy un gran nadador. De hecho, soy bueno en casi todos los deportes. Las mujeres que he tratado, esporádicamente y siempre por breves periodos, se quejan de que mis piernas, largas y rectas, resultan demasiado delgadas. Es cierto, aunque todas terminan reconociendo que poseo un cuerpo envidiable y una fuerza imponente.

Hice cincuenta largos. Luego decidí ofrecerme un descanso bajo los esbeltos caños que bordean la piscina y que la nutren permanentemente de agua. Escogí el último, situado de cara al océano. La piscina tiene un vaso desbordante que refuerza la sensación de encontrarse suspendido en el aire.

Colgado sobre el abismo, reflexioné. Que no iba a ser fácil lo sabía desde el inicio del juego. Pero no pensaba que fuera a resultar tan... tan... ¿Cómo expresarlo? No logro encontrar la palabra acertada. Será porque me estoy refiriendo a muchas cosas a la vez: un cúmulo de estímulos actuando a un tiempo; eso que el doctor Wilson llamaría lluvia de pulsiones. O será porque aquel sentimiento, rechazo y deseo conjuntamente, resultaba tan ignoto que todavía no se le ha puesto nombre.

Y mi propio miedo.

Algunos hombres, sobre todo a partir de cierta edad, temen la impotencia. Mostrarse inútil ante una mujer desnuda, que el miembro no les responda, o no estar a la altura y que su propio estupor les haga flaquear les parece la peor de las vergüenzas. Yo no padezco problemas de erección. Lo que me atemorizaba era que mi voluntad se quebrara cuando apareciera la sangre. Temía que ante esa visión pudiera brotarme la moral. Si eso ocurría, dejaría un testigo, y una misión inconclusa.

Había estado a punto de suceder cuando la mendiga me rogó, me suplicó, que la dejara vivir. En las dos siguientes muertes, mi moral permaneció latente, pero yo sabía que seguía allí. Debía fortalecer mi voluntad. Empezaba la parte más difícil del combate. Porque esta vez buscaría su sangre, como si fuera un vampiro.

Empecé a relajarme. Las fuerzas retornaban. Salí y me dirigí a la cocina. Cogí un cuchillo afilado y me pasé la hoja por el antebrazo. Un rasguño. Profundicé un poco más. La sangre acudió de inmediato a la herida. La toqué. Estaba tibia, pegajosa. Me la acerqué a los labios. Dudé de nuevo. No quería probarla, pero debía hacerlo. Apreté los ojos y lamí la herida. Tenía un sabor especial, metálico. Mezclada con el dolor, la sensación aún resultaba más extraña. De nuevo, la imagen de los vampiros me invadió. Rechacé el pensamiento. Yo no era ningún psicópata.

—Soy un hombre con una misión mística —dije en voz alta.

Busqué una tirita. Mientras la pegaba en el brazo, decidí que lo haría de inmediato, sin esperar a que corriera el tiempo, sin dar margen a mi miedo. Me vestí y acudí a la biblioteca. Se había hecho tarde. El mar estaba precioso, vestido

íntegramente de negro. Lleno de paz y, al mismo tiempo, en plena furia. Como yo.

Extendí el mapa y lo acaricié. Ese tacto encerado... ¡Ah, qué orgía de sentimientos me produce! Contemplé los países, las ciudades, los pueblos... «¡Qué lástima de mundo! —pensé—. Debería trabajar con un mapa del universo, con mil galaxias, al menos... Soy demasiado grande para esta triste tierra mediocre.»

Cerré los ojos y dejé que mi dedo jugueteara a sus anchas. Pensé que el proceso sería largo y tedioso. Que, como en ocasiones anteriores, emplearía noches y días; que la elección me exigiría ayunos y ejercicios redoblados. No fue así. El azar hizo acto de presencia en apenas unos minutos. Al notar que se detenía, despegué los párpados y eché un vistazo.

—¡África! —exclamé.

Me acerqué más al mapa y comprobé cuál era la ciudad más cercana.

—¡Johannesburgo, perfecto! Ni con los ojos abiertos podría haberlo hecho mejor.

Había estado en Sudáfrica. En una ocasión, de eso hará al menos diez años, acompañé a un cliente de la agencia que comerciaba a gran escala con oro. Pero entonces sólo visitamos Ciudad del Cabo. No conocía, por tanto, Johannesburgo. Entré en Internet y busqué páginas que contuvieran datos e imágenes sobre la ciudad. Al abrir una de ellas, mis ojos se dieron de plano con un indescriptible amanecer. Los recuerdos brotaron de inmediato; frescos, como de víspera.

Cuando visité Sudáfrica por primera vez, y me topé con un aeropuerto moderno, con intenso movimiento, lleno de tiendas libres de impuestos e instalaciones idénticas a las que los occidentales estamos acostumbrados, tuve la sensación de no haber salido de casa. Pero en cuanto abandonamos el aeropuerto y nos adentramos en la ciudad, fui plenamente consciente de haber cambiado de continente. La luz (no existe luz similar a la de África), el cielo, que parece una planicie inmensa, de un tono azul distinto de todos los que había visto, la riqueza de colores, olores y sabores... y, sobre todo, los contrastes.

En Ciudad del Cabo coexistían dos vidas que no se mezclaban, como los dinosaurios y los mamíferos, como el aceite y el agua. Por la información que obtuve de Johannesburgo, también allí la vida presentaba dos caras. La rica y opulenta, vital, que habita en guetos mejor protegidos que muchos bancos centrales, y la otra, la de gentes de color que sobreviven en la más absoluta de las miserias, pasando hambre y soportando la criminalidad, pero sin perder la sonrisa.

Ese contraste me ponía las cosas difíciles. Si buscaba a mi cuarto cooperador (esta vez, tocaba un hombre) en el primer mundo, su gente, y la policía pagada por su gente, no pararían hasta dar conmigo. Estaba descartado. Lo que ocurriese en el otro lado a nadie importaba. La esperanza de vida no es muy alta en una chabola. Sin embargo, un extranjero puede durar minutos en un sitio así. Debía extremar las precauciones; diseñar una estrategia factible.

Seguí leyendo. Había varios artículos que hablaban sobre el mundial de fútbol que se celebraría allí en 2010, y sobre el tráfico ilegal y el aumento de sobornos a funcionarios que el evento traería consigo. Lo pensé durante un rato y me pareció

una buena idea. Un pequeño funcionario o un capataz de poca monta se encuentran a caballo entre esos dos mundos paralelos, abriéndome un resquicio por donde colarme. Sólo hacía falta buscar a alguien dispuesto a ser sobornado con garantías.

Entré en varios foros, me identifiqué con un nombre ficticio y escribí: «Tráfico ilegal. Johannesburgo.»

Sorprendentemente, todo parecía ser materia de comercio en Sudáfrica: armas de todas clases, drogas —duras y blandas—, oro, órganos, mujeres, diamantes...

—¡Diamantes, eso es!

Me ocupó toda la noche y gran parte del día siguiente dar con un *e-mail* y, a través de él, con un teléfono. Pertenecía a Zimbabue, pero, tras diez llamadas y varias transferencias, obtuve el número de su contacto en Johannesburgo: un jefecillo de la zona con ganas de prosperar. Sólo necesitó oír la cifra que pensaba invertir para aceptar. Al parecer, el tipo era uno de los vigilantes de seguridad de Cullinan, una de las minas subterráneas de brillantes más conocida del país, ubicada al este de la capital, Pretoria. La explotación es propiedad del Grupo Petra Diamonds, y produce cerca de un millón y medio de quilates al año. En ocasiones, algunos empleados lograban saltarse las medidas de seguridad y llevarse alguna piedra en el bolsillo. No son llamativas: los diamantes sin tallar tienen un lustre graso y no son brillantes. Cuando los cogía con las manos en la masa, requisaba las piedras y los amenazaba con el despido. A algunos los denunciaba (tenía que asegurar su trabajo), pero en otros casos simplemente se hacía con un rehén y se quedaba con las piedras.

Quedé en volar lo antes posible a Sudáfrica. Me preguntó dónde quería que nos citáramos. Lo pensé unos segundos. La respuesta no era fácil. Necesitaba una cierta intimidad si quería abrirle en canal, pero Johannesburgo (Jo'berg, como la llaman los nativos) tiene probada reputación de ser una de las ciudades más violentas del continente, por lo que esa intimidad podía ser tremendamente peligrosa. Finalmente, decidí tomármelo con calma. Le indiqué que, en cuanto pudiese arreglar el viaje, volvería a llamarle y fijaríamos el lugar. Y mientras él aguardaba, yo cogí el primer pasaje que quedaba libre y viajé a Sudáfrica. Así tendría tiempo para planearlo.

Me alojé en uno de los hoteles de lujo que llenan el distrito financiero de Johannesburgo. Allí solicité una guía de excursiones por la ciudad. Contraté todos los recorridos guiados. Los fui descartando uno a uno por distintos motivos: demasiado abiertos, demasiada policía, demasiada gente... Hasta que le llegó el turno a Soweto, un inmenso barrio de chabolas habitado por dos millones de personas, situado al sudoeste de Johannesburgo.

La visita (que incluía el autobús, un almuerzo a base de carne de cordero, pollo y ensalada, la suficiente protección como para poder caminar por la calle sin ser asaltado, violado o asesinado y una buena dosis de mensaje político) mostraba la vida en las entrañas del suburbio: un laberinto interminable de chozas que no alcanzan siquiera el nombre de chabolas, pero cuyos habitantes son

extremadamente amables. Asimismo, ofrecía una parada en la casa de Nelson Mandela, en las antiguas torres de enfriamiento, decoradas con grandes murales, en el Hector Pieterse Memorial, en el Museo del Apartheid y en unos jardines bastante bien conservados que incluían una gran variedad de plantas autóctonas, medicinales muchas de ellas. Todos sitios turísticos. Todos descartados.

Sin embargo, el destino vino en mi ayuda. En los últimos jardines, necesité con urgencia un lavabo: pese a que sólo había bebido agua embotellada, padecía vómitos y diarrea desde el día anterior. El guía me acompañó hasta un bar alejado. Tenía un aspecto siniestro, pero en un patio trasero medio abandonado contaba con un baño exterior (ése era su apellido: su nombre de pila era una letrina tapada por paredes de uralita, sin techo, que no pasaba de tres metros cuadrados). Era un lugar infecto. No se había limpiado en años. De hecho, creo que yo era el primer visitante después de mucho tiempo. Resultaba perfecto. Tomé nota del nombre del local. Y le dije al guía que me había gustado tanto la excursión que volvería al día siguiente.

Llamé a mi contacto esa misma noche. Protestó, no le gustaba la zona y tenía que viajar cien kilómetros, pero no le quedó más remedio que aceptar. En sus primeras frases parecía poseído por el espíritu de algún antiguo dictador. Luego, te dabas cuenta de que eran ínfulas de funcionario de tercera.

Al día siguiente, en el mismo lugar, aseguré al guía que seguía con los problemas intestinales.

—No hace falta que me acompañe. Recuerdo el sitio —le dije.

Al entrar en el cobertizo, un negro gordo y seboso, que sudaba profusamente, me esperaba sentado en una caja de madera que había dentro. Se limpiaba la frente con un pañuelo blanco. Al hacerlo, me dejó ver su reloj de oro y sus múltiples sortijas. Apenas intercambiamos un par de frases.

—¿No había una mierda más gorda? —preguntó en inglés, sin esperar respuesta. Luego, añadió—: ¿Ha traído el dinero?

—Y usted, ¿ha traído mis diamantes?

Se agachó para sacarse algo del calcetín. No se lo permití. Tenía ya el puñal en la mano. Todavía estaba sentado cuando la hoja penetró su abdomen. Hasta la empuñadura. Se quedó petrificado. No pude distinguir bien su gesto, el tono de su piel era extremadamente oscuro. Lo que sí pude percibir fue cómo la sangre teñía su camisa blanca y bajaba por el pantalón hasta desaguar en el asiento, en la tierra, que la absorbió en parte. Volví a hacer presión y elevé el cuchillo, que no encontró resistencia. Esta vez, el líquido subió por mi mano e impregnó el puño de mi camisa. Sentí su tacto pringoso y se me revolvió el estómago. Extraje el puñal. De la herida, un chorro agudo salió disparado. Me rozó la mejilla. Al notar su extraña tibieza no pude resistirlo y vomité sobre él.

Me quité la camisa a toda prisa y me limpié con ella lo mejor que pude; luego, guardé la prenda en la mochila. Saqué la botella de agua y me lavé las manos y la cara. Atranqué la puerta con una piedra y salí. Ni siquiera me detuve a cerrarle los ojos. Pero no olvidé firmar: IV. Y tampoco disparar la cámara de mi móvil.

Al día siguiente, en el aeropuerto, arrojé la ropa en un contenedor. Aunque me habría gustado conservar aquellas manchas oscuras, resultaba peligroso.

Tardé tres largos meses en reunirme con Wilson, un paréntesis que tuve por eterno.

Mediaba el mes de mayo. Ya hacía calor en la capital. Calor intenso, pegajoso. Eso suele poner nerviosa a la gente, y la ciudad se llena de ruidos: pitidos de los cláxones, gritos, protestas... A la entrada de Chinatown, en la calle Séptima, se había formado un pequeño lío. Ordené al chófer que se detuviera y continué andando. Llegué con unos minutos de adelanto. Cuando entré en Clyde, me encontré al doctor Wilson en el vestíbulo. Mientras subimos, le pregunté por su salud. Aseguró que se encontraba mejor, pero estaba bastante más delgado. Nos sentamos a nuestra mesa habitual.

El camarero se nos acercó.

—¿Cangrejo y entrecot, doctor?

—Naturalmente.

—Tráiganos también una botella de vino tinto... —dijo al camarero.

Pero él negó con la cabeza.

—Para mí, agua con gas. Muy fría.

Siguió el ritual de siempre: trocitos de pan, silencio y concentración. No fue hasta terminar la hamburguesa cuando me animó a que le narrara cuidadosa y fríamente mis sentimientos al elegir a la cuarta víctima, el arma correspondiente y el sistema de fuga. Llevaba un cuaderno nuevo, con mi nombre y con la fecha. Pero tampoco esta vez lo abrió.

Empecé a disgustarme. No me prestaba atención. Me oyó, desde luego, incluso respondió a algunas de mis preguntas y formuló él mismo algún comentario, pero su mente estaba en otro lugar. Hasta que mencioné la concurrencia de la sangre, no reaccionó. En ese momento, sacó su pluma y abrió el cuaderno.

Reconozco que estaba especialmente nervioso. Si lo notó, no pareció darle importancia. Se limitó a garabatear algunas frases mientras me observaba en silencio. Lo intenté durante unos minutos, pero fui incapaz de sostenerle la mirada. Agaché la cara; de reojo le vi sonreír. Fue una sonrisa compasiva, aunque dominante. Como si yo fuera su mascota y no hubiera conseguido ejecutar la orden para la que se me había educado.

—¿Se encuentra bien, Rodrigo? Le veo preocupado —se arrancó.

—Todo va bien... En fin, lo que quiero decir es que el experimento continúa. Sólo nos faltan dos muertes.

—Me alegro por usted. Sin embargo, esta vez ha ocurrido algo... Algo que ha cambiado su perspectiva y le ha hecho dudar, ¿no es así?

Asentí con un leve movimiento de la cabeza.

—Quizás debería dejarlo ya. No es más que un ejercicio, simplemente eso.

En ese momento no entendí lo que me decía. Estaba demasiado obcecado con mi error para darme cuenta.

—No quiero dejarlo, puedo hacerlo.

—Llevo suficiente tiempo en esta profesión para percatarme del cambio que ha sufrido. ¿Qué le preocupa? ¿Acaso su alma?

—¿Alma? No, doctor, nada de almas ni de espíritus.

Sonriendo, acercó la cabeza hasta mí y me susurró:

—¿Es por la sangre, Rodrigo? Pensar en la sangre le ha puesto nervioso, ¿no es así?

—No se lo niego; la sangre me ha impresionado.

—Hasta que toca la sangre, físicamente hablando, el hombre no se convierte en un asesino completo. Ese líquido levanta pasiones. ¿Es eso lo que le inquieta?

—No. Tiene que ver con ello, pero lo que me preocupa es otra cosa... —Respiré profundamente y confesé—: Creo haber cometido un error, un error grave.

—¡Ah, interesante! Si no recuerdo mal, es la primera vez que acepta la paternidad de un error. Eso está bien. Pese a todo, es usted un ser humano, como el resto de nosotros. Dígame, Rodrigo, ¿en qué cree haber fallado?

Me resistí tímidamente.

—Sería muy largo de contar, doctor.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

Finalmente, acepté. Hasta ese momento, Wilson nunca se había interesado por cómo lo había hecho, sino por cómo me había sentido haciéndolo. Le narré los hechos, mientras él escribía frenéticamente.

—Y, entonces, vomité... Mi vómito me delata, doctor. No pude hacer nada, me vi obligado a abandonar el escenario del crimen a toda prisa y a dejarlo allí. Ni siquiera le bajé los párpados.

Dejó de escribir y clavó en mí sus pequeños ojos de aceituna azul:

—¿Le gustó? Me refiero a la experiencia de la sangre.

Me exasperó.

—No soy ningún psicópata, doctor. Además, lo que trato de decirle es que pueden cogerme. ¿No se da cuenta? ¡Mi ADN está por todas partes!

Me miró con cara de bobalicón y respondió como tal.

—No se preocupe, no le cogerán. Nadie tiene su ADN registrado. Y, aunque lo tuvieran, no irán a buscarlo a un vertedero de Johannesburgo. Olvídelo.

Tenía razón. Sin embargo, había sido un gran error. Debía perfeccionarme, antes del quinto asalto. Quizás el método elegido no fuera el más idóneo.

Iturri me hizo llegar una nota con una azafata, cuando la mesa redonda estaba en pleno apogeo. No pude responder. Insistió enviándome otra. Imaginé que habría descubierto algo. Tendría que esperar para contármelo. Cuando llegó la tercera, entregué un recado a la azafata: «Dígale que le llamaré en cuanto pueda.»

El representante de los indígenas mexicanos (un tipo de escasa apariencia indígena, con su metro noventa de altura y su complexión de nadador, pero con una larga melena negra y lisa) concluyó su interminable *speech* cuando daban las siete. Me libré en cuanto pude de quienes buscaban alargar el debate entre bastidores, y me encerré en el cuarto de baño de la planta baja. Abrí el bolso y busqué el móvil. No lo encontré. Comencé a sacar cosas hasta vaciarlo. No estaba allí.

Empecé a pensar dónde había podido dejarlo. No había sonado en todo el día. Y había estado atenta, porque esperaba la llamada de Jaime. «¡En la habitación! Seguro que me lo he dejado allí. He salido con prisas.»

Soy un desastre con los móviles: los pierdo, los olvido... Subí. Cuando entraba, lo oí sonar en el cuarto de baño. Corrí para llegar antes de que colgaran. Imaginé que era Jaime. Pero me equivoqué: era Juan Iturri.

—¡Lola, llevo buscándote toda la tarde!

—Lo siento, Juan. Estaba en pleno debate y no podía llamarte.

Cuando está nervioso —ése era el caso—, Iturri despliega la cortesía de un erizo. Por eso no me extrañó su forma de contestar:

—¿Cómo te llegó este documento, Lola? Me refiero al escrito del tal Rodrigo.

Procesé durante un segundo la pregunta y respondí:

—Lo dejaron en la recepción del hotel, a mi nombre, después de la rueda de prensa.

—¿Emplearon un mensajero o te lo hicieron llegar en persona?

—No tengo ni idea, lo siento... Sólo recuerdo que venía en un sobre blanco corriente, a nombre de «Doctora MacHor». De eso sí que me acuerdo, porque el título de doctora me llamó la atención. Ya nadie me llama...

Me interrumpió y, con la misma brusquedad que antes, me espetó:

—Concéntrate, Lola. Lo que quiero saber es si en el sobre figuraba el emblema de alguna compañía de mensajería. De ser así, es muy posible que podamos localizar a quien lo envió. Se registra el nombre del destinatario y también el del remitente, aunque, claro, puede ser un nombre falso...

—No lo sé, Juan. Creo que no vi ningún sello, pero puedo equivocarme. Cogí lo que contenía y tiré el sobre.

—¡Llama inmediatamente al hotel y pide que no vacíen las papeleras de tu habitación!

—¡Tranquilo, no te pongas así! —protesté. Todo tiene un límite—. Estoy en la habitación. Déjame que mire. Ahora te llamo.

—¡No, esperaré!

Demasiado tarde. Los empleados habían abierto las camas, vaciado las papeleras y dejado un par de bombones sobre la almohada, que me comí con avidez mientras seguía la conversación.

—Aquí no hay nada. Han limpiado la habitación.

—Llama a recepción e interroga al conserje. Luego, me vuelves a llamar. Obedecí.

—Lo siento, señora; con este jaleo es difícil que alguien recuerde esos detalles. La organización del congreso ha estado dejando permanentemente mensajes y documentación para todos los ponentes. Son más de cincuenta. En la mayor parte de los casos, los hicimos llegar a las respectivas habitaciones.

—Lo comprendo, por supuesto. Me sería de mucha utilidad hablar con la persona que estuviera encargada de la recepción en ese momento... Alrededor de la una, calculo.

Tras un panel de madera, se oyó una voz femenina con marcado acento norteamericano. Luego, asomó un rostro juvenil.

—Si se refiere a un sobre voluminoso, fui yo quien lo recibió, señora —

contestó—. ¿Qué es lo que desea saber?

—Me gustaría tener algún dato sobre la persona que lo entregó. ¿Recuerda si lo trajo algún servicio de mensajería?

—No, señora, no lo trajo ninguna empresa. Lo sé porque, en ese caso, tengo obligación de firmar el recibo y hacerlo constar en nuestro registro. —Hurgó bajo el mostrador y extrajo un cuaderno. Lo abrió y me lo mostró—. ¿Ve?, no consta ninguna recepción.

—De modo que lo trajo alguien personalmente... ¿Recuerda qué aspecto tenía?

—Si la memoria no me falla (puede que lo haga porque hubo bastante trabajo), lo trajo un caballero. Lo dejó y se fue. De su aspecto, no me acuerdo bien...

Insistí:

—Algún rasgo característico, no sé: una nariz enorme, verrugas por todas partes, bigote, una cicatriz, altura de jugador de baloncesto, acento extranjero...

—Nada que yo recuerde... —Permaneció pensativa unos segundos. Luego, añadió—: Pero, ahora que menciona lo de la dicción, si hubiera tenido algún acento, lo habría notado. Hablo cinco idiomas, y me fijo en esas cosas.

—Un hombre que hablaba español, entonces.

Dudó de nuevo.

—No me extrañó, lo que quiere decir que su acento era castellano o catalán.

Era un buen matiz.

—Gracias, señorita. Si recuerda algo, por pequeño que sea, ¿será tan amable de hacérmelo saber?

—Por supuesto. Dejaré una nota en su casillero.

Subí a la habitación y desde allí volví a telefonar a Iturri para darle cuenta de las nuevas.

—De modo que te lo hizo llegar al hotel... Eso significa que tenía noticia de que te hospedabas allí. ¿Quién contaba con esa información, Lola?

Lo sopesé unos segundos.

—Fundamentalmente, los miembros de la organización convocante, que fueron los que reservaron la habitación. Aparte de mi familia y de mi oficial

de la Audiencia, no tiene por qué saberlo nadie. Salvo...

—Salvo, ¿qué?

—Lo comenté también con Jaime anoche: al leer la nota que acompañaba al manuscrito, me pareció que, quien la enviaba, unía sus frases a las respuestas que ofrecí en la rueda de prensa. Parte de lo que contesté está recogido en la nota. Es posible que el hombre viera mi intervención colgada en Internet... O por televisión; asistieron varias cadenas.

—Tengo la nota delante, Lola. Dime, ¿qué te preguntaron?

—No recuerdo los detalles, pero sí los temas. Al periodista le preocupaba que la globalización pudiera alcanzar el ámbito del delito y traer hasta nosotros nuevos asesinos múltiples. Contesté lo que dicen los expertos: que los asesinos en serie suelen ser individuos territoriales, que circunscriben sus crímenes a lugares que son capaces de controlar...

—El texto menciona el círculo de Canter, de modo que su autor está en la línea de tu declaración. ¿Qué más?

—Me preguntó también si confiaba en la intuición del investigador o en los medios técnicos. Naturalmente, dije que se complementan, pero manifesté lo que pienso: ya sabes qué.

Tardó un segundo en contestar. Luego, releyó en voz alta la nota recibida:

—«Déjese llevar por su instinto y ayúdeme. Temo ser el siguiente.» Desde luego, parece una respuesta a esa declaración. Podría haberlo visto por televisión. ¿Sabes qué cadenas asistieron?

—Creo recordar que estaba TVE y la cadena autonómica catalana. No vi a ninguna otra, aunque puedo contrastarlo con los organizadores.

—Sería interesante, sí. De momento, tomemos como hipótesis que asistieron esas dos cadenas. Eso indicaría que el tipo está en Cataluña y es español.

—Que se encuentra en Barcelona o en alguna localidad próxima es evidente, ya que no tardó en dejar el paquete. Pero ¿cómo sabes que es español? Podría ser un ciudadano ruso o norteamericano o vietnamita que está aquí de paso.

—Acabo de terminar de leerlo: el texto no presenta incorrecciones gramaticales ni contiene giros idiomáticos latinoamericanos o anglófonos.

—Puede que el tal Rodrigo sea simplemente un políglota instruido.

—Podría, pero no. Déjame que te lea algo. En un momento, Wilson le pide que escriba sus sentimientos y vivencias. Y le pregunta «¿Le gusta a usted escribir?». A lo que Rodrigo responde: «Bueno, no soy Cervantes, pero estoy seguro de poder hacerlo con suficiente corrección.» ¿Te das cuenta? De no ser español, nunca habría mencionado a Cervantes. Si hubiera citado a Shakespeare, concluiríamos que era británico.

—Tienes razón. El tal Rodrigo es un hombre instruido y español. Pero ¿crees que fue él quien me lo envió?

—¡En modo alguno! Pero si tú no hablas español, tampoco puedes leerlo. Es obvio: tanto Rodrigo como quien te envió esas páginas comparten idioma. Además, según me cuentas, la señorita de recepción no le asignó ningún acento.

—De nuevo tienes razón. Tenemos que averiguar si está en Barcelona de paso o reside aquí, aunque no sé cómo podemos hacer eso... ¡Por todos los santos, Juan!, ¿quién es ese tipo? ¿Por qué me envía a mí ese manuscrito? Me pide ayuda, dice que teme ser el siguiente, pero no me ofrece ningún dato... ¿Cómo podría evitar que alguien le hiciese daño? No soy más que una jueza fuera de su jurisdicción. Además, ni siquiera sé cuál es su identidad.

—Lo sabes, Lola. Si lo piensas un segundo, lo sabrás.

Sentada en el borde de la cama, en medio de la penumbra, me invadió una nueva oleada de ansiedad. Se me puso la carne de gallina. Me levanté y apreté todos los interruptores: no quería oír nada más sin tener la certeza de que allí no había nadie. La habitación estaba vacía.

—Pues te equivocas: no tengo ni idea.

—Sabes quién es, Lola. Aunque no quieras reconocerlo: el que lo envía no puede ser otro que el doctor Wilson.

Lo medité unos segundos. Y no estuve de acuerdo.

—¿Wilson?, ¿por qué Wilson? El tipo que se hace llamar Rodrigo escoge víctimas al azar; tipos que, según su criterio, merezcan morir: yonquis, corruptos, ladrones... No creo que pueda incluir entre ellos a su psiquiatra. ¿Por qué iba a mandar una nota diciendo que teme ser el siguiente?

—¿Has leído la última parte del manuscrito, Lola?

—Deprisa, lo reconozco. Estaba obsesionada convenciéndome de que mi instinto no me defraudaba. Por eso me centré en la primera parte.

—Si lo hubieras hecho con calma, estoy seguro de que habrías llegado a la misma conclusión que yo. ¿Tienes compromiso para cenar?

—Una cena de gala; pero puedo excusarme. Hay mucha gente convocada, no creo que me echen de menos. ¿Quieres que me acerque al hospital?

No pude oír su respuesta. La batería del móvil se agotó. Suelo olvidarme de esos pequeños detalles. Debería haber nacido en el siglo XIX. En fin, estaba segura de que quería que fuera. Pero decidí comer algo antes de salir hacia el hospital. En otro caso, terminaría zampándome el pan de la cena de Iturri o los restos de su consomé.

Sabía que iría. De hecho, me esperaba impaciente, con todos los sentidos alertas, como el sabueso que huele presa. Noté que presentaba mejor aspecto. Le habían quitado el suero y parecía haberse levantado para asearse: estaba peinado, llevaba un pijama limpio y olía a colonia. Sin embargo, sus ojos titilaban como si tuviera fiebre.

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente. Vamos, siéntate. Leeremos esas páginas.

No le hice caso. Acerqué mi mano a su frente. Ardía.

—¡Por Dios, Juan! Tienes mucha fiebre. Voy a avisar al médico de guardia.

—No seas petarda; estoy bien. Será otra reacción adversa de la anestesia.

—Que yo sepa, la anestesia no da fiebre después de tantas horas. Pero voy a confirmarlo: llamaré a la enfermera.

Siendo indulgente, diré que protestó, aunque en realidad sus palabras fueron bastante gruesas. Tiene mal genio, pero yo soy tozuda y no le hice caso.

El termómetro señaló treinta y ocho grados y medio. Volvió el ajeteo a la habitación. Tras una media hora, y la visita de tres batas blancas, le cogieron una nueva vía, donde inyectaron algún antitérmico y un antibiótico.

—No se preocupe, señora; su marido se repondrá enseguida —me dijo una de las enfermeras antes de dejarnos solos.

Me sonrojé. A él pareció divertirle la situación, y con voz melosa me dijo:

—Anda, cariño, coge esa copia y léemela en voz alta.

—Ni hablar. Tienes que dormir.

—No tengo sueño, lee... —Se detuvo, como si hubiera recordado algo. Y

en tono grave añadió—: Lola, hablando de maridos, ¿has llamado a Jaime?

—No he tenido tiempo —me excusé.

Era verdad. Esperaba que él me hubiera llamado. Y era posible que lo hubiese hecho. Pero el móvil estaba sin batería. Y en el hotel.

—Pues ahora sería un buen momento.

—No te metas en esto, ¿vale? No es asunto tuyo.

—Tú eres asunto mío. Por una vez en tu vida, escucha el consejo desinteresado de un amigo: Jaime tiene derecho a saberlo.

—Le he enviado un *e-mail*. Ya sabe dónde encontrarme. Y estoy sin móvil...

—¡Por favor, Lola, lo tuyo es enfermizo! Toma el mío. Tengo su teléfono fichado.

Calibré la oferta. Me tentaba, pero no quería hablar con él delante de Juan. En cuanto volviera al hotel, cargaría el móvil.

—No, lo haré luego.

Iturri intentó decir algo, pero no se lo permití. Abrí el texto por la hoja que él había marcado doblando la esquina superior y comencé a leer.

Estoy pensando en el doctor Wilson. A estas alturas, el conocimiento mutuo ha crecido ostensiblemente. Ya no hay sorpresas ocultas. No voy a ciegas y, por ello, tengo el corazón dividido. Si tuviera que pronunciarle sobre él, no sabría qué decir. Es cierto: a él debo imputar mi renacimiento. En África, León me ofreció la primicia de algo ignoto, de un poder sobrecogedor. Pero sus palabras fueron una burda pintura rupestre, un atisbo. Es a Wilson a quien debo atribuir mi nueva vida. (¿Podría decir mi nueva identidad?) Hasta que le conocí, mi existencia era exactamente como la he descrito: una pacífica supervivencia en el Egeo. Desde que entró en mi vida y me abrió los ojos, todo ha cambiado. Por eso tengo que estarle agradecido. Con él he aprendido que hay cosas por las que merece la pena asumir riesgos, hechos por los que vale la pena mezclarse con el resto del mundo, embadurnarse de ruido e incluso morir. Durante estos meses, esas conversaciones en Clyde ante un plato de cangrejo sacado del Potomac han marcado irremisiblemente mi alma.

Pero empiezo a darme cuenta del error que he cometido, y que quizás sea tarde para enmendar. ¿Quién lo diría? Con sólo contemplarnos uno junto a otro, la diferencia salta a la vista. Y, no obstante, me he dado cuenta de que Wilson cree tener dominio sobre mi mente, como si fuera uno de sus estúpidos pacientes locos. ¡Qué ignorancia tan supina! Cegado por esa presunción que le otorgan los títulos, hinchado por esa suficiencia, fruto de miles de pacientes curados, piensa que tiene ascendencia sobre mí. Y juega conmigo.

Jugar. Eso es lo que ha hecho. Creo que siempre lo supe, aunque esa certeza ha permanecido demasiado tiempo encerrada en mi subconsciente. Es natural. Era un asesino novato. Desde luego, la verdad no podía haber emergido con aquella mendiga francesa, envuelta en calor y lavanda. ¡Estaba tan emocionado! La primera ocasión en mi vida en la que sentía miedo auténtico. Miedo y satisfacción. Y, por primera vez también, me invadía la necesidad de compartírselos con otro ser humano. No sé qué fue lo que Wilson me dijo, ya no lo recuerdo, pero no me cupo duda alguna de que sintonizaba conmigo. Las vivencias de San Petersburgo, más lentas, más saboreadas, intensificaron el sabor de la misión, y me mantuvieron ofuscado. Creo que fue tras el tercer episodio cuando la duda empezó a tomar forma. Con el cuarto crimen, se afianzó. La cita de julio no podía significar más que la erupción de un volcán. Wilson estaba allí, pero no conmigo. Ni con la misión.

Al principio, sopesé que buscara arrancarme a jirones la gloria que, por derecho, habrá de corresponderme cuando todo esto acabe. Pensé que quería involucrarse con esa fama y que nuestra teoría no figurara en los libros de psiquiatría como «Prueba Rodrigo & Wilson», sino como «Prueba Wilson». ¡Qué fatuidad! ¡Nunca podría explicarla sin mí! A los ojos de cualquiera que supiera mirar, se le mostrarían de inmediato nuestras diferencias, y la verdad se haría patente. Pero, tras recapacitar, concluí que, si bien resultaba muy posible que esa pulsión le tentara, Wilson era lo suficientemente listo para saber que no podía robarme mi teoría. Debía de tratarse de otra cosa. Porque había algo que no cuadraba... Podía percibirlo nada más mirarle.

Lo que entonces no descubrí ahora me resulta evidente: he de confesar, muy a mi pesar, que Wilson nunca me ha tomado en serio. En su propia idiocia, creyó que deliraba, que no era más que otro maníaco-depresivo con algún complejo latente, un loco con alguna neurosis u otro tipo de enfermedad a las que gustan de poner nombres simbólicos. Creyó —a tal punto llegó su estupidez— que mi misión era una quimera, un ejercicio intelectual, lo mismo que mis experimentos: meras ilusiones enfermizas. Según sus sesudas reflexiones, no habría derramado sangre, sino imaginación. Simples delirios.

En aquella ocasión, acudí a Clyde a la hora habitual. Cuando entré, como siempre, ya me esperaba. Tampoco esta vez había vino sobre la mesa. Sólo agua con gas.

—Buenos días, Rodrigo. Me alegro de verle. Cada vez tiene mejor aspecto.

—Gracias. Y usted, ¿qué tal está? —Noté que había adelgazado más y que tenía profundas ojeras.

—Recuperado. Y en plena forma. ¿Cómo le han ido estos meses? Tenía ganas de verle.

—Yo también, doctor. Y tengo que decirle que, en esta ocasión, el miedo me ha hecho estremecer. Creí morir...

Hablábamos a escasos centímetros de distancia, ambos inclinados hacia adelante. Ese día, una fiesta llenaba el local. El ruido era ensordecedor. Le expuse

al oído minuciosamente, casi como si estuviera confesando mis faltas, cómo el azar había elegido San Francisco, cómo había dado con la víctima número cinco y le había abierto la garganta. Hube de beber dos vasos de agua para conseguir relatar cómo ella se había agarrado el cuello intentando evitar la sangría mortal, y cómo, de nuevo, me había sentido indispuerto.

Atragantándome con las palabras, le expuse el temor de que los dos vómitos sirvieran a la policía para unir la secuencia de los crímenes.

En tono condescendiente, propio de quien se dirige a un niño o a un anciano decrepito, musitó:

—En nuestros sueños, Rodrigo, nunca llegamos a morir. Tampoco fracasamos. No podemos imaginar lo desconocido y nos amamos demasiado a nosotros mismos. ¿No se ha dado cuenta?

—No estoy hablando de sueños, doctor.

—¿Ah, no? ¿De qué, entonces?

—De la realidad, doctor. De la más tangible realidad.

Dejó la copa de agua sobre la mesa y se puso muy serio.

—En ocasiones, a todos nos resulta difícil separar realidad y ficción, Rodrigo. ¡Disfrutamos tanto con esta última!

Me invadió la rabia.

—Pero ¿de qué va todo esto, doctor? ¿Cree que tengo ganas de perder el tiempo con un matasanos en desintoxicación? Estas manos, doctor, han cubierto la mayor parte del experimento, han matado ya cinco veces.

—¿Matar? Rodrigo, escúcheme bien: la imaginación puede crear formas delirantes, tan perfectas que se nos antojan reales, pero lo cierto es que usted no ha matado a nadie. Éste es un ejercicio mental, sólo eso.

Mis ojos se clavaron con dureza en su rostro bobalicón. Empezaba a hartarme de él.

—¿Ejercicio mental? Pero ¿qué dice?

—No se ponga así, Rodrigo. Sé lo que cuesta admitirlo, pero es cierto. A veces, vivimos tan intensamente nuestros sueños que llegamos a confundirlos con la realidad. Creo, querido amigo, que, llegados a este punto, sería necesario que planteáramos otros tratamientos. Podemos servirnos de ciertos fármacos...

—¡No estoy soñando, doctor! ¿Es que no lo ve? Míreme bien, ¿de veras cree que estoy loco? ¿Tengo aspecto de perder el tiempo inventando historias?

Asomó la mirada por encima de las gafas. Me di cuenta de que bizqueaba. Le temblaban las manos. O estaba nervioso o todavía echaba de menos el alcohol. A pesar de todo, su voz resultaba convincente:

—Mil veces he constatado que las apariencias engañan, Rodrigo. Yo lo sé. Los dos lo sabemos: usted es un ser excepcional. Y, por ese motivo, sus sueños son excepcionales, tan reales que los ha confundido con la realidad. Eso es todo. Pero no se preocupe, su mal tiene remedio.

Reconozco que estaba terriblemente enfadado. Sentía una intensa rabia, un dolor que me quemaba el pecho, como si me hubiera bebido un vaso de lejía. Sin

embargo, lo que más me preocupaba era hacerle comprender. Si no podía contar con su ayuda, sería incapaz de llevar a buen puerto la misión. En un instante, la secuencia de las cinco muertes pasó ante mí. Una a una: las zapatillas deportivas, blancas, recién estrenadas; la ushanka con la hoz y el martillo; los inmensos tacones con plataforma de la pequeña vietnamita; el puñal penetrando en el abdomen; el cuello abierto y la sangre escapándose por el tajo... Respiré profundamente. Debía convencerle.

Fue entonces cuando recordé que disponía de pruebas. Él continuaba hablando. Argumentaba en mi oído que la enfermedad que yo padecía podía curarse. Sin dar explicaciones, extraje el móvil del bolsillo y busqué las fotografías, empezando por la primera, tomada en Francia.

—Observe, doctor.

Fue una orden, y, como tal, lo entendió. De inmediato, dejó de hablar, se caló las gafas y se quedó mirando la pantalla. No pestañeó, mientras iba apretando la tecla y una a una llegaban hasta sus ojos las escenas donde la misión se había desarrollado. Cuando llegó a la última, me lo devolvió. Lo cerré y me lo quedé mirando. Sudaba. Sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente. Luego se quedó quieto, confundido. Segundos después, levantó la vista y se encaró conmigo.

—¿Qué es esto, Rodrigo? ¿Por qué me trata de esta manera?

—Esas fotografías son la prueba de que usted se equivoca, doctor, y de que yo tengo razón.

Como si la atmósfera de la habitación se hubiera vuelto oscura y opresiva, se soltó los botones superiores de la camisa. No consiguió el alivio que buscaba y, finalmente, levantó la mano, llamó a un camarero y pidió una copa de ron, que vació de un trago nada más ser servida.

—¿Son... de verdad?

—Por supuesto, ¿qué creía?

—¡Pero qué es lo que ha hecho!

—Lo que acordamos, doctor. Nos dimos la mano aquí mismo y sellamos las condiciones. ¿Recuerda las tuyas? «Justifique sus elecciones; escriba...»

—Y ¿qué son esos números?

Tragué saliva. No había querido contárselo porque sabía que era un fallo del modelo. Un fallo voluntario, soberbio. Como señalaba el gran Sherlock Holmes, «Cuanto más común y corriente es un crimen, más difícil es resolverlo». Para diseñar un sistema perfecto, debería haber sido común. Las manías, los toques personales, las firmas, te dejan al descubierto y abren una puerta para tu captura. Pero no había podido resistirme.

—Es mi firma...

—¡Por todos los demonios, está usted mucho más loco de lo que yo creía! ¡Y en esos lugares!

Arrastró las palabras. Imprimió en ellas el calor de un pastor puritano enjuiciando a un pecador público. Sólo mi férrea voluntad, la misma que me recordaba la importancia de la misión, evitó que me lanzara a su cuello y le

asesinara allí mismo.

—Lo hemos diseñado los dos, doctor, y lo terminaremos juntos. No se le ocurra intentar alguna tontería. No permitiré que esterilice mis esfuerzos y destruya nuestra obra. Si me obliga, emplearé la fuerza. Acaba de constatar que soy capaz de hacerlo. Volveré dentro de dos meses, con pruebas inequívocas de que el último episodio, el sexto, ha tenido lugar. No falte o le buscaré hasta debajo de las piedras.

—¡Pero tanta sangre, Rodrigo...! ¿Cómo ha podido hacer tales cosas?

—El acero gasta la vaina, doctor. Siempre ha sido así y siempre lo será. Ahora es momento de apretar los dientes y tirar para delante. Estamos a un paso de culminar la misión... Olvídense de la sangre y del cargo de conciencia. Todas las víctimas, cada una de ellas, han muerto felices por pasar a la historia. Y, ahora, responda, es importante: ¿por qué cree que estoy loco?

—¿Y usted me lo pregunta? ¿Mata cinco veces y me pide aclaraciones sobre su estado mental?

—Nunca le oculté nada, doctor. Desde nuestra primera reunión, con todas las condiciones sobre la mesa, usted aceptó llevar a cabo el experimento. En estos meses, no he perdido la razón. Creo que mis facultades mentales no se han trastornado lo más mínimo. Para serle franco, le diré que siguen intactas, incluso han mejorado. Por eso quiero entender qué piensa, qué cree que ha variado al ver esas fotos... ¿Piensa que esos cinco cadáveres me han vuelto loco?

El remordimiento que le atenazaba fue suficientemente grande y rompió a llorar. Entre hipidos, me contestó:

—No, Rodrigo. No puedo recriminarle nada; no es culpable. Usted creía firmemente que tenía una misión y dotes para llevarla a cabo. Toda la culpa es mía; debería haberme dado cuenta. Tenía suficientes datos: su indiferencia afectiva; su gran inteligencia; sus delirios de grandeza, casi místicos; su efervescencia ante las nuevas sensaciones... Erré en el diagnóstico, Rodrigo; eso es lo que ocurrió. Le pido perdón de todo corazón. —Se secó las lágrimas y los mocos y añadió con convencimiento—: Sepa que voy a poner todos los medios a mi alcance para curarle. Sin embargo..., su tratamiento requiere un régimen de hospitalización. Sé lo que va a decir, pero es estrictamente necesario.

Le miré con dureza.

—¿Qué yo requiero hospitalización? ¡Y lo dice usted, que es un borracho, usted, que está demostrándome que es un loco de atar! Ni hablar. No sufro alucinaciones visuales ni auditivas, ni tampoco ideas paranoides o delirantes. No padezco catatonias, ni hablo falto de claridad... —Noté que me miraba extrañado y repliqué—: ¿Qué pensaba?, ¿que iba a dejar mi vida en manos de un borracho? He leído libros, he consultado con algunos de sus colegas, psiquiatras y psicólogos, y le aseguro que no padezco síntomas de enfermedad mental alguna. Estoy íntegramente cuerdo.

—¡Pero entonces es usted un asesino!

—Lo soy, sí: un asesino sin motivo, puro. He matado cinco veces. Queda una

más, y dejaré de hacerlo. Nadie lo sabrá jamás, nadie salvo yo, que he sido el artífice, y usted, que va a describir el hecho para la ciencia. ¡No me mire así, Wilson! Va a hacerlo. Dentro de dos meses, a partir de este día, los dos vamos a mostrar al mundo que existe un asesino a quien la sangre acumulada no le ha hecho perder la razón. —Volvió a echarse a llorar. Confieso que sentí lástima por él. Carecía de la fortaleza suficiente—. Mírelo con visión positiva, doctor. ¿Cuántos han tenido la suerte de conocer su destino? ¿Cuántos han podido saber, sí, saber con certeza que tienen una misión encomendada por la misma historia?... Dicen que algunos inventores ni siquiera se han dado cuenta de la importancia que lo salido de sus manos habría de tener para la humanidad. Sólo veían su boceto. Torpes, no levantaron la vista ni miraron más allá. Fueron incapaces de anticipar su valor añadido. A nosotros nunca nos pasará algo tan estúpido. El azar me ha cogido de la mano y me ha llevado dulcemente por la vida. Luego, cuando me acercaba a la cima, me ha soltado. Y, empujándome con suavidad, me ha llevado hasta usted, como las madres hacen con los hijos vergonzosos. No voy a tirar la toalla a estas alturas.

—Aseguró que no creía en el azar...

—¡Le mentí! —confesé, antes de levantarme—. Doctor: a fines de septiembre, justo un año después de nuestra primera cita, le enviaré un *e-mail* citándole. Le quiero aquí sin falta, en esta misma mesa. A usted y a sus cuadernos de tapas de hule. Todos, incluidos los que escribirá esta noche, cuando se le hayan pasado la borrachera y la depresión. Ha sido un estúpido, es cierto, pero le perdono. Nunca en mi vida he tenido amistad particular, íntima, con otro ser humano superior a la que he tenido con usted. Estamos unidos, lo quiera o no... Empezamos esto juntos, y lo acabaremos juntos.

Me estaba levantando cuando me sujetó la mano derecha con firmeza.

—¿Quién será la próxima víctima, Rodrigo? En una ocasión, dijo que nadie merecía morir...

—No se preocupe por eso; ya conoce el sistema: mi dedo se moverá libremente por el mapamundi, y el azar pondrá el resto.

—Rodrigo, por lo que más quiera... Comprenda que no puedo quedarme de brazos cruzados mientras usted derrama más sangre. Debe ingresar de inmediato en un hospital. Tengo que hacerle entrar en razón...

—Estoy teniendo mucha paciencia con usted, doctor Wilson. Pero no debe sobrepasar el límite o la víctima número seis tendrá carné de psiquiatra y cara de judío neoyorquino... Si viola su palabra, si le cuenta a alguien el más mínimo detalle de nuestro experimento, no sólo haré que le quiten la licencia: iré a por usted. Ahora sabe que soy capaz de hacerlo. De modo que apriétese los machos y siga... ¡Ah! Y no olvide traerme los cuadernos, todos.

Le dejé llorando, medio cuerpo tumbado sobre la mesa. Había sido duro con él porque la ocasión lo exigía. Sin embargo, no sentía inquietud alguna. «Sólo necesita tiempo para aceptarlo —pensé—. Es un borracho, pero no es tonto.» No, no lo era. Denunciarme le pondría en un doble brete: me tendría a mí y a la ley en

su contra. Estaba tan comprometido como yo. Además, nadie le creería. Carezco de perfil criminal, y he actuado con sumo cuidado.

«Sólo un episodio más y pasaré a la historia. Para siempre», pensé. Inconscientemente, eché por última vez la vista atrás. Wilson llamaba al camarero: aquella tarde cogería una buena cogorza.

Me levanté y nuevamente comprobé el estado de Iturri. La calentura había cedido. Volví a sentarme.

—¿Y bien? Supongo que después de lo que has escuchado estarás de acuerdo conmigo. Yo lo veo patente: el material lo envía Wilson, porque teme que Rodrigo le elija como víctima número seis. Acércame el texto. — Lo hice. Pasó varias páginas hasta dar con una que tenía varios trozos subrayados con un rotulador fosforito—. Además de lo que has leído, lo dice en otras dos ocasiones. Escucha, te releo algunas de las frases: «Sería un grave error hablar de esto con alguien, doctor; un error con funestas consecuencias; sobre todo para usted.» Es suficientemente elocuente, pero ahí va otra: «Si quedaba algún vestigio de confianza, murió aquella tarde de julio. Para siempre»...

—Puede que sea Wilson el que lo envía, y que lo haga porque está cagadito de miedo o por cargo de conciencia, pero no estoy de acuerdo en el resto: no creo que Rodrigo vaya a levantar la mano contra su psiquiatra. En esta fase de eso que llama «su misión», no se vale por sí mismo: necesita al psiquiatra para describir el experimento y mostrárselo a la ciencia.

—En eso te doy la razón. Sin embargo, estoy seguro de que se encuentra muy cerca, vigilándole, observándole, no sea que se hunda o se emborrache y se lo cuente a alguien.

Juan se encerró en su mundo unos instantes. Yo, como siempre, respeté su silencio. Dejarle pensar, atenerme a sus tiempos y a las peculiaridades de su modo de ser forma parte esencial de nuestra extraña relación: intimidad a larga distancia.

—Lola...

Su llamada me sacó del ensimismamiento.

—Dime, ¿te encuentras bien?

—Muy bien. Pero quiero saber una cosa: ¿hasta qué punto un psiquiatra en la situación de Wilson está obligado a respetar el secreto profesional? Me refiero a si hay alguna posibilidad de levantar esos datos y ponerlos en conocimiento de la policía o a disposición de un juez.

Suspiré. El derecho no es una ciencia exacta, ni siempre se muestra como justo.

—Me gustaría darte una respuesta simple, Juan; un sí o un no, pero no puedo. Es una cuestión muy delicada, además de que los sistemas jurídicos de los distintos territorios lo ven desde distintas perspectivas.

—Vale, hazme un resumen. —Su tono sonó irónico. Lo reconozco: tiendo a enrollarme.

—En fin, veamos: existe una esfera en el ser humano, me refiero a la que corresponde a su intimidad, que se considera zona reservada; privada, casi espiritual. Tiene límites difusos, es cierto, pero, sea como sea, en ella cualquier tercero no invitado (incluida la justicia) se ve como un intruso. Por supuesto que la persona puede hablar libremente de su intimidad, cuando quiera y como quiera. Si lo desea, puede salir en televisión y contar al mundo que le han contagiado el sida, que su marido la maltrata o que de pequeño tenía no sé qué complejo. Sin embargo, no es lo normal ni lo frecuente. Habitualmente, la persona que abre su privacidad a otro, sobre todo si lo hace con el deseo de ser ayudado, trata de blindar sus palabras. En este tipo de casos, se inscribe la relación abogado-cliente y, naturalmente, la del médico con su paciente, tanto si se trata de enfermedades orgánicas como si entran en el terreno psicológico. Nadie tiene por qué saber, si yo no quiero, que tengo una cirrosis o que estoy deprimido. La ley reconoce ese extremo y trata de poner medios para que ese blindaje sea efectivo...

—Que yo sepa, hay leyes que obligan a los hospitales a dar cuenta de determinados datos. Enfermedades contagiosas, por ejemplo.

—Sí, es cierto, cuando hay un alto riesgo social por contagios masivos, estados de necesidad, etc. Pero el caso de los psicólogos y psiquiatras es otro. Mientras que, en las enfermedades orgánicas, el éxito del tratamiento depende en gran medida de fármacos o de procesos físicos, la psicoterapia necesita un ambiente de confidencialidad. La relación empática es

fundamental: no revelarías nada a un psiquiatra si sabes que va a contarlo a la primera de cambio. Si la ley no protegiera esa esfera, se crearía un desconcierto en el paciente que impediría su curación. La confidencialidad, por tanto, es condición sine qua non. Incluso hay sentencias que confirman que debe protegerse la aplicación póstuma del mismo, porque la fama del fallecido puede afectar a su familia y al valor de sus bienes... Y eso, si ha sido el paciente el que ha revelado libremente los datos, porque en otras ocasiones, los facultativos emplean técnicas como la hipnosis, en las que el enfermo no es libre para discriminar qué quiere referir y qué no. Recuerdo el caso de un psiquiatra que, tras un accidente aéreo, utilizó esa técnica para hacerle recordar a un piloto de línea comercial información olvidada sobre lo ocurrido durante el accidente. Tras escucharle, el psiquiatra le recomendó vivamente que no volara hasta que recibiera tratamiento. No logró convencerle, pero mantuvo el secreto. Seis meses después, el piloto cometió el mismo error. Puedes imaginarte el resultado...

—De acuerdo, lo más íntimo del ser humano, salvaguardado por el secreto profesional, queda fuera del alcance público, de vuestro alcance como jueces y del nuestro como policías, pero habrá que ver dónde está el límite. Supongo que no será un derecho inquebrantable, que el privilegio podrá cesar en determinadas circunstancias. En mi opinión, el caso del piloto es claro. Se habrían evitado muchas muertes. Ese hombre era un peligro público, como se demostró luego.

—Las circunstancias... Ahí está la madre del cordero. Veamos, para empezar, depende de a quién se lo preguntes, encontrarás una respuesta u otra. La Iglesia católica, por ejemplo, señala como absoluto el derecho de confidencialidad del penitente que se confiesa. ¿Te acuerdas de esa película de Alfred Hitchcock? Un sacerdote escuchaba en confesión a un criminal que narraba sus crímenes. Y por no denunciarle, acaban por inculparle a él.

—*Yo confieso*, sí. La he visto. Pero Wilson no es un cura.

—No lo es, pero en muchos aspectos debe actuar como si lo fuera. Te pongo algunos ejemplos: supongamos un paciente que se declara pedófilo en la consulta. Este hombre ha conseguido mantener su inclinación en secreto. Un día, en su sesión, cuenta que ha conseguido plaza de profesor de gimnasia en una guardería, para dolor del psiquiatra, que conoce perfectamente ese

centro: es la guardería donde deja cada mañana a su hija de tres años. El paciente le dice que está deseando empezar, que le tiemblan las piernas y se excita sólo de pensar verse rodeado por tantos niños y niñas... ¿Qué puede hacer el médico? Pues, siendo purista, lo único que cabe es intentar convencerle de que renuncie a ese trabajo. Alegar que no va a ser bueno para los niños, pero tampoco para él, pues dificultaría su curación. Aparte de eso, muy a mi pesar, me veo obligada a decir que no puede hacer absolutamente nada... El tipo no ha cometido ningún delito todavía y el médico ha conocido esos datos confidencialmente. Puede tener la certeza moral de que su paciente abusará de algún niño, pero nadie puede ser detenido por algo que todavía no ha hecho y que ha confesado confidencialmente a un médico. Si va a la guardería o a la policía para denunciar el hecho, viola el secreto.

—Supongo que correrá al colegio a sacar a su hija, ¿no?

—Yo lo haría. Pero alegraría que me va muy mal el horario o la distancia, o lo que sea. Sin embargo, no puedo avisar a mis amigas, ni a la directora del centro, ni a nadie. De hecho, en el fondo de mi corazón sé que sacar a mi hija del colegio supone una violación del secreto...

—¡No me puedo creer que la ley sea tan cerril!

—Te pongo dos ejemplos próximos. Porque, aunque no lo creas, hay varios casos sonados, semejantes al del doctor Wilson: no es la primera vez que un psiquiatra recibe la confidencia de un paciente en la que afirma que va a asesinar a alguien... Supongamos que un hombre confiesa en su sesión del jueves que esa misma tarde matará a su novia porque sospecha que le engaña. Hasta lleva el puñal en el bolsillo y se lo enseña al médico. Aunque éste lo intenta, no logra disuadirle de que desista. ¿Qué debe hacer? ¿Debe poner los hechos en conocimiento del juez o de la policía? Nuestro psiquiatra calibró el valor de la vida de la chica y la comparó con la intimidad de su paciente y, como no le salieron las cuentas, lo denunció. La consecuencia inmediata fue un pleito por parte de su paciente que concluyó en una condena, una indemnización y su expulsión del colegio de médicos... Existió, también en Norteamérica, el caso contrario: esta vez, el psiquiatra no dijo nada y la novia del paciente murió. Y fue la madre de ésta, al enterarse de su inacción, la que le puso un pleito: podría haber evitado que su hija muriera y no lo hizo. ¿Sabes qué ocurrió? —No esperé a que me contestara. Iturri se revolvía en la

cama—. Pues que fue absuelto: sólo había hecho su trabajo, como la sociedad le exigía... —Me di cuenta de que llevaba un rato hablando, pero que no recordaba cuál era la pregunta—. Perdona, ¿qué era exactamente lo que querías saber?

—Calibraba el método. Para denunciar cinco crímenes pasados y uno futuro, me parecía mucho más lógico que Wilson acudiera a la policía a que mandara anónimamente un escrito a un juez de paso.

—Se ha demostrado hasta la saciedad que, ante situaciones con tan alto nivel de estrés, la racionalidad humana pierde sus esquemas clásicos. Te comportas de maneras extrañas y te agarras a lo que puedes, aunque sea un clavo ardiendo. De todos modos, creo que Wilson sabe lo que se hace. Una cosa es que tú voluntariamente ofrezcas los datos de uno de tus pacientes a un tercero, y otra muy distinta que te los exija un juez. En el primer caso, no hay nada que decir: no puedes darlos. En el segundo, la unanimidad no existe. Si un juez te pide un expediente, puedes dárselos, o negarte. Recuerdo el caso de Jaffe contra Redmond. Mary Lu Redmond, una agente de policía, creo que de Illinois, mató a un hombre de un disparo. El tipo había acuchillado a otro y amenazaba con continuar. Necesitó ayuda psicológica de una trabajadora social. La familia interpuso una demanda por uso abusivo de la fuerza. Se solicitó acceder a las anotaciones de la terapeuta. El juez ordenó que las entregara, pero la terapeuta se negó. Condenaron a Mary Lu a pagar cerca de medio millón de dólares. Pero el Tribunal Supremo anuló ese fallo y dio preferencia al derecho al secreto. Según esa sentencia, el pueblo americano debía tener la garantía de que sus confidencias a los psiquiatras no iban a ser difundidas.

—De modo que lo que Wilson ha hecho es pasarte la patata caliente.

—En realidad, no. Para empezar, yo no soy un juez instructor. Y, aunque lo fuera, sin datos fidedignos no se puede abrir un caso; por tanto, no puede pedírsele el expediente. Además, te recuerdo que no sabemos quién es Wilson ni tampoco Rodrigo... En todo caso, Juan, todas estas cosas no son más que especulaciones que no nos llevan a ningún sitio. No adelantamos nada con ellas. Tenemos que hacer algo productivo, ¿no crees?

—Lo único productivo en este momento es localizar a la fuente, encontrar a Wilson. Tenemos que dibujar una composición, siquiera aproximada, de

nuestra pareja... Necesitamos un perfil lo más completo posible. — Esbozando una sonrisa burlona, añadió—: Supongo que en ese bolsito de media tonelada que llevas tendrás un bolígrafo y un papel.

—Bolígrafo, seguro. No sé si tendré también algo donde escribir.

Corrí la cremallera. La copia de la tarjeta de embarque del vuelo procedente de Madrid seguía allí. Tengo la fea costumbre de guardar en el bolso todo lo que llevo en la mano, cuando no hay una papelería a mano, como ocurre, por motivos de seguridad, en los aeropuertos. Luego, de cuando en cuando, vacío su contenido y aprovecho para tirar papeles, entradas de cine, tickets, envoltorios de caramelos o, como era el caso, tarjetas de embarque caducadas.

—Eso nos servirá. Escribe todo lo que surja en la conversación, no vayamos a olvidar algo. Haz letra pequeña, es posible que ocupe bastante. Empecemos: ¿qué sabemos?

—¿De Wilson o de Rodrigo? —pregunté.

Se detuvo apenas un segundo y respondió:

—Tienes razón... Será mejor que hagas dos columnas, una para cada uno de ellos. Comencemos por Wilson. ¿Qué datos tenemos? Sabemos que es un varón. Raza blanca: si hubiera sido de color o asiático, Rodrigo lo habría mencionado. Según hemos dicho, es español de nacimiento; quizás haya nacido aquí, en Cataluña. Sabemos que es médico, y que tiene un título en psiquiatría y que cuenta con bastante experiencia.

—No tengo tan claro que sea psiquiatra, Juan, aunque es lo más probable. Lo digo porque, en Estados Unidos, un tipo como Rodrigo podría haber acudido a un psicólogo clínico, o a algún otro especialista. Creo que será más prudente ampliar el círculo e incluir a psiquiatras y psicólogos clínicos. ¿Qué más?

—Sabemos que se ha educado en Estados Unidos y que vive y trabaja allí... Se menciona una consulta abierta en la ciudad de Nueva York. ¿Cuál será el censo de psiquiatras y psicólogos clínicos que trabajan en esa ciudad?

—Cuando recibí el manuscrito, navegué un rato por la red. Quería comprobar si existía algún médico llamado Ernest Wilson. Me quedé sorprendida del censo: era una población ingente. ¡Todo el mundo debe de ir al psiquiatra en Nueva York!

—De eso no me cabe la menor duda, pero estrecharemos mucho el círculo si buscamos a los de procedencia española. Puedo pedir un listado, aunque llevará tiempo conseguirlo. Y, me temo, será demasiado largo para estudiar caso por caso. Necesitamos algún otro discriminador, algo que nos permita reducir el tamaño de la lista.

—Sabemos qué aspecto físico tiene... Si es que Rodrigo dice la verdad.

—No podemos asegurar que la descripción sea fidedigna, aunque por probar...

—Podrías hablar con tus colegas yanquis sobre esa cadena de incendios ocurrida en Nueva York hace unos años. Quizás sea cierto que Wilson les ayudó a elaborar el perfil.

Dejé de escribir cuando me di cuenta de que Juan volvía a estar absorto, pensativo. Esta vez, le interrumpí. El tiempo se agotaba.

—Juan, se reunirán antes de fin de mes... Eso nos da pocos días de margen. Aunque quizás ni siquiera contemos con ese plazo: tiene que llevar los deberes hechos en la segunda quincena del mes, pero puede hacerlos en cualquier momento. Incluso puede que haya asesinado ya. Con el sistema que ha diseñado para escoger el escenario, es imposible que podamos anticiparnos.

—Es cierto, Lola. ¡Este tipo nos lo está poniendo difícil! Veamos qué datos tenemos de Rodrigo, ya que de Wilson no sacamos nada en claro. Quizás él sea más fácil.

—¿Fácil? Me temo que no lo será. Sabemos que es también un varón. ¿Podemos suponer que es también de raza blanca? —Iturri asintió con un gesto de la cabeza—. De acuerdo, es blanco, tiene cuarenta y dos años, y es (más bien, ha sido hasta hace un par de años) *broker* en una sociedad de valores, en la sección de grandes clientes: podría ser Goldman Sachs; J. P. Morgan; Beta Capital, Merrill Lynch, o cualquiera de los grandes bancos... Hay tantas posibilidades que veo difícil sacar nada en claro de ese punto. Sigamos: habla y escribe correctamente español, es español. Se maneja bien con la informática, de hecho, el medio que ha elegido para ponerse en contacto con Wilson es el *e-mail*. Es rico: tiene varias propiedades inmobiliarias, un barco y un pequeño jet... No sé, quizás fuera posible comprobar coincidencias de propiedades en las plazas con Bolsas

importantes: no sé si habrá muchas personas que tengan casa en Londres, Madrid, París, Nueva York, Tokio... Sin embargo, suelen ponerlo a nombre de alguna sociedad, para evitar impuestos. ¿Y la lista de los propietarios de un jet privado?

—Hoy tienen uno de esos aviones todos los futbolistas bien pagados, los cantantes, los actores de Hollywood, la mayoría de los empresarios grandes. Magnates, políticos, rentistas... En fin, ese listado también será muy largo.

—¿Tú has volado alguna vez en uno de éstos? —pregunté.

Sonrió con cierta malicia.

—Pues lo cierto es que sí, Lola. En un Hawker 900 XP, un aparato con capacidad para nueve personas. Fui acompañando a un político, un viaje París-Washington.

—¿Y cómo fue?

—Bueno, ya sabes lo que dice la propaganda: máximo nivel, comodidad, confidencialidad, personalización. Pero yo prefiero los grandes: éstos se mueven mucho... Bueno, volvamos a lo nuestro. Sabemos muchas cosas de Wilson y de Rodrigo, pero ninguna de ellas nos lleva a ningún sitio.

—Me temo que tienes toda la razón.

Miré el reloj. Era muy tarde y estaba cansada. Mucho. Y necesitaba comer pulpo... Llevaba todo el día pensando en trocitos de pulpo templado, a la gallega: con pimentón, aceite de oliva virgen y sal gorda, sobre una base de patata cocida; cachelos, a ser posible. Un antojo. Otra obsesión. A Juan ya le había bajado la fiebre. Él no tenía sueño porque había descansado durante el día, pero yo, además del pulpo, necesitaba dormir. Y hablar con Jaime.

—Me voy a ir al hotel, Juan. Tengo que descansar. ¿Por qué no vas haciendo esas llamadas y recabando toda la información que puedas? Te dejo el papel —dije, tendiéndole la copia de la tarjeta de embarque—. Vuelvo mañana y lo hablamos.

Me lo devolvió.

—Mejor guárdalo tú. Pediré un folio en blanco: me disgusta trabajar con papel sucio... Por cierto, Lola, ¿te encuentras mal?

—Sólo es cansancio... Si te digo la verdad, estoy mareada. Supongo que tendré la tensión baja por el embarazo.

—Te noto rara... ¿No te convence cómo nos estamos enfrentando a este

asunto?

—Bueno, ya me conoces: tengo esa sensación... Hay algo que estamos pasando por alto. El punto esencial, la pista del manuscrito. Si finalmente es Wilson quien nos lo ha mandado, y él sabe que vamos contrarreloj, será porque hay algo en él que nos permite detener a Rodrigo. Todavía no hemos dado con ello... No me mires así, él no sabe que trabajo contigo. Hay algo, pero soy incapaz de encontrarlo. Podrías revisarlo tú de nuevo, a ver qué hemos pasado por alto. ¿Lo harás?

—Lo haré, pero me preocupa tu estado. Estás muy pálida.

—Son los genes, eso es todo.

—Lola, llama a tu marido.

—Ya te dije antes que le envié un *e-mail*...

—¿Un *e-mail*? ¿Por qué le mandas un *e-mail* para una cosa tan seria? ¡Por todos los santos, mira que sois raras las mujeres!

—No te metas en eso, Juan. Haz esas llamadas, por favor.

Cogí un taxi en la puerta del hospital. Aunque la visión del pulpo a la gallega seguía latiendo en mi memoria, le di al conductor la dirección del hotel. El extraño mareo se acentuaba, lo mismo que el cansancio.

Pagué al conductor, entré y fui hacia el ascensor. Casi podía visualizar la mullida cama cuando oí mi nombre a la espalda. Me volví. La recepcionista me hacía un gesto con la mano. Era la misma joven con la que había hablado acerca del remitente del paquete. Me acerqué.

—Tengo dos cositas para usted, señorita: los organizadores del congreso le han dejado un mensaje telefónico. —Me tendió un sobre—. Lo he recogido personalmente, y si me permite una recomendación, yo que usted lo leería enseguida: la cena es en breve. —Estaba abriendo el sobre y extrayendo el texto cuando noté que seguía hablando—... Una persona, un caballero.

—Perdone, ¿cómo dice? Estaba distraída. —Su voz parecía provenir de muy lejos. Tal era mi cansancio.

—Le decía que, hace más o menos una hora, un caballero preguntó por usted. Pidió información sobre el número de su habitación. Naturalmente, no se la di: no puedo ofrecer esos datos a cualquiera que se presente aquí diciendo que es familiar de un cliente. Dijo que había estado llamándola al móvil, sin éxito.

—¿Ha dicho que era un familiar mío? —Era tan absurdo que, por un momento, pensé que Rodrigo me había localizado, lo que me llenó de terror.

—En realidad, se presentó como su marido. Sin embargo, como comprenderá, no tengo forma de comprobar la veracidad de esa afirmación, y se impone la prudencia. Siempre dicen que son familiares y luego resulta que mienten. Podría ser cualquiera; quizás un asesino a quien usted haya detenido, o un ladrón de bancos... En fin, estese tranquila: no le he facilitado ningún dato sobre usted.

«¡Menuda imaginación!», me dije. Y, aunque agradecí su prudencia, indagué un poco más.

—¿Se fijó en cómo era ese caballero? Su físico, quiero decir.

—Por supuesto: alto, cerca de metro noventa; moreno, con el pelo rizado, echado hacia atrás; ojos claros, verdes o azules, eso no lo recuerdo. Delgado, buena facha. Pijo, pero con una sonrisa preciosa...

—Gracias —dije. Acababa de describir a Jaime.

—No se olvide de la nota, señorita —me recordó. Estaba sobre el mostrador.

¡Jaime! Había cogido el coche y se había venido a Barcelona. ¡Dios, cómo equivocan las apariencias! Se agudizó mi cansancio, me costaba mantenerme de pie.

—¿Sabe dónde me espera ese caballero?

—Dijo que estaría en la cafetería, señorita.

Me dirigí allí lo más deprisa que pude, dadas las circunstancias. Estaba arrellanado en uno de los sillones, con las piernas estiradas y los brazos cruzados, profundamente dormido. Me acerqué a él y le di un beso en la frente. No se movió. Suele ser difícil despertarle. Al tercer beso, cambié de táctica y le zarandeeé.

Respondió adormilado.

—¡Lolilla! ¿Dónde estabas? Llevo horas buscándote.

—Estaba en el hospital, visitando a Juan Iturri. Le han quitado unas piedras de la vesícula. Tengo el móvil en la habitación, sin batería.

Ya despejado, se incorporó, me cogió de las manos y me miró a los ojos.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

Se me quebró la voz.

—No lo sé. Supongo que no quería aceptarlo.

—No te preocupes, la medicina ha avanzado mucho. Hoy día tenemos tratamientos mucho más efectivos que en la época de tu madre. —Le miré con extrañeza. Que yo supiera, en el siglo XXI se paría igual que en la era de los australopitecos y las amebas—. Pero el tiempo es esencial...

Me solté. No podía creer que también Jaime me hablara del tiempo.

—¿Tiempo? ¿Qué importa el tiempo?

—Importa mucho. —Hizo una pausa y con voz de seda dijo—: Dime, Lolilla, ¿dónde está localizado el tumor?

—¿Tumor? ¿Quién te ha dicho que tengo un tumor?

—Tú, en el *e-mail* que me mandaste. Hablabas críticamente de que el doctor San Sebastián te había confirmado lo que sabías previamente... ¿Qué podías tú saber? Pensé inmediatamente en que te habías notado algún bulto; un tumor de mama.

—San Sebastián es mi ginecólogo...

—Creo que será mejor que este tema lo lleve un oncólogo. Están más al día de los nuevos tratamientos...

Tragué saliva.

—Jaime, no necesito un oncólogo. No estoy enferma, sino embarazada. ¿No lo puse en el *e-mail*? ¡Debería haberlo releído!

Se me abalanzó y comenzó a besarme. Todos nos miraban. A él no parecía importarle, pero a mí sí.

—¡Jaime, por favor, para!

Conseguí que se sentara. Los otros clientes dejaron de mirarnos de frente y volvieron a sus asuntos.

—¡Bendito sea Dios, creí que te perdía!

—No me perderás. Al parecer, me tendrás por partida doble...

—¡No me importa lo más mínimo! ¿Qué dijo San Sebastián para que salieras corriendo?

—Poca cosa —mentí.

Para mi desgracia, lo hago bastante mal. Se me colorean enseguida las mejillas. Si la mentira alcanza un cierto nivel, el rubor me sube hasta la punta de las orejas. Jaime me sujetó por ellas antes de decir:

—Dime, libro abierto, ¿qué te dijo?

—No recuerdo bien el *e-mail* que te mandé, pero sí haber escrito que me permitieras reposar el susto...

—¡Oye, Lolilla, que también el susto es mío! ¿O crees que no lo llevaremos entre los dos? —De improviso, se detuvo—. Tienes mala cara. Te veo muy pálida, y sudorosa, ¿te encuentras bien?

Me salió sin pensarlo, sin poder detenerlo.

—Necesito comer pulpo con pimentón y patatas cocidas.

Se echó a reír.

—¡Ah, mi Lolilla y sus antojos! ¡Eso está hecho! —Se levantó de un salto. Yo intenté seguir sus pasos pero no fui capaz, y tuve que volver a sentarme.

Pulpo. Creo que eso fue lo último en lo que pensé. Empecé a notar cómo me invadía un terrible cansancio. A mi alrededor se extendía una densa niebla, que terminó por cerrarse totalmente. Caí de rodillas. Luego noté una extraña punzada en la frente.

Lo primero que vi al despertarme fueron las cortinas de rayas marrones y beiges y el escritorio decapado con la silla a juego. Me ubiqué enseguida: desde luego, estaba en un hotel. Con más o menos gusto, todos están cortados por el mismo patrón. Estaba acostada, vestida y cubierta con una manta. Miré a un lado y a otro despacio, desconcertada. Cuando vi a Jaime a mi lado, me tranquilicé.

—¿Qué ha pasado? Estábamos en una cafetería...

—Una lipotimia; te desmayaste. El médico del hotel te ha tomado la tensión: la tienes por los suelos. Dime, ¿qué has comido hoy?

—No me acuerdo. Pero algo debo de haber tomado... Desde luego, no fue pulpo. Sigo con ese plato entre ceja y ceja. Me repica de tal manera en la cabeza que, en este momento, hasta lo huelo. Debo de estar fatal...

—Estás estupendamente. —Se apartó un poco a la izquierda, y me dejó ver un carrito con un mantel blanco y una fuente en el centro, redonda, con una enorme tapadera de plata—. Incorpórate poco a poco, no vuelvas a marearte.

Nunca en mi vida he degustado un pulpo como aquél. En realidad, sólo lo

había probado un par de veces, en un viaje a Galicia. Y no lo he vuelto a tomar después. No me gusta especialmente. Pero ese día me comí el pulpo, las patatas cocidas, sin dejar ni muestra, y aún unté pan en los restos de pimentón. Me supo a manjar de dioses. Habría sido perfecto con una cerveza muy fría. Pero no me atreví a pedirla. Las embarazadas, más las añosas como yo, no deben beber alcohol.

—¡Pobrecilla, estabas famélica!

—Sí. Ahora ya me encuentro mejor... Dadas las circunstancias.

—No somos primerizos, Lolilla. No deberías tomártelo así.

—Bueno, es mi primer hijo rozando los cincuenta. Yo creo que es para preocuparse...

—Ya me lo imagino... San Sebastián te ha puesto en antecedentes: un porcentaje aquí, otro allí...

Volvió el nudo en la garganta.

—Lo ha hecho, sí. Porcentajes de susto.

—No debes pensar en ello. Cada persona es un mundo; cada cuerpo es un universo en sí mismo. Además, esos porcentajes sólo se aplican al común de los mortales. Las bilbaínas pelirrojas de cara pecosa y tacones de aguja tienen sus propias cifras. Y con lo que ayuda económicamente el gobierno, todo solucionado...

Entre bocado y bocado, logré articular una queja.

—¡Jaime, por qué siempre has de tomártelo todo a risa!

—¿Por qué tú has de tomártelo siempre todo en serio? Mira, es nuestro hijo; no lo vamos a tirar a la basura... —Se detuvo unos segundos, como si algo le acongojara. Luego, añadió—: He visto esos cubos de basura, Lolilla. Los lugares donde se trituran lo que los médicos llamamos «restos biológicos»... La caja llega al laboratorio los jueves. Contiene parte de esos restos: diminutos trozos de piernas y brazos, de cabezas, incluso algún feto completo, que acaban sobre la mesa de los investigadores. Es... En fin, no quiero que uno de mis hijos termine allí... ¿Te apetece más pulpo?

—¡No, voy a estallar! Creo que me levantaré y...

—¿Seguro que estás bien?

—Seguro.

—Pues entonces tengo que decirte que te esperan varios recados. Te puse

el móvil a cargar. Tenías un porrón de mensajes. La mayoría, míos; otros dos de tu amigo Josep Maria: uno para darte las gracias y recordarte que le dieras un teléfono, y otro con datos sobre la cena de clausura de tu congreso, a la que, me temo, ya no podrás asistir. Habrá acabado hace tiempo. Pero el más persistente, como siempre, es Juan Iturri: diez o doce llamadas. Anda buscándote..., ya sabes lo tozudo que puede llegar a ser.

Diez llamadas. Aquel dato despertó mi inquietud. Había ocurrido algo. Intentando tragar el nudo que se me había formado en la garganta, señalé:

—¿Sabes por qué me busca? Quizás haya empeorado. Cuando le dejé, todavía estaba pachucho. ¿Le has devuelto alguna llamada?

—He hablado con él, sí. Por su salud no te preocupes: seguía con un poco de fiebre, pero estaba bien. Al parecer, combatía a brazo partido con alguna enfermera. Se ha empeñado en solicitar el alta voluntaria.

—Como médico, deberías haberle aconsejado que no lo hiciera —le corté—. Está mejor en el hospital.

—Cierto, pero ya sabes cómo es. Cuando recuerda su sagrada misión de atrapar criminales, no hay quien le pare. El caso es que ha dejado el hospital y se ha instalado aquí, en este hotel. Supongo que pagará la Interpol.

A medida que le escuchaba, mi voz se volvió más seria.

—¿En este hotel? Venga, Jaime, déjate de historias y dime la verdad. ¿Qué ha pasado para que Iturri abandone a toda prisa el hospital?

Dudó unos instantes. Pero lejos de contarme lo que quería saber, simplemente enmudeció. Le miré con unos ojos cargados de reproche, pero no logré que soltara prenda.

—Mañana, Lolilla. Ahora tienes que descansar.

—¿Descansar? ¿Cómo voy a descansar sin saber qué ha ocurrido? ¡No pegaré ojo! Pásame el móvil, por favor. Voy a llamar a Iturri.

—No hace falta. He hablado con él. Le he dicho que estabas indispueta, y que hablaríamos todos mañana, durante el desayuno. Nos espera a las ocho.

Respondí con acidez, arrugando el ceño con rabia. Me saca de quicio que la gente tome decisiones por mí, aunque sea mi marido y lo haga por mi supuesto bien.

—Pásame el teléfono, por favor. Yo decidiré cuándo me encuentre indispueta.

Sin prestar atención a la furia que me retorció el gesto, esbozó una sonrisa y añadió:

—Suponía que dirías eso. Pero has de saber que si he tomado esa decisión es porque tanto Iturri como tú debéis descansar. Tal y como están las cosas, un pequeño retraso, cuestión de horas, no va a suponer ningún quebranto para la investigación... De todos modos, como no vas a dejarme en paz, he pedido a Iturri que me pusiera al día. Puedo relatarte más o menos qué es lo que ha ocurrido.

Sorprendida por lo que decía y por el tono calmado de su voz, le pedí perdón. Aunque no estaba convencida del todo de su argumento, recogí velas.

—De acuerdo, te escucho. —Me apoyé con ambas manos en la cama y me incorporé, incitándole a continuar.

—Hace unas horas han hallado un cadáver, aquí, en Barcelona, en la zona vieja...

Tragué saliva antes de interrumpirle.

—¿Sabes si se trata del doctor Wilson?

—Creo que no, a menos que el tal Wilson fuera un exhibicionista italiano.

Negué con la cabeza mientras sopesaba la información que Jaime me daba. Barcelona posee el aciago récord de encabezar la lista de lugares predilectos para el sexo de pago en Europa. Su oferta de perfiles resulta extraordinariamente diversa, lo cual crea un humus adecuado para que surjan todo tipo de comportamientos repugnantes; entre ellos, el de ese extraño género de hombres que encuentran un morboso placer en mostrar su miembro a niñas asustadizas en la puerta de los colegios o a los sorprendidos turistas nocturnos. Los Mossos d'Esquadra bastante tienen con la persecución de pedófilos de todo tipo, de proxenetas venidos del Este, y de prostitutas dispuestas a trabajar en plena calle para preocuparse de los exhibicionistas nocturnos. La imagen que mi mente se había forjado del doctor Wilson, con sus pequeños quevedos y su cara inocente a modo de Woody Allen, se me hizo presente de inmediato. ¿Qué tenía que ver ese exhibicionista con nuestro psiquiatra?

—Dime, Jaime, ¿qué tiene de especial ese asesinato para que Iturri haya salido corriendo?

—Al individuo en cuestión le pegaron un tiro con una escopeta de

cañones recortados. Dejaron el cuerpo en plena calle. ¿Te parece suficiente motivo?

Noté enseguida que se reservaba algo. Empieza a frotarse las manos cuando eso ocurre. Y en ese momento, lo hacía como si pretendiera extraerse células de la piel.

—No, no es suficiente. Repito la pregunta: ¿por qué Iturri abandonó el hospital y me llamó diez o doce veces?... Dímelo ya. Por favor.

Permaneció un momento pensativo. Luego, añadió:

—De acuerdo, lo vas a saber antes o después... Iturri había abierto una alerta a través de la Interpol: debía darse aviso de todos los cadáveres tatuados en el gemelo izquierdo. Esta tarde le han llamado... No sé los detalles, pero el cuerpo del exhibicionista llevaba un número seis pintado en la pierna izquierda: números romanos. Iturri cree que lo ha hecho ese tal Rodrigo.

—De modo que conoces la historia de Rodrigo... La que traté de contarte por teléfono y por la que me tildaste de loca...

—Juan me ha puesto en antecedentes. —No pudo contenerse más allá de unos segundos y estalló—: ¡Mierda, Lolilla! Dime, ¿por qué tienes que escarbar siempre en temas turbios? Estoy seguro de que te lo buscas.

Volví a cerrar los ojos. No tenía ganas de discusiones estúpidas.

—Tenías razón, estoy cansadísima. Necesito dormir un poco. ¿Te has traído un pijama? —dije al darme cuenta de que no llevaba ningún tipo de equipaje.

—¿Dormir? No es momento de dormir, tenemos que hablar...

Jaime empezaba su perorata cuando llegó la arcada. Obviamente, vomité el pulpo a la gallega, pero no sólo eso. Creo que por mi boca pasó incluso el pastel de mi primera comunión. Mi marido trató de auxiliarme. Pero poca ayuda puede ofrecerse en casos como éste. Cuando conseguí vaciar el estómago, me tendí en la cama, exhausta. Aunque no hay mal que por bien no venga: aquella indisposición iba a librarme de la conversación pendiente o, al menos, iba a lograr retrasarla. Cada vez que recordaba mi estado, las piernas me flaqueaban. Estaba decidida a llevar el embarazo adelante, pero no quería pensar en ello todavía. Y menos hablar del tema. No tuve suerte: ni siquiera me dio un respiro.

—Lolilla, tenemos que hablar... —Continué callada, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Pero él no cejó—: No sé qué nos ocurre, pero hay algo que no funciona... ¡Por todos los santos, qué matrimonio es el nuestro si me tengo que enterar a toro pasado, cuatro meses después y por un *e-mail*, de que mi mujer está embarazada!

—Quería decírtelo, pero no sabía cómo. Esperaba que... En fin, esperaba que se arreglase solo...

—¿Que se arreglase solo? ¡Qué tonterías dices! Solo, se quita un grano, la gripe o el invierno... Pero dime, ¿desde cuándo se quita solo un embarazo?

—Tienes razón, toda la razón. No sé qué decirte. Simplemente, no quería hablar de ello. ¿Tan raro te parece?

Se hundió en el sillón y se tapó la cara con las manos. Al verle, me resultó difícil sustraerme a su dolor. Pero no dije nada. Permanecí expectante, observándole. Sabía que lo preguntaría. No tardó en hacerlo.

—Aclárame una cosa, Lola: ¿no querías hablar de ello o no querías hablarlo conmigo?

Arqueé las cejas e hice un gesto con la mano, intentando decir lo obvio. Pero insistió.

—Dime, ¿se lo has contado a alguien?

Iba a decir a nadie. Pero era mentira: Iturri lo sabía.

—Lo siento. Estaba... Estoy muerta de miedo. Ha sido tan inesperado y es tan arriesgado...

—¿Miedo, tú? ¿Andas peleándote con un asesino en serie y me hablas de miedo?

—No es lo mismo. Rodrigo y el doctor Wilson están en la sección «trabajo». Más tarde o más temprano, ese loco ingresará en prisión y podremos pasar página. Sin embargo, este niño será parte de mi vida siempre.

—Nuestra vida, Lolilla, nuestra vida.

—Es cierto, la de los dos.

Pareció calmarse levemente. Se levantó y paseó durante unos minutos por la habitación. Finalmente, se sentó a mi lado. Al notar su cercanía, la situación perdió en parte la rigidez original. Su voz aún raspaba, pero fue conciliador.

—¿De qué tienes miedo, Lolilla?, ¿de lo desconocido, del futuro, de tus

propias fuerzas? Todo lo que hacemos en esta vida entraña un riesgo, que, por cierto, muchas veces no calibras, como has hecho aceptando ese maldito manuscrito, o cogiendo el coche por Madrid un día cualquiera. Además, ¿qué es lo peor que puede suceder? Imagino que te habrás puesto en el más hostil de los estados de la naturaleza. Supongamos que todo lo que puede salir mal sale mal. Bueno, ¿y qué? Seguiremos caminando y procuraremos ser felices. Es así de fácil. Y lo seremos si estamos juntos. Si lo vivimos juntos. Ten un poco de confianza, mujer. ¡Confía en Dios y un poco en mí! —Traté de protestar, pero me tapó la boca con las manos—. No me digas que eres medio atea. Eso no importa. Estamos en Sus manos, queramos o no. Y ese niño está en las nuestras. Mi oferta, Lolilla, es mucho mejor que la de tu miedo, o la de tu médico. Lo haremos juntos, ¿vale?

Asentí con la cabeza. Y traté de cambiar de tema. Pero, de nuevo, volvió a la carga.

—Dime, Lolilla, ¿se lo has contado a Iturri?...

—Sí —respondí, azorada. De nada servía mentir.

Me miró a los ojos. Estaba verdaderamente dolido.

—¿Por qué, Lolilla? ¿Por qué a él y no a mí?

Le cogí las manos y le dije exactamente lo que pensaba.

—No me eches todas las culpas, Jaime. Si te digo la verdad, no tuve que contárselo: me lo notó nada más verme. Quizás sea que él me mira y tú sólo me ves. Me has tenido delante a diario durante cuatro meses y no te has dado cuenta... He vomitado en tus narices, me mareaba... Eres médico, deberías haberte dado cuenta.

—¡Ya sabes cómo soy, Lolilla! He pensado en lo más razonable: que tenías mal el estómago.

Me quité la manta y me desabroché la blusa.

—¡Mírame! —Lo hizo—. ¿Ves algún cambio?

—Perdona, tienes toda la razón. ¡Tengo tantas cosas en la cabeza y tan poca sensibilidad! Dime, ¿cómo puedo cambiar? Te quiero.

—¿Más que al CSIC y a tu tarjeta Iberia Plus? Te pasas la vida de viaje.

—Lo de la tarjeta tendría que pensarlo. Con el CSIC estoy seguro... — Me abrochó la blusa con cariño—. De veras, te quiero. Mucho más que aquel día, cuando te vi salir de la facultad...

—¿Te acuerdas de ese programa nuevo del Mac?, ¿el de las diapositivas?

—¡Cómo no me voy a acordar! Casi lo domino, pero me ha costado mil horas y mucho sueño...

—Tiempo y esfuerzo, ahí está la clave. Eso es lo que yo, lo que nosotros te pedimos. No puedes decir que nos quieres si nunca estás, si lo que tienes en la cabeza y en el corazón son tus amebas...

—Yo no trabajo con amebas.

—Lo sé, es una forma de hablar. Yo también estoy dispuesta a poner de mi parte. A escucharte, a comprenderte...

—Lo intentaré, Lola. Por las dos. Porque va a ser una niña. ¿Cómo va a llamarse? Me gusta Sonsoles, ¿y a ti?

—Menos pulpo, le llamaremos como quieras...

Se arrellanó a mi lado. La barrera intangible que nos separaba se deshizo de repente. Hablamos durante horas. De todo. Iturri no volvió a salir en la conversación.

Llevábamos tanto tiempo sin hacerlo que nos pilló el amanecer. Y el despertador...

Bajamos a las ocho, como Jaime y Juan habían quedado. Los desayunos se servían en un salón de la planta baja. Iturri ya estaba allí. Se había sentado en una de las esquinas, en un lugar resguardado, a pesar de la escasez de clientes. Jaime y yo estábamos agotados. Juan olía a colonia, exhibía un ánimo inmejorable y hacía gala de esa locuacidad que sólo le invade cuando está en plena faena. Ya no tenía fiebre y había logrado dormir unas horas.

Iturri se lleva mal con el sueño. Salvo que haya buscado la compañía de su amigo francés —Courvoisier, en copa panzuda, y a pequeños sorbos—, una amistad de tiempo, consigue a lo sumo dormir tres o cuatro horas. El resto de la noche lo dedica a lo que más le gusta: la investigación. Perseguir camellos, descubrir asesinos y capturar a malhechores varios parece llenar completamente su vida. Yo le insisto en que la farmacopea puede ayudarle, pero él me repite, con cierto retintín, que las pastillas para dormir pueden dañarle el hígado.

Iturri y Jaime pidieron café exprés, tostadas con mantequilla y mermelada y huevos revueltos con beicon. Yo me limité a tomar agua fría: en mi estómago, el ronroneo del pimentón picante persistía. Mientras nos servían, recuerdo que murmuré entre dientes: «Los tres magníficos cabalgan de nuevo.»

En cierta manera, formamos un equipo. Los tres nos complementamos y espontáneamente, sin hacerlo explícito siquiera, nos hemos distribuido las competencias: yo me ocupo de buscar los líos o, más bien, de dejar que ellos me busquen a mí; la agudeza de Jaime suele permitirnos encontrar las claves de los problemas, y, con ellas, Iturri, siempre en acción, resuelve los enigmas. A primera vista, es como si, cooperando en el movimiento de la misma rueda,

la finalidad nos alineara. Sin embargo, la motivación que nos ata al equipo no es, en absoluto, la misma.

Yo soy una idealista, tozuda como una mula. Mi quijotismo y terquedad, en vez de reducirse como cabría esperar, se han agravado con el tiempo. Llevo tantos años ejerciendo en los juzgados que he perdido la cuenta. Pero nunca he logrado institucionalizarme ni someterme al sistema. Me siguen sacando de quicio las injusticias, los desafueros de los prepotentes y las iniquidades de los poderosos, poco importa que ese poder tenga color oro o sabor a fuerza.

No imito a Robin Hood. Yo no robo ni a los ricos ni a los pobres; robar es un delito y estoy convencida de que mantener a salvo la propiedad resulta imprescindible en una sociedad civilizada. Pero admiro su tesón en pro de los desheredados, de aquellos que no tienen más defensa que la propia justicia. De sobra sé que no ganaré esta batalla. Nunca. El malvado príncipe Juan seguirá campando a sus anchas y hasta engañará al rey Ricardo, cuyo corazón de león tiene alto riesgo de transformarse en tripas de cordero. Sé que tengo todas las de perder, pero sigo insistiendo. En ocasiones —que en mis labios saben dulces como la miel—, logro resarcir a los pobres, restituir a los que sufren ultrajes, y encarcelar a los que se creen inmunes porque tienen a medio país a sueldo.

Iturri, por el contrario, es un idealista frustrado. De sopetón, se le murieron los ideales y la esperanza. Me contó el episodio uno de esos días en que había visitado a su amigo francés. Al parecer, perseguía a un pederasta internacional. Tras muchos meses de esfuerzo, le dio caza. Y, con él, a un fiscal de menores, a un cineasta, dos profesores, un par de jueces... y a su superior. Le partió la nariz de un puñetazo. No sólo llevaba un año avisando a su cómplice de las redadas; además, puntualmente, le proporcionaba copia del material pornográfico incautado.

Lejos de acabar entre rejas, salió de aquello ocupando un puesto vacante en la Unión Europea. Iturri fue expedientado: no se golpea a un superior. Y aunque el proceso civil fue sobreseído, y su reputación y méritos resultaron ilesos, su alma quedó irremisiblemente dañada. Entonces, buscó consuelo en la investigación. Llegó a obsesionarse con las trampas, las mentiras y las conspiraciones. Su ofuscación ha llegado hasta el punto de dejar de

interesarle la faceta humana del delito y sentirse atraído por el delito en sí mismo.

Inmune al desánimo, Juan disfruta desvelando lo oculto, lo escondido bajo tierra. Se regocija en la batida, en el apremio, en la cacería y en la captura. Cree que sus éxitos dan solaz a todos los policías que rechinan los dientes porque carecen de medios, de talento, de líderes y hasta de motivación. Él no atrapa criminales, aunque igualmente terminen entre rejas. Él da caza a estúpidos que creen poder saltarse la ley a la torera, dejando un rastro de sangre por la calle.

Iturri y yo... ¡Hemos vivido tantas cosas juntos! Compartir algún momento estresante, comprometido o peligroso crea lazos especialísimos entre las personas. Nosotros hemos intervenido juntos en muchos de esos momentos. Él me ha visto llorar casi tantas veces como mi marido; me ha limpiado los mocos, y lo que no son los mocos; me ha rescatado del peligro y hasta de mí misma. Yo, por mi parte, he sido testigo mudo de su caminar hacia el infierno; desnudo y solo, porque Juan es, fundamentalmente, un corazón inmenso, forrado de acero inoxidable.

Sin embargo, nuestra amistad es complicada de armonizar con el hecho de que yo soy una mujer casada y él es un hombre soltero que no tiene más amiga que a mí. Y ahí aparece Jaime, mi marido, que entiende la situación a medias, si es que la entiende; y la acepta a medias, sabiendo que, en todo momento, los tres marchamos por una barra encerada que pende sobre el abismo.

Jaime... Él se sumó al grupo casi a la zaga. Sobre el papel, lo hizo para protegerme de un asesino que había llegado a señalarme como víctima. Aseveró que no estaba dispuesto a quedarse con los brazos cruzados mientras alguien cambiaba a la fuerza su estado civil. Alegó que no quería convertirse en viudo y que había decidido ejercer de guardaespaldas. Sin embargo, es muy posible que lo que quisiera decir es que no quería quedarse solo. O dejarme a solas con Iturri. Por si acaso.

Jaime piensa como un hombre. Es posible que Iturri también y que lo que le alimenta sea sólo un deseo sexual, un antojo ante una pelirroja que se le resiste. Yo, desde luego, no veo así nuestra relación. Hay algo que me une a él, algo distinto de lo que comparto con cualquier otro hombre, incluido mi

marido. Es posible que ese sentimiento incluya una mezcla de pasiones nobles, aderezadas con otras no tan nobles. Es posible. Y como es posible, Jaime está ahí. Por si acaso.

Cualquier otro habría tomado cartas en el asunto. Un macho hispano habría retado en duelo a su adversario o amenazado a su esposa con el infierno y un par de bofetadas de esas que llaman merecidas. Pero no Jaime. Para él, la libertad es esencial. Sabe que no estoy con él porque su sombra me impida estar con Iturri; estoy porque le quiero. De modo que, sin decir palabra, se sumó al equipo y libra su batalla en primera línea, aunque sea de forma disuasoria.

Lejos de sentirme dolida, su actitud me enorgullece. Y a mi ánimo, débil, su presencia le recuerda permanentemente que la novedad que Iturri me ofrece tiene sólo un valor relativo.

—Ha sido él, ¿verdad? —le pregunté a Iturri.

—Sí. El número, un seis, modo romano como los otros; la caligrafía; el sitio donde lo grabó... Concuerda tanto con las descripciones del texto como con las marcas de los casos anteriores. El palo vertical, por ejemplo, coincide exactamente con el de la fotografía remitida por la oficina forense de Aix-en-Provence. De modo que la respuesta es sí: es evidente, ha sido él. Rodrigo está o ha estado aquí, en Barcelona. Y ha vuelto a matar.

—¿Dónde han encontrado el cuerpo? —quise saber.

—En la calle, junto a un portal, cerca de un local de alterne en la zona vieja. Al sacar la basura, un camarero se topó con el cadáver. Según dijo, lo conocía, porque frecuentaba el lugar. Llamó a la policía. El forense se lo encontró sentado, con la espalda apoyada en la pared y un gran charco de sangre alrededor de las piernas. Tenía la gabardina cerrada; no saben si fue su asesino quien se la cerró después de descerrajarle el tiro en la entrepierna o lo hizo alguien que pasó por allí antes de que llegara la policía. En todo caso, parece que no recibió el disparo allí mismo. Trató de huir. Dejó un reguero de sangre por donde pasó. Al parecer, intentó entrar en uno de los locales pero, o estaba cerrado, o no le permitieron entrar y continuó su huida hacia ninguna parte.

—¿Qué sabes del arma?

—Una escopeta de cañones recortados. Podría ser una *lupara*, de las usadas en Italia, pero no sé mucho más... Esas armas tienen un alcance efectivo más corto, pero mayor dispersión de los perdigones. Son sencillas de manejar y de ocultar. Se las asocia habitualmente con el crimen organizado, pero son fáciles de adquirir: las poseen campesinos, terratenientes...

—El disparo de una de esas armas en los testículos es mortal de necesidad —señaló Jaime—. Le destrozaría las arterias ilíacas, la pudenda externa, incluso el inicio de la femoral... Moriría desangrado sin remedio.

—¿Hay alguna pista? Diga lo que diga Rodrigo, tanta sangre fría es imposible. No se puede mantener la calma en todo momento... ¿Nadie en los alrededores vio nada?

—No. Es una zona habitada por ciegos de nacimiento. Un nido de amantes cumplidores de la ley... No había nadie en casa.

—La policía debería preguntar a más gente de la tribu, sobre todo si era conocido —protesté—. Incluso en ese tipo de comunidad de vecinos, un crimen es un crimen.

No replicó. Se limitó a justificar a los de su gremio con un corto silencio.

—¿Y están seguros de que no es un ajuste de cuentas?

—El número en la pierna... Eso lo cambia todo. Calculan que le mataron hacia las ocho y media de la tarde, un poco antes de que la vida nocturna entrara en apogeo. Os mostraré las fotografías —dijo, al tiempo que empezaba a hurgarse en el bolsillo para localizar la agenda electrónica. La sacó, buscó la carpeta donde archivaba las imágenes y pasó varias fotografías hasta dar con las que necesitaba. Luego me tendió el aparato.

Inspiré profundamente y sin mirarlo se lo pasé a Jaime. Pareció un gesto de cortesía marital. Lo era, aunque más bien lo que hice fue comprar un poco de tiempo para aceptar lo que venía. Estaba segura de que no iba a gustarme. Odio esas imágenes.

Jaime contempló la pantalla sin hacer comentario alguno y me pasó la agenda. Concentré en ella mi atención.

La primera instantánea, de medio cuerpo, estaba tomada en el lugar de los hechos. El hombre aparecía apoyado en una pared mugrienta, plagada de grafitis. Tenía los ojos cerrados y la cabeza vuelta hacia la derecha, como si

se hubiera quedado dormido. Pero la mancha de sangre que le rodeaba disolvía cualquier equívoco: estaba muerto. Las seis fotografías siguientes eran prácticamente idénticas; el mismo sujeto (¿debe hablarse de objeto o de sujeto ante un cadáver?), enfocado desde distintos ángulos. La séptima, octava y novena imágenes mostraban los destrozos. Las piernas abiertas, nada entre ellas; restos de carne nadando sobre un fluido oscuro, más oscuro que rojo. La décima y las siguientes habían sido tomadas en la morgue, ya con el cuerpo desnudo. Cuando me detuve en la correspondiente al gemelo izquierdo, devolví la agenda a Juan Iturri y me concentré en mi vaso de agua fría. No necesitaba ver más.

Por un instante, se impuso el silencio. Uno de esos silencios cargado de espaldas. La vida parecía complicarse aún un poco más. Miré de reojo a mi derecha. Jaime permanecía callado, recostado en la silla, con los ojos cerrados. Pero una sonrisa asomaba a sus labios. Resultaba extraño.

—¿Qué te ocurre, Jaime?

—Os escucho, eso es todo.

—No es cierto. Haces algo más que escuchar. Estás sonriendo.

Se incorporó. Arqueó las cejas y suspiró:

—De acuerdo, lo confieso: estoy contento.

—¿Contento? ¿Por qué? No está la situación para alegrías.

—¿Cómo que no? No me miréis así: es evidente. —Hubo de explicarse. A nosotros no nos lo parecía—. Veamos, sólo he echado un vistazo a ese manuscrito, pero os he oído hablar suficientemente del tipo de víctima... Lo que quiero decir es que un exhibicionista del Raval encaja perfectamente en el perfil descrito por Rodrigo. Si no recuerdo mal, corregidme si me equivoco, tenemos una mendiga ladrona, un drogadicto, un mafioso, una prostituta y un camello... —dijo, contando ostensiblemente con los dedos.

—Muy cierto —admitió Iturri—. Me han enviado copia del certificado de penales de ese tipo, que, por cierto, se llamaba Joseppe Lochiano. Siciliano, él; gay, para más señas. Su expediente es más largo que un día sin pan: salvo un par de detenciones por robo y posesión, el resto de sus delitos son de naturaleza sexual.

Cogí el manuscrito y busqué el lugar en el que Wilson y Rodrigo hablaban de la elección de los que habrían de inmolarsse en pro de la misión.

—Aquí está. Escuchad lo que dice el psiquiatra: «Quiero que, cuando busque a sus conejillos de Indias, justifique sus elecciones.» «No le comprendo, doctor», responde Rodrigo. Y Wilson aclara: «Lo que quiero es que piense en personas que merezcan morir»... Desde la perspectiva de Rodrigo, no creo que haga falta preguntarse si el exhibicionista está entre los que merecen morir: lo está.

—Además de dar el perfil —continuó Iturri—, el *modus operandi* cuadra. Tras el golpe en el cráneo, el envenenamiento, el ahorcamiento, el puñal y la espada, tocaba el turno de la pistola, y a este tipo le han descerrajado dos disparos. Por otro lado, el asesino grabó un número VI en la pierna de su víctima, con lo que podemos concluir que este crimen pertenece a la misma serie que los anteriores.

—Sí, eso es lo que quería señalar: por eso sonreía. Ha habido seis crímenes, y ése era exactamente el número prometido por el asesino. De modo que, si miramos esta historia por el lado bueno, y sintiéndolo mucho por el fallecido, podemos estar contentos: esto ha concluido. Se acabó. Fin de la historia. Tú y yo, Lolilla, podemos retirarnos. Ahora, vosotros —agregó dirigiéndose a Iturri— tendréis que dar con él y meterle entre rejas, pero podéis hacerlo sin que el reloj os persiga. No hay prisa. Wilson está a salvo, y también el resto de la humanidad.

A medida que sopesaba sus argumentos, y aunque mi instinto me gritaba que aquello estaba muy lejos de concluir, me convencía de que tenía razón. A Iturri no le ocurría lo mismo. Respondió con voz metálica:

—Todo eso sería cierto si el tal Rodrigo fuera capaz de detenerse... Yo no lo tengo claro. El tío es un psicópata, y los psicópatas no se detienen. Ya sé lo que me vais a decir: que no habrá más muertes porque, si las hay, sería la prueba de que se ha vuelto loco, lo cual estropearía definitivamente el experimento... Pero no os dais cuenta —insistió— de que, en realidad, lo que haría sería probar la hipótesis contraria: que cuando arrancas varias vidas, inexcusablemente te conviertes en un tarado.

Jaime le interrumpió negando vigorosamente con la cabeza.

—¡No, no, ni hablar, Juan! Es obvio que ese tal Rodrigo padece delirios de grandeza. He visto en la consulta a tipos con esa patología. Lo que buscan por encima de todo es dejar huella, pasar a la historia. Y a estas alturas,

Rodrigo debe de saber que, en calidad de psicópata, nunca entraría en los anales de la psiquiatría criminal... En realidad, lo es; un psicópata, quiero decir, pero él no es consciente de ello. Cree que es un hombre cuerdo, íntegro, con el valor suficiente para servir de conejillo de Indias en beneficio de la humanidad. Estoy seguro de que no volverá a matar.

A esas alturas, el escalofrío se había adueñado de mi nuca. Permanecía en silencio, pero ya había tomado partido. Estaba segura de que aquella historia no había terminado.

—¿Y tú qué dices, Lolilla? Te has quedado muda. Dime, ¿estás de acuerdo con Iturri o conmigo?

—En realidad, con los dos. —Sonó a tonta manera de terciar en la discusión, pero era exactamente lo que pensaba. Se lo expliqué—: Por un lado, estoy de acuerdo con Jaime, estoy segura de que no quiere un número VII: eso estropearía su experimento, y se ha tomado muchas molestias para llevarlo a término. Sin embargo, creo, como Iturri, que se verá forzado a matar de nuevo...

Fue Jaime el que me increpó:

—A ver, Lola, si te aclaras. Yo, desde luego, no lo entiendo: o mata o no mata. No hay muchas más opciones.

—Lo que quiero decir es que el experimento no acaba con la sexta muerte; termina cuando el caso esté descrito en los manuales de psiquiatría. El elegido para esa tarea no puede ser otro que Wilson. Y supongo que él no estará por la labor... Imaginemos que se niega, lo cual es muy lógico a mi entender, por motivos morales y porque resulta imposible justificar ante sus colegas, ante la policía y ante su propia conciencia, haber alentado a un asesino en serie. En fin, si se niega a describir el experimento es posible que no ocurra nada, que Rodrigo desista y el juego concluya, pero... Me temo que deberíamos abrirnos a la posibilidad de que Rodrigo vea en su actitud una traición y se sienta obligado a quitar a Wilson de en medio. Quizás sea ése el miedo que transmitía en su nota...

—Tienes razón, Lola: quizás lo interpretáramos mal y no te enviara el texto porque creyera que iba a ser la víctima número siete, sino porque sabe lo que le espera luego. Salvo que alguien le detenga.

De nuevo se produjo una pausa; un silencio que se prolongaba y nos

permitía pensar, cada uno a su modo.

—¡Tenemos que dar con Wilson: estoy seguro de que el loco ése va a cargárselo! —exclamó Iturri finalmente.

—Siento reconocer que estoy contigo —confesó Jaime.

Volvimos a quedarnos callados. Iturri llamó al camarero y pidió más café. Yo seguí con el agua. Mientras llegaba, Jaime se frotó las manos y añadió:

—De acuerdo, recapitulemos: tenemos un psiquiatra o psicólogo clínico de mediana edad (entre cuarenta y cincuenta años, aunque todo son conjeturas), de origen español pero con consulta en Estados Unidos (es posible que posea la doble nacionalidad) que está muerto de miedo: su paciente ha resultado ser un asesino en serie que acaba de cobrarse su sexta víctima. No sabe cómo pararle. Conoce la ley: si acude a la policía, saldrá malparado. A su paciente le asiste el derecho al secreto profesional. De modo que, sin saber qué hacer, manda los cuadernos escritos por el propio Rodrigo a una jueza con la esperanza de que ella lo investigue, encuentre indicios de delitos y le llame a declarar: en ese caso, su secreto puede desvelarse. ¿Se trata de eso más o menos?

—¡Espléndido, Jaime, un buen resumen!

—Gracias, Juan.

—Me alegro de que os tengáis en tanta estima, chicos, pero de lo que habéis dicho no se desprende ni una sola pista a la que podamos agarrarnos. Necesitamos hechos. Algo tangible, un hilo del que tirar. ¿Con qué contamos?

Iturri se adelantó:

—Sabemos que Rodrigo está en Barcelona porque acaba de firmar un nuevo crimen. Si su sistema de elección de víctima es el que indica, su visita se debe al azar. Nada que objetar. También sabemos que el doctor Wilson está aquí, o muy cerca, porque te ha enviado el manuscrito en un plazo brevísimo. ¿Por qué está en Barcelona? Sobre ese punto no tenemos una explicación clara. Si vive fuera de España, tiene que haber un motivo que le haya impulsado a venir hasta aquí. Podría ser por un asunto personal: visitar a un pariente, ir al notario, comprar una casa. O podría tratarse de una cuestión profesional. —Se detuvo unos instantes. Luego, añadió—: Lo segundo...

—¿Qué quieres decir, Juan? ¿Sabes algo que nosotros desconozcamos?

—En realidad, no, pero según hablaba me he dado cuenta de una cosa. Desde que llegué, he recibido varias llamadas de cumplido de colegas de otros países que habían venido a Barcelona. Solemos hacerlo. Llamamos a los conocidos cuando entramos en sus respectivos territorios. Todos me han dicho que habían venido para participar en un congreso de psiquiatría, en el que dedican una sesión a la psiquiatría criminal...

—¡Es cierto! Se celebra el mitin anual de la World Psychiatric Association... Lo sé porque se lo oí comentar el otro día durante una cena a un periodista, Justino Sandoval.

—Si Wilson está aquí por esa razón, figurará en el listado de asistentes... Podemos pedir la lista a la organización.

—Y luego podemos clasificarla por nacionalidades —añadí.

Al ver cómo surgían nuevas pistas, nos dominó a todos un optimismo nervioso aunque prudente. Las investigaciones son habitualmente procesos tediosos. La mayoría de las pistas sólo te conducen a la desesperación.

—Me parece una idea estupenda, Iturri —convino Jaime—. Si queréis, me entero de dónde se celebra y me presento allí. Seguro que la lista de asistentes figura en el material que entrega el congreso. Si no me lo dan por las buenas, siempre puedo inscribirme. No sé una palabra de psiquiatría pero, al fin y al cabo, soy médico.

—Te acompaño —ofrecí.

—No. Será más fácil y más rápido si voy solo. Quédate en el hotel y descansa.

—Ni hablar. Si no voy contigo, iré con Iturri. ¿Tienes alguna otra pista? Una huella, alguna conexión con otros delincuentes... No sé, lo que suela buscarse en el escenario de un crimen...

—De momento, no. Pero el cadáver sigue en el Anatómico. Iba a acercarme ahora por si averiguo algo más. Quizás hayan logrado identificar el arma. Si quieres acompañarme...

—El plan no es muy apetecible, pero es mejor que estar sola. Te acompaño, pero esperaré fuera.

—Yo consigo esos datos y me reúno con vosotros allí.

Abandonamos el hotel y cogimos dos taxis. Jaime se subió al primero. Iturri y yo fuimos derechos al Instituto Anatómico Forense. Por el camino, se interesó por mi estado y trató de sonsacarme datos sobre la reacción de Jaime. Le contesté con monosílabos. No quería hablar de ninguna de esas cuestiones: hay intimidades demasiado íntimas, incluso para él. Al ver que no respondía, volvió a su mutismo.

Juan entró solo en la morgue; yo no quise seguirle. Vista una, vistas todas. Poco necesitaba conocer acerca del cadáver, por encima de lo que ya sabía. Ni el peso de sus órganos, ni el contenido de su estómago, ni el estado de sus pulmones me habían llevado allí. Y del número VI grabado en negro en su gemelo izquierdo tenía una fotografía en color. Por eso, permanecí tras la puerta metálica, escrupulosamente limpia, sentada en una sala de espera, un sitio grande y frío lleno de sillas de plástico gris enfrentadas, y donde una desagradable corriente de aire te helaba los pies. Curiosamente, olía a chorizo frito. No sé de dónde vendría aquel olor, pero resultaba tétrico, casi irreverente.

Cuando entré en la sala, había dos mujeres allí. De raza gitana. Madre e hija, quizás suegra o nuera, entonces no tenía posibilidad de saberlo. Ambas lamentaban su suerte, cada una a su modo. La mujer de más edad —vestida de oscuro y con varias capas de refajos— lloraba con gran estruendo, colección de golpes de pecho y desmayos fingidos. La más joven, con falda vaquera y camisa blanca, se limitaba a dejar que las lágrimas rodaran por sus mejillas y a sonarse los mocos con un pañuelo arrugado de color lila. Lloraba sin pausa pero de modo silente, como si le preocupara molestar a los muertos. Entre aspaviento y aspaviento, a grandes gritos, la primera hablaba del

embalsamamiento del cadáver y de la necesidad de tener la caja elegida antes de que llegara el resto de la familia. A la mujer más joven, casi una niña, esos detalles parecían resbalarle junto a las lágrimas.

A tenor de lo que hablaban, estaban allí por un motivo parecido al mío: un par de balas de pequeño calibre. Pero ellas no necesitaban identificar al asesino, mientras que yo no tenía una idea clara de dónde localizar al tal Rodrigo, o como demonios se llamara en realidad.

Jaime apareció por allí media hora después, con cara de satisfacción. Le había resultado fácil.

—¡Un éxito! —me susurró al oído—. Sólo he tenido que entrar allí y «tomar prestada» una carpeta que uno de los asistentes había dejado olvidada sobre una mesa. El listado figura junto al programa. En el taxi, lo he clasificado. No figura la nacionalidad, pero sí dónde ejercen la medicina. Procedentes de Estados Unidos hay sesenta y nueve personas. He tachado a las mujeres, a los de apellidos orientales y a los doctorandos becados. Quedan veinticuatro nombres. Ninguno se apellida Wilson. Si lees lo que he subrayado, verás que dieciséis de ellos suenan a hispanos, por nombre o por apellido: Hilario, Fernando Carlos, Arturo... Mendoza, Salvador, Ross... Bueno, no es mucho, pero es algo por lo que empezar. Y se trata de una muestra manejable. ¿Dónde está Iturri?

—Dentro.

—Voy a buscarle. Vete echando un vistazo y luego lo comentamos.

Repasé la lista de nuevo, empezando por el principio: un taxi no es el lugar más idóneo para clasificar apellidos. Era mejor asegurarse. No se había equivocado. Sesenta y nueve personas procedentes de Norteamérica, dieciséis con nombre o apellido de origen español. Todos psiquiatras. Ninguno apellidado Wilson. Y todos en Barcelona.

Barcelona... De repente, la sensación que se había pasado la noche repiqueteando en mi estómago, junto al recuerdo del pulpo y del pimentón picante, retornó. Había estado a punto de tomar forma en un par de ocasiones, sin lograrlo. Lo hizo en ese momento. Rodrigo, Wilson, yo... Los tres coincidiendo en el tiempo y en el espacio. ¡Qué casualidad! Barcelona es un enjambre, una inmensidad, pero era demasiada coincidencia. El pensamiento arrastró una tonelada de miedo.

Miedo. Pura nada y puro todo. Un extraño virus que nace sin semilla y en cualquier humus. Un virus que me atacó.

El miedo tiene mala prensa. El mundo encumbra a los valientes, a los héroes con micrófono y a los que merecen una contra de periódico con foto de estudio. Nadie que se precie reconoce tener miedo. El miedo achica la vejiga. Te hace sentir débil, y la debilidad desagrada. Te recuerda que gente más fuerte que tú puede hacerte daño. Que hay tipos ahí fuera que poseen capacidad y voluntad para hablar el lenguaje de la sangre. El miedo intimida, cierto, pero también abre la mente. Al menos, a mí.

Volví a sentir ese desagradable estado. El asesino en serie, Rodrigo o como quisiera que su madre le hubiera inscrito en el registro, estaba cerca. Quizás se hospedara en el mismo hotel que yo. Incluso, en la habitación de al lado. Quizás hubiéramos cruzado unas palabras en el ascensor o un saludo de plástico en un pasillo. Hice un barrido por mi mente y llegué a la conclusión de que era absurdo. Pero, ante el miedo, la razón va a la zaga, y el escalofrío de avanzadilla. No era probable, pero era posible. Eso me hizo pensar.

—¿Por qué Barcelona, Rodrigo? ¿Tu dedo ha reptado por el mapa y ha ido a detenerse precisamente aquí, el lugar en el que se encuentra Wilson? —susurré.

Intenté calcular qué probabilidad habría de que el azar reuniera a paciente y psiquiatra en una misma ciudad. No es que crea en la estadística. Los datos de esa naturaleza me producen cierto rechazo. Es como si me dijeran que estoy muerta al 65 por ciento. Casi muerta, aunque no del todo. Sin embargo, me convencí de que en aquel caso resultaba importante. Esa probabilidad tenía que ser pequeña, aunque yo, acerca de ese tema, no podía juzgar.

Cerré los ojos y traté de relajarme. Seguía cansada, mareada y con el estómago revuelto. No pude. ¿Rodrigo perseguía a Wilson, o era mi imaginación? Tras sopesarlo unos instantes, opté por consultar a un experto. Al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer.

No frecuento tipos enamorados de números decimales ni enredados con ecuaciones de curvas pronunciadas. En mi lista de amistades no hay miembros del gremio de los matemáticos. Sin embargo, no me hizo falta mucho tiempo para saber a quién preguntar. No había tenido noticias suyas en cuatro años, pero supuse, con acierto, que le encontraría en el mismo sitio

en que le había dejado: un fraile benedictino rara vez abandona su refugio. Hablo del padre Chocarro, Fermín Chocarro, para más señas. Había sido pieza clave en la resolución del primer caso de asesinato múltiple que instruí cuando ejercía de jueza en Pamplona.

Matemático de profesión, Chocarro había cambiado su brillante porvenir en el MIT por el humilde servicio como sacristán en el monasterio navarro de Leyre. Era un tipo afable, ejemplar fidedigno del arquetipo de origen norteño a quien se aprecia nada más verlo. Una sencillez infantil, de niño chico, y una inmensa piedad ínsitos en un cuerpo osuno de notable estatura me impactaron entonces hasta cambiarme la vida.

No lo pensé dos veces, salí a la puerta y llamé al monasterio. Su número todavía figuraba en la agenda de mi móvil. Esperaba encontrarme con la cortesía del hermano Daniel, el fraile portero, a quien conocía bien de mis visitas de antaño. Lo que hallé fue la frialdad de quien quiere tratar a Dios prescindiendo del resto de los hombres.

—Hermano Daniel, soy Lola MacHor, ¿qué tal está? —contesté a un ceremonioso «Monasterio benedictino de San Salvador de Leyre».

—Fray Daniel murió la primavera pasada —me informó una implacable voz de pito.

Me quedé de piedra. Desde luego, era mayor, pero no esperaba que muriera tan pronto.

—¡Cómo lo siento! No tenía idea de que estuviese enfermo.

—Un cáncer, señora. Fulminante, apenas dos meses. Al nacer, ya nos avisan de que sólo nos espera la muerte. No sabemos cuándo, ésa es la única incógnita.

La dosis de realismo que me suministró se me atascó en la garganta. Me quedé sin habla. O, más bien, sin saber qué decir. Y repetí tontamente sus últimas palabras:

—La única incógnita...

—Dígame qué se le ofrece. —El fraile parecía tener prisa. Quizás sólo quería librarse pronto de mí.

—Quisiera hablar con el padre Chocarro, por favor. Supongo que seguirá viviendo ahí.

—¿Se refiere usted al abad?

Recordé que, en efecto, tras el fallecimiento de su predecesor, Fermín Chocarro había sido elegido abad del monasterio; por unanimidad: los frailes benedictinos son convencidos demócratas.

—Exactamente, quisiera hablar unos minutos con su abad.

—Pues siento informarle, señora, de que nuestro venerado padre no tiene por costumbre contestar al teléfono, ni hablar con gente que no conoce. Tiene muchas cosas de que ocuparse, aparte de su alma y de las almas del rebaño que tiene encomendado.

Me reprimí ante la rudeza y la descortesía del comentario y respondí con suavidad:

—Perdone, hermano, quizás me haya explicado mal. Sepa que conozco a su abad desde hace bastante tiempo. Me llamo María Dolores MacHor, jueza MacHor para ser precisos. ¿No le suena mi nombre?

Me informó de que llevaba pocos meses en el monasterio y no me conocía. Y, enseguida, añadió:

—¿Llama usted por un asunto oficial, señorita? ¿Algo que ver con el juzgado?

—No, se trata de un asunto particular.

—Entonces, me temo que no voy a poder acceder a su petición.

Su tono desafiante no dejaba lugar para la duda. Pero yo no estaba dispuesta a rendirme.

—Perdone, hermano, ¿cómo ha dicho que se llama?

—Leonardo, hermano Leonardo, y no lo he dicho.

Tras esa frase me convencí de que acababa de toparme con un muro humano; religioso, para más bemoles. Un burócrata vestido con hábito puede ser un hueso duro de roer. Calibré mis opciones. Podía ponerme seria, llenarme de ira o exhibir mis galones, pero llegué pronto a la conclusión de que no serviría de nada. Quedaba la segunda posibilidad: plegarme y seguirle la corriente. Con toda la cordialidad de la que fui capaz, dije:

—Estoy segura, hermano Leonardo, de que tanto usted como yo queremos lo mismo: el bienestar de su abad. Aunque ninguno de nosotros es capaz de leer su mente, y saber qué querría que hiciéramos. Por ello, le voy a proponer una cosa: le dejaré un recado. Puede usted decirle que la jueza MacHor quiere hablar con él un par de minutos. Le facilito mi número de

móvil. Si él desea llamarme, estupendo; si no quiere, que no lo haga. Así, será él, y no usted o yo, quien decida. ¿Le parece bien?

—Si usted quiere... —claudicó por fin.

Le dicté el número. Se lo repetí dos veces. No quería que, por una equivocación, la gestión se estropease. Luego regresé a la sala de espera, a rodearme de olor a chorizo rancio, frío y de la compañía de la gitana plañidera y de su nuera recién convertida en viuda (a esas alturas ya había averiguado que no era su hija).

Chocarro tardó poco más de un cuarto de hora en secundar mi petición. Jaime e Iturri seguían dentro, hablando con la gente de patología forense. Volví a salir.

—¡Señoría, qué alegría saber de usted! ¿Qué tal está su familia? ¿Cómo se llamaba aquel pequeño suyo tan espabilado?... Aquel que se rompió la pierna. ¡Pablo, eso era! ¿Y Jaime, su marido?... Tampoco he sabido nada del inspector Iturri... —Se detuvo y se echó a reír. ¡Qué recuerdos me trajo aquella risa! Al oír su voz, su imagen fresca, cándida, encerrada en su hábito marrón demasiado estrecho, acudió a mi mente. Para mí, el abad Fermín Chocarro siempre sería el sacristán bonachón cuya sabiduría (era tenido en el gremio de las matemáticas como un genio echado a perder) quedaba completamente eclipsada por su bondad—. ¡Vaya, qué cantidad de preguntas! Perdone, Lola... Siempre me acelero, como los números primos...

—No mencione esa categoría, por favor; se me ponen los pelos de punta.

Rió de nuevo. Y de nuevo me inundó su especial cariño, su ternura.

—Es cierto... En fin, me dicen que andaba buscándome. Debe perdonar al hermano Leonardo, es un poco cascarrabias.

—No se preocupe. Todos nosotros estamos bien. Espero que su pequeño mundo también. Sé que es un hombre ocupado, no quisiera robarle mucho tiempo, pero necesito un dictamen...

—¿Teológico? —me interrumpió.

—En realidad, mi duda es matemática. —Escuché su silencio. Y lo interpreté correctamente. Por eso añadí—: Sé lo que va a decirme, padre: que eso forma parte de su pasado y que está retirado. Sin embargo, debe saber que no conozco a ningún otro matemático y que es importante... Será cosa de un segundo.

Dudó.

—¿Anda metida en otro lío, Lola?

Asentí con la cabeza, aunque Chocarro no podía verme.

—Un asesino en serie, padre. Intentamos evitar que cometa una última carnicería.

—Iba a pedirle que me dejara al margen, pero tratándose de algo tan serio, intentaré contestar a sus dudas.

Le agradecí de antemano la ayuda y pasé a detallarle los pormenores del caso, la difícil situación en la que se encontraba el psiquiatra y el nerviosismo que me corroía.

Resolvió mi duda con tal pedagogía que le entendí a la primera. Tras agradecerle su ayuda, prometí tenerle al tanto de los acontecimientos.

—Prefiero que no lo haga, Lola. A mí no me hará ningún bien y a usted le supondrá un nuevo enfrentamiento con el hermano portero. En todo caso, rezaré por usted y por su marido... Y ahora debo despedirme. Siento tener que dejarla de esta manera, pero empieza el oficio.

Nos despedimos, y colgué. Volví dentro, a mi asiento. (¿Por qué será que, cuando retornamos a un sitio, tendemos a ocupar el mismo lugar, como si estuviéramos en el colegio y las plazas estuvieran asignadas?) Las dos mujeres estaban en ese momento acompañadas por media docena de hombres, vestidos íntegramente de negro. Ya sólo lloraba la mujer joven, que se había apartado del grupo y se hallaba recluida en una esquina, escondiendo su dolor.

Permanecí allí, quieta, pensando en las implicaciones de la afirmación del fraile. Si lo que sugería era cierto, resultaba mucho más probable que la integridad de Wilson estuviera comprometida.

Tardaban en venir. Empezó a invadirme un sopor casi insalvable. Me abracé al bolso, por si acaso aquellos gitanos no eran del todo honrados. Me acomodé lo mejor que pude y me dejé llevar. No claudiqué completamente, pero el duermevela resultó reparador. En la semiinconsciencia, me capturó la imagen de Rodrigo en su magnífica biblioteca, colgada sobre el abismo con el mar como telón de fondo. A mí también me encanta el mar. Bravo y dulce

a la vez. Capaz de envolverte con la dulce rutina de sus olas espumosas y también capaz de aventarte contra las rocas para convertirte en paja marina. Recordé cómo describía las sensaciones que vivía en su casa del Egeo: «Cuando el viento sopla con intensidad y arremete contra sus paredes, puedo sentirme en un castillo de popa, al timón del inmenso océano, del cielo, y hasta del mundo, en sus peores días del diluvio.»

El Egeo... Un bonito trozo de Mediterráneo. Unos años antes, Jaime y yo habíamos hecho un crucero de una semana por las islas griegas. El barco fondeó en Mikonos, en Creta, en Rodas y en Santorini. Puede que hubiera alguna parada más, que haya olvidado. Lo que sí resonaba en mi memoria era el viento: soplaba con intensidad y prácticamente sin pausa. También las construcciones cúbicas, blancas, impecablemente encaladas. Y los molinos. Pero no recordaba ninguna casa vertical al mar; habría sido mucha casualidad haberla visto. Aunque, de existir, una construcción así sería digna de un arquitecto afamado.

Pegué un bote. Aquel pensamiento me había despejado la cabeza con más rapidez que un cubo de agua sobre la cara. Se me cayó el bolso, cuyo contenido quedó desparramado por el suelo. Mis vecinos, en tropel, vinieron a ayudarme. Se lo agradecí de veras, pero agarré con fuerza la cartera y el móvil. Estaba dando pábulo a un injusto tópico, pero prefería no arriesgarme. Al fin y al cabo, aquello era una morgue. Y la autopsia que aquellas personas aguardaban se debía a un par de agujeros de bala.

Salí a la calle y busqué el número de teléfono de Cristóbal Ezponda, un viejo amigo de Pamplona. Cristóbal es arquitecto, un profesional afamado con estudio abierto en Pamplona, Madrid y Barcelona. De esos que se presentan a concursos y los ganan. Hace tiempo que ha dejado de perseguir a los clientes para diseñarles un bar de tres al cuarto, y puede permitirse el lujo hasta de perder el tiempo. Está al día prácticamente en todo. Lee media docena de diarios, escucha la radio, permanece al tanto de la multitud de chascarrillos políticos y sociales que se cuecen en la red, sigue las series de televisión y, sobre todo, conoce al dedillo el mundo de los grandes arquitectos. Si había alguien que pudiera saber dónde estaba esa preciosa terraza, esa persona era Cristóbal Ezponda.

—Cristóbal, soy Lola; Lola MacHor.

—¡Lola, cuántísimo tiempo sin saber de vosotros! ¿Estáis todos bien?

Nada más escuchar sus primeras palabras, rememoré su estampa. Es un tipo alto, no demasiado guapo pero de muy buena facha, a lo que contribuye su nutrido guardarropa, sorprendentemente elegante para los de su gremio, a excepción de esas americanas de lino que se coloca en verano. Moreno de piel, delgado, sólo le falta el pelo para ser perfecto. Podría decir que tiene unas pronunciadas entradas, pero no sería verdad: está bastante calvo.

—Todos estupendamente, gracias. A ver si venís de nuevo por Madrid. La última vez lo pasamos muy bien. En fin, no quisiera robarte mucho tiempo, supongo que estarás trabajando... Quería pedirte un favor: necesitaría localizar un edificio.

No me dejó acabar. Cristóbal es incapaz de estar callado.

—¿Qué tipo de edificio?

—Una vivienda unifamiliar. En una isla del mar Egeo. En la cima, para ser más precisos: «Un soleada y pacífica villa en la cresta del mundo»...

—Espero que tengas más datos; me lo estás poniendo difícil...

—Los tengo, aunque no son demasiado precisos. Lo que sabemos es que la casa cuenta con una terraza colgante sobre una especie de acantilado, con el mar al fondo... —Noté que dudaba—. Espera, voy a buscar la descripción que hace el propietario y te la leo: quizás eso te dé alguna pista. —Pasé páginas del manuscrito hasta que di con ello—. Veamos, dice así: «El mar es mi Valium. Eso fue lo que le hice saber al arquitecto seleccionado para ejecutar el proyecto, un reputado profesional cuyo nombre omito pero que elegí precisamente por su concepción de la incorruptibilidad. Diseñó una obra de arte: líneas puras, sólidas, sin fisuras. Como debe ser un carácter. (...) En tonos rojizos, como la montaña en la que se alza, y con la que se funde como uña y carne.

»Lo mejor de la casa es, sin duda, la biblioteca, que se halla literalmente colgada sobre el vacío. Vertical al mar, cuando el viento sopla con intensidad y arremete contra sus paredes, puedo sentirme en un castillo de popa, al timón del inmenso océano, del cielo, y hasta del mundo, en sus peores días del diluvio. Esa sensación de dominio contenido, de poder supremo pero silente, me fascina. La he decorado yo mismo. En esa estancia todo es blanco. Blancas las tapicerías, blanco el suelo, blancos los estantes repletos de libros de viajes y de historia; y la chaise longue LC4, y la mesita baja, blancos también»... ¿Te dice algo lo que te leo?

No se detuvo a pensar.

—A priori, no, Lola. Son datos muy vagos: líneas rectas y puras... Además, podríamos preguntar, como Pilatos: ¿qué es la incorruptibilidad? Por lo demás, la mayoría de las cosas que cuentas hacen referencia al mobiliario, que no está diseñado por el arquitecto de la casa, sino por un prestigioso autor: la LC4, por ejemplo, es de Le Corbusier. En fin, sólo puedo prometerte que lo investigaré. ¿Sabes en qué parte del Egeo está localizada esa vivienda? Lo digo porque el Egeo es grande: hay numerosas islas allí. Cerca de un centenar. Algunas son poco más que pequeños islotes, pero hay otras importantes: Creta, Rodas, Mikonos, Corfú...

—No tengo más datos, lo siento. Sólo sé lo que te he dicho. Es posible incluso que no esté en el Egeo... —añadí, pensando en la conversación mantenida con el padre Chocarro.

Suspiró resignado.

—De acuerdo, miraré algunas revistas, pero necesitaré unos días.

—¿Sería mucho pedir que no fueran muchos, Cristóbal? Necesitamos ese dato: se trata de un caso abierto que la policía investiga. Un tema grave y urgente, con vidas en juego.

—Me daré toda la prisa que pueda, que no será mucha. Tengo una entrega en breve. Te llamo.

Le agradecí su interés y colgué. Su última frase no requería interpretación. Iba a tardar mucho. Además, era casi como buscar una aguja en un pajar. Volvía a la sala de espera cuando aparecieron Jaime y Juan.

—¿Qué tal el funeral? —les pregunté.

—¿Funeral? ¿Qué funeral? —contestaron al unísono.

—Como habéis tardado tanto, pensé que os habíais quedado a enterrarlo.

—Lo siento, Lolilla, nos hemos entretenido con unos agentes de la policía científica. Juan quería tener los datos de balística.

—Aunque no hemos tenido mucho éxito... ¿Te has aburrido mucho? —se interesó mi marido.

—Lo cierto es que no. He estado ocupada, indagando por mi cuenta. —Me miraron extrañados—. Si me invitáis a un café, os cuento lo que he averiguado.

Creo que los tres agradecemos el contacto con el sol y el bullicio de la calle. Próxima a la morgue, había una escuela primaria. Los niños llenaban el patio. Jugaban al balón y a la comba, se peleaban y comían inmensos bocadillos. Era un buen contraste.

Los institutos anatómico forenses son lugares desagradables, faltos de cualquier atisbo de humanidad. Te recuerdan que tienes suerte: no estás tumbado en una camilla, desnudo, con mal color, peor olor y con una «Y» decorándote el pecho. Pero también te gritan que pase lo que pase acabarás de esa guisa, bajo tierra, tumbado en la oscuridad, y sin poder siquiera mascullar una queja.

No tardamos mucho en dar con un sitio. El que encontramos era un bar pequeño, con la atmósfera cargada por una completa multitud de olores: tortilla de patata, tabaco y freidora de aceite de girasol. Aun así, el café era bueno y el *pa amb tomàquet* estaba en su punto.

Les estaba haciendo partícipes de mis reflexiones privadas cuando a Iturri le sonó el móvil. Inmediatamente, toda su atención se concentró en el teléfono. Se levantó y salió del local. Estoy segura de que, si el resto del universo hubiera desaparecido, no se habría dado cuenta. Cuando volvió, me sorprendió la metamorfosis que sus ojos habían sufrido. Se habían vuelto duros, tensos, barbotaban preocupación. Trató, sin embargo, de aparentar normalidad.

—Lo siento, ¿qué decías, Lola?

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté, intrigada.

—Cosas del trabajo, no te preocupes —respondió cortante—. Cuéntanos cuáles son esas novedades...

Satisfecha, les informé.

—Creo que podemos afirmar sin equivocarnos que Wilson está en peligro.

Los dos hombres se echaron a reír.

—¿Ése es el dato nuevo? El riesgo de Wilson ha sido nuestra hipótesis desde el comienzo, Lolilla —me contestó mi marido, secundado por Iturri.

Dejé que se regodearan unos segundos antes de replicar:

—Lo sé. Pero hasta hace un rato no era más que una hipótesis. Ahora podemos elevarla al grado de certeza.

—¡Ah! ¿Y eso, cómo ha sido?

—Lógica matemática —respondí con un tono irónico. Ellos dejaron de burlarse. Si yo hablaba de matemáticas, debía de ir en serio—. Veréis, desde ayer, algo rondaba por mi cabeza. Me preguntaba cuál sería la probabilidad de que, de manera fortuita, paciente y médico coincidan en un mismo lugar. Rodrigo, con los ojos cerrados, moviendo el dedo aleatoriamente sobre un mapa, escoge Barcelona, justo la ciudad en la que Wilson asiste a un congreso...

—Obviamente, esa probabilidad es muy pequeña —sopesó Jaime.

—Muy pequeña, no. ¡Tiende a cero! Sería casi un milagro que la casualidad les hiciera coincidir en la misma ciudad y, además, en los mismos días.

—¿Aleatoriamente? ¿Tiende a cero? ¿De dónde has sacado tú esas expresiones, Lola?

Reí divertida. Es conocida mi animadversión por los números o, más exactamente, por las matemáticas.

—De acuerdo, confieso: no son mías. Llamé al padre Chocarro: él lo expresó en esos términos. —Los dos conocían al abad de Leyre, de modo que no tuve que ofrecer más explicaciones—. Pero, se llame como se llame, significa que Rodrigo está al acecho, que vigila al psiquiatra. Creo que hay que encontrarlo cuanto antes...

—¡Rodrigo está siguiendo a su psiquiatra! Eso lo cambia todo. Me pregunto si Wilson se habrá enterado del asesinato. Los medios no han recogido la noticia. Y, si lo hacen, no creo que la policía informe del número grabado en la pierna del muerto —reflexionó Jaime.

—Es muy posible que no lo sepa. Al menos, hasta que Rodrigo se lo cuente en su reunión de Washington —concluyó Iturri—. Por cierto, Lola, dijiste que tenías dos hallazgos, ¿cuál es el segundo?

—Bueno, no es todavía un hallazgo, pero creo que es una pista. Se trata de la casa que describe Rodrigo en el texto. Puede que también se lo haya inventado, o puede que no. Si ha contado la verdad, es posible que podamos localizarle. Retrata una residencia muy especial. No creo que haya muchas viviendas de esas características en donde dice que está: el mar Egeo. He llamado a un arquitecto amigo... A Cristóbal —dije dirigiéndome a Jaime, que también le conocía—. Le he contado lo que dice el texto y ha prometido buscarme qué fincas responden a ese perfil y quién es el arquitecto que las diseñó. A través de esos datos, quizás podamos dar con él. ¿No sería estupendo pillarle en su guarida?

Ninguno de los dos hombres se mostró fascinado con mi idea, pero fue Iturri el que la echó por tierra.

—Lo que Rodrigo describe en el texto resulta muy vago. No creo que vayas a sacar nada en claro de esa línea de investigación. De momento tenemos que intentar explotar los primeros datos; deberíamos comprobar si Wilson o Rodrigo siguen en Barcelona. Y, como no tenemos ni idea de quién es Wilson, creo que la única estrategia factible, hoy por hoy, es ir entrevistando a los dieciséis psiquiatras de la lista del congreso...

—¿Entrevistar a los psiquiatras? —replicó Jaime, con razón—. ¿Con qué excusa?, ¿y qué vamos a preguntarles? Lo que quiero decir es que nadie se deja interrogar sin razón y sin obligación.

—Tenemos un hombre muerto —insistió Iturri.

—Sí, un muerto y nada que lo relacione con la World Psychiatric Association.

—Desde luego, eso es un problema —concluyó—. No puedo emplear mi placa, estoy fuera de mi jurisdicción... No se me ocurre qué podemos hacer.

Enseguida se me iluminó el rostro.

—¡A mí, sí! A todos nos gusta la publicidad, el bombo, ¿no? Digamos que somos periodistas. Una revista especializada que va a sacar un número sobre algún tema médico... No sé, la depresión, o algo así.

—¡Como que nos van a creer! —me replicó Juan, siempre escéptico.

Calibré lo que decía, y tuve una idea genial.

—Puedo hablar con Justino Sandoval, el que os conté que participaba en el congreso. Estoy segura de que nos ayudará.

Psiquiatras.

Tras entrevistarnos con cinco de ellos, salí de la sala en busca de un poco de aire fresco, con la convicción de que los de esa casta están mucho más locos que la mayoría de sus pacientes.

Había llamado por teléfono a Justino Sandoval y le había puesto al día sobre nuestro dilema, pidiéndole la máxima discreción. Aunque sólo le ofrecí unas pinceladas, se quedó tan impactado por la historia de Rodrigo que enseguida se aprestó a ayudarnos. Eso sí, exigió una entrevista en exclusiva cuando le atrapáramos. Como no dijo con quién, me apresuré a prometérsela. Entonces, como un poseso, empezó a hacer llamadas y a conseguirnos los contactos que necesitábamos.

Como digo, llevábamos cinco entrevistas, a cuál peor. Dos de los médicos presentaban extraños tics: uno abría y cerraba la boca como si se le hubiera desencajado la mandíbula y tuviera que recolocársela; otro se rascaba permanentemente los codos. La tercera reunión ofreció ciertas esperanzas de mejora: el tipo tenía buena presencia, carecía de tics y hablaba y vestía como una persona normal (llevar pajarita en vez de corbata no raya en la anormalidad más que en España). Sin embargo, estropeó su imagen en el mismo momento en que decidió pasar de entrevistado a entrevistador y me preguntó por mi vida. Llevo más de veinte años casada, pero debo confesar que tardé tiempo en entender las preguntas que me formulaba (todas ellas de naturaleza sexual y de muy mal gusto). Cuando mencionó que los comportamientos desviados y el gusto por las mascotas como compañeros sexuales resultaban relativamente frecuentes en pelirrojas de mediana edad que se dejaban crecer la melena, lo despedí con cajas destempladas. Iturri y

Jaime tuvieron con qué tomarme el pelo durante días. Aún hoy, resurge la broma de vez en cuando.

El más joven de los entrevistados resultó ser un profesional normal. Nos contó que estaba en vías de especializarse en el tratamiento de la depresión, materia en la que estaba cursando estudios doctorales. Le descartamos porque no daba el perfil. El quinto era, simplemente, repulsivo. Pero esta vez fue Iturri el que lo despidió iracundo, tras notar las miradas descarriadas que le lanzaba.

Faltaban once interrogatorios, que, sin embargo, no logramos realizar. Pese a los intentos de Sandoval, que veía cómo se evaporaba su exclusiva, no conseguimos dar con ninguno de ellos. O se habían vuelto a Estados Unidos o estaban haciendo turismo por España.

Desanimados, volvimos al hotel.

—¡Dios santo, qué locura! —estallé, dejándome caer en uno de los butacones de la cafetería—. ¿Qué podemos hacer?

Iturri no se hizo esperar.

—Lo mejor es que volvamos a casa. No encontramos a Wilson aquí, y estoy seguro de que Rodrigo ha huido a toda prisa del escenario del crimen. Nada nos retiene en Barcelona.

—De acuerdo, volvamos. Podemos seguir la búsqueda desde Madrid —argumenté.

Mi marido tardó apenas un segundo en llevarme la contraria. Eso suele sacarme de quicio. Más cuando, como en aquella ocasión, no consigo rebatir su argumento.

—Me temo que hay poco margen ya, Lolilla, para seguir ninguna búsqueda. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano. Pasémoslo a Interpol. Que se ocupe la gente de Juan, ellos se dedican a eso y están muy preparados. Si aparece alguna pista más, reactivarán la búsqueda... —Como le miraba con cara de pocos amigos, añadió—: No te empeñes, este asunto no es personal. No tiene que ver contigo ni con la Audiencia Nacional. Que el texto te haya llegado a ti es completamente circunstancial. Por eso creo que debemos volver y olvidar este asunto.

—¿Olvidar el asunto? Te recuerdo que hay un tío suelto que está matando gente. Un asesino que se ha cargado ya a seis personas. ¡No podemos dejarlo

así! —Miré a Iturri, en busca de alguna ayuda—. ¿Tú tampoco piensas hacer nada?

—En este momento, no, Lola. Carecemos de pruebas, ni siquiera tenemos indicios... Haré lo que dice Jaime.

—¿Pruebas, indicios? ¿Te parece poco seis cuerpos tatuados? Acabas de ver en persona el último...

—Tenemos seis cadáveres, cierto, pero no tenemos prueba alguna. Lo pasaré a la central. Como dice Jaime, si surgen nuevas pistas, las estudiaremos.

—En Interpol no le van a prestar la atención debida.

—Puede que sí o puede que no. Te sorprenderías de nuestra profesionalidad, cuando queremos y nos dejan. Además, no podemos hacer más.

A mi edad, debería haber aprendido a mantener la cabeza fría. Al fin y al cabo, sólo hablábamos de trabajo. No se trataba de la vida de mis hijos, de Jaime o de alguien cercano; ni siquiera de un conocido. Se trataba de extraños con extrañas vidas quienes, por un motivo u otro, se habían dado de bruces con el destino. En esos momentos, ni siquiera sabíamos quién era Ernest Wilson. Sin embargo, nunca he sido capaz de mirar de reojo la vida. Soy pasional en todo lo que hago. De no poder serlo, prefiero no involucrarme. Por eso, en ese momento sentí cómo una oleada de rabia visceral me invadía.

Tangencialmente, comprendía la actitud de Jaime. Él sólo quiere apartarme del mundo, ocultarme todo lo malo que crece entre sus muros. Sería feliz si yo viviese en una urna de cristal y me dedicase a algo tan sublime como la metafísica, la historia medieval o la música clásica. Pero yo no toco el arpa. Y mi trabajo y mi cabezonería son consustanciales a mi forma de ser. Sin embargo, no podía aceptar la posición de Iturri. Para él, aquello era *su* trabajo.

Un silencio embarazoso nos envolvió. Yo los miraba airadamente, ellos bajaban la vista. Finalmente, al ver la frustración pintada en mi rostro, Iturri se compadeció y añadió:

—De acuerdo. Tengo que volver a Madrid urgentemente; he dejado muchas cosas pendientes. Pero prometo estudiar con detenimiento esa lista de

psiquiatras y elaborar unos perfiles. Luego, volvemos a planteárnoslo; antes, si surge algo... Pero necesito tiempo. Como dijo Jaime ayer, no esperamos un asesinato inminente. Eso nos da un cierto margen...

Yo no estaba de acuerdo.

—Aún hay cosas que podemos hacer.

—¿Por ejemplo? —preguntó mi marido, tozudo.

—Por ejemplo, acudir a ese restaurante de Washington donde se reúnen. Más tarde o más temprano, Rodrigo tendrá que contarle al psiquiatra sus hazañas.

—Supongamos que Clyde sea el lugar de reunión, lo cual es mucho suponer: puede ser un sitio inventado. Aun así, no sabemos cuándo se reúnen. Es Rodrigo el que fija la fecha a través de un *e-mail*. Ni por supuesto ni por disponibilidad podemos permitirnos el lujo de perder una semana o más sin tener ninguna certeza. No obstante, para que te quedes tranquila, prometo hablar con ellos por teléfono. Si hay dos clientes que van periódicamente a ese local, se sientan siempre en la misma mesa y piden el mismo menú, nos lo replantearemos, ¿de acuerdo?

No tuve más remedio que claudicar en ese punto. Pero había más hilos de los que tirar.

—Nos queda Christie's.

—¿Quién es Christie's? —preguntó Jaime.

—No es alguien. Hablo de la casa de subastas. Según menciona Rodrigo, compró una mesa allí. Le costó veinticinco mil libras y había pertenecido a no sé qué senador norteamericano. Ofrece muchos detalles. Si se los contamos a los organizadores, seguro que pueden decirnos quién la compró. Aunque, claro, podrían negarse... Protección de datos.

—Lo investigaré también. ¿Qué más?

Guardé silencio. No se me ocurrían más cosas.

—De acuerdo, entonces. Volvemos a casa. Me quedaré con el manuscrito. Se lo llevo a la central. Que se ocupen ellos, y nosotros nos quitamos de en medio. Si hay algo que averiguar, lo harán.

Le miré a los ojos.

—Juan, ¿qué es lo que te ocurre? Es la primera vez que dejas escapar a alguien a sabiendas.

—No es eso, Lola. Tengo algo entre manos; algo muy serio que dejé abandonado por las dichas piedras de la vesícula. Necesito concentrarme en ello y disponer de todo mi tiempo. Ten confianza: mis colegas lo harán igual o mejor que yo.

—No conozco a tus colegas. Y no me fío de quien no conozco.

—Pues no te va a quedar más remedio. Se trata del coste de oportunidad.

—¿Coste de oportunidad? —Tragué saliva e intenté serenarme. Pero no lo conseguí. Al contrario, contesté airada—: Quizás tú seas capaz de sopesar la vida humana como quien mide distancias o calibra diámetros. No niego que esa forma de actuar sea más práctica y posiblemente más eficiente que la mía, pero te dejas a mucha gente por el camino.

—Lola, por favor, tienes que comprenderlo. Salvo tantas vidas como puedo. Procuro que el saldo neto entre lo que descuido y lo que atiendo sea positivo.

—Pues a mí no me importa el saldo, Juan. Sabes de siempre que no me convence esa técnica de minimizar efectos colaterales. No aceptaré ninguno. Me siento incapaz de abandonar a alguien porque mis esfuerzos futuros vayan a salvar a algún desconocido más importante...

Jaime me interrumpió con voz imperiosa:

—Lolilla, no empieces. Cuando sacas esa veta comunista, lo echas todo a perder.

Fue la gota que colmó el vaso. Estaba indignada, encolerizada, y me explayé.

—Pues, mira por dónde, sí, empiezo. ¡Empiezo y sigo y continuaré hasta donde haga falta! Y si te parece comunismo aceptar que no hay categorías dentro de los cadáveres, pues me da lo mismo. Te pasas la vida sometido al imperio de los poderosos que pasan ante ti sin hacer cola, sin esfuerzo, saltándose la ley a la torera. Trabajas para el sistema, vives para el sistema, pagas religiosamente tus impuestos y, luego, cuando te matan, debes esperar a que la policía se digne dedicarte algo de tiempo, porque está ocupada en buscar el perrito de lanas de una gorda sembrada de brillantes, o el dinero que un pobrecito millonario ha blanqueado y que algún mafioso ha robado con mucho sigilo... De Jaime lo comprendo, vive en las nubes, pero de ti, Juan... ¡Por Dios, Iturri, un muerto es un muerto, aunque sea un guiñapo drogadicto

y muerto de hambre! No puedo creer que quieras delegar un asunto así. Deja el resto en manos de tus colegas. Estoy segura de que no será tan importante como seis cadáveres...

—No vas a parar hasta que te lo explique, ¿verdad? —preguntó atropelladamente. Estaba dolido.

Asentí con un gesto. El trabajo de Iturri es una completa incógnita para mí. Por lo que he podido averiguar, dirige un grupo, al que llama «la unidad», encuadrado en la sección estratégica del Criminal Intelligence Analysis de la Interpol, algo así como una unidad central de inteligencia.

—De acuerdo, te lo contaré. Pero se trata de algo confidencial. Ya sabes qué significa eso... Hace dos semanas, un turista alemán hacía *footing* por la orilla de una playa de Málaga. Era muy temprano. Por los alrededores, no había nadie. Se topó con un cadáver, un varón de rasgos caucásicos. La policía local se hizo cargo de las investigaciones. Parecía el típico ahogamiento. Y pensaron lo que todos habríamos pensado: que se trataba de un turista extranjero acomodado que había bebido más de la cuenta y que se había caído por la borda de una embarcación alquilada. El único problema es que nadie había denunciado una desaparición ni ningún accidente marítimo. A los tres días, el cadáver seguía sin ser reclamado. La autopsia reveló que tenía agua en los pulmones, se había ahogado, y también que presentaba múltiples contusiones. Pero en el mar es normal que los cadáveres se golpeen, y si se cayó por la borda, probablemente también se golpearía. En fin, se enviaron las huellas para cotejarlas con la base de datos, por si acaso. Para nuestra sorpresa, resultó ser un general del ejército ruso destinado en la sede central de la OTAN como observador. Este dato disparó todas las alarmas...

—¿Por qué? También los rusos se ahogan —le interrumpí.

—Que se sepa, Boris Karpovska (ése es el nombre del difunto) no estaba en España. Me refiero a que no hay datos de su entrada. Ni consta cómo llegó hasta aquí, ni que se hallara alojado en ningún hotel de la zona. Por otro lado, era un tipo aparentemente legal. No andaba metido en líos de drogas, ni en trata de blancas, ni en blanqueo, que se sepa... Ayer, quizás lo recordéis, cuando salimos de la morgue recibí una llamada. —Jaime y yo asentimos con la cabeza—. Pensé que habrían aclarado el embrollo. El mensaje fue muy

diferente: acababan de hallar otro cadáver, otro ahogado, esta vez en Marbella. Un varón de raza blanca. El tipo llevaba el pelo cortado a cuchilla, nada de tatuajes ni pinchazos; las uñas, con manicura reciente. Llevaba un reloj con un anagrama de la OTAN. Están averiguando su identidad. Es demasiada casualidad... En fin, prometo llamar a Clyde y a la casa de subastas, pero luego debo seguir con este caso. Mis colegas se ocuparán de Rodrigo. Estate tranquila, lo harán bien. Además, en tu estado, es mejor que no andes metida en esos líos, ¿no te parece, Jaime?

Hicimos las maletas y volvimos a Madrid. Era sábado. Al menos, podríamos descansar el domingo.

SEGUNDA PARTE

Lo primero que hice el lunes fue una copia del manuscrito. Envié el original a Iturri con un mensajero y volví a la vida normal. A pesar de lo mucho que había protestado, al sumirme en la vorágine de la Audiencia —un animal de grandes fauces abiertas—, enterré al doctor Wilson en el último cajón de la mesa del despacho. En realidad, no debería echarle todas las culpas al trabajo. Me encontraba fatal. Nada más regresar, Jaime se pasó por una farmacia de guardia y compró un preparado de hierro. Aunque fuera bueno, no era la purga de Benito, y el cansancio persistió. Resultaba tan extremo que hasta subir un tramo de escaleras se me antojaba culminar un ocho mil. Tanto que voluntariamente llamé a la consulta del doctor San Sebastián y pedí una cita. Estaba de vacaciones. Ofrecieron pasarme con su suplente. Pero prefería esperar. Me dieron hora para quince días después.

Juan vino a despedirse el martes por la mañana. Se iba unos días a Bruselas, a la sede de la OTAN. Quería entrevistarse con algunas personas. El asunto de los ahogados se complicaba: habían confirmado que el segundo cadáver pertenecía a un oficial destinado en el cuartel de Ramstein, en Alemania, donde se localiza el mando aéreo de la zona norte europea. Pero antes de marcharse quería darme cuenta del resultado de sus pesquisas.

Pese a haberle puesto verde, en su descargo diré que hizo todo lo que prometió. O casi todo. Nunca llegó a confeccionar los perfiles que le pedí pero, además de reactivar la alerta abierta en Interpol, indagó todas las pistas que sugerí. Me explicó que había telefoneado a Clyde, el restaurante de Washington donde, supuestamente, psiquiatra y asesino se reunían para comer hamburguesa de cangrejo, beber vino tinto de California y llevar a cabo extrañas disquisiciones sobre actitudes criminales. Habló con los

responsables del local, quienes negaron recordar a dos hombres que acudieran cada dos meses a Gallery Place y solicitase siempre la misma mesa. Por cierto que por aquella conversación se enteró de que el menú descrito por Rodrigo resultaba habitual allí.

Además, aprovechando que el lunes uno de sus colegas debía viajar a Londres, le pidió que se acercara a Christie's. Los responsables de la casa de subastas confirmaron la venta de la mesa estilo Jorge II datada en 1740, procedente de la mansión del embajador Robert M. MacKenzey de Virginia. Sin embargo, se negaron a suministrar datos acerca del comprador. Si no disponían de una orden firmada por un juez, no había nada que hacer. Doy por sentado que el colega de Iturri insistió hasta la extenuación, porque logró arrancarles que el importe de la venta había sido abonado a través de un banco japonés. El dato me sorprendió. ¿Qué tenían que ver Rodrigo o Wilson con Japón?

Me prometió mantenerme al día, yo le deseé suerte en la OTAN (puedo imaginarme lo que será aquello) y seguí con la agenda. La semana no se presentaba densa, sino peso pluma, y tenía un único acto protocolario el miércoles. Además, el sábado teníamos entradas de platea para la ópera: *Fausto* de Gounod. Me encanta la ópera y me encanta *Fausto*. He asistido a muchas representaciones de la obra, pero siempre me estremece contemplar el triunfo de Mefistófeles, el fracaso de Fausto y la estúpida candidez de Margarita.

Sin embargo, en estos sitios, las cosas se tuercen con facilidad. Y los pesos pluma se convierten de la noche a la mañana en pesos medios. O pesados.

El jueves cogí el ascensor y me dirigí al despacho pensando en *Fausto*. Tania, mi oficial (gestora, perdón), hacía su trabajo con su cadencia habitual; es decir, despacio. Ritmo gregoriano.

—Esteban quiere hablar contigo. Motín a bordo —me dijo sin levantar los ojos de la pantalla del ordenador. Esteban Romera es el presidente de la Sección Segunda—. ¿Le digo que has llegado?

—Sí, por favor.

Creía conocer de qué asunto iba a hablarme: un grupo de conocidos radicales habían convocado en San Sebastián una marcha de apoyo a los

presos de ETA. El juez de Guipúzcoa lo había autorizado, por considerar que se enmarcaba dentro del ámbito de la libertad de expresión. Una asociación de víctimas había interpuesto un recurso de apelación. En ese momento, la pelota estaba en su sección. Lo que no me cuadraba es que Tania hablara de «motín». ¿Por qué un motín? Desde mi punto de vista, el asunto estaba claro. Pensaba que también lo estaba para ellos, aunque a uno de los magistrados de la sección, Fernando Plenía, nuevo en la plaza, casi no le conocía.

—Buenos días, Lola, ¿cómo estás?

—Pues estaba muy bien hasta que supe que me buscabas, Esteban —le dije, sonriendo—. ¿Algún problema con la manifestación?

—Pues sí, hay un problema. Para Fernando es su primer asunto en la Audiencia. Dice ser un acérrimo defensor de la libertad de expresión, de las libertades civiles y de no sé cuántas cosas más... En fin, que no está dispuesto a cejar.

—Bueno, la sección la formáis tres miembros. Dos son mayoría.

—El problema es que ha convencido a medias a Aurora de que tiene razón. Tenemos que responder con urgencia. La manifestación es esta tarde... Me conoces, Lola, sabes que no soy extremista, ni sospechoso de querer violar derechos cívicos. Pero a poco que estudies el asunto te das cuenta de que no es una marcha a favor de los presos, sino de ETA. Enaltecimiento del terrorismo, por eso se admitió a trámite. No creo que la opinión pública tolerara una cosa así. Acabamos de enterrar a dos guardias civiles...

—Lo sé, Esteban, pero como presidenta de sala, poco puedo hacer. La sección es soberana.

—Hay antecedentes más que de sobra. Entre todos deberíamos velar para que este Tribunal tuviera unidad de criterio. No puede ser que por caer en una sección el acto sea prohibido y por caer en otra sea aceptado. Ningún ciudadano lo comprendería.

—Ése es, desgraciadamente, uno de nuestros hándicaps. Y no es que no lo entiendan los ciudadanos, tampoco lo entendemos nosotros... En fin, Esteban, que me gustaría poder solucionártelo, pero lo más que puedo hacer es hablar. Lo intentaré con Aurora. Prometo desplegar todo mi poder de persuasión. ¿A qué hora os reunís?

—A las doce.

Miré el reloj. Eran las nueve y media.

—De acuerdo. Me pongo con ello. Y ánimo.

Ni que decir tiene que Aurora esperaba mi visita. Y que estaba preparada. Mucho más que yo.

—No es más que una crítica contra la dispersión, Lola —alegó a la primera de cambio—. De acuerdo, exhiben fotografías de presos y corean esto y aquello, pero el nuestro no es un Estado policial. Creo que las ideas de Fernando incluyen un punto de radicalidad, pero en muchas cosas tiene razón.

Me llevó más de dos horas hacerle entrar en razón. Empecé por convencerla de la solidez de los argumentos jurídicos y, sobre todo, de que no era lógico romper la unidad de la doctrina en un asunto tan serio. Luego, llegó el momento de inflexión y entramos en el terreno ideológico.

—Lola, nosotros estamos cómodamente instalados en Madrid. Pero Fernando ha trabajado allí, y sabe lo que ocurre mucho mejor que nosotros, lo mismo que el juez instructor, que ha otorgado el permiso correspondiente. Las cosas son distintas sobre el terreno. La prohibición sólo les da alas...

Me subía por las paredes.

—Ésa es su opinión, la de alguien que ha conocido tangencialmente el asunto. Has de saber que Fernando ha pasado poco más de seis meses en San Sebastián, aunque siempre residió en Logroño. Como te decía, es una opinión respetable, pero yo también puedo darte la mía, que soy bilbaína y he sido juez instructor en Navarra durante más de cinco años, residiendo allí, para más señas...

Finalmente, dio su brazo a torcer. Apoyaría a Esteban: la Sección Segunda ordenaría al juez instructor que urgentemente diera orden de prohibir los actos. Un poco más tarde me enteraría de que el auto fue unánime: Fernando, al ver que se quedaba solo, se sumó a la mayoría. ¿Alguien lo entiende?

A eso de la una y media, estaba exhausta. Y decidí volver a casa. El preparado de Jaime no me hacía nada. Cuando empezaba a recoger, Tania asomó la cabeza.

—Una visita —me dijo mi *gestora*. Señaló con el dedo el vestíbulo, pero no se molestó en decir más. Luego, desapareció.

—No me digas quién, Tania. Me hace muchísima ilusión adivinarlo.

Salí al pasillo y me encontré con mi guardaespaldas. Traje y corbata. Le sentaba mal. Se aflojaba permanentemente el cuello y se recolocaba la corbata.

—¡Agapito! ¿Qué haces aquí? Pensé que habías cogido unas vacaciones.

No creo haberlo dicho. Aquella mañana, a la hora habitual, el coche vino a recogerme. Pero de él no bajó Agapito, sino dos hombres a los que no conocía. Uno de ellos era un tipo corriente, moreno, ni alto ni bajo, ni guapo ni feo. Nada que destacar, en suma. El otro, por el contrario, tenía tal pinta de quinqui que de no saber a quién representaba me habría dado la vuelta para encerrarme en casa. Con llave. Tras los saludos de cortesía, y sin explicaciones, me condujeron a la Audiencia. Yo tampoco pregunté nada. Los horarios de esos pobres guardaespaldas hacen difícil vivir una vida normal, de familia y amistades. Y, de vez en cuando, necesitan desconectar, cambiar de aires. A mí, mujer de rutinas, tener cerca una persona conocida me da seguridad, me inspira confianza. Pero me conformé. No tenía nada que alegar. Me dejaron en la puerta de la Audiencia, con la misma amabilidad distante con la que me habían recogido. Y yo me olvidé del asunto.

Agapito no se anduvo por las ramas. No habría sido normal en él.

—Tengo un problema, señoría. Y necesito un favor. Extraoficial.

Le miré con gesto adusto. La palabra extraoficial no forma parte de mi diccionario. Encarno la ley. Todo para mí es oficial.

—Agapito...

—Ya sé lo que va a decirme, pero no sé a quién acudir.

Lo pensé unos segundos. Los jueces —yo, desde luego, pero sé que no soy la única— tememos el cohecho y el trato de favor como un agricultor un pedrisco. Digo más: no sólo tememos el delito en sí, nos da pavor que sobre nosotros caiga una simple sombra, una lejana sospecha de favorecer a alguien o de actuar bastardamente en beneficio propio. Sin embargo, tenía que escucharle. No había opción.

—Si es extraoficial, salgamos de aquí. ¿Qué tal la cafetería de enfrente?

Ante un café cortado con una generosa dosis de canela y una cerveza (suya), Agapito me explicó lo que le pasaba. Me produciría un intenso placer revelar los detalles, pero le prometí que no lo haría y mantendré mi promesa.

Sólo diré que me escandalizó saber que lo que contaba era rigurosamente cierto. Los juzgados pueden llegar a ser muy injustos.

Confieso que en aquella ocasión Agapito tocó mi fibra sensible. La mía y la de cientos de colegas de la judicatura. Pero lo que tenía entre manos no era una disquisición metafísica, sino un asunto extraoficial, que me obligaba a pedir un favor. Lo cual no es un delito, pero te convierte en esclavo o deudor de quien te lo concede. Y me encanta mi libertad.

—Déjame que estudie el asunto, Agapito. Mañana hablamos —le dije, aunque sabía perfectamente lo que haría.

Al día siguiente, temprano, dejé el edificio de la Audiencia y me fui a otro tribunal. No merece la pena decir cuál. Y allí sentada ante un magistrado jugué mis cartas en beneficio del pobre Agapito.

La mirada de mi colega, acerada de entrada, se endureció aún más cuando le expuse el problema.

—Soy un magistrado progresista, bien lo sabes —me acosó, como si no fuera público y notorio a quién servía.

—Yo también, XXX —respondí resuelta—. Además, te llevo ventaja: soy mujer y he nacido en Bilbao. Pero tú y yo somos servidores públicos, no veletas que se dejan llevar por el viento que sopla. La política crea demasiados espejismos, ¿no lo crees?

—Soy un juez de probada independencia —se defendió.

—Lo sé, por eso estoy aquí. Por tu probada independencia.

Entonces entré a matar. Mi colega se revolvió más de lo que yo hubiera supuesto y perdió el control. Pero iba preparada. Órdago a pares.

—¡Vamos, XXX, tú eres mucho más listo que todo eso! Estoy segura de que tu mujer se casó contigo por tu fina inteligencia. —De acuerdo, la mención a su mujer fue un golpe bajo, pero enseguida lo suavicé—. Ambos somos magistrados con prestigio y pretendemos seguir siéndolo. Nos entendemos bien. Lo que creo es que tienes demasiado trabajo, no hay más que ver tu mesa, y no has podido pensarlo con calma...

Tenía a la prensa en la recámara, y al Consejo. No me hizo falta emplear esas balas. Salí de allí con lo que buscaba. Y también con lo que nunca debiera haber buscado: un enemigo. Desvelar que estaba al tanto de los «asuntos» de su mujer me había puesto en su punto de mira.

Volví a la Audiencia pensando en Mefistófeles y en sus mentiras. Y en el imbécil y crédulo Fausto. Agapito me esperaba en la puerta, con cara tensa.

—Todo solucionado.

—No sé cómo darle las gracias. Yo...

Le corté:

—No tienes por qué. Era de justicia. Sin embargo, ahora ha surgido otro problema...

—¿Qué problema? —me preguntó, intrigado.

—Que ya no puedes formar parte de mi escolta. No quiero que se te vuelva a ver en mi servicio de protección. Podría malinterpretarse.

Se demudó.

—No sabe cómo lo siento... He estado muy a gusto a su lado. Son ya muchos años.

—Yo también lo siento, pero en el momento en que me pediste un favor extraoficial, rompimos la baraja. Tiene que ser así. Deberías pedir un traslado. No necesitas dar muchas explicaciones...

—Lo haré. No sabía que iba a...

Volví a cortarle:

—Por cierto, Agapito, ese tipo que ha venido hoy a recogerme, creo que ha dicho que se llama Jesús, ¿es de fiar? Tiene un aspecto...

—El aspecto es innoble, de acuerdo, pero es de toda confianza, señorita. Le encomendaría mi vida... Y gracias de nuevo. No sabía que esto podía ponerla en un brete.

—No pasa nada. La justicia es la justicia. Te deseo toda la suerte del mundo...

Le estreché la mano y, apenada, regresé al despacho. Llamé a Jesús y volví a casa.

Mientras iba en el coche sonó el móvil. Comprobé el número. Empezaba por 948. Prefijo de Navarra. Lo dejé sonar. No podía más. Volvió a sonar. Otra vez el 948, pero seguido de un número distinto. Tampoco lo cogí. Sólo pensaba en llegar a casa y descansar. ¿Quién iba a decirme que aquel prefijo resucitaría al doctor Wilson?

Fausto.

Cinco actos. Sébastien Guèze, en el papel de Fausto; Erwin Schrott, como Mefistófeles, y la soprano Natalia Kovalova en el personaje de Margarita. Una ambientación que se preveía magnífica. Y, por una vez, Jaime llegó a tiempo.

Fue una noche memorable, pese a que Fausto tardó en meterse en el papel y a que la escenografía no fue lo que esperábamos (y no me refiero sólo a la moda de exhibir desnudas a las mujeres del ballet; esta vez, cinco). Luego nos fuimos a comer algo. Al día siguiente era domingo, y no había que madrugar.

—Podemos quedarnos en la cama hasta que nos aburramos... —comenté. Enseguida le vi la cara—. ¿Qué ocurre?

—Lo siento, Lolilla, mañana tengo que dar una conferencia en Toledo. Saldré temprano y regresaré por la noche. Ni te vas a enterar.

—Y has esperado hasta ahora para decírmelo.

—Sabía que después de *Fausto* te enfadarías la mitad. Ya sabes cómo son estas cosas... ¡Venga, tomemos algo de postre! ¿Compartimos algo con chocolate? Es afrodisíaco.

—¡Déjate de afrodisíacos, mira cómo estoy!

En ese momento, como una visión, vi llegar a María, nuestra hija mayor. Ejerce desde hace un año de abogado en un despacho de Sevilla.

—¡Marieta, válgame Dios! ¿Qué haces aquí? ¿Qué ocurre?

—Nada, acabo de llegar. Me han dicho que estabais aquí. Y he venido a veros.

«Mal asunto», me dije.

Mientras pedíamos para ella unas trufas, imaginé las más horribles de las posibilidades. El listado era largo: «Le han detectado un cáncer (de mama, como su abuela)»; «Ha cometido un error y uno de sus clientes le ha demandado. La pobre estará destrozada (¿tendrá seguro de responsabilidad civil?)»; «Ha reñido con Ignacio (un médico pediatra con el que sale desde hace no sé cuántos años) y tiene una depresión»; «Quiere hacerse monja de clausura»... ¡Hasta llegué a pensar que había contraído una enfermedad progresiva que la postraría en breve en una silla de ruedas!

Sin embargo, lo que nos dijo ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

—Mamá, papá, me alegra encontraros juntos, porque quería deciros que me voy a vivir a Uganda. He conocido a un divorciado de sesenta años, un hombre encantador. Tiene tres hijos, uno de ellos era drogadicto, pero ya no lo es. Acaba de salir del Proyecto Hombre... Vendrá con nosotros. —El camarero puso sobre la mesa un cuenco con nata.

No supe qué responder. Me quedé petrificada y miré a Jaime, que seguía comiendo. Ella mantuvo unos segundos el silencio y luego, mientras se servía una generosa cucharada de nata, preguntó:

—¿Qué os parece?

No tengo paciencia, lo siento. Y ella lo sabe.

—¿De veras quieres saber mi opinión? —Asintió con la cabeza—. ¡Sesenta años, tres hijos, divorciado! No digo que Ignacio fuera perfecto, no lo es, ¡pero lo que cuentas! ¡No te hemos criado con todo el mimo para eso! Yo... Tu padre. Sólo he...

Como si no me escuchase, añadió:

—¿Y lo de Uganda, qué te parece?

—¿Uganda? ¿Qué pasa con Uganda?

—Que viviremos allí.

—No sé muy bien dónde queda. Y seguro que están en guerra. Pero eso no tiene importancia, Marieta: lo que debes plantearte es que el matrimonio es algo muy serio. Lo que hagas ahora afectará a toda tu vida. Algún día querrás tener hijos. Y querrás un hombre que sea sólo tuyo, sin compartir, ni repartir... —Me tiraba de los pelos. ¡Tantas cosas que decirle, y no encontraba las palabras adecuadas!

—Vale —me contestó.

—¿Cómo dices?

—Que vale, tienes razón. Me quedaré con Ignacio. Olvidemos al divorciado y a sus hijos.

Volví a mirar a Jaime. Parecía divertido.

—¡Marieta, no entiendo nada! ¿De qué va todo esto? Me va a dar un infarto. ¡Y tú, Jaime, podrías decir algo!

—Se va con Ignacio a Uganda. Dos años. Él trabajará en un hospital y ella en una ONG. Eso es lo que ocurre —me explicó.

—¡Exacto! Vamos a trabajar para los que verdaderamente lo necesitan. Queremos casarnos pronto, pero no queremos boda. Sólo los de casa y el cura. Y sin gastos: lo que os fuerais a gastar nos lo dais para llevarlo allí...

—Pero... ¿Cómo...? Y en Uganda... Seguro que hay mucho riesgo y enfermedades, por no hablar de los bichos. ¿Y qué dice tu despacho?, ¿y el hospital de Ignacio? Perderéis el contrato... ¡No puede ser! Mi niña entre animales salvajes... —Sollocé—. Además, eres demasiado joven para casarte.

—¿Prefieres al divorciado? —dijo, sujetándome la mano—. Cuando Ignacio se entere de que le has puesto verde, verás...

—¿Y a ti, Jaime, qué te parece?

—Es su vida. Y para tu tranquilidad te diré que Uganda es una tierra estupenda. Algún león que otro, pero soportable.

—¿Y por qué me habéis contado todo eso? Porque sé que tú también estás en el ajo...

—Es cierto, la estrategia es de papá: «Cuéntale algo horrible —me ha dicho— luego, lo demás no le parecerá tan malo.»

Ni que decir tiene que casi me lo meriendo.

Me pasé la noche en vela, la mitad leyendo en Internet datos sobre Uganda, la otra mitad pensando en cómo era posible tener boda y bautizo al mismo tiempo. Hacía dos días, Marieta llevaba pañales... Y ahora volvían... Demasiado.

Me quedé en la cama hasta la hora de comer. No tenía ganas de cocinar, hablé con mis hijos y decidimos encargarnos una mezcla de comida china y japonesa: mis favoritas. Fue al coger el móvil para pedir tempuras cuando me

acordé de aquellas llamadas con el prefijo 948. Lo busqué entre las llamadas perdidas y apreté la tecla verde. Fue tal la conversación, que olvidé por completo el segundo.

—Monasterio de San Salvador de Leyre, dígame...

Me quedé cortada. No esperaba esa respuesta. Como digo, suponía que sería algún viejo amigo de Pamplona que quería saludarme.

—Dígame —repitió la voz, taciturna.

Finalmente, decidí hablar.

—¿Es usted el hermano Leonardo?

—El mismo que viste y calza. ¿Qué se le ofrece?

«¡Vaya por Dios, otra vez me toca negociar con el frailecillo!»

—Quizás se acuerde usted de mí. Llamé hace unas semanas... Pregunté por el padre Chocarro... Por su abad, quiero decir. Me llamo María Dolores MacHor.

Su voz pasó de rascar como la lija a adquirir tacto de seda.

—¡Ah, señoría! El padre abad la ha estado buscando. Si espera un minuto, le aviso.

—Muy bien, espero —dije pletórica. No hay como ser amigo de los que ocupan cargos de autoridad, incluso en la Iglesia.

Tardó un par de minutos en ponerse al teléfono. Leyre no tiene música para la espera. Al fondo se podían oír susurros y carreras. Supuse que era el hermano portero.

Finalmente, oí la afable voz del abad Chocarro.

—Señoría, ¿qué tal se encuentra?

—Bien, padre, gracias...

—¿Y su marido?

—Anda con la cabeza llena de células madre. Espero que no le coman el cerebro. Y usted, ¿qué tal está? —pregunté, al ver que no se decidía a desvelar el motivo de su llamada.

—Más viejo y desgraciadamente algo más grueso, pero muy feliz. En fin, la andaba buscando para preguntarle si detuvieron a aquel asesino en serie del que me habló.

—Desgraciadamente, no. Y, lo que es peor, no disponemos de la más mínima pista. El caso está en dique seco. Bueno, de hecho se lo hemos

pasado a la Interpol.

—Pues entonces creo que agradecerán mi llamada. Lo que voy a decirle puede ofrecerle el dato que les permita dar con él... Verá, hace un par de días que me levanto pensando en lo que me preguntó. ¿Se acuerda?

—Sí, por supuesto: le llamé para saber si era factible que Rodrigo y su psiquiatra coincidieran por azar en un mismo sitio, eligiendo en un mapamundi a ojos cerrados... ¿No me irá a decir que esa probabilidad no es cero?

—¡En absoluto! No tengo dudas a ese respecto: la respuesta es correcta: esa probabilidad tiende a cero. Sin embargo, mi propia contundencia me ha hecho dar vueltas a lo que late tras esa tendencia... Ya sabe, deformación profesional. Y esa inquietud no me deja rezar. De modo que estoy deseando contárselo, a ver si consigo olvidarme de ello y volver a la vida normal. ¿Le parece bien?

—Por supuesto, padre. Lo que dice suena muy interesante —contesté. No sabía qué decir; de hecho, no entendía de qué demonios hablaba. ¿Qué habría querido decir con «lo que late tras la tendencia»? Desconocía que las tendencias latieran.

—Verá, querida amiga, todo esto tiene que ver con las mentiras... —Mi nivel de perplejidad iba in crescendo conforme le oía hablar—. En fin, lo que quería decirle es que mentir, además de ser un defecto moral y un pecado, es un hábito. Y que sea un hábito resulta, en este caso, significativo, ya que se adquiere por repetición de actos...

Mi voz adoptó un tono serio. No tenía ganas de disquisiciones filosóficas con el estómago medio vacío.

—Lo sé, padre; hasta ese punto llega mi nivel de teología. Pero no comprendo qué tiene que ver con el caso de Rodrigo y del doctor Wilson, y con el hecho de que su encuentro en Barcelona pudiera no ser casual.

—Mucho, en realidad. Una mentira conduce casi siempre a otra mentira... Lo que quiero decir es que, en mi opinión, ustedes deben buscar otro sistema de elección.

—Lo siento, no le sigo, padre —reconocí finalmente.

—Si entendí bien sus explicaciones, ese tal Rodrigo dice que, en cada ocasión, incluyendo también el asesinato de Barcelona, cierra los ojos y deja

que su dedo se mueva libremente encima de un mapa. Cuando se detiene, abre los ojos y busca la ciudad más cercana a ese punto...

—Eso es lo que dice, sí. Aunque usted asegura que en este último caso eso es muy improbable.

—Exactamente, eso es lo que me inquieta. Estoy seguro de que les está engañando o se está engañando a sí mismo, que también podría ser.

—¿Y adónde nos lleva ese hecho, padre?

—Es fácil: probabilidades condicionadas. Si les ha mentado con lo acontecido en el suceso número seis, es muy probable que lo haya hecho también con lo ocurrido en el quinto, y en el cuarto, y así sucesivamente.

Me quedé desconcertada.

—¿Quiere decir que nos ha mentado desde el principio?

—Es muy posible, sí.

—¿De modo que escoge caprichosamente el lugar del crimen? ¿Cree que lo hace a ojos abiertos?

—Sí, pero no.

—Eso va a tener que explicármelo despacio, padre.

—Verá, digo que sí porque lo hace deliberadamente. Pero, al mismo tiempo, digo que no porque no creo que lo haga caprichosamente. Lo más lógico para una mente como la que me ha descrito es que mantenga algún tipo de orden. Si un asesino en serie no quiere que le cacen debe ser extremadamente ordenado. Por eso, apuesto a que ha diseñado un sistema de elección de víctimas. Lo que ocurre es que no es el que les cuenta en el texto...

—¡Eso es muy cierto! —dije—. Lo pone en el manuscrito. No son palabras textuales, pero dice algo como esto: «No se puede andar por la vida sin un procedimiento y suponer que vas a tener éxito.»

—Exactamente. Eso es lo que quería decir. Hay un procedimiento, pero no corresponde al del mapa.

—Elige a las víctimas por un sistema diferente del que nos cuenta... —Reflexioné unos segundos. Luego, balbuceé—: Pues no lo entiendo, padre: ¿por qué se tomaría tanto interés y esfuerzo para inventarse todo eso?

—Lo desconozco. La mente es un sistema lleno de dobles causalidades, innovación y relaciones no lineales... —Se dio cuenta enseguida de que no

era capaz de entenderle y añadió—: En fin, un sistema complejísimo. Seguro que hay una explicación aunque no seamos capaces de captarla.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Bueno, siempre puede usted obviar lo que Rodrigo le ha contado y buscar personalmente la regla empleada, la que de verdad se ajusta a los hechos. Deben ustedes encontrar qué relación existe entre los lugares donde se produjeron los asesinatos, sin despreciar, eso sí, la cadencia temporal. Si encuentran esa relación, habrán abierto un camino para atrapar a ese hombre...

—Aix-en-Provence, en Francia; San Petersburgo, en Rusia; Hanói, en Vietnam; Johannesburgo, en Sudáfrica; San Francisco, en Estados Unidos, y Barcelona, en España... Sinceramente, padre, no veo qué puede unir a esas poblaciones.

—A simple vista, yo tampoco, pero estoy seguro de que existe una relación estrecha entre ellas. O entre ellas y el asesino. O entre el asesino y las víctimas.

—No lo niego, pero ¿cuál? Cada una de esas poblaciones está en una punta del globo, y cada víctima resulta ser completamente diferente del resto: género, raza, edad, profesión... Nada coincide.

—Lo siento, no puedo ayudarla más. Espero de todo corazón que tenga éxito y que lo tenga pronto.

Su tono de voz sonó extrañamente apagado. Supe enseguida que le pasaba algo. Pero no me atreví a interrogarle. «Cuando esto acabe, volveré a llamarle», me dije.

—Gracias, padre Chocarro, ha sido de gran ayuda. ¿Promete llamarme si se le ocurre algo más?

—Lo prometo, aunque espero no tener que hacerlo. ¡Usted encuentre esa relación! Y cuídese. Se avecinan tiempos difíciles. Debe ser fuerte.

—¿Difíciles, padre? ¿Se refiere a ese asesino o a nosotros?

—No se preocupe. Sólo le pido que sea fuerte.

Colgó.

Aquella última frase, aquella profecía debería haber hecho mella en mi ánimo. Sin embargo, pasó desapercibida.

Fermín Chocarro es un fraile orondo de metro noventa, calculo que andará por los cincuenta y muchos, con coeficiente intelectual de gigante e inocencia de niño de pañal. Creo que es esa extraña mezcla la que le convierte en un tipo único en muchos sentidos. Chocarro tiene un don, uno muy especial, que en el pasado le ocasionó más de un quebranto.

Acudí a su monasterio por primera vez porque habíamos hallado el cadáver mutilado de su abad, sin que ellos hubieran denunciado siquiera su desaparición. En aquel momento, la policía, y yo también, pensábamos que el asesino se escondía entre aquellos muros de piedra envueltos en cantos gregorianos y aromas de incienso. Me entrevisté con todos los frailes, uno por uno, sin revelar que habíamos encontrado el cuerpo de su superior. Cuando le llegó el turno al hermano Chocarro, me preguntó a bocajarro (más bien confirmó conmigo sus sospechas) si su abad había muerto, y si el otro cadáver (también había omitido ese dato) era de un eclesiástico. Inmediatamente sospeché que estaba implicado. ¿Cómo si no podría conocer aquellos hechos? Cuando le interrogué (reconozco que con cierta dureza) me contestó, con una sencillez que me dejó pasmada, que lo había soñado unos días antes. «¿Soñado? ¿Cómo puede haber soñado esas cosas? ¡Aún no habían ocurrido!» Se encogió de hombros y se le colorearon las mejillas hasta arderle. Eso fue todo lo que saqué de él.

Posteriormente, sus superiores me confirmaron con cierta chanza —le tenían por un iluminado— que padecía sueños proféticos, a los que nadie daba la menor credibilidad.

Volví a interrogarle, cada vez más intrigada. «Veo el futuro, señoría. No me ocurre siempre, pero sí a menudo. No lo veo todo. Sólo lo que, por alguna razón, debe ser visto —me explicó—. Lo conozco cuando duermo. Lo sueño, pero recuerdo los hechos al despertarme. A veces, son datos imprecisos. En otras ocasiones es como si viera la realidad en un inmenso espejo, que me permite captar todos los detalles.» Como percibió mi incredulidad y mi sorpresa, añadió: «Comprendo que lo que digo puede parecerle absurdo, pero, en realidad, es perfectamente factible: piense en el tiempo como en una línea recta que discurre sobre un plano. Si ese plano se doblara sobre sí mismo podríamos contemplar simultáneamente el hoy y el mañana. Eso es lo que me ocurre a mí, a veces. El plano se arquea, se curva sobre su eje atrapándome en

medio.» Ni que decir tiene que no comprendí nada de lo que me explicó. Pero doy fe de que su don es tan real como los árboles, la inflación o el gobierno. Si antes de conocerle alguien me hubiera preguntado si consideraba factible que tal cosa se diera, lo habría negado categóricamente. Habría alegado que soy una persona sensata y racional. Pero por Chocarro pondría la mano en el fuego. Y no me quemaría.

Digo que aquella profecía debería haber despertado todas mis alertas. Sin embargo, pasó inadvertida. En aquel momento, pesó sobre mí más el reto que sus nuevos datos me ofrecían que mi propio futuro. Ésa fue una de mis torpezas. Tropezaba de nuevo con la misma piedra. ¿Cómo es posible ser tan torpe con mi supuesta experiencia?

Pese al persistente cansancio, la nueva pista y el nuevo dilema me espabilaron, como si tras una gran sequía me regaran a discreción. Tras zamparme a toda prisa otro rollito de primavera y un par de trozos de *tempura* de verduras, llamé al chófer y fui a la Audiencia, donde rescaté el texto de Rodrigo. De vuelta a casa, preparé café, y, con papel y lápiz en la mano, repasé uno a uno los escenarios de los crímenes.

Después de un rato, decidí hacer un listado con todo lo que tenía. Así me sería mucho más fácil percibir similitudes, si es que existían.

—De acuerdo, veamos:

PRIMERA VÍCTIMA

El escenario es Aix-en-Provence, una localidad francesa de cerca de doscientos mil habitantes. Ocurre en el mes de septiembre. La víctima es una mujer francesa, de mediana edad y de raza blanca. Ninguna característica física que resaltar. Se dedicaba a la mendicidad, pero se habla de ella como una «ladronzuela». Quizás quiera decir con eso que merecía morir.

Respecto a los detalles, sabemos que llevaba zapatillas nuevas, blancas y limpias; ropa vieja y una bolsa mugrienta con cosas robadas. Bebía. No se mencionan las drogas. Tenía un carrito de supermercado donde guardaba sus propiedades. Vivía a las afueras de la ciudad, en una granja abandonada a unos kilómetros del centro, que es donde la mató. Por tanto, hablamos de un lugar apartado. Lo hace a la caída de la tarde. No hay nadie por los alrededores, aunque se menciona que podrían vivir allí más indigentes. ¿Alguno vería algo? Si es así, estoy segura de que no lo dirían.

Respecto al arma homicida, ha de ser un objeto contundente. Habla de un bastón de paseo comprado en un anticuario de Londres, con una bola del mundo por empuñadura. Me temo que, con tan pocos datos, no podemos constatarlo ni rastrear el objeto. La causa de la muerte es un traumatismo craneoencefálico.

¿Algo más? No habla con la víctima, aunque ella le interpela. Menciona el arrepentimiento inicial. Tras golpearla, esperó a que muriese. Luego le cerró los ojos. Y

le pintó el número uno. ¡Ojo, improvisa el sitio! Cuando le levanta la falda, huele tan mal que se decanta por una zona más baja.

SEGUNDA VÍCTIMA

Esta vez se marcha a San Petersburgo, Rusia. En el mes de noviembre, en un vuelo comercial. Escoge un varón, también de mediana edad y con rasgos caucásicos. Delgado, alto y muy rubio. Un hombre culto que habla cinco idiomas. Ha sido traductor, pero no tiene trabajo. Es drogadicto. Toma heroína. Se pincha (tiene marcas por todo el cuerpo). Es de suponer que prueba también otro tipo de sustancias.

¿Qué detalles da? Pocos. Que llevaba puesto un abrigo viejo y un gorro del ejército. Que fumaba y que estaba desesperado.

La escena del crimen varía respecto al caso anterior: no opta por un sitio alejado, al caer la tarde, sino por un banco del parque, a plena luz del día. Temperatura fría, pero con gente paseando, aunque, cuando el tipo se pincha, nieva y el lugar se ha vaciado.

El arma homicida está clara: una sobredosis mortal de heroína. La causa de la muerte, una parada cardiorrespiratoria. Compra la droga en la ciudad. Toma muchas precauciones. Sabemos dónde la compró: en el restaurante del Taleon Imperial Hotel. Pero habría que dar con el camarero que se la consiguió. No da suficientes datos y, aunque consiguiéramos localizarle, seguro que lo negaría todo. Llevaba también un antídoto. No dice cómo se ha hecho con él. He de preguntar a Jaime dónde se consigue la naloxona.

¿Algo más? Esta vez, habla con su víctima. Esperó a que estuviera muerto para marcarle. ¡Repite sitio: se ha convertido en su firma! Luego, le cierra los ojos, de nuevo. Y no olvida fotografiarlo.

TERCERA VÍCTIMA

Hanoi, Vietnam. Mes de enero. Una mujer joven (diecisiete o dieciocho años) de raza oriental. Camarera en New Century, un club nocturno en el distrito centro. Lugar de dudosa reputación, por prostitución y drogas. Es una chica delgada, pequeña, pelo largo teñido de rubio platino, que se hace llamar Marilyn. Trabaja como camarera y como prostituta.

Detalles: no hay contacto sexual. La joven fumaba. No se menciona que tomara drogas. Rodrigo habla con su víctima antes de matarla, pero lo justo.

La escena del crimen se parece al primer caso: la trasera del club, en un callejón oscuro. Sin testigos: noche fría y muy lluviosa.

El arma homicida es un alambre. Muere por estrangulamiento. Luego, toscamente, prende fuego al cadáver. Al principio del texto dice que imitaría la hoguera de la Inquisición. Está claro que no lo hace exactamente así. ¿Será porque el humo llamaría la atención?

¿Algo más? Le cerró los ojos, como en los casos anteriores. ¡Esto parece una constante! Sin embargo, es la primera vez que califica a su víctima: dice que su actitud era «lasciva».

CUARTA VÍCTIMA

Johannesburgo, Sudáfrica. Ha tenido varios meses para prepararlo, debido a la enfermedad de Wilson. ¿Comenta algo al respecto? No da detalles de sus actividades. Busca un varón de mediana edad y de raza negra. Grueso (lo califica de «seboso») y de pequeña estatura, aunque a priori él no lo sabe: contactan por Internet. Es un vigilante corrupto, implicado en el tráfico ilegal de brillantes.

¿Qué detalles da? ¡Poquísimos! Que lucía varias joyas de oro.

La escena del crimen es el baño de un bar inmundo de un barrio de la ciudad. Aprovecha una visita guiada, a plena luz del día y en un sitio peligroso. Asume bastante riesgo. Quizás sea el más chapucero.

Arma homicida: puñal. Apuñalamiento en el abdomen. ¿Murió desangrado? ¿Por una hemorragia interna? ¿Por rotura de algún órgano vital? ¡Eso poco importa! Lo que sí es relevante es que toca por primera vez la sangre. Vomita en el lugar. Se va sin cerrarle los ojos, pero no olvida la firma ni las fotos. Está preocupado por si pueden localizarle. Se deshace de la ropa en el aeropuerto.

QUINTA VÍCTIMA

San Francisco, Estados Unidos. Mes de julio. De ella habla poquísimos. Sólo que es una mujer joven (edad de instituto de enseñanza secundaria), de raza negra, delgada, pequeña y con tatuajes. Es una camella de tres al cuarto; vende drogas a los niños en las puertas de los colegios marginales.

Detalles: no ofrece ninguno. Sólo que la mata en el arcén de un callejón a la una de la madrugada.

El arma homicida es otra incógnita (he de pedir a Juan que me pase copia de la autopsia). Habla de una espada, pero es difícil de ocultar. Podría referirse a un cuchillo largo. En todo caso, sabemos que le corta la yugular y muere desangrada.

¿Algo más? Vomita de nuevo. Tampoco puede cerrarle los ojos. Sale corriendo. Pero le pinta el número cinco. Y dispara la cámara.

SEXTA VÍCTIMA

Barcelona. Mes de septiembre. Un varón, de mediana edad y raza blanca. Compleción normal, alto, de procedencia italiana. Prostituto. Exhibicionista.

Detalles: iba desnudo, sin más ropa que una gabardina. Antecedentes penales por drogas y prostitución.

La escena del crimen es la trasera de un bar de alterne, antes de que empiece la jornada de trabajo. Le pega un tiro con una escopeta de cañones recortados. Le deshace los testículos. ¿Lo deja vivo y se va, o es él quien le cierra la gabardina? Tenía los ojos cerrados cuando le encontraron. Pero le había marcado.

¿Algo más? ¿Por qué no le remata? ¿Por qué le hace sufrir? ¿Se trata de algún asunto sexual? Rodrigo nunca quiere hablar de ello. Ni de Freud. ¡A ver si va a tener razón el austriaco!

Tras releerlo dos veces, me embargó la desolación. Tenía una colección de personas, hombres y mujeres a partes iguales, todos de razas distintas, muertos por procedimientos diferentes, en momentos del día y lugares sin aparente relación. Dos de ellos estaban involucrados en el tráfico de drogas, tres en la prostitución; la primera era simplemente una mendiga, con dedos largos. Los rasgos físicos resultaban cambiantes, y salvo la necesidad de cerrarles los ojos, no veía ningún parecido entre los muertos. ¡Aquello era un rompecabezas!

Cuando Jaime volvió a casa a última hora de la tarde, yo seguía con los ojos cosidos al texto, cavilando. Buscaba infructuosamente relaciones entre las seis colecciones de datos. O, más bien, trataba de convencerme de que, en realidad, esas relaciones existían. Aquella vez, las afirmaciones del padre Chocarro no me habían parecido tan sólidas como en otras ocasiones.

—¡Dichosos los ojos! —le dije al verle entrar. Traía cara de cansancio.

Mi marido es un investigador muy prestigioso. Durante unos años ejerció la medicina, pero desde que nos trasladamos a Madrid trabaja exclusivamente para el Centro Superior de Investigaciones Científicas. Dirige el Centro de Biología Molecular «Severo Ochoa», uno de los más prestigiosos de España, con sesenta y cinco líneas de investigación, un centenar de científicos de primer nivel y, sobre todo, un alto presupuesto. Su trabajo es, al parecer, estupendo. Pero, en realidad, tiene dos pegas: el sueldo y Jaime.

Hay dos tipos de directivos en el mundo. Primero están los listillos, que se toman los cargos como una legitimación para darse la gran vida, emplear los recursos públicos en beneficio propio y convencer a los demás para que hagan su trabajo, mientras ellos se llenan el pecho de medallas cada vez más brillantes. Existe un segundo tipo, el que los listillos califican de tontos de baba, que creen que asumir una responsabilidad significa ponerse en los hombros el bienestar de una colección de personas, la eficiencia de unos recursos y el éxito de una ambiciosa misión. Jaime pertenece a este último tipo. Lo que significa que trabaja mucho, se preocupa de que todos estén contentos y las cosas salgan bien. Y lo hace a costa de agotarse y agostarse. Cada noche, llega rendido a casa, con la cabeza llena de preocupaciones y nuevos planes latiéndole en la sien. ¡Si al menos la Administración pagara como las empresas privadas! En ese caso, podríamos tomarnos de cuando en

cuando un fin de semana largo e irnos a algún lugar exótico, caluroso preferiblemente, alejado de todo lo que Madrid lleva consigo. Pero, para nuestra desgracia, es un funcionario no listillo sin coche oficial.

Y encima no puedo quejarme, porque yo soy, más o menos, tan tonta como él. Y me digo a mí misma que esto es lo que hay, y que tengo que intentar llenarme el estómago con lo que contiene la actual nevera; ser feliz entre expedientes, células del CSIC, hijos adolescentes y doctores de nombre falso, como Ernest Wilson.

—¿Cómo ha ido la conferencia?

—Bien. ¿Y tu cansancio? —me preguntó cariñosamente—. Tienes mejor color.

—Me encuentro bien. El cansancio va y viene... Estaba deseando que volvieras.

—Pues no parece que me hayas echado de menos, te veo concentrada... ¿Qué haces?

—He hablado con el padre Chocarro y me ha dado una pista interesante sobre el caso Wilson. Pero no he sabido interpretarla y me estoy volviendo loca. Si me ayudaras, te lo agradecería. A ti se te dan mucho mejor los acertijos que a mí.

Se llevó las manos a la cabeza.

—¡Vaya, me había olvidado de decírtelo! Chocarro llamó esta mañana temprano. Tú dormías y no quise despertarte.

—No te preocupes. Hemos hablado luego. —Le expliqué nuestra conversación detenidamente, y luego añadí—: Según Chocarro, las personas metódicas, y Rodrigo parece serlo, se sirven siempre de rutinas, de pautas que minimizan los riesgos. Me dijo que esas pautas deberían estar ahí. Pero llevo horas buscando alguno de sus patrones y no he conseguido nada de nada. He buscado aquí y allá, pero no he logrado encontrar ninguna relación entre esas ciudades, o entre esas ciudades y las víctimas, o entre las víctimas y Rodrigo. No parecen tener nada en común.

Se quitó la americana y la corbata y se sentó a mi lado. Cogió las notas que había ido tomando y las examinó.

—Desde luego, aquí no parece asomar relación alguna. —Hizo una pequeña pausa y luego preguntó—: ¿Has mirado en Google?

—No, ¿debería? —dije como pidiendo disculpas—. Google es un buscador de palabras y de hechos. No creo que sea capaz de encontrar relaciones.

—Hazme caso: si hay una relación, Google la encontrará.

Sacó su portátil y se conectó a Internet. En la zona donde vivimos, la red se colapsa a media tarde, en cuanto nuestros vecinos ejecutivos llegan a casa y empiezan a navegar para olvidarse de sus miserias o rellenar sus agujeros negros. Tardó un buen rato. Aproveché para preguntarle si a los asistentes les había interesado su ponencia. Al parecer, había mucho público, y él estaba satisfecho. Por fin, conseguimos acceder. Al ver el conocido emblema en la pantalla, le pregunté qué iba a hacer exactamente.

—Bueno, es fácil: voy a escribir en el buscador el nombre de esos seis lugares por el orden en que aparecen en el texto. Si hay una relación entre ellos que haya entrado en algún momento en la red, saldrá.

A esas alturas, yo ya estaba nerviosa como una novia primeriza.

—De acuerdo, allá voy: Aix-en-Provence, San Petersburgo, Hanói, Johannesburgo, San Francisco, Barcelona...

Apretó la tecla «Enter». La máquina tardó 0,22 segundos en ofrecernos 26.312 soluciones para nuestro enigma. Me quedé espantada. Escrutando la pantalla del ordenador, tuve que reprimir mis repentinas ganas de llorar. Tardaríamos años en leer cada una de esas entradas. Jaime pareció leer mis pensamientos, porque me dijo:

—No te preocupes. Muchas están repetidas, y otras se desprecian automáticamente. Sortearemos esos obstáculos rápidamente. Eliminaremos todo lo superfluo y nos abriremos paso entre lo demás. Calcula que lo esencial no sobrepasará un 5 por ciento del total.

—¿Y a cuánto asciende eso?

Buscó mi frente y me plantificó un beso.

—¡Ah, mi calculadora humana! 1.315, más o menos —dijo de corrido. Tiene un don para las operaciones matemáticas—. Vete tomando nota...

—Pero ¿ya tienes un plan?

—No te preocupes, estoy acostumbrado a las búsquedas complejas.

Empleamos un par de horas en separar la paja del trigo. Aquellas ciudades compartían la existencia de albergues juveniles, vuelos de Lufthansa

o Travel Guides. Todas ellas figuraban en las webs que calculaban diferencias horarias, ofrecían mapas del centro, tours, predicciones meteorológicas, alquileres de coches o centros religiosos de diversas confesiones. Hoteles, aviones, McDonald's, anuncios pornográficos, directorios de expertos, sedes diplomáticas, congresos... Cualquiera de esas categorías, o ninguna, podía contener la clave de nuestro enigma.

Mientras Jaime y yo, volcados sobre la pantalla del ordenador, repasábamos entrada por entrada, los chicos regularmente salían y entraban en la habitación, dejando una estela de quejas veladas. Las excusas, diferentes, se volvían a cada minuto más inverosímiles. Finalmente, me rendí.

—Jaime, creo que tenemos que dejarlo. Se están impacientando, seguiremos luego. Ya sabes el mal genio que se les pone cuando tienen hambre. Y deben de tener mucha: hoy hemos comido *tempuras*.

Ya tenían puesta la mesa y preparada la pasta. Me puse un delantal y freí los huevos: es mi especialidad. Siempre cenamos juntos. Es el único momento en el que todos coincidimos; hablamos, comentamos el día, discutimos sobre esto o aquello. A veces, terminamos pronto; otras, muy tarde, viendo capítulos de «24» o jugando un partido de bolos en la Wii. Ese día, el tema de conversación era la huelga convocada por los cuerpos de seguridad del Estado. Unos afirmaban que tenían derecho a protestar; otros, que no podían hacerlo de aquella manera. Yo me mantuve al margen, aunque tenía mi propia opinión: una sociedad que descuida a sus policías y a sus jueces mientras enaltece a sus políticos tiene, por definición, mal futuro.

En medio de la batalla dialéctica, uno de los chicos recordó algo:

—Por cierto, papá, te volvió a llamar el tipo del congreso de Irán, ese tal Maleki. Me han pedido que te recuerde que a la embajada le falta tu cuestionario. Sin ese papel, no te pueden dar el visado. Han dicho que corre prisa: tardan veinte días en el trámite.

Jaime se echó las manos a la cabeza.

—¡Mierda, se me había olvidado por completo! Lo enviaré mañana sin falta —dijo mientras lo anotaba en su agenda.

—¿No podríais celebrar los congresos en lugares más normales? —protesté—. Cada vez os vais más lejos y a sitios más inseguros. Este año te recorrerás los cinco continentes...

Me detuve de repente. Jaime leyó enseguida mis pensamientos. Cruzamos las miradas. Sonrió de oreja a oreja. Sus ojos estaban llenos de promesas de éxito.

—¡Muy aguda, Lolilla, sí, señor! Bueno, chicos, ¿quién quiere algo de

fruta?

—¿Fruta? ¡Aún no he empezado con los huevos!

Nos costó hacer que se levantaran. Seguían debatiendo sobre la huelga: a los veinte años, las ganas de discutir —el tema es lo de menos— son inagotables.

A la una de la madrugada, por fin logramos volver a Google. Encontramos lo que buscábamos casi al primer intento. La entrada figuraba como un enlace de la World Psychiatric Association. Comprobamos que en cada una de las ciudades donde Rodrigo había matado se había celebrado un congreso de psiquiatría, en ocasiones organizado por el comité local, en otras por la propia asociación. Pero aún conseguimos más evidencias: comprobamos que el orden de celebración de esas reuniones de expertos coincidía exactamente con el nuestro: el primer congreso, celebrado entre el 8 y el 10 de septiembre, había tenido lugar en Aix-en-Provence. El de noviembre, en San Petersburgo, y así sucesivamente.

Las conclusiones resultaban obvias. Por primera vez en aquellas semanas vi algo de luz al final del túnel.

—¡Rodrigo sigue a su psiquiatra y mata en sus propias narices! No me extraña que el médico esté muerto de miedo. Si se descuida, terminan culpándole a él —dije.

—Sí, eso es lo que parece. Imagino la cara del pobre Wilson al ver las fotos y comprobar los lugares en los que Rodrigo ha llevado a cabo su promesa. Se habrá quedado de piedra.

Cogí el manuscrito y busqué aquel párrafo que me había llamado la atención:

—Escucha lo que dice Rodrigo cuando le enseña las fotografías y el psiquiatra empieza a darse cuenta de que todo es real: «No pestañeó, mientras, una a una, yo pasaba las fotografías y le iba indicando los sitios en los que la misión se había desarrollado». ¡Le indicó los sitios a propósito! Wilson tuvo que darse cuenta en aquel momento del riesgo que corría. Fíjate lo que responde Wilson: «¿Qué es esto, Rodrigo? ¿Por qué me trata de esta manera?» Escucha esto: «¡Por todos los demonios, está usted mucho más loco de lo que yo creía! ¡Y en esos lugares!» —Me detuve en seco. Acababa de darme cuenta de algo.

—¡Dime qué se te ha ocurrido, Lolilla! ¡No me mires así: cuando descubres algo, se te pone la nariz roja como un pimiento!

—Es cierto, el destino nos sonrío. Rodrigo nos lo ha puesto fácil: basta con comparar las listas de asistentes a los seis congresos donde ha habido una muerte y atar cabos: ¡nos ha servido a Wilson en bandeja! ¡Anda, mira a ver si están publicadas!

—No me hace falta mirarlo, Lola, llevo siglos acudiendo a congresos de medicina; te lo digo de memoria. Los congresos mundiales, organizados por la asociación central, se preparan con mucho tiempo, y estoy seguro de que tendrán una lista actualizada: si es pública (ya sabes lo serios que se ponen algunos con las leyes de protección de datos), la podremos conseguir. Las reuniones organizadas por las asociaciones locales suelen ser caóticas: tendremos que llamar por teléfono y pedir el listado, si es que lo conservan.

Me quedé un momento en silencio, dando vueltas a los datos. Había algo que me llamaba poderosamente la atención.

—Oye, Jaime, ¿no crees que el tal Wilson viaja demasiado? Un congreso cada dos meses, y todos muy lejos de su casa, si es que vive en Estados Unidos. Eso supone un gasto considerable: vuelos, hoteles, manutención y esas cosas. Además de dejar la consulta desasistida y de perder esa entrada de fondos. Ni siquiera tú, que tienes un presupuesto para esas cosas, viajas tanto.

—¡Toda la razón, muy aguda de nuevo! Su actitud sólo tiene una explicación: se trata de un invitado. Si acudes como ponente, la organización te sufraga todos los gastos que ocasiona el desplazamiento. Además, suelen entregarte un sobrecito con los honorarios. Aunque la cantidad puede variar mucho entre un congreso y otro, no suele ser despreciable. Por supuesto, incrementas tu prestigio... De modo que sí, creo que tienes razón: hemos de buscar entre los ponentes, no entre los asistentes. Estoy seguro de que esos datos sí pueden hallarse en la web.

Dicho y hecho. Me puse a ello de inmediato. Sola. Jaime se fue a dormir: estaba cansado. Yo, en cambio, no tenía sueño.

Me sorprendió constatar cómo podían estirarse las conferencias (tres de los ponentes repitieron título y Power Point en cada una de ellas), pero más me turbó comprobar cómo, también en el ámbito sanitario, las sillas de honor podían ser acaparadas por un pequeño puñado de personas. Es posible que

fueran los mejores en su área, aunque tampoco podía despreciarse la posibilidad de que fueran los que controlaban la asociación, o los que mejor se movían entre bastidores. Un profesional con ciertas dotes para la política o el politiquero podía vivir el resto de sus días moderando mesas redondas o impartiendo mediocres conferencias magistrales.

Siete nombres —seis de ellos varones— aparecían sistemáticamente en cada una de las seis listas. Cinco procedían de diversas ciudades de Estados Unidos; el último era un noruego. De esos cinco, sólo dos tenían apellido o nombre español: Richard López-Pan y Marc Ross i Roví, pero decidí no dejarme llevar por ese dato y estudiarlos a todos. Descarté de entrada al noruego, un hombre añoso, especializado en psiquiatría infantil, que no hablaba más idiomas que el de su tierra e inglés. Por diferentes motivos, desprecié el segundo nombre —Kenneth Robert Ahmad, profesor de neurología en el Langone Medical Center, de origen indio, cuyo aspecto estaba en consonancia con su raza—, y el tercero, Joseph Alper, un hombre de color.

Cuando leí el currículum de Allan Bialer (un PDF sin fotografía, ni datos personales), me dio un vuelco el corazón. Era muy probable que estuviera ante el hombre que tanto habíamos buscado. Bialer era psiquiatra. Había iniciado sus estudios en la Escuela de Medicina de la Universidad Estatal de Ohio que, aunque no era Harvard, ocupaba un puesto notable en esos estudios: el número 34 en un ranking de 144. Posteriormente, había cursado su residencia en Brooklyn, en el SUNY Health Science Center, y completado su formación y obtenido su grado en el Mount Sinai Medical Center, un hospital de capital judío. Recordaba vagamente que en el texto se mencionaba esa relación, pero no si debía atribuirse a Rodrigo o a Wilson. Cogí el manuscrito y lo busqué: «¿Sabe, Rodrigo, que el número seis es mi preferido? Muchos otros escogen números primos, con más personalidad. A mí me gusta el seis... Alberga todas las direcciones del espacio: arriba, abajo, norte, sur, este y oeste. Entre los judíos, es un número importante, representa el espacio de tiempo en que todas las cosas se crearon... Tengo ascendientes de esa raza», explicaba Wilson. No había dudas. Aunque podía ser una casualidad... Mi marido estuvo en el citado centro unos meses, hace años, y no tiene nada que ver con esa confesión religiosa.

Sin embargo, cuando continué con la lectura de su historial académico y profesional, llegué a la conclusión de que era muy posible que tuviera ascendencia judía: había realizado un Fellow en el Beth Israel Medical Center, también en Nueva York, hospital al que estaba afiliado, aunque mantenía consulta abierta en la avenida Madison. Debía de ser un tipo importante porque disponía de tres líneas de teléfono.

Cerré el PDF e introduje de nuevo su nombre en Google, esta vez en la sección «Imágenes». Necesitaba verle la cara. No se prodigaba. Me costó Dios y ayuda dar con una de ellas. Finalmente, localicé su fotografía en la esquina derecha de una toma de grupo, realizada en el congreso de San Francisco. Era un tipo grande, con barba larga, algo descuidada, y evidente sobrepeso. Sus ojos eran pequeños y negros y no llevaba gafas. Debía de andar por los sesenta y cinco. En cuanto le vi, supe a ciencia cierta que me había equivocado. Tenía por seguro que Iturri no estaba de acuerdo conmigo, pero yo estaba convencida de que Wilson no tendría ese aspecto.

Volví al origen: los dos españoles. López-Pan vivía en Albany, tenía consulta abierta en esa ciudad, en la avenida Solano, para ser exactos, y dirigía una clínica especializada en tratamiento de adicciones. Estaba casado y tenía tres hijos de ocho, cuatro y dos años. Tampoco aquél era Wilson, que parecía estar soltero. De modo que no podía ser otro que Marc Ross i Roví.

Volví a hacer memoria y, para no equivocarme, recurrí nuevamente al texto. La recepcionista del hotel había asegurado que su dicción no le había llamado la atención: «Eso quiere decir que su acento era castellano o catalán», sugirió. Desde luego, el apellido era de la tierra. La «i», en vez de la «y» del castellano, resulta característica. Y Marc era la forma catalana de Marcos. Con cierto temblor en las manos, busqué su currículum.

Lo obtuve con cierto enfado: la base de datos me hizo desembolsar doce dólares y treinta centavos para leer su historial académico y las opiniones de sus pacientes; mediocres, dicho sea de paso. Supongo que navegando un rato más lo habría obtenido sin coste, pero tenía prisa, de modo que introduje el número de mi tarjeta de crédito y esperé.

Marc Ross i Roví había estudiado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona. Con unas notas brillantes, y una gran habilidad para los idiomas, había logrado una beca Fulbright para estudiar en Estados

Unidos, donde llevaba más de veinte años. Había sido interno en el Hospital Presbiteriano de Nueva York, y máximo responsable de los Servicios de Salud Mental de la ciudad durante cinco años. Si había colaborado o seguía haciéndolo con la policía en el dibujo de perfiles criminales, su CV no lo mencionaba, pero era doctor por la Universidad de Pittsburgh, como Wilson, y había escrito media docena de libros sobre su especialidad. No conseguí muchos más datos, pero la página me informaba de que el médico tenía consulta abierta, de nuevo en la Quinta Avenida, con dos líneas de teléfono. Si aquel tipo no era Wilson, desde luego, se le parecía mucho.

Quedaba la prueba de fuego: su fotografía.

No me costó ni tiempo ni dinero. En Google figuraban quince imágenes suyas, tomadas en las correspondientes conferencias y presentaciones de libros. Con las seis primeras, ya me hice una idea precisa: era un tipo delgado, de rasgos angulosos y profundas entradas. Unas gafas de montura fina tapaban su mirada: ojos claros, cercanos al azul. En las imágenes aparecía repeinado. Casi siempre, ceñía sus rizos, entre pajizos y canosos, con una buena dosis de fijador, pero se podía percibir que tenía el cabello indómito. Su nariz era recta, y un poco más larga de lo habitual, sin llegar a ser llamativa. Su boca pequeña y fina sonreía con timidez. Vestía trajes aparentemente caros y discretos, a excepción de las pajaritas: una era amarilla con pequeñas amapolas; otra, color mostaza con estrellas azules; la tercera era naranja chillón, y la última lucía los colores de la bandera nacional (me refiero a la española).

No me recordó a Woody Allen especialmente; no parecía un hombrecillo torpe que sorteaba sus complejos con humor, un tipo en el que nadie se fija en primera instancia. Traté de imaginármelo en un antro neoyorquino tocando el clarinete. No, desde luego, no era una buena descripción. Aunque aquella mirada... Seguí pasando imágenes. En la número trece aparecía sin pajarita y sin americana, los ojos achispados, el pelo alborotado y unas grandes manchas de sudor bajo los brazos: una reunión de antiguos alumnos de Pittsburgh. En ese momento, lo comprendí: el aire era muy similar al de aquel bajito judío de tan altos vuelos. Por un segundo, me pregunté si sería, de verdad, judío.

Una oleada de euforia me invadió: ¡había dado con él! ¡Qué pena que

Jaime se hubiera dormido ya!

Me levanté y estiré los brazos y la espalda; estaba entumecida. Me fui a la cocina a prepararme un vaso de leche: eran las cuatro y media de la madrugada. Tenía que dormir deprisa...

Dejé una nota a Jaime sobre la mesa de la cocina. Le detallaba el hallazgo, que me había llevado muchas horas descubrir al doctor Wilson y que me había acostado muy tarde. Le pedía que se encargara de despertar a los pequeños; así, yo podría dormir un rato más. Luego, le envié un escueto mensaje a Juan Iturri —«Hay novedades. Hablamos mañana»—, y otro a Jesús, mi nuevo guardaespaldas, informándole. Y tras avisar a mi secretaria de que llegaría con algo de retraso, esta vez a través del *e-mail*, me metí en la cama.

Logré dormir, poco más o menos, hasta las ocho y cuarto. No fueron los ruidos de la casa los que me despertaron; a esas alturas de la mañana ya no quedaba nadie. Fue el timbre de la puerta, que sonaba insistentemente. Me puse una bata sobre los hombros y, atontada, bajé a abrir. Antes, eché un vistazo por la mirilla: era Juan Iturri.

—¡Juan!, ¿qué haces aquí? ¿No estabas en Bruselas?

—Llegué ayer por la noche. Recibí tu mensaje a altas horas de la madrugada... He llamado a la Audiencia y tu secretaria me ha dicho que ibas a retrasarte. No sé... Pensé que te había ocurrido algo. Me refiero al embarazo...

—No ha ocurrido nada, Juan; salvo este terrible cansancio... Lo que pasa es que me quedé ayer hasta tarde, y necesitaba dormir un poco... Iré dentro de un rato... En fin, voy a preparar café. ¿Quieres una tostada? ¿Mantequilla o aceite?

—¿No prefieres que lo haga yo? Sé dónde está la cocina. Mientras, podrías vestirte. Si quieres. A mí me pareces estupenda tal como estás, pero seguro que, más tarde o más temprano, tú te arrepentirás de haberme enseñado el pijama: por cierto, que esas florecitas rosas son un primor...

Colorada como un pimiento de piquillo, subí a cambiarme y le dejé a cargo del desayuno.

Tomamos las tostadas con aceite y sal, en medio de un incómodo paréntesis, que aproveché para preguntarle por la OTAN.

—Ni idea, Lola. Nadie sabe nada. Nadie ha visto nada, pero los dos han aparecido muertos de la misma forma y no sabemos por qué estaban en España. Creo que contrataré a un vidente. Esto no lo adivina ni Holmes. ¿Y

tú?

Sonreí con picardía.

—Yo he tenido más suerte: he encontrado a Ernest Wilson.

—¿Le has encontrado? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué no me habías dicho nada? ¡No puedo creer que me hayas dejado al margen!

—¡Tonterías, nunca te dejaría al margen! Lo que ocurre es que no lo he descubierto hasta esta madrugada. Inmediatamente te puse un mensaje...

Me hizo explicarle hasta los más mínimos detalles. Comencé por la llamada de Chocarro; seguí por la búsqueda inconcreta de conexiones entre las víctimas y los lugares, sin olvidar mencionar los palos de ciego, y acabé describiendo el hallazgo final: los congresos.

—Y, tras algunos descartes, ¡bingo, lo tenemos!

—¡Rodrigo le ha seguido por el mundo! A eso en mi tierra se le llama fijación.

—Si lo quieres ver así...

—¿Cómo si no, Lola?

—Piensa mal. Rodrigo es un tío inteligente; se lo merece... —Se me quedó mirando con extrañeza, pero no me contestó. De modo que añadí—: Está forzándole a cooperar. Con esa pista en la mano, la policía podría atar cabos, como lo hemos hecho nosotros, y considerarle culpable. Wilson debe de haberse dado cuenta de eso.

—Tienes razón. ¡Pobre Wilson: cornudo y apaleado! En fin, dame sus coordenadas.

—Nuestro Ernest Wilson es psiquiatra y responde al nombre de Marc Ross i Roví. Es natural de Barcelona, pero reside en Nueva York desde hace dos décadas. Tiene consulta abierta en la Quinta Avenida y fama a raudales: le invitan a todos los congresos. Está soltero. Por la fecha en que se graduó, calculo que anda por los cuarenta y nueve o los cincuenta. Tiene más o menos el perfil que nos habíamos imaginado, aunque... Bueno, aunque no exactamente.

—¡De modo que es español! Eso facilita las cosas. Entre compatriotas, siempre es más fácil entenderse. ¿Y ahora, qué? ¿Cómo vamos a proceder? Tendremos que ir a hablar con él. Imagino que estará feliz de que le saquemos de este embrollo. Él es el único que sabe quién es Rodrigo...

Bueno, es posible que no sepa cuál es su identidad, pero estoy seguro de que será capaz de localizarlo. —Al mirarme a los ojos, se detuvo un instante y añadió—: ¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué pones esa cara?

—No estoy segura de cómo debemos proceder, Juan. Tenemos que pensar, actuar con pies de plomo. Además, acabamos de descubrir su identidad.

—¿Y eso qué importancia tiene? ¿Sabemos quién es y dónde encontrarle! Es suficiente.

Suspiré profundamente un par de veces. Iturri estaba simplificando las cosas.

—La forma que sugieres no me suena bien...

—¿Cómo que no te suena bien? ¡No hay otra forma de proceder! Hay que llegar hasta él y preguntarle directamente quién es el asesino y cómo podemos dar con él. Se sentirá aliviado al confesarlo: ya lo verás.

—No es tan sencillo, Juan: se trata de un tema muy delicado. Estás olvidando que Wilson sigue teniendo las manos atadas por el secreto profesional. No puede darte esos datos aunque se los pidas y esté deseando hacerlo. Se vería comprometido...

—¡Por todos los demonios, Lola, él fue quien te hizo llegar el manuscrito! Incluso, en su nota, aseguraba que temía por su vida. ¿Qué hay más importante que la vida? Es lógico que viole el secreto profesional y nos dé las claves para localizar al que cree que le persigue para matarle. Es sencillo...

Yo seguía dudando.

—Lo es para ti, Juan. Pero hasta los asesinos en serie tienen sus derechos.

—¿Derechos? No te entiendo.

—No lo veo tan claro como tú, Juan... Violar el secreto profesional no sólo le creará problemas con las autoridades civiles. Ponernos en contacto con él puede alertar a Rodrigo. Como te he dicho, el tipo va siguiéndole por el mundo. Es para que se te pongan los pelos de punta, ¿no?

—Desde luego, pero lo que dices va a mi favor: si está muerto de miedo, será más fácil que se avenga a ayudarnos.

Yo seguía reticente. En ocasiones, y tenía sobrada experiencia, un pequeño detalle puede abrir la caja de Pandora y derramar sobre el mundo la

inmensidad de sus males.

—De acuerdo, olvidemos el viaje. Hagámoslo aún más sencillo: llámale a su consulta. Una llamada telefónica te asegura que sólo él escuchará la conversación.

—Sí, es una posibilidad, aunque he visto en Internet que dispone de dos líneas. Eso significa que tiene una clientela muy amplia, un par de enfermeras, un sistema de citas... En fin, no creo que me resulte fácil que se ponga al teléfono si le doy mi nombre de pila. Y si me identifico, le pongo en un compromiso.

—¿Y un *e-mail*?

—No tengo su dirección. No figura en la web.

—Quizás yo pueda ayudar en eso. Los colegas yanquis me echarán una mano.

Volví a negar con la cabeza.

—Tampoco es una buena opción. Emplear el correo electrónico no nos asegura la confidencialidad. Cuando tengo mucho lío, a mí me filtra el correo la secretaria, incluido el electrónico. Será mejor llamarle por teléfono.

—¿Me equivoco o me dijiste que Wilson dejó el manuscrito a tu nombre en el hotel?

—Aciertas: ponía «Doctora MacHor».

—¡Ahí lo tienes! En cuanto oiga tu nombre, te conocerá y cogerá el teléfono. Aunque para hacerlo tendremos que esperar unas horas, al menos hasta que allí sea de día.

—Mejor, así podremos poner a Jaime en antecedentes. A ver si a él se le ocurre alguna jugada mejor...

—No creo que haya una jugada mejor, pero, si crees que es necesario que tu marido esté presente, esperamos.

Su tono de voz tenía cierto tonillo.

Sobre la marcha, le puse un mensaje al móvil. Le pedí que viniera pronto. Le estropearía parte de la tarde, pero ya trabajaba suficientes horas fuera de casa para no permitirse hacer una excepción.

—Bueno, ya está: preparo algo de picar para los tres y llamamos después de cenar, ¿vale? Intentaré sacar algún rato para repasar el manuscrito, por si veo alguna frase o alguna idea que pueda servirnos para convencer a Wilson.

¿A qué hora vienes?

Estaba junto a la puerta de salida, quedando con Iturri, cuando sonó de nuevo el timbre. Miré el reloj: si seguía así, no llegaría nunca a la Audiencia. No esperaba a nadie.

—Será algún vendedor —dije, pensando en voz alta.

Me equivocaba: la visita inesperada que habría de conducirnos hasta Rodrigo aguardaba en la puerta.

Nuevamente, Jaime se había olvidado de darme el recado. La persona que llamaba sabía que iba a ir un poco más tarde al despacho y que me encontraría en casa porque había hablado con él. Pero yo no le esperaba. Gracias a Dios, ya me había vestido.

El arquitecto Cristóbal Ezponda venía con un ramo de flores en la mano derecha, una carpeta en la izquierda y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Lola, me alegro de encontrarte aún aquí! Temí que te hubieras ido. Te traigo unas flores y un abrazo de Concha. Se ha quedado impactada cuando le he contado que estabas embarazada otra vez, ¡y a tu edad! —Se me revolviéron las tripas. ¿Quién se lo había contado?—. De todos modos, tienes buen aspecto, aunque estás algo pálida. Ya le he dicho yo que no debía preocuparse; tú eres una todoterreno, como las mujeres de pueblo. —No me lo tomé a mal. No lo decía con mala intención. Sólo expresaba de viva voz lo que otro habría callado y criticado por detrás. Sin embargo, como bilbaína, lo de ser de pueblo me dejó un sabor agridulce. Finalmente, detuvo su verborrea para contemplar lo que le rodeaba—. ¡Siempre que vengo digo lo mismo, pero es que es la pura verdad: tenéis una casa preciosa! Estos techos tan altos ya no se hacen. Los nuevos arquitectos nos vemos obligados a optar por el ahorro despreciando la estética. Sólo hacemos cajas de cerillas para clientes anoréxicos... En fin, un desastre. Bueno, Lola, aprovechando que esta semana trabajo en el estudio de Madrid, he pensado pasar a verte y explicarte en persona lo que he averiguado. Si tienes un momento, vamos. Ahora que, si lo prefieres, te llamo en un par de días.

Reconozco que ya no recordaba con exactitud qué le había pedido. Desde luego, tenía que ver con su trabajo y con el doctor Wilson, pero en la cabeza

apenas me quedaba una sombra de la duda que me había incitado a llamarle. Por otro lado, ya había localizado al psiquiatra. Sin embargo, no me pareció bien confesar que le había hecho trabajar en vano. Y, cargando mi voz con toda la afabilidad de la que fui capaz, respondí:

—¡Por supuesto, Cristóbal, pasa! No tengo mucho tiempo, pero gracias por haberte tomado la molestia. Si hay alguien capaz de encontrar una clave arquitectónica en el mundo, ése eres tú.

Sonrió sin falsa modestia. Iturri esperaba de pie, en la puerta. Hice las presentaciones oportunas, omitiendo su profesión y cambiándolo por «un amigo de Jaime y mío». Para mi desazón, decidió quedarse. No llegaría nunca a la Audiencia.

Cristóbal Ezponda vestía pantalón de pana verde oscuro; jersey del mismo tono, en el que asomaba tímidamente, sin hacerse notar, pero sin faltar, el emblema de una conocida marca americana; una espantosa camisa de rayas y una bufanda moderna anudada alrededor del cuello. Sus zapatos de cordones, beige oscuro, brillaban como luciérnagas, lo mismo que su calva, que debía de haber untado de crema hidratante. Olía a colonia cara y su metro noventa parecía mostrar al mundo que la vida podía ser perfectamente soportable, incluso feliz. Al menos, la suya. Por un momento pensé que, si el sol hubiera podido entrar por la ventana, le habría seguido hasta el sofá y, como él, habría cruzado la interminable y delgada pierna, moviéndola como quien no tiene prisa. Ni prisa, ni preocupaciones, ni otra cosa que hacer más que caldear al mundo con el reflejo de su felicidad.

No sé por qué me molestó tanto aquella estampa. En realidad, tengo una especial simpatía por Cristóbal. Y, pese al comentario sobre mi carácter de matrona pueblerina, también por su mujer: una rubia veinte años menor que él, que mi hija asevera que es clavadita a su Barbie. Pero sé que el mundo no es como ella lo pinta. Nadie es feliz. Feliz del todo, quiero decir. Lo queramos o no, estamos atados a las cosas y esas cosas se empeñan en estropearse, en perderse, en agostarse y, finalmente, en fastidiarnos el motivo por el que las tenemos. ¿Y qué decir de las personas? Al primer roce, nos enamoramos de su ternura, de su carácter, de sus virtudes, de su belleza. Al segundo, la ternura se convierte en debilidad y flojera, las virtudes en manías y la belleza en silicona.

Sí. Me deprimí al escuchar a Cristóbal hablando del último concurso ganado, de su nuevo premio y del viaje por el desierto, con su nueva y flamante esposa. «Como los nativos, Lola. Estuvimos tres días sin ver un cuarto de baño. Auténtico, te lo aseguro.» Cristóbal ha estado casado antes un par de veces: la primera, brevísima, con una compañera de carrera, una arquitecta fea pero de gran inteligencia; después probó con una escritora famosa, algo estrafalaria, que terminó yéndose a vivir a la India y abandonándole por un rico pakistaní. Pese a que lo ha intentado en varias ocasiones, no tiene hijos. Su hobby ha sido siempre viajar (además de los coches deportivos, los relojes de oro o el esquí). Y como ya conoce medio mundo, no le queda más remedio que irse a perseguir exóticos destinos, donde los seres que él llama nativos le toman el pelo de mala manera y le cobran una vieja tienda y un saco de dormir piojoso a precio de hotel *luxury*.

Pero la vida persevera en su empeño de enseñarte que la felicidad que observas, que crees palpar con los dedos, es puro espejismo. Un oasis imaginario en el desierto. Persiste en demostrarte que, si bien, como diría el sociólogo Tasso, ni la maldad ni la bondad existen en estado puro, el porcentaje de la primera es mucho mayor que el de la segunda. Y allí estaba la prueba: yo esperaba reticente y sin demasiada ilusión un hijo; Iturri y Cristóbal suspiraban por ser padres; Wilson, por librarse de Rodrigo, y Rodrigo, por inscribir su nombre en los anales de la psiquiatría forense, varios peldaños por encima del de Sigmund Freud, que, dicho sea de paso, ya no quería nada, porque estaba bajo tierra, comido por los gusanos.

Cristóbal persistía en su empeño de narrarnos las maravillas de su exitosa vida. Iturri, de reojo, le lanzaba miradas asesinas. Yo simplemente intentaba poner buena cara, mientras pensaba fórmulas para encarar la conversación telefónica con Marc Ross i Roví, alias Ernest Wilson, sin que él se viera forzado a revelar datos que le comprometieran. El reloj del ayuntamiento marcó el segundo cuarto. Y Cristóbal se acordó de lo que le había llevado hasta el salón de mi casa.

—¡Vaya, con esta animada charla, me había olvidado del motivo de mi visita! ¿Recuerdas que hace unas semanas me pediste que localizara una unifamiliar ciertamente especial? Una vivienda situada en el mar Egeo.

«¡Claro, era eso!» Traté de que mi voz sonara convincente.

—Lo recuerdo, sí.

—Pues, fiel a mi promesa, aunque con un poco de retraso (ya te avisé de que tenía una entrega urgente), me dispuse a indagar la arquitectura de la zona. No he completado la búsqueda, pero he avanzado algo. Veamos: como seguro sabréis, ese trozo de Mediterráneo que llamamos mar Egeo es inmenso (algo así como seiscientos kilómetros de norte a sur por cuatrocientos de este a oeste) y se encuentra íntegramente sembrado de islas. He contado ciento diez, divididas en varios archipiélagos; algunas son simples islotes que cuentan con un pequeño puerto. Otras son parajes turísticos famosos... ¿Quién no ha oído hablar de Mikonos, de las playas de Milos, de la impresionante Santorini, de Rodas, Karpathos, Patmos? Por supuesto, no podemos olvidarnos de Creta. Ni de Hydra, o de las islas del norte: Icaria, Lesbos, Mitilene, Lemnos, Samos...

Le interrumpí.

—Lo que quieres decir, Cristóbal, es que cualquiera de ellas podría ser un lugar idóneo para construir una casa de esas características...

Se sonrió entre dientes.

—Sí y no. Verás: lo que describes no parece la casa de un paisano. Parece más bien el encargo de un tipo adinerado, alguien que puede permitirse elegir un arquitecto famoso y encargarle la casa de sus sueños: su refugio, un lugar de descanso, alejado del mundanal ruido...

—Es cierto. Supongo que ese tipo de persona buscará algo especial: un paraje espectacular, lejos de lo corriente. Es decir, cualquiera de esas islas... —insistí.

—Cualquiera, no: cuando esa gente quiere perderse, no lo hace como tú o como yo, que nos vamos a un monte y dormimos bajo las estrellas. Ellos sólo abandonan el mundo si no pierden las comodidades de las que no saben prescindir.

—Lo siento, Cristóbal, no sé adónde quieres llegar.

—Es fácil: para empezar, debe ser suficientemente grande para tener cerca un aeropuerto. Si se me antoja ir un par de días, no puedo perder el tiempo yendo de barco en barco. Y debe tener un mínimo de servicios. Con esos datos, he reducido la búsqueda a la red de aeropuertos decentes. Son unos cuantos, pero ya he peinado el 60 por ciento. Y tengo que decirte que ni

en Creta, que tiene dos aeropuertos, ni en Rodas, ni en Corfú hay una casa de esas características. Tampoco en Samos o en Kos. Me faltan las Cícladas, sobre todo Mikonos y Santorini, pero siento decirte que tengo la sensación de que estoy dando palos de ciego.

Miré a Iturri con cara de asombro. «Otra gran mentira de Rodrigo», especulé. Creo que él estaba pensando lo mismo que yo, porque movió varias veces la cabeza de arriba abajo. Cristóbal seguía hablando.

—Y, sin embargo, lo que me cuentas, no sé por qué, me resulta familiar... Vagamente. Como si alguien, de manera tangencial, hubiera mencionado esa biblioteca. Un colega hablando de la obra de otro colega, o comentando una maqueta o quizás un encargo... No lo recuerdo bien. Y por eso, he mirado y remirado las revistas más prestigiosas de nuestro mundillo. Pero el caso es que no figura ninguna mención a un tipo de estructura colgada sobre el abismo. Y una obra así merece un monográfico...

—De modo que esa casa no existe —le interrumpió Iturri.

—Puede que sí o puede que no. Es posible que aún no haya habido tiempo de sacarla a la luz, que esté en proceso. Porque, de otro modo, yo lo sabría. De manera que, en mi opinión, si esa vivienda ha terminado de construirse, debe de haber sido recientísimamente. En ocasiones, los clientes son muy particulares y no dan la autorización para que su casa se exponga a la vista pública hasta que esté perfecta en todos los detalles. «No, mientras no crezcan los árboles; no mientras falten las tumbonas de la piscina y las planchas de cobre hayan perdido parte de su brillo.» Me entiendes, ¿verdad?

—En dos palabras: que tenemos que esperar —concluí.

—Bueno, algo más podemos hacer. La cuestión central, lo que necesitáis saber es dónde se construyó y quién la diseñó. Le he dado algunas vueltas y he llegado a la conclusión de que hay varios arquitectos que encajan con ese encargo. Desde luego, podría haber sido Álvaro Siza, ¿le conoces?

—No, lo siento. Desconozco todo lo que a arquitectura se refiere. Soy una completa ignorante.

—Bueno, no se puede saber de todo. Te lo resumo: Álvaro Siza es un arquitecto portugués que hoy en día está en la cresta de la ola. Su estilo cuadraba con tu perfil. Espera, he traído varias fotografías. —Sacó de su carpeta unas láminas y me las tendió—. Ésta es la Casa Vieira de Castro, en

Vila Nova de Famalicão, en Portugal. ¿Ves las líneas rectas, las ventanas cuadradas, el hormigón, la perspectiva? —Asentí con la cabeza. Sacó otras láminas—. Ésta es la Biblioteca Universitaria de Aveiro; éste, un edificio en San Donà di Piave, en Italia... Pero sobre todo fíjate en este pabellón en Corea del Sur. No es suyo en exclusiva, lo hizo con Castanheira y Sung Kim, pero sus perfiles lo dicen todo...

Me convencí de que, si no le cortaba, me contaría la historia de la arquitectura en tres densas lecciones.

—¿Crees que el tal Siza es el arquitecto que buscamos?

—¡Me temo que no, Lola: no sabes cómo lo siento! He consultado con gente de su estudio. Me han asegurado que no han construido nada en el Egeo.

—De modo que esa casa no existe —insistió Iturri.

—Bueno, aún es un poco pronto para decir eso: hay muchas tendencias de moda que aún no he consultado.

—¿De moda? —pregunté, extrañada.

—En estos momentos, Lola, todos los edificios quieren ser emblemáticos. Todos: los encargados por los Estados, las grandes capitales, los organismos internacionales, las compañías que cotizan en Bolsa, y hasta los particulares de reputación. Los hospitales, los museos, los parlamentos, los centros culturales o las bibliotecas: todos quieren estar a la moda, todos quieren tener marca. Tú y yo, cuando necesitamos un par de calcetines negros, vamos a la tienda de la esquina y compramos los que nos ofrecen. Probablemente aprovechemos para aprovisionarnos y compremos dos o tres pares iguales. Un tipo rico que necesita unos calcetines va a Loewe porque, en realidad, no necesita unos calcetines: tiene docenas de ellos. Desea unos calcetines nuevos; desea que sintonicen con el resto de su personalidad, única e inimitable, que le hagan aún más apetecible. De pronto, los edificios se han convertido en calcetines negros. Antes, sólo un puñado de personas sabían quién era y valoraban al firmante de un edificio. Hoy los edificios son como los coches. Ya no es suficiente con tener un inmueble en una tierra excelsa o en un lugar privilegiado de la ciudad. Hay que tener un Foster o un Calatrava o un Siza o un Nouvel. Por lo que me has dicho, el dueño de esa casa es un cliente que busca una marca. Habrá que dar con ella. Como hay muchas

modas, he mirado en monografías dedicadas a Moneo, Ando, Gehry, también sin éxito. Lo mismo me ha ocurrido con Herzog, Nouvel, y un largo etcétera. Nada. Finalmente, mientras venía de camino, se me ha encendido la luz: ¡lo he tenido ahí todo el tiempo y no he sabido verlo! ¿A quién le apasiona diseñar juegos de planos, estructuras cúbicas, accesos laberínticos? ¿Quién puso de moda el empleo de la técnica del sulfato de hierro? —Se quedó callado. Quizás esperaba que yo le contestara. Pero, obviamente, no estaba en disposición de hacerlo. Finalmente, levantó los brazos, se puso de pie y gritó como si acabara de descubrir una vacuna contra el VIH—: ¡Vicens y Ramos! ¿Cómo no lo pensé desde el principio? No están, desde luego, en la estela de los que acabo de citar, pero suben peldaños día a día y esprintando. No estoy seguro, pero podría ser... —Debió de verme el gesto, porque replicó—: ¿Tampoco conoces a Nacho Vicens?

—Me suena el nombre, pero no sé de qué... Dime, Cristóbal, ¿la ha diseñado él?

—¡No lo sé! Te decía que se me ha ocurrido mientras venía. He llamado por teléfono a su estudio de Madrid, pero no he podido arreglar nada. Está en Hong Kong construyendo, cómo no, otro chalet. Se ha llevado a todo su equipo. Volverá dentro de un par de semanas. —Esta vez fui yo quien le miré con mala cara—. Lo sé, es demasiado tiempo. Indagaré un poco por ahí. A ver qué encuentro. Te llamo con lo que sea.

No conseguí que se marcharan hasta las diez menos cuarto. Mientras tanto, Jaime contestó a mi mensaje con otro en el que se disculpaba diciendo que le era imposible venir hasta pasadas las siete. Iturri insistió en prescindir de él, pero me negué.

—Prefiero esperarle, Juan. Nos hace falta: al fin y al cabo, Wilson también es médico. Los del gremio tienen fama de especiales, y de entenderse sólo entre ellos. Quizás tenga que terminar interviniendo.

Iturri se marchó algo enfadado, y prometió volver a las siete para preparar la entrevista. Nada más despedirme de él, llamé a mis escoltas y salí para la Audiencia. Estaba mareada y me dolía la cabeza. Pero no me quejé: al fin y al cabo, soy una matrona todoterreno... Y de pueblo.

Tras un día anodino, volví a casa a las cinco, arrastrándome. No podía más. Me metí en la cama con la esperanza de descansar, al menos un rato. Con media hora me daba por satisfecha. Me dormí enseguida. Un sueño inquieto y poco reparador, del que, gracias a Dios, me rescató Jaime, que llegó mucho antes de lo previsto: a las seis. Soñé que era una niña pequeña y estaba perdida en una calle extraña y oscura. Olía mal y no se veía a nadie por los alrededores, aunque, de vez en cuando, llegaban hasta mis oídos extraños ruidos, como gritos apagados. Estaba en la parte antigua de una ciudad pequeña, en algún país asiático. Deambulaba por un suelo sin empedrar. Intentaba abrir las puertas de las viviendas o los comercios con los que me topaba, pero todas estaban cerradas. Seguí andando un buen rato. La calle no acababa nunca. Empezó a invadirme una sensación de extremo desamparo. Finalmente, agotada, me senté en el suelo, metí la cabeza entre las rodillas y empecé a llorar.

Las lágrimas me impidieron ver que alguien se acercaba. Un hombre. Puso su mano sobre mi nuca y no me permitió levantar la vista, pero oí nítidamente su voz.

—Nadie rechaza la súplica de un niño, ¿verdad? —me dijo. Asentí con la cabeza—. Tú esperas recibir de mí consuelo y ayuda. Crees que te ofreceré refugio y cobijo, que seré tu protector...

Se detuvo un instante. Yo sólo quería que me dejara levantar y me llevara con mis padres. Por eso dije:

—Por favor, sáqueme de aquí.

Imprimió más fuerza a su mano. Me hacía daño en el cuello, pero no me moví. Él siguió hablando.

—Tú crees todo eso; sin embargo, la vida es profundamente injusta. Hay gente malvada en el mundo. De hecho, mueren muchos niños y muchas niñas de tu edad cada día. ¿Lo comprendes? —Esa vez, no contesté. Empezaba a asustarme—. Pues deberías hacerlo. Deberías esforzarte por comprender. Yo mismo podría sacar un bolígrafo y escribir un número VII en tu pierna izquierda.

—Pero yo no merezco morir —argumenté—. No he hecho nada malo.

—¿Nada? Tú no lo sabes, pero te conozco bien. Eleva la vista a la luz de tu memoria y sabrás por qué te escogí.

—¡Lolilla, qué mala cara tienes! ¡Estás sudando! ¿Qué te ocurre?

—Un sueño, eso es todo. Este asunto me está sacando de quicio. Por un lado, la historia de Rodrigo parece un cuento. Por otro, todas esas muertes... En fin, me he dado cuenta de que estamos jugando con fuego.

—Tranquilízate, sólo era un mal sueño. Deberías arreglarte. Iturri viene para acá. ¿Por qué no te das una ducha bien caliente? Luego tenemos que preparar esa llamada.

Le miré a los ojos con ternura y confesé:

—Sé que he sido yo la que te he metido en esto, pero... En fin, que no sé si quiero hacer esa llamada, Jaime. Puede que sea mejor dejar las cosas como están. Tú mismo lo dijiste en Barcelona: Rodrigo se ha cobrado sus seis trofeos. Se detendrá... Ya no es un peligro inminente. Estoy segura de que Iturri y sus colegas de la Interpol le encontrarán y le detendrán.

—Pero ¿con qué has soñado? Ayer estabas loca de contenta por haber dado con Wilson.

—Quizás me haya equivocado y no sea él. Además, tengo un mal presentimiento...

—¡Tu mal presentimiento se llama embarazo, Lolilla! Anda, date una ducha y luego hablamos. ¿Hay algo de cena?

—No, lo siento. He dormido más de la cuenta.

—Prepararé unos sándwiches. Y otra ampolla de hierro para ti.

Tras un tira y afloja de cerca de dos horas, descolgué el teléfono a las tres de la tarde, hora de Nueva York, nueve de la noche en Madrid. Estaba nerviosa y tensa. La presencia de Jaime e Iturri no me tranquilizaban, sino todo lo contrario.

—¿Estás preparada? —preguntó Iturri, con el dedo en la clavija. Había decidido grabar la conversación. Así, después, más tranquilos, podríamos apreciar los detalles que suelen escaparse con el fragor del directo.

—No, no estoy preparada. De hecho, no quiero llamar.

—Anda, Lola, no vuelvas con la burra al trigo. Voy a marcar.

—De acuerdo, allá voy, y que Dios reparta suerte.

Esperaba una voz melodiosa y solícita que, con esmerada educación, me informara de que había llamado a la prestigiosa consulta del doctor Ross i Roví, posteriormente indagara el motivo de mi visita y me preguntara si era la primera vez que llamaba o ya era una paciente conocida. Sin embargo, tras dos tonos, me recibió una voz grabada.

—«Consulta del doctor Ross i Roví. Si desea solicitar, cambiar o anular una cita, por favor, marque el número uno. Si se trata de una urgencia, marque el dos. Le atenderemos enseguida. Si lo que desea es dejar un mensaje en el buzón de voz del doctor, pulse tres. En otro caso, espere.»

Colgué. Iturri desconectó.

—¡Lolilla!, pero ¿qué te pasa? —se enfadó Jaime.

—Lo siento, me he puesto nerviosa. No esperaba hablar con una máquina. Además, ¿qué tecla debería haber apretado?

Iturri salió en mi defensa:

—No importa. Volvemos a llamar y punto. Y respecto a lo de las teclas, en estos casos creo que lo mejor es no hacer nada y esperar. Más tarde o más temprano, alguien descuelga el teléfono.

Así lo hice. Tras hacerme esperar unos segundos, casi un minuto, una señorita con vozarrón de metro noventa y ciento treinta kilos me saludó en inglés:

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?

Cerré los ojos, necesitaba la máxima concentración. Decidí pisar fuerte, si

bien el tono de voz no me acompañó.

—Me gustaría hablar unos minutos con el doctor Ross i Roví. ¿Podría pasarme con él, si es tan amable?

Debió de identificar mi acento *spanGLISH*, porque replicó en castellano con acento cubano:

—¿No puedo ayudarla yo, señora?

—¡Habla usted español, fantástico!

—Naturalmente. Muchos de nuestros pacientes tienen el español como lengua materna. ¿En qué puedo ayudarla? —repitió.

Yo insistí.

—Verá, señora, el doctor está ocupado en este momento, pero si, cuando yo cuelgue, pulsa la tecla número tres, usted misma podrá dejarle en su buzón personal un mensaje grabado. Él lo escuchará a la menor oportunidad. En todo caso, ¿puede darme su nombre, si es tan amable?

—Puedo. Soy la doctora MacHor, Lola MacHor.

—Muy bien, señora MacHor. Dígame, ¿se trata de alguna urgencia?

—En absoluto, señorita. En realidad, no soy paciente del doctor Ross. Soy... soy una colega —mentí. Oí gruñir a Jaime a mi espalda. Él no cree en la eficacia de las mentiras piadosas. Sostiene que son como los escorpiones: acaban dándose la vuelta y picándote. No le hice caso—. En su última estancia en Barcelona, en el mes de septiembre, el doctor Ross —¡estuve a punto de decir Wilson!— me dejó las pruebas de imprenta de uno de sus libros. Me pidió que las revisara, cosa que he hecho con mucho gusto. Llamaba para comentarle el resultado del estudio y darle mi opinión. De modo que, si es usted tan amable de decírselo, estoy segura de que me atenderá encantado.

«Si esta señorita pudiera ver qué hay detrás de mis frases contundentes, tengo por seguro que colgaba», pensé. Me temblaba todo el cuerpo.

Aquella mujer debía de estar acostumbrada a tratar con locos señeros o con damas histéricas que, a toda costa, sin la menor dilación y empleando todo tipo de treta, buscaban hablar con su psiquiatra para decirle que las había dejado el marido, que habían sentido un impulso sobrehumano y habían tenido que ceder ante la tentación o que se habían encontrado una nueva arruga. Mi discurso debió de parecerle convincente o al menos original

porque me dejó en espera, mulléndome con los aromas de las viejas canciones de los ochenta.

Tras varios segundos escuchando *Born in the USA* de Bruce Springsteen, que se me hicieron largos como días sin pan, Ernest Wilson, es decir, Marc Ross i Roví (aún no logro acostumbrarme), se puso al teléfono. Se expresó en castellano.

—Dígame —la voz sonó ronca, desagradable.

—Doctor, soy María Dolores MacHor. Espero que me recuerde...

—No la recuerdo, en absoluto. ¿Por qué me llama? Tengo muchas cosas que hacer. Estoy en plena consulta..., con personas que requieren toda mi atención, mi dedicación... ¡Para mí, mis pacientes son algo sagrado!

—Lo sé. Yo también estoy muy ocupada. Y también para mí las personas son sagradas: todas, incluso las que alguno puede pensar que no merecen vivir. Pero tengo en mis manos un escrito que creo es de su propiedad. Temo que podría habersele extraviado en Barcelona. No tuve ocasión de devolvérselo allí. Ese día murió una persona; fue una muerte violenta: dos tiros, para ser precisos. Me gustaría saber qué debo hacer con esas páginas. En realidad, tengo algunas ideas acerca del tema que me gustaría compartir con usted...

—¡Ni hablar! ¿Cómo ha dado conmigo? ¿Cómo se le ocurre llamarme por teléfono para hablarme de extraños documentos? ¡Por teléfono! No sé de qué me habla. No quiero que me vuelva a llamar, ¿me entiende?

—Es posible que no me haya expresado bien, doctor. ¿Recuerda el congreso de psiquiatría de septiembre? El de Barcelona. Usted disertaba sobre los nuevos fármacos contra la depresión. Se habló también de la cordura de los asesinos en serie. Ya me entiende, sobre la posibilidad de que alguno de ellos estuviera...

Me cortó a gritos:

—¡Cómo es posible que sea usted tan necia, y por teléfono! No vuelva a llamarme ni intente ponerse en contacto conmigo. En otro caso, acudiré a la policía. Usted mejor que nadie sabe que tengo armas para mantenerla alejada de mí.

Colgó. Yo también. Estaba petrificada. No esperaba aquella reacción. Me tapé la cara con las manos. No conseguía dejar de temblar. Iturri se quitó la

americana y me la pasó por los hombros. Jaime masculó algo.

—Me temo que me he equivocado de hombre —confesé en voz queda cuando conseguí calmarme—. ¡Ya os decía que era un error llamar!

Un silencio triste y opresivo se apoderó del salón de mi casa. Los tres seguíamos con la vista clavada en el teléfono, como si esperáramos que nos hablara. Yo repasaba mentalmente la conversación y daba vueltas a mis indagaciones previas. Finalmente, añadí:

—Lo siento, no sé cómo he podido equivocarme de esta manera. Hasta hace un momento estaba convencida de que había dado con Ernest Wilson. ¡Estaba segura de que era él!

Jaime levantó la cabeza y respondió en tono convencido:

—Y lo era, Lola. A mí no me cabe la menor duda. ¿Tú qué dices, Iturri?

—No lo sé. Ha sido muy rápido.

—Para empezar, se ha puesto al teléfono. Eso indica algo, ¿no? —insistió.

—Creo que debemos volver a escucharlo —respondió Iturri. Rebobinó y luego apretó la tecla «play».

Al escucharme, fui consciente de cómo me temblaba la voz, pero también percibí con nitidez que el tono del psiquiatra era irritado, inquieto. Finalmente concluí que a él parecía conducirle la rabia, más que el nerviosismo.

—¡Detenlo! —chilló Jaime en un momento de la conversación. Iturri se detuvo—. Fijaos en lo que dice, y con la contundencia con que lo dice: «¡Para mí, mis pacientes son algo sagrado!» Parece una expresión demasiado fuerte para lanzársela a alguien que sólo le está robando unos minutos. ¿Querrá decir que está atado al secreto profesional?

—Es posible: la expresión «algo sagrado» va en esa línea, aunque, con el nivel de tensión que parece dominarle, es posible que ni siquiera supiera lo que decía —apreció Iturri.

—Ése es otro aspecto interesante —recalqué—. Si no me conociera de nada, no tendría que haberse irritado tanto... En fin, sigamos escuchando.

—¡Un momento! —Volvió a detenernos Jaime, que iba tomando notas—. Mirad lo que pregunta: «¿Cómo ha dado conmigo?» —leyó—. Estaréis de acuerdo en que se trata de una pregunta estúpida. No hemos llamado a su

casa, sino a su consulta. El número aparece en Internet y figura en todas las guías telefónicas de la zona de Nueva York. De modo que lo que de verdad quería decir era que cómo hemos sido capaces de identificarle a través de ese documento.

—Tienes toda la razón, Jaime, pero eso no es todo; fijaos en otra cosa: por tres veces menciona la palabra teléfono: «¿Cómo se le ocurre llamarme por teléfono?», y a continuación, y con exclamaciones: «¡Por teléfono!» Y, más adelante: «¿Cómo es posible que sea usted tan necia, y por teléfono!» Es curioso: ¿pensará que alguien pueda estar escuchándole? ¿Temerá que le hayan pinchado la línea? —añadió Iturri.

—Hombre, Juan, eso suena bastante paranoico. ¿Quién va a pinchar el teléfono de la consulta particular de un psiquiatra?

—No sé... ¿Qué te parece el que se ha cargado a seis tíos, no se fía de él y cree que puede denunciarle?

—De acuerdo, vale... —asentí—. Os diré lo que a mí me ha llamado la atención. Ha sido la última frase: «No vuelva a llamarme ni intente ponerse en contacto conmigo. En otro caso, acudiré a la policía. Usted mejor que nadie sabe que tengo armas para mantenerla alejada de mí.» «Usted mejor que nadie»... Eso suena a que me conoce previamente. Está apelando a mi condición de conocedora de la ley...

—¡Está claro, Lolilla! Ese tío es Ernest Wilson. Por lo que sea, le asusta hablar con nosotros por teléfono. Me temo que vamos a tener que ir a verle personalmente. Hablar con él en un sitio neutral, fuera de la vista del público.

—¿En Nueva York? —preguntó Iturri.

No me hizo falta mucho tiempo para negarlo.

—No, demasiado arriesgado. Rodrigo podría detectarnos.

Jaime se echó a reír.

—¡Lo tengo, vayámonos de congreso! Sigámosle hasta su próxima conferencia. Espero que sea un sitio exótico, y que pague la Interpol.

Desde luego, era una idea estupenda.

Me resistí lo que pude, que fue poco. Aquella visión me había impactado de tal manera que, en cuanto lograba conciliar el sueño, me despertaba sobresaltada y corría a comprobar que mi pierna izquierda no tuviera tatuado un siete en números romanos. Sin embargo, no tuve elección. Jaime e Iturri son personas extremadamente ocupadas, mientras que, en aquellos momentos, yo no tenía demasiadas cosas pendientes.

Cuando volví a casa por la tarde, me preparé un café y me conecté a Internet. No me fue difícil localizar la fecha y el lugar del siguiente congreso. La World Psychiatric Association contaba con un eficiente técnico que actualizaba semanalmente la web de la asociación, al menos en lo correspondiente a reuniones científicas y *call for papers*.

Esta vez, el mitin lo convocaba la Asociación Portuguesa de Psiquiatría, y el lugar elegido para el evento era Lisboa. La eficiencia de los portugueses era nítidamente inferior a la de sus homólogos norteamericanos, encargados de la asociación a nivel mundial. La información que ofrecía su web era escasa y, desde luego, incompleta. Sin embargo, habían sacado punta a sus raíces fenicias y no habían olvidado exhibir las bondades de su evento: además de hacer mención a las cualidades culinarias y culturales del país, se señalaba con letra capital que el vigésimo segundo congreso del capítulo portugués contaba con excelsos ponentes. Una punzada de nerviosismo me cruzó el pecho al comprobar que mi querido amigo el doctor Wilson (;soy incapaz de imaginármelo disfrazado de Ross i Roví!), figuraba en el tercer lugar de la lista de *speakers*.

Como es habitual, el congreso tenía por sede un hotel de la capital. Se celebraba el primer fin de semana de octubre. Quedaban, por tanto, apenas

tres días para el evento. Pensé en llamar a mis dos compañeros de pesquisas, pero desistí. Seguro que interrumpiría sus múltiples reuniones. Sin consultarles, entré en Internet dispuesta a coger un vuelo. Se tarda apenas una hora en llegar a Lisboa por aire; sin embargo, para aquellas fechas sólo quedaban plazas en clase *Business*, y resultaban prohibitivas. Consulté el mapa. Entre Madrid y Lisboa hay 625 kilómetros. Calculé que, yendo por Badajoz, tardaríamos menos de seis horas. Si añadíamos la diferencia horaria, podríamos salir el viernes a media tarde y llegar a la capital de Portugal a una hora decente.

Una vez tomada la decisión, llamé al hotel. Me aseguré de que el congreso al que acudía Wilson se celebrara allí y, ya con la confirmación en la mano, reservé dos habitaciones a nombre del doctor Jaime Garache. A los médicos les hacían precio especial.

Acto seguido, apagué el ordenador y corrí a prepararme otro café, descafeinado esta vez. Sin embargo, no estaba tranquila. Sabía que algo se me olvidaba. Una cuestión que había pasado por mi cabeza con la rapidez de una corriente de aire y se había quedado atrapada entre mis neuronas en el rastreo por Google.

A eso de las siete, llamé a Jaime. Necesitaba contárselo a alguien. No me contestó. Las malditas reuniones. Probé con Iturri. Esta vez tuve más suerte.

—Juan, soy Lola, ¿tienes un momento?

Lo tenía. Suele tenerlo para mí. Le conté lo que había averiguado y le di cuenta de las reservas.

—Espero que no tengas compromiso para ese fin de semana, porque ya he confirmado el hotel... —Estaba diciéndole esto cuando la idea fugada volvió—. Mientras hablo contigo me estoy dando cuenta de que, antes de seguir adelante con el viaje, deberíamos confirmar que Wilson va a acudir a esa reunión. Muchas veces se anuncian cosas que luego no culminan o que cambian en el último momento.

—Tienes razón. Habrá que llamar a Portugal.

—No, creo que lo mejor sería hablar directamente con Wilson. Supongo que esa asociación portuguesa será pequeña, carecerán de personal y, a dos días vista, tendrán un caos fenomenal.

—¿Y qué piensas hacer, Lola?, ¿llamar a Wilson y preguntarle si por fin

va a acudir a la cita?

Lo dijo en un tono inconfundiblemente socarrón. Sin embargo, yo hablaba totalmente en serio.

—No. Propongo llamar a su secretaria e invitarle a una cena, una fiesta o similar, uno de los días del congreso. Si se excusa por estar de viaje, será señal de que va a cumplir con el compromiso. ¿Podrías hacerlo tú? Quizás reconozcan mi voz. O mi mal inglés...

Tardaba en decidirse. Con el fin de animarle, añadí:

—He estado figando en la web del hotel: tiene piscina cubierta, un gimnasio bien surtido, sauna y baño turco. ¡Habrás que llevarse un bañador!

—Ten presente que vamos tras los pasos de un asesino en serie...

—¡No me lo recuerdes! La imagen del tal Rodrigo me persigue cada noche. No hago más que pensar que estamos escarbando en un estercolero. A lo mejor no nos gusta lo que encontramos... Me digo que en este viaje a quien vamos a ver es a su psiquiatra, que de él no tenemos nada que temer, pero no me quedo tranquila...

—¿Qué tal te encuentras?

—Estoy mejor. Sí, creo que hoy estoy un poco menos cansada. ¿Llamarás a Wilson? —insistí. Mi voz sonó con impronta de rubia tonta necesitada de apoyo masculino.

Iturri se echó a reír.

—De acuerdo, le llamaré. Te envió un mensaje con la confirmación.

El mensaje llegó una hora después: «Estará en Lisboa. Me llevo el bañador... Besos.»

Altis resultó ser un clásico hotel de negocios. Un cinco estrellas versión portuguesa situado en el centro de Lisboa, relativamente cerca del casco histórico. Como estaba previsto, fuimos en coche desde Madrid. Jaime conducía. Cedí mi puesto a Juan y me acurruqué en la parte de atrás. Dormité durante la mayor parte del viaje: no tenía ganas de hablar; en realidad, no tenía ganas de nada. Y mucho menos de aquel viaje: me daba mala espina.

Llegamos hasta la mismísima puerta del hotel sin perdernos ni una sola vez. Llevábamos GPS. Confieso que los planos, los mapas y el resto de los papeles pintados con líneas de colores me ponen nerviosa. No los comprendo. Cuando visito una nueva ciudad, me aprendo la ruta fijándome en los escaparates y en los detalles del mobiliario urbano o los portales, y no suelo perderme. Pero en carretera no puedes seguir el rastro de las migas de pan. Por eso, el GPS no deja de maravillarme. Uno de los mejores inventos del siglo.

Era tarde, cerca de las doce de la noche, hora de Portugal, cuando llegamos. El tiempo estaba desabrido y la ciudad parecía poblada de espectros. Llovía. Los únicos sitios en los que, al pasar, vimos gente, se me antojaron sórdidos, viejos y descoyuntados.

Hacía años que no iba a Lisboa. Encontré la ciudad mejorada desde la última vez, pero mantuve mis sensaciones originales. Hay un cierto halo de tristeza en Portugal, una aflicción solapada; flota en el aire, como el polvo suspendido, y se cuele por sus entrecalles y por los dientes de sus gentes. Quizás sólo sea tristeza de crisis, setecientos euros de salario medio y bajando. Pero a mí Portugal me huele a *fado*. A aciago destino rasgado al son de violas, a puentes que nunca acaban de conducirte a la otra orilla, la de

césped verde. A gentes que embuten el sufrimiento en la cesta de la compra, junto a la pasta de dientes, como si llorar limpiara el alma de quién sabe qué pecados.

Aquel ambiente descolorido casaba bien con mi estado de ánimo, e hizo revivir mi sensación de vacío e inutilidad. En esos momentos tenía el contador de deseos a cero. Sólo quería dormir. Sin soñar. Y sin pensar. Si lo hacía, salían en tropel a relucir las historias recientes. El embarazo —Jaime seguía hablando de Sonsoles; yo todavía no era capaz de ponerle nombre—; la caza de Rodrigo; las ausencias de mi marido, cada vez más prolongadas, y Marieta... que se había convertido en una mujer sin avisarme. ¡Una mujer! ¿A quién se le ocurre casarse a los veintitrés?, ¿a quién cambiar Sevilla por Uganda?

Aun así, sabía que podía considerarme una persona con suerte. No podía quejarme. Cuando intentaba hacerlo, me acordaba del pobre Josep Maria y de sus noches en vela, por si los «amigos» de su hijo (de ley, por supuesto) se decidían a denunciarle; y de la esposa de aquel oficial destinado en la base de la OTAN (Jaime me había contado que esperaba su tercer hijo: lo tendría siendo viuda).

No podía quejarme, pero mi vida se me antojaba como el chocolate amargo: dulce en la boca, pero con regusto a guindilla. Quería ser feliz. Ya. Porque me sentía vieja. E iba quedando menos.

Aquella noche, la cabeza apoyada en el hombro de Jaime, me decidí y le comenté lo que había pensado durante el viaje.

—¿Y si dejamos todo esto y volvemos a Pamplona? Éramos felices allí. Podría volver a pedir el traslado. Tardaría un poco, pero lo conseguiría. Y tú también. Con otro hijo, Madrid... En fin, que Pamplona es mejor ciudad para criar a un niño... Y mis mejores amigas están allí. En Madrid sólo tengo conocidos.

—¿Pamplona? Ni hablar. Estoy feliz en mi trabajo, ¿tú no?

—Sí, lo estoy, pero hay más cosas. Es como si lo único que supiéramos hacer fuera trabajar. Podríamos variar un poco, ¿no? Hacer alguna locura...

—¿Otra? Estás embarazada, ¿te parece poco?

Levanté la cabeza y me incorporé. Cuando quiere puede tener oído selectivo.

—Hablaba de otra cosa, de un paréntesis. Podríamos pedir un mes de permiso sin sueldo, y salir de aquí. Viajar, ver sitios, planificar otro futuro... Quizás nos gustara. Siempre he pensado en lo bonito que sería montar un hotelito en algún sitio con mar. Si ahorráramos un par de años, podríamos hacerlo...

—¿Por qué? ¿No te gusta lo que haces?

—Sí, me gusta. Pero estoy cansada de interpretar un papel cada vez que salgo de casa. —«Y cada vez me gusta más la cerveza», pensé en añadir. Aunque no lo hice.

—¿Te estás tomando el hierro, Lolilla? Cuando estás anémica dices cantidad de tonterías. —No respondí, ¿para qué?—. Anda, duerme un poco. Mañana tenemos que convencer a Wilson, y no va a ser fácil... Y, por cierto, en cuanto nos diga quién es Rodrigo, pasamos el asunto a Iturri. Para él solito, exclusividad absoluta. Ni tú ni yo somos policías, y el tío es un asesino en serie.

—No da el perfil del asesino en serie. No tiene antecedentes penales, no tortura a sus víctimas, no dialoga con ellas, no toma alcohol o estupefacientes...

—Vale, no sigas... Sé cuál es el perfil de un asesino organizado. Y me da lo mismo. Ha diseñado premeditadamente seis crímenes. Es suficiente para mí. Y también para ti. Hablaremos con Wilson y saldremos corriendo. ¿De acuerdo?

Me di la vuelta. Jaime apagó la luz. Se colocó los tapones en los oídos y se durmió enseguida. Yo no tuve tanta suerte. Y, por no pensar en los trescientos dólares de renta per cápita de Uganda, me concentré en Wilson.

¿Cómo iría todo? En principio, no deberían surgir problemas. El psiquiatra no nos conocía; nosotros a él, sí: disponíamos de una fotografía reciente y de una descripción completa. Tendríamos que abordarle con sumo cuidado, sin testigos. No iba a ser fácil porque los portugueses monopolizarían a su estrella, pero estaba segura de que lograríamos hablar con él. Lo de confesar era harina de otro costal. Si yo fuera él, no tengo claro lo que haría. Además, estaba el escalofrío... De nuevo, ese mal palpito subía por mi espalda hasta morir en la nuca.

Creo que me dormí pensando en ello. Y me desperté a medianoche, de

nuevo bañada en sudor. Me levanté, fui a toda prisa al cuarto de baño y me lancé a la búsqueda del tatuaje en la pierna. Gracias a Dios, los sueños, sueños son: no había ningún siete escrito en números romanos, sólo la picadura de un mosquito. Conseguí dormir otro rato más. Un par de horas que me supieron a gloria. Como el desayuno.

Bajamos temprano, a las siete, justo cuando abrieron. No teníamos mucho tiempo para dar con Wilson y había que aprovechar cualquier oportunidad. El psiquiatra apareció a las siete y cuarto, cuando ya me había terminado los huevos revueltos, unas sabrosas salchichas de cóctel, la fruta y el café. Vestía un pantalón negro, holgado, sujeto por un cinturón muy apretado; una camisa con jaretas también negra, y una espantosa pajarita color verde césped con ranas naranjas. Llevaba el cabello largo y desordenado. Unas enormes ojeras rodeaban sus ojos, apagados tras el cristal de las gafas. Nos pusimos alertas de inmediato. Iturri ya se había incorporado cuando otro de los comensales se levantó a saludarle y le ofreció un lugar en su mesa, que Wilson aceptó. Ocasión perdida.

Permanecemos callados, tratando de aguzar el oído. A nuestro lado, llegaban retazos de la conversación. Por uno de ellos nos enteramos de que el psiquiatra tenía la intención de saltarse la sesión programada para las once, dedicada a psiquiatría infantil, para acudir a la zona deportiva. Al parecer, Wilson era un consumado nadador, y un gran amante de los baños turcos. Al escuchar su confesión, los tres nos miramos complacidos: sin duda, aquélla era nuestra oportunidad. El resto de los psiquiatras estarían ocupados y nos sería más fácil abordarle.

La zona deportiva abría a las diez, hora portuguesa. Les propuse inspeccionar previamente el terreno para tener localizado un sitio donde aproximarnos a él con seguridad. Había tiempo de sobra. Juan se excusó: esperaba una llamada urgente de la extraña unidad a la que pertenece.

—¿Ya sabéis por qué murieron los oficiales de la OTAN? —me interesé.

—Ni idea. No tenemos ni una sola pista. Es frustrante. Una hoja de servicios de primera; las cuentas bancarias, impolutas, lo que en el caso del ruso es casi un milagro; la vida personal, ejemplar. Incluso eran religiosos:

ortodoxo y judío, para más señas... No sé, vieron u oyeron lo que no debían o es pura casualidad.

—¡Vieron lo que no debían! —respondimos Jaime y yo al unísono.

—Sí, eso mismo pensamos nosotros. Pero ¿qué es lo que vieron u oyeron? El segundo estaba destinado en el mando aéreo, vivía en Alemania y era francés; el primero era un observador ruso y vivía en Bruselas. Es probable que ni siquiera se conocieran. En fin, un asunto que me saca de quicio...

—Ocúpate de lo tuyo, Juan. Lola y yo veremos cuál es el mejor lugar para interceptar a Wilson.

—No dejéis de mirar lo de los baños turcos... Suelen ser sitios pequeños, y con buen aislamiento.

Subimos a la habitación y nos cambiamos de ropa.

—La zona deportiva está en la tercera planta. Según el folleto, los baños turcos están muy cerca de la piscina. Venga, vamos. —Me quedé sentada en la cama—. Lolilla, ¿qué te ocurre? ¿De nuevo el cansancio?

—Sigo sin estar segura de lo que estamos haciendo...

—No vuelvas a empezar... A ver, ¿qué pasa ahora?

—He estado pensando... Si estamos aquí es porque Wilson está de congreso. Lo que quiero decir es que le hemos localizado porque Rodrigo le ha ido siguiendo por el mundo, y ha decidido matar justo donde su psiquiatra daba conferencias.

—Es cierto, ¿y qué importancia tiene eso ahora? Rodrigo ya tiene sus seis trofeos.

—Pues tiene importancia porque Rodrigo no busca trofeos, sino pasar a la historia. Está preocupado por la actitud de Wilson, tras darse cuenta de que los asesinatos eran reales. Recuerda que lo califica de alcohólico y que está asustado... Ya lo hemos hablado: teme que no hable de ello y su misión quede velada o que hable demasiado y le delate. Y no va descaminado: nosotros estamos aquí porque ha intentado descubrirle.

—¿A qué tienes miedo, exactamente?

—A que Rodrigo esté también por aquí.

—No te preocupes. Hablaremos con Wilson cuando estemos seguros de que está completamente solo. Evitaremos ponerle en peligro.

—Me preocupa la seguridad del psiquiatra, desde luego, pero también la nuestra. Hasta ahora, Rodrigo no sabe nada de nosotros. Para él no existimos. No quiero que nos vea por aquí, que nos vea con su psiquiatra y ate cabos. Me da miedo; es un asesino...

—Ayer insistías en que su personalidad no cuadraba con la de un asesino múltiple.

—Y no cuadra, pero ha matado a media docena de personas. Tiene que interesarle mucho su misión. Y no creo que, llegando hasta donde ha llegado, se vaya a detener porque alguien se ponga de por medio.

—¿Y qué propones?

—Pues no lo sé. Sólo te cuento lo que me pasa por la cabeza y el miedo que tengo. En cuanto vea a un hombre en la zona deportiva, voy a pensar que es Rodrigo. Naturalmente, no podemos controlarlos a todos.

Dio un par de vueltas por la habitación, pensando. Yo permanecí sentada. Finalmente, se decidió:

—Escúchame. Vamos a bajar. Somos dos turistas que visitan Lisboa y quieren darse un chapuzón y pasar un buen rato en los baños turcos. No hay nada extraño en eso. Si vemos algo raro, lo dejamos estar. ¿De acuerdo?

Claudiqué levantando ligeramente los hombros.

Bajamos. Pasaban unos minutos de las diez. Entré en el vestuario de señoras a dejar la camisola. Un folio pegado en la pared informaba al visitante de que las toallas debían recogerse en el despacho del «*spa* mánager». Cuando salí, Jaime ya me esperaba. Llevaba el bañador verde claro. Le veo cada día, pero volvió a sorprenderme su buena planta. Seguía estando estupendo.

—Vamos a buscar unas toallas. Mira, allí hay un indicador. Creo que en la otra vida quiero ser «*spa* mánager».

El indicador nos llevó a otro y éste a un estrecho pasillo de techos bajos, escasamente iluminado y con enormes tubos a la vista. Varias puertas se abrían al lado derecho. Fuimos leyendo los carteles: «Sauna», «Cabina de masaje»... La que daba acceso al baño turco era la más alejada.

La zona estaba en silencio, a excepción de nuestros pasos y del murmullo de alguna máquina lejana. El lugar parecía desierto. Sin embargo, de pronto, me pareció oír un ruido extraño, como de zapatillas. Indecisa, me paré en

seco.

—¿No oyes eso?

Jaime aguzó el oído.

—No oigo nada. Creo que te estás obsesionando...

Permanecí todavía unos segundos escuchando, pero no volví a oírlo. Seguimos. Al fondo, divisamos un pequeño mostrador. Allí nos dirigimos. Estaba vacío. Miré el reloj de la pared. Eran ya las diez y veinte. Demasiado retraso, incluso para Portugal. Empezaba a ponerme nerviosa. Aquel lugar se me antojó una ratonera.

Volví a oír el ruido.

—¿No lo oyes?

—Pues no, Lolilla, no oigo nada.

De pronto, alguien me tocó la espalda. Me di la vuelta con el corazón desbocado. Esperaba encontrarme con Rodrigo, pero hallé a una mujer gruesa, entrada en años, y con un considerable bigote. Llevaba trapos en los pies, con los que iba sacando brillo al parqué mientras andaba. Aquél debía de ser el extraño ruido. Sin dirigirnos la palabra, ni siquiera un cortés «*bom dia*», nos entregó un papel escrito en inglés y un bolígrafo, pero retuvo las toallas.

Leí lo que ponía. Nunca me había ocurrido algo parecido: debíamos rellenar y firmar aquel documento a modo de depósito si queríamos una toalla. Si no lo hacíamos (era una pieza normal y corriente, de algodón de rizo blanco), nos cobrarían treinta euros extra. Nunca llegué a saber si ese sistema lo había ideado ella misma o había sido el propio hotel, pero, desde luego, me apresuré a rescatar mi firma en cuanto abandoné la zona deportiva.

Ya con la toalla en la mano, decidimos visitar el baño turco. Pensábamos que sería el lugar más discreto y el que mejor permitiría guardar el sigilo. De nuevo, la señora «mánager» nos salió al paso. Con tono y mirada inquisitivos, nos preguntó adónde íbamos. Yo, cohibida, aunque no había motivo, me apresuré a explicárselo, pero Jaime me cortó en seco. Su paciencia se había agotado: ¿quién era aquella señora para meterse en su vida de aquella manera? Me cogió de la mano y en cuanto vio el cartel «Baño turco», abrió la puerta y me metió con él. La señora nos siguió, maldiciendo, hasta el interior de la cabina. Su portugués era muy cerrado y no entendíamos lo que nos

decía. Por fin, pareció rendirse y se retiró. En realidad, sólo temporalmente. Regresó un par de minutos después. Traía un cartel en la mano que ninguno de los dos habíamos leído: mujeres y hombres no podían compartir sauna ni baño turco. Cada oveja con su pareja.

Para mi gozo, me iba a perder la reunión con el doctor Ernest Wilson.

El psiquiatra apareció a las once, con una de las toallas de la habitación en la mano. Supongo que había conocido a la «*spa* mánager» el día anterior. Llevaba un albornoz, que dejó colgado en el vestuario. Le observé con disimulo. Exhibía un cuerpo atlético, casi propio de un culturista. Sin embargo, su físico no resultaba atractivo, todo lo contrario: su baja estatura y la pequeñez de su cabeza se enfatizaban ante sus desarrollados bíceps, marcando aún más la desproporción.

Se metió en el agua y nadó por espacio de media hora. Quizás fuera menos, lo que sí recuerdo es que se hizo treinta largos, y que durante esos minutos me mordí todas las uñas. Nadaba como un poseso. Te cansabas con sólo mirarle. Pero su estilo era nefasto: aquel médico no había recibido en su vida una clase de natación.

«¡Pobre hombre! —pensé—. Soportar una presión así debe de machacarte los nervios.»

Cuando terminó el ejercicio, salió del agua y, con la toalla anudada a la cintura, se dirigió al estrecho pasillo. Jaime e Iturri (había llegado unos minutos antes) le siguieron.

Habíamos convenido que Jaime entraba con él y le explicaba la situación, mientras Juan permanecía fuera, vigilando. Mi marido debía presentarse como un colega español y, tras captar su atención, decirle que estaba casado con la jueza MacHor, que había leído el manuscrito íntegramente y que estaba tremendamente impactado por su dilema moral. Podía incluso hablarle de alguno de sus casos. Luego debía asegurarle que estábamos dispuestos a ayudarle a localizar a Rodrigo y a ponerlo de inmediato bajo arresto, donde debería haber estado desde hacía tiempo. Para ello contábamos con la

inestimable ayuda de un policía experto en la materia. Y lo que no tenía que olvidar era hacer hincapié en que estaban solos y nadie podía oírlos. Iturri se empeñó en que llevara una pequeña grabadora en uno de los bolsillos del bañador, cosa que Jaime admitió, no sin protestar un rato.

Yo devolví la toalla, recogí la camisola y me dirigí al ascensor.

Oprimí el botón de llamada y esperé. No sé de dónde surgió, pero de pronto me di cuenta de que tenía un hombre a mi lado. Era joven, unos cuarenta, moreno, de buena facha. El ascensor llegó. Di un paso al frente, sólo uno. Y lo pensé mejor. Me hice a un lado y le dejé pasar.

—¿No sube?

Volví a mirarle. Tenía los ojos oscuros, casi negros. No me atreví.

—Gracias, espero a alguien. Suba usted.

El hombre entró. Cuando vi cerrarse la puerta, volví a apretar el botón de llamada. El ascensor llegó enseguida. Había tres personas dentro, dos hombres y una mujer. Subí. En el trayecto, las luces parpadearon un par de veces. El corazón empezó a latirme con más fuerza. Esa noche tampoco dormiría.

Mi habitación estaba en la octava planta. En la quinta, uno de los caballeros y la mujer, pareja al parecer, descendieron. Me quedé sola con el otro hombre. Le miré de reojo. Cerca de cincuenta, con gafas, corbata y carpeta en la mano. «Del congreso», me dije, sin conseguir tranquilizarme del todo. Descendió en la séptima planta. Para mi satisfacción, el resto del trayecto lo hice sola. Cuando por fin cerré la puerta de mi habitación y pude bajar la guardia, me sentí profundamente aliviada.

Sólo quedaba esperar y cruzar los dedos: sobre el papel, el plan era bueno... Pero nada salió como estaba previsto.

—Había mucho vapor, Lolilla —se disculpó mi marido poco después—. Iba a colocarme a su lado, a una distancia prudencial, ni muy lejos ni demasiado cerca, pero no llegué a verle hasta que me encontré entre sus piernas... ¿Qué habrá pensado de mí?

—¿Te sentaste encima?

—¡Era un sitio muy pequeño, Lolilla, y había mucho vapor! Quería ponerme cerca... Obviamente, salí de allí escopeteado.

—¿Te marchaste?

—Me azoré... ¡Coño, Lolilla, no conocemos a ese tipo de nada! Y me habíais encerrado con él, los dos solos, a media luz y en un sitio lleno de vapor. Quizás... En fin, lo lógico habría sido que, tras ver mi nefasta entrada, se hubiera levantado e ido a la otra punta de la sala. Al menos, yo lo habría hecho.

—Pero no lo hizo —se regodeó Iturri.

—No. Se quedó quieto, casi sin respirar. Enseguida le pedí disculpas y salí zumbando.

Le lancé una mirada asesina.

—¡Mucho vapor! ¿Qué esperabas? ¡Es un baño turco! Deberías haberte tomado tiempo para hacerte con el ambiente.

—Bueno, pues no lo hice. Ya no hay vuelta de hoja.

Iturri terció:

—No discutáis. No tiene importancia. Cuando él salió, entré yo y tu marido se quedó vigilando.

—¿Y qué paso?

—Empecé por las indagaciones de rigor: «El doctor Ross, ¿verdad?... Un verdadero placer. He oído hablar muchísimo de usted. Y de su trabajo...»

—Vale, sáltate los prolegómenos.

—De acuerdo. En cuanto capté su atención, le dije que trabajaba para la Interpol, que estaba al tanto de sus problemas, que conocía y comprendía su dilema moral y que había venido hasta Portugal para ponerme a su disposición.

—¿Y cómo se lo tomó? —pregunté.

Iturri se encogió de hombros.

—Esta vez sí se levantó. De un salto, como si hubieran apretado un resorte, y se puso a la defensiva. Entonces fue cuando me acordé de encender la grabadora, que Jaime acababa de pasarme. Está todo aquí. Lo mejor es que lo escuchemos.

Estábamos los tres en mi habitación, sentados sobre la cama, porque sólo había una silla y era muy incómoda. Nos inclinamos sobre el pequeño aparato y escuchamos:

«—¿Por qué me persiguen de esta manera? Usted, ese hombre que

acaba de salir y esa tal MacHor. ¿Qué es lo que quieren?

»—El que acaba de salir es el doctor Garache, un famoso médico español, que también está dispuesto a ayudarlo. Pero lo importante ahora es que nadie nos oye. Tenga la certeza de que estamos solos. Se encuentra en buenas manos. Tenemos la zona controlada. —Sonreí al escuchar la expresión. Habíamos comprado una de las temporadas de la serie «24 horas», y veíamos un capítulo cada día. Repetían esa frase sin cesar.

»—¿La zona controlada? ¡Está usted paranoico! ¡Hágaselo mirar, necesita un psiquiatra urgentemente! Y luego, déjeme en paz.

»—Doctor Ross... O doctor Wilson, comoquiera usted que le llame, todo esto es por su bien. Tiene que darse cuenta de que Rodrigo, más tarde o más temprano, se volverá contra usted. Si no se aviene a describir los resultados del experimento, y como le tengo por un hombre de bien sé que nunca lo hará, puede usted llegar a convertirse en su víctima número siete... ¿Le agradaría tener ese número tatuado en su pierna?

»—¿Un siete, en mi pierna? Pero ¿qué dice? ¡Está completamente loco! Déjeme que le diga algo: si no se va de aquí inmediatamente, llamaré a la policía...

»—Yo soy la policía, inspector Iturri de la Interpol. Tengo sobrada experiencia en este tipo de casos. —Aquí hice un paréntesis, le silbé y le llamé exagerado—. Déjeme ayudarlo... Si nos dice cómo encontrar a Rodrigo, iremos en su busca. Prometo que le meteré personalmente entre rejas. Y usted podrá volver a la normalidad.

»—¿Ayudarme? ¡No sabe usted de qué está hablando! Ni de qué ni de quién. No ha entendido nada. —Parecía que iba a añadir algo, pero se detuvo en seco—. Buenos días.»

Iturri apagó la pequeña grabadora.

—Abrió la puerta, y se esfumó.

—Esfumarse, no. Cuando salió, yo estaba fuera, de guardia. Se me acercó y casi me escupe: «¡No me llamo Wilson!, ¿se entera? ¡Váyanse de aquí, lárguense! No quiero volver a verlos: ni a usted, ni a esa mujer, ni al policía. Los acusaré de acoso, si me obligan.» «Seis vidas son muchas vidas, doctor», continué.

»No me contestó. Dio media vuelta y se marchó. Le seguí hasta el vestuario. Estoy seguro de que lo notó, pero no dijo nada. Cuando miró hacia atrás, me acerqué hasta donde tenía colgado su albornoz y ostensiblemente introduje una tarjeta en el bolsillo. «Por si cambia de opinión», le dije.

—¿Y eso es todo?

—Así es. Ya no podemos hacer más. Si quiere algo, te llamará o te enviará un *e-mail*.

—¿Te llamará? ¿Te mandará un *e-mail*? ¿Qué quieres decir? ¿De quién era la tarjeta?

—Obviamente, tuya, Lolilla. A mí no me conoce de nada.

Olvidé ese detalle enseguida. Me sentía completamente defraudada.

—De modo que no admitió en ningún momento ser el doctor Wilson.

Los dos hombres negaron con la cabeza.

—Pero lo es... —insistí.

Juan sacó su pipa, luego el paquete de tabaco y empezó con el ritual. Le advertí de que era una planta de no fumadores. Como respuesta, abrió la ventana y acercó el mechero a la cazoleta. Luego, añadió:

—Yo no tengo ninguna duda: es Wilson. ¿Y tú, Jaime?

—Yo tampoco. Pero está muerto de miedo. No hemos calibrado bien lo asustado que está... No conseguiremos nada de él en ese estado.

Permanecemos durante un rato en silencio, respirando el aire viciado y rezando para que no saltara la alarma: me desagrada montar numeritos. Finalmente, Iturri abandonó la pipa y dio la puntilla al viaje.

—Jaime, Lola, creo que hemos ido demasiado lejos. Hace un rato he acosado a un respetado médico norteamericano presentándome como miembro de la Interpol y dándole mi nombre real. Si ese tipo llama a un abogado, lo ocurrido esta mañana me puede acarrear una sanción grave. Y no digamos a ti, que eres juez...

—Y entonces, ¿qué podemos hacer? —Se mantuvo callado, con el pensamiento perdido en algún vericuetto de su cerebro—. ¡Juan, despierta! Pregunto qué podemos hacer...

—Pedir a mi gente que le siga. Seguimiento oficial... Y discreto.

—Recuerda que vive en Estados Unidos.

—Eso no será problema.

Todos estuvimos de acuerdo en que era lo mejor.

Resolvimos también volver a Madrid aquella misma tarde. No tenía sentido permanecer más tiempo en Lisboa.

Como se acercaba la hora del almuerzo, Jaime e Iturri decidieron ir en busca de un sitio próximo para comer algo antes de salir. Buscarían fuera del hotel. Toparse con el doctor Ross i Roví quizás encendiera de nuevo su enfado, y terminase por materializar la denuncia por acoso. Sopesé la oferta de algo caliente pero preferí quedarme echada. Me costaba hasta respirar. Quedaron en traerme un sándwich.

Creo que me quedé dormida enseguida. El sonido del teléfono de la habitación me despertó.

—Sin mayonesa; lo demás me da lo mismo —dije maquinalmente. Desde el principio del embarazo, había cogido manía a esa salsa.

Al otro lado, oí una respiración fuerte, marcada artificialmente.

—¿Quién es?

—Ya sabe quién soy.

La primera imagen que vino a mi cabeza fue la del doctor Ernest Wilson en jarras, con su bañador apretado y sus enormes pectorales al aire. Quizás estuviera más enfadado de lo que pensábamos. Sin embargo, tardé poco en concluir que me equivocaba. No era su voz. La del psiquiatra era aguda y untosa, mientras que aquélla sonaba insólitamente espesa. Profunda, amenazadora pero cálida. Una buena taza de café muy cargado, aromático y azucarado.

—No, no lo sé —respondí, al tiempo que me esforzaba por aparentar dominio de la situación.

—¡Claro que lo sabe! Y también que tenemos que hablar.

Enmudeció durante unos instantes. Me incorporé. Mi cansancio pasó de inmediato a un segundo plano. Tenía todos los sentidos alertas. Inconscientemente, incliné el cuerpo hacia adelante, como si quisiera evitar el golpe que, seguro, vendría. Pero no fue así. Con el mismo tono templado, sin ninguna estridencia, el hombre añadió:

—Ha de saber que me halaga que le interese tanto mi historia. Se está tomando muchas molestias por mi causa... Le aseguro, señorita, que para mí sería un honor aceptar su ofrecimiento. Lamentablemente, no puedo hacerlo.

Ha de ser él quien escriba ese relato. Es un hombrecillo torpe y débil, pero únicamente él cuenta con los detalles, también con los más íntimos, y tiene la preparación suficiente para darlo a conocer al mundo... Deje que lo haga, ¿de acuerdo? De ello dependen muchas cosas, más de las que usted podría suponer. Espero que lo comprenda. Y gracias por su interés...

Colgó. Yo no. Como una idiota, permanecí en la misma posición durante un rato, el teléfono en la mano, escuchando su estridente pitido, dudando de si aquello sería una mala pasada de mi imaginación o un sueño extraño.

Decidí guardarlo para mí. Sólo conseguiría ponerlos aún más nerviosos.

Sabiendo que Wilson y Ross eran la misma persona y que Rodrigo nos había localizado, volvimos a Madrid.

TERCERA PARTE

Aborté el 7 de octubre, miércoles, justo el día en que Jaime y yo celebrábamos nuestro vigésimo cuarto aniversario de boda. Habíamos reservado mesa en La Ancha. A Jaime le vuelven loco su tortilla con almejas y, para mi desesperación (las de casa son manifiestamente mejores), sus lentejas estofadas. Me encanta salir a cenar fuera, pero si ese día me arrastré hasta la calle Zorrilla fue por obligación. Como ya he dicho, desde hacía unas semanas no podía con mi alma. Todo, hasta las tareas más nimias, se me hacía cuesta arriba.

Conseguimos sentarnos, que nos tomaran nota y que descorcharan una botella de Faustino del 96, pero no pasamos de ahí. El magnífico caldo quedó sobre la mesa; las lentejas, en el puchero.

El calvario comenzó cuando sentí un extraño calor que brotaba de entre mis piernas. Sin solución de continuidad, un líquido denso empezó a recorrer mis medias de nailon, para acabar introduciéndose en los zapatos de tacón. Luego, llegó la niebla; una atmósfera densa, de montaña escocesa, acompañada de un extraño fenómeno que ralentizaba los movimientos y los sonidos a mi alrededor. El tiempo adquirió toma de cámara lenta y finalmente se detuvo.

Estaba previsto que la velada terminara de manera mucho más agradable. Pero el destino es caprichoso y el postre fue amargo: acabé enfundada en un camión de toско algodón verde, con las piernas sujetas a unas frías barras metálicas. No era Jaime quien me cortejaba, sino el doctor San Sebastián y un joven anestesista que, en mi honor, se había embozado una máscara en los tonos habituales.

Desperté en la habitación del hospital. Estaba hecha polvo, pero nada en

comparación con mi estado de ánimo. Aquella mañana había estado buscando un texto que se me había extraviado en la estantería del despacho. Tras un vistazo, concluí que debía de haberlo dejado en el estante superior. No alcanzaba a verlo desde abajo. Cabía pedir ayuda, pero me habría visto obligada a dar explicaciones, y no estaba dispuesta a hacerlo. Una pequeña prominencia asomaba ya en mi estómago, pero aún resultaba sencillo disimular las evidencias con una camisa holgada. Me subí a una silla. Ni siquiera así logré alcanzarlo. Me puse de puntillas y con las yemas de los dedos rebusqué entre los polvorientos textos. Me pareció verlo al fondo. Me apoyé con el codo para alcanzarlo. Y ocurrió lo que tenía que haber previsto: el estante se volcó sobre mí, y yo sobre el suelo. No me golpeé la tripa. Fueron las manos y las rodillas las que amortiguaron el golpe, de modo que no le di a aquello mucha importancia. Sin embargo, en ese momento, todavía con la mente nublada por los efectos de la anestesia, un profundo cargo de conciencia comenzó a acribillarme. Y era impenitente. «Has tenido la culpa —me parecía oír—. Si hubieras sido más precavida, si no fueras tan obstinada: porque ese libro no tenía ninguna importancia, ninguna. Ya ves cómo te la juega tu ego: tu perfeccionismo ha acabado tiñéndolo todo de verde.»

Empecé a llorar amargamente. Y así me encontró Jaime, que entró en la habitación acompañado del doctor San Sebastián.

—¡Lolilla! ¿Qué ocurre?, ¿te duele mucho?

Negué con la cabeza.

—¿Entonces?

Intenté confesar mi estupidez, pero no pude articular ni una sola palabra. Curiosamente, a San Sebastián no le hizo falta indagar más. Se hizo cargo enseguida. Parecía tener cierta experiencia en el tema, aunque cuando yo fui a su consulta no me habló de ello.

—Un aborto es siempre un hecho traumático, Lola. Debemos aceptarlo, sabiendo que es lo mejor que podría haber pasado. La naturaleza es muy sabia y tiene sus leyes. Los abortos espontáneos como el suyo responden a deficiencias insalvables en el feto.

Volví a negar con la cabeza. Esta vez, conseguí hablar.

—He sido yo... Me caí de una silla esta mañana... ¡Lo siento! —logré

decir.

—¡No, no, Lola! Desconozco qué le ocurrió esta mañana, pero estoy seguro de que esa caída no tiene nada que ver con el aborto. El feto no correspondía a la edad gestacional. Llevaba algún tiempo muerto en el útero. Se trata simplemente de un aborto retenido. ¿Había notado mucho cansancio últimamente?

—Sí —confesé.

—¿Por qué no vino a verme?

Mientras escuchaba al médico, Jaime fue perdiendo el color. Cada vez que le decía que me encontraba extenuada (y llevaba diciéndoselo desde que volví de Barcelona), compraba más preparado de hierro y vitaminas y me lo hacía tomar en el desayuno.

—Ya no importa, ¿verdad? —dije.

—Es cierto... Ahora lo mejor es que descanse. Dormir unas horas le vendrá muy bien. El legrado ha sido completo, sin complicaciones. Sangrará moderadamente unos días, pero no le causará más problemas. Si todo va como está previsto, mañana jueves, por la tarde, podrá irse a casa. Le he pedido un hemograma y otras pruebas. Supongo que estará algo anémica.

Acepté con un gesto y cerré los ojos. Luego me dejé llevar por aquel maremágnum de sensaciones. Seguía bastante atontada, pero veía con nitidez extrañas figuras que merodeaban alrededor de mi cabeza. Yo sabía que no eran reales, pero me hablaban con toda naturalidad y yo las oía perfectamente. Uno de aquellos personajes era Woody Allen, me cogía del brazo y me aseguraba que el tal Wilson quería robarle la personalidad. Y con ojos de cordero degollado me suplicaba que lo evitara.

Pero Allen no estaba solo. Había también por allí media docena de escarabajos ataviados con traje de guerrero egipcio que me retaban a una partida de ajedrez. Abrí los ojos, pensando que se esfumarían, pero siguieron allí. Como Jaime, que estaba a mi lado, cabizbajo. Volví a cerrar los ojos y guardé la experiencia para mí. No dije ni esta boca es mía. Temía que mi marido o San Sebastián creyeran que me estaba volviendo loca y me ingresaran en la planta de psiquiatría. Mis nuevos amigos permanecieron conmigo un rato y luego, simplemente, se esfumaron. Supe después que el anestésico que San Sebastián había empleado provocaba alucinaciones en

uno de cada cien casos. Me tocó a mí.

Me retuvieron en el hospital un día más de lo previsto. Necesité dos transfusiones. Luego, algo más recuperada, volví a casa. Y, por primera vez en mi vida, pedí una baja laboral: nada de trabajo, ni de teléfono, ni de expedientes de diez centímetros de grosor. Nada de fiscales o gestores judiciales. Nada de *e-mails*. Necesitaba descanso, reponerme físicamente y también recuperar el ánimo. Seguía sintiéndome culpable. Repasaba una y otra vez mis actos, mis movimientos, las idas y venidas, el peso de las bolsas que había llevado... Buscaba qué había hecho mal, en qué me había equivocado. Y lo peor era que no paraba de barajar (una especulación completamente estúpida, lo reconozco) la posibilidad de que mi negativa a aceptar a aquella pobre criatura hubiera provocado el aborto. Supongo que todos esos pensamientos serían el fruto temprano de lo que después ocurrió.

Hacía tanto tiempo que no estaba en casa que, cuando el lunes me quedé sola, no supe qué hacer. Durante las primeras horas, me preparé un buen café y me lo tomé hojeando tranquilamente los periódicos. Luego, me di un baño de espuma y comencé a leer una novela. Aunque era interesante, consiguió aburrirme pasada media hora. Conecté el DVD y vi una película antigua. Cerca de la una del mediodía, empezó a invadirme la actividad. Necesitaba hacer algo productivo. Me decidí por la limpieza. Cuando me había armado de todo tipo de bayetas y productos, comprobé de primera mano que no había una brizna de polvo en las estanterías, que las alfombras estaban perfectamente limpias y que la casa, impecable, no necesitaba ningún repaso. Revisé entonces las existencias: la despensa estaba bien surtida; si acaso, faltaban un par de cebollas. Convine que no merecía la pena coger el coche para ir al supermercado por eso.

Nadie iba a venir a comer. De modo que me preparé una ensalada. Vi el telediario y «Saber y ganar». Cuando empezaron los documentales, apagué la tele. Entonces, el silencio lo invadió todo. No se oía un ruido, y, al mismo tiempo, se oían todos. Pequeños crujidos, rumor de tuberías, el silbido del viento en la ventana abierta. Decidí poner música o me moriría de miedo. Miré el reloj. Todavía me quedaba medio día por delante. Jaime y mis hijos mayores no llegan hasta pasadas las ocho. Los pequeños tenían clases de inglés y entrenamiento. Quedaba salir de compras, pero eso me apetecía aún menos que no hacer nada.

¡Qué terrible puede llegar a ser esa ingente colección de minutos cuando no tienes nada que hacer y, como es mi caso, no sabes estar sin hacer nada! ¡Por Dios, ese día me pinté las uñas dos veces! Leí nuevas páginas, comí más tostadas, vi televisión, cosí los bajos de un pantalón y maldije el día en que se me ocurrió pedir una baja médica. Me encontraba mejor. El sangrado no era muy intenso. Y, respecto al resto... Prefería no pensar.

A eso de las cinco, cansada de no hacer nada, me tumbé en un sofá y dejé que me envolvieran los ruidos de la televisión y la música. Los mismos, poco más o menos, que emitieron el martes. Y el miércoles. Y el resto de los días de aquella semana. Y de la siguiente: llamé al médico y le aseguré que necesitaba más tiempo. Me lo concedió sin verme ni preguntarme el porqué.

Creo que habría seguido empalmando tardes de sofá y murmullo transparente del televisor, un maravilloso bálsamo, si el destino no hubiera vuelto a meter en mi vida al asesino de alias Rodrigo. Todo sucedió muy deprisa. Demasiado para asimilarlo. Por la mañana estaba en casa, mirando crecer la hierba, atada a un reloj viejo y lento que amenazaba con jubilarse por incapacidad, y por la tarde estaba intentando detener el tiempo, para que no me arrastrara hasta el infierno como víctima número siete.

Tengo que relatar esos hechos, pero no sé cómo. Lo he intentado, comportándome como el ingeniero que conecta causas y efectos, sujetos y objetos. Pero esto no es como ensartar tuercas en tornillos. He ensayado vestirme de cirujano y diseccionar con meticulosa exactitud la situación, ayudado por el fino escalpelo de la memoria. Sin embargo, el alma no se puede diseccionar, y esto tiene mucho que ver con ella. Si lo hiciera con bisturí, omitiría tantos detalles que llegaría a falsear la verdad. Si me limitara

a narrar los hechos, uno tras otro, el lector obtendría una impresión errónea de lo sucedido, de Rodrigo y del infausto doctor Ernest Wilson. No me parece justo. Y aunque, en realidad, me encantaría callar mi nefasta intervención en esta historia, no puedo hacerlo.

A nadie le gusta airear sus miserias. Pero forman parte de la condición humana, al menos de la mía. Por eso, a riesgo de salir malparada, he decidido hablar sin tapujos. Aunque no es eso lo que más me cuesta. Lo que duele, lo que me pone los pelos de punta, es tener que evocar aquellos oscuros días en los que recibir una bala en la sien y un tatuaje en el gemelo izquierdo se me antojaban el mejor de los finales.

Fueron momentos de delirio; esperpénticos, con un punto naïf. Llegué incluso a sentirme un mártir de la causa, un samurái con la espada dispuesta para el haraquiri. Nunca hasta ese momento había entendido cómo un extremista islámico con una carga adosada a su estómago podía llevar pintada una sonrisa en los labios.

Ahora, a toro pasado, y con la cabeza sobre los hombros, como suele decirse, todo aquello me parece una locura. Y lo fue. Lo malo es que se trató de un dislate que creí cordura. Soy incapaz de explicar cómo llegué a esa situación. No puedo dar cuenta de mis actos. Ni siquiera he llegado a comprender las razones de mi drástico cambio. El médico aseguró que las hormonas son tan inestables como la nitroglicerina. Y vengativas: llevan mal los abandonos bruscos. Es cierto. Puedo asegurarlo porque unas cajas de pastillas después volví a ser yo. Fue como liberarme de una mortaja. Pero esa certeza no anula la amarga sensación de pender de un hilo, cabeza abajo, sobre el abismo. ¿Cómo es posible que una mínima cantidad de una de las miles de sustancias que contiene nuestro organismo pueda causar tales estragos?

¡Por todos los santos! Me llamo Lola MacHor, cuarenta y ocho años, metro setenta, pelirroja clara, genes irlandeses. Mi documento de identidad lleva el número 12.439.548-R. Estoy domiciliada en Madrid. Soy juez en ejercicio. En fin, lo que quiero decir es que soy alguien objetivo, enterizo, estable... Una persona seria: hasta llevo toga de terciopelo y puñetas de encaje fino. ¿Cómo explicar que el aplomo, la medida, la cordura, la poca prudencia que con tanto esfuerzo has acumulado desaparezcan de un

plumazo, a causa de una exigua cantidad de algo que cabe en el plato de café de una casa de muñecas? ¿Cómo explicar que, de pronto, de la nada, emergiera una nueva Lola, tan distinta de la original, tan terrible?

La ampolla de anestésico que emplearon para el legrado me puso en comunicación directa con Woody Allen. Una banda de escarabajos egipcios me retó a una partida de ajedrez por una extraña reacción química. Y una bajada de hormonas me hizo caminar sonriente hasta el umbral del infierno.

Recuerdo con nitidez cada uno de esos momentos. Mister Allen, los escarabajos egipcios, Rodrigo, Wilson, el ajedrez... Todos eran para mí tan reales como el pitido del despertador, los rayos del sol o las lentejas de La Ancha.

Fue una mala época... Y, no obstante, agradezco haber dormido en esa cueva. De no haberlo hecho, nunca habría comprendido al doctor Wilson, ni al cuerdo asesino llamado Rodrigo. En realidad, ahora tampoco puedo entenderlos, pero ya no me siento capaz de juzgarlos. Que sea el tiempo el que lo haga.

La razón se queda corta ante un asesino cuerdo y una jueza loca. Por eso, a riesgo de malograr mi imagen, narraré los hechos tal y como los recuerdo. Luego, cada uno que se forje su propia opinión.

Comienzo...

Como decía, volví del hospital con el ánimo envuelto en bruma («En franca decadencia», así lo describía el informe que recibí posteriormente), lo cual no resulta nada particular. La vida es mayoritariamente una cesta de fruta dura; las piezas en sazón escasean. Las reparten tacañamente, con cuentagotas, y además arracimadas, de modo que no puedes disfrutarlas enteramente.

No ocurrió nada reseñable después de mi llegada. Un par de días de atenciones extraordinarias y luego todo el mundo retomó sus rutinas, sus horarios, sus actividades. Todos menos yo, que vivía una situación ignota. Dedicaba las horas muertas a clavarme en la nada, tumbada en el sofá. Cuando era necesario, me levantaba, llevaba a los niños a la parada del autobús, o preparaba huevos fritos. Luego volvía a la posición original y a mecirme con el ruido de la televisión.

A mi alrededor, nadie se percató del cambio. Ni siquiera yo. No deja de sorprenderme cómo pude mantenerlo en secreto; cómo, viéndome a diario, ni mis hijos ni mi marido lo percibieran. Mi alma debía de emitir unos crujidos espantosos; todas mis teclas debían de desafinar; sin embargo, lo que ocurrió los pilló por sorpresa.

Ahora que lo pienso, capto la presencia de ciertos síntomas; tímidos y justificables, quizás, pero significativos. Y no precisamente la tristeza. En realidad, no me sentía triste. Al menos, no padecía de ese amargo desconsuelo de aromas adolescentes. Se trataba de algo muy distinto, extraño, que se iba apoderando de mí poco a poco, como la carcoma. Dejé de hablar y también de escuchar. Ni siquiera presté atención al enésimo borrador del

Código Penal que se debatía en aquellos momentos en el Congreso de los Diputados y que habría de afectar profundamente a mi trabajo. Un mes antes, algunos de sus artículos me habrían levantado de la silla hecha un basilisco. Pero, en aquel momento, me traían sin cuidado. Hasta el estado de mi melena pelirroja, antes tan importante para mí, me importaba un rábano. De repente, mi existencia se había vaciado. El tiempo estaba hueco.

Lo mismo pasó con la alimentación. Comía hasta hartarme: patatas fritas, pipas, *pizzas*, bocadillos, golosinas; luego, pasaba un día completo sin probar bocado. Y, sobre todo, con el sueño. Desde mi salida del hospital, me abandonó. Se acabó de repente, sin más, sin aviso, como cuando se agota la bombona del gas con el filete a medio freír. Cada noche, acurrucada entre sábanas de negrura, hora tras hora, minuto tras minuto, sentía cómo me acechaban los fantasmas del pasado. ¡Qué cruel puede llegar a ser la noche! Cruel y espesa. Espesa como la silicona o como el dolor que se te anuda al cuello y no pasa. Como la desesperanza. Pasaba las vigilias con los ojos abiertos contemplando la oscuridad, sin pensar en nada ni tener nada en que pensar. Luego, la situación nocturna se extendió al día, que se tornó una fotografía vieja y descascarillada, en blanco y negro.

No quiero que se me entienda mal. No estaba enfadada conmigo misma, mucho menos con el mundo. No buscaba abrigo, ni consuelo, ni refugio. No me compadecía de mí misma. Simplemente, estaba fuera de mí, en un lugar lejano.

Por fin, uno de aquellos días, de nuevo tumbada en el sofá con la televisión encendida por tener algún ruido de fondo, emitieron un reportaje sobre una mina. No recuerdo el tipo de mineral, pero sí que sus filones se habían agotado. En aquella circunstancia, túneles, raíles, pozos..., todo resultaba inútil. A los expertos sólo les preocupaba hallar la mejor forma de que aquello desapareciera. Finalmente, alguien colocaba unas cargas explosivas, apretaba un botón y hacía que todo aquello volara por los aires. Los vecinos aplaudían y vitoreaban el espectáculo. Había dado de comer a cientos de familias durante cientos de días, pero eso pertenecía al pasado. Sus tripas se habían tragado seis vidas, pero ninguna viuda lloraba el entierro ante la tierra rojiza.

Tras ver aquel reportaje, me invadió un sentimiento de huidizos perfiles;

nuevo y a la vez conocido, como el ritmo de las olas. Aquella mina me abrió definitivamente los ojos. No por el hecho de que estuviera agotada y careciera de valor, eso no me importaba lo más mínimo. Fue ver a aquella gente que aplaudía a la muerte...

Como yo.

En aquel momento tuve la certeza de que sólo morir me haría feliz.

Había encontrado un nuevo sentido a mi vida: acabar con ella, borrar todo mi rastro. La muerte se había cernido sobre mí en otras ocasiones. En todas ellas me había parecido amenazante, angustiada, terrible. Pero, en aquellos momentos, se me antojaba liberadora, excepcional. ¡Morir, dormir! Dormir para siempre, desaparecer, borrar mi rastro. Vacaciones perpetuas. Sin insomnios; sin embarazos ni abortos; sin huevos fritos, ni autobuses. Sola, por fin.

Me incorporé sonriendo. Reconozco que por un instante la idea de que me estaba trastornando me sacudió. Pero enseguida concluí que estaba tan cuerda como Rodrigo. Con una racionalidad completamente límpida, comencé a rastrear distintos caminos, a agotar posibilidades. Pasaba las noches dedicada a mi nueva obsesión: encontrar el mejor modo de morir.

El mejor modo... Porque tenía que dar con el método idóneo. No bastaba con matarme, debía hacerlo bien. Ése era mi objetivo. Y cuanto más me afianzaba, mejor me sentía. Experimentaba una placentera sensación de liberación: se me hinchaban los pulmones, como si fueran velas que hubieran de llevarme a mi destino. Al método había que exigirle eficacia (debía terminar para siempre y a la primera), debía ser indoloro para mí (odio el dolor) y llevadero para los demás, en la medida de lo posible. En los juzgados de instrucción he visto los desastres familiares que crean los suicidios. No quería que mi familia tuviera que pasar por eso. Por ello, debía hacerlo pasar por un accidente. Mi único problema era que no sabía cómo.

Entonces fue cuando la visión de Rodrigo me atrapó. Él era un maestro de la muerte. Tenía que aprender de su experiencia. Dejé de encender la televisión, y cambié su ruido por la voz del *broker*. Creo poder recitar de memoria su texto. Sobre todo el de aquella joven vietnamita: la tercera en su lista de víctimas.

Cada vez que cerraba los ojos, bien fuera despierta o atontada a medianoche, la cara de aquella joven oriental aparecía ante mí. Impasible, pese a la profunda muesca de su cuello, que se mostraba amoratado. Su cuerpo era delgado y menudo y compensaba su exigua estatura con unos zapatos de tacón con enormes plataformas. Era joven, aunque no una niña. Masticaba chicle, pero había perdido la inocencia.

Encontré el nombre del local en una página de Internet. Decía que era un club nocturno, donde resultaba sencillo comprar favores sexuales. Solían frecuentarlo directivos extranjeros; mi presencia no causaría extrañeza. Cogí un taxi y me dirigí al lugar, pero pedí al conductor que me dejara dos calles más arriba. No quería testigos si algo salía mal. Cuando entré, cuatro hombres servían detrás de la barra. Por el local pululaban una docena de señoritas, ligeras de ropa. Recogían copas vacías y volvían a llenarlas, aunque su función primordial era calentar a los clientes. Como señalaba la información de Internet, la mayoría eran caballeros europeos o americanos, con corbata desanudada y dólares frescos.

Saqué un par de billetes y los puse sobre la barra. Pedí un whisky, que no toqué. No pruebo el alcohol. Había una pantalla gigante, colocada en alto. Estaba encendida. Emitían un reportaje sobre erotismo: realizaban entrevistas a actrices norteamericanas del porno, que hablaban sobre su exitosa vida mientras mostraban orgullosas algunas de las mejores secuencias de su filmografía. Si el sonido estaba encendido, no se oía lo que decían. Había mucho ruido, pero no impidió que oyera a la chica bajita que se había colocado a mi lado. Retiré la vista de la pantalla y me di la vuelta.

—Me llamo Marilyn —dijo en un inglés aceptable.

Confieso que me eché a reír. Era delgada, de talla pequeña, con una larga melena lisa teñida de rubio platino. Un flequillo recto le tapaba la frente, pero no los ojos: sus rasgos orientales resultaban llamativos; el contraste con el color del pelo, atroz.

—No te rías. Puedo ser tan buena como la Monroe. O mejor. ¿Te atreves tú a ser John Fitzgerald? Puedo cantarte *Happy Birthday* y luego demostrarte de lo que soy capaz... Salgo dentro de treinta minutos. Sígueme entonces —añadió.

La media hora se me hizo eterna. Me la pasé contemplando cómo babeaban aquellos empresarios de pacotilla. Se decían tiburones del mercado, gigantes de las finanzas, pero no eran más que animales atados a sus instintos. Serían capaces de vender el alma por una bajada de bragueta.

Finalmente, la vi salir de un reservado, recolocándose la falda floreada y el top. Me buscó con la mirada y cuando me encontró me guiñó un ojo. Vi que tomaba la salida trasera. Durante unos segundos, apenas unos instantes, dudé. Pero tragué saliva y me puse en marcha.

La puerta posterior daba a un callejón estrecho de mal olor, levemente iluminado por una farola lejana. La lluvia caía tan fina como el agua que sale de la alcachofa de mi ducha, e igualmente te calaba. Por un momento, temí que de la oscuridad surgieran sus compinches, me dieran una paliza y me birlaran hasta la camisa. Pero no ocurrió nada de eso. El pasaje estaba en calma. No se veía a nadie por los alrededores. La excepción, un par de gatos que salieron corriendo al vernos.

Supongo que Marilyn contaba mis pasos desde el principio, pero no dio muestras de ello. Siguió caminando. No dijo nada, ni aceleró la marcha. Pero al llegar a la farola, se agarró a ella y empezó a dar vueltas y a contonearse, como si bailara para mí. Me detuve. Sus labios rojos brillaban bajo aquella pálida luz. Cerca de allí había una rejilla en el suelo, de la que emanaba un humo espeso, gris. Me la imaginé con el vestido blanco volando al aire, elevándose a causa de las emanaciones del subsuelo.

Tras unos segundos, dejó de bailar y siguió andando, pero volvió a detenerse unos pasos más allá. Al ver que no me acercaba, retrocedió. Cuando llegó a mi altura, se puso de puntillas, se me enroscó al cuello y, sin previo aviso, me besó con la boca abierta. Sentí una terrible rabia, como si aquella puta acabara de inocularme un veneno. Como si fuera una planta carnívora dispuesta a engullirme.

La separé de mí, sujetándola por los hombros y le di la vuelta. Acerqué su espalda a mi pecho y respiré profundamente: el momento se acercaba. Pero ella no lo sabía y, ajena a mi propósito, echó ambas manos hacia atrás y las deslizó por mis ingles, frotando.

—Sé lo que quieres, blanquito. Vi tus ojos ahí dentro —me susurró.

No contesté. No me gusta contemporizar con mis víctimas. Saqué el alambre del bolsillo, rodeé su cuello y apreté. De inmediato, sus manos abandonaron mis piernas y buscaron su garganta. No fue suficientemente ágil. Apreté con todas mis fuerzas. Me llevó cuatro o cinco minutos, apenas ofreció resistencia. Carecía de fuerza. Poco a poco fui rebajando la presión, hasta soltarla. Comprobé su pulso. Estaba muerta. Luego, le di la vuelta y me fijé en sus ojos. Estaban muy abiertos, inyectados en sangre; la cara, hinchada y azulada. Sus labios, inexpresivos, mantenían el tono rojo. Pero ya no besarían más.

Acerqué su espalda a la pared, y la dejé en el suelo, inerte, a unos metros de la luz de la farola. Con el rotulador en la mano, me detuve a cerrarle los ojos, inexpresivos. La contemplé. Sus flacuchas piernas, montadas en tacones y plataformas, carecían de atractivo, aunque no totalmente. El número tres que le había dibujado la había convertido en lo que nunca, por sus propios medios, podría haber llegado a ser: una heroína.

Antes de marcharme, saqué la pequeña petaca que llevaba en el bolsillo. La había llenado de queroseno. Sin embargo, constaté que su ropa era acrílica; ardería sin necesidad de ayuda. Acerqué el mechero y prendí una de las esquinas de la falda de flores. Las llamas se extendieron por su bajo vientre, pero no progresaron. Aquello no era lo que buscaba. Recuperé la petaca y, con cuidado de no quemarme, vertí su contenido sobre su cara, que prendió de inmediato.

Me quedé unos segundos viendo cómo salían llamas de sus ojos, pero no tenía tiempo que perder. El olor a carne quemada es desagradable y podría haber atraído a algún curioso. Abandoné el lugar a toda prisa. Cuando doblaba la esquina, me di la vuelta. Su pelo rubio ya no existía, y ella tampoco. Las quemaduras pueden penetrar las capas profundas de la piel, causando estragos en músculos y tejidos, y afectando a muchas de las funciones del cuerpo. Pero a ella ya no le importaba. Mi heroína, mi Marilyn particular, estaba muerta.

«Una heroína.» Aquella chica de pueblo de pobre profesión se había convertido en una heroína.

Pasaba las horas muertas repasando sus páginas, viviendo sus historias. ¿Cuántas veces pude leer ese pasaje? No lo sé. Debieron de ser muchas, aunque tengo la sensación de que la idea me atacó de repente, en un instante de lucidez. La visión de aquel número siete en mi pierna izquierda me pareció simplemente genial, completamente clarividente. Aquel número... Cuanto más lo pensaba, más me embriagaban sus dos líneas rectas, perfiladas con decisión, de un solo trazo, y su «V» de victoria. Y Rodrigo, cuyo rostro de máscara se me antojó un día terrible, empezó a fascinarme. Él había dado con el asesinato perfecto; yo debía buscar el suicidio perfecto. El suicidio de una heroína.

Si moría como tal, mis hijos pensarían que no había muerto en vano. Pero ser una heroína requería un plan. No tardé mucho en discurrirlo. Era tan sencillo que resultaba genial. Mi argumento fue más o menos el siguiente: hasta ese momento, nadie había podido atrapar a Rodrigo; no dejaba pistas, ni había motivación para buscarlas. Si no hacíamos algo, iba a salirse con la suya.

Yo le atraparía. ¿Cómo? Reactivando el caso. Ofrecería a la policía una nueva víctima. No estaba dispuesta a quitar la vida a nadie, pero estaba encantada de perder la mía. Todo casaba: me mataría, pero antes pintaría un número siete en mi pierna. En cuanto Iturri y Jaime lo vieran, removerían Roma con Santiago para dar con él.

Mis hijos me llorarían; Jaime, también. Y probablemente Iturri. Pero el dolor de la pérdida sería mucho menor. Para cuando se dieran cuenta de que

Rodrigo no era culpable (la grafología del siete lo confirmaría, si es que el forense era un buen profesional y lo comprobaba), el duelo habría pasado.

Una vez convencida, llegó la fase más complicada: decidir el modo. Eso era lo que me traía a mal traer. Me debatía entre tirarme por una ventana, desangrarme en la bañera, y la pistola. La primera fórmula resultaba incierta, la descarté casi de inmediato. La bañera caliente parecía más dulce y más segura, pero presentaba dos problemas notables. Uno era estratégico; otro, táctico. Conozco cómo trabaja la policía científica y los cuerpos forenses. Cuando me hicieran la autopsia, se darían cuenta enseguida de que había sido yo. De haberlo hecho otra persona, los dos cortes en las muñecas tendrían similar profundidad, y decisión. Como soy diestra, el de la mano derecha sería superficial e impreciso. Pero aunque lograra engañarles en este punto, quedaba otro cabo suelto. Rodrigo empleaba un rotulador corriente para tatuar a sus víctimas. Si estaba en la bañera tantas horas, el agua podría borrarlo y todo el esfuerzo habría sido en vano.

También la pistola presentaba inconvenientes: en primer lugar, dejaría rastro de pólvora en mi mano; si empleaba guantes, no podría quitármelos. ¿Qué hace una mujer enguantada dentro de su casa? Eso daría que pensar a la policía, y alargaría el proceso. Aunque no mucho. En cuanto analizaran los guantes sabrían que había sido yo. Además, había otro factor, el que más me preocupaba: podría errar el tiro. Hacerme daño, pero no morir. Un coma permanente, por ejemplo, sería terrible para mi familia. Y por si eso fuera poco, quedaba buscar un arma. Y no era fácil. La policía custodia muchas armas que han estado implicadas en algún delito. Podría usar una de ellas, pero dejaría rastro: debía explicar por qué la pedía, y firmar un registro.

¿Qué habría hecho Rodrigo si hubiera estado en mi lugar? No encontré ninguna pista en el libro.

Salí de casa, busqué una librería y compré todas las novelas de crímenes que tenían en la estantería, una media docena: el género negro siempre está de moda. Devoré los títulos. Tardé un día y medio. No seguía el argumento, me limitaba a pasar páginas hasta dar con la descripción de los crímenes. Anotaba modos y maneras y pasaba al siguiente. Tras esas pesquisas, concluí que lo idóneo, como siempre, era lo más simple. La Navaja de Ockham de la que Rodrigo hablaba. Mejor que no hubiera sangre. De otro modo, pillarían

mi estrategia a la primera.

Aquella madrugada, urdí el plan definitivo. Por la mañana, tras preparar los almuerzos, subí a mi cuarto, me duché, me lavé el pelo, me coloreé las mejillas y los labios y me vestí con tacones y traje de chaqueta. Mis hijos estaban asombrados, llevaba días en vaqueros. «¿Vuelves a trabajar, mamá?», me preguntaron. Respondí con evasivas. Los llevé a la parada del autobús y, de paso, tiré las novelas al contenedor de basura. Después, con una enorme sonrisa en los labios, y un punto de seriedad en la voz, me dediqué a visitar farmacias. Lo que pedía requería receta, pero soy una señora con buena pinta. Es fácil convencer al mancebo de una farmacia pequeña. La frase: «No consigo dormir. Sólo padezco un poco de estrés», funciona. La cosecha fue buena. En menos de tres horas me había hecho con dos cajas de Lexatin, otras dos de Orfidal y tres de Valium. Me pareció suficiente.

Cuando llegué a casa, eran las doce y pico. Demasiado tarde. Lo dejaría para el día siguiente. Estaría sola desde primera hora de la mañana: si tomaba las pastillas temprano, con el estómago vacío, cuando mi familia regresara por la tarde, estaría definitivamente muerta. Por fin.

«¿Qué día es mañana?», me dije.

No es que me importara demasiado. Simple curiosidad: quería saber qué fecha pondrían en mi lápida. Enseguida deseché la indagación por estúpida. Iba a morirme para siempre. ¿Qué más daba? No vería lo escrito...

O quizás sí.

—¡No hay nada después! —chillé. Estaba sola en el salón de casa. La visión del infierno, del que tanto me habían hablado en mi infancia, me impactó—. Nada, no hay nada de nada. Ni infierno, ni cielo, ni limbos... Mañana todo se acabará.

No miré el calendario. Me quité los tacones y puse manos a la obra.

Si, antes de todo esto, hubiera imaginado mi suicidio, estoy segura de que en lo primero que habría pensado habría sido en escribir una larga carta. Letras de despedida, lacrimógenas, melodramáticas, con la tinta corrida por las penas derramadas. Unas letras que incluyeran el último adiós y un testamento: habría que repartir los pendientes heredados de mi abuela, el

collar de perlas, la colección de monedas del mundo, mi vieja cartera y el ordenador. No tengo mucho más de lo que merezca la pena acordarse. Pero la mente es dama caprichosa y manipuladora, que anda siempre pisándote los pasos. Quizás por eso, metida en faena, lo de la carta ni siquiera se me ocurrió. Pero sí otras cosas, ruidos que repiqueteaban en mi cabeza, de forma machacona, como una retahíla.

El primero, el cajón de la ropa interior. Tenía que tirarlo todo. No quería que nadie tuviera que vaciar ese cajón. No es porque no hubiera nada aprovechable, sino porque no quería que pasara de mano en mano. Y mucho menos que lo tocara la policía judicial. Extraje el cajón, cogí una bolsa de basura y volqué su contenido dentro. Íntegramente. Sólo dejé una muda. Iba a morirme con lo puesto.

Luego recopilé todos los documentos importantes y las pólizas de seguro y las guardé en un armario; suficientemente ocultas para que no resultara evidente, pero no tanto como para que no las encontraran a tiempo. Si no descubrían que había sido un suicidio, podrían cobrarlas todas. Las penas con millones son igualmente penas, pero pagan el entierro y los pañuelos de papel.

Y, finalmente, la emprendí con el pasado: tres enormes cajas de cartón — dos corrientes y otra forrada de rayas fucsias, beiges y azules— repletas de recuerdos componían mi historia. Iba a acabar con ella por las bravas, al modo romano.

Cuando conquistaban un territorio, y tras matar, saquear y violar, que era lo más urgente, las tropas del imperio se tomaban la molestia de meter el arado en los terrenos de cultivo y sembrarlos de sal. Ésa era la más cruel de las venganzas: aquella tierra no volvería a dar fruto. Estaba muerta, yerma. Eso era exactamente lo que yo buscaba: deshacerme en la nada.

Y, por eso, comencé a romper cosas como si en ello me fuera la vida o, más bien, la muerte. Entradas de museos, tickets de autobús romanos (creo que éramos los únicos pánfilos que pagábamos), los billetes de avión de nuestro viaje de novios (sólo llegamos a Tenerife), calificaciones del colegio de los niños, dibujos del Día de la Madre, tarjetas de felicitación por nacimientos y aniversarios, facturas de restaurantes que, por algún motivo, resultaban especiales... ¡Hasta rompí la carta del Rey!

¡Cómo me apena ahora! No lo digo por el autógrafo del jefe del Estado, eso poco importa, no es más que un papel para enseñar y presumir. Lo digo por aquella vieja agenda donde anotaba los chistes de los niños, las fechas en que habían empezado a hablar o a andar, sus trastadas, las tonterías que habían dicho o hecho. Lo digo por aquella fotografía de mi abuela, y por mi cuaderno de caligrafía. Lo digo por los chupetes (los conservaba todos) y, sobre todo, por aquel telegrama. Jaime no se atrevió a pedir mi mano en persona. Envió un cable a mi casa de Bilbao. «Rojilla mía, ¿quieres pasar el resto de tu vida con un carlista? Prometo mantener atada a la competencia.» (Si lo hubiera leído mi suegra, no me habría hecho falta buscar fármacos. Se habría ofrecido personalmente a degollarme.) Tiré todo aquello sin mirarlo siquiera. Llené otras dos bolsas de basura.

Abrí la ventana. El polvo que contenían las cajas me había irritado los ojos. Permanecí un instante contemplando el jardín. La urbanización estaba tranquila. Un par de coches a lo lejos; el perro del vecino, siempre ladrando a la luna; tres hombres corriendo, cada uno por su cuenta; el ruido de una cortacésped, como una letanía. En el parque cercano, tres niños con sus niñeras observaban curiosos algo en el suelo. No alcancé a ver qué era. El día anterior había habido tormenta. Quizás fuera un pajarillo que se había caído del nido.

De pronto, los niños salieron corriendo. Yo desperté. Cerré la ventana, cogí las bolsas y me dirigí hasta los contenedores más cercanos. Y las arrojé sin contemplaciones, cada una en el que le correspondía. Es curioso. ¿Qué sentido tenía? Unas horas después, el futuro del planeta no me importaría lo más mínimo.

Luego volví a mi amado sofá. Cansada, inquieta, excitada. Empecé a dudar de mi capacidad para hacer lo que me había propuesto. Sentía una resistencia interior, un miedo nervioso.

«Puede que no sea bueno esperar; quizás debería hacerlo ahora mismo», pensé.

Rectifiqué sobre la marcha. Sólo tenía una posibilidad. Si empezaba de inmediato, era posible que me encontraran antes de que los efectos de los fármacos fueran letales. Debía esperar, tranquilizarme. Fui al frigorífico y cogí una cerveza. Estaba muy fría. Me la bebí de una vez y me llevé otra al

salón, con una bolsa grande de patatas fritas. Más alimento para los gusanos. Estaba de vuelta en el sofá cuando sonó el timbre. ¡Qué extraño! No esperaba a nadie.

Lo dejé correr. Seguí con las patatas. Llamaron dos veces más. Permanecí recostada. Finalmente, sonó el teléfono de casa. Es inalámbrico, no sabía exactamente dónde estaba, aunque cerca, porque lo oía. Empecé a buscarlo por la habitación pero me arrepentí enseguida. Dejé que sonara, hasta que cejó. Justo en ese momento, volvieron a pulsar el timbre de la puerta. Una vez y otra. Finalmente, decidí claudicar. Estaba claro que no me iban a dejar en paz.

Al abrir, me topé con Iturri. Me abrazó nada más verme.

—¡Lola!, ¿cómo estás? He estado fuera, en una de las sedes de la OTAN en Norteamérica. Al llegar, me he enterado de tu aborto. No sabes cómo lo siento; me imagino por lo que habrás pasado. ¿Te encuentras bien? — Impresa en sus ojos verdes pude leer su dulzura. Por primera vez notaba que alguien era capaz de compartir mi dolor. De sentirlo conmigo.

—Me encuentro perfectamente, es agua pasada. Pero gracias por tu interés.

—¿No me vas a invitar a pasar? A través de las cortinas, he notado que estabas en casa. ¿Por qué no abrías?

—La verdad, Juan, es que me he traído el trabajo a casa. Tengo que estudiar un proyecto de ley con urgencia —fue lo único que se me ocurrió—. Si quieres, podemos hablar pasado mañana...

—Pues ese proyecto debe de ser muy aburrido, si necesitas beber para estudiarlo...

—¿Cómo dices?

—Hueles a cerveza. Normalmente, tú no bebes. ¿Sabes que la cerveza engorda?

—Me da lo mismo. Me apetecía y me he tomado una. ¿Alguna objeción?

—Ninguna. Sólo digo que has empezado muy pronto, para no tener costumbre.

—Tenía sed. —No di más explicaciones—. Te veo bien, Juan. ¿Qué te parece si quedamos pasado mañana? Podemos comer juntos.

—¿No me preguntas por la OTAN, con lo curiosa que eres?

—¡Ah, sí, perdona! ¿Qué tal te ha ido?

—Déjame pasar y te lo cuento.

—En serio, Juan, estoy muy ocupada...

—Será un minuto. Y no me digas que no puedes; sé que no es cierto.

Me apartó de la puerta y se dirigió al salón. Se sentó en el sofá. Sobre la mesa descansaban dos vasos de cerveza vacíos y el envoltorio de la bolsa grande de patatas fritas. No hizo comentarios desagradables, como yo esperaba.

—Pues, mira, creo que tienes razón. Apetece una cerveza. ¿Me ofreces una? Muy fría. Tráete otra para ti.

Obedecí sin chistar. Puse a la mía un poco de limón. No había desayunado y empezaba a notar los efectos de las anteriores. No quería que ese estúpido detalle estropeará mi plan.

—Ven, Lola, siéntate a mi lado. Cuéntame cuándo ha ocurrido y cómo te encuentras.

—Fue hace mucho tiempo, no tengo ganas de hablar de ello.

—¿Mucho tiempo? ¡Venga, Lola, soy yo!

Y, sin más, se lo conté. No sé por qué ante Iturri soy capaz de abrir mi alma con mucha más facilidad que ante cualquier otra persona, incluido mi marido. Siempre me ha costado sacar lo que llevo dentro, llorar para consolarme, pensar en voz alta. Mas no con él. Pero si le cupo el dudoso honor de asistir al renacimiento de mis penas, fue por las dichas cervezas. Me soltaron la lengua sin remedio.

Y, sin preocuparme por mi aliento, le conté mis cuitas: el miedo inicial, la frustración posterior, el cargo de conciencia, el dolor... Le hablé de mi visita al potro de tortura, atada a las barras metálicas, con las vergüenzas al aire, aguardando a que alguien vestido de verde me rebañara el útero, como si fuera un puchero lleno de alubias quemadas. Le expliqué que esperaba que ese pequeño feto (Sonsoles, dije, aunque sabía que no lo entendería) no hubiera terminado en la caja de la que Jaime me había hablado, la que llegaba los jueves a su laboratorio y contenía trozos de miembros: piernas, brazos, abdómenes, cabecitas aún con las cuencas vacías... Y, metida ya en harina, con la cara inundada en lágrimas, me atreví a narrarle con cierto detalle la visita de los pequeños escarabajos uniformados con vestes del ejército de

algún faraón egipcio, que querían jugar al ajedrez. Y, obviamente, el alivio de su retirada.

Me escuchó en absoluto silencio, meditabundo. Su mutismo no indicaba desapego. Reflejaba su forma de ser. Iturri es un hombre taciturno. A mitad de la conversación, cuando el color verde entró en escena y le expliqué cómo la infundada culpa me corroía el alma, me sujetó la mano derecha y la retuvo entre las suyas, hasta que terminamos de hablar. Me llegó el olor de su colonia. La de siempre. La que tan bien conozco. La que tanto me tranquiliza.

—No sabes cuánto lo siento, Lola. Es una verdadera pena. Por ti y hasta por mí: lo cierto es que me hacía ilusión verte con otro mamoncete. Esta vez habría pedido ser su padrino...

—¿Ilusión, un niño? ¿Quién eres y qué has hecho con Juan Iturri?

—Lo sé. Siempre he odiado... Bueno, ésa no es la palabra exacta. Diré mejor que siempre he despreciado a esos monstruitos bajitos y caprichosos. De pequeños, son un completo coñazo: siempre enfermos, pidiendo cosas y demandando atenciones, irrumpiendo en tu vida sin pedir permiso. Y de mayores, peor. Cuando crecen se convierten en un terrible dolor de cabeza: «Estudia, vuelve pronto, no te drogues, no me gustan tus amigos, no bebas, deja ya de tocarme las narices...» Sin embargo, ahora... Debo de estar haciéndome viejo, pero ahora echo de menos no haber tenido hijos... Más que hijos, una familia, un sitio al que volver. Mi lugar en el mundo lo forman unos metros cuadrados, una lámpara y un sofá... ¿Sabes qué es lo más importante en mi vida, lo que verdaderamente sentiría perder?

—No —respondí, expectante.

—Mi Macbook. ¡Vaya compañía, un ordenador! Estoy más solo que George W. Bush.

—¡No digas eso, sabes que nos tienes a nosotros! Jaime, los chicos, yo...

—¿Me cuidarás cuando esta pipa me traiga el cáncer prometido? —dijo sacando una cachimba del bolsillo—. ¿Estarás conmigo en el hospital cuando la quimioterapia me haga vomitar los hígados y se me empiece a caer el pelo?

Le apreté la mano, pero enseguida le solté. No quería que nadie me hiciera desistir. Y la situación resultaba propicia. Le contesté en tono despreocupado.

—Quizás no pueda estar a tu lado. Pero no te preocupes, eso no importa.

Saldrás adelante. Además, todavía es posible que encuentres a una buena chica y te cases. Los hombres podéis tener hijos mucho más allá de los cincuenta...

—¿Por qué dices que no podrás estar a mi lado?

Me puse colorada. Intenté salir del atolladero de la mejor manera posible.

—No lo sé, Juan. A lo mejor, estás en otro país y no me entero. O puede que, cuando eso ocurra, que no ocurrirá, me haya muerto... Ya soy mayorcita... —susurré. Noté que tenía la voz afectada.

—¿Cómo puedes decir eso, Lola? Dime qué te ocurre. Estás muy rara.

—Yo estaré rara, Juan, pero tú estás muy nervioso. Creo que deberías irte y volver otro día.

Me sujetó ambas manos. Apretó hasta hacerme daño. Luego, sin ningún pudor, me atrajo hacia sí y me abrazó. Su barba me rozó al pasar.

—Me habría gustado estar aquí. Que me llamaras. Te habría cuidado día y noche. Y no habrías necesitado cervezas para desayunar.

Me solté. Se me estaba yendo de las manos.

—Juan, cuéntame lo de la OTAN...

Entró enseguida al trapo.

—Pues no teníamos ni un atisbo... hasta ayer. Es muy pequeño, pero es algo: el oficial francés tiene una hermana, muy guapa. Y, mira qué casualidad, trabaja de traductora de ruso en Bruselas, por lo que es muy posible que haya coincidido con el general Karpovska. Además, este año ha pasado sus vacaciones en Málaga...

—¿Y todo eso qué prueba?

—Nada... Pero, al menos, es algo que investigar, un hilo del que tirar...

De pronto, Iturri fijó la mirada en algún lugar de la habitación y se detuvo.

—¿Qué te ocurre?

Tosió varias veces.

—No sé, algo se me ha metido en la garganta. ¿Puedes traerme un poco de agua, por favor?

—Claro.

Salí hacia la cocina. Cuando volví me lo encontré de pie, muy serio. Le tendí el agua. Cogió el vaso y, sin beber, lo depositó en la mesa. Y me miró

directamente a los ojos, con enorme fijeza. Bajé la vista, pero no me permitió escabullirme. Me cogió de la barbilla y me hizo levantar de nuevo la mirada. No vi reproches, ni recriminaciones, ni juicio, sólo pena.

—¿Por qué, Lola?

Mi corazón se paró. Lo primero que se me ocurrió fue pensar que había leído mi pensamiento. Pero era imposible. La medio bruja soy yo. Me relajé, saldría de aquélla. Pero él seguía mirándome fijamente. Sus ojos verdes brillaban. De pronto, se le saltaron las lágrimas.

—¡Por todos los santos, Lola, no lo hagas! Piensa en tus hijos. Y en Jaime. Y, si algo te importo, piensa también en mí. ¡Te lo suplico, no lo hagas!

Me quedé de piedra. ¿Cómo era posible que lo hubiera adivinado? ¡No había dicho nada que revelara mis intenciones! «Está hablando de otra cosa; no es capaz de leer mi mente», pensé. Su cercanía resultaba tremendamente agradable. Una parte de mí quería confesarlo todo. La otra no. Me encogí ligeramente de hombros y añadí al tiempo que me soltaba:

—No sé de qué me hablas, Juan.

—Lola, estás llorando...

—Han sido días duros, y hablar de ello me ha afectado. Eso es todo.

Se me quedó mirando fijamente de nuevo. Fueron unos instantes, pero se me hicieron años. Luego, en un susurro, añadió:

—¿Cómo has pensado hacerlo, Lola?

—¿Hacer qué? No te entiendo.

—Te hablo de la cuchilla de afeitar en una bañera caliente... Te aseguro que no es tan rápido ni tan indoloro como parece. Y, por supuesto, no es nada placentero, pese a lo que hayas oído. Uno las pasa putas. Y cuando quieres arrepentirte, y pedir que vengan a enmendar tu error, estás demasiado débil para llegar al teléfono... —Se detuvo—. Pero no. Estoy seguro de que has desechado esa idea: tú tienes un miedo visceral a la sangre. Debes de haber pensado en otra cosa. Veamos, conociéndote, habrás apostado por dejarlo estar... Creo... Sí, estoy seguro: pastillas. Jaime tenía muestras en casa de mil y un productos. Aunque no eran suficientes, ¿verdad?

Intenté balbucear alguna queja.

—No sabes lo que dices, Juan. Creo que es mejor que te vayas... Sí, será

lo mejor.

No me hizo caso.

—Te conozco, Lola. Llego y te encuentro hecha un desastre. Tienes canas y el pelo revuelto, recogido en una coleta. Sin embargo, tu pelo huele a champú. Y a todo correr te has puesto colorete y traje de chaqueta, aunque esas medias y esos zapatos no conjuntan con ese traje... De todo ello deduzco que has salido y que no ha sido para comprar pan. De farmacia en farmacia, ¿no? Dime, ¿dónde has puesto el botín?

Estaba admirada y desconcertada a la vez. ¿Cómo era posible que Juan me hubiera leído el pensamiento? Eran puras especulaciones. Sólo tendría que negarlo y me dejaría en paz.

—No sé de qué me estás hablando. ¿Cómo has podido sacar conclusiones tan disparatadas? De acuerdo, he tomado una cerveza de más, pero...

—¡Dime dónde está! —exigió.

Intenté zafarme, pero aún no me había soltado la mano y, tirando de ella, me obligó a sentarme de nuevo en el sofá. Traté de esquivar su mirada, pero repitió.

—¡Cuéntamelo!

En realidad, quería hacerlo, pero tenía miedo de que me hiciera desistir. Arrugué el ceño antes de contestar.

—De acuerdo, lo haré, si luego me dejas en paz...

—Adelante.

—No lo comprenderás...

—Inténtalo.

—De acuerdo: ya no quiero vivir más. Quiero descansar. Desaparecer. Dormir. Y no puedes detenerme, porque se trata de mi decisión... Además, he ideado un plan perfecto. ¡Y tú no vas a estropeármelo!

—Voy a hacerlo, porque no estás bien.

—¡Nunca he visto las cosas más claras! Quiero ser feliz. Sólo morir me hará feliz.

—¿Y tus hijos?

—No los voy a matar: simplemente se quedarán sin madre. Eso los hará más fuertes. Además, ellos también van a morir antes o después. ¿Qué más da el momento?

—¿Y Jaime?

—Se casará con una célula madre, preferiblemente boba, y será feliz.

—No, no lo será. Y yo tampoco. Soy incapaz de pensar en un mundo en el que no estés. ¡No me mires así, Lola, es la pura verdad! Cuando todo va mal (ocurre la mayoría de los días), pienso: «Aún me queda Lola. Mi Lola.» Tú me haces seguir. Siempre me imagino de viejecito en un parque, contigo al lado, diciéndome que el abuelote del banco de enfrente tiene cara de nazi o de asesino en serie. Y, aunque me río de ti, sé que tienes razón, y llamo a mis antiguos colegas, y vienen a detenerle. Y luego, vamos a tomar un café y tú lo pides con sacarina, porque el azúcar engorda. Y...

Se detuvo. Estaba llorando. Me puse muy seria, no quería que lo estropease todo. Le sujeté por la corbata y exigí una explicación.

—¿Cómo lo has sabido? —Permaneció en silencio—. Dímelo. No soy tan transparente. ¿Te han llamado de alguna de las farmacias? ¡Malditas cotillas!

—No. Has sido tú. O, más bien, tu desorden. Allí está tu bolso. Desde aquí he visto en el suelo dos facturas de sendas farmacias. Son inconfundibles. Llevan propaganda por detrás. Cuando has salido a buscarme el vaso de agua, lo he comprobado personalmente. Orfidal, Lexatin... Sólo había que atar cabos. ¡Gracias a Dios que he llegado a tiempo! Reconozco que, al principio, no podía creerlo. Pero en cuanto te he visto...

—¡Estúpida! Lo voy a hacer, Juan, y no vas a impedírmelo. Si de verdad me quieres, me ayudarás.

—Te ayudaré, pero no como tú crees.

Le abofeteé. Me sentía frustrada. No se ofendió. Volvió a abrazarme. De nuevo, me envolvió su olor.

—¡Voy a hacerlo, Juan! Cuando acabe, tú sólo tendrás que encontrar a Rodrigo.

—¿Rodrigo? ¿Qué tiene que ver ese tío con tu suicidio?

Sonreí con ironía. Aquella visita tenía un punto positivo: si Iturri estaba al tanto, podría amañar las pruebas.

—Voy a pintarme un número siete en la pierna. Cuando encontréis mi cadáver, creeréis que mi muerte es un nuevo episodio de la misma serie. A ti y a tus amigos de la Interpol no os quedará más remedio que encontrarle. Rodrigo necesita que le ayudéis. Cree que está haciendo algo bueno. Tenéis

que disuadirle...

Me cortó:

—Te tiemblan las manos. ¿Cuántas cervezas han caído?

—Tres —susurré.

—No es suficiente. ¿Desde cuándo no duermes?

—No lo sé. A ratos consigo echarme una cabezadita...

—¿Cuánto?

—Diecisiete días.

—¿Y qué te ha dicho Jaime?

—No creo que se haya dado cuenta...

—¡Mi pobre niña, tienes por marido a un imbécil! Olvídate de él. Yo te ayudaré. Prometo que no te dejaré sola hasta que te pongas bien. No me importa el tiempo que me lleve, aunque emplee el resto de mi vida. ¡Te lo prometo!

—Pero ¿no te das cuenta de que estoy bien? Es mi último día. Disfrutemos, ¿vale? Despidámonos como Dios manda. Recordemos viejos tiempos...

Hice ademán de acercarme. Quería otro abrazo, llevarme el olor de su colonia, pero me rechazó.

—Lola, escúchame bien: los sentimientos que estás describiendo no son más que los síntomas de una depresión. La inutilidad, la desesperanza, el abandono de tu persona, la pérdida de sueño, las perturbaciones en el apetito...

—¡No digas estupideces! No padezco ninguna depresión. Soy una persona completamente estable. Jamás en mi vida he padecido ningún trastorno mental.

Sonrió procurando desdramatizar, y siguió:

—Y también la tristeza, el desprecio de ti misma... Y las ideas recurrentes de suicidio. Pero ¿es que no lo ves? Estás meditando sobre tu muerte, y la ves como algo positivo, tanto que tú misma estás dispuesta a ejecutarla.

—¿Desde cuándo eres psiquiatra? No sabes de qué hablas. Yo no estoy loca.

—No estoy hablando de ninguna locura, sino de una gripe de la mente. Y,

por cierto, sé perfectamente de lo que hablo. He sufrido cada una de las fases por las que tú estás pasando, incluida la de buscar la mejor forma de morir. Supongo que habrás considerado el dolor, la eficacia, los riesgos...

No podía creérmelo.

—¿Tú has querido suicidarte? ¿Cuándo?

—¿Te acuerdas de cuando se cargaron al obispo de Pamplona y al abad de Leyre? El asesino me envenenó. Estuve a punto de palmarla...

—Me acuerdo. Aquello te afectó tanto que te encerraste seis meses en aquella abadía.

—No me encerré, Lola. Me encerraron. El dolor que sentía era tan grande que no podía afrontarlo. Un poco de medicación, paciencia, ayuda... Y aquí estoy. Mira, Lola, en mi caso la depresión sobrevino por el trauma de verme indefenso, al borde de la muerte, cuando hasta ese momento había sido capaz de controlarlo todo. En el tuyo, la culpa debemos achacársela a las hormonas, pero poco interesa qué lo causó. Lo importante es que yo, en aquel momento, y tú, ahora, no buscábamos dejar de vivir, sino dejar de sufrir. Si alguien llevara tanto tiempo sin dormir como tú, sentiría lo mismo. Cuando me has contado tus planes, has equiparado morir a dormir. Lo veo claro, Lola: no necesitas matarte, lo que necesitas es descansar. Cuando lo consigas, pensarás de otra manera. Estás tan agotada que tu memoria se ha vuelto selectiva: sólo ves un número siete. No eres capaz de saborear todo lo bueno que te rodea. Estás viviendo una pesadilla. Voy a despertarte, amor mío. Por la noche, entre sombras, todo se ve peligroso y complicado. Esperemos a que amanezca.

—Es de día —protesté, ya sin convicción.

—Te propongo un trato. Trataré de ayudarte a mi manera. Si no funciona, yo mismo te suministraré la pistola que necesitas. Además, prometo volver a ponerme a trabajar con el caso Rodrigo & Wilson. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza. Se levantó.

—Muy bien, dame tu arsenal.

Me incorporé y fui a mi cuarto. Juan me siguió en todo momento. Me llevaba cogida de la mano. Saqué la bolsa del cajón de la ropa interior, ya vacío, y se la entregué. Comprobó las cajas. Escogió un envase de Orfidal y lo abrió. Sacó dos pastillas y me las dio.

—Tómatelas con un poco de agua. Esta tarde, te traeré otra cosa. — Obedecí—. Ahora, quítate el traje de chaqueta y ponte un camisón. Te vas a acostar. No te preocupes, no miraré... O sí, pero poco importa. Prometo no recordarlo. Intentarlo, al menos.

Se acostó a mi lado. Yo estaba tapada por las mantas; él, sobre la cama, con la espalda apoyada en el cabecero. Me contó cosas de su infancia y de su trabajo hasta que logré dormirme. No sé cuánto tiempo estuvo allí. Sólo sé que cuando me desperté era de noche, y el que estaba a mi lado era Jaime. Tenía un ojo amoratado, y el pómulo hinchado.

—¿Qué te ha ocurrido? —pregunté, asustada.

—Un accidente —susurró.

No tengo dudas de quién le pegó. Ni de por qué. Llegar a casa y encontrarte a un hombre en tu cama, junto a tu mujer, no debe de ser muy agradable. Pero creo que la llamada de atención le vino muy bien.

No vi a Juan durante unos días. Eso sí, me telefoneó varias veces y envió a casa a un «psiquiatra amigo». Supuse que era el suyo. Se trataba de un tipo afable, con escaso parecido a los que habíamos entrevistado en Barcelona. Enseguida, quitó hierro al asunto: «Es un trastorno relativamente frecuente tras los partos y los abortos; no debe preocuparse.» Me recetó unas cápsulas amarillas que debía tomar tres veces diarias, con las comidas, y exigió a Jaime que no se separara de mí al menos en un par de días. Creo que habrían sido los peores de su vida, de no haber sido porque tenemos Internet en casa.

Empecé a tomar las cápsulas el martes. Pasados dos viernes, acudí a la consulta del médico de cabecera y pedí el alta. Ese lunes volví a la Audiencia. ¡Maldita química!

Volví al trabajo. Ver aquella montaña de expedientes de diez centímetros de grosor, oler el polvo acumulado, oír permanentemente sonar el teléfono, hablar con la gente y acudir al Starbucks Coffee cercano a media mañana resultó reparador. Recuperaba mi vida. Sólo contemplar sobre mi mesa el libro que había bajado de lo alto de la estantería —razón por la que me había caído— me recordó lo que había pasado. Aun así, tenía tanto trabajo acumulado, que no me pude parar a lamentarme.

Al único que no olvidé fue a Rodrigo. Él requería ayuda. Y el mundo necesitaba que fuera ayudado. Mantenía la esperanza de que, pese a su negativa, Wilson, es decir, Ross i Roví, se pusiera en contacto conmigo. Seguía pensando que, por alguna razón que podía intuir, el psiquiatra no se había atrevido a sincerarse, pero que terminaría haciéndolo.

Y los únicos medios con los que contaba para hacerlo estaban escritos en mi tarjeta. Por ello, en cuanto tuve un momento, abrí el correo y descargué los *e-mails*. No había abierto mi cuenta de correo desde el día del aborto. Habían pasado varias semanas. Me esperaban doscientos cuarenta y seis mensajes. Borré los diarios digitales atrasados (cincuenta y seis); las alertas de Google abiertas (sesenta y dos); los *spam* (ochenta y dos); seis reenvíos de reenvíos de Power Point sobre la felicidad, la mala vida de las mujeres que se quedan en casa o las andanzas de un colega que se pasa el día en los periódicos (éste lo ojeé antes de tirarlo), y leí y contesté los mensajes de apoyo (dieciséis). Quedaban veinticuatro. La mayoría era información jurídica, pero fui con cuidado. Tras hora y media, constaté que Wilson no me había escrito.

Pasada una semana, dejé de esperar. Marc Ross i Roví definitivamente no

iba a confesar. Y fuera quien fuese Rodrigo, estuviera donde estuviese, yo ya no podía ayudarle. Todo estaba en las sabias manos de Iturri y el seguimiento que la Interpol había ordenado.

Un día de primeros de noviembre, a media tarde, recibí una llamada en el móvil. Número privado. Dudé si contestar, pero no demasiado. Mi curiosidad es infinita, y el cartel de «privado» hace la tentación mucho más apetecible.

—¿Sí? —dije con voz neutra.

—Lola, soy Cristóbal Ezponda. ¿Te pillo en mal momento?

—¡Cristóbal! No, en absoluto. ¿Cómo estás?

Pensé que me llamaba por lo del aborto, pero no debía de haberse enterado porque no lo mencionó.

—¡Bien, bien! Supongo que habrás pensado que me había olvidado de ti, y de tu encargo. Pero no es así. No he conseguido hablar con Ignacio Vicens hasta esta tarde, hace cosa de media hora. Como te dije, estaba en Hong Kong, con el seguimiento de la construcción de una vivienda de lujo.

A aquellas alturas, el nombre de Vicens ya no estaba en mi disco duro. Aunque, al hilo de la conversación, me hice una composición de lugar y recordé enseguida que era un arquitecto de moda, cuyo estilo coincidía con la casa descrita por Rodrigo en su texto.

—¡Claro, Cristóbal! Te agradezco mucho las molestias que te estás tomando, aunque, en realidad...

No me dejó seguir.

—No es problema. Lo estoy pasando muy bien, me siento rejuvenecido. Pensar que puedo colaborar en el esclarecimiento de un caso criminal me pone contentísimo. En fin, que te llamo para decirte que he hablado con Nacho Vicens. Ha sido muy comprensivo. Te espera mañana a las diez en su estudio. Toma nota de la dirección: calle del Barquillo número 29. Si no conoces la calle, te diré que está muy cerca de la Audiencia: un paseo de diez minutos.

—¿Y dices que me espera?

—Sí. He pensado que lo mejor es que hables directamente con él. Llévate el texto, y lo comentáis. En cuanto le he dicho que se trataba de un caso

oficial, todo han sido facilidades.

—Pues te lo agradezco mucho —dije, sin saber bien qué debía decir. Me había quedado de piedra.

En cuanto colgué, miré el reloj. Las siete. Apagué el ordenador, rescaté del fondo del último cajón el manuscrito de Rodrigo y salí corriendo. Pedí al chófer que me llevara a la Fnac más cercana y compré un libro sobre el tal Vicens: *Vicens & Ramos. Twenty years. Veinte años*, se titulaba. Me horrorizaba pensar que me iba a encontrar con una figura representativa de un arte que me resultaba completamente ajeno, sin nada que decirle. Gracias a Dios, el libro tenía poca letra y muchas fotografías: podría acabármelo antes de presentarme en su estudio.

El taxi me dejó en la misma puerta: el número 29. La calle del Barquillo, en el viejo Madrid, es estrecha y de una sola dirección. Pagué con un billete de cincuenta euros. El taxista tardó unos instantes en reunir el cambio, por lo que se formó un pequeño atasco. Bajé cuando empezaban los primeros pitidos. Avergonzada, atravesé las puertas con la cabeza baja.

El edificio era antiguo, calculo que de principio de siglo (naturalmente me refiero al siglo XX; en el XXI, todavía no hay nada que destacar, a excepción de la maldita crisis). De 1920 o 1930, o quizás de mucho antes: un neoclásico castizo, con ladrillo caravista y balcones de piedra. Una enorme puerta de madera maciza de doble hoja daba acceso a un ancho corredor, donde en su momento entraron con facilidad elegantes coches de caballos. Éste desaguaba en un patio interior acristalado. Al fondo, a la derecha, un ascensor antiguo, idéntico al que había en la casa de mis padres. Era bonito, pero no tenía aspecto de sólido. Decidí subir andando. Al fin y al cabo, no eran más que dos pisos. La escalera era amplia, pero los peldaños, también de madera, estaban tan desgastados por el uso que no había uno recto. Me sujeté al pasamano: con tacones era lo más prudente.

En el descansillo de la segunda planta sólo había dos puertas, ambas pintadas de oscuro (verde, creo recordar). En la de la izquierda, una pequeña placa rezaba: «Vicens & Ramos. Arquitectos.»

Llamé al timbre. Sonaba como antaño. Nada de musiquitas melodiosas. Un timbrazo sordo y seco. Enseguida, un señor de cierta edad, vestido como un oficinista y con cara de oficinista (ni un atisbo artístico ni media sonrisa) me condujo hasta una sala de espera. El lugar era precioso: techos de vértigo rematados por molduras repletas de arabescos, vistosos plafones centrales y

suelos de tabla ancha que crujían a tu paso.

Dos enormes columnas sujetaban una viga de madera, antigua. Blanco, negro, una pizca de rojo; alguna pieza exquisita, antigua, un par de Pagolas y muchos libros. Docenas de libros. Estanterías repletas, de techo a suelo, y fotografías sobre un arcón. El lugar, aun siendo de trabajo, resultaba confortable, habitable. Los detalles habían roto la rigidez del diseño.

El arquitecto apareció unos minutos después. Reconozco que no me sorprendió. Había visto fotografías tuyas en el libro que acababa de comprar. Si acaso, algo más alto de lo que había previsto —quince o veinte centímetros más que yo—, y unos kilos de menos, lo que hacía más anguloso su rostro. Llevaba el pelo largo, aunque no demasiado, lo suficiente para aparentar naturalidad. Poseía una mirada franca, encerrada en unos ojos miopes marrón claro cubiertos con gafas de montura fina. Parecía conservar esa chispa de ilusión que se tiene a los veinte años, con los primeros proyectos, aunque calculé que se acercaba a los sesenta.

No vestía como un artista, pero nadie le habría confundido con un yupi o con un oficinista. Una americana jaspeada en tonos verdes, los mismos que la corbata de lanilla; unos pantalones beige, impecablemente planchados; zapatos y calcetines granates, y una camisa blanca mostraban a un tipo elegante, informal pero serio. Sólo el pañuelo que pendía descuidadamente del bolsillo de la americana —una amalgama de colores vivos— indicaba que era un virtuoso bohemio.

Me tendió la mano cortésmente, siempre con una sonrisa en los labios. Hablamos del tiempo, de la belleza del edificio (me mostró de cabo a rabo el inmenso piso), y de la dificultad de aparcar en la zona. Luego, me condujo a su despacho.

—Querida Lola, a tu disposición...

—No sé por dónde empezar...

—Lo mejor es hacerlo por el principio —dijo en un tono levemente socarrón—. Creo que no has venido para que te diseñe una casa.

—Es cierto —reí—. En fin, veamos... Lo diré de manera telegráfica: tenemos la descripción parcial de una casa, una vivienda unifamiliar. Dicen los entendidos que tiene tu sello, que podría ser tuya. Necesito saber si es cierto.

—Bueno, eso es fácil de saber. ¿Tienes una fotografía?

—No.

—¿Unos planos, entonces?

—Tampoco. Sólo una descripción. Me refiero a una colección de letras una tras otra. En suma, un relato.

—Pues entonces sería bueno leerlo...

Le entregué la copia que había llevado: sólo contenía las descripciones. Fugazmente levantaba los ojos del papel y observaba mi rostro. En poco más de tres minutos, me entregó los folios y sentenció:

—Definitivamente, esta casa es mía.

Su contundencia me levantó de inmediato el ánimo.

—¿Seguro?

—Seguro: apenas tiene un año. La construí en Santorini, una isla griega del mar Egeo. Puedo enseñarte algunas fotografías. Todavía no está en las revistas porque los propietarios me han pedido algo de tiempo: querían que todo estuviese perfecto.

No podía ser tan fácil...

—Pero, entonces, ¿conoces al propietario?

—¿Conocerle? Naturalmente. Trabajo cada casa con quien va a habitarla. Nos reunimos tantas veces como haga falta hasta...

—¿Y puedes decirme cómo se llama?

—Por supuesto: se llama Kimio Shibata.

—Pero ese apellido...

—Es japonés, aunque la familia lleva tiempo asentada en Estados Unidos. En Nueva York, para ser exactos. Shibata es el presidente de la filial americana de una empresa japonesa de mucho prestigio.

Debió de ver cómo me demudaba, porque enseguida me ofreció un poco de agua o algo más fuerte. Acepté el agua, aunque habría preferido lo segundo. Mientras iba a buscarla, me detuve a reflexionar. ¿Cómo era posible que me hubiera equivocado tanto? Sin embargo, las muertes eran reales. Pero entonces... No alcanzaba a comprender lo que estaba ocurriendo.

Le vi acercarse con una bandeja de plata en la mano; sobre ella, un vaso de cristal tallado. Pero no le di respiro. Le pregunté a bocajarro:

—¿Estás seguro de que la casa es tuya?

—Completamente.

De pronto se me encendió una luz.

—Una curiosidad, Nacho: ¿el señor Shibata habla castellano?

—¡Hablar, hablar, no! —rió—. Pero hace sus pinitos, con poco éxito para ser sincero. Incluso toma clases de flamenco. Pero, normalmente, hablamos en inglés.

Se me acabaron las palabras. Estaba claro que alguien había jugado conmigo.

—Lo siento, Lola. No sé qué es lo que te preocupa, pero si puedo ayudarte en algo, estoy a tu disposición.

Habría querido contárselo. Todo. Pero no era prudente. En realidad, había ido allí en busca de un asesino. No debe resultar muy agradable saber que tu mejor arte es pagado por alguien que lleva seis crímenes a la espalda. Si es que era, en verdad, un asesino...

—Es difícil de explicar, Nacho. Pero te lo agradezco de todos modos.

—¿Los planos de la casa te servirían de algo? O las fotografías...

—Es posible —contesté sin convicción—. En todo caso, me gustaría ver esas imágenes.

Salió de nuevo de la habitación. Volvió pocos minutos después con una enorme carpeta bajo el brazo. Contenía alzados, planos, secciones y otros papeles incomprensibles para mí. Y también una completa colección de fotografías de alta calidad: calculo que serían unas cien. Fue pasándolas una a una. De pie, inclinada sobre la mesa de despacho de Vicens —una pieza con sobre de cristal y esbeltas patas metálicas—, y escuchando sus comentarios, contemplé fascinada la vivienda.

Estoy acostumbrada a ver casas magníficas. Compro a menudo *Arquitectura y Diseño*. Pese a eso, me pareció una preciosidad. Siguió pasando fotografías, hasta que llegó aquélla. ¡Oh, la primera fotografía que captaba los perfiles de la biblioteca hizo que me tambaleara y me obligó a sentarme! Era exactamente como Rodrigo la había descrito. Rectifico: no era como la de Rodrigo, ¡era la de Rodrigo! La doble altura con la biblioteca colgante, el original botellero entre cristales opacos, la silla LC4. La alfombra negra, el mar al fondo. «Como en un castillo de popa», recordé.

Vicens me sacó del ensimismamiento. La preocupación le marcaba el

rostro y también sus gestos: se frotaba permanentemente las manos.

—Señoría, Lola, tienes que decirme qué ocurre. El arquitecto amigo tuyo que me llamó, no recuerdo el nombre, me dijo que se trataba de un asunto oficial. Además, desde que entraste, supe que esta casa era protagonista de algo siniestro. Y es mi casa. No en propiedad, claro, pero es tan mía como una hija. Necesito saberlo, me comprendes, ¿verdad? —Asentí con la cabeza —. ¿Me lo vas a contar?... Si te sirve de algo, te diré que estudié derecho un par de años... Sé qué significa secreto de sumario. Prometo guardar silencio sobre lo que me digas.

Tragué saliva. Me levanté y paseé por la habitación sopesando el ofrecimiento. Al cabo, dije:

—De acuerdo, te haré un resumen... Un tipo sin identificar nos ha enviado un texto; algo así como unas memorias. En ellas relata pormenorizadamente cómo ha cometido cinco delitos.

—¿Qué tipo de delitos?

—Los peores. Cinco asesinatos. Allí también anuncia que cometerá un sexto crimen. En estos momentos, sabemos que ya ha tenido lugar. La policía cree que se trata de hechos reales. —Me detuve un instante. Finalmente, decidí no mencionar al doctor Wilson—. Creemos que el autor es un hombre de mediana edad, raza blanca, que domina el español. Un perfil con el que coincide media humanidad, como ves. No disponemos de más pistas sobre él, a excepción de una colección de datos inconexos que, a modo de pinceladas, aparecen desperdigados por el texto. Entre ellos, la descripción de su casa.

—Mi casa —susurró el arquitecto. Se le veía perplejo.

—Su casa, al parecer.

—Pero, entonces... ¿Estás sugiriendo que Shibata es un sanguinario asesino? ¡No puede ser, es completamente inaceptable! Verás, Lola, en una profesión como la mía, interactuamos permanentemente con nuestros clientes. Nos reunimos con ellos muchas veces, tantas como sea necesario para lograr captar sus gustos, sus necesidades, su personalidad, su espíritu... A partir de ese conocimiento, creo poder afirmar que Kimio Shibata no mataría ni una mosca: es un hombre de bien, amante de su esposa y de su país...

—¿De su esposa? ¿El señor Shibata está casado?

—Naturalmente. Su esposa Sarah es norteamericana, aunque comparten antepasados japoneses. Un encanto de mujer: dulce, educada, culta. Como su marido, toma clases de flamenco porque le gusta nuestra cultura. Y también de guitarra española. Es pintora; una artista. Mira, ése es uno de sus cuadros —dijo señalando una mancha de color en la pared—. Se cotizan al alza en todas las pinacotecas. ¿Por qué lo preguntas?

Con un nudo cada vez más tupido en la garganta, contesté:

—Nuestro perfil apuntaba hacia un hombre soltero...

—¡Ahí lo tienes! Es imposible que tú y yo hablemos de la misma persona.

Tenía razón. Debía de haber un cabo suelto, un sendero que no había visto. Un prisma inexplorado.

—¿Estás completamente seguro de que lo que has leído describe tu casa?

—Ya has visto las fotografías. No hay muchas bibliotecas como ésa en el mundo. El botellero es único. Un modelo original diseñado por mí. Y la silla... En fin, es mi casa.

—¿Y no es posible que tenga dos propietarios? Una multipropiedad o algo así... —insistí.

—¡Lola! ¿Sabes cuánto ha costado esa vivienda? Sin mencionar el terreno. Nadie que se permite un lujo de esas características lo compartiría con otro. No. Kimio y su esposa son los únicos propietarios.

Nos quedamos en silencio, cavilando. ¿Dónde estaba el fallo?, me preguntaba. Rodrigo describía una casa que no era suya, pero lo hacía de manera tan pormenorizada que evidenciaba que la conocía bien. Exploré la siguiente posibilidad, casi rezando para no acertar.

—Nacho, ¿los Shibata tienen hijos?

—Dos: un chico y una chica.

El corazón empezó a latirme con inusitada fuerza.

—Un varón. ¿Sabes la edad?

—No exactamente, pero tengo una fotografía con ellos, tomada en su ático de Nueva York. Espera.

Volvió con un marco en la mano. Se veía al matrimonio Shibata posando en un jardín exquisitamente cuidado, junto a Vicens y dos adolescentes. Calculé que el hijo andaría por los dieciséis o los diecisiete. Demasiado

joven. Aunque nunca se sabe. Cuando un adolescente se tuerce, puede ser capaz de cualquier cosa.

—¿El chico habla castellano?

—Siempre hablamos en inglés... En fin, no lo sé. Sin embargo, lo considero improbable: cuando alguien aprende un idioma está deseando practicarlo. Él no lo hizo, aunque sí su madre y su hermana.

—¡Pues vaya rompecabezas! El asesino describe como suyo algo que no lo es, pero da detalles que sólo conoce quien ha vivido allí... Si no es Kimio Shibata, ni su hijo, sólo se me ocurre que sea algún amigo de la familia, alguien muy próximo. O quizás un criado... —Me detuve—. No, un criado no...

—¿Por qué no? En las novelas, el asesino suele ser el mayordomo.

—Los asesinatos se perpetraron en lugares muy distantes. Eso implica desplazamientos: aviones, hoteles, gastos... No creo que un criado pudiera permitírselo.

—De acuerdo, un amigo... Sí. Eso resolvería el galimatías. Habrá que preguntarles, con algo de tacto, quiénes son sus amigos íntimos.

—Nacho, ¿sería posible que me concertaras una cita con los señores Shibata? Estoy dispuesta a viajar a Nueva York, si hace falta. Será la forma más rápida de deshacer este embrollo.

—Creo que no va a ser necesario irse tan lejos. Esta semana la pasan en Santorini. He quedado con ellos allí. Salgo mañana viernes por la mañana, y paso en su casa el fin de semana. Querían que trabajásemos algunos detalles. Son gente muy acogedora, y la casa es enorme. Puedo decirles que me acompañas. Les encantará conocer a una jueza tan importante.

—No soy importante, Nacho, y no me gusta dar la lata a nadie. Puedo coger una habitación en un hotel cercano, y buscar un billete de avión... ¿Qué combinación coges para llegar a Santorini?

—Vía Atenas. La isla tiene su propio aeropuerto. Sin embargo, no hará falta. Mandan su avión a buscarme. Me consta que les encantan las visitas. Hablo con ellos y te confirmo el plan esta tarde. ¿Qué te parece?

Naturalmente, accedí.

—¿Crees que les importará que me acompañe alguien? —dije. Pensaba en Juan Iturri.

—Por supuesto que no.

Abandoné la calle del Barquillo llena de dudas y con un intenso dolor de cabeza. ¿Qué iba a encontrarme en Santorini? Esperaba de todo corazón que no fuera el hijo adolescente. No hay nada peor que un joven convertido desde la niñez en un depravado. Aunque es cierto que, en los niños, todo —lo bueno y lo malo— aparece exacerbado, esquinado. Un asesino de diecisiete años podía ser terrible. Quizás fuera listo, y hubiera ocultado su conocimiento del idioma. De que disponía de dinero suficiente no tenía duda.

Volví andando a la Audiencia, apenas medio kilómetro en el que empleé más de una hora. Llegué con los pies destrozados y la cabeza echa un lío. Desde allí, llamé a Iturri y le conté las novedades.

—¡Pues vaya un mentiroso que está hecho el tal Rodrigo! ¡Va a resultar que no es *broker*, ni es rico, ni acude al psiquiatra!

—Ya no sé qué creer y qué no. Sólo tenemos una certeza: es un asesino múltiple que tatúa a sus víctimas y las cuenta como si fueran ovejas. Tanto me da el dinero que posea, la profesión que ejerza o la edad que tenga. Hay que retirarle de la circulación. De modo que nos vamos a Santorini.

—Dicen que es un sitio precioso.

—Lo es. Aunque no creo que podamos disfrutarlo. Tengo la corazonada de que esa casa nos conducirá hasta Rodrigo. No sé cómo, pero sé que será así.

Iturri hizo una pequeña pausa. Supe de inmediato lo que venía luego.

—¿Qué tal te encuentras?

—¡Bien! —señalé—. Me encuentro bien, como siempre...

—¡Lola! —protestó.

—Es cierto, Juan. Estoy bien. Como antes, pero asustada...

—¿Asustada? ¿Por qué? No pasa nada...

—He estado a punto de suicidarme. De inmolarme, más bien, pintándome un siete en la pierna. Y lo más terrible es que creía estar haciendo lo correcto.

—Bueno, eso ya pasó.

—¡Lo sé, ahora lo veo todo claro! Pero también me doy cuenta de la debilidad de mi mente. He estado a punto de tirar mi vida por la borda. ¿Puedo volver a hacerlo?

—Estoy seguro de que no. Han sido unas circunstancias muy

excepcionales.

—Me pregunto si al tal Rodrigo le ocurre algo similar. Es probable que crea firmemente en su misión. Puede que de verdad le importe el futuro de la psiquiatría. Y el de la humanidad...

—¡Ni hablar! Tú has tenido un desequilibrio hormonal. Eso es todo. Él está como una cabra y ha asesinado a seis personas. No compares una cosa con la otra.

Pasé miedo durante el vuelo. Ni la exhibición de cuero y madera de raíz, ni el baño —el primero no liliputiense que veo en un avión— ni la exquisitez de la vajilla o del cristal de Bohemia lograron aminorarlo. Se movía. Mucho. Más que ninguno de los Boeing que suelo coger. En tierra, el aparato me había parecido precioso. «Una cucada», así fue cómo lo calificó el azafato, un caballero que pintaba algo de plumilla pero que estaba casado con la piloto: una rubia de origen sueco que le superaba varios centímetros en altura y en anchura.

En el aire, el componente estético perdió todo su atractivo. Me mareé y cerca estuve de vomitar. Vicens e Iturri no lo pasaron mucho mejor. Sólo Jaime permaneció imperturbable. Lo miró todo, lo tocó todo y probó cuanto le ofrecieron.

Creo haber olvidado decir que Jaime se empeñó en acompañarnos. La certeza de Vicens acerca de la inocencia de su cliente japonés no le convenció. «Por si acaso, Lola», fue su mejor argumento. Y el único. El principal se lo calló. Suficiente para él, aunque no para mí. Presentarme en casa de unas personas desconocidas, autoinvitándome y llevándome a mi marido y a «un amigo» no va con mi carácter. Pero al arquitecto le pareció una idea estupenda. Eso sí, advirtió a Jaime que su cliente tenía un punto de hipocondría. Si se enteraba de que era médico, le daría la tarde. Como así fue.

Agradecí divisar la isla, una curiosa herradura volcánica sobre un fondo inflamadamente azul. Al descender, pudimos contemplar sus playas de arena negra, y su puerto. Me sorprendió la ocupación: los barcos se abigarraban como sardinas enlatadas. Aterrizamos cerca de la hora de comer. La temperatura era agradable para la estación, pese al viento del este, que

soplaba con fuerza moderada. Un automóvil plateado, no logro recordar la marca, nos esperaba en la pista. El chófer, un nativo simpático ataviado con un uniforme que le quedaba justo, recogió nuestro equipaje. Se presentó como Belisario. Tuve que repetir el nombre varias veces para lograr aprendérmelo.

Nos pusimos en marcha de inmediato. Mientras ascendíamos por la falda de la montaña para dirigirnos hacia el norte de la isla (la residencia de nuestros anfitriones se encontraba en uno de los picos, un lugar tranquilo a trescientos metros sobre el nivel del mar), el hombre fue detallándonos las delicias de su patria: sus raíces helenísticas y bizantinas, su arte, su arquitectura, su literatura, su cocina mediterránea... y el Egeo, digno de los más delicados dioses.

Todo estaba tal y como yo lo recordaba. El suelo volcánico, en permanente contraste con las casas blancas encaladas y sus cúpulas de colores. Las pequeñas calles empinadas; el mar inmenso, impecablemente chato. Sin embargo, había olvidado la quietud. Relax para la vista y el oído. Tranquilidad para el alma, servida en una copa de tradición, de pueblo anclado en tiempos de héroes legendarios y mitos vivientes.

Mi nerviosismo iba en aumento mientras ascendíamos sorteando bicicletas, pequeños vehículos y algún asno. Por el contrario, los tres hombres (Iturri se sentó delante; Jaime y Vicens, a mi derecha) parecían relajados y disfrutaban de las vistas. Habían hecho buenas migas, y charlaban animadamente sobre pesca submarina, actividad que planeaban realizar a la mañana siguiente. Yo tenía otras cosas en la cabeza. No podía dejar de pensar en Rodrigo y en que sólo contaba con mi instinto para reconocerlo.

En la casa del cerro no nos esperaba un matrimonio encantador, aunque seguro lo era; tampoco unas vistas dignas de un monarca, o una magnífica mañana de pesca submarina. Estábamos allí porque aquellas paredes, tan cuidadosamente esculpidas por la mente de Vicens, escondían un secreto con el que se había confabulado una peligrosísima mente criminal. El secreto bien podía ocultarlo nuestro anfitrión. O su hijo adolescente; su mujer, incluso, aunque resultaba improbable.

No había dado demasiado crédito a las afirmaciones del arquitecto. No me fiaba de su instinto. Era un tipo demasiado magnánimo. Uno de esos

hombres dispuestos a rebuscar hasta dar con el lado bueno de cosas y personas. No niego que excusar a los demás, evitar juzgarlos o percibir su carácter por encima de las formas constituya una virtud, pero en aquellas circunstancias no dejaba de ser un problema. Sé —y lo afirmo con contundencia— que las apariencias engañan. He procesado a un pederasta de filantrópicas entrañas que presidía una ONG dedicada a la protección de la infancia. Me he visto las caras con un caballero encantador, ávido seguidor de las normas de protocolo social, que ejercitó el refinado deporte del boxeo en la cara de su esposa, alegando que no le había mirado con el debido respeto. He llegado a instruir el caso de una adorable abuelita de ochenta y dos años, moño blanco, agujas de tejer y olor a naftalina, que llevaba tres envenenando el café de su nuera porque sospechaba que quería quedarse con su collar de perlas...

Debíamos andarnos con ojo. Necesitábamos algo más de pericia.

Por fin, el coche giró a la derecha y se detuvo ante una enorme verja marrón, parda como la tierra que nos rodeaba. Se abrió con rapidez y suavidad, sin emitir ni un leve quejido. Tras ella, nos esperaba una mujer uniformada, occidental, probablemente originaria de la isla. Se disculpó en mal inglés en nombre de sus señores. Habían tenido que salir: volverían en unos minutos. Tomó mi equipaje y me pidió con un ademán que la siguiera. Andaba ligera como una pluma; parecía flotar sobre el suelo. Mis tacones, por el contrario, provocaban un ruido chillón. Decidí caminar de puntillas.

Como explicaba Rodrigo en el texto, la vivienda, una armoniosa combinación de volúmenes entrecruzados, poseía una entrada complicada. No se accedía a ella, como tenemos por costumbre, a través de una puerta principal, perfectamente identificable. Nada de imponentes fachadas enmarcadas con columnas; nada de mármoles estridentes. En aquella casa, más bien parecía que ingresaras en un pasadizo que te condujera hasta un lugar desconocido, mágico. Giramos a la derecha. A través de un corto camino de madera, con senderos de piedra blanca en los laterales, llegamos a un patio interior, donde se alzaba un olivo de tronco retorcido. Luego, otro giro a la derecha nos llevó por un nuevo pasillo hasta un muro de color terroso. A su izquierda se alzaba una puerta un poco mayor de lo habitual, pero nada del otro mundo.

Vicens notó mi cara de extrañeza.

—No juzgues hasta entrar, Lola —me advirtió al oído—. Un hogar debe evitar exhibirse. No es para los de fuera, sino para los de dentro. Si cuesta un poco el camino, más agradable será la llegada. Es como una pirámide: el faraón siempre está dentro.

Tenía razón. Al cruzar el umbral, nos topamos con un vestíbulo inmenso impecablemente blanco, enormes techos y ventanas sin fin. Una extraña simbiosis que no sabría explicitar más que con la palabra contradicción. Aquella casa mezclaba la liviandad y lo imponente; la simplicidad y la afectada grandiosidad. Hormigón y cristal. Tierra y cielo, con una única concesión al arte japonés: un casco kabuto y una preciosa armadura samurái realizada con cuero y partes metálicas lacadas, unidas por cintas de seda. Lo que no había era lujo. Al menos de ese que tanto gusta a los yanquis de Florida, que creen que la elegancia se mide en metros de mármol, número de vestidores y tamaño del *spa*.

No disfruté de la visita. No podía apartar la vista de lo que me rodeaba, como si de alguna esquina pudiera salir el hombre capaz de dibujarme un número VII en la pierna.

La doncella, que también era la cocinera, chapurreó un mensaje. Su inglés era nefasto, pero captamos dos palabras: aperitivo y piscina. Fuimos primero a deshacer el equipaje. Al cerrar la puerta de la habitación, me dirigí a Jaime, que contemplaba el mar desde la ventana.

—¿Qué opinas? —le dije.

—Es magnífico. De mayor, quiero ser rico.

—¡Me refiero a los dueños, tonto! ¿Crees que alguien con este gusto estético puede ser un asesino?

—¡Por Dios, Lola, es que no puedes descansar siquiera unos minutos! ¡Mira qué mar! Y qué cielo. ¡Quítate por un segundo la toga, mujer!

Me senté sobre la cama.

—¡No puedo! He venido a buscar a Rodrigo, no a divertirme.

—Pues ándate con cuidado. Tú mejor que nadie debes de saber que no se puede acusar sin pruebas. Ni con palabras, ni con gestos. Observa, pregunta con tacto, y luego deja que Iturri saque conclusiones. Vicens dice que sus clientes son incapaces de hacer algo así. Después de ver este sitio, me inclino

a creerlo.

—Recuerda que quien lo describe es Rodrigo...

—Lo sé. ¡Relájate, Lolilla, y deja discurrir los acontecimientos!

—No puedo, Jaime. Creo que, cuando pise esa biblioteca, me desmayaré.

—Anda, refréscate un poco, y vamos a la piscina.

Nuestros anfitriones telefonearon disculpándose. Les había surgido algo, no detallaron qué, pero nos informaron de que no llegarían hasta pasadas las cuatro. Nos pedían que fuéramos almorzando. Se sumarían a los postres.

Los empleados nos sirvieron la comida en uno de los porches que daban a la piscina. Especialidades locales —*souvlaki*, similar a nuestros pinchos morunos, y *dolmadakia*, unos rollitos de arroz envueltos en hojas de parra— y un magnífico pescado a la brasa, regado con un vino español, un rioja regalo de Vicens, y un Gentilini, un vino de la tierra muy apreciado, blanco con dejos cítricos. De postre sirvieron un *baklava*, nueces trituradas sobre pasta filo, bañado en almíbar, y nos ofrecieron *ouzo*, una bebida dulcísima parecida al anís. No la probé.

El porche nos mantenía a resguardo del viento. El sol nos daba de cara. Tras la segunda copa de *ouzo*, Jaime, Juan y Nacho se adormilaron. Yo fui incapaz. Si observaba detenidamente la piscina, podía ver a un hombre musculoso y atlético que empalmaba largo tras largo, para concluir el ejercicio en el caño que bordeaba el océano y que, en ese momento, estaba apagado.

Me levanté sigilosamente y me acerqué hasta allí. Acabé sentada en el bordillo. Las vistas eran imponentes, probablemente uno de los lugares más bellos en los que he estado. Y fascinante era también el silencio, sólo roto por el murmullo del viento al chocar con los árboles. Parecía imposible que Rodrigo hubiera preparado allí sus matanzas. El lugar hinchaba el alma.

Tampoco saboreé el instante. Seguía nerviosa. En cualquier momento aparecerían Shibata y su esposa. ¿Y si al verlo le reconociera? ¿Y si, por el contrario, mi instinto permaneciera mudo?

A mi espalda, un ruido me asustó. Me incorporé de un salto. Al darme la vuelta, me topé con una mujer. Tendría unos cincuenta años, aunque su atuendo informal y su pelo, recogido en una cola de caballo, le hacían parecer mucho más joven. Sus ojos achinados, el tono azabache de su pelo y el

amarillento de su piel confesaban sus orígenes orientales, pero el óvalo de su cara y su nariz respingona indicaban que corría suficiente sangre blanca por sus venas. Era una mujer vistosa, aunque no guapa, al menos para un occidental.

Me dio un abrazo, al tiempo que añadía en susurros:

—¡Señoría, bienvenida! Veo que los caballeros han sucumbido a los efectos del *ouzo*. Dejemos que descansen. Sentémonos. —Lo hicimos, de nuevo en el bordillo, mirando al abismo—. ¡Qué alegría tener en mi casa a una mujer tan valiosa y española! ¿Toca usted la guitarra, señoría?

—No, lo siento. Aporreo el piano, eso es todo. Pero me han dicho que usted va camino de superar a Paco de Lucía... Y, por favor, llámeme Lola.

—¡Naturalmente! Yo soy Sarah. Y no crea todo lo que oye. Estoy segura de que mi profesor de música sueña con asesinarme. Mi oído es pésimo. —Se echó a reír pero, al ver mi expresión (la palabra asesinato me dejó lívida), me preguntó—: ¿Se encuentra bien?

Disimulé lo mejor que pude.

—Se trata de la comida. Deliciosa, sin duda, pero mi estómago no está preparado para alimentos tan fuertes. —En realidad, quería decir picantes, pero ese adjetivo no forma parte de mi diccionario de inglés.

—Venga conmigo, Lola. Tiene toda la razón. Prepararemos una infusión. Y le presentaré a mi marido. Está en la biblioteca, consultando índices y cotizaciones. No consigue relajarse ni siquiera aquí.

—¿Está en la biblioteca? —pregunté. Debí de parecer estúpida.

—Sí. Desde todas las habitaciones de la casa, se ve el mar, a excepción de la zona de servicio. Sin embargo, la biblioteca cuenta con las mejores vistas. Mi marido suele decir que asomarse a ese ventanal colgado sobre el abismo provoca las mismas sensaciones que gobernar el timón de un barco desde el castillo de popa. En días de tormenta, resulta impresionante.

El corazón se me paró. Aquella descripción, ¿se le habría ocurrido a su marido, o éste se lo habría oído a alguien? ¿Y si fuera a su hijo? No había que olvidarle. Tomé nota mental: «He de preguntar por el chico.»

—Me encantará conocer a su marido. Y a sus hijos...

—¡Ah, eso no va a ser posible! Desgraciadamente, ellos se han quedado en América. Tienen exámenes. Su padre es muy rígido con los estudios: no

admite un suspenso. Venga conmigo —me dijo, sujetándome la mano. La suya estaba fría.

Volvimos a entrar en la casa y nos dirigimos hacia la famosa biblioteca, la prueba de fuego. Atravesamos un pasillo acristalado para ir a dar a una habitación de forma cúbica y a doble altura. A la izquierda, arriba, una galería muy ligera, a la que se accedía por una escalera de peldaños abiertos, balconeaba sobre el centro. Desde abajo podían percibirse sus paredes, repletas de libros de suelo a techo. Al fondo se abría un inmenso ventanal con el mar más allá. Calculo (aunque no hay que fiarse mucho de mí en estas cosas) que el ojo de cristal llegaría a los cinco metros de altura. El centro de la habitación era exactamente como Rodrigo lo había descrito. Lo recordé mentalmente: «En esa estancia todo es blanco. Blancas las tapicerías, blanco el suelo, blancas las estanterías del segundo nivel, repletas de libros de viajes y de historia; y la *chaise longue* LC4, y la mesita baja, blancos también. Únicamente la mesa de despacho, con su silla a juego, colocada sobre una enorme alfombra negra, mancha el níveo lienzo.» Un escalofrío cruzó mi espalda cuando vi al señor Shibata de espaldas, sentado en la antigua silla, de cara al océano, y recordé la frase que iniciaba aquel párrafo: «La he decorado yo mismo.»

Sarah seguía hablando.

—Huele a tormenta; una pena. Nos perderemos la puesta de sol.

En efecto, en lontananza podía verse cómo el agua se rizaba y llenaba la superficie de borregos blancos. Yo sólo tenía ojos para aquella mata de pelo negro y liso, evidentemente teñido, que caía sobre una camisa blanca remangada.

La señora Shibata llamó a su esposo al tiempo que avanzábamos. Me detuve a un par de pasos de él. El corazón me latía con fuerza.

—Cariño, la jueza MacHor está aquí. Deja el trabajo un ratito. Es viernes y estamos en el paraíso: aquí no hay Bolsas de valores ni crisis.

El hombre se levantó, se giró y se dirigió hacia nosotras con una sonrisa en los labios y la mano tendida. Era japonés, sin duda. Esperé a que el instinto calibrara a mi interlocutor, pero no dio señales de alarma. El rostro de aquel hombre inspiraba confianza. Sus pequeños ojos rasgados me parecieron sinceros. En sí mismo, el lugar rezumaba una extraña paz. Me habría gustado

abalanzarme sobre él y freírle a preguntas, pero no era el momento.

—Encantada, señor Shibata. Han sido muy amables recibiéndonos en su casa, con tan poco tiempo.

—El placer es nuestro, querida Lola. Durante la cena tiene que contarnos algún caso escabroso, de esos que acaban con algún político en la cárcel... Si es que hay alguno —rió. Su voz era cálida y amable—. Ha venido con su marido y con otro amigo, creo. Y, hablando de amigos, ¿dónde está Vicens?

—Durmiendo, cariño. Todos ellos. Castalia les ha servido *ouzo*.

—¡Vaya, esa mujer es increíble! Debería dedicarse al comercio y a las denominaciones de origen. No hay invitado al que no convenza para probar ese brebaje infernal.

—No creo que duerman mucho. Se está estropeando el día. Pronto sentirán frío.

La mujer atravesó la alfombra negra y llegó al extremo de la habitación. Desde allí, me llamó:

—Acérquese, Lola: merece la pena contemplar esta vista antes de que oscurezca. Todo un espectáculo.

Avancé tras ella despacio con el fin de fijar la mirada en la mesa donde el señor Shibata trabajaba. Estaba llena de papeles. Gráficos e informes, mayoritariamente. No vi ningún mapamundi. Decidí aprovechar la ocasión y, con todo el cuajo que fui capaz de acumular, añadí:

—¡Qué preciosidad de vistas! Y de biblioteca, decorada con un gusto exquisito. Le felicito, Kimio, porque supongo que lo habrá hecho usted mismo.

Se echó a reír. Su risa de nuevo sonó sencilla, conciliadora.

—Si prometes tutearme, querida juez, te contaré un secreto. —Acepté con un gesto de complicidad—. ¿De acuerdo? Entonces, confesaré: mi mujer escoge cada mañana mi vestuario. Traje, corbata, camisa, calcetines... ¡Hasta la ropa interior! Mi gusto es pésimo. Y, para mayor dolor, soy daltónico. Me gustaría haberme apuntado el tanto, pero no he sido yo. Sólo la armadura, el casco y esa colección de catanas son cosa mía. Se trata de piezas muy antiguas, que me he traído de Japón. Todo lo demás es obra del gran Vicens. Nacho eligió los muebles, la disposición de la sala, la biblioteca, la alfombra..., y hasta fue a Christie's a pujar por la mesa. Es una pieza

curiosa...

Mientras narraba la historia del escritorio, que yo conocía al dedillo por el manuscrito, fui perdiendo el color. ¡Vicens! ¿Era posible que fuera él?

Sentimos unos pasos a la espalda. Los tres hombres se incorporaban a la conversación.

—¡El gran Vicens! Ven, querido amigo, hablábamos de tus dotes como decorador.

Kimio y el arquitecto se fundieron en un sentido abrazo. Nacho le presentó a mi marido y a Iturri.

—Éste es Jaime Garache, el esposo de la juez. Es un ilustre doctor, Kimio. Podrás consultarle todas tus cuitas. Te lo cedo por completo: yo ya he obtenido tratamiento para mis dolencias. Y, a mi derecha, Juan Iturri: un insigne criminólogo. Y, por cierto, ¿qué habíais puesto en la bebida? Hemos caído como moscas...

Sarah se echó las manos a la cabeza, riendo.

—Sentémonos mirando al mar. Tú aquí, a mi lado, Juan. Se está formando una tormenta. Podremos disfrutar del espectáculo. Y, si el doctor no se enfada, nos fumaremos un buen habano. Cariño, ¿por qué no le muestras a Lola nuestra colección de primeras ediciones? Estoy seguro de que ella sabrá apreciarlas —dijo Kimio.

Sin decir palabra, seguí a la señora Shibata por la escalera. Fui apoyándome en la pared: no tenía barandilla.

El segundo nivel, abierto, era mucho más espacioso de lo que parecía desde abajo. Se apoyaba en una estructura metálica, blanca como las estanterías. Como he dicho, estaban repletas, libros en su mayoría. Algunas zonas contenían unas urnas realizadas en cristal, que, empleando humidificadores y calefactores, lograban las condiciones óptimas de conservación para sus múltiples incunables: primeras ediciones de los grandes tratados de economía, historia y automovilística, así como una notable colección de manuscritos españoles del siglo XV, que incluía un ejemplar ilustrado de *La Celestina*. Lo que más llamó mi atención fue una vitrina alargada donde los Shibata custodiaban el duplicado de las órdenes recibidas por el piloto norteamericano que bombardeó Nagasaki. Una maravilla, y una fortuna a las que no pude prestar atención. También había

fotografías: ellas ocuparon todo mi interés.

—¿Son tus hijos, Sarah? —pregunté.

Como cabía esperar, la señora Shibata se comportó como cualquier madre. Habló de ellos cerca de veinte minutos, y fue enseñándome distintas imágenes que mostraban el paso del tiempo: de los pañales a la graduación. En esta última pude contemplar a Kimio Jr. El calco de su padre. A primera vista, parecía un buen chico.

Vi una fotografía de ellos con el arquitecto. La cogí.

—¿Y cómo conocisteis a Nacho Vicens? Aún no es famoso en Nueva York, aunque no creo que tarde.

—No le falta mucho, es cierto. Todo el que viene a esta casa queda fascinado con su trabajo. Y muchos me piden sus datos. Nosotros le conocimos a través de los propietarios de una casa que construyó en Miami. Tuvimos una cena allí. Tanto a Kimio como a mí nos fascinó. Como ves, no nos equivocamos: ha sabido captar lo que queríamos. Además, es un encanto. No sé cómo permanece soltero.

Otra vez el escalofrío. ¡Vicens estaba soltero, como Rodrigo! Miré hacia abajo. Los tres hombres charlaban amigablemente. El señor Shibata fumaba un puro. Iturri había sacado su cachimba.

Tras la detenida contemplación de magníficas primeras ediciones e incunables (llegué a perder la cuenta), así como de valiosas muestras de pintura moderna diseminadas por la casa, nos reunimos con los hombres. Leímos poesía en voz alta, por turnos. Luego escuchamos cómo Sarah, una mujer adorable con pocas dotes para la música y ni una pizca de salero, interpretaba a la guitarra a Paco de Lucía, suscitando la admiración del señor Shibata, que decía haber descubierto en su mujer un gen agitanado.

A eso de las ocho, logré retirarme a la habitación para prepararme para la cena. A regañadientes, Jaime me siguió. Lo estaba pasando estupendamente. Si recordaba el motivo que nos había llevado hasta el mar Egeo, no lo demostraba. Iturri, por el contrario, no parecía encajar en el ambiente. Se mantuvo en todo momento serio, meditabundo. Entonces, no supe calibrar si era por el nivel de vida de aquella gente, porque pensaba en Rodrigo o, simplemente, por la presencia de Jaime, cuyo ojo había adquirido una tonalidad a caballo entre el verde y el amarillo limón.

—Relájate, Lolilla. Está claro que aquí tampoco vas a encontrar a tu asesino.

—No es mi asesino, Jaime. Si acaso, sería nuestro asesino. En cuanto algo no te gusta, lo ventilas de un plumazo.

—De acuerdo, en eso tienes razón. Pero, en lo demás, no. Nos confundimos al juzgar a Ross i Roví. Y ahora nos hemos equivocado con Kimio Shibata: no es Rodrigo.

—¡Pero ésta es su casa!

—Está claro que no. El tal Rodrigo habrá visto fotografías o planos, vete a saber dónde. Luego, lo ha descrito de oído.

Retuve un poco más la información. Quería ver cómo pensaba.

—¿Y dónde está Rodrigo, entonces?

—Si es que el personaje existe... Empiezo a dudarlo.

—Yo no. ¿Sabes quién ha decorado la biblioteca?

—¿Un decorador? —respondió en tono sardónico.

—¡Me saca de quicio que hagas eso, Jaime, con seis cadáveres sobre la mesa!

—Mira, Lolilla, sé que has pasado unos meses duros: el embarazo, el aborto, la depresión... No estás todavía recuperada, por eso ves fantasmas donde no hay más que casualidades. Esos problemas son fruto de tu imaginación. Hazme caso, aprovecha este fin de semana para relajarte. De vuelta a Madrid, verás las cosas con más claridad. Esta gente nos ha abierto su casa sin conocernos de nada. Nos han tratado con todo cariño. Están siendo atentísimos anfitriones... En fin, no seas descortés. La propiedad es preciosa, desde luego, ¿qué más nos da quién la decoró?

Protesté con vehemencia:

—¿Es que no te das cuenta? Rodrigo afirma que diseñó la biblioteca personalmente, y ahora me entero de que el diseñador fue Vicens...

—También dijo que elegía los lugares de matanza dejándose llevar por el azar; y que comía con su psiquiatra en un restaurante donde nadie los recuerda, y que esta casa era suya... ¿Te vas a fiar de alguien que miente más que habla? Y aún te digo más: si crees que Vicens es un asesino, es que estás más loca de lo que pensaba.

Ese comentario me revolvió por dentro e hizo que se me saltaran las lágrimas. Se apresuró a rectificar.

—Lo siento, no quería decir eso. Perdóname, ha sido una falta de tacto absurda. Sólo era una forma de hablar. —Se acercó a mí e intentó abrazarme. No se lo permití—. ¡Venga, mujer, no seas así! Estoy seguro de que tu instinto señala lo mismo que el mío: no hay nada de nada. ¡Pobre Nacho, si llega a saber que le tomas por un asesino, se muere! Vamos a cenar.

¿Qué puedo decir de la cena? Fui incapaz de probar bocado. A petición de mi marido, siempre tan oportuno, cenamos en la biblioteca, de cara al mar,

que se mostraba rabioso. Y por gentileza de la tormenta, lo hicimos al pálido reflejo de la luz de unas velas: tardaron más de dos horas en arreglar la avería generada por su aparato eléctrico.

Me detuve a calibrar a mi nuevo candidato. Con tinieblas y olor a cera por ambiente, Nacho Vicens ofrecía el perfil del asesino perfecto. Era elegante, educado, culto, encantador, con un toque de simpatía natural. Tenía cara de niño e inocentes gestos, hasta el punto de que parecía incapaz de romper un plato. ¿Qué mejor disfraz? Sólo había un pero: era delgado. En demasía. Sus brazos carecían de la potencia necesaria para ahogar a una joven, mucho menos para machacar de un único golpe el cráneo de una mendiga borracha. Comprendí en ese momento que Jaime había dado en el clavo: mi excitación me estaba incapacitando para el juicio racional.

La luz volvió cuando estábamos dando cuenta de unas brochetas de fruta fresca regadas con una salsa de yogur; griego, naturalmente. Tampoco las probé: las pastillas recetadas por el psiquiatra me dejaban mal sabor de boca y el estómago hecho migas.

—¡Qué bien, ya tenemos luz! —aplaudí Sarah, que dirigió a Vicens una mirada llena de picardía—. Propongo una partida de cartas.

—Les he enseñado a jugar al mus —nos explicó el arquitecto, en castellano. Luego, dirigiéndose a nuestra anfitriona, añadió—: Desgraciadamente, es un juego para cuatro jugadores, y esta noche nos sentamos seis personas a la mesa.

Aquella era mi oportunidad. Y la aproveché.

—Podemos aprovechar que Nacho está aquí para que nos hable de cómo diseñó esta maravillosa casa. ¿Desde cuándo la habitáis?

—Bueno, no hace mucho. Poco menos de un año. La mayoría de nuestros amigos no la conocen todavía... —respondió Sarah, con voz melancólica y gesto teatral.

Kimio levantó los brazos en señal de protesta.

—¿Que nuestros amigos no la conocen? ¡Por favor, Sarah, qué mala memoria! Hicimos una fiesta de inauguración a la que asistieron doscientas personas.

Iturri pareció despertar de un largo letargo. Rescató de uno de sus bolsillos una pipa oscura, quemada por el uso, de otro, un paquete alargado

que contenía tabaco rubio, y comenzó el ritual. Sin preguntar si a alguno de los presentes le molestaba el humo, llenó la cazoleta, aplastó las hebras con el dedo índice y acercó el mechero. Mientras nos envolvía ese denso olor enhebrado en whisky, se dirigió a Sarah:

—¿Hicisteis una fiesta de inauguración? ¡Tuvo que ser divertido! Seguro que guardas miles de fotos.

Aquel pequeño envite fue suficiente. La mujer se levantó con la agilidad de un galgo y se fue en busca de las pruebas del delito. Volvió con un portátil bajo el brazo —un Macbook último modelo, color blanco, con pantalla de diecisiete pulgadas— y una caja, laqueada en rojo, repleta de CD. Creí que el corazón se me escapaba del pecho: allí estaban sus amigos; entre ellos, probablemente, Rodrigo.

La señora Shibata tenía el reportaje perfectamente ordenado. Además de las fotografías de grupo, había inmortalizado tres instantáneas. La primera mostraba a cada invitado en el momento de cruzar el umbral de su casa; la segunda, en la cena de gala, y, la tercera, al día siguiente, en la piscina. En pocos minutos, empezaron a desfilar ante mí un rintero de rostros. Personas desconocidas, algunas de ellas con rasgos orientales; la mayoría, norteamericanos. Durante los primeros minutos, calculo que cincuenta o sesenta personas, logré centrar toda mi atención en aquellas caras. Luego, me aburrí. O, más bien, me desesperé. De nuevo, un camino cortado. No íbamos a llegar a ninguna parte.

Nos acercábamos a la medianoche cuando le vi. Y no fui la única. Conseguí contenerme casi a la perfección, pero a Iturri se le resbaló la pipa de las manos. Cayó sobre la alfombra negra, sin causar destrozos. Jaime también dio un respingo, impactado por la coincidencia. Lo notaron.

—¿Conocéis al doctor Ross i Roví? —La voz de Sarah trataba de ser cándida, pero su naturalidad pareció falsa.

Ninguno de nosotros contestó, pero nuestro gesto debió de ser lo suficientemente elocuente: provocó la intervención de nuestro anfitrión.

—Veo que las noticias locales terminan traspasando todas las fronteras. Creo, Sarah, que deberías darles una explicación. En otro caso, nos juzgarán erróneamente. No quisiera que Vicens se arrepintiera de habernos construido esta casa.

Miré a Vicens. Luego a Jaime y a Iturri. Estaba claro que ninguno de nosotros sabíamos de qué hablaba.

—Si lo crees necesario, lo haré, aunque no me gusta hablar de ese tema, que es puro chismorreo... La honestidad, bien lo sabes por tu trabajo, es una flor delicada. Muere al manosearla.

—Es necesario, querida —insistió Shibata.

—Muy bien, lo haré... Hace años que voy al psiquiatra. No me ocurre nada grave, pero, cuando murió mi padre en un accidente de coche, pasé malos momentos y Kimio pensó que debía visitar a un profesional. Mi profesor de guitarra española me habló del doctor Marc Ross i Roví. A él le había ayudado mucho cuando se quedó viudo. Fui a su consulta de la Quinta Avenida. Desde el primer momento me pareció un hombre extraordinario y un psiquiatra muy competente, muy respetuoso, pero... —Se detuvo. Yo le suplicaba con la mirada que no se interrumpiera. Iturri chupaba la recuperada pipa con fruición. Vicens se mordía las uñas—. En fin, alguien le denunció por violar el secreto profesional. Los hechos son muy simples, pero alguien maliciosamente los tergiversó... Quizás deberías seguir tú, Kimio, lo cuentas mejor.

—De acuerdo. En el mes de febrero del pasado año, una compañía dedicada a la investigación farmacéutica, llamada Aquity Group, sufrió ciertas tensiones en el mercado bursátil. Subidas y bajadas desproporcionadas. Su cotización era muy baja porque estaba terriblemente endeudada y los expertos no confiaban en el valor. Sin embargo, un viernes, en la apertura de la jornada, corrió el rumor de que habían descubierto una vacuna efectiva contra un tipo de cáncer, no recuerdo los detalles. Los directivos no confirmaron el dato, pero el valor subió como la espuma. La información no era de ley y, pasado el fin de semana, el valor se desplomó. A todas luces, parecía una maniobra especulativa y provocó una investigación por parte de las autoridades bursátiles. En las primeras pesquisas se descubrió que el doctor Ross i Roví había adquirido un importante paquete de acciones cuando estaban por los suelos, que vendió en su pico más alto el viernes, minutos antes del cierre. Hizo una pequeña fortuna: cinco millones de dólares de ganancia.

—¿Y qué relación existía entre esa compañía y el doctor Ross? ¿Fue él

quien difundió el rumor?

Nos contestó Sarah:

—¡En absoluto! Él no sabe una palabra de Bolsa ni de vacunas. Todo esto le pilló de sorpresa. Y, en parte, fue culpa mía. Cuando le conocí, me di cuenta de que el doctor Ross no tenía ni idea de cuentas ni de inversiones. Era evidente que aquella nutrida consulta, repleta de magnates del petróleo, productores de Hollywood y ricos cubanos, le proporcionaba suculentos ingresos. Sin embargo, no tenía nada. Un *loft* en Nueva York, eso era todo. Lo hablé con Kimio y a él le pareció bien, de modo que le puse en manos de nuestro asesor financiero. Él fue quien compró y vendió ese famoso paquete de Aquity en el momento preciso. Disponía de información confidencial. Acusaron a Ross de habérsela proporcionado.

—Sigo sin comprenderlo —confesé.

—No me extraña, querida juez, Sarah ha olvidado contar lo principal: el psiquiatra contaba entre sus pacientes con Marcela Tardis, esposa del presidente de Aquity Group. Cuando la comisión la citó a declarar, ésta aseguró haber hablado a su psiquiatra de la empresa de su marido y, entre lágrimas, afirmó que él se había aprovechado de sus confidencias para hacer negocio. Como podéis imaginar, hubo un buen escándalo: todo lo que se diga en una consulta es completamente secreto. Es un delito revelar detalles o utilizarlos... La Sociedad Americana de Psiquiatría abrió otra investigación.

—¡Con razón no quería admitir que es Wilson! —susurré para mí. Sólo Iturri me oyó. Levanté el tono de voz y dije—: Sarah, ¿cómo concluyó ese proceso? ¿Se abrieron diligencias? ¿Se le declaró culpable?

—¡Por supuesto que no! Era inocente de todos los cargos. Quedó demostrado que Marcela mantenía una relación sentimental con nuestro asesor financiero (ahora, ex asesor), y que ambos se habían lucrado con esa operación. El médico quedó completamente exonerado. Sus colegas psiquiatras escribieron artículos de apoyo, y le llovían las invitaciones. Sin embargo, fueron unos meses malos para él. De hecho, nos costó trabajo convencerle para que acudiera a la fiesta, ¿verdad, cariño? Pero le vino bien salir de Nueva York. Se quedó aquí unas semanas. Descansó unos días y aprovechó para concluir un texto sobre criminología que debía entregar.

—¿Le prestasteis la casa? —pregunté.

—Naturalmente. El servicio vive aquí todo el año.

Tras aquella declaración, fui incapaz de mantener el disfraz. Mi mente procesaba los datos a toda velocidad. No me di cuenta de que el señor Shibata me observaba. Se puso de pie y se dirigió a mí directamente.

—No hace falta que continúes, Sarah. Nuestros invitados no habían oído hablar ni siquiera de refilón de ese episodio. Sin embargo, ignoro por qué, conocen a tu psiquiatra. Y, por el motivo que sea, les preocupa que esté relacionado contigo o conmigo. ¿No es así, querida Lola? —No contesté. Giró la cara y clavó la mirada en el arquitecto, que asistía perplejo a la discusión—. ¿Tú sabes de qué va todo esto, Vicens?

—No exactamente, pero lo poco que me han contado no resulta muy agradable... Estoy tan sorprendido como tú. Lo único que puedo decirte (me enteré ayer mismo) es que la policía sospecha que esta casa (mi casa, tu casa, Kimio) esconde una historia extraña. Y si he venido aquí acompañado por ellos es porque creo que todo es un grave error. Un error lamentable que debe ser aclarado... Por otra parte, es la primera vez que oigo hablar de ese psiquiatra. Es posible que le saludara en la fiesta, pero no le recuerdo.

—Lola, Jaime, Iturri... Ya estamos todos aquí. Si hay algo que os preocupa, es el momento de aclararlo. Necesito saber con exactitud qué ocurre con este lugar y, sobre todo, qué tiene que ver ese psiquiatra con mi casa y mi familia. Ese doctor trata a mi esposa; conoce sus pensamientos, su vida íntima. Y, desde el mes pasado, atiende también a mi hija.

Volvió a clavar en mí la mirada. Pero me resistí.

—Lo siento, Kimio. Me temo que no puedo hablar del caso Wilson.

—¿Wilson? ¿Quién es Wilson? —preguntó Sarah.

—Wilson y el doctor Ross i Roví son la misma persona —expliqué.

—¿Y por qué tiene dos nombres? ¡A mí nunca me lo ha mencionado!

—Es muy largo de contar, Sarah...

El señor Shibata inspiró profundamente y luego soltó el aire poco a poco, sin dejar de mirarme.

—Señoría, te he recibido gustosamente en mi casa, junto a tus acompañantes. Os he sentado a mi mesa y he sacado mis mejores caldos. He sido todo lo hospitalario que cabe en estas circunstancias. Y, sin embargo, ninguno de vosotros ha sido sincero conmigo. Ahora sé que no habéis venido

a Santorini para disfrutar de las vistas. Vuestro propósito ha sido bastardo. Queríais averiguar algo que debe de ser muy comprometido, teniendo en cuenta que eres una juez dedicada al ámbito penal. Pero, en vez de preguntar, disimuláis. No creo que sea una actitud muy correcta, la vuestra...

Tenía razón. Intenté justificarme.

—Como el doctor Ross i Roví, yo también estoy sometida al secreto de oficio. En muchas ocasiones me veo obligada a guardar silencio, aunque con esa actitud haga sufrir a alguien...

Iba a explicárselo, pero me cortó:

—Entiendo que no puedo conocer todos los datos. Sólo dime una cosa: ¿tengo que estar preocupado por mi mujer o por mi hija? ¿Qué sabes del doctor Marc Ross i Roví que yo debería saber? ¡No quiero salir en la primera página de un diario, y mucho menos en las páginas de sucesos! Soy el cabeza de esta familia, y el rostro de una gran empresa japonesa en Estados Unidos. Estamos hablando de algo muy serio. Creo que tengo derecho a saberlo.

Seguía dudando: al hacer partícipe al matrimonio Shibata y a Nacho Vicens de mis sospechas, cuestionaba al doctor Wilson. En mi mente pesaba una acusación muy seria sobre él.

Iturri intervino:

—No hay sumario abierto, Lola; por tanto, no hay secreto sumarial. Y si te preocupa Wilson, estoy seguro de que ésta es la mejor manera de ayudarle. El señor Shibata tiene razón: ya es hora de que todos pongamos las cartas sobre la mesa.

—Esas cartas pueden poner en entredicho la honorabilidad de ciertas personas, sin que tengamos pruebas concluyentes. Si lo que señalamos como hipótesis de trabajo se toma como un dato, puede hacer mucho daño al doctor Ross.

—Lo entendemos, Lola, ¿no es así, cariño? —Sarah asintió con la cabeza—. Nada de lo que aquí se diga saldrá de estas paredes. Lo prometemos por nuestro honor. Para un japonés, su honor es su vida.

Sabía que no debía hacerlo. Pero lo hice.

—Kimio, Sarah, Nacho... Antes de empezar, debo advertiros que los hechos no son muy agradables... Y recordaros que, de momento, achacárselos a alguien es mera conjetura.

—Adelante —aceptó Shibata.

Le pedí a Iturri que hiciera un resumen de los hechos, separando las evidencias de las hipótesis.

—Muy bien, esto es lo que sabemos: un asesino en serie, apodado Rodrigo, anda suelto. Ha matado ya seis veces y es posible que vuelva a hacerlo.

Sarah se llevó las manos a la cabeza y masculló:

—¿Un asesino en serie, como en las películas? Por todos los demonios, ¿de qué va esto?

Sin hacer el menor caso al inciso, Iturri continuó:

—Es un asesino múltiple, sí, pero no sabemos ni quién es ni cómo es. El único que cuenta con esa información es su psiquiatra. Nuestras pesquisas apuntan a que le trata profesionalmente el doctor Ross i Roví, aunque él niega conocerle. Si ha sido denunciado por faltar a su promesa de silencio, como acaba de explicar Sarah, su manera de actuar resulta comprensible.

—Entiendo que algo tan terrible os preocupe, pero ¿qué tiene que ver con Kimio y conmigo? —La cuña fue de Sarah, demudada.

En unos minutos les resumí la historia de Rodrigo, de su macabra proposición y sus reuniones en Clyde con su psiquiatra. Les expliqué nuestros palos de ciego y cómo, finalmente, la descripción que el asesino hacía de su casa nos había llevado hasta allí.

—¡Nuestra casa! —chilló Shibata. Se puso en pie—. ¿No pensaréis que tenemos algo que ver con ese tipo?

—Desde luego que no, Kimio. Si estamos aquí no es por vosotros, sino porque Rodrigo conoce bien esta casa. Estamos seguros de que ha estado aquí. Ha tocado estas paredes..., y no cinco minutos —añadió Jaime.

—¡Cualquiera puede descubrir esta biblioteca! Se ve desde la bahía...

Vicens le contradijo.

—Me temo que no, Kimio. La juez me leyó el relato. El tal Rodrigo sabe muchísimas cosas acerca de esta propiedad. Por eso han llegado a la conclusión de que el asesino forma parte de vuestro círculo de amigos. Ver a Ross no ha hecho más que confirmar sus sospechas.

De nuevo, se fue la luz, dejándonos a oscuras además de fríos. Sarah corrió a buscar los candelabros, que había retirado, y los prendió con el

mechero de Iturri. Me fijé en el horizonte. La enorme cristalera no lograba amortiguar la cólera de las olas al chocar contra las rocas. El resplandor de un faro lejano ponía luz a la tormenta. Había empezado a llover. Sin prolegómenos, con furia. Las rachas de viento barrían el agua y la lanzaban contra el ventanal.

—«Puedo sentirme en un castillo de popa, al timón del inmenso océano, del cielo, y hasta del mundo, en sus peores días del diluvio» —recité en voz alta.

—Me gustaría leer esas páginas, Lola, y juzgar por mí mismo —pidió Shibata.

—Desde luego. Tengo una copia en la habitación. Pero a oscuras...

—Te acompañaré con uno de los candelabros —se ofreció Sarah.

Con aquella luz, nadie pudo ver cómo el miedo se apoderaba de mí, pero creo que Jaime e Iturri lo olieron. Enseguida se brindaron a sustituir a nuestra anfitriona. Me sentí feliz al no tener que ser escoltada por ella. Una estupidez, sin duda, pero, ante su ofrecimiento, su imagen apuñalándome por la espalda me capturó.

Volvimos sin contratiempo. Y con luz. Esta vez el apagón no se extendió más allá de un par de minutos. Pedí a Vicens que hiciera los honores. Leyó en voz alta, deteniéndose en un par de ocasiones para ofrecer algunas precisiones. Mientras la lectura avanzaba, a Shibata se le descompuso el rostro. Al verlo, su mujer decidió abrir una botella de coñac, para alegría de Iturri.

Bebieron en silencio (a mí no me gusta el coñac), mientras Vicens continuaba con las explicaciones pertinentes. Finalmente, Kimio estalló.

—¡Tiene que ser tu psiquiatra, Sarah! —La mujer le lanzó una mirada llena de odio—. ¿Qué otra persona conoce tantos detalles de la casa? ¡Hasta menciona los vinos que hay en la bodega! ¿Y qué me dices de esta mesa? ¿Quién sabía que la habíamos adquirido en Christie's?

—Cada uno de nuestros invitados, Kimio: el día de la inauguración se lo contaste a todo el que lo quiso oír.

—Eso es cierto —apuntilló Vicens—. Me hiciste relatar mi asistencia a esa subasta por lo menos una docena de veces.

—De acuerdo, lo de la mesa lo sabía todo el mundo, pero ¿y lo de sentirme gobernando un barco desde el castillo de popa? ¡Esa frase es mía!

—También, cariño. Creo que transmitiste esa sensación a casi todos nuestros amigos. Y les dijiste que, desde todos los dormitorios, se veía el mar.

—Lo admito. Pero lo del botellero, no. Perdona por no haberte dicho antes que el diseño es magnífico, Nacho. Este asesino es más listo que yo. Has de reconocer, cariño, que aquella noche no hablamos de vinos. Creo que Marc Ross es la única persona que ha estado en casa el tiempo suficiente para conocer nuestra bodega...

Sarah se levantó y cruzó varias veces la habitación. De punta a punta, sin ahorrarse ni un centímetro. Parecía querer patear aquel pensamiento que le agobiaba. Finalmente, se detuvo y me miró. Tenía una media sonrisa forzada, con un punto de amargura.

—Querida Lola, con todo respeto: supongo que tanto tú como el inspector Iturri vivís rodeados de canallas, crápulas y delincuentes y que, por eso, dais credibilidad a lo que no es más que una casualidad.

Kimio Shibata se aclaró la voz, también tomada por el disgusto.

—Cariño, estoy tan consternado como tú, pero tenemos que aceptar las cosas como son. A veces quien creemos amigo resulta ser un enemigo.

La mujer se mantuvo en pie, erguida, pero su frente se fue arrugando poco a poco.

—¡No! Siempre hay agoreros que con palabras ociosas tratan de hundir a la gente. ¡Sé lo que ellos están pensando acerca del pobre doctor Ross! Pero él ya pasó por ello. No quiero que se repita...

—¡Sarah, no te lo tomes como algo personal!

—¿Personal? ¿Cómo debo sentirme? Nadie me ha preparado nunca para algo así. ¿Cómo te sentirías tú, Kimio, si te dijeran que tu director general, un tipo encantador con quien has compartido tantos buenos momentos, un hombre eficiente y cumplidor, que jamás ha faltado a una cita, es la encarnación del diablo? ¡Un asesino, nada menos que un asesino múltiple!... Decidme una cosa, ¿a quién mata? —Se le quebró la voz—. ¡No, no me respondáis! Seguro que se ceba con mujeres maduras que van a su consulta, y que prefiere a las de rasgos orientales...

Con la pericia que siempre le ha caracterizado, Iturri expuso de nuevo los datos. Diseccionó la información con bisturí de platino. Fue claro, preciso, objetivo y directo: dejó el tema visto para sentencia. O eso parecía, hasta que Jaime empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa; una forma de protesta que acompañó con el movimiento de la cabeza. Finalmente, se decidió a hablar.

—En mi opinión, lo que Iturri plantea como evidencias podrían no alcanzar ese estatus. Es seguro que nos faltan datos y que las explicaciones que damos son débiles. Considero que hay que ahondar en lo que sabemos antes de plantear nuevas opciones, estudiar nuestros agujeros negros e investigar de verdad.

—¿Qué es lo que propones? —le interpeló Iturri, serio.

—Propongo llamar a Wilson, a Ross, quiero decir, y ponerle en un brete para ver cómo responde. Quizás pueda dar cuenta de sus actos de una manera sencilla. No sé qué pensarás tú, Lola, que eres la profesional del derecho, pero a mí todos esos indicios me parecen circunstanciales.

—Pueden serlo, sí, pero comienzan a acumularse los indicios, lo que forma cierta evidencia. Te recuerdo que hay pruebas que sitúan a Wilson en cada uno de los escenarios criminales y en fechas próximas a la comisión del delito. Es suficiente para abrir un expediente.

—¡Perfecto! —me replicó—. ¡Llamémosle! Cuando se ponga al teléfono, le decimos: «Esto le incumbe, doctor, defiéndase.»

Sarah nos dio la espalda y se dirigió hacia el ventanal. Miró a lo lejos con interés, casi con ahínco, como si fuera capaz de pescar una solución en la superficie negra y cada vez más rizada. La oímos, sin embargo, con voz nítida.

—Jaime tiene razón. Sólo hay una cosa que podemos hacer, sólo una. Llamaré al doctor Ross i Roví. Le llamaré, le comunicaré los datos con los que contamos y, al observar su reacción, descubriremos si dice la verdad o si es un psicópata.

Me hizo gracia que Sarah empleara ese calificativo. Con él, daba por supuesto que un asesino en serie había de ser un psicópata.

«¡Otra derrota, Rodrigo!», pensé mientras escuchaba cómo el resto de los presentes en aquella extraña velada calculaban la diferencia horaria entre

Grecia y Nueva York.

En Nueva York eran las cinco y media de la mañana, una hora poco recomendable para despertar a un presunto asesino en serie. Sin embargo, Sarah no cejó. Todos los intentos de convencerla, los de su marido y los nuestros, fueron vanos. De nada sirvió que Iturri adujera que las malas noticias no debían comunicarse de manera brusca, ya que, a distancia, resulta imposible controlar los efectos que producen. Tampoco mi sugerencia de buscar antes apoyo logístico, o la exigencia de Kimio de poner a sus hijos a diez mil millas de distancia la convencieron. Aseguró que era el propio doctor Ross i Roví quien le había enseñado a no dilatar lo que debía hacerse, y que había aprendido bien esa lección. De modo que buscó su móvil en el bolsillo de su americana. Con él en la mano, nos dijo:

—Lo haré. Llamaré al doctor Ross. Pero antes quiero que sepáis que creo firmemente en su inocencia. Hubo un tiempo en que bebía más de la cuenta, pero nadie es perfecto. Es una buena persona. Lo sé, tiene cara de bueno... Sería incapaz de matar a nadie, a lo más que llegaría sería a cogerse una buena cogorza.

—Me temo que el aspecto físico no tiene relevancia, Sarah. Un asesino puede presentar un perfil siniestro, pero hay muchas probabilidades de que no sea así. La maldad, a veces, pasa desapercibida; se oculta durante años en tipos aparentemente normales. Vecinos sonrientes, compañeros cumplidores, amigos silenciosos... —apuntillé.

—Sé que un asesino no tiene por qué tener la cabeza deformada ni los dientes afilados... Pero también sé que a las personas se las conoce con el tiempo. Sólo al tratarlas te das cuenta de si son de ley. Y yo he tratado al doctor Ross...

—Perdona que te corrija, Sarah —intervino Jaime—. Tú no has tratado al doctor Ross; ha sido él quien te ha tratado a ti. En el terreno profesional, los médicos nos ganamos la estima de los enfermos por nuestra profesionalidad. Escuchamos, nos hacemos cargo de sus dolencias, tratamos de curarlos. En esas sesiones, se crea un lazo verdaderamente profundo, una relación muy especial, tremendamente íntima. Es posible que, al sentirse tratado como un ser único, idea que logra transmitir un buen psiquiatra, el paciente crea haber obtenido un nivel de intimidad con su médico, cuando en realidad se trata de una relación unidireccional. El médico escucha, pero no cuenta. Pregunta, pero no revela. Lloro contigo, pero no te muestra sus sufrimientos... Por mi experiencia puedo decir que el paciente desconoce completamente quién es su médico, aunque no lo sepa... Dicen que muchas embarazadas se enamoran de sus ginecólogos. Y que muchos alumnos se vuelven locos por sus profesoras o profesores. Yo he recibido decenas de cartas de amor de pacientes de todas las edades. Nunca he dado pie para que pensarán que quería entablar algún tipo de relación con ellas: simplemente me he limitado a escucharlas con atención, a comprenderlas. Me temo que en este caso podemos estar ante algo similar. No puedes percibir a la persona que hay detrás de la corbata o de la bata: no se ha dado a conocer.

Lo aceptó a regañadientes. Pero seguía indecisa.

—De acuerdo, es posible que no le conozca bien, pero he oído que todos los asesinos múltiples desean ser descubiertos y detenidos. Sin embargo, según decís, habéis ofrecido un trato al doctor Ross y se ha negado a escucharos: ¿no es suficiente prueba?

—Hace unas horas te habría dado la razón. Pero al contarnos el episodio de la denuncia, he cambiado de idea. Si la experiencia fue tan dura para él como narras, es posible que el miedo le nuble la razón —le contesté.

—Pero también es posible...

No permití que continuara. Si le daba pábulo, anularía su primer impulso y dejaría la llamada sin hacer.

—Por otro lado, Sarah, a mí me llegó ese manuscrito, que detalla los crímenes. No sé quién me lo envió, pero lo hizo voluntariamente: si fue él que lo escribió, resulta un indicio claro de que quiere que le cojamos.

Kimio puso la mano en el hombro de su esposa y ordenó con voz suave:

—Llámale, Sarah.

La mujer apretó el botón. La tensión podía cortarse. Como cabía esperar, tardó en contestar. Debía de estar acostado. Los largos segundos que Wilson empleó nos parecieron siglos. Finalmente, Sarah levantó la mano izquierda. No habría hecho falta: habíamos podido apreciar el cambio en su rostro.

—Doctor Ross, soy Sarah Shibata. Perdona que le moleste a estas horas... —Se detuvo, indecisa.

—Hola, Sarah.

—Verá, doctor, ha ocurrido algo; un asunto urgente...

—Espero que no sea grave... ¿Toda su familia está bien?

—Sí, gracias, todos están bien... En realidad, lo que ha ocurrido le compete a usted.

Hasta ese momento, la voz del psiquiatra parecía tranquila, paternal, pero de pronto se transformó.

—¿Otra vez las malditas cotizaciones, Sarah? Hace tiempo que di orden de vender todo mi paquete de acciones; me limitaré a adquirir bonos del tesoro.

—No se trata de las acciones, doctor. Es algo peor...

—¿Peor? ¿Qué puede haber peor que ver tu honestidad colgada del palo mayor? No creo que pudiera pasar por eso otra vez.

—Le aseguro que hay peores formas de poner la honestidad en entredicho...

—Lo siento, querida Sarah, pero no entiendo de qué me habla.

—Bien, doctor, creo que haré lo que usted me aconseja siempre: relataré los hechos, llanamente. Verá, estoy en Santorini, con mi marido y Nacho Vicens, el arquitecto que diseñó esta casa; creo que le conoció en la fiesta. Pero hay más gente aquí... A mi lado está sentada una juez española que, al parecer, usted conoce de soslayo: se llama Lola MacHor. También nos acompaña su marido, el doctor Garache, y un policía de la Interpol de apellido Iturri. Dicen haber hablado con usted en Lisboa, en la sauna de un hotel.

Ross se mantuvo mudo.

—Doctor, ¿sigue ahí?

—Sí —susurró.

—Creo, por su bien, que debe hablar con ellos.

—No —respondió, cortante.

Sarah no le hizo caso.

—Espere, doctor, conecto el altavoz. Ni tengo ni quiero tener nada que ver con esto. Hable directamente con ellos.

—No lo haga, Sarah: voy a colgar. En dos ocasiones le he dicho a esa gente que debe dejarme en paz, en beneficio de todos.

Iturri tiene una dilatada experiencia como policía, pero no es un buen negociador: demasiado tozudo. Buscaba que Ross bajara la guardia y nos abriera una puerta, por eso fue duro. Su voz sonó como un trueno:

—Doctor Wilson, estamos sentados en esa magnífica biblioteca que usted conoce a la perfección, mirando al Egeo. Estoy tocando una mesa subastada en Christie's, procedente de la mansión del embajador Robert M. MacKenzey de Virginia. Sé que está al tanto de su existencia porque, cuando estuvo aquí, desplegó un mapamundi y cerró los ojos para dar con el escenario de sus macabros crímenes. Aunque, en realidad, no lo hizo así, ¿verdad? Esa historia fue inventada para el consumo de la galería, aunque sobre el papel sonaba creíble. En realidad, usted aprovechaba los desplazamientos que le obligaban sus contribuciones a los congresos de psiquiatría. Es lógico, ¿por qué viajar más y gastar en vano cuando uno puede matar allí donde imparte conferencias? —Se detuvo apenas un segundo y cambió de tono—: Todo eso lo tengo claro, pero necesito preguntarle algo: ¿le gustó ahogar a esa jovencita vietnamita? ¡No, doctor, no me conteste! Sé la respuesta: naturalmente que disfrutó, fue mejor que echar un polvo. Sintió ese tipo de excitación, ¿verdad? Puedo oler su subidón en la distancia. Pero ¿sabe qué?, también oigo el crujido del cráneo de aquella mendiga francesa. Me grita: «¡Cógele, cógele, y enciérrale para siempre!»... Y, por cierto, la pregunta del millón: ¿cree que está usted loco o cuerdo? Debe decidirse. Será lo primero que le pregunte su abogado. La existencia de patologías mentales supone una exigente... Wilson, Ross, sobre todo cuando la roció de gasolina y la vio arder, retorcerse bajo las llamas... Rodrigo, comoquiera que se llame: le hemos pillado. Cierre la puerta y no se mueva de casa. Si lo hace, será peor. Iré a buscarle y no tendré piedad...

Lejos de parecer indeciso o de ponerse nervioso, Wilson se mostró firme.

—¿No lo entiende, inspector? ¿Después de decírselo tantas veces no lo entiende? ¡Es usted idiota, lo mismo que sus amigos, una colección de idiotas! ¡Entérense de una vez: yo no soy Rodrigo!

—No sea ridículo, Wilson, deje ya de disimular. Sabemos que Rodrigo no existe. Rodrigo es usted. —Iturri se volvió hacia la mesa y recuperó su pipa. La prendió, dejando al psiquiatra unos instantes de margen. Quizás quería que sintiera el peso de sus palabras. Quizás que se abrumara con la espera—. Se le ha visto en cada uno de los escenarios de los asesinatos, en fechas coincidentes con el parte forense. Demasiada casualidad. Tanto como para que no le creamos. Naturalmente, ningún jurado considerará su versión.

—Me da lo mismo lo que piense, estoy diciendo la verdad —respondió gélidamente.

—Voy a seguirle la corriente, ya que se empeña. Supongamos que usted no es Rodrigo. Dígame quién es. Quizás así consiga algún tipo de indulto.

—No puedo decirles quién es.

—Naturalmente, tiene tantos nombres que es difícil decidirse, ¿verdad?

Ross suspiró profundamente. Se lo oyó a través del teléfono. Luego, agregó en tono cansado:

—Apela usted a mi interés. Se nota que sigue sin comprender. Mire, inspector, usted me amenaza con la cárcel, lo cual me parecen vacaciones comparándolo con su ultimátum. ¿No lo comprende? Si revelo su identidad, Rodrigo no se enfadará como hace usted, ni me llamará por teléfono en medio de la noche, ni me visitará en un baño turco... No hará nada de eso. Simplemente me matará.

Iturri se cansó de la conversación. Es poco paciente, y echó el resto:

—No siga mintiendo, doctor. Tenemos todos los datos: sabemos que quien estuvo en esta casa del Egeo fue usted, no Rodrigo.

El psiquiatra se desesperó por primera vez.

—¡Me encontró también allí! Se presentó en Santorini. Llamó a la puerta de la casa de los Shibata. Dijo que, como no había respondido a su *e-mail*, había decidido ir a relatarme personalmente el quinto asesinato, el de San Francisco. ¿Es que no lo comprenden? ¡Me ha seguido en todo momento! ¡Me vigila! Creo que hasta me ha pinchado el teléfono...

—No pensará que vamos a creerle, ¿verdad?

Wilson permaneció unos segundos en silencio. Luego, añadió con voz cansada:

—Crea lo que quiera, policía de pacotilla; lo que le digo es la pura verdad. Si quiere venir y detenerme, hágalo. No opondré resistencia. Al menos, en la cárcel, estaré seguro.

—Le propongo un trato, doctor: dígame dónde está Rodrigo, y le prometo que enviaré a toda la caballería: la Interpol y su policía juntas. Si le pillamos enseguida, no podrá hacerle ningún daño.

—¿Y quiere que me fíe de la Interpol? Si sus agentes son tan torpes como usted, estaré muerto en diez minutos. Además, se lo repito: no sé dónde está. Su ficha está vacía: no sé dónde vive, ni si trabaja, ni cómo se llama... Hace unos meses traté de indagar por mi cuenta. Al no encontrar nada, contraté a un investigador privado y le ordené seguir la única pista que tenía: la cuenta de donde procedían las transferencias que ha realizado a mi nombre. El investigador dice que la cuenta está en un paraíso fiscal y es imposible seguir su rastro. Por otro lado, Rodrigo siempre me cita por *e-mail*. Yo he de esperar a que él lo haga, porque si soy yo quien le escribo, no me responde. Y siempre nos vemos en Clyde. Cuando acabamos, él se va y me obliga a permanecer allí sentado media hora más.

Por un momento, Iturri pareció dudar. Arqueó las cejas y respiró profundamente. Pensé que iba a claudicar. Pero no fue así.

—Lo siento, Ross, no le creo. No salga de casa.

—Diga lo que quiera. Saldré cuanto me dé la gana. Es más, voy a seguir con mi vida con toda normalidad. En otro caso, él se dará cuenta de que colaboro con la policía y me matará. Si quiere encontrarme, ya tiene mi teléfono. La dirección de mi consulta está en la web. Y si usted es de verdad policía, ya sabrá dónde vivo.

Iturri siguió hablando. Le palmeó en el hombro. Había colgado.

Aquel pitido nos golpeó como un puñetazo. Se podía palpar la decepción de todos nosotros. Bueno, de todos menos de Sarah. Ella sonreía.

Durante unos minutos, nadie habló. Pero todos, incluyéndome a mí, probamos el coñac. La botella se acabó. Kimio agitó la campanilla. La doncella llegó con otra botella. A la segunda copa, Iturri hizo ademán de seguir especulando. Pero nadie le secundó.

Nos retiramos en silencio, rendidos y cabizbajos. Al parecer, Rodrigo tenía todas las de ganar. Lo único que podíamos hacer era esperar a que cometiera un error.

Era muy tarde. Me dormí enseguida, pero a las tres horas, ya estaba despabilada. La medicación había restado virulencia a mis problemas con el sueño, pero persistían. Aún no había logrado recuperar un ritmo normal: me dormía de día y me despertaba de noche.

La habitación contaba con cama de matrimonio. No quería molestar a Jaime, que roncaba a mi lado, con mis vueltas y revueltas. Lo pensé unos instantes y decidí que lo mejor era levantarme.

«A estas horas, no habrá nadie despierto —me dije—. Y la vista será magnífica.»

A tientas, localicé la bata y me la coloqué sobre los hombros. Tras unos segundos palpando el suelo y buscando infructuosamente las zapatillas, opté por ir descalza.

Sin encender ninguna luz, me dirigí a la biblioteca: debía de ser soberbio ver amanecer desde aquel promontorio. Entré en la habitación. Blanco, silencio y oscuridad: una combinación perfecta. Crucé la estancia en silencio, de puntillas. Al tacto, el suelo, de cemento como las paredes, resultaba desagradable. Fui directa al ventanal. Era noche profunda, pero quería echar un vistazo al océano. Escutar sus bellas y tenebrosas tinieblas.

El cielo estaba huérfano esa noche. Ni luna ni estrellas. Un faro solitario aportaba la única pincelada de claridad, la suficiente para percibir que, lejos de aminorar, la tormenta engordaba por momentos. Fuerte marejada. Mar gruesa, quizás. Las olas parecían gigantes levantándose enfadados del suelo.

Me arrellané en una de las sillas blancas. Enseguida sentí frío y empecé a tiritar. Levanté las piernas y las apreté contra el pecho, tapándolas con el camisón, largo, y con la bata. Pero desde aquella posición no veía el mar. Me levanté y arrastré la silla hasta el borde de la cristalera. Las olas crecían y engullían las rocas con su boca negra. Envolví de nuevo las piernas con las telas. Poco a poco fui entrando en calor. Él me sumió en un inquieto sopor. Estaba adormilada, pero los recuerdos de las últimas fechas pasaban junto a mí. Me rozaban. Me producían ampollas. En el alma y en el cuerpo. Abrumada por ellos, me desperté sobresaltada. Y, sin más preámbulo, rompí a llorar. Primero, un ligero chirimiri; luego, un chubasco en toda regla.

Curiosamente, fue el fracaso, la pérdida de una pista fiable para capturar a Rodrigo, lo que me descompuso. Creo que, en mi interior, encerrar a aquel asesino equivalía a dar carpetazo a todos aquellos meses de gris extravío: a la criatura, a la depresión, a la locura, a la imposibilidad de dormir, al dolor de tener un marido incapaz de comprenderme. Archivar aquel caso, arrojar a la basura el manuscrito, dejar de pensar en el número siete —en esa «V», tiesa y altiva, y en sus dos palos, erectos como estacas— me parecía imprescindible para volver a la vida normal, para recuperar el dominio de mi tiempo. Triste o alegre, aburrido o entretenido, pero mío.

Mi cerebro, vuelto al redil de la racionalidad, había archivado mi deseo de morir en la carpeta de las sombras profundas, de las siluetas sin cuerpo. Pero —aun convertido en despojo— el pensamiento seguía allí. Y, en días como ése, lo echaba de menos. Si Iturri no hubiera interceptado mi mano, ya no tendría que llorar, ni levantarme a media noche, ni pisar suelos helados, ni me vería obligada a mirar hacia atrás para ver si alguien quería roerme los zancajos.

Parece una perogrullada pero, cuando mueres, la muerte deja de importar. Lo mismo que la vida. Que sepamos, no hay Rodrigos homicidas, ni maridos ciegos en el otro barrio. Seguí llorando, limpiándome descaradamente los mocos con la manga de seda. Sentía el alma yerma, agotada, como esos zapatos viejos que no sirven ni para alimentar la basura.

—Llorar es bueno; envidia a los que lo consiguen —oí a mi espalda.

Me asusté. Bajé las piernas de inmediato y, de un brinco, me incorporé. El flequillo del sol empezaba a asomar por el horizonte, pero todavía estaba

muy oscuro. Miré a mi alrededor. No vi a nadie. Entonces, sentí el crujido de los peldaños exentos. El señor Shibata descendía por ellos. Llevaba un extraño pijama de cuerpo entero, con pies, como los de los niños, de color beige.

Me re Coloqué la bata y me limpié la cara lo mejor que pude. Le miré de soslayo, avergonzada.

—Perdona, creí que estaba sola.

—No te disculpes, querida Lola. Imagino cómo te sientes. Debe de ser muy frustrante no poder echar el guante a una persona así. ¡Seis crímenes, qué barbaridad! ¿De verdad crees que se trata del doctor Ross?

—Si te soy sincera, Kimio, ya no sé qué pensar. He venido aquí convencida de que estas paredes me ofrecerían una respuesta. Pensaba que ver el lugar donde los crímenes se planificaron me aportaría la luz que necesito. Soy una estúpida. Lo siento. He conseguido amargaros un magnífico fin de semana... Aunque no hay mal que por bien no venga: sin ese asesino nunca os habríamos conocido, y ha sido un verdadero placer.

Me hizo callar y me animó a sentarme. Lo hice. Él acercó la silla del escritorio a mi lado, y los dos fuimos testigos mudos del nacimiento del día.

Toda maravilla nace pequeña, mínima, no más grande que una lenteja; una almendra, a lo sumo. Aquella jornada también nació así, como una primera luz tímida y flacucha que estalló de golpe mágicamente. Suavidad y ardor en perfecta simbiosis. Azabache surcado por hilos naranjas, amarillos y dorados. El dibujo más parecido al amor que he visto nunca. La creación del nuevo día me emocionó. Me sorprendió ver que a Kimio le ocurría lo mismo.

—Lo he visto muchas veces, pero no logro acostumbrarme... Dios debe de existir. Y es grande —susurró, sin dejar de mirar cómo el sol abandonaba los pañales y se convertía en un joven ardiente—. La vida es una maravilla, Lola, aunque a veces llueva.

—Lo sé. —A pesar de que intentaba pararla, las lágrimas se empeñaban en seguir manando.

—Los grafitis infaustos, los dibujos de seres abominables, las frases insultantes sólo evidencian que detrás hay una inmensa pared pintada de un blanco purísimo.

—Lo sé.

—Me han dicho que tienes varios hijos, Lola. Habrás podido comprobarlo personalmente. Oír reír a un niño; notar ese corazón grande, que se les sale del pecho; sentir su abrazo dulzón, de tornillo bien apretado. Y ese sueño... ¡Cómo duermen los niños!... ¡Hay tantos indicios, tantos que hacen multitud, un inmenso lienzo blanco!

—Es cierto.

Ya casi no lloraba, pero no debió de verme convencida e insistió:

—Tú vives alrededor de los juzgados, un ambiente deformado. Yo me muevo en el mundo real. Ahí la escala es de nueve personas admirables por cada indeseable. Desconozco las proporciones exactas, pero calculo que habrá un ladronzuelo por cada mil personas; un violador por cada millón; un asesino por cada diez millones... Es evidente, hay una mayoría de gente cargada de humanidad, de amor al prójimo, de solidaridad.

—Creo que los ladronzuelos son más abundantes de lo que piensas pero, en esencia, tienes razón. Te agradezco el esfuerzo, Kimio, pero no debes preocuparte por mí. El bien, no el mal, es mi *Leitmotiv*. Si me dedico al mundo de la justicia, es para quitar la cizaña que ahoga el trigo; toda la que pueda. No obstante, a veces, el árbol no me deja ver el bosque. Y el suelo se mueve bajo mis pies... Siento que hayas tenido que ser testigo.

Volvió la vista hacia el mar.

—¡Fíjate en el tamaño de las olas! Hoy no podremos salir a navegar, ni a pescar. Una pena...

Mis pies seguían sobre el suelo de cemento. Intenté evitar que se me notara, pero Kimio se dio cuenta de que estaba tiritando.

—A estas horas, esta habitación es fría. Por eso yo vengo preparado — dijo, señalando su pijama—. ¿Te apetece tomar algo caliente? Un desayuno mañanero nos vendría bien.

Me apetecía, pero era muy temprano.

—Esperaré a que se levante el resto, no te preocupes. Además, mi vestimenta no es muy adecuada...

—La cocinera está despierta. ¡Pidamos huevos y tostadas! El desayuno es la comida más importante del día.

—¿Despierta?, ¿a estas horas? ¿Habéis empleado a una cocinera insomne?

Se echó a reír.

—Ella y Belisario, su marido, que hace las veces de chófer y se ocupa del mantenimiento, están contratados durante todo el año. Su misión es cuidar la casa, de nosotros y de nuestros invitados. En invierno, a lo sumo, venimos tres o cuatro días al mes. Cuando estamos aquí, no les importa estar al tanto. Su salario es tres veces superior a los de sus colegas de la isla. Tienen casa y todas las necesidades cubiertas. No es ningún trastorno.

Hizo sonar una campanilla. Al cabo de unos minutos apareció la mujer que nos había servido la noche anterior. Iba impecablemente vestida, con un uniforme negro, delantal blanco y cofia del mismo color. Si le extrañó verme descalza, vistiendo bata y camisón, sus gestos no lo demostraron.

—Castalia, nos apetecería desayunar. ¿Puede prepararnos unos huevos revueltos y unas tostadas? Nosotros tomamos té, querida Lola, pero siendo española, supongo que preferirás el café. ¿Quieres beicon o queso?

—No, gracias. Con los huevos tengo suficiente. Pero si fuera posible, preferiría café descafeinado. No duermo muy bien últimamente...

—¿Tenemos descafeinado, Castalia?

—Creo que sí. Lo compramos cuando vinieron sus invitados españoles...

No caí en la cuenta, pero Kimio sí que lo hizo: la cocinera había empleado el plural.

—Castalia, ¿quién dice que tomaba café descafeinado?

—El médico amigo de la señora. El que se quedó después de la fiesta a pasar unos días.

—Lo imaginaba: habla del doctor Ross. Pero, que yo sepa, vino solo. De hecho, si se quedó aquí es porque necesitaba aislarse del mundo para concluir su nuevo libro.

—Así es, señor. El doctor Ross se instaló aquí solo. Nos dio orden de no hacer ruido y de no interrumpirle bajo ningún concepto. Solía dejarnos una nota con el menú del día, y apenas si le veíamos haciendo ejercicio en el gimnasio, o dándose un chapuzón en la piscina. Se quedaba a trabajar hasta muy tarde y, por eso, a veces pedía comida a horas extrañas: huevos revueltos a las siete de la tarde; sepia o carne cruda de madrugada...

—Eso está muy bien, Castalia. Pero lo que nos gustaría saber es si estaba solo.

—Lo estuvo al principio, pero luego, tres o cuatro días después de su llegada, un amigo vino a visitarle.

Con gesto cortés, e intentando parecer tranquila, interrogué a la mujer. Su inglés era muy deficiente, por lo que empleé palabras sencillas.

—Un amigo del doctor... ¿Alguien de por aquí, o quizás algún colega?

—Pues no lo sé. Nunca hablé con él.

—¿Y recuerda qué aspecto tenía? Altura, color del cabello, acento, ese tipo de cosas...

Ni siquiera tuvo que pensarlo.

—No llegué a verlo.

—¿De veras? —insistió Shibata con gesto pícaro—. Usted es capaz de otear hasta los pensamientos. Me cuesta creer que ese tipo se le escapara...

Enrojeció, pero respondió divertida:

—Eso mismo dice mi marido. Pero así fue: no le vi. Lo que sí puedo decirle es que al doctor Ross le disgustó muchísimo que viniera. Le contrarió. Así me lo hizo saber.

Shibata volvió a la carga.

—Acláreme algo que no entiendo, Castalia: si no le vio nunca, ¿cómo sabe que un amigo del doctor Ross estuvo aquí? ¿Se quedó a dormir, quizás? Si es así, es posible que su marido le viera... Nos sería muy útil tener una descripción.

—Sé que Belisario no le vio, porque lo hemos comentado. Tampoco sé si se quedó a dormir. Lo que puedo decirle es que el doctor no me dijo que preparara otra habitación...

Rojo subido, así es como se le puso la cara al decir aquello. Pero Shibata no tuvo compasión:

—Entonces, ¿no tiene constancia de que estuviera aquí?

—La tengo, señor. Y que yo sepa se quedó un par de días. El doctor Ross me pidió que preparara almuerzo y cena para aquellos dos días y que pusiera el doble de todo. Luego, nos dio los días libres... Yo, naturalmente, me negué a aceptarlo, pero él insistió. Más bien nos exigió que desapareciéramos. Así que Belisario y yo nos fuimos a Elefsina a ver a nuestra hija. Sin embargo, antes de marcharnos, pasé a despedirme. Iba a llamar a la puerta, pero los oí hablar. Discutían. El doctor chillaba, pero se oía más a su compañero: su voz

era muy grave. No sé cómo explicarlo, es como si el sonido le saliera de las entrañas. Si soy sincera, me dio un poco de miedo, y me fui sin llamar...

Al oír la descripción, se me puso la carne de gallina: conocía esa voz.

—Dice que discutían. ¿Sabe usted por qué? ¿Se enteró de qué hablaban?

—No los entendí, señor. Hablaban otro idioma, creo que era español.

Shibata permaneció callado, mirando circunspecto el mar. Castalia se fue a preparar el desayuno. Volví la vista al mar, enrabiado, casi colérico.

—Kimio, ¿recuerdas en qué fecha inaugurasteis la casa?

—Naturalmente. El 18 de marzo.

Repasé mentalmente el manuscrito.

Según mencionaba, la reunión prevista para marzo se suspendió debido a una indisposición de Wilson. Tras el asesinato en Vietnam, estuvieron un par de meses sin verse. Rodrigo especuló con que Wilson seguía un tratamiento de desintoxicación. Hablaba de golpes en la cara y de una muñeca rota, que él creía fruto de una caída tras una borrachera. Podría coincidir con las semanas en que había pasado en casa de los Shibata.

Mano rota... Golpes en la cara...

—Kimio, ¿sabes si el doctor Ross tuvo algún problema de salud antes de acudir a la inauguración? Me refiero a algún tipo de accidente, algún golpe con el coche, una caída... En las fotografías, me ha parecido que estaba bien.

—Yo no recuerdo que le pasara nada; por lo menos, nada grave. Me habría dado cuenta... De todos modos, no soy muy observador. Deberíamos preguntárselo a Sarah. Aunque habrá que esperar a que se levante. Le gusta dormir, todo lo contrario que a mí. —Se detuvo unos instantes y fijó la mirada en el mar, aunque en realidad no parecía verlo—. ¿Puedo serte sincero, Lola?

—Por favor.

—Soy presidente de una empresa de considerable tamaño. Hay cientos de trabajadores, con sus familias, que dependen de mis decisiones. No te cuento esto para presumir, todo lo que soy se lo debo a mis antecesores. Lo digo porque, a fuerza de sentir el peso de la responsabilidad, he terminado desarrollando un sexto sentido para calibrar a la gente, para ver tras la coraza de su apariencia. —Se detuvo. Me mantuve callada, esperando. De reojo, eché un vistazo. Sin duda, mar gruesa. Las olas casi pasaban de los cuatro

metros—. Quisiera poner esa habilidad a tu disposición, si es que me lo permites. Aunque hay una condición: mi esposa no debe saberlo.

—Gracias. —Pronuncié aquella palabra sin saber bien a qué me comprometía o qué me estaba ofreciendo. No tenía mucho que perder.

—De acuerdo, éste es mi *feeling*: conozco al doctor Marc Ross i Roví. No mucho, eso es cierto. Le traté brevemente a raíz del escándalo de las acciones de Aquity, porque Sarah lo trajo unos cuantos días a casa a tomar el té. Luego, tuve tiempo de charlar con él en la fiesta de inauguración. A partir de ese conocimiento, debo decir que es un hombre especial, lo que no es sinónimo de malvado. Hay algo en él que inquieta. Percibes en su interior un pozo profundo lleno de dolor, aunque, claro, con los datos que he conocido esta noche, no es de extrañar... En todo caso, insisto, presenta un aspecto extraño. Extraño, que no siniestro... En suma, lo que quería decirte es que nunca le contrataría para trabajar en mi empresa, aunque no creo que sea un asesino. De hecho, trata a mi mujer y a mi hija... No le veo con la capacidad suficiente para levantar su mano contra un semejante, y mucho menos con la de ahogar con sus propias manos a una mujer. No creo que sea un asesino. Pero, con la misma contundencia, te digo que sabe quién es Rodrigo.

Castalia llegó portando una bandeja con el café y el té. Pese a ser descafeinado, despedía un aroma delicioso. Luego, volvió con los huevos y las tostadas. Nos los sirvió en silencio, pensativa. Cuando ya se retiraba, la detuve.

—¿Puedo hacerle otra pregunta, Castalia? —En realidad, al que miré fue a Kimio, que accedió con un gesto.

—¡Por supuesto, lo que quiera!

—Cuando volvieron usted y su marido de visitar a su hija, ¿notaron algún cambio en el doctor Wilson?

La mujer dudó, y empezó a estirar enérgicamente el impecable delantal blanco que llevaba puesto.

—Bueno, yo...

—Castalia, diga libremente lo que piensa, se lo ruego —la animó Shibata.

—Es que... No quiero que me malinterpreten, yo...

Volvió a enrojecer. Su rostro, ancho, de campesina acostumbrada al sol, parecía franco, sencillo.

—No se preocupe. Diga lo que vio... o lo que percibió —insistí.

—De acuerdo. Cuando volvimos encontramos al doctor en muy mal estado...

—¿Anímico? —interrumpí. De nuevo me traicionó la impaciencia.

—Eso también, pero además tenía golpes en la cara: algún moretón y pequeños cortes. Y se había hecho daño en una muñeca. Tenía tal cara de dolor que llamamos al médico. Tuvieron que escayolarle la muñeca. No estaba rota, pero tenía una... No sé cómo se dice eso en inglés...

—¿Una fisura?

—¡Exactamente! Le pregunté qué le había pasado y contestó que había resbalado en la piscina.

Castalia nos sirvió el café y el té. Cuando Shibata le dio las gracias, se retiró aliviada.

Los huevos se enfriaban, pero ni Kimio ni yo nos decidimos a coger el tenedor. Finalmente, mi anfitrión se levantó y paseó por la estancia.

—¿Qué opinas de lo que dice, Lola?

Mentí descaradamente. Sin duda, me había hecho una composición de lugar, pero era suficientemente delicada para no mencionarla. Que lo hiciera él, si es que había llegado a la misma conclusión.

—Pues no sé qué pensar. Tú, que eres hombre, y de mundo, quizás tengas mejor criterio...

Me caló de inmediato.

—De modo que pensamos lo mismo... El doctor Ross y su paciente mantienen algún tipo de relación.

Esta vez, tuve que claudicar.

—Turbulenta, al parecer.

—¿Crees que será de naturaleza sexual? —preguntó con timidez.

—¿Qué me he perdido? Por lo que veo, es interesante —oímos a la espalda.

Nos giramos extrañados. Era Juan Iturri. Llevaba un pijama azul pálido y un batín de seda granate. Nunca le había visto así vestido. No sé por qué, me impresionó.

—¡Inspector! ¿Tampoco eres dormilón?

—Me temo que no. Quería ver amanecer, pero al salir de la habitación el

olor a buen café torrefacto me ha llenado la nariz. Y se me ha hecho la boca agua...

Se sentó a nuestro lado.

—Pediremos otro servicio.

—Gracias, Kimio, pero empezad vosotros. Los huevos se van a quedar fríos.

—Ya están fríos... —le informé.

Con una sonrisa en los labios, Iturri cortó la esquina de una tostada y se la comió. Con la boca medio llena, añadió:

—Entiendo, hablabais de Rodrigo y del doctor Wilson, Ross, perdón...

Kimio le resumió la conversación que habíamos mantenido con Castalia. Iturri escuchó en silencio, al tiempo que se terminaba la tostada y daba cuenta, sin preguntar, de mi plato de huevos revueltos. Recuerdo que Castalia le había puesto una ramita de perejil como adorno, y que yo pensé de inmediato en el cocinero vasco que tanto me gusta.

—De modo que sospecháis que son amantes... Eso, desde luego, complica las cosas un poco más.

—Más bien lo simplifica, Juan.

—El sexo lo complica todo. Siempre... —dijo. Sonrió y miró a Kimio de soslayo. A mí me guiñó el ojo.

Me azoré y añadí como si no le hubiera oído:

—Lo digo porque puede explicar en parte la actitud del psiquiatra. La intimidad entre un médico y su paciente no puede exceder de los límites de la amistad. Esa frontera es sagrada. Todos los códigos de ética médica prohíben vincularse sexualmente con los pacientes, al menos mientras son pacientes. Wilson se expone a una denuncia en toda regla. En Estados Unidos son extremadamente serios con esas cosas... Aunque, de todos modos, el juicio puede ser prematuro. Castalia dice que tenía la cara magullada y una muñeca medio rota... Puede ser que se cayera, o que Rodrigo le golpeará, sin más.

—O que las contusiones sean fruto de esa relación homosexual tormentosa... No sería de extrañar.

—Eso no podemos asegurarlo, Juan.

—Sólo una habitación, eso es lo que ha dicho Castalia. Una única cama —recordó Kimio—. No habiendo necesidad, no duermes en la misma cama

que otro hombre, salvo que tengas con él un cierto nivel de intimidad. Yo apostaría a que son amantes.

El japonés parecía disfrutar jugando a detective. Me levanté de la silla.

—Este caso me saca de quicio —confesé.

En ese momento, Castalia regresó.

—¡No ha probado bocado, señor Shibata! Se le habrá enfriado...

—No pasa nada, están buenos fríos. ¿Quieres algo, Juan?

—Café, gracias...

—Y otro plato de huevos para su señoría —ordenó.

La doncella oyó la petición, pero no se movió. Se mantuvo en pie, arrugando de nuevo el delantal.

—¿Ocurre algo, Castalia?

Dudó unos segundos. Kimio tuvo que azuzarla para que hablara.

—Lo que le dije antes era verdad: quiero decir que el doctor y su amigo hablaban otro idioma y no los entendí...

—No se preocupe. No es su obligación ser políglota.

—Pero los oí mencionar el nombre de un sitio. No me acuerdo muy bien, pero seguro que estaba en Oriente, porque he oído hablar de él a mi yerno, que trabaja en una multinacional. China, Corea, Hong Kong..., alguno de éstos. No consigo acordarme...

—¿Podría haber oído Vietnam? —tanteé con cierta cautela.

—No, tampoco me suena...

—¿Hanói, quizás? —señaló Iturri, siempre al quite.

Dio una palmada y le señaló con el dedo índice.

—¡Justo lo que el señor dice, Hanói! Pasaba algo con ese sitio. El doctor chillaba al mencionarlo. No sé cómo decirlo... Era como si le recordara alguna desgracia.

Iturri y yo cruzamos una mirada. No hicimos más comentario, pero en cuanto nos quedamos solos, Kimio nos abordó:

—Lola, inspector, ¡tenéis que decírmelo! ¿Qué ocurrió en Hanói? ¿Era eso lo que le recriminabas a Ross cuando hablasteis por teléfono?

—Sí. Rodrigo mató a una chica, su tercera víctima. Una prostituta de diecisiete o dieciocho años, disfrazada de Marilyn Monroe. La ahogó con un alambre, apretó hasta que dejó de respirar. Le pintó un número tres en la

pierna y luego prendió fuego al cadáver. Ahora ya no hay duda. El doctor Ross puede ser otra víctima de ese psicópata, pero es el único que puede detenerle. Lo que me reconcome es que no sé cómo convencerle para que hable...

—Tenéis que dejarle margen. Por lo poco que le conozco, diría que es un hombre dubitativo. En estos momentos, estará dándole vueltas a la conversación que mantuvo anoche contigo. Analizará cada expresión y ensamblará las piezas. Por su propio bien, se avendrá a negociar.

—Fue muy rotundo, Kimio: nos colgó el teléfono —insistí.

—Colgó. Ése es un hecho. Puede interpretarse como una negación contundente, pero también como la forma más rápida de salir de una situación de presión. En las negociaciones colectivas pasa algo similar. Yo apostaría por una huida hacia adelante. Manteneos alerta.

«Si son amantes, nunca lo hará», pensé.

El resto del fin de semana discurrió sin sobresaltos. Paseamos, disfrutamos de la piscina cubierta, jugamos a ping-pong, charlamos, escuchamos a Paco de Lucía, leímos más poesía y no volvimos a mencionar el nombre de Ernest Wilson: doctor Marc Ross i Roví, para sus pacientes. Al menos, delante de los Shibata y de Vicens.

En privado, le conté a Jaime lo que Castalia nos había confesado. Estuvo de acuerdo conmigo. Y eso era importante: yo conozco la base legal de la psiquiatría, pero él trata el asunto por dentro.

—Los enfermos que acuden a un psiquiatra son especialmente vulnerables —me explicó—. Las emociones que el terapeuta despierta en ellos son bastante especiales. El paciente fácilmente se confunde. No ve al hombre que le escucha, o que le receta tal o cual cosa, sino que desplaza sus sentimientos hacia figuras primarias.

—¿Hacia qué?

Negó con la cabeza un par de veces.

—Es igual, es jerga psiquiátrica. Basta con decir que esa relación es compleja, a veces irreal, y que el paciente puede confundirla con una cierta atracción erótica. Por ello, el médico debe tener mucho cuidado de no meterse en esos berenjenales. Hay que huir de ellos a todo correr...

—No digo que no tengas razón, Jaime, pero no me imagino a Wilson tratando de aprovecharse de la vulnerabilidad sexual de Rodrigo...

—No, por supuesto que no. Es más bien lo contrario... A veces, la personalidad de un paciente resulta tan enérgica, tan fuerte que deforma la percepción que su psiquiatra tiene de él. Y aunque tenga muchísima experiencia, en ocasiones confunde sus sentimientos y se «enamora» de ese

paciente. Lo llaman contratransferencia. Es muy posible que eso sea lo que le haya pasado a Wilson. Hay algunos médicos que se identifican con sus pacientes hasta el extremo de racionalizar o justificar ciertas tendencias.

Asentí con la cabeza.

—Leyendo el manuscrito, llegó un momento en el que pensé que Wilson estaba de acuerdo con Rodrigo. Luego, cuando vio las fotos y se horrorizó, me di cuenta de que no era así.

—Sí, a eso me refiero. Si alguna vez se sintió atraído por la personalidad de Rodrigo (y parece que la tiene y es muy atractiva) y se acostó con él, se dejó atrapar por su red.

—¿Debemos entonces suponer que Wilson es homosexual?

—No necesariamente. Hay un momento, creo que fue con la prostituta vietnamita, que dice que le dio asco que le besara. Puede ser un signo. Pero no hemos de olvidar que es una prostituta. A mí tampoco me gustaría... Pero no me quiero ir por las ramas. Si la contratransferencia es muy fuerte, puede que te enamores de él aunque no seas homosexual. En realidad, no es algo sexual, aunque termine habiendo sexo... Es mucho más íntimo, ¿lo entiendes?

Asentí con la cabeza. Aun así, dudaba.

—Rodrigo no menciona nada de eso. Ni siquiera de pasada. Es más, habla de su médico de un modo despreciativo...

—¡Es letra impresa, Lola! No resulta bonito dejar constancia de que pegas a tu psiquiatra, y de que mantienes con él relaciones homosexuales. Resulta mucho más sencillo echarle la culpa... Porque, además, la tiene: él es el profesional. Debería haberse dado cuenta.

—¡Pobre Wilson, no me extraña que nos escupa cada vez que le llamamos! ¡Tiene un papelón delante que yo no querría ni en pintura!

—Lo tiene, pero en ese agujero se ha metido él solito... Ahora tiene que hacer lo correcto. No hay vuelta atrás.

Le miré a los ojos. Jaime suele ser duro en sus juicios. Mayoritariamente, piensa con la cabeza. Para él, el corazón es un órgano femenino, disoluto, voluble, débil, maleable... Yo no opino lo mismo. Estoy de acuerdo con que se atonta con cualquier fruslería; que imagina y se cree lo que sueña; que puede llegar a ser sordo y ciego. Pero es mucho más profundo que la

inteligencia. Llega hasta sitios que ella ni siquiera puede pergeñar. Y, además, te enseña a ser humilde, porque te muestra a cada paso que eres falible, y hasta tonto.

Ni que decir tiene que no me aproveché el día de vacaciones: no pude apartar la cabeza del corazón de Wilson.

Tras despedirnos de nuestros anfitriones, que prometieron visitarnos en Madrid a la primera oportunidad, Belisario nos trasladó al aeropuerto y, con una botella de *ouzo* bajo el brazo, cortesía de Castalia, emprendimos el retorno.

Desde el mismo instante en que puse el pie en la escalerilla del avión, se me revolvieron las tripas. A la media hora de vuelo, había vomitado dos veces. Contagí a Iturri. Y a Vicens. Por fin, cuando sobrevolábamos los Pirineos, se me asentó el estómago.

Jaime y el agente de Interpol se quedaron dormidos. Con la cabeza volcada en la ventanilla, yo me dediqué a disfrutar del paisaje. No había nubes, y podía apreciarse la cadena montañosa, completamente blanca. Los rayos del sol hacían brillar la nieve como un metal bruñido. Vicens se me acercó. Tenía ganas de hablar. No era de extrañar.

—Ha sido el fin de semana más extraño que he vivido nunca —me confesó.

—Muy normal no ha sido, es cierto —acepté. Esperaba que Wilson no saliera en la conversación. No quería hablar de él. Bastante había dicho ya.

Dejó pasar unos segundos, pero finalmente estalló:

—Lola, ¿cómo puedes soportar estar rodeada de tanta gente sin escrúpulos: ladrones, violadores, asesinos...?

—La sociedad no es como ese manto de nieve virgen —dije, señalando con el dedo la ventanilla—. Alguien debe protegerla. A ella y a cada uno de sus miembros. Alguien debe velar por tu integridad, la de los tuyos y la de tus posesiones, ¿no?

—Lo sé, pero... En fin, lo que has contado... No logro comprender cómo alguien puede plantearse matar a un número concreto de personas y numerarlas como si fueran cosas o animales... Tiene que ser algún tipo de

monstruo.

—Lo es y, sin embargo, ¡hay tantos monstruos que parecen ciudadanos modelo! Si lo que Rodrigo cuenta en su escrito es cierto, su historia comenzó en un safari ilegal en África, en el que un grupo de civilizados empresarios pagaron por abatir gorilas, una especie protegida. Estando allí, le ofrecieron ampliar la talla de la presa: cazar a un hombre...

—¿Cazar a un hombre? ¡Pero eso es imposible! E ilegal.

—Obviamente, es ilegal, pero no es imposible: se hace. Las personas no están contadas en África; allí el valor de la vida humana es casi nulo. Y, para diversión de civilizados hombres blancos con los bolsillos llenos, se organiza una batida estimulante.

—¡Qué salvajada! Es impensable, ¿quién puede hacer algo así?

Antes de contestar, recordé las disquisiciones que sobre la maldad absoluta había mantenido con Tasso y el periodista Justino Sandoval en Barcelona. Mi postura no se había movido un ápice.

—Los seres humanos podemos llegar a tener el corazón terriblemente negro, Vicens, aunque las apariencias no lo denuncien. Supongo que tras esa inhumana batida, tras la caza y el tiro de gracia (¡qué pena no poder colgar el trofeo en su pabellón de caza!), esas personas regresarían a sus lugares de origen y volverían a su actividad ordinaria: arquitectos, como tú, empresarios, artistas renombrados, banqueros... Quizás uno de ellos te encargó el diseño de su nueva casa. Y a ti te pareció encantador...

Se rindió a la evidencia. Tras aquel rostro impregnado de inocencia, había un hombre que conocía el mundo.

—¿Podrás dar con él? Me refiero a ese tal Rodrigo.

—No lo sé. En este momento, dudo hasta de mí misma. Mañana vuelvo a la Audiencia: desgraciadamente, tengo mucho trabajo. Pero me consta que Iturri está al tanto y se mantendrá alerta. Espero que pronto tu casa quede libre de cualquier sospecha. Dios dirá... Lo que prometo es no coger más aviones en una buena temporada.

Nunca digas de esa agua no beberé.

El lunes fue un día ajetreado en la Audiencia. Un caso de terrorismo islámico, que llevaba la Sección Cuarta. Se detuvo a una veintena de individuos, incluido un imán, su hija y su esposa. Intérpretes, periodistas, policías enfadados, celdas repletas y un conato de manifestación no autorizada a las puertas de la Audiencia. Los antidisturbios hubieron de intervenir: más prensa, más detenidos, más policías enfadados. No conseguí un rato de sosiego hasta media tarde.

A eso de las seis, abrí mi correo electrónico. Desde el jueves, se habían acumulado las entradas: sesenta y tres mensajes. Depuré la cuenta como otras veces y procedí a responder a los recados que requerían contestación. En undécimo lugar aparecía, junto a un aviso de «Potencial correo basura», una dirección extraña. No parecía responder al patrón habitual: no prometía millones ni trataba de venderme Viagra de segunda mano. La cabecera llamó mi atención y, asumiendo el riesgo de contagiarme con un nuevo virus letal, pinché.

«Almuerzo pospuesto», rezaba.

Estimada señora:

Siento tener que rechazar su invitación para almorzar, lo cual me apena enormemente: habría sido agradable deshacer por fin ese entuerto. Sin embargo, y desafortunadamente, el día 16 a las 13.00 horas tengo otro compromiso ineludible. He de viajar a Washington. Me esperan allí, en un restaurante de la zona de Chinatown, para una reunión periódica. La mesa está reservada desde el domingo. No puedo negarme a acudir. Espero que este dato no la desaliente y podamos forzar otra reunión, con o sin su

prudente amigo. Recuerdos a su esposo, el doctor.

Venía sin firma. Pero, ni por un segundo, dudé que Wilson lo hubiera tecleado.

El día 16 era miércoles. Llamé al chófer y salí de la Audiencia como una exhalación, hablando por el móvil y conectándome a Internet para buscar pasajes para Washington. Reservé tres.

Desde el coche, telefoneé a Iturri. Pasé a recogerle por su famosa «unidad» y juntos nos acercamos al CSIC. Jaime nos hizo esperar apenas un minuto: todo un récord. Había hecho copias del mensaje. Se las entregué y me mantuve en silencio para que pudieran estudiar su contenido. Cuando habían transcurrido un par de minutos, les pregunté:

—Bien, ¿qué opináis? ¿Creéis que es suyo? Me refiero a Wilson, naturalmente.

Los dos hombres asintieron.

—Sí, es la única conclusión plausible... —señaló Jaime.

—Estoy de acuerdo. Lo que está pidiendo es que vayamos a Washington y detengamos a Rodrigo en el restaurante, mientras almuerzan —remarcó Iturri.

—Todos de acuerdo, entonces. Pero habla de pasado mañana. ¿Crees que podrás montar una operación de esas características con tan poco tiempo, Juan? No podemos arriesgarnos a perderlo, sólo tenemos esta oportunidad.

—Sabemos el lugar, el día y la hora. No tiene pérdida. Es cierto que vamos muy justos, pero creo que podemos arreglarlo...

—Seguro que lo has tenido en cuenta, pero de todas formas te lo recuerdo: en materia de justicia, Estados Unidos es terriblemente «nacionalista». Lo que quiero decir es que ese país queda fuera de tu jurisdicción...

—Estados Unidos es miembro fundador de la Interpol. Aunque tienes razón: hay que hacer las cosas bien. De todos modos, ya había hecho algún contacto debido al seguimiento. Además, el octubre pasado asistí en Francia a una conferencia mundial sobre homicidios y delitos sexuales en serie, organizada por mi unidad. Estuve allí con un agente norteamericano con quien trabé amistad. Un tipo simpático llamado Joe. Nada más llegar de

Santorini, le escribí. Le expliqué que iba a elevar el nivel de alerta sobre el caso Wilson-Rodrigo. Volveré a contactar con él. Estoy seguro de que nos facilitará la cobertura necesaria.

—No me preocupa eso, Juan, sino la nacionalidad de Rodrigo. Que sea ciudadano norteamericano...

—Bueno, eso está por ver. Sabemos que el castellano es su lengua materna, lo que indica que hay muchas probabilidades de que sea español. Aunque puede tener también pasaporte norteamericano. Si resulta ser así, dejaremos que sean ellos los que encabecen la juerga, y nosotros miraremos desde la retaguardia. No tenemos ningún afán de protagonismo, ¿verdad?

—Verdad. A mí me da igual quién lo haga, mientras se haga y se haga bien. Me refería a que habrá que detenerle con todas las garantías procesales. No quiero que algún juez puntilloso lo ponga en libertad por algún tecnicismo... Por cierto, ¿cómo va el seguimiento de Wilson? Hace días que quiero preguntarte si hay alguna novedad, pero siempre se me olvida.

Iturri respondió en tono cortante:

—No.

—¿No?

—No, y se acabó.

—¡Oye, Juan, eso no vale! Dime, qué es lo que ocurre.

—Pues ocurre que ese seguimiento cesó...

—¿Por qué?

—Ross es un tipo normal, respetado, que vive en un barrio acomodado y hace vida corriente. Le siguieron un par de días y no vieron nada anormal. Hay una tremenda escasez de recursos: poca gente y un montón de mafiosos, testigos que proteger, narcos que seguir... En fin, os podéis hacer una idea. Pero te diré en nuestro descargo, que tanto mi amigo americano como yo protestamos. Pero no nos hicieron caso: en este momento Wilson está solo.

—¡Por todos los santos, Juan, qué desastre! Si lo llego...

Jaime nos interrumpió:

—Siento haceros aterrizar, pero vuestras discusiones bizantinas no nos llevan a ningún sitio. Las cosas son como son. Yo de lo que dudo es del procedimiento... ¿Estamos seguros de querer irrumpir en Clyde con la caballería?

—¡Hace un momento dijiste que estabas de acuerdo! —protestó Iturri, cortante.

—¡Y lo estoy! Lo que me preocupa es que movilizemos a la policía y a un juez federal y luego sea una falsa alarma. Os recuerdo el mensaje del padre Chocarro: mentir es un hábito. Y está claro que Rodrigo es un mentiroso compulsivo.

—De acuerdo, lo es. Pero quien escribe el *e-mail* es Wilson. No tenemos constancia de que él mienta. Yo me creo la historia. Pienso que debemos ir a por él... —señaló Iturri.

Él y mi marido siguieron discutiendo unos minutos. Yo permanecí callada, pensativa; frustrada, más bien. Lo que había dicho Jaime me había hecho recapacitar. Llevaba mucho tiempo esperando aquel *e-mail* y, cuando llegaba, se me antojaba lleno de puntos flacos. Nada estaba saliendo como estaba previsto. Y el escalofrío de la espalda había vuelto...

—No nos estás escuchando, Lola, ¿qué te ocurre? —me preguntó Iturri.

—Nada.

—Venga, Lola, suéltalo.

—De acuerdo, siento ser un poco aguafiestas, pero es que no termino de creérmelo. Puede que Jaime tenga razón y todo sea un montaje —admití.

—¡Y dale! ¿Estamos o no de acuerdo en que el *e-mail* lo envía Wilson?

—Sí. No se trata de eso, sino del porqué. Veréis: hablamos por teléfono con él hace tres días, el viernes. Tú le amenazaste. Puede que incluso llegaras a asustarle, y se aviniera a negociar. Hasta este punto, me lo creo. Si nos hubiera mandado un mensaje pidiendo que nos reuniéramos, lo entendería. Pero lo que hace es escribir diciendo que Rodrigo acaba de citarle en Clyde. ¡Qué casualidad, tan sólo un par de días después de la amenaza, el asesino le cita! Ni por carambola. No puede ser. No creo en las casualidades, tampoco en ésta.

—Entonces, ¿cuál es tu hipótesis?

—No tengo ninguna. Por eso este asunto me inquieta. Creo que está escrito por Wilson, pero no que vayamos a ver a Rodrigo. Y, si va a estar solo, ¿por qué nos cita en Clyde?, ¿qué quiere de nosotros? No tiene lógica. Hay gato encerrado. Yo no subestimaría al psiquiatra. Imaginaos que llegamos allí y ha puesto una denuncia contra nosotros por acoso y la policía

está esperando para detenernos...

—¡Lolilla, mira que eres esquinada!

—No lo soy. Sólo tengo información privilegiada. Hay algo que no os he contado. Mientras iba a buscar a Iturri, llamé a Clyde. Quería cerciorarme. En Washington eran las doce y media. El restaurante estaba en plena ebullición. Pregunté si había una reserva a nombre de Rodrigo. Me contestaron que no, lo que me dejó muy sorprendida: el que convoca suele ser el que reserva. Luego pregunté si quizás había encargado la mesa el doctor Ross i Roví. De nuevo obtuve una negativa, lo que me volvió a dejar boquiabierta. Iba a colgar y a tenerlo por un engaño cuando se me ocurrió cambiar el chip. Y pregunté si la reserva estaba a nombre del doctor Ernest Wilson... «Sí, aquí está. El miércoles 16 a las 13.00 horas. Dos personas. Mesa cinco, primera planta. Junto a la ventana», me respondieron. Es muy extraño. ¿Por qué lo reserva el psiquiatra, con su nombre ficticio?

—La verdad es que no se me ocurre por qué, Lolilla, pero es posible que quedaran en hacerlo de esa manera, por seguridad. Como una clave, o algo así. O para que el propio Rodrigo evitara así dar su nombre. De todas formas, no me parece algo tan importante.

—Pues, a mí, sí. Son muchas las piezas que no encajan. Dime, Jaime, ¿en qué circunstancias se reúnen Wilson y Rodrigo?

—Rodrigo le cita cuando ha matado a alguien. En la comida le ofrece los detalles y le enseña las fotografías.

—¡Exacto, eso es: ahora no hay nada que contar! ¿Es que no lo veis? — Los dos negaron con la cabeza—. Pues estáis ciegos. Veréis, los seis crímenes prometidos ya han sido realizados. No tenemos documentada la reunión sobre el crimen de Barcelona, pero, a la fecha en que estamos, ya habrá tenido lugar. ¿Por qué habrían de reunirse si no hay más cadáveres? ¿Para qué?

—Es posible que yo estuviera en lo cierto y ese malnacido haya vuelto a matar. Os lo advertí: un tío así no se detiene —sentenció Iturri.

—También es posible que Rodrigo le cite para exigirle que cumpla con su parte del trato y cuente su historia: en eso quedaron, ¿no? O puede, simplemente, que desee verle: no olvides que podrían ser amantes...

Nos mantuvimos unos segundos callados, repensando la situación. Pero

quedaba poco tiempo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunté.

Respondió Iturri.

—Yo creo que tenemos que ir allí, y trabajar con los norteamericanos: no sabemos a qué nos enfrentamos. Dejemos que los acontecimientos sigan su curso. Vayamos con cautela, desde luego, pero sin agobiarnos. Si se trata de una falsa alarma, pedimos perdón y santas pascuas. A ellos también les ocurre. Mientras, haré algunas averiguaciones: veré si ha aparecido algún nuevo cadáver tatuado.

—Pues, en ese caso, tenemos que salir mañana mismo. ¿Podéis arreglarlo?

Los dos asintieron.

Ya me había encargado de los billetes.

Los días pares no hay avión directo a Washington. La única alternativa factible era coger un vuelo hasta Nueva York y, desde allí, bien en un vuelo doméstico, bien en tren, cubrir el tramo hasta la capital. Optamos por la primera opción. Volamos con Iberia el primer tramo. Tras una espera de dos horas (una de ellas, por un retraso), un exhaustivo cacheo (en mi caso, por una dama de cien kilos y más o menos el mismo peso en mal humor) y cincuenta minutos de vuelo, llegamos al Aeropuerto Internacional de Washington Dulles.

No sé qué temperatura hacía en Nueva York, no salimos de la terminal, pero en Washington nevaba copiosamente. Tengo la sensación de que en América todo ocurre al por mayor. Si nieva, no caen unos copos: se forma una capa de medio metro de nieve. Si construyen un edificio, roza el cielo. Y si alguien decide matar, lo hace en serie.

El aeropuerto está lejos de la ciudad y los taxis son caros en Washington. Propuse acudir a una de esas agencias de pequeños autobuses que, por un módico precio cerrado, te acercan hasta la misma puerta de tu hotel. Pero cuando habíamos dado con el mostrador, apareció el colega de Iturri, del que nos había hablado la víspera. Se saludaron efusivamente. Se presentó como Joe. Sin apellidos ni afiliación. Sabía nuestros nombres y, al parecer, muchas cosas más. A mí me llamó señorita desde el primer momento.

Joe correspondía al prototipo de americano del interior que yo tenía en la cabeza: blanco, grande, rubiales, con una sonrisa franca y algo de sobrepeso en el abdomen. Llevaba vestimenta informal: camisa de franela, de cuadros rojos y marrones; cazadora con el cuello de lana; pantalones de pana y botas. Un tipo afable, del montón a primera vista, salvo que te fijases en el bulto de

la axila izquierda.

«Antiguo marine», pensé. Y no pude menos que recordar lo que Rodrigo contaba sobre los soldados que volvían del Golfo. ¿Habría matado Joe a alguien alguna vez? A hurtadillas me fijé en los ojos, pero no me parecieron amenazadores. Ni siquiera fríos. «Tengo que enterarme», me dije.

La noche era especialmente negra; el aire, gélido. Las carreteras estaban transitables —no hay como tener una quitanieves a mano—, aun así, muchos coches iban provistos de cadenas. El de Joe, no. Pero conducía como si el hielo, la nieve y la nula visibilidad fueran su hábitat natural. Durante el trayecto, nos habló de la dureza de los inviernos de Washington, de los errores en la previsión meteorológica y de su viaje a la Feria de *Sevilla*. Evitó en todo momento mencionar a Wilson o a Rodrigo.

Nos dejó en la misma puerta del hotel, muy próximo a la embajada española. Lo sé porque vi la bandera de mi país ondeando, y me emocionó. Los españoles somos gente curiosa. Cuestionamos el valor de nuestra identidad dentro de casa, pero cuando salimos parece que el alma vuelva a hincharse.

Acababan de quitar la nieve y de echar sal. No tuvimos problemas. Iturri se quedó fuera, hablando con su homólogo americano. Le esperamos unos minutos en el vestíbulo. Al ver que no entraba, salimos a buscarle: no estaba. Tampoco Joe, ni su coche. Era tarde y estábamos cansados: tomamos un tentempié en el bar del hotel y nos fuimos a la cama.

De nuevo, se repitió la historia. Apenas una hora después de haber logrado conciliar el sueño, me desperté. Encendí la luz de la mesilla y, con cuidado de no hacer ruido, me levanté y busqué las gafas. Habíamos salido con prisas; un bolso de viaje con lo imprescindible. Pero no me había olvidado de lo fundamental: meter el manuscrito en la cartera. Volví a empezarlo, desde el principio. Si había algo que se me hubiera pasado, ésa era mi última oportunidad.

Mi nombre no importa.

Algunos psiquiatras y psicólogos insisten en que el hecho de asignar un nombre comporta importantes implicaciones psicológicas. Yo no lo creo. El nombre se parece a ese sobre barato que se abre y se tira, al papel de plata que recubre la ansiada porción de chocolate. Lo que contiene, lo que se oculta bajo su pomposo envoltorio, es lo que llena de significado a una persona.

Sin embargo, ya que es costumbre llevarlo, voy a regalarte un nombre. Uno cualquiera. ¿Qué más da uno que otro? Lo hago porque te resultará más fácil ponerte en mi lugar si puedes asignarme un nombre y, a mí, dártelo no me afecta.

Pongamos que la gente me llama Rodrigo, digamos que ése es el nombre por el que me conocen los que me tienen por un *broker*. Lo soy. Lo he sido hasta hace un par de años: un año, diez meses y catorce días, para ser exactos...

Dos horas después, me escocían los ojos y me dolía la espalda. Y el orgullo: no había dado con nada nuevo. Dejé el manuscrito en el suelo, cerré los ojos y traté de dibujar a Rodrigo. Me esforcé por estructurar los datos y forjarme una imagen. Fui incapaz, y no por exceso de detalles, como suele ocurrir, sino por defecto. Cuando alguien se propone narrar su vida, intenta atenerse a los hechos. Pero enseguida los caprichos del pensamiento le llevan de acá para allá. Se mezclan escenas, personas y sentimientos, se ahueca el alma para dejar entrar otras cosas. Y, al fin, el revoltijo es tal que cuando intentas esbozar la historia te sobran piezas. Muchas. No sabes dónde encajarlas, pero no las puedes quitar. Forman parte de su rostro. Sin ellas, sería otra persona.

Al relato de Rodrigo no le sobraba ninguna pieza. Carecía de vericuetos, de adornos, de revueltas. No dejaba entrar sentimientos ni daba pábulo a habladurías. Era lineal, recto, inoxidable. Completamente pulido, sin adherencias. En suma, no se trataba de una crónica de su vida; sólo los anales de sus crímenes. En ningún momento aparecía una fotografía suya de cuerpo entero. Siempre era un disfraz de tipo guapo pagado de sí mismo. Esquivo y parcial. Sin nombre, o con uno prestado.

Es curioso. En alguna de las páginas, Wilson confesaba su ascendencia judía. Para un judío —uno de los días negros que pasé tirada en el sofá, lo vi en un reportaje sobre los sefardíes—, el nombre no es sólo un modo de reconocer a otro verbalmente, es un signo de identidad: representa el alma misma. Rodrigo comienza su texto despreciándolo, ¿por qué?

—No puedo hacer tu perfil: ni siquiera me has dejado acercarme a ti a hurtadillas —murmuré.

Rememoré el texto. No había encontrado nada nuevo. Y, sin embargo, mantenía la sensación de que allí había un mensaje para mí. Me parecía que del libro brotaba una petición. Orgullosa; altiva, desde luego, pero, entre

líneas, pedía conmovedoramente mi colaboración. Rodrigo deseaba, por encima de todo, que su talento (¿se puede llamar talento a la perfección asesina?) fuera admirado, pero había algo más. Sarah había apuntado en Santorini lo que en criminalística se tenía por una constante: que el asesino en serie termina yéndose a pique y desea ser detenido. Yo no lo tengo tan claro. Hay muchos criminales satisfechos con y por sus crímenes.

Pero quizás en aquel caso tuviera razón, porque la única manera que tenía Rodrigo de pasar a la historia era ser detenido.

—¿Quién eres? —le pregunté, aunque no pudiera oírme—. ¡Pareces una colección de mentiras! Sólo sé de ti lo que te gustaría ser. Por ejemplo, tu relación con esa casa... No andas en la indigencia, puesto que has podido pagar a un psiquiatra caro como Wilson, pero te apropias de la vivienda de Kimio Shibata. ¿Por qué lo haces? Podría pensarse que anhelas su clase, su posición. Pero te defines como un lobo solitario al que disgusta el contacto con sus semejantes y cuyo juicio te importa un rábano. ¿Qué tiene esa casa? ¿Por qué la deseas?

Recogí el texto, volvía a calarme las lentes y busqué su descripción.

He vivido en muchas partes a lo largo y ancho del globo. De hecho, tengo propiedades inmobiliarias diseminadas por el mundo. Sin embargo, no tengo más que una casa, un refugio; sólo en un sitio soy capaz de encarnarme en el mundo y ser yo; sólo ante esa belleza hallo la paz. No desvelaré el emplazamiento exacto de mi hogar, pero diré que desde todas las habitaciones de la casa se ve el mar.

El mar es mi Valium. Eso fue lo que hice saber al arquitecto seleccionado para ejecutar el proyecto, un reputado profesional cuyo nombre omito, pero que elegí precisamente por su concepción de la incorruptibilidad. Diseñó una obra de arte: líneas puras, sólidas, sin fisuras. Como debe ser un carácter...

—«Sólo ante esa belleza hallo la paz»... «Diseñó una obra de arte»... ¡Naturalmente! No envidias la riqueza: lo que buscas es la belleza. Y, por eso, te atribuyes el cuerpo de un adonis, ¿verdad? Debes de ser fuerte para poder matar, pero quizás te creas feo o contrahecho. Te atribuyes la habilidad del mejor de los *brokers*: no creo que seas un fracasado, porque has amasado una fortuna, pero tampoco eres un genio... —Me invadió una intensa rabia—. ¡Belleza, hermosura, inteligencia...! ¿Sabes qué te digo? Que no existes. No eres más que un Frankenstein imaginario, hecho de trozos de lo que

deseas. ¿Tú eres el que me ofreces un nombre para que pueda ponerme en tu lugar? ¡Eres un loco asesino, eres un don nadie! —susurré.

Apagué la luz, me arrebujé bien en el edredón y me prometí no pensar más en ese loco. En pocas horas, le detendríamos. Tampoco logré dormir.

«Un don nadie.» No sé bien por qué pero, en cuanto esas palabras salieron de mi boca, la imagen de mi suegra vino a mi cabeza. Era (murió hace algunos años) una mujer de mucho carácter, procedente de una familia de abolengo de un territorio pequeño como Navarra. A mí, que entonces residía en Bilbao, el abolengo navarro me parecía una chuminada. Sin embargo, ella, que no conocía a mis antepasados, siempre me tuvo por gente sin raíces, sin árbol genealógico, sin familia.

Sin nombre. Sin familia. Eso fue lo que me dio que pensar.

La mayoría de los relatos sobre asesinos en serie que he leído reflejan graves trastornos familiares. Huérfanos maltratados, hijos de prostitutas o de alcohólicos, hombres que en su niñez fueron víctimas de depravaciones sexuales... Al tratar de explicar sus actos, muchos de ellos relatan sus imágenes domésticas: odiaban a su madre, a su padrastro, a su madre adoptiva, a su hermanastro, al amigo de su madrastra... Sin embargo, en las doscientas páginas que componían el relato de Rodrigo, no había ni una leve alusión a ningún miembro de su familia. Ni una sola: ni dónde nació, ni dónde o cómo se crió, ni qué profesión ejercía su padre, ni qué carácter tenía su madre... Tampoco hablaba de sus estudios, ni de casi nada suyo, a excepción de su fallido primer amor. Tendría al menos quince o dieciséis años...

«¿Dónde están tus recuerdos, Rodrigo? ¿Dónde está tu familia? Si no era bella, ni hermosa, ni inteligente, ¿por qué no hablas de ello?»

Quizás estuviera demasiado obsesionada con el relato, pero el dato me pareció extraño. Decidí comentárselo a Jaime en cuanto se despertara. Como médico, sabría calibrar mejor que yo si aquello resultaba importante o no.

Finalmente, me dormí.

Cuando sonó el móvil, acababan de dar las diez. Jaime y yo seguíamos durmiendo. Era Iturri. La diferencia horaria nos había despistado. Nos arreglamos a toda prisa y bajamos. Mientras tomábamos una taza de café americano en el bar del hotel, traté de explicarles mis elucubraciones nocturnas.

—¡No habla de su familia ni de sus recuerdos! ¿Qué somos, sino una colección de recuerdos, de vivencias? Sin ello, dejamos de ser personas. ¿Os dais cuenta? ¡Es como si su existencia pendiera del aire!... Seguro que tú sabes cómo interpretar eso, Jaime.

—Bueno, yo no soy psiquiatra, pero el dato es interesante.

Iturri alzó las cejas en señal de impaciencia. Estaba muy serio aquella mañana. Las bolsas oscuras bajo sus ojos indicaban que tampoco había dormido mucho.

—Siento tener que cortaros. Disponemos de poco tiempo y os tengo que poner al día... Diez hombres de paisano y seis de uniforme, que permanecerán ocultos, estarán en el restaurante. Han reservado dos mesas desde las que podremos observar los hechos. En una estaremos nosotros tres y Joe. En la otra, cuatro agentes, uno de ellos mujer. El resto estará desperdigado por los alrededores. Se ha hablado con un juez: informado de la gravedad de los hechos, no ha puesto ninguna pega. Por cierto, Lola, te manda saludos. Dice que, cuando todo esto acabe, le gustaría saludarte.

No escuché sus últimas frases. Estaba contando. Se me antojó excesivo, incluso para la habitual exageración yanqui.

—¿Dieciséis agentes? ¿No te parece mucha gente para detener a un solo hombre?

—Son muchos, pero es mejor estar prevenidos...

—¿Eres el mismo que justificaba la retirada de la vigilancia por falta de presupuesto? —me quejé.

—De acuerdo, te lo contaré: ha habido novedades. Yo tenía razón cuando aseguraba que ese tío no iba a detenerse al llegar a seis.

Me quedé de piedra.

—¿Quieres decir que...?

—Que ha vuelto a matar. Ayer por la mañana hallaron muerta en su domicilio a una mujer. La hora de la muerte se sitúa en la tarde-noche del domingo. Raza negra, soltera, treinta y dos años, enfermera de profesión y terriblemente responsable. Al no acudir al hospital la tarde del lunes, sus compañeros llamaron reiteradamente a su casa; luego, a la policía. La encontraron en la bañera. Dentro había un secador de pelo conectado a la corriente. Murió electrocutada.

—¿Ha sido Rodrigo? —pregunté. No me cuadraba.

—¡Lola, déjame acabar! No tienes ni un ápice de paciencia. —Me disculpé—. Como señalas, podría haber pasado por un accidente doméstico. Sin embargo, el forense era puntilloso. Ya sabéis lo que eso significa. —Ambos lo sabíamos. Un forense perfeccionista puede llegar a ser un verdadero plasta—. Encontró algo curioso: con un rotulador negro, alguien le había pintado en la nuca una uve y dos palos: el siete en números romanos. Estaba claro que ella no había podido hacerlo personalmente. Dio parte del hallazgo. Y la policía localizó la alerta de Interpol. Fue ayer mismo, por la noche, cuando nos avisaron.

—¡Vaya, ahora ya cuadra! —susurré, pensando en mis dudas originales.

Si había vuelto a matar, resultaba lógico que se hubiera citado con Wilson. Aquello le iba a poner muy nervioso...

—¿Y dices que le pintó el número en la nuca? Quizás se trate de otro asunto. Aunque el número coincide con la serie, hasta ahora Rodrigo ha tatuado los cadáveres en la pierna. Según dicen los expertos, cambiar el registro no es frecuente en este tipo de asesinos. Suelen ser muy metódicos.

—Es cierto, pero la mujer tenía las piernas completamente sumergidas en agua: estaba en la bañera. Quizás su asesino pensó que la tinta se borraría... —respondió Iturri. Me miró de soslayo. Yo enrojecí.

Hasta entonces, Jaime se había mantenido al margen. Pero en ese momento despertó.

—Pues lo que a mí no me cuadra es que, después de tres crímenes sangrientos, haya vuelto a un sistema incruento —comentó Jaime—. Cuando un asesino toca la sangre, no suele echar marcha atrás. Salvo que tuviese mucha prisa...

Iturri no le dejó continuar. Comprobó el reloj.

—No lo sé. Pero tenemos que marcharnos.

Subí a lavarme los dientes y a recoger el abrigo, una bufanda y los guantes. Salimos a la calle. El día era frío, como la víspera, y la nieve seguía siendo protagonista. El sol se asomaba tímidamente tras los negros nubarrones, pero el ambiente se me antojó oscuro, deprimente. Mi afán por descubrir a Rodrigo no alcanzaba a encubrir mi miedo. Sentía un pánico atroz.

El taxi nos esperaba, pero me quedé en la calle unos segundos, dudando. Una vez que me subiera a ese coche amarillo, no habría marcha atrás. Iturri me dio un pequeño empujón. Me giré.

—Hace frío y tenemos prisa —me dijo, mientras con un gesto de la mano me indicaba que siguiera.

Eran las once y cuarto, y Joe nos esperaba en Clyde. Finalmente, subí en la parte de atrás, di los buenos días al conductor, un hombre indio con un enorme turbante, y cerré la puerta. Iturri iba delante; Jaime, a mi lado.

Washington es una bonita ciudad, un lugar que merece la pena conocer. Aunque carezca de la personalidad de Nueva York o del rompedor encanto de San Francisco, no deja de tener ángel. No estaba para visitas turísticas, pero el corto paseo logró meter en vereda los latidos de mi corazón, completamente desbocado.

En apenas quince minutos llegamos a Chinatown, un barrio precioso, rehabilitado con gusto, donde está situado el restaurante. Tras un par de vueltas, dimos con Clyde. No fue gracias al taxista. Su inglés tenía poco que ver con el nuestro y no había forma de aclararse. Fue porque vimos a Joe en la puerta de una gran casona, fumándose un cigarrillo. Su indumentaria era similar a la del día anterior (de hecho, la cazadora de cuello de lana era la misma), pero me pareció más grueso. Llevaba los cuellos levantados y las

manos en los bolsillos para combatir el frío, lo mismo que los dos hombres que le acompañaban.

Pagamos al conductor y bajamos. Joe aprovechó el lapso para tirar el cigarrillo al suelo y pisarlo. Nos presentó a sus colegas. El más alto, que dijo llamarse Peter, tenía aspecto de universitario pijo. Hablaba poco, pero sonreía en todo momento. El otro, bastante bajito y muy delgado, con la cabeza rapada, respondía al nombre de Richard y era cubano de nacimiento. Tenía una simpatía natural atrayente, y nos contó varios chistes muy buenos que, desgraciadamente, he olvidado. Les agradecí su cooperación apretando efusivamente sus manos enguantadas.

Joe no nos dio más tiempo. Sujetó el picaporte, tiró del portón hacia fuera e hizo un gesto con la mano indicándonos que entráramos. Luego, lo hizo él. Al soltar la puerta, los goznes protestaron con voces chillonas. Tragué saliva. Si de aquélla no me daba un infarto, sería un milagro.

En el interior la luz era escasa. Barrí la estancia con la mirada. El lugar era grande, pero no tanto como había imaginado. A la derecha se abría una larga barra de madera, que se extendía hasta el final de la estancia. Sobre ella colgaban pequeñas lámparas que emitían un brillo pálido y amarillento. Al fondo, en sendos taburetes de patas de flamenco, se sentaban dos hombres que bebían Coca-Cola. Saludaron a Joe con un gesto. De frente, sin dejar sitio para un vestíbulo, se presentaba una interminable escalera de madera que, sin parecerse demasiado, me hizo evocar la figura de Scarlett O'Hara, con sus tirabuzones negros y su puño en alto. Unía el bar y los salones de abajo con la segunda planta.

Pasé los dedos por la barandilla. No podía creer que estuviera allí. Y menos que fuera a ser testigo de la última reunión entre Wilson y su paciente. Por un momento, me entraron ganas de salir corriendo.

—¿No tiene calor, señorita?

Me giré. Joe estaba a mi espalda. Se había quitado la cazadora, lo mismo que sus colegas. Los observé furtivamente mientras me desprendía de la bufanda y de los guantes. Peter llevaba la camisa —un modelo discreto de color blanco, marca Hugo Boss— por encima de los pantalones, pero en una de las esquinas se asomaba un pico oscuro y guateado. ¡Aquello era un chaleco antibalas! Miré a Joe. Estaba claro que no había engordado desde la

noche anterior. Me invadió una terrible angustia. Nosotros íbamos a estar a su lado, ¡y yo sólo llevaba un sujetador de encaje!

Un camarero nos guardó los bártulos. Joe se ofreció a enseñarnos el local. El trabajo escaseaba; era temprano. Los empleados habían sido advertidos de que iríamos. Aunque no sabían bien por qué, se comportaron con naturalidad. El restaurante contaba con cinco salones y varias áreas privadas. Wilson había reservado mesa en el salón grande, estilo victoriano, del primer piso. Subimos. Cuanto más ascendía por aquella escalera inacabable, más fuertemente me latía el corazón.

Iturri me cogió del brazo y acercó su boca a mi oreja.

—¡Tranquila! Todo irá bien —me susurró.

Me soltó y siguió a Joe. Miré a mi alrededor buscando a Jaime. Estaba unos peldaños más abajo, con cara de pocos amigos. Esperé a que me alcanzara.

—¿Tienes el mismo miedo que yo?

—No. Lo que tengo es rabia. Me pregunto por qué, habiéndome casado con una juez, tengo que estar haciendo el trabajo de un policía sin cobrar ni llevar chaleco antibalas.

—¿Tú también te has dado cuenta?

—Como para estar ciego...

—¿Qué pensará esta gente de Rodrigo, si vienen pertrechados de esa manera? No parece el tipo de hombre que lleva una pistola escondida en el bolsillo... Puede que lo diga algún protocolo. Los yanquis tienen protocolo para todo. ¿Crees que tendríamos que pedirles un chaleco para nosotros?

Me cogió la mano. Apretaba con fuerza.

—Lo que tenemos que hacer es estar lo más lejos posible de ellos. ¿Me oyes, Lolilla? ¡Lo más lejos posible! De ellos, de Wilson y de Rodrigo...

Por fin, alcanzamos el salón victoriano. Para mi gusto, excesivamente recargado, aunque resultaba acogedor: en todas partes se apilaban figuras, cuadros, estatuas con motivos deportivos, recuerdos orientales, plantas de plástico, lámparas con cristalitos de colores... Como en el piso de abajo, la luz era tenue y amarillenta.

Recorrí el comedor, primero con la mirada, luego paseando discretamente. Al fondo, en una mesa alargada, los únicos clientes

tempraneros —un grupo numeroso— celebraban una fiesta, probablemente un aniversario: el pastel que luego trajeron llevaba muchas velas. Mientras los observaba, pensé en la razón de la elección. ¿Por qué Wilson habría optado por Clyde? En realidad, el sitio no encajaba con su personalidad. Allí, el psiquiatra parecería fuera de contexto: le iba mucho más un sitio pequeño, recogido, de techos bajos. ¿Sería por la comida, o quizás por algún recuerdo enganchado a aquellos cuadros de caballos?

Joe levantó la mano. Los demás (incluidos los dos hombres que estaban en la barra y una mujer de color, el pelo lleno de trenzas, que acababa de incorporarse a la operación) le rodeaban. Nos acercamos.

—Bien, ya estamos todos. Escuchad, aquélla es la mesa que nuestro hombre ha reservado. —Nos giramos. Se localizaba a la izquierda del salón, junto a un balcón adornado con un pesado cortinaje de terciopelo de color tostado. Era pequeña, redonda, y estaba cubierta por un impoluto mantel blanco, un pequeño florero y servicio para dos—. Nosotros nos sentaremos aquí —señaló otras dos mesas, situadas a una discreta distancia, pero con suficiente vista.

—¿Te has fijado en la columna? Tapa una de las mesas. Desde ella, sólo se ve parcialmente el objetivo —le advirtió Iturri.

—No sólo me he fijado, la he elegido expresamente. Según me habéis explicado, el doctor Ross os conoce. Os ha visto la cara a los tres. Será mejor que no os detecte a las primeras de cambio. Es de suponer que esté muy nervioso. Si le ponemos más aún dejándoos al descubierto, es posible que su actitud le delate. Lo mejor será que la columna os oculte parcialmente.

—Sí, mejor a cubierto. Iturri y nosotros, que venimos con lo puesto... —añadí, señalando su torso. No pude callármelo.

—Es el protocolo, señoría. Aunque, en realidad, no esperamos ninguna resistencia. Habitualmente, los asesinos en serie son detenidos pacíficamente... Cuando no ven una salida, se entregan por las buenas. Sigamos. Les dejaremos que se sienten y hablen un rato, que pidan la comida, que Rodrigo se confíe. A un gesto mío, Peter y Richard, os acercáis por la izquierda, Roseta por la derecha. Yo iré de frente...

—¿Y nosotros? —preguntó Jaime.

—La única razón de su presencia aquí es que el doctor Ross los ha citado

y no queremos que la situación se tuerza porque no estén. Pero no quiero que intervengan. Bajo ningún concepto. Permanecerán sentados y quietecitos. Si los necesitamos, les llamaremos. ¿Está claro?

Tanto Jaime como yo acatamos con un movimiento de la cabeza. El marine mandaba con mucha *auctoritas*.

Sacó una fotografía del doctor Ross del bolsillo de la americana.

—Éste es el psiquiatra. Miradlo bien: no le tocaremos. No queremos detener al hombre equivocado, ¿verdad?...

—¡Pero tendrán que retener a Wilson para interrogarle! —argumenté.

—Lo nuestro, señoría, es cazar a Rodrigo; el doctor vendrá después.

Pasaban unos minutos de las doce. Empezaban a llegar clientes. Joe propuso que bajáramos y esperáramos en la barra de la entrada, ocultos en la esquina más alejada. Lo hicimos. Aproveché para acercarme a saludar a la otra mujer del grupo, la tal Roseta. También ex marine. Por decirlo de manera suave, era una señora de pocas palabras y menos sonrisas. Sólo respondía con monosílabos pronunciados a modo de escupitajos. Volví con Jaime y Joe. Hablamos de cosas intrascendentes, sobre todo del tiempo. Volvía a nevar. Estaba hablándonos de la enorme tormenta del año anterior, que había dejado a la población aislada algunos días, cuando le interrumpí:

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, Joe? Indiscreta, creo.

—Adelante.

—¿Ha matado a alguien en alguna ocasión?

—Serví en Afganistán, señoría —fue su respuesta. Lo tomé por un sí.

—¿Y cree que matar a otra persona puede afectar a la cordura? Es posible que usted no lo sepa pero, con sus crímenes, Rodrigo trata de probar que se puede asesinar a sangre fría, sin ningún motivo, y permanecer cuerdo.

Sacó un cigarrillo y se lo llevó a la boca pero no lo encendió. Estaba prohibido fumar. Jaime y yo le mirábamos fijamente, esperando la respuesta.

—La guerra es una barbaridad... Pero es un producto humano, como el teléfono, la tostadora o la cerveza. No podemos negar lo que somos. Podríamos hacer atrocidades y seguir siendo hombres, es así de sencillo. Sin embargo... —Dio varias chupadas seguidas al pitillo—. Sin embargo, están las noches. Hay que vivir con uno mismo, ¿sabe? Y eso, de noche, resulta terrible. ¡Cazaremos a ese tío loco! —Guardó el cigarrillo en el bolsillo,

terminó la Coca-Cola y volvió a extraer del bolsillo la fotografía del psiquiatra. Le echó un último vistazo y se la pasó a Peter—. Se acerca la hora. Los de la segunda mesa, subid. Nosotros permaneceremos aquí, atentos, hasta que llegue.

Wilson entró diez minutos antes de la hora de la cita. No pude verle. Subió la escalera a toda prisa y se dirigió directamente al salón victoriano. Íbamos a salir detrás de él, pero Joe nos detuvo.

—Quietos. Subiremos cuando lo haga el camarero... ¡Ahí viene! De acuerdo. ¡Vamos!

Ascendimos detrás de él. Al llegar, vi que Wilson se había quitado la pelliza, que dejó colgada en el respaldo de la silla, y un gorro de lana, que metió en el bolsillo tras sacudir la nieve. No se fijó en nosotros, ni en nadie más. Estaba ensimismado, con la espalda encorvada y la mirada baja, como si se hallara totalmente atribulado.

Le contemplé desde mi posición. Como había indicado Iturri, la columna me tapaba. Wilson debería girarse casi ciento ochenta grados para poder verme. Sin embargo, yo podía observarle de perfil y contemplar casi todo lo que hacía. Me fijé en que el médico había dejado la pajarita en casa. Iba desaliñado y llevaba ropa informal. Arrugada, como si hubiera dormido con ella puesta. Si verdaderamente él y Rodrigo eran amantes, ese descuido no tenía razón de ser. Te arreglas si vas a encontrarte con tu pareja. Quizás supiera ya que Rodrigo había vuelto a matar. En ese caso, el miedo y la preocupación se anticiparían a cualquier otro deseo... Si es que le quedaba alguno, porque, ¿quién ansía caer en los brazos de un asesino en serie? Aunque vaya usted a saber... He oído casos de policías que mantenían relaciones sexuales con terroristas fichadas, incluso sabiendo que podían ponerles una bomba debajo del coche y hacerles saltar por los aires. Se ve que tenemos un gen masoquista. Quizás, en el fondo, todos necesitamos un psiquiatra...

De pronto, me acordé. Me incorporé levemente para poder ver el resto de la mesa. No lo conseguí. La maldita columna.

—¿Alcanzáis a ver si el psiquiatra lleva algún cuaderno?

—No veo nada sobre la mesa —dijo Jaime.

—Sí, a su izquierda hay un cuaderno marrón —corrigió Joe.

Asentí varias veces con la cabeza. Tenía sentido.

—Tiene noticia del nuevo crimen —aseguré.

—¿Y eso cómo lo sabes, Lolilla?

—Es lógico. Al fin y al cabo, Wilson continúa siendo el médico de Rodrigo, y prometió curarle si, finalmente, se volvía loco. Seguirá intentando convencerle para que se someta a un tratamiento. Y, para ello, debe anotar las conclusiones de esta entrevista en sus cuadernos de pasta de hule... Apuesto a que ése lleva la fecha de hoy.

Mientras hablábamos, nuevos clientes llegaron al comedor. La mayoría venían calados, con la ropa llena de nieve. Fuera, el temporal estaba causando estragos. Como consecuencia, por el suelo del salón habían ido formándose peligrosos charcos. Dos señoras y un niño habían resbalado. Finalmente, los camareros se cansaron de llevar la fregona de acá para allá y trajeron dos grandes paragüeros y otros tantos percheros de pie. Los colocaron al final de la escalera, a la entrada del salón, junto al pasillo que daba acceso a los servicios, para que la gente, al llegar, dejara allí las prendas húmedas y los paraguas.

Un camarero se acercó a la mesa del psiquiatra. Dejó sobre el mantel una jarra de agua con hielos, una cestita de mimbre con una corta variedad de panes y una tarrina de mantequilla. Wilson cogió uno de los panes y repitió exactamente la operación que el texto de Rodrigo describía: empezó a partir pequeños trozos, los fue colocando en fila, guardando, entre uno y otro, una distancia más o menos regular, y se los comió muy despacio; primero, las migas impares, empezando por las más cercanas; luego, las pares, de atrás adelante. Por un momento deseé no haberle conocido o haberle dejado en paz. Parecía un tipo indefenso, alfeñique, pese a los músculos; fruncido sobre su espalda, como si la carga que llevara fuera demasiado pesada.

Por tres veces acudieron a tomarle nota. Por tres veces, rechazó el ofrecimiento. Alegó que esperaba una visita. La tercera de ellas, miró el reloj. Yo también el mío. Pasaban dos o tres minutos de la una. A partir de ese momento, se puso en guardia. Su mirada fue alternando entre los trocitos de pan y la escalera. Ni que decir tiene que, cada vez que levantaba la frente, todos, al unísono, nos dábamos la vuelta para mirar a la persona que subía... Y a mí se me desbocaba el corazón. Iba a conocer a Rodrigo, íbamos a

apremiarle y a abatirle, como él había hecho con el gorila de Gabón, como León había propuesto hacer con aquel pobre nativo muerto de hambre.

A eso de la una y veinte, Wilson dio un respingo. Abrió mucho los ojos y su cara se volvió cérea. Se puso en pie. Cerró los ojos con fuerza unos segundos, respiró profundamente, luego levantó el brazo y lo agitó, como llamando la atención de alguien. En un movimiento reflejo, todos miramos hacia la escalera. Un grupo de personas entraban en el salón. Turistas bulliciosos, al menos eran quince o veinte. Parecía un grupo de universitarios de visita cultural. El camarero los detuvo a la entrada y les indicó dónde dejar los paraguas y los abrigos.

Me incliné hacia un lado; luego, hacia el otro. No logré ver nada, a excepción de un par de chavales. Volví la vista hacia la mesa del psiquiatra. Había vuelto a sentarse y llamado al camarero. No oí lo que pedía, pero no tuve dudas: hamburguesa de cangrejo y entrecot con gambas. Mi única duda fue si pediría vino.

Miré a Iturri. Se encogió de hombros. Joe hizo un gesto de sosiego con la mano a sus colegas, sentados en la otra mesa. Me incliné hacia el policía americano.

—Wilson ha encargado la comida; eso significa que Rodrigo ya está aquí.

—Lo sé. Debe de estar mezclado con ese grupo. Mira, avanzan.

Se puso la mano en el oído y se subió el cuello de la camisa.

—¿Veis al objetivo?

No oímos la respuesta, pero le vimos negar con la cabeza.

—Sigue solo —nos informó.

El agente miró a un lado y a otro calibrando la situación. La entrada estaba vacía. Todos los nuevos comensales habían ocupado sus puestos. Iturri le señaló con el dedo el letrero que colgaba junto a los paragüeros: indicaba la ubicación de los servicios. Volvió a levantarse el cuello de la camisa.

—El aseo. Debe de haber ido allí. Peter, acércate.

Si yo hubiera sido Peter, le habría preguntado qué hacer una vez dentro. Carecíamos de cualquier indicio acerca de su aspecto. Se disfrazaba para cada crimen. Podía ser rubio, moreno o pelirrojo; llevar bigote o barba; coleta, incluso... Pero Peter no preguntó nada. Se levantó y se dirigió a los lavabos.

Mientras, llegó la comida de Wilson. Debían de tener el cangrejo

preparado, porque fue visto y no visto. Inmediatamente, se aclaró mi duda: trajeron vino tinto.

Peter volvió a su asiento. Levantó tres dedos de la mano y luego dijo algo que no pudimos oír. Joe le contestó.

—Moreno con cazadora vaquera, Peter; rubiales con jersey de cuello alto, Richard. A Roseta le dejamos el elegante de la americana de cuadros.

Estaba terminando de hablar cuando el hombre del jersey de cuello alto marrón volvió a su mesa, que estaba próxima a la entrada.

—Richard se ha quedado sin pieza. Sólo quedan dos.

Otros dos hombres se dirigieron a los servicios, para desesperación de Joe. También Wilson se levantó y fue hacia allá.

—Quietos todos. Ésta es la nuestra. Si se encuentran en los servicios, volverán juntos.

El tipo de la americana y el de la cazadora vaquera salieron hablando animadamente. Ya no me quedaba ni una uña decente. Entraron otras tres personas, y salieron dos.

A mí me parecieron diez años, pero no creo que fueran más de un par de minutos los que transcurrieron hasta que Joe decidió mandar de nuevo a Peter a investigar. Los hombres emplean poco tiempo en los servicios. Wilson tardaba demasiado.

Peter iba a empujar la puerta cuando ésta se abrió para dejar pasar al psiquiatra, que volvía. Solo. Se dirigió a su mesa. Le vi de frente. Se le notaba, aunque fuera muy reciente.

—¡Le ha pegado, mirad la mejilla!

La tenía roja, y un pequeño hilo de sangre le caía por la nariz.

Peter salió del baño. Cinco, señaló con la mano. Podía ser cualquiera de ellos.

Joe lo pensó unos instantes, pero luego decidió arriesgarse y dio la orden:

—Al baño. Si hay dudas, cogedlos a todos.

Iturri seguía atentamente todos sus gestos. Yo me revolvía en el asiento. En esto, llegó otro nuevo grupo, igual de bullicioso. Éste era menos numeroso, calculé que una docena, pero tenían ganas de juerga. Se organizó un pequeño tumulto en la entrada.

—No tienen una descripción, Iturri, no saben quién es, y mira qué

cantidad de gente se ha reunido alrededor de los servicios... ¿Cómo van a atraparlo? ¡Mierda, estoy segura de que va a escabullirse! ¡Menudo desastre! —protesté, enfadada.

Me volví hacia Jaime. Estaba ensimismado mirando a Wilson.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

—Wilson se está comiendo el cangrejo...

Iturri y yo nos miramos.

—Tendrá hambre —contesté, lacónica.

—No ha esperado a su amigo... Es de mala educación.

—Ese «amigo» acaba de pegarle un buen bofetón. No me extraña que empiece, lo raro es que no se haya marchado ya...

Jaime se incorporó para ver la mesa completa.

—¡Vaya, fijaos! Se ha terminado su hamburguesa. Ahora, coge la de Rodrigo y le mete el tenedor... —comentó.

—Tendrá más hambre...

Los policías volvieron en ese momento. Sus caras lo decían todo. No le habían encontrado. Joe comenzó a maldecir.

—Debe de haberos detectado. No hay otra explicación. Por eso ha pegado al psiquiatra: por haberle delatado. Habrá que ponerle protección las veinticuatro horas.

Iturri y yo aceptamos la versión con un gesto. Jaime seguía impertérrito, con la vista clavada en Wilson, que daba cuenta del segundo plato de cangrejo.

Estábamos discutiendo los fallos de la operación cuando oímos el ruido de una silla al moverse. Me di la vuelta. Jaime, con gesto resuelto, se levantaba.

—¿Adónde vas? —le susurré.

—Tengo que saber algo.

Levantó la mano. Enseguida se acercó un camarero.

—Disculpe que le haga una pregunta. Aquel cliente de la esquina, el que está junto a la ventana, ¿no es Woody Allen? A mi esposa le encanta. Quisiera acercarme y pedirle un autógrafo...

—Creo que no, señor. Aunque es cierto que tiene un aire...

—Al verle comerse lo suyo y luego empezar con la ración de su

compañero, pensé que estaría preparando su papel en alguna película...

—¡No, qué va! Ese señor viene por aquí de vez en cuando, pide comida para dos y se lo come él todo. Luego paga y se va. Esto es América, hay gente para todos los gustos...

Nos miramos unos a otros. Aquello debía de tener una explicación lógica, aunque se nos escapaba. Jaime sonrió, pletórico.

—¡Lolilla, eres un genio! ¿Por qué no escucharemos más a las mujeres? ¡Siempre tienen las claves!

Me encantan los elogios, y él no suele prodigarse, pero había escogido un mal momento.

—Pero ¿de qué hablas?

—Ni familia ni recuerdos, ¿no fue eso lo que dijiste?

Sin más explicaciones, dejó caer su servilleta sobre la mesa, avanzó hacia la posición de Wilson y se plantó delante de sus narices. Joe no sabía bien qué actitud tomar. Supongo que, por hacer algo, cogió el micrófono y susurró:

—Todos alertas; a mi señal.

Yo, que no sé estarme quieta, le seguí. Iturri vino detrás. En pie, ante él, Jaime le miró directamente a los ojos. Wilson, concentrado en los últimos restos de la hamburguesa de cangrejo, no se percató de nuestra presencia. Jaime tosió para llamar su atención. Finalmente, el psiquiatra levantó la cabeza y la volvió. Dio la casualidad de que era yo la que estaba en su punto de mira. Puso cara de sorpresa, casi de estupor. Luego, se transformó y en su rostro vi desolación.

—¿Qué hace aquí, jueza? ¡Es muy peligroso!

—Usted me mandó un *e-mail*, doctor Wilson.

—¿Un *e-mail*? ¿Yo? ¿Por qué habría de hacer eso? ¿Para qué? ¿Y por qué me llama Wilson? Me apellido Ross, Ross i Roví.

—Se llame como se llame, sabe quién soy yo. Estoy aquí porque creo que necesita ayuda para atrapar a Rodrigo —le dije.

Chistó.

—¡Baje la voz! Acaba de llegar. Ha ido un momento al cuarto de baño. —Se llevó las manos a la cara y lloriqueó—. ¡Es terrible, ha vuelto a matar! ¡Pobre Bárbara, es culpa mía!

—¿Bárbara? ¿Quién es Bárbara?

—Trabajé algunos meses en mi consulta, como enfermera. Murió el domingo de madrugada, electrocutada. Alguien tiró un secador de pelo en marcha al agua, mientras se bañaba. La policía lo ha tomado por un accidente, pero Rodrigo me acaba de decir que es su último aviso. Le pintó un número siete en el cuello.

—¿Qué quiere decir con último aviso?

—Si no escribo inmediatamente su historia, continuará matando. ¡Y ahora márchese! Volverá en cualquier momento. Si la ve aquí, tendremos problemas. Es muy inteligente. Lo sabrá.

Se pasó la mano por la nariz con la servilleta, que quedó manchada de sangre.

—No se preocupe, no volverá —le aseguré.

—¿Cómo lo sabe?

—Le hemos encerrado en el baño. Tenemos un rato hasta que lo saquen. Dígame, doctor, ¿va a escribir su historia?

—Lo haré, aunque no lo deseo. Empezaré esta misma noche.

—¿Y qué contará?

Se entretuvo recogiendo las pequeñas migas de pan dispersas por la mesa. Luego, levantó la vista.

—Todavía no lo sé, jueza. Rodrigo es la persona más inteligente que conozco. La más aguda, la más sagaz. Lo ha medido todo, lo ha controlado todo... Todo menos su ambición. Ella le ha perdido: y se ha vuelto completamente loco.

—Está loco —repetí—. ¿Cree que deben encerrarle?

—¿Se refiere a que ingrese en prisión?

—Sí.

—Bueno, no hay duda de que ha matado siete veces... Si un tribunal le declara culpable, podrían condenarle a la pena capital. Está vigente en el estado de Washington... Pero, en realidad, es un enfermo. Aunque lo sea voluntariamente...

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es un enfermo, es evidente, y debería ser custodiado en una institución para enfermos mentales. Sin embargo, no lo estaba cuando todo esto empezó.

Él quería probar una teoría, y lo ha hecho: cuando arrancas la vida a tus semejantes, pierdes tu humanidad y te conviertes en un animal.

Joe se había acercado por detrás. No tenía aspecto afable. Llevaba el arma a la vista, lo mismo que los dos agentes de uniforme y Peter y Richard, que también le acompañaban. Parecían dispuestos a detenerle. El resto de los comensales observaban la escena con atención. Algunos tomaban fotos. Jaime hizo un gesto pidiéndoles que se detuviesen. Joe negó varias veces con la cabeza.

—Usted no lo entiende, agente, y no puedo explicárselo en dos palabras. Sólo le pido cinco minutos. Le aseguro que no se escapará.

Accedió. Jaime corrió la silla y se sentó al lado derecho de Wilson. Yo permanecí quieta, de pie. Iturri, un paso atrás, con el resto de los agentes. Noté de inmediato la transformación que se obraba en mi marido: acababa de ponerse la bata. Con un tono de voz plagado de deferencia, se dirigió a Wilson.

—Es usted el doctor Ross i Roví, ¿verdad?

Le tendió la mano. Él se giró y se la estrechó con cierta solemnidad.

—Lo soy, sí. Y usted, ¿quién es?

—Soy el doctor Garache, del Centro Superior de Investigaciones Científicas de España. ¡Es un placer saludarle! Estoy realmente encantado de estrecharle la mano; está usted entre los psiquiatras más afamados e inteligentes de este país.

—Gracias, es muy amable.

Wilson pareció relajarse. Jaime continuó. Le observaba fijamente, en espera de su reacción.

—De hecho, si estoy aquí es porque consulté con uno de sus colegas un caso difícil. No supo resolverlo. Me dirigió a usted. Me dijo que podría encontrarle aquí. Me sentiría muy honrado si...

Le frenó en seco.

—Lo siento, doctor, tendremos que buscar mejor ocasión. Estoy en medio de una comida sumamente importante. Mi acompañante volverá enseguida y no puedo desairarle.

Jaime movió varias veces la cabeza para los lados.

—Me dicen que su acompañante estará ocupado un rato. Tenemos tiempo

de charlar. Serán sólo unos minutos. No negará su ayuda a un colega, ¿verdad? Seré breve.

—Naturalmente que no puedo despreciarle. Dígame en qué puedo serle útil.

La voz del psiquiatra adquirió un matiz distinto, profesional. El famoso diván.

—Verá, doctor, tengo un compañero, médico también. Es un gran profesional y una gran persona, pero últimamente ha empezado a hacer cosas extrañas... Cosas que no entiendo.

—¿Qué tipo de cosas?

—Para empezar, parece ver a una persona que no existe, aunque él no es consciente de ello. Por rocambolesco que parezca, comen juntos, se hablan, se citan. Mi colega debería llegar a la conclusión de que está haciendo algo contrario a la lógica, porque su amigo imaginario no se come la comida que le sirven, ni vacía su copa de vino, pero él no es capaz de percibirlo. Y ya sabe lo que ocurre... Los de nuestro gremio somos una casta difícil: cuanto mejores médicos, peores enfermos... No consigo convencerle de que tengo razón y que debe dejarse tratar.

—¿Me está hablando de algún tipo de alucinación, de delirios paranoides? Debe andarse con cuidado, esos pacientes pueden llegar a autolesionarse.

—Lo sé. En realidad, ya lo ha hecho. Llegó a romperse la muñeca y a provocarse varios cortes y golpes en la cara. Por eso me preocupa, me preocupa mucho, ¡muchísimo! He oído decir que, en ocasiones extremas, ese tipo de pacientes han llegado a amputarse algún miembro... Dígame, doctor Ross, ¿qué debo hacer?

—Siempre hay opciones... Aunque, sin conocerle, sólo puedo decir que su amigo necesita tratamiento inmediato, y seguramente internamiento. Puede hacerse a la fuerza, pero el número que hay que organizar para llevarlos al hospital es tremendo. Mejor sería hacerlo por las buenas, tratar de convencerle. Tal vez la clave resida en hacérselo ver. ¿Hay posibilidad de conseguir alguna prueba? Me refiero a poner sobre la mesa algo plástico que le haga ver que lo que le ocurre no es real, sino el fruto de una alucinación. Si consigue hacer eso, es posible que el paciente se avenga a recibir tratamiento

antipsicótico.

—Eso es lo que estoy intentando, doctor.

Wilson se puso muy serio.

—Pues le aconsejo que insista. Esfuércese, sea más convincente.

Jaime desplegó una inmensa sonrisa. No apartó ni un segundo la mirada.

—Me pliego ante su experiencia, doctor. Tiene toda la razón. A ver qué le parece esto: puedo ir a hablar con él y decirle que, en realidad, no tiene un paciente que se llama Rodrigo, que Rodrigo es él mismo... ¿Usted qué haría si estuviera en mi lugar, doctor Wilson?

El psiquiatra dio un brinco. Su mirada, perdida durante toda la conversación en el mundo de las migas de pan, despertó para clavarse en la de Jaime.

—¿Qué está diciendo? ¿No estará hablando de mí? ¡Sí, ahora le reconozco, es usted el médico amigo de esa entrometida juez!

—Estoy aquí —le indiqué—. Acabamos de hablar... Y si me permite el comentario, creo que debe usted hacerle caso. Sabe lo que dice.

—¡Ustedes dos pueden irse a la mierda! ¿Cómo voy a ser Rodrigo? Él es un asesino. En este momento, está en el baño. Vendrá enseguida. Como no se vayan, le asustarán, se escapará y a la primera oportunidad me cortará el cuello. ¡Miren cómo me ha puesto la cara!

—En el baño no hay nadie, doctor. Nunca ha habido nadie. Usted tiene la mente partida, eso es todo.

—¿Me está diciendo que estoy loco? ¡Qué digo, loco, me está llamando asesino!

—No. Sólo le digo que está enfermo. Pero puede curarse.

—¡No sea ridículo! Voy a llamar a la policía. ¡Se van a enterar de lo que vale un peine!

—Ya estamos aquí —oí a mi espalda.

El número de agentes había aumentado. Ya eran media docena. Ningún cliente perdía ripio. Los flases continuaban.

Su presencia despertó la sonrisa del psiquiatra.

—¡Me alegro! Ahora, hagan su trabajo: detengan a esta gente. Me están molestando. Los denunciaré por acoso. Y pediré que los ingresen en una institución mental: los dos están majaras. ¡Hasta me toman por un asesino!

—¡Deme su móvil, doctor!

La voz de Jaime sonó tan cargada de autoridad que Wilson fue incapaz de ignorarla. Metió la mano en el bolsillo y le ofreció su Blackberry. Yo no sabía qué estaba haciendo pero, aunque le pedí explicaciones, no me hizo caso. Tras apretar diferentes teclas, por fin dio con lo que buscaba.

—Quiero que vea estas imágenes, doctor.

Wilson sacó un pañuelo y se secó la frente, perlada de sudor.

—¿Por qué?

—Están almacenadas en la memoria de su móvil. Son suyas: las ha grabado usted mismo.

Se lo acercó, sin soltarlo, y una a una fue pasando fotografías. Conté hasta catorce. Entretanto, la curiosidad me pudo y acerqué la frente. La joven Monroe estaba rendida, apoyada en la pared. Tenía la cabeza agachada y las piernas descolocadas. Los enormes tacones y las plataformas no impedían ver el número tres escrito en su pierna, ni tampoco las llamas que se cebaban con su cara.

—¡Santo Dios! —oí a Wilson. Se quedó callado unos instantes, como si su mente estuviera encajando de nuevo las piezas de un rompecabezas desordenado—. ¡No es posible, éstas son las víctimas de Rodrigo!

—Lo son, doctor. Pero también son sus víctimas.

Confuso, agachó la cabeza y se miró las palmas de las manos. Luego, les dio la vuelta y repitió la operación varias veces. Quizás se preguntara si era cierto que aquellas manos habían sido capaces de matar a siete personas.

De pronto, como si le hubiera dado una descarga, su cuerpo se irguió. Levantó la vista y clavó en mí sus brillantes ojos azules. Se quitó las gafas y las dejó sobre el mantel. Sonreía. Una sonrisa abierta, sin el menor rastro de timidez.

—Es un placer conocerla personalmente, señorita. Alabo su paciencia y su decisión. No se preocupe, querida amiga, ya lo he decidido: escribiré usted mi historia.

Se me heló el alma.

Su voz... No era su voz. No era la voz de Wilson. Era otra dicción, muy profunda: la había oído antes. Recordé las palabras de Castalia, la doncella de Shibata: «No sé cómo explicarlo, es como si el sonido le saliera de las

entrañas. Si soy sincera, me dio un poco de miedo.»

Di un paso atrás, asustada, y obligué a la policía a reposicionarse. Rodrigo aprovechó la ocasión y, en un movimiento rápido, se levantó y corrió hasta el balcón, lo abrió y se lanzó al vacío.

Un primer piso.

Bien lo sabía yo: no te matas.

EPÍLOGO

—

Dicen que el asesino regresa siempre al lugar del crimen. No soy una asesina ni éstos son mis crímenes, pero me encuentro en el asiento trasero de un taxi amarillo camino de Chinatown. Estoy de nuevo en Washington, D. C. Asisto a un congreso sobre «Global law», una utopía con la que nos entretenemos. Estaba tan cerca que no he podido resistirme a la llamada de Clyde. A la primera oportunidad, me he escapado.

Ha pasado ya medio año. Seis meses y un día, una corta condena. Pero quiero pasar página. Definitivamente, si es posible. No siempre lo es: pese a sus muchas pesquisas, el pobre Iturri no ha logrado saber quién ahogó a aquellos dos funcionarios de la OTAN. Puede que nunca llegue a averiguarlo. Yo voy a intentarlo. Quiero decir, por fin: «Asunto concluido.»

Rodrigo o Wilson o Ross, comoquiera que se llame, se encuentra encerrado. Llave y candado. Sin embargo, aquella escena, como un disco rayado, continúa repiqueteando en mi retina. No logro desprenderme de ella. Todavía hoy, hay noches en las que me despierto soñando que alguien ha tatuado mi pierna. Por eso me he puesto en marcha. Quizás volviendo allí consiga anular su ascendencia sobre mí. Quiero tirar por la borda su grito de gaviota, arrancar de mi memoria el brillo de sus ojos azules, y olvidarle.

Hace calor de mayo. Pero el aire arrastra a su paso aromas antiguos y, con ellos, ese frío que me sube por la espalda hasta morir en la nuca. Quién sabe por qué.

No he reservado mesa. No creo que haga falta. Es jueves. Y es temprano, no habrá mucha gente. Entro en el restaurante. El suelo no se resquebraja a mi paso. El mundo no se detiene. Nadie se fija en mí. Un camarero sudoroso me pide que le acompañe. Subo tras él la larga y empinada escalera. Me

conduce al salón victoriano, que está vacío. Le ruego que me coloque en la mesa número cinco, a la izquierda, junto al balcón. Lo hace sin protestar. Me siento, erguida. Desde ese punto, veo la columna donde en otro tiempo me oculté.

El chico me trae una cesta de mimbre con una corta variedad de panecillos. Y una tarrina de mantequilla. Sigue sudoroso. Me pide un poco de paciencia. Un conato de incendio en la cocina, me explica. Nada que no pueda solucionar un extintor y diez minutos de paciencia.

Sólo son cinco. Cuando viene a tomarme nota, ni siquiera he tocado el pan. Pido una hamburguesa de cangrejo y un entrecot. Sin gambas. Cambio el vino por una cerveza muy fría con un poco de limón. Cuando me traen la bebida, parto unos trocitos de pan y los coloco en una fila paralela al plato. Luego, me los como sin orden, rompiendo las reglas otra vez. Es magnífico. Las manchas de mora se quitan con mora verde. Las del recuerdo, con otros que se superponen. Si me hubiera sentado en la orilla, nunca habría pescado recuerdos nuevos. Por eso vengo.

El local comienza a cobrar vida. Termino la cerveza y pido otra, con más limón. El entrecot está seco; el cangrejo, jugoso. Pero nada de eso me importa. Estoy a punto de dejar libre la mesa. Y mi vida. El camarero sudoroso ahora no da abasto. Pero se acerca para preguntarme si deseo postre. Me apetecería algo dulce, pero quiero salir de allí. La ducha está demasiado fría. Pido un café y saco la tarjeta Visa. Con cortesía, el chico me recuerda que debo señalar el porcentaje de la propina, y me pide algún documento que me identifique. Le enseño mi pasaporte.

Lo mira. Luego, me mira a mí.

—¿Se apellida usted MacHor?

—Eso es lo que pone en mi pasaporte, sí.

—¿Es usted Lola MacHor, la jueza?

Le miro perpleja. Y asiento con la cabeza. Muy despacio. Luego, con el escalofrío machacándome la nuca, le pregunto por qué lo pregunta.

—Tenemos algo para usted. Lo enviaron hace algunas semanas. Dijeron que vendría a recogerlo.

—Debe de haber un error. Yo vivo en otro país. Estoy en Washington de paso; aquí, por casualidad.

—Si es usted MacHor, la jueza, no hay error que valga.

Se va dejándome aturdida, desconcertada. Decido salir corriendo, pero me pilla antes de que llegue a la escalera.

—Aquí está su carta, señora. Y el recibo de la tarjeta de crédito. Que pase un buen día.

Apoyada en la pared, estampo mi firma en el recibo y, a regañadientes, acepto la entrega. El escalofrío se redobla. Salgo. El sol pica, pero tiemblo. Me dirijo andando hasta la National Portrait Gallery y me siento en la escalinata de la entrada, junto a otros turistas. Miro el sobre. Mi nombre lo encabeza. La letra es redonda. Y se me antoja perversa.

Sé quién me la envía. En realidad, no. Estoy entre uno y otro. Ruego para que sea el psiquiatra. Me equivoco.

Querida jueza:

Hemos dejado Nueva York y nos hemos trasladado al campo. La casa es grande, pero carece de cualquier atisbo de belleza. Y no se ve el mar. Sin embargo tiene un salón muy grande. De una de sus paredes penden dos docenas de retratos. Sonrisas para enmarcar. Instantáneas. Algunas en blanco y negro; la mayoría, en color. Las han colocado sobre la chimenea que nunca encienden. En fila, una tras otra. Desde que llegamos, la fila se ha ampliado y han tenido que empezar otra, veinte centímetros más abajo. Dos nuevas fotos, dos vidas menos. Conozco a ambos, íntimamente. El que las cuelga mira la última y meneaba la cabeza. No sé si siente la muerte de la vieja o calcula el espacio. Supongo que calcula.

El nuevo rostro plastificado es como el resto, un puñado de neuronas polvorientas que recuerda y olvida al mismo tiempo. En vez de mente, esa mujer tenía un muñón, pero resultaba interesante. Y útil. ¡No sabe cuánto! Ella y su antecesor me han permitido mantenerme en forma, hasta que pueda reunirme con usted.

A media mañana nos sacan para untarnos de sol; como si, al regarlo, un cementerio pudiera llegar a ser fértil. En el jardín sólo hay un cuadrado de sombra. Y sólo tiene un banco. Todos van allí. El resto, patio y bancos, permanece yermo. A excepción de esa mujer de rostro ajado, que prefiere cocerse.

Anteayer me senté en su banco. Como el resto, no estaba ni viva ni muerta. Quieta donde la dejaron a primera hora. Pero, en cuanto me vio, arrastró sus posaderas por el banco hasta colocarse a nuestro lado.

—¿Tenéis nombre? A mí se me ha estropeado. Se mojó y las letras se borraron. Sujetad bien el vuestro. Todos acaban por perderlo.

—Puede comprarse uno nuevo —le sugirió el doctor Wilson. Es incapaz de darse cuenta de que su ciencia no impera aquí.

—¿Cuál es el tuyo? Dilo bajo o te lo robarán.

—Rodrigo.

—¡Es raro! Prefiero no tener ninguno.

Sin esperar ni un instante, me cogió la mano dulcemente.

—Dime, hijo, ¿cuándo te mueres? Cuando lo hagas, pondrán un bonito retrato tuyo en el salón, sobre la chimenea.

—Yo no soy su hijo.

—Ni yo tu madre. Pero el segundo hueco de la segunda fila es mío.

Se calló. Me quedé a su lado. Me gusta hablar con ella. Saboreo mi cordura.

—¿Es tuyo el gato?

—No.

—Si te lo has comido, vomítalo. Son indigestos. ¿Eres cazador de gatos?

—No, señora. Yo cazo personas.

—Te las comes, ¿no?

—No, nunca las he probado.

—Pues deberías. Lo que se mata se come. Eso decía mi padre. Se comió a mi madre. Y también mi nombre. Lo babeó hasta estropearlo.

Acercó mi mano a su boca y me mordió. La alejé de un empujón. El enfermero acudió al oír mi grito. Y verme sangrar.

—¿Qué haces, Esther?

—Este chico quiere morirse y poner su fotografía en mi sitio. El segundo hueco me pertenece.

—No se preocupe, abuela. Tendrá su sitio —susurré mientras iba tras el enfermero para que me curaran la herida: se había llevado un buen trozo de piel y algo de carne.

Esta misma mañana han colgado su retrato: un ahogo nocturno. Nadie vio el número nueve en su nuca. No se molestan en esas cosas, aquí nadie se fija en nada. He contemplado la operación sentado en el sofá, acariciándome la herida. Me duele: me han tenido que dar quince puntos. Aunque poco me importa.

El que falta, el número ocho, lo grabé hace dos semanas, también en el cuello, pero no fue tan interesante: un antiguo funcionario de correos, que decía ser de la CIA.

Ahora toca el número diez. No hago más que pensar en esos dos esbeltos palos cruzados. Pero ese retrato no tendrá sitio sobre esta chimenea inútil. Lo tatuaré fuera de aquí. Pronto, muy pronto.

Los médicos están contentos con los progresos de Wilson, aunque el pobre está cada día más enfermo. Le alimentan con fármacos y tratamientos extraños, y le preguntan si yo sigo por allí. Le he enseñado a mentir. Y dice obedientemente que no, que ni me ve ni me oye. Creo que él morirá pronto. Entonces, me dejarán salir. Cuando por fin me encuentre solo, iré a buscarla. Y, como esta vez, la encontraré.

Se preguntará por qué, aunque resulta obvio. He decidido que sea usted la que escriba mi historia. De no hacerlo, jueza, me enfadaré, e iré a grabar esa equis en su pierna pecosa. No lo dude, lo haré.

En cuanto salga (abandonaré este lugar pronto, muy pronto) le enviaré un e-mail a esa dirección que tan amablemente me ofreció. La próxima vez que venga a Clyde, señorita, comeremos juntos. Entrecot con gambas y hamburguesa de cangrejo. Quizás tengamos tiempo y pueda contarle por qué me gusta tanto el cangrejo como lo preparan allí. Y también beberemos. Vino tinto de California. Convendrá conmigo, querida Lola, en que ningún juez de provecho bebe cerveza con limón.

EPITAFIO

Hay algo fascinante en la mente humana. Algo enigmático, esférico, inexpugnable. Hablo de ti, que crees dominar tu juicio, que te tienes por un tipo racional y razonable. Ese ser que crees enterizo, eso que llamas yo, es una pasmosa colección de fibras, de materiales y procesos de incomprensible perfil; un extraño juego de representaciones del que ni siquiera tienes noticia.

Desconoces que hay muchos yos dentro de ti. Histriones, figurantes, payasos, apuntadores y protagonistas actúan en tu obra. Te estimulan, te hacen sentir dolor, y rabia y furia. Te producen ansiedad y frustración, te agitan. Te tientan, te provocan miedo, te ensalivan la boca y te hacen amar.

Desde tu atalaya de tipo serio, contemplas tus sesudas acciones. Pero, si cierras los ojos, verás que no siempre comprendes los porqués de lo que has hecho. Es tu vida: la vives, la sientes, la disfrutas, la sufres. Es tuya, pero estás lejos de controlarla. No la dominas del todo. A veces, ni siquiera puedes entenderla.

No te preocupes. No te has vuelto loco. Sólo eres un ser como los demás, cuerdo y perturbado, *ma non troppo*.

AGRADECIMIENTOS

Hace un par de años me topé casualmente con una noticia. Hablaba de un crimen. Se trataba de una partida de caza; la presa: un hombre. ¿Cómo alguien en su sano juicio podía participar en un hecho tal? Esa pregunta me rondó durante semanas. Me resultó tan inconcebible que no he parado hasta plasmar la situación en una novela. He disfrutado con el reto. Mucho, a pesar de que no ha sido fácil, o quizás porque no lo ha sido. Al adentrarme en los dominios de la mente humana, de la psique, de la conducta, crucé las puertas de un extraño e ignoto mundo, inmenso como el universo, pequeño como la célula y fascinante como el amor. Durante meses leí, estudié, pregunté, coleccioné dudas. Desde que empecé a gestar la idea —desde que se apoderó de mí, más bien— fui consciente de que ese esfuerzo sería insuficiente. Necesitaba acudir a la fuente, a la experiencia. He contado con el favor —todo un lujo— de dos eminentes especialistas. Me piden que no revele su identidad. A muchos pacientes les causa inquietud que sus terapeutas —especialmente si son psiquiatras— salgan en los periódicos o reciban reconocimiento público. Son ámbitos demasiado íntimos, reservados, secretos. Respeto su petición pero no me resisto a agradecer públicamente su ayuda porque sin los doctores J. P. V. y J. P. D. Wilson no hubiera sido Wilson. Ni Rodrigo, Rodrigo. Gracias también a los responsables del restaurante Clyde's of Gallery Place de Washington, por facilitarme la labor. Esa mesa forma parte ya de mi historia.

Mis viejos asesores han continuado fieles. Su ayuda ha llegado con la misma ilusión que al principio, cuando no teníamos certeza de que el producto llegara al mercado. Pía Calderón corrigió la terminología jurídica y la ajustó al procedimiento español. Con Juan Manuel Fernández, presidente

del Tribunal Superior de Justicia de Navarra, he mantenido sabrosísimas discusiones sobre el secreto profesional, amén de sobre la visión masculina del delito y del amor. Mención especial merece el arquitecto Nacho Vicens, que diseñó la vivienda que aparece en estas páginas. Conocía su reputación, pero no a él. No obstante, al contemplar su obra, supe que no podría ser otro. Poco más de media hora después de invadir su estudio madrileño, obtuve una respuesta digna de un generoso artista: «¡Qué divertido, cuenta conmigo!»

Él, Xavier Oliver, Noelia Sanz y mi agente, Antonia Kerrigan, leyeron y comentaron las primeras versiones de este libro. Con su fino instinto, Puri Plaza se encargó de pulir la última, la vigésima. Debo decir que ha sido un placer trabajar con ella, lo mismo que con Ana D'Atri. Mi marido —mi asesor por excelencia y mérito— y nuestros hijos —Juan, Javier, Chema, Gonzalo, María, Marta, Covadonga, Borja y Reyes— me comparten generosamente con los extraños seres que pueblan mi mente. Alguno de ellos ejerce también de crítico, de fondo y estilo, y los dos pequeños emborronan con arte de colores las correspondientes pruebas. Mi madre, alegría hecha persona pese a llamarse Dolores, suele provocarme gratuitas subidas de autoestima, que nunca agradezco suficientemente. Mi padre volverá a leer el texto en el cielo, versión electrónica. Gracias a todos ellos. Y sobre todo a ti, lector, por quien el esfuerzo adquiere sentido.



Reyes Calderón compagina su carrera como economista con la escritura. Decana de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Navarra y profesora visitante en la Sorbona y Berkeley (California), su firma aparece con asiduidad en artículos de opinión o conferencias. Como escritora ha publicado cinco novelas, entre las que destacan *Las lágrimas de Hemingway*, *Los crímenes del número primo* y *Expediente Canaima*.